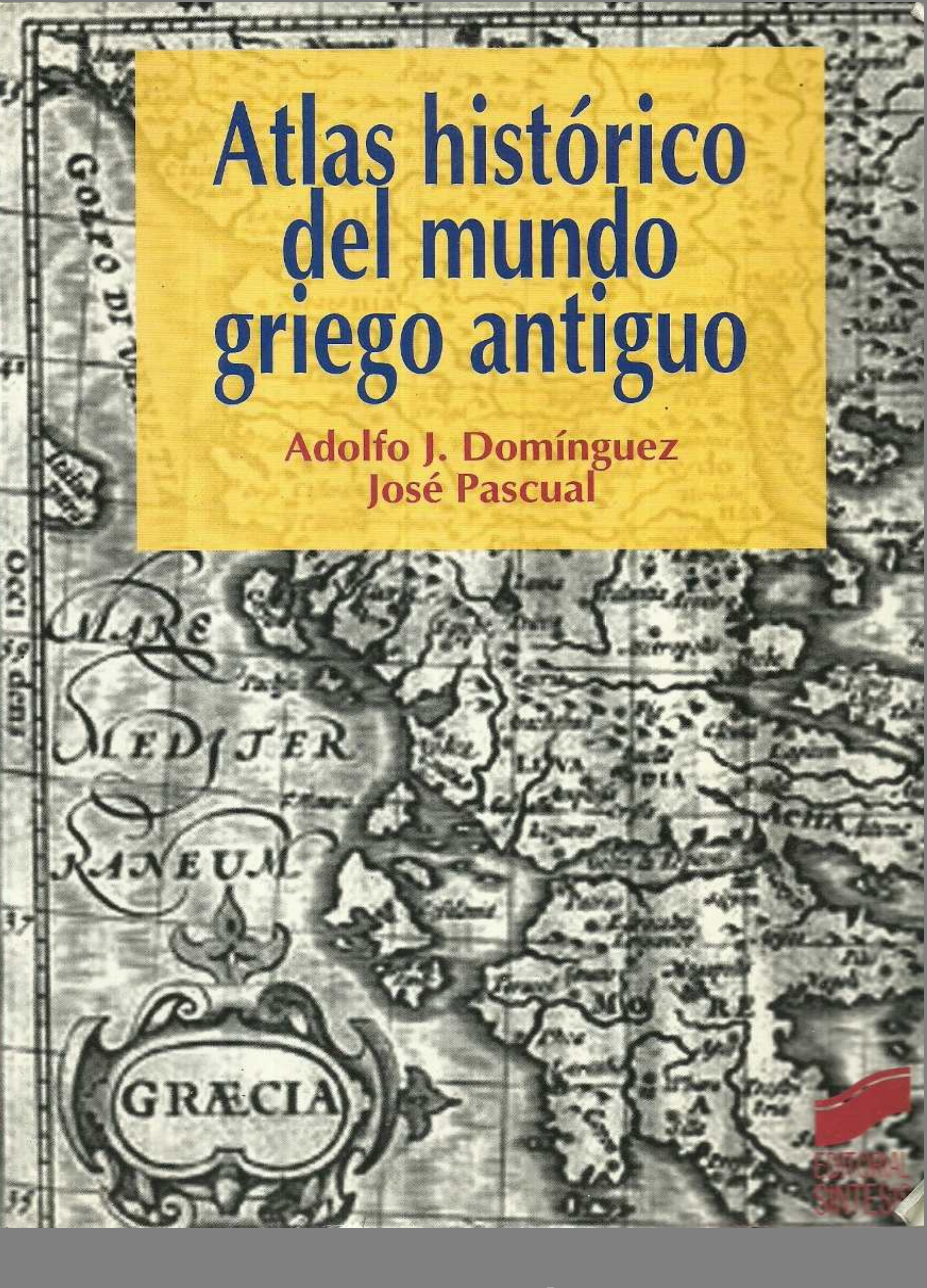
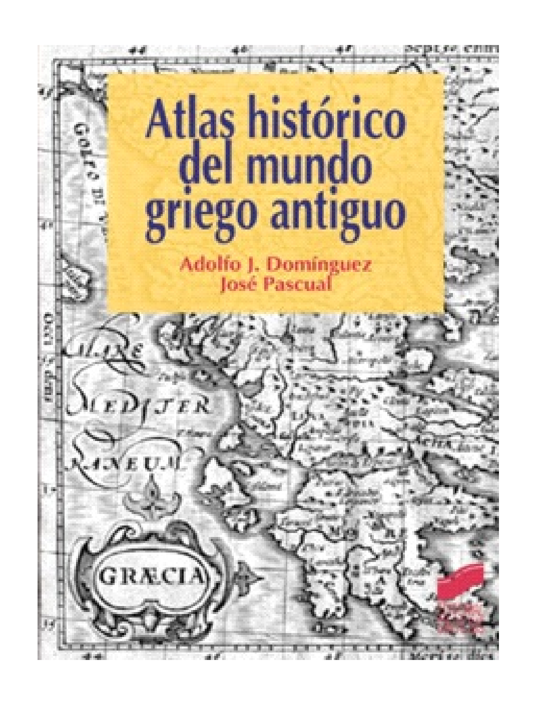


EDITORIAL SÍNTESIS



Atlas historico del mundo griego antiguo

Adolfo J Dominguez

Ilustraciones: Natalí Larriera

2006

índice

Introducción

Es un hecho de sobra acreditado ya desde la época de los griegos que un buen conocimiento histórico requiere ubicarlo sobre la comprensión del entorno geográfico sobre el que se han producido los hechos. Por ello, la necesidad de un Atlas histórico que sea de utilidad para el estudiante y el estudioso de la Historia no habría apenas que justificarla. En el presente Atlas hemos querido ofrecer al lector una serie de mapas, de planos y de dibujos que sirvan de herramienta básica para una primera aproximación a la Historia de la Grecia antigua, desde sus primeras manifestaciones durante la Edad del Bronce hasta la pérdida de la independencia política de los estados creados por los griegos en el Mediterráneo y en el Asia occidental a manos de la nueva potencia universal, Roma.

Con los mapas y planos hemos pretendido cubrir de la forma más eficaz posible tanto los aspectos generales de la historia griega como elementos mucho más concretos; por ello, encontraremos junto a mapas del Mediterráneo o de alguna de sus partes, que ejemplificarán procesos históricos desarrollados en ese amplio marco geográfico, planos de conjuntos monumentales singulares o esquemas que representarán algún aspecto concreto. En esta dialéctica

entre lo general y lo particular se mueve nuestro Atlas, con la intención de que los usuarios del mismo puedan acceder, en primer lugar mediante la vista, a una primera aproximación a la larga y apasionante historia de la Grecia antigua.

Pero es también cierto (y lo es incluso en esta época del predominio a veces exagerado de lo visual) que una imagen sin palabras, por más que aquélla hable por sí sola, no puede expresar siempre más que lo que en ella se ve. Creemos, pues, que junto a cada imagen debe ir una breve guía que la explique, la sitúe en su contexto y extraiga de ella una serie de informaciones generales que sirvan como acicate para ulteriores profundi- zaciones. Por ello, en cada capítulo se incluye una ilustración, en ocasiones dos, y un texto en el que resumimos los principales datos que los conocimientos históricos permiten saber sobre ellas. El propósito del texto es, por lo dicho, simplemente introductorio; sin olvidarnos de las teorías e hipótesis más recientes en cada caso, hemos intentado huir del detalle microscópico porque lo que se pretende es que el lector disponga de los principales puntos que la investigación contemporánea considera de interés sobre cada uno de los capítulos en los que hemos subdividido la obra.

La distribución en capítulos sigue también el criterio, expresado párrafos atrás, de combinar lo general con lo particular de modo que sin perder de vista los grandes hechos que marcan las diferentes etapas de la Historia de Grecia el lector pueda acceder al conocimiento de algunas de las ciudades y territorios que configuraron dicha Historia, así como a los principales hitos de la cultura y del pensamiento de los antiguos griegos.

El nuestro es, pues, un Atlas en sentido amplio en el que los

textos y las imágenes forman parte inescindible de un todo y en el que ambos se complementan y adquieren sentido cuando son considerados como una unidad. En nuestra intención de que el Atlas se convierta en una herramienta de utilidad para el lector, cada uno de los capítulos contiene, por fin, una breve relación bibliográfica en la que cualquier interesado pueda encontrar los instrumentos básicos para ampliar las informaciones contenidas en cada una de las partes del Atlas. No son demasiados los Atlas históricos dedicados a la Grecia antigua y menos aún los realizados por helenistas de nuestro país, por lo que creemos que nuestro intento puede representar una nueva voz dentro de los instrumentos de trabajo a disposición de los estudiantes y de los interesados en general. De todos los Atlas previos hemos aprendido y al tiempo que hemos tratado de evitar los errores detectados en ellos no sólo factuales sino, incluso, de concepción presentamos esta nueva obra con la esperanza de que su utilidad disculpe cualquier error o imperfección a la que, como no podía ser de otro modo, está sometida cualquier obra emprendida por los humanos.

Adolfo J.Domínguez

José Pascual

Capítulo 1
La geografía de Grecia

El espacio donde se desenvolverá la cultura griega de la Antigüedad no coincide en todos sus términos con el territorio que en la actualidad ocupa la República Helénica. Sin entrar de momento en las áreas en las que los griegos fundarán colonias en distintos puntos del Mediterráneo y

del Mar Negro, sí podemos decir que la cultura griega antigua ocupará tres ámbitos geográficos principales. Por una parte, la actual península griega y el Pelo- poneso, por otra, las islas del Egeo y, por fin, buena parte de la costa occidental de la península de Anatolia. Veamos los rasgos principales de cada una de esas regiones.

La Grecia balcánica se caracteriza por estar recorrida por una serie de cordilleras que siguen, *grosso modo*, una dirección noroeste-sureste que se prolonga, ya en el mar, en las islas Cicladas. La cima más elevada de Grecia es el monte Olimpo (2.917 metros) situado en el límite entre Tesalia y Macedonia. El carácter montañoso de Grecia marcará buena parte de su historia al hacer difíciles y, en ocasiones, bastante arduas, las comunicaciones por vía terrestre. Además, y en algunas regiones, a veces sólo un pequeño paso o desfiladero permitía el tránsito de personas o animales; sería, por ejemplo, el caso del paso de las Termopilas, que comunica la Grecia septentrional con la central o el paso de Tempe que, siguiendo el valle del Peneo y ubicado entre los montes Olimpo y Ossa comunicaba Macedonia con Tesalia. Otras regiones de Grecia se hallaban también cercadas por montañas y los no demasiado abundantes pasos reforzaban un sentido de aislamiento que siempre existió durante la historia griega.

Los sistemas montañosos alternaban con valles fértiles aunque con frecuencia de bastante poca extensión. Sólo en algunas ocasiones, como en la llanura ática, en la espartana o en la extensa llanura beocia (aun cuando su aspecto actual sea por completo diverso del antiguo debido al desecamiento contemporáneo del lago Copais que ha aumentado la superficie cultivable de la región en unos doscientos treinta y cuatro kilómetros cuadrados), las montañas cedían su puesto a extensas llanuras de proverbial

fertilidad. Sin embargo, el relieve de la Grecia central y de buena parte del Peloponeso sólo permitía la existencia de pequeñas llanuras encajonadas entre montañas o asomadas al mar en forma de estrechas bandas litorales. Sólo en Tesalia, su inmensa llanura introdujo unas condiciones naturales específicas que, sin duda, desempeñaron su papel en la peculiar historia de esta región.

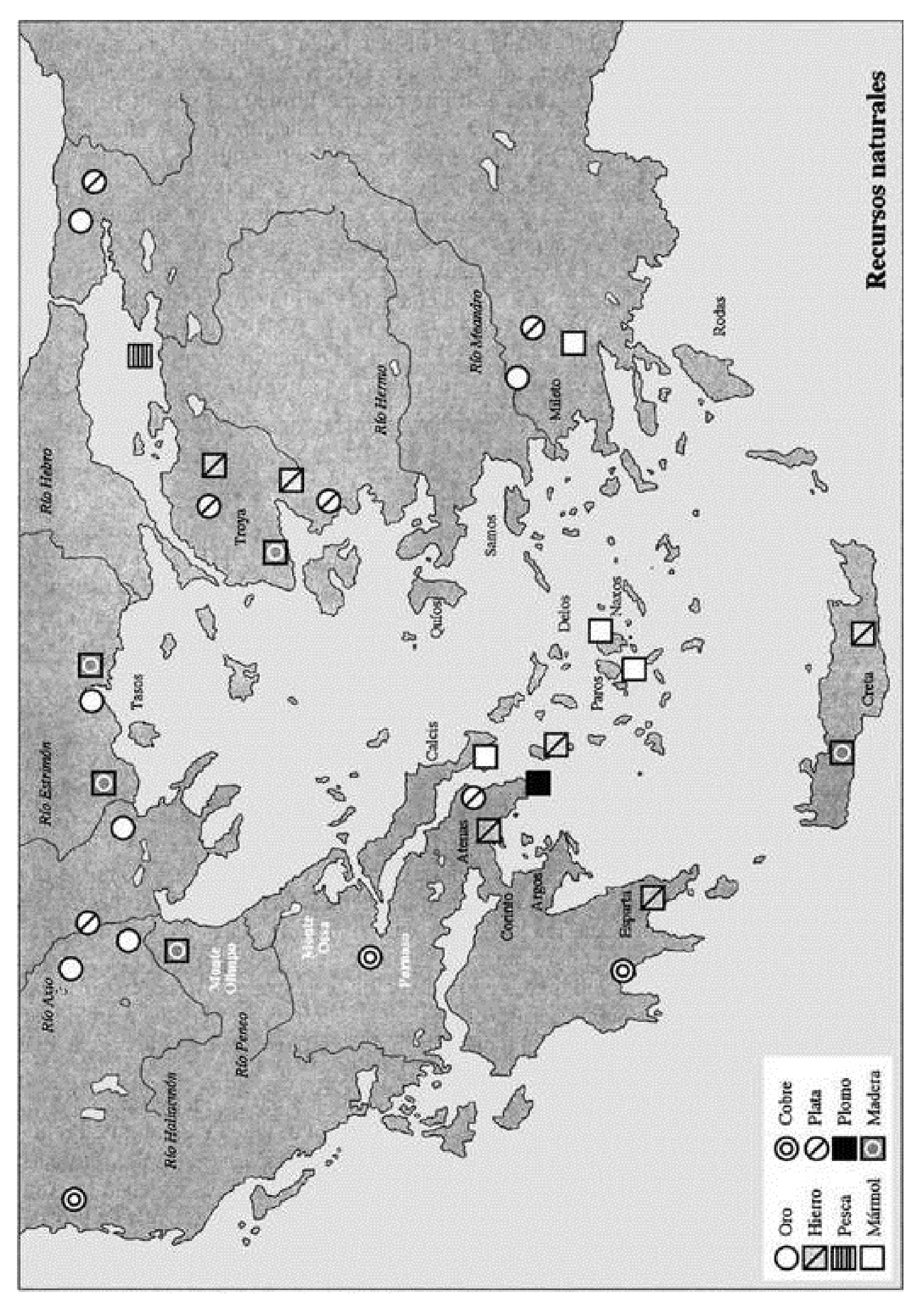
El clima de la península helénica es el típico mediterráneo, si bien en algunas zonas, elevadas e interiores, asume rasgos continentales. La distribución de la pluviosidad, en relación directa con la altitud, se concentra en las áreas montañosas, en forma de nieve en las más elevadas, y va disminuyendo según nos vamos aproximando al nivel del mar. En muchas zonas de la Grecia central la media anual de precipitaciones oscila entre los cuatrocientos y seiscientos milímetros al año, pero en algunas partes de ese mismo territorio las medias no superan los cuatrocientos milímetros; sólo en las zonas elevadas, como el Parnaso (2.455 metros) o el monte Eta (2.114 metros) se alcanzan los 2.000 milímetros anuales; es probable que en la Antigüedad los niveles fuesen algo mayores habida cuenta del menor deterioro de la cobertura vegetal. La consecuencia de esta desigual pluviosidad se observa en los ríos que bañan Grecia. En su mayor parte, y aunque el régimen de los mismos también se ha transformado desde la Antigüedad hasta nuestros días, los ríos griegos no eran demasiado grandes y mientras que en ocasiones se convertían en auténticos torrentes, en la época de las lluvias o del deshielo, en los meses veraniegos sufrían fuertes estiajes que los dejaban reducidos a su mínima expresión. Sólo los grandes ríos del Norte, el Peneo, el Axio o el Haliacmón tenían importantes caudales durante todo el año, aunque otros como el Esperqueo, el Cefiso o el Eurotas debieron de presentar en la Antigüedad un aspecto mejor

que el que tienen en la actualidad. El resto de los ríos no puede considerarse de una gran importancia, aun cuando en la Antigüedad servían su función de proporcionar agua potable para personas y animales.

El territorio griego se encuentra en una de las zonas de actividad sísmica más intensa de todo el Mediterráneo y parte de su paisaje también se ha visto modelado por la acción de los terremotos, cuya influencia histórica ha sido muy relevante en ocasiones. Su riqueza minera, sin ser extraordinaria, proporcionó un suministro suficiente de los metales de uso utilitario, hierro y cobre, aunque la ausencia de estaño hizo a Grecia dependiente de su importación; la plata abunda en determinadas regiones (por ejemplo, el Ática) y el oro se dio en zonas como Tracia que originariamente no formaron parte del mundo griego pero en las que los griegos se interesaron pronto estableciendo allí sus fundaciones. En algunas regiones, como el Ática, se daban tipos de piedra que, como el mármol del Pentélico, serían muy utilizadas en su momento como materiales constructivos y escultóricos.

La principal actividad económica que estas condiciones imponían era la agricultura y la ganadería. En cuanto a la agricultura, destacan especies bien adaptadas al clima mediterráneo como la vid y el olivo, así como el cereal, cebada sobre todo, aunque en algunos lugares privilegiados también podía cultivarse el trigo; productos de la huerta y frutales en zonas bien irrigadas completaban la dieta vegetal de los griegos. A ello se añadía la ganadería, tanto para carne como, sobre todo, por los productos derivados como leche, queso o pieles, pero también para utilizar sus deposiciones como abono; predominaban la cabra, el cerdo y el ganado vacuno, por este orden y sólo en algunas zonas, como en la gran llanura tesalia, la cría caballar gozaba de

una gran importancia, económica, pero también simbólica. La riqueza en bosques en muchas regiones, debido sobre todo a la existencia de elevaciones montañosas, tuvo también un evidente uso económico y, en su momento, esa madera se convertiría en materia prima imprescindible para la construcción de barcos y grandes flotas.



El segundo ámbito que cabría señalar es el insular. Junto a grandes islas como Eubea, cuya proximidad al continente hace que los rasgos aplicables al mismo sirvan también para la misma, o Creta, que marcaría el límite más meridional

del mundo griego del Egeo, el espacio griego se caracteriza por centenares de islas, algunas de ellas tan sólo islotes deshabitados pero otras con extensiones lo suficientemente importantes como para que pudiera desarrollarse en ellas una vida civilizada. Agrupadas en diversos archipiélagos (las Cícladas, las Espóradas, el Dodecaneso), la problemática del mundo insular es de gran complejidad. Por supuesto, no son iguales las pequeñas islas que, como Citno, Serifos o Sifnos apenas permitían más que el desarrollo de pequeñas comunidades que, no obstante, no dejaban de estar en contacto con el resto de Grecia, que otras de tamaño más notable como Rodas, Samos, Quíos, Paros o Naxos que fueron capaces, en diferentes períodos históricos, de albergar bien varias comunidades políticas bien una sola, pero de importancia, y desarrollar rasgos culturales sobresalientes e, incluso, interesantes procesos expansionistas y colonizadores. Los recursos naturales fueron bastante magros en buena parte de estas islas, las cuales necesitaron en ocasiones acudir al comercio exterior para proveerse de artículos que escaseaban en ellas. Por el contrario, en algunas se producían recursos naturales que, como los mármoles de Naxos y Paros, fueron muy demandados en toda Grecia. En el centro del Egeo, la isla de Délos, que ya desde época arcaica, estuvo dedicada a Apolo, se convirtió en el centro de buena parte de este mundo insular, que estuvo siempre a caballo entre la Grecia balcánica y la Grecia mino- rasiática. Más que en otros ambientes, en las islas se hacía evidente la importancia que iba a tener otro componente de la geografía griega, el mar, en el desarrollo de su civilización. Sobre él, sin embargo, volveremos más adelante.

Nos queda por analizar el último de los ámbitos nucleares de la cultura griega, el que se ubica en las costas

occidentales de Anatolia, la Grecia del Este. La integración de este territorio dentro del ámbito griego remonta, cuanto menos, al segundo milenio y ésta se reforzará a partir del tránsito entre el segundo y el primer milenio, cuando se producirá un importante proceso de emigraciones procedentes de Grecia y las islas que ocuparán esa zona. Las condiciones físicas de este territorio eran bastante diferentes a las de la Grecia balcánica; fértiles y extensísimas llanuras, regadas por grandes y caudalosos ríos (el Caico, el Hermo, el Caistro y el Meandro) que, además, facilitaban los contactos con el interior de la península Anatólica y regiones mucho más orientales, lo que también se veía favorecido por la dirección dominante este-oeste de la geología anatolia; por otro lado, ese mismo hecho dificultaba la comunicación terrestre en dirección norte-sur (o viceversa). La climatología era asimismo excelente, como correspondía a ambientes mediterráneos, pero en general mucho más suave que en Grecia y, con diferencia, más favorable que en las con frecuencia áridas islas del Egeo.

Las ciudades griegas ocuparon las principales áreas portuarias, en las que, además, desembocaban rutas comerciales utilizadas con seguridad desde la más remota Prehistoria y, desde allí, se extendieron con mayor o menor éxito por las tierras del retropaís; aunque repartidos de forma desigual, los recursos metalúrgicos no escaseaban en Anatolia y su control por las ciudades griegas fue, en muchas ocasiones, garantía de prosperidad y éxito político y económico. Las condiciones de la agricultura y la ganadería eran semejantes a las de la propia Grecia aunque con frecuencia se veían favorecidas por la disponibilidad de más y mejores territorios, lo que permitirá que, en ocasiones, se generasen excedentes, sobre todo de vino y aceite, a los que se daría salida mediante el comercio como por otro lado

ocurriría en otras partes de Grecia y de las islas.

Como sugeríamos líneas atrás, la vinculación de la costa occidental anatolia a las culturas que se desarrollaban en Grecia se da ya a lo largo del segundo milenio, en especial a partir del Bronce Medio, momento en el que la cultura material sugiere, al menos en algunos puntos (por ejemplo, en la región donde con el tiempo surgiría la ciudad de Mileto), una presencia de intensidad aún por definir en todos sus detalles, de gentes procedentes del ámbito Egeo que dejan una fuerte impronta que destaca sobremanera sobre el sustrato cultural autóctono. Este ambiente de evidentes reminiscencias egeas, primero minoicas y, más adelante, micénicas se observa, además de en Mileto en otros puntos de esa misma costa anatolia, incluyendo la propia Troya; tras el final del mundo micénico esa región, según las tradiciones griegas, fue poblada por griegos de diversos orígenes procedentes de muy diferentes lugares de Grecia en unas fechas que se sitúan a partir del siglo XI. Valga esto para mostrar la estrecha vinculación de este mundo ana- tolio occidental al ámbito egeo ya desde la época en la que las culturas que darían lugar con el tiempo a la griega estaban en pleno desarrollo.

El último de los factores geográficos que conviene mencionar para entender la cultura griega es el mar. El carácter peninsular de la Grecia europea, con sus costas recortadas y la abundancia de accidentes geográficos, la propia insularidad de la Grecia insular y la ocupación costera de la Grecia del Este hacen del mar el vínculo de unión y relación perfecto entre todos esos territorios. La complicada orografía de los territorios griegos continentales, a la que ya hemos aludido, hacía bastante arduas las comunicaciones por vía terrestre, lo que facilitó, ya desde tiempos prehistóricos, la utilización del mar para paliar estas

dificultades. El mar contribuyó a unir a los griegos, no a separarlos, y el uso que al mismo le dieron a lo largo de su historia lo demuestra con creces. El mar fue también un medio hostil e inestable del que los griegos no siempre se fiaban, y razón tuvieron como muestran las decenas de pecios que técnicas cada vez más innovadoras descubren sin cesar, una mínima parte tan sólo de la incalculable cantidad de barcos y vidas perdidas. Sin embargo, su larga familiaridad con ese medio, hostil pero al tiempo imprescindible, les hizo desarrollar naves cada vez mejor preparadas para sobrevivir a sus terribles embates así como técnicas de navegación y calendarios para minimizar al máximo los riesgos que el mar siempre planteaba.

La historia de Grecia, muy vinculada a la geografía de la tierra en la que se desarrolló, sólo puede entenderse si la tenemos presente como realidad última que incidió sobre las personas y, al hacerlo, determinó sus comportamientos.

Bibliografía complementaria

GALLANT, T.W. (1991): *Risk and survival in Ancient Greece.Reconstructing the Rural Domestic Eco-nomy*. Oxford.

OSBORNE, R. (1987): *Classicallandscape with figures*. *The Ancient Greek city and its countryside*. Londres.

SALLARES, J. R. (1991): *The Ecology of Ancient Greek World*. Londres.

SHIPLEY, G. y SALMON, J. (1996): *Human landscapes in Classical Antiquity*. *Environment and Culture*. Londres.

SNODGRASS, A.M. (1990): *Arqueología de Grecia. Presente y futuro de una disciplina*. Barcelona.

Capítulo 2
Creta y las Cícladas

Una de las primeras pesadillas a las que tiene que enfrentarse cualquiera que se aproxima a las fases más antiguas de la historia de Grecia es la referente a la cronología. Aun cuando los esquemas temporales que seguimos manejando en la actualidad siguen basados en una organización tripartita surgida en el tránsito entre el siglo XIX y el XX, numerosas han sido las correcciones introducidas a la misma, bien modificando las fechas que en su inicio se habían propuesto, bien introduciendo subdivisiones dentro de ella, casi *ad infinitum*. No es el propósito de esta obra profundizar con detalle de especialista en este proceloso terreno, sujeto asimismo a revisiones de calado durante estos últimos años, sino tan sólo aportar un marco genérico sobre el que poder analizar los acontecimientos históricos. Es, por ello mismo, por lo que nos limitaremos a proponer el esqueleto cronológico básico que, en líneas generales, se acepta en la actualidad sin mayores pretensiones de profundización, que quedan reservadas para el más interesado o el especialista.

Si prescindimos de las fases de la más remota Prehistoria, e incluso de algunas fases de la más reciente, podemos decir que las raíces si no últimas y remotas al menos más directas de la civilización que se desarrollará en Grecia hay que buscarlas en lo que conocemos, también siguiendo nomenclaturas decimonónicas, como la Edad del Bronce. Dentro de la misma, y siguiendo el esquema tripartito ya mencionado se distinguía una etapa Antigua, otra Media y otra Reciente o Tardía; del mismo modo, ya desde los descubrimientos en Grecia (Micenas) y, más tarde, en Creta

(Cnoso), junto a los hallazgos en las islas griegas, se observaron las evidentes relaciones que existieron entre esos tres diferentes ámbitos, lo que provocó que, junto con la necesaria singularización de sus respectivas cronologías, se buscase también resaltar la sincronía de sus manifestaciones. Hay que decir que ese esquema, trabajosamente elaborado, aunque ha resistido el paso del tiempo, ha visto también cómo no siempre ha resultado fácil el mantenimiento de los lazos cronológicos que unían a los diferentes territorios. Fruto, pues, de esta visión es la denominación de Cicládico para la Edad del Bronce en ese archipiélago, mientras que en el continente el mismo período fue etiquetado como Heládico, reservándose el apelativo de Minoico (derivado del nombre del mítico rey cretense Minos) para la Edad del Bronce cretense.

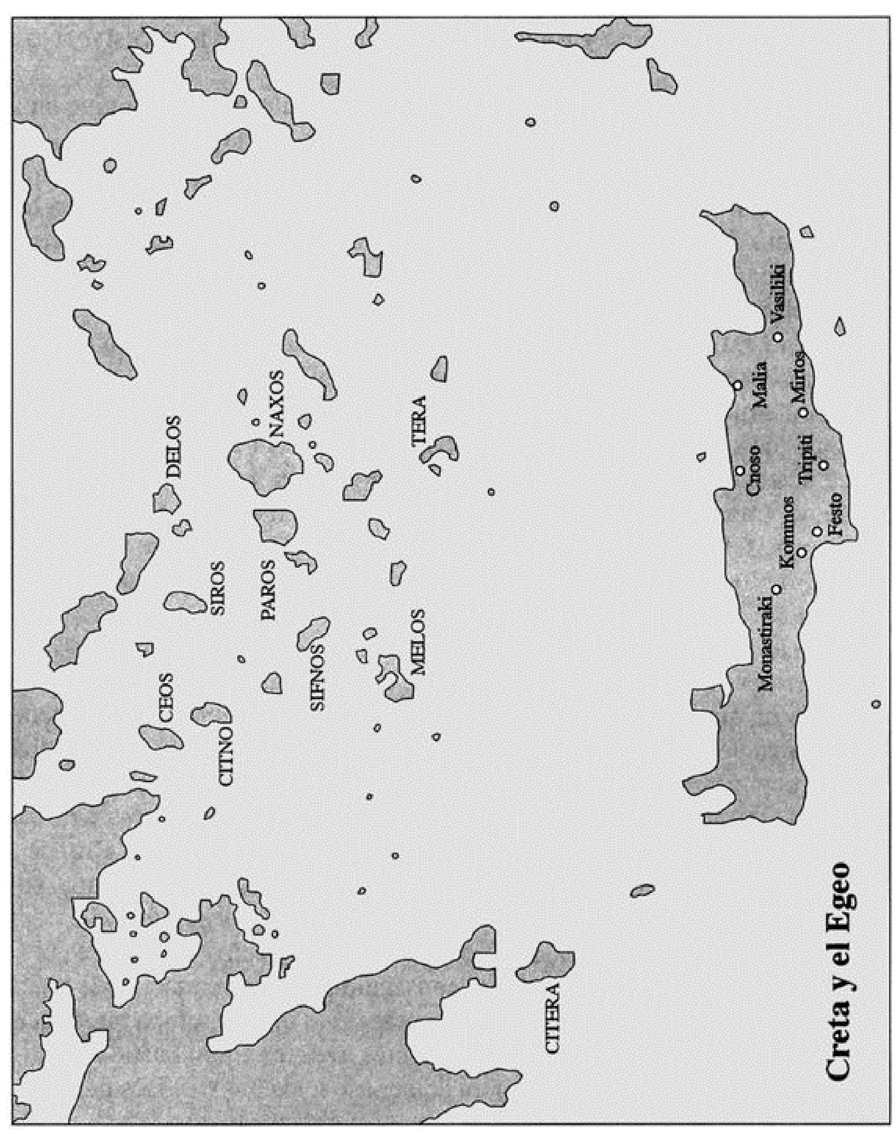
Las fechas que se manejan, insistiendo de nuevo en que aún sigue avanzándose en la precisión de detalle de las mismas, serían las siguientes: el Cicládico I y el Minoico I (sobre el Heládieo volveremos en otro capítulo aunque, en líneas generales, este esquema cronológico genérico sirve también para el mismo), correspondiente al Bronce Antiguo se habría desarrollado a lo largo del tercer milenio, si bien el afinamiento de las cronologías por carbono 14 permite llevar este período, al menos en Creta, hasta mediados del cuarto milenio; el paso al Bronce Medio (Cicládico II y Minoico II) se habría producido hacia el tránsito entre el segundo y primer milenio, casi con seguridad un poco antes en Creta y algo después en las islas; por fin, el Cicládico III y Minoico III o Bronce Tardío o Reciente habría surgido hacia mediados del siglo XVI; el final de este período histórico, que ve el tránsito a lo que, en términos arqueológicos, se denomina Edad del Hierro, tendría lugar durante el siglo XII; además de esta clasificación, para la

Edad del Bronce cretense se maneja otra, en esta ocasión basada en el desarrollo de una de las principales manifestaciones culturales de esta gran isla, los palacios. Sin embargo, no insistiremos aquí demasiado en ella porque es cada vez más claro que esta secuencia, al menos en el caso del palacio principal de la isla, el de Cnoso, necesita de una profunda revisión tanto cronológica como, quizá sobre todo, conceptual.

Sentado este marco cronológico, pasemos a ver los principales rasgos que nos deparan los ambientes insulares y cretenses durante la Edad del Bronce, bien entendido que los aspectos de la expansión comercial y, acaso, colonial cretense serán abordados en otro capítulo y que dedicaremos otro al palacio de Cnoso.

Empezando por el mundo cicládico, parece que la ocupación de la mayoría de las islas, en especial de las más pequeñas, se produce durante este período, habida cuenta de la ausencia en muchas de ellas de testimonios de época neolítica. Los yacimientos principales son Phylakopi en Melos y, surgiendo algo después, Ayia Irini en Ceos, además de algunos otros mal conocidos; por ende, buena parte del material existente procede de ambientes funerarios, lo que impide saber muchos detalles de los asentamientos. Por consiguiente, ha sido Phylakopi quien ha marcado la pauta de nuestros conocimientos durante este e, incluso, períodos posteriores. No es demasiado lo que conocemos de las primeras etapas del Cicládico Antiguo, pero los materiales procedentes de tumbas (en su mayoría expoliadas) ya muestran el desarrollo de una interesante actividad alfarera, a la que se une el inicio de la manufactura de vasijas y estatuillas de mármol; de los asentamientos poco es lo que sabemos pero da la impresión de que la población se agrupa en pequeños núcleos de carácter poco más que familiar y la

escasez de objetos de metal en el registro arqueológico sugiere relaciones externas de bajo nivel, aunque en el ambiente insular los intercambios externos fueron siempre un elemento imprescindible. A partir de mediados del tercer milenio empiezan a aparecer pequeños poblados constituidos por viviendas rectangulares, como en Ayia Irini (Ceos) o en la propia isla de Melos, que sugieren la existencia de grupos de tipo familia extensa que parecen ir ocupando diversos poblados atendiendo a la temporalidad y a las necesidades agrícolas y ganaderas. La manufactura de vasos de mármol va en aumento y las figurillas van alcanzando una mayor calidad, empezando a aparecer las representaciones de tocadores de arpa que tan características serán de la producción escultórica cicládica. Del mismo modo, parece iniciarse la explotación de vetas metalíferas en algunas islas como Sifnos o Citno, cuyos productos se difunden por el archipiélago, pero también empiezan a ser frecuentes los contactos con el continente y con Creta; la producción y exportación de mármol de Naxos y Paroso de la obsidiana de Melos se configurará como un auténtico motor económico. Según vamos acercándonos al final del tercer milenio empiezan a emerger poblados fortificados de cierta complejidad, como el de Kastri en Siros. La metalurgia, mucho más importante, muestra el desarrollo de conexiones con el continente y con Creta, reforzándose de forma muy clara también sus relaciones con el mundo anatolio. Da la impresión de que al final del Cicládico Antiguo las islas han acabado por constituir ese papel de intermediarios entre el continente griego y Anatolia que desempeñarán en lo sucesivo a lo largo de su historia.



Durante el período equivalente, Minoico Antiguo, la isla de Creta vive un momento de gran intensidad cultural; en numerosos puntos de la isla, y en especial en lugares donde, con el tiempo, surgirán palacios, como en Cnoso y en Festo, empezarán a aparecer asentamientos al aire libre, aunque en otras partes de la isla se seguirá habitando en cuevas, como durante el Neolítico. En aquellos puntos las

aglomeraciones pueden no haber sido más que aldeas más o menos grandes, aunque conocemos poco de ellas por haberse alterado en el momento de construir los palacios. La producción metalúrgica, aunque no extraordinaria, sí se atestigua en Creta durante los primeros siglos del tercer milenio. A partir del segundo tercio del tercer milenio empiezan a ser mejor conocidos los asentamientos, tales como Vasiliki, Myrtos o Tripiti, que muestran, como en el primero de los casos, grandes edificios con extensas estancias junto con otras menores; parece detectarse en la isla un incremento de población así como una mayor especialización del trabajo (desarrollo de actividades artesanales específicas: alfarería, elaboración de vasos de piedra, metalistería, orfebrería), lo que presupone una mejor gestión (¿comunal?) de los recursos naturales, así como contactos con el exterior, en especial con las Cícladas, pero también con el continente.

Las tradiciones funerarias del mundo del Minoico Antiguo son muy variadas; junto con tumbas en cuevas, herencia del Neolítico, irán apareciendo las tumbas construidas en forma de casa que se irán haciendo cada vez más monumentales según vamos acercándonos al final del tercer milenio. Se trata de tumbas colectivas, aunque también se va observando, con el paso del tiempo, una mayor preocupación por la individualización del enterramiento (aparición de cajas o *larnakes y vasijas contenedoras o pithoi)* frente a un aparente desinterés por ese aspecto durante las fases iniciales del Bronce Antiguo cretense. A diferencia de lo que ocurre en las Cícladas las tumbas de cista no son demasiado frecuentes, y en la parte meridional de la isla, en la Mesara, el tipo predominante de tumba es el *tholos*, una cámara de planta circular y diámetro variable; es posible que su cubrición se realizase mediante cúpula conseguida

por aproximación de hiladas, aunque es algo que no todos los especialistas aceptan. Este tipo de tumba también es colectivo y, en general, los restos de los enterramientos anteriores son barridos de tiempo en tiempo hacia las paredes de la tumba para dejar paso a los nuevos. Los hallazgos sugieren que cada individuo era depositado con sus principales objetos de uso cotidiano, así como con una provisión de comida y bebida. Junto a esos artículos, aparecen con frecuencia pequeños vasos de piedra y figurillas cerámicas antropomorfas o con representaciones de animales.

La amplia variedad de rituales funerarios en la Creta del Minoico Antiguo sugiere la existencia de importantes rasgos distintivos de carácter regional, y también el carác ter muy conservador de estas manifestaciones de la religiosidad de las poblaciones cretenses.

Los dos últimos siglos del tercer milenio parecen atestiguar el incremento de una tendencia a una creciente complejidad social, acompañada de un auge económico, que será el preludio de la aparición de los palacios en el tránsito del tercer al segundo milenio. Es este momento en el que buena parte de las cronologías al uso sitúan el tránsito entre el Minoico Antiguo y el Minoico Medio. Es durante el Minoico Medio I B, que se inicia poco después de *ca.* 2000 cuando aparecen los Primeros Palacios, primero en Cnoso y poco después en Festo y en Malia; esta fase de los Primeros Palacios durará hasta más o menos 1700, siempre teniendo presentes las incertidumbres derivadas de análisis constantes sobre la cronología del período. Los restos de estas construcciones monumentales han sufrido diversa suerte, habiendo desaparecido en parte, pero también quedando integrados, de diversos modos, dentro de los Segundos Palacios. La construcción de estos edificios presupone la

aparición o el amplio desarrollo de nuevas técnicas constructivas, como el escuadrado de las piedras o la utilización de la columna; del mismo modo, la introducción de nuevas concepciones arquitectónicas, que desarrollaremos con más detalle en el siguiente capítulo, y un nuevo sentido de monumentali- dad apenas percibido en las fases anteriores. También los palacios desarrollarán unas producciones artesanales específicas, como es el caso de la cerámica del llamado estilo de Kamares, que parece haber sido usada en los palacios, pero que también fue exportada a numerosos puntos dentro y fuera de Creta. Investigaciones recientes están también aumentando nuestro conocimiento de nuevas estructuras de la fase de los Primeros Palacios en Creta, como las de Monastiraki y Kommos, que aunque no son palacios no pueden desvincularse de la actividad de los mismos, mostrando una clara vinculación con el control de actividades económicas, de carácter más agropecuario en el primer caso y más comercial en el segundo. En relación con este último aspecto, es evidente que aumentan los contactos internacionales del mundo cretense, no sólo con el Egeo y el continente griego, sino con Anatolia, Egipto y el Próximo Oriente.

De la misma manera, y además de las estructuras palaciales, otros edificios de gran empeño empiezan a ser conocidos en la Creta del primer tercio del segundo milenio, como en Malia (donde ya para esta fase muchos autores sugieren que existe un palacio que se consolidará en el período subsiguiente o de los Nuevos Palacios); del mismo modo, se conocen algunas representaciones o, incluso, maquetas de edificios no palaciales. Durante esta fase Protopalacial, los rituales funerarios continúan las tradiciones iniciadas durante las fases previas, pero en el aspecto religioso empiezan a aparecer santuarios en cimas de montañas no

muy elevadas (Juktas, o Kato Syme), y siguen manteniéndose lugares de culto en las cuevas, aunque de forma cada vez más residual. El abundantísimo repertorio de figurillas, de claro carácter religioso, que conocemos para este período, certifica el creciente peso que el mundo de las creencias, mucho más articuladas que en fases precedentes, empieza a alcanzar en Creta.

Con la aparición de los palacios en Creta también se desarrolla la escritura, de la que conocemos al menos tres sistemas. Por un lado, un sistema jeroglífico, aún no descifrado; por otro, el sistema que muestra el llamado "Disco de Festo", seguramente posterior al período Protopalacial, y hasta ahora un caso único; por fin, el sistema que Evans, el excavador de Cnoso, denominó lineal A, y que ha sido ya atestiguado en la fase Proto- palacial aunque alcanzará su pleno auge durante el Neopalacial.

La aparición de los palacios en Creta afectó de modo radical a todo el Egeo; el mundo del Cicládico Medio gira cada vez más en torno a Creta y los rasgos específicos que este espacio había mantenido durante el Cicládico Antiguo van a ir diluyéndose ante la creciente influencia cretense. Algo parecido pasará en el continente durante el Heládico Medio. La demanda de bienes y servicios que generará la nueva estructura social y económica que representan los palacios será la responsable de esta progresiva minoización del ámbito cicládico; a ello se añade el inicio de una expansión, aún no evaluable por completo, de gentes procedentes de la Creta minoica hacia otros puntos del Egeo. Sería, por ejemplo, el caso de Kastri, en la isla de Citera, que parece haber sido ocupado por gentes de Creta en los momentos iniciales del Minoico Medio. Todos estos cambios que se producen en Creta, como veremos, tendrán amplias repercusiones en todo el entorno del Egeo y

prepararán el camino para el surgimiento de la primera civilización estatal del continente griego.

Bibliografía complementaria

BRANIGAN, K. (1993): ***Dancing with death: life and death in southern Crete, c. 3000-2000*****BC. Ámsterdam.**

BRANIGAN, K. (ed.) (1998): ***Cemetery and Society in the Aegean Bronze Age*****. Sheffield.**

GARCÍA IGLESIAS, L. (1997):***Los orígenes del pueblo griego*****.Madrid.**

TREUIL, R.; DARCQUE, P.; POURSAT, J. C. y TOUCHAIS,G.(1992):***Las civilizacionesegeas del Neolítico y de la Edad del Bronce*****. Barcelona.**

Capítulo 3

El palacio de Cnoso

Hacia 1700, durante el período que, según la periodización al uso, se denomina Minoico Medio II, se producen en Creta una serie de destrucciones que afectan a los palacios de Cnoso, Festo y Malia, así como a muchas otras estructuras arquitectónicas de la isla que, sin ser palaciales, estaban vinculadas al orden que representaban esos palacios, como sería el caso de Monastiraki. Las causas de esas destrucciones no son conocidas pero hoy puede asegurarse que no tienen nada que ver con la catastrófica explosión del volcán de la isla de Tera (Santorini) que destruyó buena parte de ella y dejó sentir sus trágicos efectos en gran parte del Egeo; en efecto, los recientes estudios, y en especial los dendro- cronológicos parecen situar la erupción hacia finales del siglo XVII, y por tanto sin relación directa

con la aparición de los nuevos palacios.

Las bases del nuevo período que se inicia hacia 1700 ya se habían sentado en la época Protopalacial; los primeros palacios ya eran conjuntos monumentales, organizados en torno a patios y con una clara especialización y jerarquización de espacios, como mostró el análisis del palacio de Festo, que es uno de los que mejor conservan restos correspondientes a esa primera etapa. El palacio es la residencia de un personaje o grupo importante que controla los recursos agropecuarios de un determinado territorio así como los esfuerzos de una población de cierta envergadura que aporta su fuerza de trabajo para la ejecución de los fines del personaje o grupo dirigente, entre ellos la construcción de la propia residencia monumental o palacio. Además de esta función residencial, el palacio asume, ya desde la época Protopalacial funciones económicas, con zonas de elaboración y consumo de alimentos, almacenamiento, artesanales (tejido, broncística), cultuales y administrativas. El palacio concentra, pues, una multiplicidad de funciones que se verán reforzadas y ampliadas tras el período de reconstrucción que se inicia a partir de 1700.

En toda Creta se observa un incremento de las actividades constructivas, tanto en edificios palaciales (Cnoso, Festo, Malia y Zakro y algunos ejemplos más que los recientes estudios están revelando) como en los que no tienen carácter palacial. De todos los palacios de la isla es, sin duda, Cnoso el más importante y también el primero en ser conocido y explorado; ni que decir tiene que esta precocidad determinó también que los métodos de análisis que su primer excavador, el británico sir Arthur Evans, puso en prác tica dejen mucho que desear desde el punto de vista de la actual metodología arqueológica. No obstante, continuos análisis sobre los materiales excavados por Evans, así como los

paralelos que los estudios en los otros palacios de la isla aportan, permiten poco a poco ir precisando las informaciones acerca del funcionamiento y sentido de estas complejas estructuras cuyo origen último hay que buscar en el mundo del Próximo Oriente, donde las estructuras de base palacial tenían una grandísima tradición.

El palacio de Cnoso, como los otros palacios minoicos, se caracteriza por la existencia de un gran patio central, que en el caso de este palacio alcanza una superficie de cerca de 1.500, de un total de 13.000 m2, lo que le convierte así en el mayor de todos los conocidos en la isla. El patio rectangular, por lo general orientado en dirección norte-sur es el elemento articulador de todo el esquema; al mismo se abren toda una serie de estancias, con frecuencia bordeadas por columnatas. Es seguro que todos los palacios tenían un segundo piso que, como es natural, ha desaparecido, por lo tanto lo que hoy puede contemplarse corresponde tan sólo a la planta baja de los mismos. Un aspecto fundamental de esta planta baja es la zona de almacenes, de mayor o menor tamaño según los casos. Por lo que se refiere a Cnoso, se encontraban sobre todo en el ala oeste, delimitados hacia el exterior por una imponente fachada que daba al patio occidental; también en el ala este hay algunas zonas de almacenamiento.

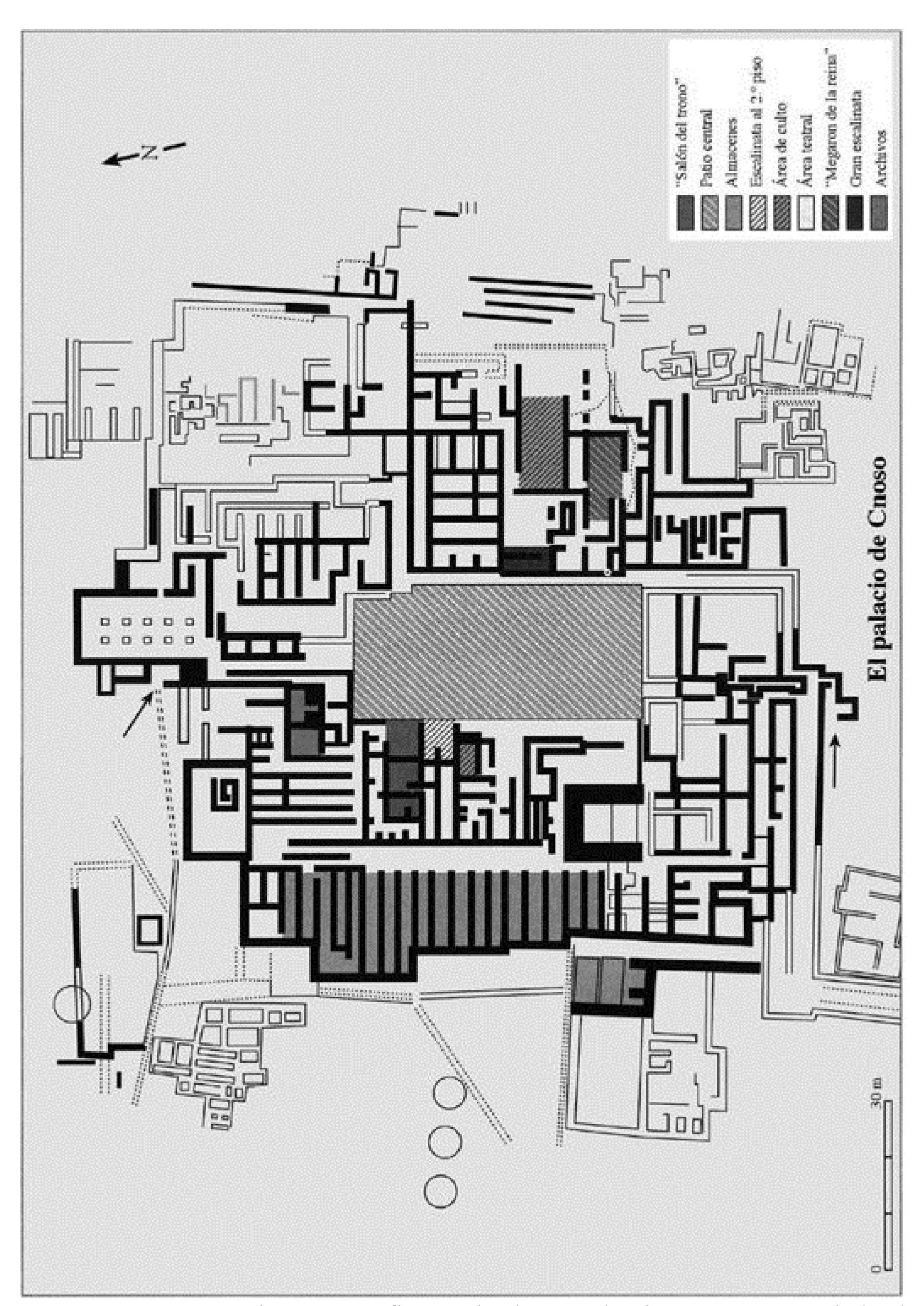
En la parte suroriental del palacio parece localizarse una zona considerada residencial por parte de los investigadores, aunque para otros sería cultual, con varias dependencias, entre ellas instalaciones sanitarias, mientras que al norte del patio una imponente escalera conduciría a lo que se ha supuesto que eran salas de banquetes. También en el piso superior, en el ala oeste, parece haber estado la "planta noble" del palacio, a juzgar por los restos de escalinatas que se conservan y que, sin duda ninguna, conducían a un

segundo piso hoy desaparecido, pero del que proceden buena parte de los restos de estucos pintados, que se hallaron caídos sobre el nivel inferior. Flanqueando el patio por su parte occidental, y en la planta baja, se alineaban una serie de estancias de posible función cultual, y que se caracterizan por la presencia en ellas de pilares que llevan signos incisos (tridentes, estrellas, dobles hachas) de posible significado religioso; se trata del llamado "Salón del Trono", de la "Capilla Tripartita" y del "Depósito del templo", nombres que tradicionalmente se les ha dado a estos grupos de estancias con frecuencia sin demasiado fundamento.

En Cnoso, se hallaba en la esquina noroccidental del palacio un área con unas gradas que, con disposición y emplazamiento distinto, también se conoce en los restantes palacios. Se la ha llamado "área teatral" y parece clara su función de reunir a grandes grupos de personas para fines diversos, desde la celebración de rituales y espectáculos hasta, acaso, asambleas de cierto carácter político; en cualquier caso, esas áreas así como los grandes patios centrales de los palacios subrayan la clara atención que prestan los mismos a la gestión de reuniones multitudinarias, lo que no deja de ser un rasgo interesante del sistema palacial minoico.

Junto a la arquitectura y su decoración pictórica, de gran riqueza y variedad, los palacios estaban repletos de objetos realizados en toda una serie de materiales (madera, piedras variadas, metales preciosos o no, marfil, cerámica, etc.), y en unos estilos artísticos que los vinculaban de modo directo a los círculos dirigentes que tenían su sede en tales edificios; junto a los aspectos de tipo más económico de estos palacios (áreas de almacenamiento, de elaboración y de consumo de alimentos y bebidas), la acumulación de objetos de cuidada manufactura y realizados en materiales a veces de gran

valor intrínseco muestra también un aspecto interesante de la sociedad palacial minoica: la necesidad de disponer de bienes de prestigio en parte como exhibición del propio poder pero, en su caso, también como medio de ofrenda o regalo a aquellos que participaban en las ceremonias que se desarrollaban en el entorno palacial; ello viene demostrado por la difusión a través de la isla de productos de manufactura palacial, que han entrado en un sistema de intercambios, que ha servido como medio para cimentar una serie de lazos interpersonales sobre los que, acaso, se basa la estabilidad de la sociedad minoica; todo ello, entremezclado a conveniencia con rituales, cultos y celebraciones, bien atestiguadas en la Creta palacial, y que habrían sido utilizados por las autoridades que dirigían los palacios como medio para conseguir otros fines.



Los programas iconográficos de los palacios, en especial el de Cnoso, con insistencia en las ceremonias del salto del toro o la presencia de figuras mitológicas (esfinges), contribuían a convertirlos en espacios con una fuerte carga

religiosa, de la que sin duda se beneficiaba el titular del poder en el mismo; pero junto a ese elemento simbólico el palacio era, como mostrarían sus repletos almacenes, el centro de una unidad de producción económica, de extensión no precisable, pero que requería de una infraestructura administrativa para su gestión. Parece que el sistema de escritura jeroglífico, al que ya hemos aludido en el capítulo anterior, desaparece al inicio del período Neopalacial, quedando el Lineal A como el sistema de escritura principal. El Lineal A parece haber tenido como principal soporte la arcilla, bien en forma de tablillas bien en la de nodulos de diversos tipos; mientras que éstos acompañan a los utensilios que son objeto de transacción por parte del palacio, indicando el texto el artículo de que se trata, las tablillas contienen los asientos contables de esas recepciones o, en su caso, de las entregas que realiza el palacio. De cualquier modo, la lengua que transcriben esos textos se resiste a ser descifrada, a pesar de los numerosos intentos por conseguirlo.

Además de los palacios, existen otras estructuras de habitación, llamadas "villas" por la investigación tradicional, que parecen controlar áreas agrícolas y que asumen algunos de los lujos propios de los palacios, pero cuya relación con los centros palaciales sigue siendo problemática aunque, en algunos casos al menos, su existencia parece requerir la presencia de los mismos.

De la arquitectura de las ciudades no es demasiado lo que conocemos; centros como Gurnia, Mochlos y Pseira parecen ser asentamientos organizados también en torno a una plaza central. De todos estos centros urbanos, el mayor parece haber sido también el que se desarrolló en torno al palacio de Cnoso, cuya extensión se ha estimado en unas 50 ha, que habrían albergado una población de unos 17.000

habitantes, y en esta ciudad se han detectado viviendas de distintos tamaños y niveles económicos diferentes, destacando en ellas las instalaciones sanitarias así como un evidente gusto por las decoraciones pintadas en sus suelos y paredes. Algunas representaciones y maquetas, como una procedente de Archanes, dan una cierta idea del aspecto de algunas de esas viviendas coetáneas de los palacios.

Según se ha ido conociendo cada uno de los palacios en detalle se ha podido observar que su historia seguía ritmos particulares, con una dinámica propia de ampliaciones,reparaciones, destrucciones más o menos parciales incluso. Sin embargo, y más allá de esa historia particular, hacia 1500, al final del período Minoico Reciente IB, parece haberse producido una serie de destrucciones generalizadas que afectaron a buena parte de los asentamientos cretenses y, también, a las Cicladas. Las destrucciones parecen haber tenido como foco principal los centros administrativos; el palacio de Cnoso no parece haber sufrido daños importantes, pero sí los edificios del entorno. En la vieja percepción de los hechos, heredada del excavador de Cnoso, Evans, esta destrucción marcaría el final de la actividad del palacio; sin embargo, cada vez más se ha ido abriendo paso la idea, corroborada también por los trabajos arqueológicos, de que el palacio de Cnoso siguió siendo utilizado pero ahora como sede de un nuevo principado, aunque con algunos cambios importantes, entre ellos no el menor el del origen de sus nuevos dueños, en esta ocasión griegos del continente, al parecer. Por tanto, el período que se inicia hacia 1500 es denominado Palacial Final y se prolongaría hasta el cese definitivo de la actividad administrativa en Cnoso a principios del siglo xIII; por consiguiente, los siglos XV y XIV constituyen el último período de vida del palacio cnosio, ya como único

representante de su clase en la isla, quizá con excepción del que, al menos en parte de este período, existió en Cidonia (La Canea), que parece haber actuado en conjunción con aquél.

Tras la destrucción y el despoblamiento generalizados que afectaron a Creta, la situación fue recuperándose en los siglos sucesivos, con un claro liderazgo de Cnoso sobre buena parte de la isla, aunque sin llegar nunca a los niveles del período previo; el palacio siguió siendo utilizado y mantenido, se realizó alguna nueva construcción en sus dependencias y parece haber seguido conservando un buen nivel en cuanto a las técnicas constructivas. En efecto, el patio central es pavimentado, se realizan transformaciones en la "sala del trono" y obras en los almacenes occidentales, que atestiguan que el palacio siguió usándose y adaptándose a las necesidades de sus nuevos dueños.

Todo este período resulta de difícil interpretación porque los testimonios no son incontrovertibles. Sin embargo, parece observarse una evidente continuidad en cuanto a técnicas constructivas y artesanales, siquiera en el ámbito palacial, pero con una presencia, indudable, de unos círculos dirigentes que muestran sus vínculos con el mundo griego, a los que llamamos, como veremos en su momento, "micénicos". Por causas que desconocemos, a lo largo del siglo XV (aunque hay autores que lo retrasan hasta el xIv) griegos micénicos se habrían hecho con el control de la isla y la habrían gobernado (ya fuera de forma total o parcial) desde el viejo palacio cnosio; estos griegos habrían constituido una minoría que no habría ahogado la personalidad del mundo minoico aunque la habría empleado en su beneficio. Algunos indicios en los rituales funerarios contemporáneos sugieren, dentro de lo problemático que todo ello resulta, la introducción de

rituales funerarios ya atestiguados en esa misma época en Grecia, lo que indicaría la presencia de gentes de esa procedencia establecidas en Creta. Por último, el uso de la escritura Lineal B que, como veremos en su momento, transcribe una lengua griega, reafirma la presencia de gentes de este origen al frente del palacio cnosio y, sobre todo, confirma la continuidad de una administración palacial que recibía constantes aportaciones de productos procedentes del territorio, los contabilizaba, almacenaba y disponía de ellos; a juzgar poresa documentación escrita, la red de transacciones que el palacio de Cnoso centralizaba afectaba a la totalidad de la isla.

El final de esta actividad administrativa a principios del siglo XIII (Minoico Reciente IIIB) muestra una situación confusa en Creta; hay destrucciones en algunos lugares aunque no siempre abandonos (por ejemplo, en Malia, donde el barrio Nu es reocupado tras un incendio que lo destruye) pero da la impresión de que la población disminuye y muchos otros lugares son abandonados. Las consecuencias del final del control ejercido desde un centro administrativo sobre el territorio son difíciles de percibir; aunque en algunos lugares la vida continúa sin que percibamos demasiadas diferencias con el período previo, los cambios se van produciendo poco a poco. Creta va a entrar, como el resto del Egeo y el Mediterráneo oriental, en un período de tránsito del que aún nos queda mucho por conocer.

El palacio de Cnoso, ya inútil y convirtiéndose poco a poco en una ruina, se transformará, en la imaginación de los griegos posteriores, en el laberinto donde el rey Minos encerrará al monstruoso hijo de un toro y de su esposa Pasifae, el Minotauro; para esos mismos griegos la Creta de ese rey Minos se habría convertido bajo su mandato en dueña del mar y la cima de una civilización brillante y

extraña.

Bibliografía complementaria

EVANS, A. (1921, 1928, 1930, 1935): *The Palace of MinosatKnossos* I-IV. Londres.

GRAHAM, J. W. (1987): *The Palaces of Crete*. Princeton.

HÁGG, R. y MARINATOS, N. (eds.) (1987): *The Function of the Minoan Palaces*. Estocolmo.

LAFFINEUR, R. y NIEMEIER, W-D. (eds.) (1995): *Politeia: Society and State in the Aegean Bronze Age*. Lieja.

Capítulo 4

La formación de la Grecia micénica

De acuerdo con el esquema tripartito que presidió la primera sistematización de las culturas de la Edad del Bronce del Egeo, el área cultural de la Grecia continental fue dividida también en tres fases que, en este caso, se denominaron Heládico Antiguo, Medio y Reciente, respectivamente. Estas clasificaciones, como en el ámbito Minoico y en el Cicládico, han sido sometidas a todo tipo de críticas y sustituidas, en todo o en parte, por otras definiciones más vinculadas en ocasiones a las secuencias estratigráficas de sitios concretos. Sin embargo, eso ha determinado una multiplicidad, a veces innecesaria, de etapas culturales lo que hace que, aún hoy día, las líneas generales de ese primer esquema tripartito surgido a principios del siglo XX sigan siendo válidas aun cuando matizadas por una gran cantidad de subdivisiones del esquema básico inicial.

Diremos, pues, que a lo largo del tercer milenio se desarrolla en la Grecia continental la cultura del Heládico Antiguo que muestra, según los lugares, mayores o menores perduraciones del Neolítico; aparecen poblados fortificados que agrupan a pequeños grupos dedicados a actividades agrícolas y ganaderas básicas y en las viviendas se detecta ya una estructura que tendrá un largo desarrollo durante el segundo milenio, el *mega-ron*, cuadrangular o rectangular con hogar central que deja escapar los humos a través de un tejado abierto en su parte central con vertiente hacia el interior y soportado por columnas. Sus no excesivos contactos exteriores parecen favorecidos por las actividades de los marinos cicládicos. El paso del tiempo y tal vez un cierto desahogo económico propician la aparición de edificios de mayor tamaño, que se han considerado de carácter público, como la llamada "Casa de las Tejas" en Lerna; se trata de estructuras de dos pisos, en cuya planta baja (la única conservada) destaca la existencia de habitaciones agrupadas a lo largo de corredores. El material de construcción básico es el ladrillo de adobe, estando los muros apoyados sobre un zócalo de piedra y su cubrición se realiza ya con tejas de terracota. De este período es el "Edificio Redondo" de Tirinte, del que se ha sugerido que podría tratarse de un granero comunal, lo que sería muestra de un cierto nivel desocialización en la Grecia del Bronce Antiguo.

En el tránsito entre el Bronce Antiguo y Medio se producen cambios en Grecia, saldados a veces con destrucciones; empiezan a aparecer casas largas de planta rectangular con un extremo absidado como muestra, entre otros, el yacimiento de Lefkandí I; parece haber, sin embargo, diferencias entre la Grecia central y Tesalia y el Peloponeso; en este último parecen perdurar más las estructuras

arquitectónicas herederas del esquema que había desarrollado la "Casa de las Tejas" aunque ya al final del Heládico Antiguo III (últimos siglos del segundo milenio) algunos rasgos de la cultura de Lefkandí I empiezan a fundirse con las tradiciones locales (por ejemplo, la utilización de los ábsides).

Estos cambios que se producen, y que parte de los especialistas atribuyen a la llegada de nuevas gentes, se suceden en el período siguiente, el Heládico Medio (*ca. 2000-ca 1550)*. El problema que subyace en todo este debate es el del momento de la llegada de los griegos a Grecia que, a través de muchas variantes, tiende a situarse bien a inicios del Heládico Medio bien en el tránsito entre el Heládico Antiguo II y el III. Sin duda no podemos pensar en invasiones que acaban con las culturas previas, puesto que ese modo de pensar no concuerda con lo que muestra el registro material; quizá sea mejor creer en grupos que van penetrando en Grecia, tal vez por distintas vías, y que poco a poco van imponiendo (y quizá no necesariamente por la fuerza) su lengua. Lo cierto es que la civilización micéni- ca, que vemos surgir a mediados del siglo XVI (inicio del Heládico Reciente) la llevan a cabo gentes de lengua griega que (al menos ellos) ejercen el control sobre los principados que surgirán. Pero no nos adelantemos y consideremos ahora el Heládico Medio.

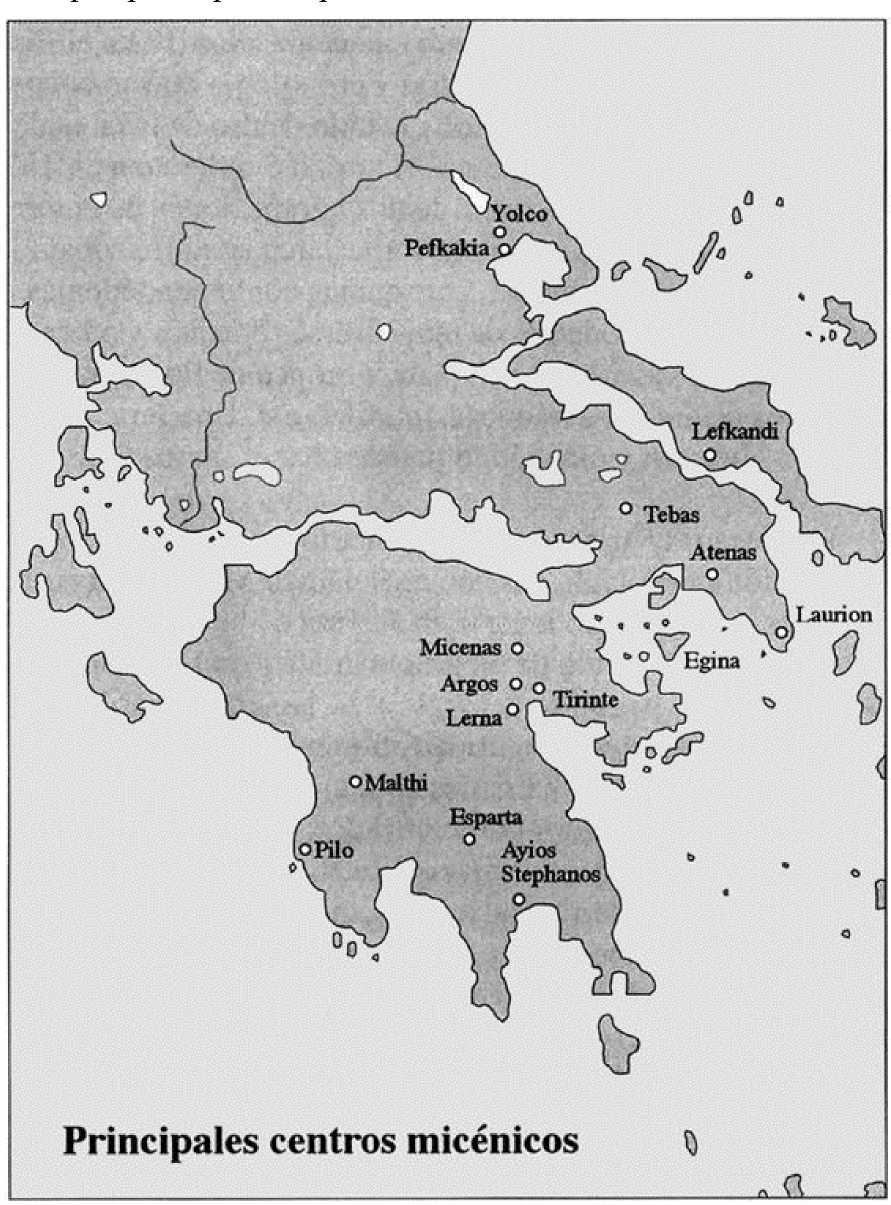
En este período el sitio típico parece ser el poblado fortificado ubicado en lugares altos, mostrando una mayor nucleación del hábitat frente a la dispersión de la fase previa. Ahora toda Grecia, al menos hasta las partes más meridionales de Tesalia, muestra un aspecto más o menos uniforme. Murallas como la de Malthi o asentamientos como Lerna marcan la pauta. Las casas son del tipo*megaron*ya sean rectangulares o absidales; los tipos de

cerámicas se homogeneizan también, como muestra la amplia difusión de la cerámica llamada “Minia”, de tono gris oscuro y bruñido. Frente a los defensores de la teoría invasionista, que consideraban esta cerámica como una clase nueva que habría sido introducida por los griegos invasores, hoy se sabe, sin lugar a duda, que no es sino la evolución lógica de los tipos cerámicos propios de las últimas fases del Heládico Antiguo.

El Heládico Medio es también un momento de apertura al exterior; además de las relaciones comerciales con el ámbito insular empiezan a aparecer con fuerza las primeras importaciones de cerámicas minoicas en Grecia, desde el Peloponeso (Lerna, Argos, Ayios Ste- fanos, Micenas) hasta Yolcos y Pefkakia en Tesalia, pasando por Egina y por Atenas. Parece que los cretenses, que están construyendo sus primeros palacios, empiezan a interesarse por los recursos del rico distrito minero de Laurión, en Ática, que producía cobre, plata y plomo. Los rituales funerarios del momento varían desde las tumbas a cista y a *pithos*hasta un nuevo tipo de estructura funeraria que es el túmulo, en cuyo núcleo se insertan los enterramientos. Los ajuares van siendo más abundantes según nos acercamos al final del período y, de algún modo, preludian la riqueza que observamos en las ricas tumbas de Micenas del Heládico Reciente I; en algunos sitios, como en Kolonna (Egina) empiezan a aparecer las primeras tumbas de pozo bien dotadas de artículos exóticos y de armas. Según avanza el tiempo, también se observa una creciente influencia de los gustos cretenses sobre las gentes heládicas tanto en cerámica como en objetos de metal.

En algunos lugares, como en la mencionada Kolonna, la abundancia de las importaciones (de las Cícladas y de Creta), la exportación de productos eginetas así como

unaserie de cerámicas con representaciones náuticas, incluyendo navios de guerra, sugiere que las actividades marítimas pudieron formar una parte importante de los intereses de estos grupos que parecen ir adquiriendo, al tiempo que riquezas, poder dentro de sus comunidades.



Durante la primera mitad del siglo XVI surgen en Micenas

dos conjuntos de tumbas de pozo (los círculos A y B) que marcan la aparición de una nueva cultura, a la que conocemos, por haber sido en este centro donde se detectó por vez primera, como micénica. Las tumbas de pozo aparecen entre el Heládico Medio III y el Heládico Reciente I, y esta fase durará en torno a unos cien o ciento cincuenta años (hasta el Heládico Reciente IIA); no son las únicas tumbas de este tipo y cronología que se conocen, pero sí las mejor conservadas. El círculo A, que quedó incluido dentro de la ciudadela de Micenas, construida siglos después, fue excavado por Heinrich Schliemann en 1876 y, con él, se iniciaba la arqueología micénica. Se trata de dos agrupaciones de enterramientos, ubicados en el interior de un recinto funerario de forma circular, quizá cubierto en su momento por algún tipo de estructura tumular. Las tumbas contienen, además de los enterramientos, un rico repertorio de productos de muy diversos orígenes y procedencias; espadas, dagas y puñales, escudos, vasijas de oro, plata y bronce de tipología minoica, vasos de piedra, sellos, objetos de ámbar, cerámicas, marfiles, etc. Una serie de estelas en piedra, con escenas de tipo guerrero y cinegético parecen haber marcado esos enterramientos en el exterior.

Se trata de una extraordinaria acumulación de riqueza que contrasta de modo espectacular con la situación observable durante el Heládico Medio, de cierta modestia económica, circunstancia que ha dado lugar a un auténtico aluvión de interpretaciones para explicar ese súbito enriquecimiento de un grupo, limitado casi con seguridad a una o dos familias o poco más, en la Argólide del siglo XVI. No conocemos nada de los lugares donde residían estas gentes y, con seguridad, aún no han surgido los palacios, pero no parece arriesgado sugerir que nos hallamos aquí ante el germen de lo que, con

el paso del tiempo, se convertirán en estados burocratizados y que aspirarán a ejercer un amplio control sobre extensos territorios. Por diversas razones, una serie de individuos habría logrado, además de un control territorial amplio, que abarcaría no sólo la Argólide, sino que se extendería tal vez también hacia la zona del istmo de Corinto, un acceso a productos exóticos (entre ellos el ámbar) así como la capacidad de reinvertir parte de la riqueza lograda en la elaboración de costosos objetos de prestigio, en parte realizados con los materiales preciosos conseguidos. El origen de esa riqueza puede estar tanto en un control eficiente de las áreas agrícolas, incluyendo la introducción de sistemas de tasación e imposición adecuados, cuanto en los beneficios logrados en ultramar; quizá ambos factores se combinen a la hora de explicar el súbito enriquecimiento de esos a quienes podemos llamar los primeros "príncipes micénicos". Podemos considerar, al menos en el momento presente, que el período micénico se inicia con una exhibición de poder y riqueza hasta entonces inusual en el continente, pero que incidirá en temas luego frecuentes en época palacial, como el énfasis en los aspectos relacionados con la guerra y con la caza, así como una cierta faceta de celebración o de comensalidad centrada en el consumo de líquidos como puede ser el vino. Por ello, y aunque para este momento inicial (Heládico Reciente I) no disponemos apenas de los restos de sus residencias, lo que impide que podamos hablar de palacios en sentido estricto, no cabe duda de que ya se está gestando esta estructura, de clara herencia próximo-oriental, a través del intermediario minoico, que caracterizará al mundo micénico en su época de mayor esplendor.

Además de la ya mencionada capacidad de controlar y gestionar, en beneficio de una élite restringida, la

producción agrícola de la Argólide y, tal vez, de zonas aledañas, los objetos presentes en las tumbas de fosa presuponen la existencia de un importante y desarrollado artesanado cuyas influencias y técnicas parece que hay que buscarlas en Creta, aun cuando en muchas de las piezas se detecta a artesanos locales, por lo general bien imbuidos de las técnicas y modelos cretenses, aunque también sean perceptibles influencias anatolias y levantinas. Este artesanado, sobre todo el especializado en la elaboración de objetos realizados en materiales preciosos, puede haber trabajado en exclusiva para el restringido círculo de sus principescos clientes, que les habrían proporcionado las materias primas y el soporte económico necesario para poder realizar sus tareas, lo cual presupone, a su vez, ya un cierto embrión de organización económica.

Habría, pues, que concluir este esbozo de los orígenes del mundo micénico insistiendo en el papel que el comercio a larga distancia desempeñó a la hora de explicar la aparición de círculos prominentes dentro de la sociedad de fines del Heládico Medio, que acaso habrían aprendido técnicas de navegación de la mano de los cretenses minoicos y que pronto iniciaron por su cuenta la exploración del Mediterráneo; en estas exploraciones pudieron acceder a nuevas fuentes de aprovisionamiento de metales, que se unirían a las rutas tradicionales de llegada del ámbar desde el Báltico al Mediterráneo y que permitieron ese súbito enriquecimiento y la exhibición, casi de nuevo rico, de esa opulencia que tal enriquecimiento trajo consigo. En cualquier caso, la posibilidad de fletar naves y comerciar puede estar también en relación con el surgimiento de principados fuertes, cuyo control del territorio y de los recursos agropecuarios les permiten dedicar parte de los excedentes a la construcción naval y al fomento del

comercio. Es difícil saber, y más aún en los momentos iniciales del mundo micénico, si el comercio es una actividad privada o, por el contrario, si está sustentada, tanto financieramente como en la definición de sus objetivos, por estructuras pre o protoestatales; no obstante, el sincronismo entre el surgimiento de estructuras organizativas de mayor complejidad y la aparición de las primeras huellas de la actividad comercial micénica pueden sugerir una relación mutua entre ambas manifestaciones.

Este fenómeno, como era de esperar, no se circunscribe a la Argólide, sino que afecta a buena parte de Grecia, como muestran tumbas a *tholos*de Mesenia y otras en Tebas y Tórico, lo que indica que el fenómeno de la emergencia de grupos capaces de acumular en sus tumbas importantes riquezas parece darse al tiempo en numerosas regiones. La culminación de ese proceso tendrá lugar cuando las residencias de estos grupos, de las que apenas conocemos nada durante las primeras fases del Heládico Reciente, empiecen a adquirir un aspecto monumental, dando lugar a lo que conocemos como palacios micénicos. Sobre ellos se hablará en el siguiente capítulo.

Bibliografía complementaria

DLETZ, S. (1991): *The Argolidat the Transition to the Mycenaean Age Studies in the Chronology and Cultural Development in the Shaft Grave Period.* Copenague.

DREWS, R. (1988): *The Coming of the Greeks:Indo-EuropeanConquestsin the Aegeanand the NearEast.* Princeton.

HÄGG, R. y KONSOLA, D. (eds.) (1986): *Early Helladic Architecture andUrbanization.* Góteborg.

LAFFINEUR, R. (ed.) (1989): ***Transition. Lemondeégéen duBronzeMoyen auBronze Récent*****. Lieja.**

Capítulo 5

Los primeros estados griegos: los palacios micénicos

La aparición de la cultura micénica provocó que buena parte de la Grecia central y del Peloponeso quedase poco a poco bajo el control de una serie de individuos o familias que se nos presentan, a partir del registro arqueológico, como auténticos "señores de la guerra". El énfasis que encontrábamos en las tumbas de pozo de Micenas en estos aspectos sugiere la existencia de una ética guerrera que serviría, acaso, como medio de legitimar o reforzar el poder de estos sujetos. Las relaciones con el mundo cretense, que está viviendo su momento de máximo apogeo, parecen ser bastante intensas, aunque sea difícil precisar qué tipo de contactos, más allá de los evidentes del intercambio de productos, se mantenían entre el mundo minoico y el continente griego.

Esta situación va a empezar a cambiar a partir del siglo XV, cuando en Grecia va a introducirse la estructura que había caracterizado a la administración minoica, el palacio, aunque con algunos rasgos peculiares. Se conocen, con diferente profundidad, varios palacios en Grecia y, aun cuando la situación en cuanto a la publicación de los mismos no es siempre demasiado aceptable, sí tenemos informaciones acerca de sus cronologías. El que existió donde luego surgió el Meneleo de Esparta se habría construido en el tránsito entre el Heládico Reciente IIB y el IIIA1, lo que nos lleva a una fecha en torno a mediados del

siglo XV; por su parte, los palacios de Micenas, Tirinte y Tebas se datarían ya entre finales del siglo XV y la primera mitad del XIV, mientras que los de Pilo y Gla se construirían durante la segunda mitad de los siglos XIV y XIII. Otros centros palaciales, como los de Atenas u Orcómeno, son apenas conocidos, y en Yolco, que en los últimos tiempos se identifica con el yacimiento de Dimini, se habla de su máximo desarrollo en los siglos XIV y XIII. Además de ellos, habría que mencionar el palacio de Cnoso que, a partir de las destrucciones del Minoico Reciente IB a principios del siglo XV, parece haber pasado a estar controlado, más o menos pronto, por gentes procedentes de Grecia.

Es difícil saber con exactitud qué determinó la aparición de los palacios en Grecia, pero no parecen caber demasiadas dudas de que se ha tratado de un elemento tomado del mundo cretense, donde, como se vio en su momento, los palacios tenían ya una larga trayectoria. Las hipótesis oscilan desde pensar que se ha producido, a principios del siglo XV, una invasión de griegos del continente hasta Creta, responsable de la destrucción de los palacios a excepción de Cnoso, pero que provocaría el conocimiento del modelo de primeramano y su adopción en la propia Grecia, hasta suponer que el peso de la influencia cultural cretense sobre el continente pudo haber determinado que las élites que hemos visto ya en pleno proceso formativo desde el siglo XVI hayan acabado por aceptar el modelo palacial como el idóneo para reforzar el poder que ya ejercían sobre determinados territorios.

El palacio micénico se configuró como el espacio de residencia del gobernante, y también como el lugar desde el que ejercía su autoridad sobre un territorio concreto y sobre toda una serie de actividades económicas. Ello se conseguía

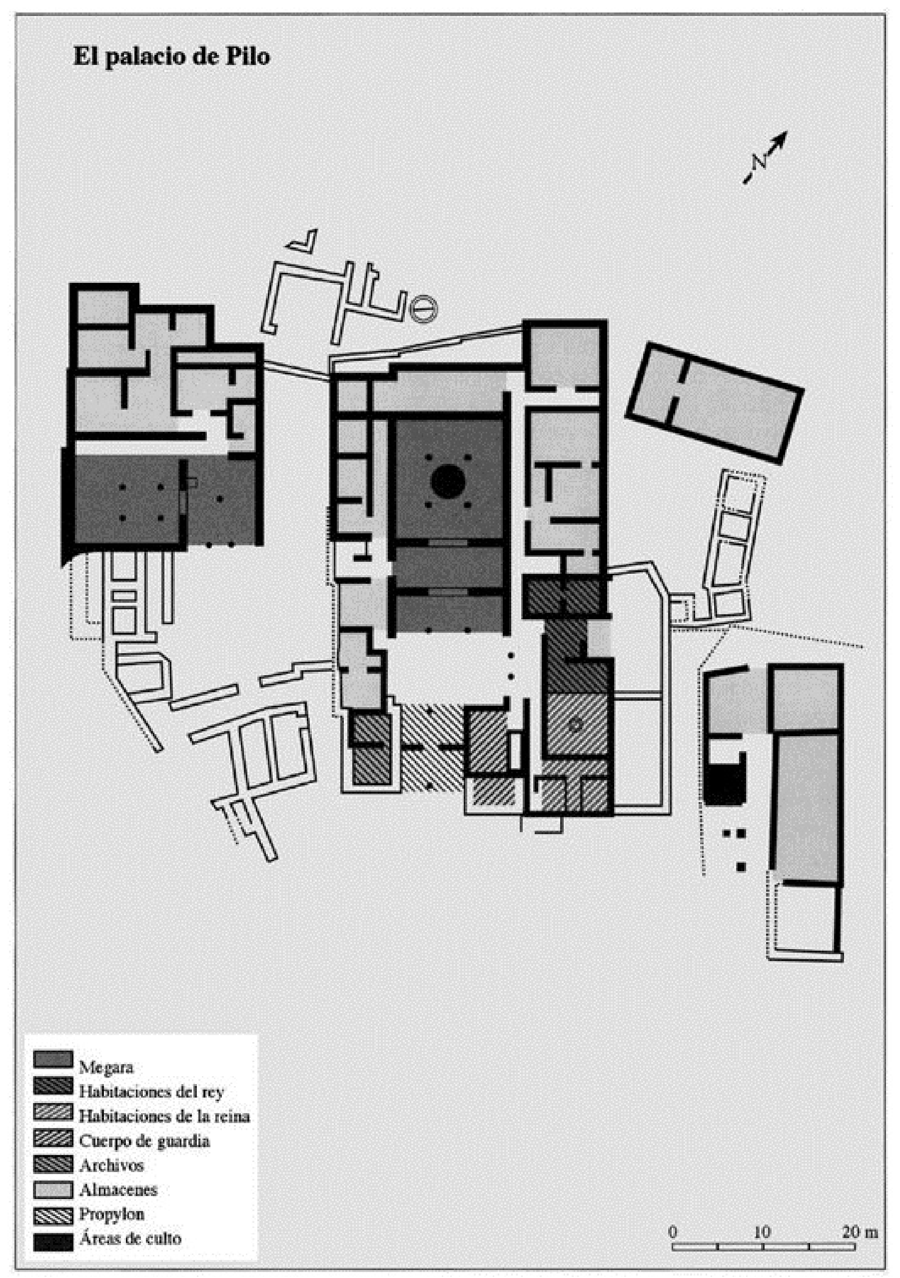
gracias a una compleja administración; en efecto, en varios de esos palacios se hallaron documentos correspondientes a sus archivos administrativos, y que estaban vigentes en el momento mismo de su destrucción por el fuego y que, una vez descifrados por Ventris y Chadwick en 1952, han dado nacimiento a la micenología moderna. La existencia de estos documentos, que recogen una parte de la actividad realizada por los palacios, relacionada con la circulación de bienes y de personas, junto con la adopción del propio sistema palacial, nos lleva al convencimiento de que las élites aristocráticas guerreras del Heládico Reciente I, que se enterraron en tumbas de fosa como las halladas en Micenas, han ido buscando los medios de incrementar su capacidad de acaparar riquezas, tanto en bienes de consumo como de prestigio; esta acumulación de bienes, consecuencia tal vez de la coerción ejercida sobre las comunidades rurales y aldeanas preexistentes, permite a estas élites ejercer un destacable papel de intermediarios entre diferentes ámbitos económicos que, poco a poco, van englobando tanto el Mediterráneo central como el oriental, zonas de la Europa centro occidental y centro septentrional, el Levante Mediterráneo y Egipto. La presencia micénica en Creta permitiría a los micénicos un acceso más fácil a los dos ámbitos mencionados en último lugar, y ya a mediados del siglo XIV los griegos micénicos habrían suplantado a los minoi- cos como los grandes intermediarios comerciales del Mediterráneo.

Si podemos hablar ya de griegos como quienes ejercen el poder desde los palacios micénicos es porque el desciframiento de la escritura que utilizaban, la llamada “Lineal B” demostró que ésta transcribía una lengua griega, muy arcaica, pero reconocible como tal, lo que ha permitido que podamos disponer para el análisis de esta cultura de

documentación escrita y no sólo material. Los documentos escritos en Lineal B, en su mayoría simples instrumentos provisionales de la contabilidad palacial, nos presentan a un rey, un *wanax,*supervisando una compleja maquinaria burocrática en la que figuran una serie de individuos, *lawagetas,heqetas,telestai,koreter,prokoreter,basileus*, responsables, a distintos niveles, de ejecutar órdenes emanadas desde el propio centro del poder. El *wanax*aparece como uno de los principales beneficiarios de tierras de uso específico, *temene*, y figura encabezando ofrendas a las divinidades, lo que sugiere que su figura gozaba de una cierta protección por parte de las mismas.

Es posible que tras la complicada maquinaria burocrática que muestran las tablillas en Lineal B se escondan complejos equilibrios de poder entre los círculos familiares más poderosos de entre los que integran cada principado o, incluso, estemos asistiendo a un completo monopolio del poder por parte de los miembros del mismo círculo familiar del príncipe; es algo que no podemos saber con certeza, si bien el aparente carácter hereditario de la realeza micénica sugiere un fuerte trasfondo de interrelaciones que queda oculto por la terminología administrativa que muestran las tablillas. Objeto también de interés es la relación entre los centros de poder y el territorio circundante, del que el palacio extrae su base de sustento económico y que constituye al tiempo la zona sobre la que el palacio ejerce su autoridad, a través de los funcionarios pertinentes. Es ejemplar al respecto el caso del palacio de Pilo, del que lo preciso de sus documentos ha permitido reconstruir buena parte de su articulación territorial. La sensación que produce lo que vamos conociendo de la estructura política y económica micénica es que la economía agropecuaria sigue en manos de las comunidades aldeanas (*damos*) que ven

sujetas sus tierras a diferentes sistemas fiscales, en beneficio tanto de la propia administración dirigida desde el palacio cuanto de la administración periférica desplegada por el territorio. Estas comunidades aldeanas pueden estar sujetas a prestaciones personales o de servicios, a modo de corveas, entre los que quizá pueda estar incluido algún tipo de servicio militar. Si el sistema se basa en la coerción, física o ideológica, o en algún mecanismo de contraprestación y redistribución, resulta problemático afirmarlo, aunque acaso ambas posibilidades no sean contradictorias entre sí, sino, por el contrario, complementarias.



En todo caso, hay usos por parte de los estados micénicos de la fuerza de trabajo disponible que no han dejado huella en la documentación escrita, como pueden ser las tareas de fortificación de las residencias palaciales o, incluso, empresas

más ambiciosas, como la desecación parcial del lago Copáis en Beocia (Heládico Reciente IIIB [segunda mitad del siglo XIV?]) o el gran dique y los canales para evitar la inundación de la llanura de Tirinte (Heládico Reciente IIIB2) o el recién detectado puerto interior de Pilo, obras todas ellas que nos hablan de un grado de control y centralización que, aunque atisbable a través de la documentación en Lineal B, supera con mucho lo en ella reflejado. Además, y como también hemos apuntado, el palacio disponía de toda una serie de trabajadores que eran controlados desde el mismo, y cuya actividad se centraba en la manufactura de artículos de especial interés para una economía como la micénica que tenía en los bienes de prestigio uno de los posibles artículos comercializables; así, los hay dedicados a la fabricación de textiles, bronce, vinos y aceites perfumados. Estos trabajadores reciben raciones de grano del palacio como pago a sus servicios.

Como veíamos líneas atrás, son varios los palacios micénicos que, de mejor o peor manera, conocemos en la actualidad, lo que hace que su trazado no sea siempre uniforme, puesto que tal vez responden a criterios y a necesidades diferentes. Sin embargo, sí hay algunos rasgos que, en general, todos ellos comparten. Frente a lo que era habitual en los palacios minoicos, donde dominaba el gran patio central, los palacios micénicos parecen haber tenido como núcleo organizativo el *megaron*, un tipo de estructura de gran raigambre en la Grecia continental. En los palacios esta estructura está bastante monu- mentalizada y es ya un complejo tripartito, compuesto por un porche, un vestíbulo y la sala principal, que se alinean en torno al mismo eje. La sala principal, llamada por lo general "salón del trono" es una estancia más o menos cuadrangular, en cuyo centro se alza un gran hogar circular cuyos humos salen por una abertura practicada en

el tejado, la cual puede realizarse porque las vigas que consienten esa abertura central se hallan sustentadas sobre cuatro grandes columnas ubicadas en torno a ese hogar central. En alguno de los palacios, como el de Pilo, se ha hallado, junto a una de las paredes, lo que puede haber sido un trono o asiento de carácter especial. Todo el conjunto se encuentra muy decorado con estucos pintados al fresco. El *megaron*suele hallarse en un lugar pro-mínente del conjunto, con frecuencia precedido de un patio porticado. Es también frecuente que en los palacios haya *megara*secundarios; que correspondan o no a la "reina" como en ocasiones se ha sugerido es algo que no puede certificarse.

Junto a esos espacios representativos u "oficiales", en el palacio hay toda una serie de estancias dedicadas a la residencia del gobernante, pero también otras destinadas al almacenaje de distintos productos (vino, aceite, cereales), a talleres, a fines religiosos y asimismo a la administración del palacio y del territorio que desde él se controlaba. Los palacios están ubicados en posición dominante sobre el entorno y en su mayor parte suelen estar fortificados, aunque como muestran sobre todo los casos de Pilo y de Tirinte, la relación de las áreas palaciales con las fortificaciones no es siempre directa. En casos como Micenas, puede observarse con claridad cómo el palacio ocupa la parte superior de una colina que, toda ella, ha sido rodeada de murallas y convertida en una ciudadela; el acceso principal, en Micenas, se hacía por medio de la llamada "puerta de los leones" y, dentro de la fortificación, se incluyó el llamado "círculo A" en el que se hallaban enterrados los ricos personajes del inicio del Heládico Reciente, que tal vez eran en verdad, o se les consideraba así, los antepasados de los gobernantes que, un siglo después, construirían el palacio. Este hecho reforzaría el

carácter "dinástico" que, al menos en Micenas, puede haber asumido el poder ejercido desde el palacio. Sobre las ciudades o áreas urbanas que rodeaban con frecuencia a los palacios es aún poco lo que se sabe.

A partir de mediados del siglo XIII este sistema empieza a mostrar signos de debilidad; destrucciones quizá en parte provocadas por fenómenos naturales, pero no seguidas por reconstrucciones, reforzamiento de las murallas y aumento de la capacidad de almacenamiento así como realización de obras para captar agua pueden ser síntomas de que la inseguridad está aumentando. Hacia finales del siglo XIII (Heládico Reciente IIIB) buena parte de los palacios desaparecen como consecuencia de destrucciones seguidas de incendios y no vuelven a ser reconstruidos; se inicia un período a partir de inicios del siglo XII (Heládico Reciente IIIC) de despoblación de buena parte de los territorios en los que estos palacios habían florecido (Argólide, Mesenia, Laconia, Beocia, etc.), lo que sugiere que el fenómeno de las destrucciones no está aislado de un contexto más amplio en el que todo el sistema está desestructurándose.

Las teorías para explicar este proceso han sido muy abundantes y, al tiempo, contradictorias; durante mucho tiempo han partido de la idea de que una nueva oleada de pueblos también grecohablantes (conocidos como dorios) habrían sido los responsables, pero es algo que hoy día es ya sólo admitido por cada vez menos investigadores. Las causas tal vez haya que buscarlas en una conjunción de factores entre los que habría que incluir el contexto general del Mediterráneo, en especial el oriental, durante estos momentos, unido a un incremento de la inseguridad en las rutas comerciales, sin descartar tampoco causas naturales. Es probable que, dentro de los principados micénicos, los equilibrios entre la producción y la redistribución hayan

sido precarios, por lo que cualquier coyuntura continuada, en relación con las causas apuntadas, pudo provocar problemas, al menos en un plano regional; no obstante, la más que posible interrelación entre los distintos centros palaciales pudo hacer que los problemas se extendieran a otros territorios, causando un colapso generalizado del sistema. La descentralización de los territorios pudo provocar una marcha de la población a otras regiones del Mediterráneo, en busca de nuevas oportunidades, lo que se refleja en el registro arqueológico en la ya mencionada despoblación; no es improbable, sino todo lo contrario, que gentes desplazadas procedentes de Grecia, y que se trasladaban en barco, puedan haber añadido un ingrediente más a la situación de inestabilidad en la que se mueve el Mediterráneo oriental por estos años y de la que hay ecos en la tradición egipcia, con sus referencias a los Pueblos del Mar, pero también en los archivos de ciudades cananeas como Ugarit.

En esta situación, grupos que vivían en las márgenes del territorio controlado por los palacios, pudieron haber aprovechado esa situación de despoblación para desplazarse a los mismos y ocuparlos. Las formas políticas micénicas, representadas en los palacios, no tendrán continuidad a partir del siglo XII, lo que obligará a los griegos de los siglos sucesivos a crear nuevas formas de organización; el mundo micénico quedará olvidado por el mundo griego posterior, y persistirá sólo el débil recuerdo que las tradiciones míticas y épicas preservarán para el futuro.

Bibliografía complementaria

CHADWICK, J. (1999): *El mundo micénico*. Madrid.

DREWS, R. (1993): ***The End of the Bronze Age: Changes in Warfare and the Catastrophe ca. 1200 B. C.*** **Princeton.**

GARCÍA IGLESIAS, L. (1997): ***Los orígenes del pueblo griego*****. Madrid.**

RUIPÉREZ, M. S. y M ELENA, J. L. (1990): ***Los griegos micénicos*****. Madrid.**

VENTRIS, M. y CHADWICK, J. (1973): ***Documents in Mycenaean Greek*****. Cambridge.**

Capítulo 6

La expansión cretomicénica

Junto a los aspectos de las civilizaciones cretense y micénica que hemos ido estudiando en los capítulos previos, merece la pena detenerse en el relativo a la expansión de estas culturas egeas fuera del ámbito geográfico originario. Podría decirse que, en cierto modo, uno de los rasgos principales tanto de la cultura minoica como de la micénica es, precisamente, el de su gran capacidad expansionista. Se trata de unos procesos que obedecen a dinámicas diferentes pero que tienen como denominador común la búsqueda de materias primas así como la distribución de productos ya manufacturados en los centros económicos y políticos que se desarrollarán en la isla de Creta y en el continente griego. Ya antes de la aparición de estructuras palaciales complejas en estos ámbitos, sin embargo, los contactos entre las islas, Creta y el continente fueron algo bastante habitual, del mismo modo que lo eran con las costas anatolias. Todo este ámbito, aun con diferencias de matiz según las épocas, formó parte de un circuito económico interrelacionado que se mantendría durante el segundo milenio, poco a poco controlado desde los palacios minoicos en Creta para pasar,

más adelante, a estar bajo la influencia de los palacios micénicos en la Grecia continental. Por ello, no insistiremos en las relaciones durante las etapas más antiguas y nos concentraremos en estos dos últimos ámbitos, el minoico y el micénico.

La expansión minoica por el Egeo se inicia en un momento temprano; ya al inicio del Minoico Medio (a finales del tercer milenio) la isla de Citera se convierte en una auténtica cabeza de puente de la presencia e influencia cretense en el continente griego y durante la época de los primeros palacios las islas egeas quedan integradas, en mayor o menor medida, en la economía impulsada desde los palacios cretenses. Pero también en esos momentos, poco después del inicio del segundo milenio, empiezan a aparecer cerámicas y otros testimonios artesanales minoicos en Chipre, pero también en la costa sirio-palestina y, poco después, Egipto, países con los que los palacios minoicos mantendrán importantísimos contactos, atestiguados también por productos de esos orígenes presentes en el registro arqueológico cretense. Como ocurre en tantos otros períodos históricos, los restos materiales que se encuentran, sobre todo cerámicas, no dan cuenta exacta de los artículos que eran objeto de intercambio y que solían ser, sobre todo, metales, en especial aquellos que escaseaban en el ámbito egeo, como el estaño, y que era imprescindible para la manufactura del bronce, sobre el que se basa buena parte del utillaje minoico. Aunque los especialistas debaten el detalle de estas actividades comerciales, da la impresión, como ocurrirá luego en el mundo micénico, de que son los palacios quienes gestionarían estos intercambios.

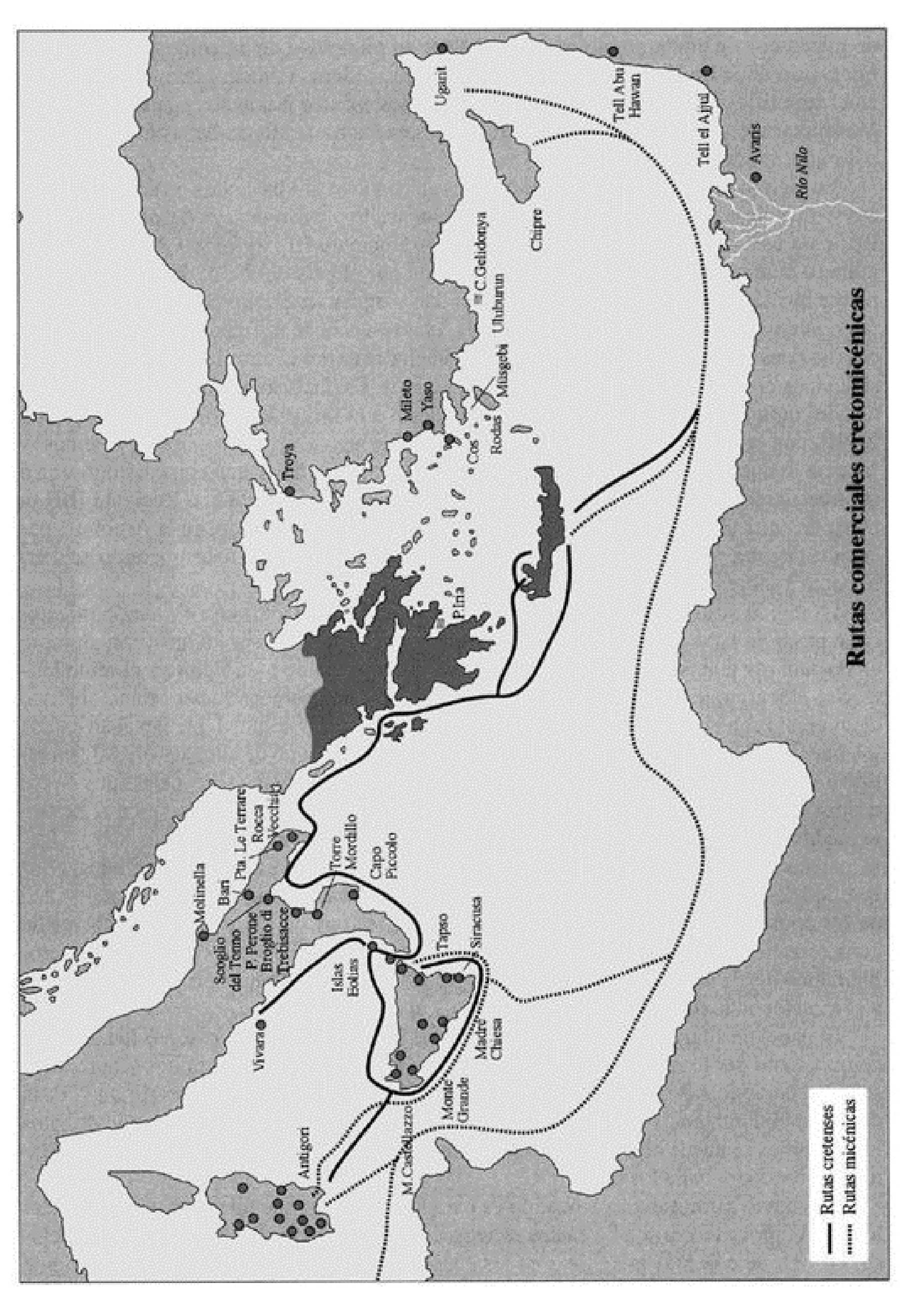
Durante el período Neopalacial en Creta estas actividades se expanden y quizá impliquen también contactos diplomáticos, bien con los príncipes que gobernaban en las

ciudades sirio- palestinas bien, incluso, con círculos de poder más elevados en Egipto, como muestran las posibles estructuras de tipo palacial descubiertas en Tell el-Daba'a, identificada con la ciudad de Avaris, la capital del Egipto hicso, y que sugieren estrechas relaciones entre ambos ámbitos durante las últimas etapas del período Neopalacial. Del mismo modo, la presencia de restos, sobre todo cerámicas, de época minoica en Anatolia no es desdeñable; sin embargo, de entre todos los lugares en los que han aparecido restos de esa presencia, no demasiado bien definidos, es en Mileto donde los estudios más recientes parecen indicar que el interés minoico en ese emplazamiento va más allá de una simple presencia comercial, como mostraría la existencia de un área cultual de tipo minoico decorada con pinturas al fresco semejantes a las aparecidas en los palacios cretenses; además, la constatación de que la mayor parte de la cerámica minoica aparecida es de fabricación local y la existencia de siete inscripciones en Lineal A refuerzan la idea de que allí existió una colonia minoica; su función habría sido controlar el comercio de minerales (cobre, oro, plata); el interés cretense por Mileto parece haberse iniciado ya en época Pre-palacial, continuando hasta la época de los segundos palacios. Es posible que también otros sitios de la costa anatolia como Yaso e islas anexas fuesen de interés especial para los cretenses, como Rodas y Cos.

Del mismo modo, la presencia minoica también se detecta en el Mediterráneo central, con restos materiales en las costas italianas y sicilianas.

Por lo que se refiere al mundo micénico, las informaciones, sobre todo de base arqueológica, son más abundantes. Haremos un breve recorrido por las zonas en las que se atestiguan contactos micénicos. Empezando por las áreas

más remotas, parece que, aunque utilizando otras zonas (ante todo la costa sirio-palestina) como intermediarios, se atestiguan relaciones entre el mundo micénico y Mesopotamia, como muestran los hallazgos de objetos de manufactura mesopotámica en Creta y en el continente; sin duda el conjunto más sorprendente es el del *caché* hallado en Tebas (Heládico Reciente IIIB1-2; *ca.*1220), donde aparecieron 38 cilindros-sellos de fayenza y lapislázuli, de los que la mitad son imitaciones chipriotas, sirio- palestinas o micénicas, pero la otra mitad es de origen mesopotámico, con ejemplares que van desde el tercer milenio al propio siglo XIII; sin embargo, resulta difícil saber en qué contexto llegó este conjunto a Tebas, aunque hay quien ha sugerido que podría tratarse de un regalo de algún rey oriental (¿Asiría?). Por el contrario, en Mesopotamia se pueden contar con los dedos de una mano los objetos de manufactura micénica encontrados, lo que sugiere que no había relaciones comerciales regulares entre ambos ámbitos aun cuando, en ocasiones, productos de un círculo llegasen al otro, sobre todo desde Mesopotamia al ámbito egeo. Sin embargo, y como muestran los pecios que conocemos para época micénica (Uluburun, Cabo Gelidonya, Punta Iría), los productos mesopotámicos habrían terminado por llegar a la costa mediterránea, donde se integrarían en cargamentos heterogéneos, acabando algunos objetos en el mun-do micénico; sin embargo, no podemos hablar en propiedad de un comercio mesopotá- mico sino de la inclusión de artículos de esta procedencia en cargamentos formados en el área sirio- palestina; lo mismo valdría para los escasos productos egeos hallados en Mesopotamia, y que podrían haber sido encaminados hasta allí desde las áreas costeras a las que, sin duda, llegaban.



En Egipto la situación es diferente, pues se conocen allí bastantes cerámicas minoi- cas y micénicas que eran contenedores de vino, aceite o perfumes, ya desde el Heládico Reciente I-II, aunque será durante el Heládico

Reciente III (siglos XIV-XII) cuando su número aumente, al tiempo que su distribución por el país del Nilo; del mismo modo, parece que las rutas de distribución se consolidan y siguen itinerarios constantes, que tocan tanto puertos cretenses como continentales. La presencia en el Egeo de productos egipcios es constante, tanto los que han dejado huella material cuanto los que han quedado reflejados en la iconografía egipcia y en sus textos. Es, incluso, posible que las relaciones del mundo micénico con Egipto aumentasen a lo largo del período de la Dinastía XVIII, con la presencia de mercenarios de origen griego al servicio egipcio. Además, y frente a lo que había ocurrido con anterioridad, los objetos de origen egipcio empiezan a ser más numerosos en el continente que en Creta a partir del Heládico Reciente IIIB (a partir de *ca.* 1330) y durante el Heládico Reciente IIIC y, sobre todo, en la Argólide, por encima de otras regiones griegas, lo que sugiere que Micenas pudo haber ejercido un cierto control sobre el comercio con Egipto dentro del ámbito Egeo.

La región sirio-palestina muestra también intensos contactos con el mundo micénico, a pesar de la atomización política existente en el área y de ser un territorio siempre en disputa por parte de los grandes poderes de la época, sobre todo Egipto y el reino hiti- ta. Sin embargo, los centros comerciales sirio-palestinos parecen haber estado abiertos al comercio con el Egeo, tanto el dirigido desde esos puertos como el que llevaban a cabo los micénicos, quizá combinando el comercio privado con uno de carácter oficial, revestido a veces de contactos diplomáticos. La abundancia de objetos sirio-palestinos en los centros micénicos, así como la gran cantidad de cerámicas micénicas halladas en el Levante mediterráneo nos habla de la gran intensidad y continuidad de esas transacciones. Uga-

rit parece haber sido uno de los centros más activos en estos tráficos comerciales, a los que podrían añadirse otros puntos como Tell Abu Hawan o Tell el Ajjul. La intensidad de los contactos ha llevado a sugerir en ocasiones la posible presencia de enclaves de comerciantes y artesanos levantinos en algunos centros del Egeo, lo cual no resulta problemático desde un punto de vista teórico y puede resolver algunos problemas relativos a la transferencia de tecnología desde Oriente al Egeo.

El papel de Chipre en las relaciones entre el Próximo Oriente y el Egeo fue destacadísimo, tanto por los productos chipriotas que se exportaron a otros ámbitos (cobre, pero también cerámicas de calidad) cuanto por el evidente papel de intermediario que la isla desempeñó durante buena parte de la Edad del Bronce Reciente; la reciprocidad de estos intercambios se puede observar también en la gran cantidad de productos micénicos, cerámica sobre todo, hallados en Chipre.

En cuanto a Anatolia, la situación es paradójica puesto que mientras que los artículos de esa procedencia son bastantes escasos en el Egeo, la presencia de objetos e, incluso, tal vez, de colonias micénicas en las costas anatolias durante el Heládico Reciente IIIC parece cada vez más clara, aunque los objetos micénicos en Anatolia están ya presentes desde el Heládico Reciente I-II. Las costas anatolias debieron de ser bien conocidas para los marinos micénicos, que parecen haber mantenido un intenso comercio con toda su costa occidental llegando hasta la Tróade y, tal vez, asomándose al Mar Negro. Ello viene demostrado por la proliferación de hallazgos micénicos, a partir sobre todo del Heládico Reciente IIB (mediados del siglo XV). La cerámica micénica encuentra una amplia difusión por toda la costa aunque sólo en unos cuantos lugares (Troya, Yaso, Müs- gebi, Mileto)

alcanza cifras importantes. También se revela importante la presencia micénica en diversos puntos de la isla de Rodas. Más allá de la valoración que se le dé a este panorama, sí que se puede afirmar que desde mediados del siglo XV se asiste a un reemplazo absoluto de las cerámicas minoicas por las micénicas, quizá en relación con la propia micenización de Creta y con la sustitución generalizada de los cretenses por los griegos del continente como principales vectores comerciales del Mediterráneo oriental.

El último ámbito que podemos mencionar se sitúa en el Mediterráneo central; la presencia de testimonios comerciales egeos en esa zona es antigua, remontando ya a la época de las tumbas de fosa de Micenas. No obstante, para estos tempranos momentos (Heládico Reciente I- II; siglo XVI) podemos pensar ante todo en contactos cada vez más intensos pero aún esporádicos que, sin embargo, y aunque apenas han dejado restos arqueológicos en Grecia, debían de aportar valiosos metales y materias primas (¿cobre?, ¿estaño?, ¿ámbar?). No obstante, habrá que esperar al Heládico Reciente IIIA para ver una importante expansión de estas actividades; serán las islas del archipiélago flegreo y Cerdeña, en el Tirreno, la Sicilia suroriental y el sur de Italia los principales puntos donde se observe la intensificación del comercio micénico; al tiempo, productos de origen itálico, cerámica sobre todo, empiezan a aparecer en Grecia, un indicio más del incremento de los contactos.

Aunque el número de puntos donde aparecen cerámicas y otros productos micénicos va aumentando según avanza la investigación, ya desde el principio empiezan a destacar algunos sitios tales como el Scoglio del Tonno, en las proximidades de Tarento, y Thapsos, en la Sicilia suroriental, que parecen haber desempeñado un papel más

importante dentro de esta red de intercambios; no obstante, también en otros puntos, como Bro- glio di Trebissace, en la Sibaritide o Nuraghe Antigori en Cerdeña, la arqueología revela importantes intercambios culturales entre las poblaciones indígenas y los micénicos, como muestran los estilos cerámicos desarrollados pot aquéllos y que atestiguan importantes innovaciones de origen egeo. Las modalidades de los contactos siguen siendo objeto de investigación y, además de comercio propiamente dicho, pueden implicar movimientos de individuos especializados en las dos direcciones, incluyendo desde artesanos a mercenarios; del mismo modo, los ritmos y las áreas afectadas por este proceso conocen también sus modificaciones a lo largo del período micénico.

Aun cuando no existe unanimidad a la hora de considerar quién está detrás de este movimiento de expansión micénico, parece difícil dudar de que hayan sido los palacios y las monarquías que en ellos residen los responsables últimos de poner en marcha estas actividades que, no lo olvidemos, requerían no sólo de una importante infraestructura sino también de la capacidad necesaria para producir artículos intercambiables así como para integrar en la esfera económica palacial las materias primas obtenidas en el ínter-cambio. Que junto a los palacios, pero no en competencia con ellos, pudo haber existido actividad comercial privada no puede descartarse por completo, pero la propia estructura económica micénica convierte a los palacios en los principales acumuladores de materias primas y productos manufacturados susceptibles de ser intercambiados.

Bibliografía complementaria

CLINE, E. H. (1994): ***Sailing the Wine-Dark Sea: International Trade and the Bronze Age Aegean*****. Oxford.**

HARDING, A. F. (1984): ***The Mycenaeans and Europe*****. Londres.**

MARAZZI, M.; TUSA, S. y VAGNETTI, L. (eds.) (1986): ***Traffici micenei nel Mediterraneo: Problemi storici e documentazione archeologica*****. Nápoles.**

MARINATOS, N. (ed.) (1984): ***The Minoan Thalassocracy*****.** ***Myth and Reality*****. Estocolmo.**

Capítulo 7

Los dialectos griegos

La Grecia micénica, que parece haber alcanzado los niveles máximos de su desarrollo económico, cultural y expansionista durante el siglo XIII conocerá, a partir del inicio del siglo XII un lento pero inexorable proceso de declive. Coincidiendo con los momentos finales de la etapa arqueológica Heládico Reciente IIIB los centros palaciales van siendo abandonados como consecuencia de una serie de fenómenos, naturales y humanos, que poco a poco van siendo dilucidados por la investigación, pero sin que aún se vislumbre la solución definitiva para explicar las causas e, incluso, el desarrollo histórico detallado de este período de "Oscuridad" que ahora se inicia. A principios del Heládico Reciente IIIC no parecen quedar palacios en pie en Grecia.

Nos movemos en una horquilla cronológica muy amplia que abarcaría desde el inicio del siglo XII hasta casi la mitad del VIII y que, a partir de la cultura material, basada sobre todo en el estudio del desarrollo de los estilos cerámicos, se divide a su vez en varias subfases. Éstas serían el Submicénico, que abarcaría desde finales del siglo XII hasta

mediados del XI, el Protogeométrico que iría hasta finales del siglo X, y el Geométrico, cuyas dos primeras fases, Antiguo y Medio, nos llevarían hasta mediados del siglo VIII; los cambios que se produjeron en Grecia en estos siglos fueron extraordinarios y ven el tránsito de una sociedad muy organizada y jerarquizada a otra en la que, poco a poco, van desapareciendo las estructuras organizativas del período anterior, se producen fenómenos de abandono de territorios, mayor precariedad económica, menor intensidad de los contactos exteriores, procesos migratorios, etc.

Sólo a partir del siglo X Grecia o, quizá, por mejor decir, algunas regiones de Grecia, empiezan a mostrar signos de recuperación, a los que no es ajena la nueva situación por la que atraviesa el Mediterráneo oriental, donde las ciudades de la franja costera sirio- palestina, Tiro, Sidón, Biblos, etc., a las que los griegos englobaron bajo el nombre de fenicios, inician sus primeras empresas ultramarinas en busca de las materias primas (metales sobre todo), tan necesarias para la buena marcha de las muy organizadas sociedades orientales.

Este largo período, que una visión historiográfica ya caduca tildó de "Siglos Oscuros", representa uno de los períodos más sugerentes de toda la Historia de los Griegos; bien es cierto que aún no disponemos de todos los elementos de juicio para valorarlo deforma cabal, pero baste para mostrar su importancia y, en la línea de lo dicho en párrafos previos, su vitalidad, insistir en que durante el mismo los griegos, que habían visto desmoronarse todo su sistema político, cultural e ideológico, tuvieron que ir reconstruyendo paso a paso unas condiciones de vida estables, una red de intercambios, un sistema ideológico y, en definitiva, una vida de carácter urbano. Al final de este proceso, a mediados del siglo VIII los griegos volvían a ser capaces de recorrer de nuevo las

rutas marítimas del Mediterráneo no sólo emulando sino, incluso, superando, a sus lejanos antepasados del siglo XIII. Pero, para entonces, más de cuatrocientos años habían pasado en los que la ausencia de escritura, otra de las consecuencias del final de los palacios micénicos, nos deja sin testimonios directos que nos iluminen sobre dicho período.

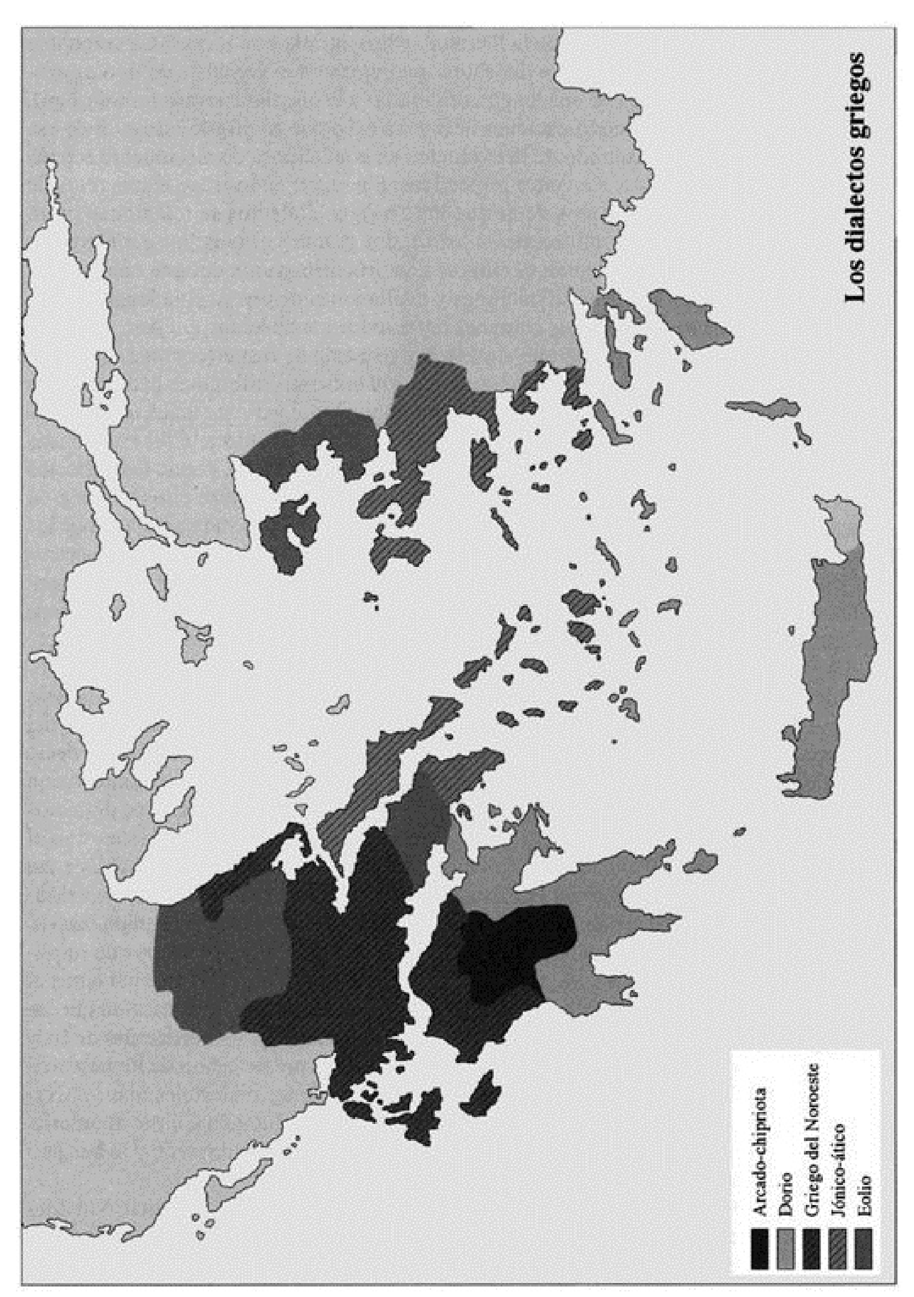
La época histórica que se inicia a mediados del siglo VIII nos presenta un panorama muy diferente al del siglo XIII por lo que se refiere a las áreas ocupadas por gentes griegas; nuevos territorios, no habitados por griegos al final de la época micénica, han sido poblados por ellos durante esos siglos intermedios y, además, según vaya avanzando el tiempo, comprobaremos cómo las modalidades de la lengua que hablan nos permiten observar que la misma se halla fragmentada en numerosas variantes dialectales. Es este hecho el que nos va a permitir acercarnos a lo que pueden haber sido las líneas generales de los cambios producidos en el poblamiento griego durante esas épocas aún poco conocidas.

Hasta el desciframiento de la escritura empleada en los palacios micénicos, y que conocemos con el nombre de "Lineal B", en 1952, los testimonios más antiguos de la lengua griega que conocíamos eran los poemas homéricos, la *Ilíada y la Odisea.* El desciframiento del Lineal B demostró, más allá de toda duda, que la lengua transcrita en ese sistema de escritura era el griego; ni que decir tiene que al ser cerca de cuatrocientos años más antigua que la lengua que encontramos en los poemas homéricos, las dificultades para su correcta comprensión eran grandes, a lo que se unían los problemas derivados del sistema de escritura Lineal B que, al no ser alfabético, dificultaba la correcta representación gráfica de los sonidos de la lengua griega.

La lengua griega, pues, era la que empleaba la administración de los palacios o centros micénicos de Micenas, Pilo, Cnoso, La Canea, Tebas, Yolco y era, sin duda, la que hablaban y entendían los príncipes y reyes que gobernaban en esos palacios así como los miembros de su entorno y de la administración que se desarrollaba en ellos. Aunque faltan datos de otros palacios, y aunque se han detectado en algunos casos matices lingüísticos que pueden sugerir o bien variantes dialectales ocultas o bien hablantes de distintos niveles o extracción social, el hecho cierto es que ya desde finales del siglo XIV y durante todo el XIII se atestigua una misma lengua, o un mismo dialecto, desde el sur de Tesalia (Yolco) hasta Creta (Cnoso y La Canea), pasando por la Grecia central (Tebas) y el Peloponeso (Pilo); por ende, recientes hallazgos en Anatolia (Mileto) certifican el uso del Lineal B en los enclaves o colonias micénicos en Asia y, tal vez, de la misma variante dialectal. No es improbable que en ese amplio territorio pudiesen hablarse variedades dialectales diferentes del griego o que, incluso, que no todos los habitantes de ese territorio fuesen grecohablantes, pero lo único que puede constatarse, de momento, es aquella porción de la lengua hablada que fue además escrita.

Antes de continuar desarrollando este tema conviene que nos detengamos un momento en explicar qué entendemos por dialectos griegos. La lengua griega antigua, tal y como ha llegado hasta nosotros a través de la literatura y la epigrafía se nos presenta como una lengua fragmentada en una serie de dialectos, que representan variantes de tipo morfológico, fonético o sintáctico de una lengua originaria (a la que llamaremos protogriego), que se ha visto sometida a modificaciones llevadas a cabo por grupos de hablantes de esa lengua originaria como resultado de la evolución en

condiciones de aislamiento o poca intercomunicación entre sus hablantes respectivos. Sin entrar en los rasgos concretos de cada grupo dialectal, sí podemos decir que los diversos dialectos se relacionan entre sí de tal modo que pueden establecerse, *a priori*, dos grandes grupos: los dialectos del grupo oriental y los del occidental. A ellos se añadiría otro grupo, del que hablaremos más adelante. Al tratarse de modificaciones y evoluciones de una misma lengua originaria, hay toda una serie de rasgos comunes entre todos los dialectos griegos, así como una serie de "isoglosas", término que alude a la existencia de rasgos comunes entre los diversos dialectos que permite la intercomunicación entre sus diferentes hablantes. En efecto, y en líneas generales, los hablantes de no importa qué variante dialectal del griego pueden entenderse entre sí, aun cuando la intercomunicabilidad suele ser mucho más intensa cuando se ve favorecida por la vecindad. Del mismo modo, el que los dialectos sean variantes de una misma lengua hace que las interacciones entre ellos hayan sido muy abundantes, lo que determina que su evolución se haya visto muy afectada por los contactos establecidos entre comunidades vecinas, responsables de muchos de los cambios que los dialectos sufrirán con el paso del tiempo. Veremos en los párrafos siguientes los diferentes dialectos griegos y cómo su ubicación sobre el mapa nos puede permitir explicar parte de los procesos que tienen lugar desde el final del período micénico.



La variedad dialectal que transcriben las tablillas en Lineal B corresponde a un dialecto del grupo oriental, aunque algunos autores creen detectar algunas palabras o giros que sugerirían que ya en el siglo XIII este dialecto podía estar en

contacto con otros del grupo occidental. El ámbito del dialecto "micénico", por tanto, abarcaría como se decía antes, desde el sur de Tesalia hasta Creta, siendo posible que esta variante conviva con dialectos del grupo occidental, pero que no han dejado huella escrita. De los dialectos que conocemos en época histórica el que presenta más semejanzas y relaciones con el dialecto micénico es el llamado "arcado-chipriota", que en época clásica se hablaba tan sólo en Arcadia, en el corazón del Peloponeso, y en la remota isla de Chipre, con algunas manifestaciones en el sur de Anatolia (Panfilia). Es tentador, y así se ha venido haciendo, relacionar el ámbito geográfico de este dialecto con procesos históricos que implicarían, por una parte, procesos migratorios que habrían llevado a gentes que hablaban el dialecto de los palacios hasta la lejana isla de Chipre, mientras que otros habrían quedado "encerrados" en Arcadia, una de las regiones más inaccesibles y retardatarias de toda Grecia. En ambos casos su aislamiento habría permitido la preservación de numerosísimos arcaísmos, fruto de los pocos contactos con otras variantes dialectales más innovadoras. La preservación del dialecto arcado-chipriota en Arcadia y en Chipre apuntaría, pues, a dos procesos diferentes al final del período micénico, la emigración y la búsqueda de refugio frente a peligros no del todo claros aún hoy día.

El otro gran dialecto, dentro del grupo de los orientales, es el ático-jónico. Vinculado con el anterior, muestra sin embargo importantes novedades que obedecen sin duda a contactos con otros dialectos, sobre todo del grupo occidental, fruto de una mayor apertura de sus hablantes, lo que contrasta con el aislamiento del arcado-chipriota. En la Grecia continental este dialecto se habla en el Ática y en la isla de Eubea; en el caso del primer territorio, es sabido que

en Atenas existió un reino micénico cuyo centro principal era el palacio que se alzó en la acrópolis de Atenas, pero del que apenas conocemos nada y que no ha dado documentación escrita. En las tradiciones griegas Atenas figuraba como lugar de asilo y acogida para príncipes micénicos del Peloponeso que acabarían refugiándose en la ciudad. En época arcaica y clásica el Ática era una "isla" lingüística rodeada por hablantes de dialectos diferentes, pero fueron sin duda los contactos con ellos los que determinaran los cambios que transformaron el viejo dialecto micénico en el dialecto ático. Lo interesante de la distribución geográfica del dialecto es que se habló también en buena parte de las islas Cícladas y en un amplio tramo de costa ubicado en las costas occidentales de la península de Anatolia, lo que con el tiempo se llamaría Jonia. La explicación más plausible para esta difusión geográfica pasa por aceptar procesos migratorios que, vinculados con el mundo ático y eubeo, se expanden por esos territorios y acaban por imponer su lengua, acaso como consecuencia de su dominio político. El hecho de que, dentro del dialecto jonio haya también diferentes variedades, que ya los autores antiguos, como Heródoto (1.142), percibieron, sugiere la existencia de distintos sustratos lingüísticos sobre los que se impusieron los recién llegados emigrantes, portadores del dialecto. Aunque aún sujeto a revisiones, el momento de la emigración a Jonia de gentes hablantes del dialecto jonio tiende a situarse en torno al tránsito entre los siglos XI y X, y la tradición griega posterior ha recogido las diferentes modalidades en las que se produjo la emigración.

El arcado-chipriota y el ático-jónico cierran la nómina de dialectos del grupo oriental; cabe destacar cómo este grupo dialectal, muy bien representado en Grecia en época micénica, ha perdido mucho terreno en los siglos

subsiguientes, al tiempo que ha conocido nuevas vías de expansión en las islas y en Anatolia.

Los dialectos occidentales son, como se ha dicho, apenas conocidos en época micénica, aunque hay argumentos para sospechar que ya parte de sus hablantes vivían en Grecia aunque sin oportunidades para dejar testimonio escrito de los mismos. Dos son los principales dialectos de ese grupo; por una parte, el griego del Noroeste, que en época histórica encontramos localizado en buena parte de la Grecia central (Etolia, Acarnania, Fócide, las Lócrides, sur del Epiro) pero también al otro lado del golfo de Corinto en las regiones septentrionales y noroccidentales del Peloponeso (Acaya, Élide). Por su parte, el otro dialecto, el dorio, sólo se hallaba representado en época histórica en el Peloponeso, ocupando una serie de territorios contiguos que iban desde la Megáride y la Corintia hasta la Argólide, Laconia y Mesenia. La fuerte presencia de los dialectos occidentales en el Peloponeso, con excepción de Arcadia, se ha puesto en relación con una serie de tradiciones míticas de los griegos que sugieren movimientos de población procedentes del Norte. Sea como fuere, da la impresión de que los hablantes de los dialectos del grupo occidental se han aprovechado de la debilidad del mundo post-micénico y del evidente abandono del territorio por parte de sus habitantes anteriores, para ocuparlo durante los últimos siglos del segundo milenio. La propia distribución de esos dialectos sugiere movimientos distintos, unos cruzando el golfo de Corinto por mar (griegos del Noroeste), otros siguiendo rutas terrestres a través del istmo de Corinto. Por ende, el dialecto doriose expandirá también por las islas, en especial por el Dodecaneso, asentándose sus hablantes en las costas anatolias al sur del territorio ocupado por los jonios, y también hacia la isla de Creta, donde contribuirán a

complicar el ya de por sí complejo panorama lingüístico de la isla.

El último gran grupo dialectal griego es el constituido por el eolio, que no puede adscribirse a ninguno de los dos grupos previos por presentar rasgos que sugieren un fuerte proceso de hibridación; el área principal donde este dialecto se habló es Tesalia, territorio con una fuerte impronta micénica. Da la impresión de que en esta región no se han producido los procesos migratorios que se dieron en el Peloponeso y allí ha tenido lugar la convivencia de grupos hablantes de dialectos orientales (sin duda ya asentados en época micénica) con gentes portadoras de dialectos del grupo occidental. Esos contactos han propiciado cambios que han dado lugar a un dialecto nuevo, que es asimismo fruto de procesos históricos posteriores a la desaparición de los palacios micénicos. La expansión de los hablantes del dialecto eolio alcanza por el Sur, a modo de cuña, a Beocia y por el Este, a la isla de Lesbos y una franja en la costa occidental anatolia, justo al norte de Jonia.

Así pues, como vemos, la distribución de los dialectos griegos históricos nos permite entender, siquiera a grandes rasgos, los procesos históricos que tuvieron lugar tras la desaparición del mundo micénico, y que preparan el terreno para la Grecia de época histórica. Este panorama dialectal se verá, con el tiempo, enriquecido también con el proceso colonial que los griegos iniciarán a partir del siglo VIII.

Bibliografía complementaria

BARRIO, M. del (1991): *El dialecto euboico*. Madrid.

EGEA, I. M. (1988): *Documenta selecta ad historiam linguae graecae inlustrandam*. Bilbao.

GARCÍA RAMÓN, J. L. (1975): ***Les origines postmycéniennes du groupe dialectal éolien. Étude lin- guistique*****. Salamanca.**

MÉNDEZ DOSUNA, J. (1985): ***Los dialectos del Noroeste: gramática y estudio dialectal*****. Salamanca.**

MUSTI, D. (ed.) (1986): ***Le origini dei Greci. Dori e Mondo Egeo*****. Barí.**

Capítulo 8

La colonización griega y la configuración de la *pólis*

El proceso histórico que experimentó Grecia a partir del final del período Micénico había significado, entre otras muchas cosas, la desaparición en buena parte del territorio de estructuras de poder que habían conseguido una cierta centralización de los recursos de áreas geográficas determinadas, así como una gestión unitaria de los mismos; ambas facetas, la recaudatoria y la del gasto, estaban ejemplificadas en los palacios. Era también el excedente económico que una eficiente administración producía lo que había permitido la construcción de flotas, tanto mercantes como de guerra, que mantuvieron un control cierto de las rutas de comunicación tanto en el Mediterráneo oriental como en el central.

La desaparición de los palacios micénicos y los movimientos migratorios asociados o provocados por la misma, hacen que la situación en Grecia cambie de forma radical; muchas comunidades aldeanas, encargadas de la producción, habían

desaparecido; muchas otras, reducidos sus efectivos, habían abandonado las fértiles tierras de cultivo para refugiarse en las primeras estribaciones de las cadenas montañosas. Buena parte del país, en especial del Peloponeso, había quedado vacío, lo que aprovecharon otras gentes, también de lengua griega, para ir ocupando zonas casi o en su totalidad despobladas. Las navegaciones a gran escala, tan frecuentes en la época micénica, van haciéndose cada vez más escasas sin que se interrumpan nunca por completo; no obstante, la poca capacidad acumuladora de las pequeñas comunidades griegas hacía difícil la concentración de recursos necesarios para construir costosas naves capaces de grandes navegaciones. El proceso que había afectado a la Grecia micénica hay que insertarlo, casi con seguridad, en todo el desarrollo que vive en los últimos siglos del segundo milenio todo el Mediterráneo oriental y central, y que ve la desaparición de grandes imperios (el hitita), o el debilitamiento de otros (Egipto, Asiria), acompañados a su vez de migraciones terrestres y marítimas, que generan una gran inseguridad en los mares.

El paso del tiempo hará que la situación se vaya estabilizando y sean, como en otras ocasiones, los orientales quienes empiecen a dar los pasos necesarios para restaurar una situación de la que ellos habían salido también perjudicados. A partir del siglo X las ciudades de la costa sirio-palestina, a las que los griegos y, a partir de ellos nosotros, englobamos bajo el colectivo de fenicias, inician sus exploraciones marítimas en busca de

materias primas y recursos. En su camino, el Egeo será una zona de interés como lo había sido durante el segundo milenio y, en especial, algunos lugares. Territorios como el Ática o Eubea, o Rodas o las costas de Creta y quizá incluso la septentrional Tasos se convierten en puntos tocados por el

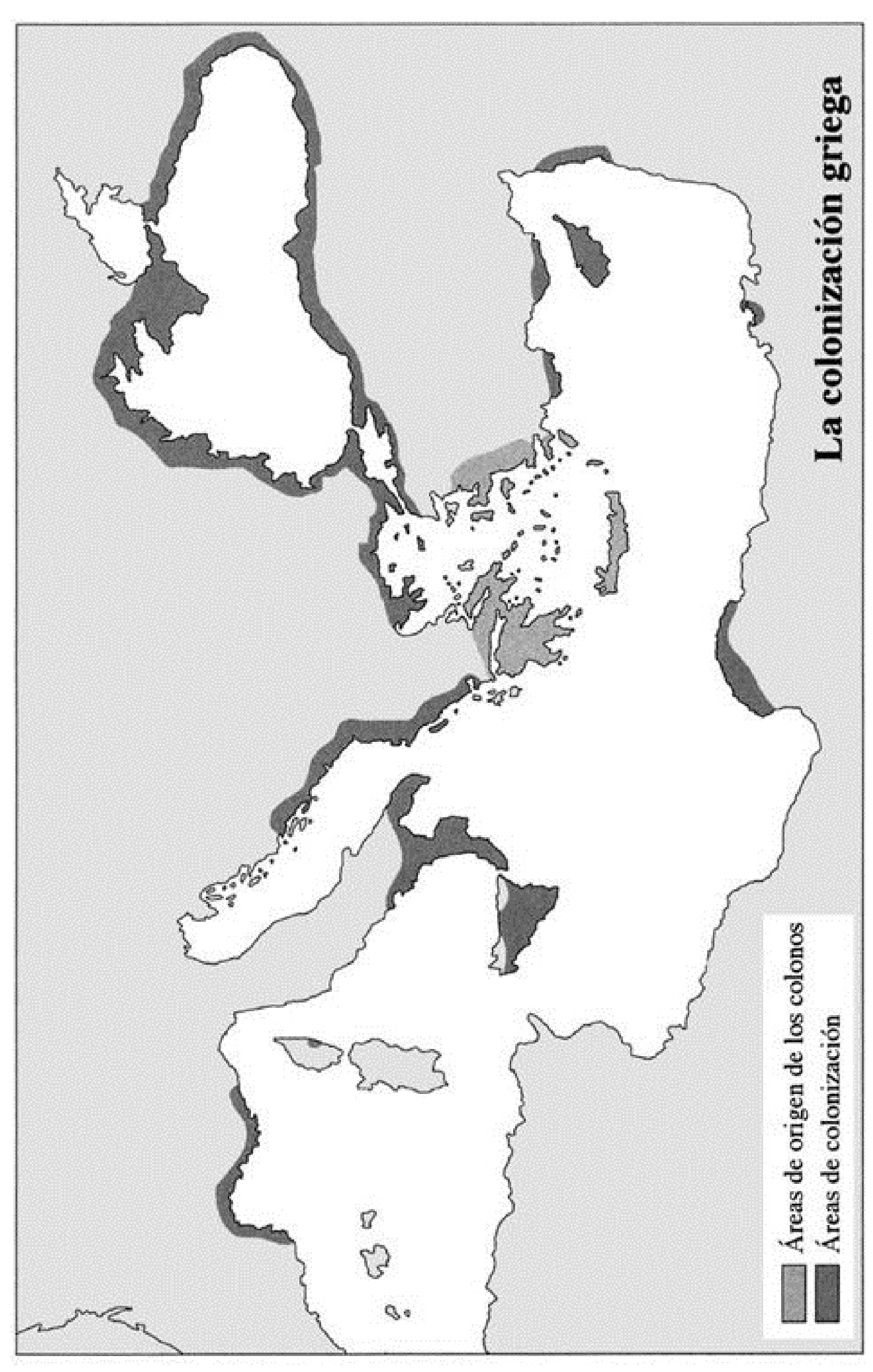
expansionismo comercial fenicio. Una de las consecuencias de esos contactos será reactivar las potencialidades de las comunidades griegas que habían vivido hasta entonces, bastante de espaldas a las relaciones exteriores. Podemos observar ya cómo a mediados del siglo X en algunos puntos, como en Lefkandí en la isla de Eubea, empiezan a surgir individuos o grupos familiares privilegiados capaces de movilizar los recursos de toda su comunidad para algún fin común, aunque en este caso el fin sea la construcción de un mausoleo monumental en el que reposarán los restos del reyezuelo y su esposa. En el santuario heroico de Lefkandí encontramos, además, una serie de productos de importación o de influencia oriental que muestran cómo los grupos emergentes empiezan a rodearse de objetos de prestigio, inalcanzables para la mayor parte de los miembros de la comunidad, que sirven como marcador del elevado estatus que adquieren dentro de la comunidad. Es también interesante resaltar que estos individuos son enterrados siguiendo unos rituales que tienen mucho de recreación imaginada de un pasado glorioso, que la poesía épica se encargará de elaborar y amplificar. Lo que, con el tiempo, se convertirá en la *Ilíada* y la *Odisea* estaba ya gestándose en el siglo X.

La reactivación económica que se va produciendo permitirá restaurar los contactos entre territorios diferentes, que se van integrando de nuevo en redes de intercambio que poco a poco van abarcando todo el Egeo, con prolongaciones al Próximo Oriente. Para satisfacer las demandas de un comercio cada vez más productivo serán necesarias unas ciertas condiciones de seguridad y parece claro que los grupos o individuos emergentes van a asumir un papel importante en la defensa de la comunidad y en la organización de la misma. Esto también implicará la

paulatina reocupación de las llanuras y los valles, abandonados desde hacía siglos, con las ventajas que ello conlleva desde el punto de vista de una alimentación más completa, lo que pronto se traduce en una disminución de las tasas de mortalidad y un aumento de población. Es necesario estructurar los espacios reo- cupados, tanto desde el punto de vista simbólico como militar y la necesidad de defensa, control, acumulación de recursos e, incluso, de exportación de los mismos, va a favorecer el surgimiento de estructuras centralizadoras. A lo largo del siglo IX va a ir surgiendo la estructura que conoceremos como *pólis* como resultado de pactos y acuerdos entre diferentes grupos, que acaso se consideran relacionados entre sí y, tal vez, unidos por vínculos de tipo religioso centrados en la adoración en común de algún dios en algún lugar concreto; es curioso observar cómo en muchos casos las *póleis* que van surgiendo establecen como principal punto de convergencia las ruinas del antiguo palacio de época micénica, revestido con el tiempo de una venerabilidad simbólica y religiosa; unas normas jurídicas básicas, impartidas y administradas por los círculos que se han hecho con el poder, serán la base de las reglas por las que se gobernará esa comunidad.

Una de las actividades que la *pólis* va a requerir pronto es la búsqueda de artículos que no se dan en su territorio, al tiempo que dan salida a productos que, por primera vez en mucho tiempo, resultan excedentarios, así como a otros, como los minerales, que son de nuevo explotados con intensidad. La proyección náutica de algunas *póleis*, como las de la isla de Eubea o algunas otras les va a permitir volver de nuevo al mar,interviniendo en transacciones comerciales tanto en Oriente como en el Mediterráneo central, en compañía y a veces en rivalidad con los fenicios. La *polis*, sin embargo, basa toda su vida en el cultivo de la tierra aun

cuando las gentes que se dedican al intercambio, que suelen ser además grandes propietarios y tienen responsabilidades políticas, tienden a introducir desequilibrios en estas sociedades tan frágiles desde el punto de vista económico y social.



La *pólis* se cimenta sobre una serie de criterios de

pertenencia y exclusión, por lo general dictados por los grupos dirigentes, aristocráticos, que al menos durante el siglo VIII y buena parte del VII serán los que decidan quiénes tienen cabida dentro de la *pólis* y quiénes no. La exclusión de determinados grupos sociales, bien los que han perdido sus tierras, bien los que han perdido o han visto mermados sus derechos (aspectos ambos relacionados en muchos casos) determinará que la propia comunidad política se deshaga de ellos forzándolos a la emigración.

Lo que, aplicando un término ajeno a la idea griega del proceso, llamamos "colonización" griega es un proceso histórico que se inicia poco antes de la mitad del siglo VIII y que durará hasta momentos avanzados del siglo VI, aun cuando conocerá distintos períodos. En sus inicios, es un medio de desembarazarse de aquellos individuos que, privados de tierras y de derechos, pueden amenazar la supervivencia de la *pólis* si deciden ejercer la violencia para hacer valer sus aspiraciones a un reparto más justo o a la recuperación de sus privilegios perdidos. La *pólis* trata de evitar el riesgo organizando una salida a esos individuos; sin duda ninguna, los avances que el comercio ha producido en la tecnología naval así como en el conocimiento de entornos y lugares en distintos puntos del Mediterráneo proporcionan la infraestructura necesaria para llevar a cabo el proyecto.

El proceso que lleva a la formación de una *apoikia*, la palabra con la que los griegos designan lo que nosotros llamamos colonia, implica a los órganos de gobierno de la *pólis,* encargados del reclutamiento del contingente que habrá de partir así como, en ocasiones, de su jefe (llamado *oikistes*). Del mismo modo, será la *pólis* quien oficialice la empresa haciendo entrega al *oikistes* de los símbolos religiosos necesarios para garantizar el apoyo de los dioses a la empresa y quizá también de las naves necesarias para

proceder al traslado de los designados para partir.

Los ámbitos geográficos a los que se trasladarán los griegos a partir del siglo VIII serán variados e incluirán las costas meridionales de la península italiana, la isla de Sicilia, las costas septentrionales del Egeo, el Mar Negro, el norte de África, el sur de la Galia y la Península Ibérica. En esos lugares, los griegos establecerán comunidades políticas que no imitarán a las que han abandonado, pero que sí se inspirarán en ellas. En muchos aspectos, estas nuevas *póleis* presentarán un aspecto mucho más organizado que las ciudades que han dejado atrás. Como hemos visto, el proceso de creación de la *pólis* en Grecia fue paulatino y resultado de numerosos equilibrios territoriales, que determinaron que no en todas ellas hubiese una clara definición de espacios, siendo el más concreto, precisamente, aquel en el que en tiempos se había alzado el palacio micénico.

En las áreas coloniales, los colonos delimitaban, en el momento mismo de su llegada, los nuevos espacios de su *pólis* y eran ellos quienes determinaban el uso que se iba a dar a los diferentes entornos que se estaban definiendo; al mismo tiempo, y frente a lo que solía suceder en Grecia, donde las áreas residenciales no tenían por qué ser a la fuerza unitarias, en las colonias la norma era concentrar a toda la población en un solo centro habitado. Además, ese centro era objeto de una organización urbana de carácter regular que marcaba sobre el terreno, de forma indeleble, cuáles iban a ser los ejes viarios, dónde iban a hallarse las áreas públicas, qué espacios se reservaban a los dioses e, incluso, dónde se iba a enterrar a los colonos una vez que la vida les abandonara. Así pues, cuando los partícipes en una fundación colonial desembarcan en su lugar de destino, llevan ya como algo propio el concepto de la comunidad

organizada de acuerdo con unas leyes y el culto a unos mismos dioses, pero lo que variará será su plasmación práctica; acuciados por necesidades no presentes en Grecia (defensa, eficiencia, organización) se ven obligados a dar pasos que sus parientes en Grecia tardarán aún algún tiempo en dar. Esto hace de los ámbitos coloniales territorios en los que se producen avances extraordinarios, entre ellos también una nueva percepción identitaria que terminará, al cabo del tiempo, por crear nuevos conceptos de identidad étnica mediante los que los griegos se diferenciarán de los demás.

En los distintos momentos históricos serán diferentes territorios de Grecia quienes experimenten la necesidad de hacer partir a parte de sus miembros a ultramar, lo que dependerá de las diversas vicisitudes históricas que atraviesen tales territorios. Podemos decir que las más precoces en este proceso son las ciudades de la isla de Eubea, Eretria y sobre todo Calcis, quienes iniciarán el proceso ya antes de la mitad del siglo VIII; en ese mismo siglo, se verán seguidas también por Esparta, Corinto y Mégara, prosiguiendo estas dos últimas la fundación de colonias también en la primera parte del siglo VII. En ese siglo se les unirán las ciudades de Rodas, algunas de Creta y, sobre todo, los aqueos del norte del Peloponeso y los locrios de la Grecia central; también participarán algunas de las islas del Egeo, como Naxos, Paros o Tera. Según va avanzando el siglo, entrarán en actividad las ciudades de la Grecia del Este, que ya en el VI serán las principales protagonistas del proceso: Samos, Focea y, sobre todo, Mileto se convertirán en las que mayor cantidad de ciudades fundarán.

Aparte de la tutela que los dioses de la *pólis* prestarán a los colonos y a sus nuevas fundaciones, poco a poco algunos

santuarios irán desarrollando una clara orientación colonial; será, sobre todo, el dios Apolo quien asumirá la tarea de guiar a los colonos, propiciar su feliz asentamiento y, con el tiempo, recibir las recompensas por su actuación. Aunque sin duda, y con el tiempo, será el santuario de Apolo en Delfos el que se convertirá en el principal centro religioso relacionado con la actividad colonial, otros santuarios, como el de Apolo en Delos sería un centro respetado por los griegos de las islas, mientras que los jonios de Anatolia y, sobre todo los milesios, encontrarán en el Apolo de Dídima su principal sustento ideológico. Estos santuarios, además de esas funciones de guía y protección, también actuarán en ocasiones como portavoces de los intereses de colonias ya fundadas, que tratarán de atraer a nuevos colonos bien hacia sus ciudades, bien hacia nuevos territorios que permitan un control más eficaz de los mismos y una garantía de defensa mutua. De igual forma, el trasiego constante de gentes de diversos orígenes que buscan y dan información, al tiempo que rinden culto al dios cuyo oráculo demandan, convierte a estos santuarios en imprescindibles para planificar nuevas empresas. La consecuencia será también que éstos se convertirán en entornos riquísimos,

puesto que la piedad colectiva de los griegos los llenará de exvotos y monumentos que mostrarán el agradecimiento de individuos y ciudades, metrópolis y colonias, por los servicios prestados por el dios.

Es interesante destacar, para concluir este capítulo, que si bien el surgimiento de la *pólis* hay que entenderlo como consecuencia de un proceso de recuperación, política y económica, vivido en Grecia como consecuencia de la ruptura que provocó el final del mundo micénico, ni sus primeras etapas ni su propio desarrollo ideológico e institucional pueden entenderse sin tener presente el

fenómeno colonial. Uno de los primeros retos a los que se enfrentó la *pólis* primitiva fue el de dotarse de la legitimidad suficiente como para determinar quiénes pertenecían a ella y quiénes no; ésa fue una de las primeras pruebas de la soberanía de la *pólis*, que tuvo que decidir entre su supervivencia dentro de un esquema de valores asumido al menos por los círculos dirigentes y su capacidad para excluir de la misma a aquellos a quienes se consideraba innecesarios. El hecho de que ante este reto los resultados fueran satisfactorios, en el sentido de que la metrópoli se garantizaba su supervivencia y de que los colonos, en la mayoría de los casos, consiguieran implantar también sus *póleis* en territorios ajenos, sirvió sin duda para certificar la validez de ese nuevo sistema político.

Bibliografía complementaria

BOARDMAN, J. (1999): *The Greeks Overseas. Their Early Colonies and Trade.* 4.a ed. Londres. (Existe una traducción española de una edición anterior.)

DOMÍNGUEZ MONEDERO, A. J. (1991): *La Polis y la expansión colonial griega. Siglos VIII-VI.* Madrid.

GRAHAM, A. J. (1983): *Colony and mother city in ancient Greece.* 2.ª ed. Chicago.

MALKIN, I. (1987): *Religión and colonization in Ancient Greece.* Leiden.

Capítulo 9

El hoplita griego

La guerra fue en Grecia un factor casi constitutivo de la forma de vida de los habitantes de la *pólis*. Guerras defensivas, que servían tanto para proteger de los vecinos los valles ricos en cereales como las áreas elevadas donde podía pastar el ganado y de donde se obtenían recursos, como la leña, imprescindibles para la vida o guerras ofensivas mediante las cuales se trataba de arrebatar al vecino todo aquello que uno mismo protegía en su territorio. Además, y dado el predominio de los grupos aristocráticos en los primeros siglos de la *pólis*, la guerra era un medio ideal para que estos individuos destacasen en el combate y, así, hiciesen gala de sus destrezas y habilidades, que servían para justificar, junto con el nacimiento, el ejercicio del poder.

Los primeros testimonios que poseemos de la guerra en la Grecia arcaica, más allá de hallazgos de elementos de armamento enterrados con sus dueños en las tumbas, vienen recogidos en los poemas homéricos y, de forma especial, en la *Ilíada*. La *Ilíada* es un poema bélico, que narra unas cuantas semanas de la guerra que los aqueos mantienen contra Troya; es algo aceptado hoy día que, debido al peso de la tradición oral en el proceso de formación de los poemas, el mundo al que alude la ficción poética que describe la acción remite al siglo VIII, en especial a su segunda mitad. Por consiguiente la *Ilíada* puede servirnos para comprender parte del sistema de valores, ansiedades y aspiraciones, de los aristócratas griegos de ese momento, en tensión permanente entre un mundo, como es el de la *pólis*, en plena vitalidad, y las referencias constantes a un mundo pasado, imaginado por los poetas, pero que aportaba un aura de legitimidad a las aspiraciones de esa misma aristocracia.

La clase de guerra que describe la *Ilíada* es del tipo caballeresco; en ella importa sólo el duelo que los héroes, reyes y príncipes mantienen entre sí para arrebatarle la vida a su enemigo y, con ella, sus bienes más preciosos, sus armas con las que jactarse delante de sus iguales e inferiores al tiempo que atemorizan a los compañeros del enemigo caído. El poeta se recrea en los pormenores de los combates sin ahorrar ningún detalle por escabroso que sea porque la recreación de la violencia ejercida en la lucha sirve para resaltar el valor y las virtudes (*areté*) del combatiente; ya en la *Ilíada*, sin embargo, se mencionan en ocasiones los combates que mantiene el resto del ejército, en formaciones masivas, aun cuando dichos enfrentamientos no resultan decisivos en absoluto; son una especie de decorado sobre el que colocar los combates que le importan al poeta y a su público, los de los héroes.

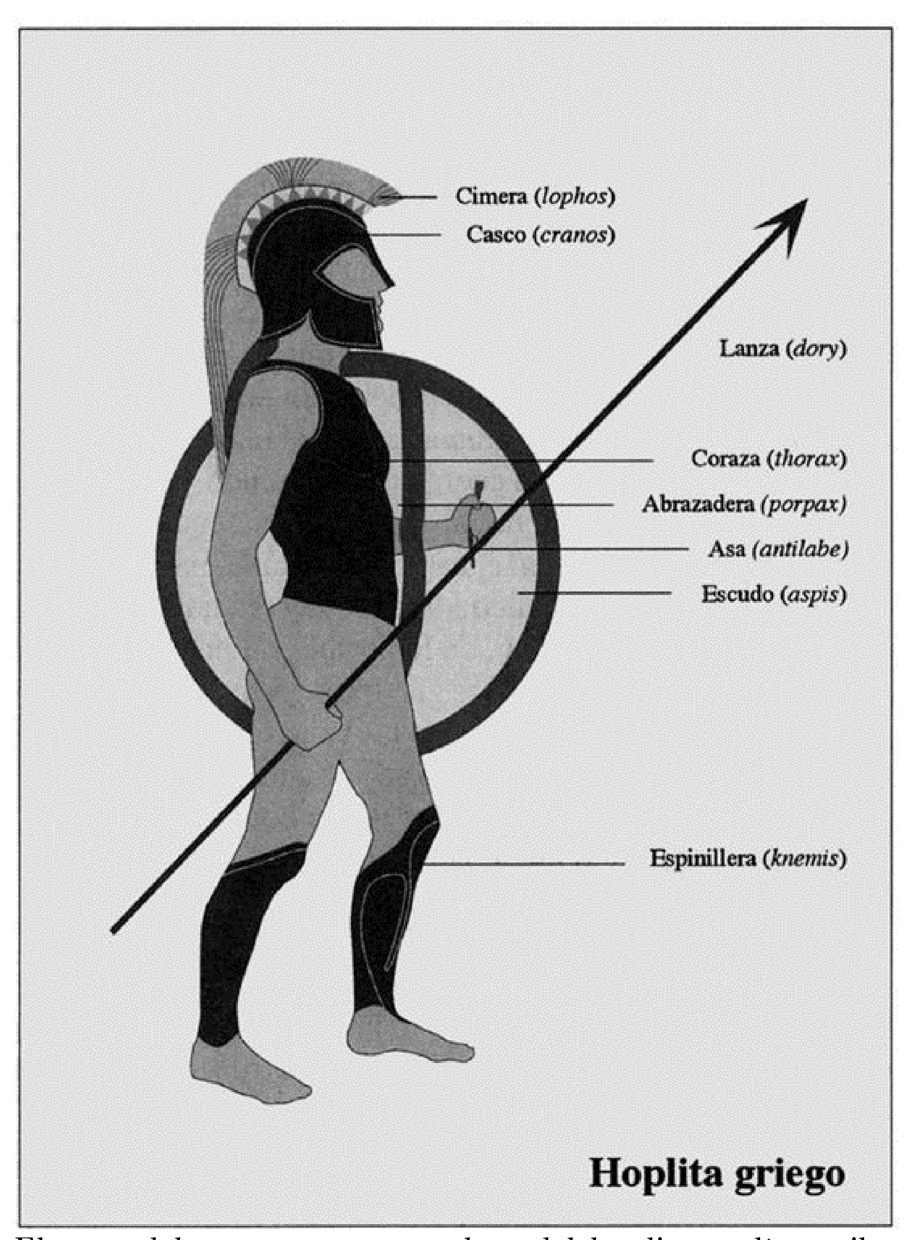
A pesar de ese trasfondo heroico que los poemas homéricos recrean, da la impresión de que a lo largo del siglo VIII, cuando el mundo griego entra en una nueva dinámica histórica que acelera los cambios internos y que determina la aparición del fenómeno colonizador, cada vez son más numerosos los peones que acuden al combate, armados cada uno como puede, acompañando y sirviendo de escolta a los aristócratas a caballo. Los combates serían así una mezcla de duelos entre aristócratas y luchas entre infantes, en donde el uso de armas arrojadizas (flechas, piedras lanzadas con hondas) podía introducir variables inesperadas. Los nobles acuden al combate con un armamento cada vez más sofisticado, incluyendo cascos de bronce y armaduras que les dan seguridad al tiempo que les restan movilidad, aun cuando el disponer de caballo, siquiera en las fases preliminares y finales del combate, podría significar una cierta ventaja. Pero según vamos

llegando al final del siglo VIII y nos adentramos en el VII, se va sintiendo la necesidad de cambios profundos en el modo de combate. Será la época del hoplita.

El hoplita es, literalmente, el individuo que lleva armas (*hopla,* en griego), aunque designa en la práctica a un tipo de soldado de infantería pesada armado de forma cada vez más regular y encuadrado en unidades, llamadas falanges, que serán las que aprovechen de forma más eficaz los límites y las ventajas de este tipo de armamento. El hoplita dispondrá de armamento defensivo y ofensivo, que pasaremos a describir a continuación. Empezando por el armamento defensivo, puede decirse que el hoplita iba casi por completo acorazado. Su cabeza se cubría con un casco de bronce (*kranos*) del que se conocen tipologías diversas, coronado por una cimera (*lophos*) con penacho; el pecho se cubría con una coraza (*thorax*) que en los momentos más antiguos era de bronce y doble, cubriendo pecho y espalda, y llegaba por debajo de la cintura, aunque con el paso del tiempo se fue simplificando, pasando a cubrir sólo el pecho y realizándose con otros materiales como cuero o lino; de la coraza colgaban unos flecos de cuero (*pteryges*) para proteger el bajo vientre. Las piernas se cubrían con grebas o espinilleras (*knemides*) que iban desde el pie hasta la rodilla. Entre las armas ofensivas destacaba, sobre todo, la lanza o pica (*dory*), de cerca de dos metros de longitud, con punta y regatón, que el hoplita solía llevar en número de dos y con la que se trataba de herir al enemigo en los huecos que su armamento defensivo dejara al descubierto; el armamento ofensivo podía completarse con una espada corta y recta (*xiphos*) con filo y punta, a la que se recurría como último recurso cuando las lanzas habían quedado inutilizadas en el fragor del combate.

Una de las armas clave del hoplita, a medio camino entre lo

ofensivo y lo defensivo, era el escudo (*aspis*); éste era de forma circular, de cerca de un metro de diámetro, cóncavo y de madera, aunque recubierto en el exterior por una placa de bronce, que era también un espacio excelente para que el guerrero colocara allí símbolos alusivos a la familia a la que pertenecía o, en algunos casos, a la ciudad por la que luchaba. Este gran escudo, debido a su peso (entre siete y ocho kilogramos) necesitaba varios puntos de apoyo: en primer lugar, una abrazadera (*porpax*) ubicada en el centro del escudo, por su parte interior, que se encajaba en el antebrazo izquierdo y un asa (*antilabe*) justo en el borde para asirla con el puño izquierdo; el tercer elemento de apoyo era el hombro izquierdo del hoplita, que aprovechaba la concavidad del mismo y su borde extendido para sopor-tar su peso, en especial durante el combate. El tamaño del escudo permitía que sólo la cabeza y las piernas a la altura de las rodillas sobresalieran del mismo.



El peso del armamento completo del hoplita podía oscilar entre veinticinco y treinta kilogramos, lo que limitaba su movilidad y obligaba a desarrollar un tipo de combate adaptado a dicho armamento. Tanto las fuentes literarias como las iconográficas nos muestran cómo a lo largo del

siglo VII se va perfeccionando el sistema de combate que convertirá a los hoplitas griegos en los amos indiscutibles de los campos de batalla desde ese momento hasta el final del siglo IV cuando las innovaciones que introdujo Filipo II de Macedonia convirtieron a los falangitas macedonios en la nueva fuerza hegemónica. El hoplita tenía que combatir en una formación que aprovechara la pesadez del armamento y que, al tiempo, le exigiera una movilidad limitada. Esta formación recibió el nombre de falange y en ella formaban los hoplitas presentando un frente variable, dependiendo del número de combatientes, y procurando mantener un fondo de ocho soldados; el peso del escudo, como veíamos atrás, no permitía una gran movilidad del mismo, por lo que el combatiente tendía a mantener el puño izquierdo próximo al centro de su pecho, lo que le dejaba al descubierto la parte derecha del mismo mientras que la parte izquierda quedaba de sobra cubierta por el escudo propio; sin embargo, este inconveniente era paliado merced a la propia formación, gracias a la cual el compañero que combatía a su derecha le cubría la parte derecha de su cuerpo con el escudo. Mientras la formación permaneciese sólida, el combatiente individual gozaba de una mayor protección.

Formadas las falanges enemigas en el campo de batalla, iniciaban el combate las tropas ligeras, honderos, arqueros y caballería ligera que pretendía hostigar al enemigo con el fin de debilitar su avance y desbaratar, en lo posible, su línea. Acompañados de música y envalentonados con el canto de himnos guerreros (*peanes*), las primeras líneas levantaban sus lanzas por encima de sus cabezas con las puntas ligeramente dirigidas hacia abajo; en los últimos metros de la aproximación se solía iniciar una carrera, por fuerza no muy larga habida cuenta del peso que soportaba cada hoplita, pero necesaria para que el impacto contra el enemigo fuese

lo más contundente posible. En el momento del choque, el escudo se convertía en un ariete y en una defensa, tras la cual el hoplita empujaba o se refugiaba mientras que con la lanza intentaba herir al contrario en el cuello o, una vez rota la lanza, con sus restos o con la espada, en el bajo vientre. Algunos poetas líricos del siglo VII, como Calino o Tirteo, recogen en sus versos la tensión que se vive cuando se va a iniciar el combate; como asegura Tirteo (frag. 19 West), "terrible será el ruido producido por unos y otros, protegidos por los redondos escudos, que golpearán contra los escudos".

Iniciado el combate, poco lugar quedaba para la estrategia; cada falange, conducida por el ala derecha, trataba de sobrepasar a la falange enemiga por el flanco derecho, que era el más desprotegido; los combatientes de las filas delanteras, empujados por los de las últimas filas, presionaban contra los enemigos y la disciplina era la que garantizaba que los caídos fuesen sustituidos por los que se hallaban tras ellos. La situación podía permanecer indecisa durante algún tiempo, unas cuantas horas a lo sumo, hasta que una de las falanges empezaba a ceder, bien por su mayor debilidad, su menor preparación o, al fin, porque cundía el pánico entre sus filas y los soldados de las filas posteriores empezaban a vacilar y terminaban dándose a la fuga, arrojando su escudo para poder correr con mayor rapidez. Ello debilitaba a las filas delanteras, que en medio del combate no acertaban a comprender lo que ocurría pero que, faltos del empuje de sus compañeros huidos acababan sucumbiendo. Los vencedores, apoyados por la infantería ligera y por la caballería, insustituibles a la hora de perseguir a los fugitivos, iban dando caza a los fugados alanceándolos por la espalda o tomándolos cautivos para, en su momento, pedir un rescate por ellos. Tras la batalla sólo quedaba

esperar que los vencidos solicitasen una tregua para recoger a sus muertos, una vez despojados por los vencedores de todo cuanto de valor llevasen encima, que erigían en el mismo lugar del combate un trofeo para apaciguar a los espíritus de los muertos y neutralizar su ira.

El sistema hoplítico requería la participación de todos aquellos ciudadanos capaces de sufragarse el costoso equipo necesario y, desde un punto de vista político, representaba la implicación de toda la comunidad de ciudadanos en la defensa colectiva de la *pólis*; era un triunfo de una colectividad que se sentía solidaria del destino de la *pólis* frente a la excluyente aristocracia que en los primeros momentos de la misma había asumido, casi en exclusiva, la defensa. Sin duda esto produce un importante cambio ideológico en las *póleis* arcaicas puesto que las mismas habían surgido obedeciendo sobre todo a los intereses de los círculos dirigentes que habían visto en su unidad una salvaguarda de sus intereses políticos y económicos y que se habían reservado el monopolio de la justicia y de la defensa. La creciente implicación de los campesinos libres en las tareas militares les hará cada vez más conscientes de su fuerza y afianzará unos vínculos de solidaridad con la *pólis* por la que están dispuestos a dejar la vida. Los hoplitas lucharán codo con codo con sus vecinos, con sus parientes y con sus amigos y eso inculcará en ellos un sentimiento de colectividad muy interesante, que con el tiempo dará lugar también a cambios políticos.

Formaba parte de la lógica de la *pólis* griega que a mayor participación en las tareas militares mayor debía ser la responsabilidad política; ésta era una de las bases sobre la que la aristocracia había cimentado su poder en los primeros momentos de la *pólis*. Una vez que varios centenares de ciudadanos asumen de forma colectiva estas

tareas militares el papel de la aristocracia queda en entredicho y ello dará lugar a diversos conflictos internos dentro de las *póleis*, tendentes a conseguir para la ciudadanía el reconocimiento de sus derechos políticos. La lucha no será fácil y aún tardarán las *póleis* largo tiempo en llegar a una paz social que contente a las diversas partes enfrentadas.

Por lo que se refiere a los aristócratas, la pérdida del papel exclusivo que habían desempeñado en las tareas de defensa de la comunidad tendrá interesantes consecuencias en otros campos. Puesto que la guerra ya no es un monopolio aristocrático, será necesario buscar otros campos en los que poner de relieve la *areté* propia. El principal medio vendrá representado por las competiciones atléticas, sobre todo las centradas en torno al santuario de Zeus en Olimpia. Según los cómputos cronológicos griegos, los juegos Olímpicos se habrían establecido hacia el año 776 pero da la impresión de que, si esta fecha es cierta, en esos momentos el festival y los juegos serían de ámbito local. Habrá que esperar a los momentos finales del siglo VIII y a los inicios del VII para que el santuario olímpico empiece a convertirse en un lugar de reunión y competición de las élites de buena parte de Grecia, incluyendo también las áreas coloniales.

Todo ello coincide en el tiempo con el tránsito de los modos de combate heroicos al combate hoplítico con la consiguiente transformación del papel agonal de los aristócra tas. Las competiciones físicas que tenían lugar en los juegos permitían a los nobles medirse con sus iguales, demostrar sus cualidades y ver reconocida su *areté* puesto que allí seguían actuando como individuos. En la falange hoplítica predominaba el anonimato de la masa y el papel del individuo quedaba subsumido dentro de la compacta falange en la que se desdibujaba la personalidad de cada

uno en beneficio de la cohesión de la formación. La participación en la caballería, por su parte, no era demasiado gloriosa puesto que su papel en la batalla era irrelevante y su acción sólo se dejaba sentir de forma secundaria durante el desarrollo del combate quedándoles a los jinetes tan sólo el dudoso honor de perseguir a los derrotados y alancearles por la espalda. Con los juegos atléticos, primero los Olímpicos pero más adelante completados con el circuito de los Píti- cos, los Ístmicos y los Nemeos, los aristócratas pudieron seguir manteniendo vivo ese espíritu de competición física que había sido, desde los orígenes de la *pólis*, una de las justificaciones de su poder. Al mismo tiempo, los ciudadanos no aristócratas reafirmaban su vínculo con la *pólis* mediante su participación en el ejército hoplítico; y este vínculo implicaba, ni más ni menos, que la *pólis* iba a convertirse para ellos en la institución que acabarían transformando para que defendiera sus intereses, aunque para ello tuviesen que ponerla en ocasiones casi al borde de su desaparición.

Bibliografía complementaria

GARLAN, Y. (1989): *Guerre et économie en Grèce ancienne*. París.

HANSON, V. D. (1989): *The Western way of war: infantry battle in classical Greece*. Nueva York.

SHIPLEY G. (eds.) (1995): *War and Society in the Greek World*. Londres.

VERNANT J. P. (ed.) (1968): *Problèmes de la guerre en Grèce ancienne*. París, La Haya.

Capítulo 10

Sicilia y la Magna Grecia

Dentro de las áreas por las que se extendió la colonización griega, Sicilia y el sur de Italia, que con el tiempo sería conocida como la Magna Grecia, fueron las que recibieron las más antiguas de estas colonias. Ya desde la primera mitad del siglo VIII los griegos habían empezado a frecuentar las costas italianas y sicilianas en busca, sobre todo, del acceso al mar Tirreno donde tanto la isla de Cerdeña como las costas de la Toscana y el Lacio proporcionaban interesantes ganancias a los comerciantes griegos. Los metales como el hierro, el cobre, el oro y la plata servían para que la aún balbuceante economía de las más pujantes ciudades griegas pudiese competir con ventaja en los mercados orientales, demandantes permanentes de esos productos.

Fueron los conocimientos acumulados por varias generaciones de marinos los que permitieron a los griegos conocer con detalle los territorios itálicos y sicilianos, las áreas más propicias para establecer puntos de control de tráficos marítimos, pero también las zonas con fértiles e irrigadas llanuras en las que, en caso de necesidad, podían asentarse numerosas comunidades semejantes a las ciudades de Grecia. El proceso que condujo a la colonización griega ya ha sido analizado en un capítulo anterior, pero lo que interesa destacar aquí es que cuando en las ciudades de Grecia se sintió la necesidad imperiosa de dar salida a grupos de gentes excluidas fueron las informaciones y los conocimientos que un largo período de contactos de índole sobre todo comercial había ido recopilando las que

permitieron que estas empresas pudieran desarrollarse con ciertas garantías de éxito.

Conocemos, con cierto detalle, la sucesión de ciudades que se irán fundando en Sicilia y en la península italiana así como sus lugares de procedencia y las fechas de estos establecimientos. Así, los eubeos fueron responsables de la primera de las fundaciones, la ciudad de Pitecusas, en la isla de Ischia, antes de la mitad del siglo VIII; poco después también gentes de Eubea fundaron Cumas, en la costa del Golfo de Nápoles hacia 725 o algo antes. Sin duda son los eubeos y, sobre todo, los de una de sus ciudades principales, Calcis, quienes mostrarán durante el último tercio del siglo VIII una mayor vitalidad, pues serán responsables de la fundación de la ciudad griega más antigua de Sicilia, Naxos (734), seguida pronto por las de Catania y Leontinos (ambas en 729); por esos mismos años gentes eubeas establecían su sólida presencia en las dos costas, la italiana y la siciliana, del estre cho de Mesina, fundando, respectivamente, Regio y Zancle. Pocos años después, pero aún dentro del siglo VIII, los de Zancle fundarán Milas, en la costa nororiental de la isla.

Griegos de otras procedencias, animados por la nueva dinámica que los eubeos habían iniciado, comenzarán acto seguido su propia actividad; así Corinto, la rica ciudad que controlaba el istmo del mismo nombre, fundará Siracusa hacia 733, mientras que sus vecinos los megáreos fundarán, también en la vecindad de Siracusa, Mégara Hiblea hacia 728. Pocos años después, los espartanos fundarán en la costa meridional de Italia la ciudad de Tarento (706); algunos años antes gentes de Acaya en el Peloponeso habían fundado en la costa meridional italiana Síbaris (720), seguida por Crotona (709) y, ya bastantes años después, por Metaponto. Los rodios y los cretenses establecieron, hacia

688, una colonia conjunta, Gela, en la costa meridional de Sicilia, mientras que los locrios fundaban hacia 679 la ciudad de Locris Epicefiria en la costa calabresa del mar Jonio a la vez que, por los mismos años, los jonios de Colofón fundaban Siris en las costas de la actual región de Basilicata. El proceso proseguiría a principios del siglo VI cuando, hacia 580, los cnidios fundaron Lipara, en la isla de Lipari del archipiélago de las Eolias y los foceos la ciudad de Elea hacia 535. Esto por lo que se refiere a las ciudades fundadas por gentes procedentes de diversos lugares de Grecia.

Sin embargo, un rasgo del proceso colonizador griego es que los mismos o parecidos problemas que habían forzado a las metrópolis de la propia Grecia a dar salida a sus excedentes de población obligará, a no mucho tardar, a las nuevas colonias a hacer lo propio iniciando un proceso nuevo de colonización, a veces en colaboración con la metrópoli, que veía en este mecanismo un medio para seguir aliviando tensiones sociales al tiempo que para afianzar los vínculos existentes con sus colonias. A la vez, las colonias aprovecharán este mecanismo para asegurarse, mediante esta política de fundaciones, la supervisión o, al menos, la reserva de sus intereses, en zonas que ellas no podían controlar de modo directo aunque en ocasiones estos cálculos resultaron fallidos. Con sus fundaciones coloniales, Acras (663), Casmenas (643) y Camarina (598), Siracusa pretendía hacerse con el control de toda la esquina suroriental de Sicilia lo que, en buena parte, consiguió a pesar de que la última de sus colonias se mostró bastante reticente a plegarse a los deseos de su metrópoli. Por su parte, la ciudad de Zancle, con ayuda de un grupo de siracusanos, extenderá sus intereses hacia un entorno bastante alejado de la costa nororiental siciliana, fundando

Hímera (648), casi en contacto con los fenicios que habían colonizado la esquina occidental de Sicilia; quizá por los mismos años, y para reforzar la envidiable posición que la ciudad tenía sobre el lado siciliano del estrecho, los de Zancle fundarán Metauro sobre la costa tirrénica de la Calabria. Mégara Hiblea, encajonada entre Siracusa y Leontinos, buscará también un lugar alejado para su colonia, Selinunte, que será fundada hacia 628 en un punto bastante occidental de la costa sur de Sicilia, también cerca del área elegida por los fenicios para sus establecimientos; más de un siglo después, en un momento indeterminado del siglo VI, fundará, para proteger su flanco oriental, Heraclea Minoa. Las ciudades aqueas reforzarán su posición en la costa meridional mediante la fundación crotoniata de Caulonia, hacia mediados del siglo VII, mientras que Síbaris buscará como área de expansión la costa tirrénica de la península fundando Posidonia hacia el último cuarto del siglo VII, así como algunos otros centros secundarios (Laos, Escidro). Por su parte, los locrios se expandirán hacia la costa tirrénica de Calabria arrebatándole Metauro a los zancleos y fundando Medma e Hipo- nio en un momento no precisable de la segunda mitad del siglo VII.



La ciudad de Gela elegirá un amplio territorio, situado al oeste del suyo, para fundar su colonia de Agrigento hacia 580, aunque la colonia pronto romperá los lazos con su metrópoli y ambas se convertirán en rivales por el control de zonas de interés común; por su parte, Cumas se expandiría a lo largo del siglo VII por la costa del golfo de Nápo- les, aunque esta última ciudad, fundación cumana, no surgiría hasta el inicio del siglo V, convirtiéndose a partir de entonces en el centro principal de toda la bahía.

Éstos, y algún otro centro secundario, conformarían la

geografía política griega de la Magna Grecia y Sicilia a falta de algunos otros puntos sobre los que volveremos más adelante. Se comprende así la extraordinaria vitalidad de la cultura griega en estos territorios, donde tan gran número de fundaciones y de tan variados orígenes convirtieron esa parte del Mediterráneo en una parte integrante de la Hélade. La historia política de esos territorios seguirá su propio desarrollo, en ocasiones vinculado al de la propia Grecia, pero con más frecuencia independiente de él. Sin duda, las ciudades italiotas y siciliotas mantendrán lazos culturales, religiosos y afectivos con sus metrópolis y con otros lugares de Grecia; los grandes santuarios panhelénicos, como Olimpia, y los festivales atlé- ticos que allí se celebrarán serán un punto de atracción temprana para las aristocracias coloniales, que participarán y con frecuencia se alzarán con las victorias en esos juegos. Pero, no obstante, los dos ámbitos desarrollarán su propia historia, en la que intervendrán también, como factor importante, las poblaciones indígenas.

Los modos de implantación de las ciudades no siguieron un patrón uniforme, y abarcaron desde una hostilidad inicial, que hubo que superar con el uso de la fuerza, hasta una acogida por parte de los indígenas. Fuese cual fuese el medio elegido, era evidente que las ciudades griegas tuvieron, y supieron, hallar pronto un *modus vivendi* con las diferentes culturas no griegas con las que se hallaban en contacto. Estas culturas eran bastante diferentes entre sí, y podríamos distinguir, entre las principales, las siguientes: en Sicilia hallamos a los sículos, que *grosso modo* ocupaban el tercio oriental de la isla así como parte de Calabria, en la península. Los sicanos ocupaban el tercio central de Sicilia, y los élimos la esquina occidental. Relacionadas entre sí, habían desarrollado no obstante rasgos diferenciadores,

tanto en la lengua como en la cultura material, que fueron acentuándose según su mayor o menor proximidad (física, pero también ideológica) a las ciudades griegas. El siglo V será un momento de esplendor para estos pueblos indígenas, que relizarán algún intento, que no prosperará, de resistirse a la creciente influencia de las ciudades griegas.

Por lo que se refiere a la península italiana, el mosaico cultural a la llegada de los griegos era mucho más variado; los griegos distinguían, en las costas meridionales, de oeste a este, a los sículos, a los enotrios y a los yapigios, términos que incluían a muchos otros pueblos y culturas. En las costas tirrénicas la variedad era aún mayor, pues incluía, además de gentes de estirpe enotria, otras de origen etrusco, sobre todo en Campania, pero también gentes de estirpe itálica. Serán estos pueblos itálicos, en especial los pertenecientes al grupo lingüístico osco-umbro quienes protagonizarán, a partir sobre todo del siglo V, un proceso imparable de expansión que llevará a distintos pueblos de esta estirpe (campanos, lucanos, bracios, etc.) hacia las costas ocupadas por las ciudades griegas. Muchas de ellas sucumbirán a estas poblaciones, otras resistirán y otras encontrarán medios de cohabitación y coexistencia con los habitantes griegos.

Otro factor de la historia de la Magna Grecia y de Sicilia viene marcado por las propias rivalidades que mantendrán las ciudades griegas entre sí, lo que no las diferenciará mucho de las existentes en la propia Grecia. En Sicilia, destacarán, además de las tensiones ya mencionadas entre Gela y su colonia Agrigento, el conflicto entre Siracusa y su colonia Camarina, que estalló hacia 552 y que implicó la destrucción de la colonia por su metrópoli; en el conflicto parecen haber participado tanto indígenas como otras ciudades griegas (Gela) apoyando a la colonia. No sería la primera vez que Camarina sería destruida a lo largo de su

historia. Otros conflictos, que enfrentarán a algunas ciudades griegas entre sí (Agrigento e Hímera) servirán para que los cartagineses intervengan hacia 480, aunque serán derrotados. Del mismo modo, las rivalidades entre Segesta (una ciudad élima) y Selinunte, aliada de Siracusa, propiciarán la intervención ateniense en 415, dentro del contexto más amplio de la Guerra del Peloponeso.

Para la Magna Grecia las informaciones sobre conflictos son aún más abundantes, aunque éstas se refieren, sobre todo, al siglo VI si bien no faltan indicios para afirmar que ya desde antes existían rivalidades entre las ciudades que podían haberse resuelto, como solían hacer los griegos, recurriendo a la guerra. Así, parece que hacia mediados del siglo VI se habría producido una gran coalición entre las ciudades aqueas de Italia, Síbaris, Crotona y Metaponto, para destruir a la jonia Siris, lo que acabarían haciendo. El sitio que ocupó la ciudad permanecería deshabitado, hasta que en 433 Tarento funde allí la ciudad de Heraclea, que dejará aislada a Metaponto entre la metrópolis y la colonia.

También en el siglo VI, aunque en fecha no del todo precisa, tendría lugar una gran batalla entre Crotona y Locris Epicefiria, junto al curso del río Sagra; Locris ya había tenido algunos conflictos con su vecina occidental Regio, pero ahora la amenaza venía de las poderosas ciudades aqueas que, como mostraría el episodio de Siris, parecen haber perseguido una política de clara hegemonía en el sur de Italia, aunque vigiladas de lejos por la recelosa Tarento. La victoria en esta ocasión fue de los locrios. Sin embargo, el conflicto que más huella iba a dejar en la historia de las ciudades italiotas fue la guerra para destruir Síbaris, que cayó a manos de Crotona en 510; la caída de la gran ciudad iba a convertir a Crotona, al menos durante algún tiempo, en la ciudad más poderosa de la Magna

Grecia, aunque las disputas por el inmenso territorio de la ciudad destruida no cesaron. Tras varios intentos de sus antiguos habitantes por recuperar la ciudad, habría que esperar al año 444, para que, dentro de la política occidental del estratego ateniense Pericles se fundase la colonia panhelénica de Turios, que pretendía ser la heredera de Síbaris. Este hecho introducía un nuevo contexto en el occidente griego, que pronto iba a intervenir, de forma directa, en la Guerra del Peloponeso cuyos escenarios principales estuvieron, no obstante, en Grecia y en el Egeo.

El final del siglo V en el occidente griego presenta un panorama desigual; mientras que en la Magna Grecia algunas ciudades han caído o están cayendo en manos de los pueblos oscos (Cumas, Neápolis, Posidonia), otras han entrado en la órbita de ciudades de fuera de la península, como Locris (controlada por Siracusa) o Heraclea y Turios, sobre las que ejerce su control Tarento, muy vinculada a su metrópoli Esparta. La situación en Sicilia es diferente; desde principios del siglo V se había ido afianzando la supre macía de Siracusa, bien a través de gobiernos tiránicos, bien democráticos, que habían impuesto una hegemonía de hecho sobre buena parte de la isla; la desastrosa intervención ateniense entre 415 y 413 había supuesto la confirmación de la potencia siracusa- na, pero la extrema debilidad que había provocado la guerra será aprovechada por Car- tago, que iniciará a partir de 409 una devastadora invasión de la parte griega de Sicilia, arrasando ciudades griegas como Selinunte, Hímera, Agrigento, Gela y Camarina. A pesar del desastre, Siracusa conseguirá sobreponerse y, tras el acceso al poder de Dionisio, el empuje cartaginés se verá detenido; no obstante los avatares de los siglos sucesivos, la permanencia de la Sicilia griega

estará garantizada hasta la época de la Segunda Guerra Púnica entre Roma y Cartago.

Bibliografía complementaria

DOMÍNGUEZ MONEDERO, A. J. (1989): *La colonización griega en Sicilia. Griegos, indígenas y púnicos en la Sicilia Arcaica: Interacción y aculturación*. Oxford.

GRECO, E. (1992): *Archeologia della Magna Grecia*. Bari.

HOLLOWAY, R. R. (1991): *The Archaeology ofAncient Sicily*. Londres.

RIDGWAY, D. (1997): *El alba de la Magna Grecia. Pitecusa y las primeras colonias griegas de Occidente*. Barcelona.

Capítulo 11

El Ponto Euxino

El Mar Negro fue conocido por los griegos como el "Ponto Euxino", el Mar Hospitalario; sin duda esta percepción se debió a la gran cantidad de ciudades que allí consiguieron fundar los griegos, lo que convirtió a este territorio en un importante foco de la historia griega. El Mar Negro y sus accesos desempeñan un papel importante en los relatos míticos griegos, pues ya en él se desarrolló uno de sus importantes ciclos, como fue el de Jasón y los Argonautas. Este legendario rey tesalio se habría internado en el Ponto hasta llegar a la Cólquide (que se ubicaría en la actual

Georgia) para allí hacerse con el mítico Vellocino de Oro tras realizar un viaje plagado de peligros. Del mismo modo, el ciclo épico centrado en Troya se ha considerado también vinculado con los intentos griegos de penetrar en el Mar Negro, puesto que la posición estratégica de la ciudad, a la entrada del Helesponto (actual estrecho de los Dardanelos) en su parte asiática podía tener que ver según algunos con el control de la navegación hacia y desde el Ponto.

Sea como fuere, durante el período colonizador griego, todo el Egeo septentrional primero, y el Mar Negro después, fueron objeto de atención para estos griegos que buscaban nuevas áreas para establecerse. Así, toda la costa macedonia y tracia empieza a ser ocupada por distintas fundaciones griegas durante la primera mitad del siglo VII, así como el Helesponto y la Propóntide (el Mar de Mármara); puede que haya intentos de exploración a aguas más septentrionales, que quizá se habrían iniciado ya durante el siglo VIII**,** aunque sin que parezcan haberse producido aún asentamientos griegos permanentes en esas regiones. Un momento importante de todo el proceso lo marcará la fundación, por parte de griegos de Mégara, de dos ciudades que, situadas enfrente una de otra, controlarán la entrada al último de los estrechos que comunicaba el Mediterráneo con el Mar Negro. Se trata de Calcedonia, en la costa asiática del Bósforo, y Bizancio (más tarde Constantinopla y en la actualidad Estambul) en la europea. Ambas debieron de fundarse hacia mediados del siglo VII; parecía que la ciudad de Mégara, que también había mostrado interés en el Mediterráneo occidental, iba a dominar el Ponto Euxino.

Sin embargo, esas visiones de controles exclusivos y excluyentes de estrechos y puntos estratégicos corresponden muchas veces más a nuestras proyecciones sobre el pasado que a las realidades históricas. En efecto, a pesar de que

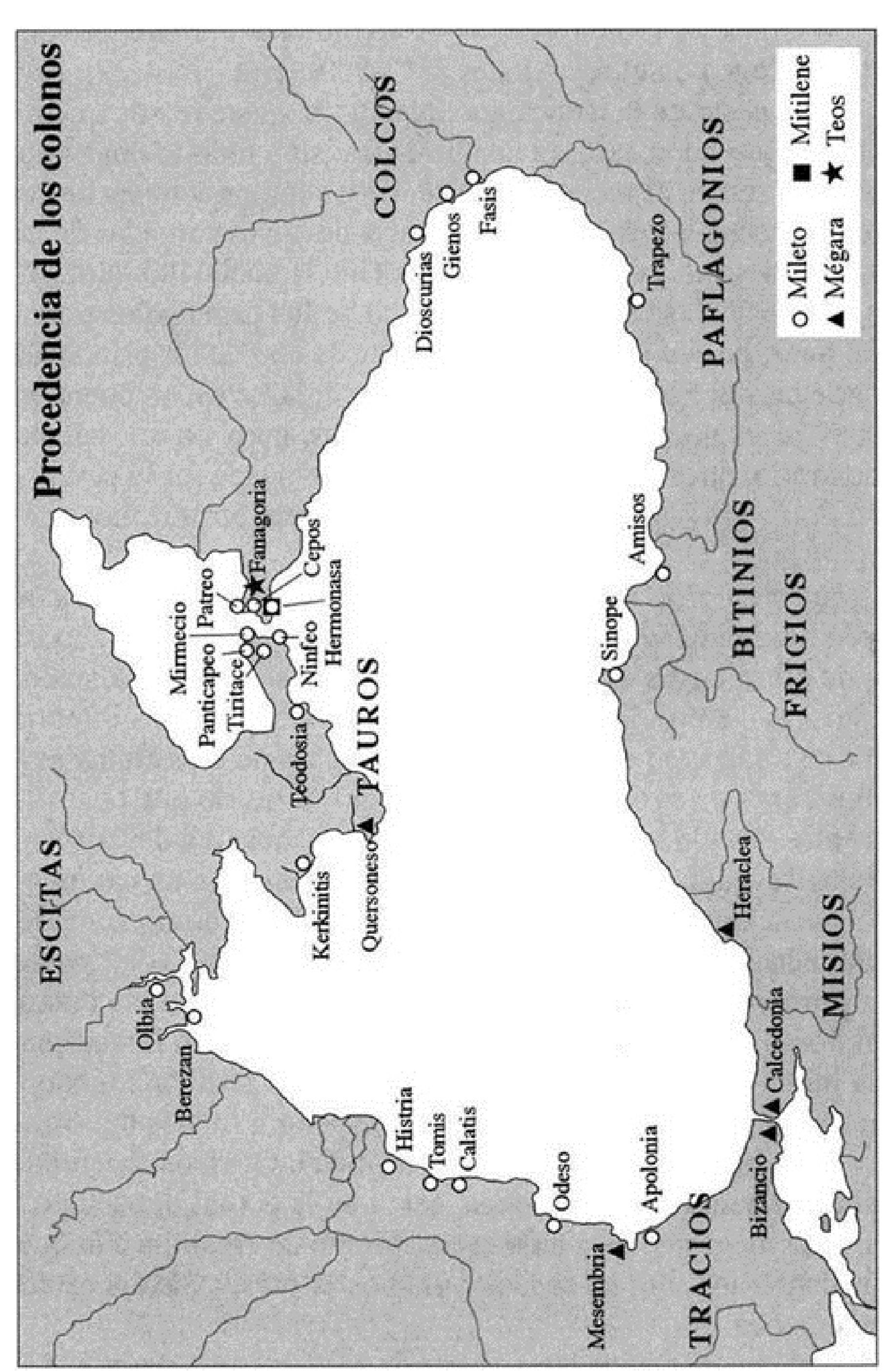
fuesen ciudades de origen megá- reo las que flanqueaban las dos orillas del Bósforo, no serán los griegos de este origen los que colonicen con más intensidad el Mar Negro, a pesar de que sí fundaron alguna que otra colonia como Heraclea, a mediados del siglo VI, en la costa anatolia, en conjunción con colonos beocios, o Mesembria, actual Nesebar, a finales del mismo. Quienes desarrollarán una intensísima política colonizadora en el Ponto serán, sobre todo, los griegos de Mileto. La ciudad de Mileto, en Jonia, será una de las ciudades griegas más importantes y avanzadas durante buena parte del Arcaísmo; ubicada en un emplazamiento harto favorable, en un inmenso golfo (hoy rellenado por los sedimentos del río Meandro), Mileto gozó de una excelente posición tanto por sus relaciones con el interior de Anatolia como por sus intereses navales. Eso determinará que ya durante la segunda mitad del siglo VII los milesios establecieran sus primeras fundaciones en la costa septentrional de Anatolia, en puntos como Sínope y Amisos, pero también en la costa occidental del Ponto, fundando Histria, cerca de la desembocadura del río Danubio. Por fin, y también antes de finalizar el siglo VII, surge el establecimiento milesio de Berezan (llamado Borístenes por los griegos) en la costa septentrional del Ponto. En todos estos casos son sobre todo los testimonios arqueológicos los que nos permiten aproximarnos a estas cronologías; las fuentes literarias, que siguen construcciones cronológicas mucho más alambicadas, no aportan siempre informaciones precisas.

En cualquier caso, estas fundaciones marcarán una tendencia que también los autores clásicos tenderán a exagerar, como muestra por ejemplo Estrabón (14.1.6), que asegura que todo el Ponto fue colonizado por Mileto, o Plinio el Viejo (NH, 5.112), que afirmaba que los milesios

fundaron más de noventa colonias en el Mar Negro. Hoy se tiende a rebajar esas cifras pero, en todo caso, entre centros más importantes o simples puntos de control costero o establecimientos comerciales (*emporio*), el total sí puede alcanzar las tres o cuatro decenas que abarcaron todas las costas del Ponto. En cualquier caso, las actividades mile- sias muestran una gran intensidad durante la segunda mitad del siglo VII, que continuará en el siglo siguiente. La primera mitad del siglo VI ve la prosecución de las fundaciones griegas en diversos entornos pónticos, lo que implicó tanto el crecimiento de establecimientos ya existentes, como por ejemplo Berezan, que parece extenderse a través de pequeños asentamientos por el estuario del Dniéper y el Bug, o como en Histria, que conoce un interesante crecimiento urbano desde los inicios de este siglo. Del mismo modo, surgen también nuevas fundaciones como Tomis u Olbia, cuya *chora* o territorio conoció una gran extensión, al tiempo que los milesios empiezan a abrir nuevas áreas apenas visitadas antes. Es, sobre todo, la zona del llamado Bosforo cimerio, que abarca la parte oriental de la península de Crimea y la occidental de la península de Taman la que ahora empieza a recibir una importante cantidad de ciudades, tales como Panticapeo, Ninfeo, Teodosia, Mirmecio y Tiritace en la parte europea del estrecho y Cepos, Patreo y Hermonasa (esta última cofundada también por Mitilene), en la parte asiática. Todas ellas parecen haber surgido en un período bastante breve de tiempo, entre 580 y 560, estando bien situadas desde el punto de vista de su relación con las áreas portuarias.

En los años sucesivos los milesios proseguirán su política de fundaciones coloniales y llegarán incluso a una región que apenas había sido objeto de su interés, la costa oriental del Ponto, donde surgirían Fasis, Gieno y Dioscurias, tal vez a

mediados del siglo VI. Procedente de Teos, no de Mileto, surgiría en la parte asiática del Bosforo cimerio Fanagoria, también hacia mediados del siglo VI. Es de destacar que este período de gran núme-ro de fundaciones coloniales milesias durante la primera mitad del siglo VI coincide con una época en la que la ciudad de Mileto tiene que enfrentarse con los lidios que, según Heródoto, realizaron guerras contra la ciudad desde la creación de la dinastía de los Mérmnadas con Giges ya a inicios del siglo VII, aunque el momento decisivo de estas guerras continuas llegó con el rey Aliates (617-560) (Hdt., 1.14-22). Hay que destacar, sin embargo, que a pesar de la táctica que llevó a cabo este rey de quemar las cosechas milesias, en Mileto no hubo escasez de alimentos, sino todo lo contrario, lo que sugiere que la ciudad se surtía, al menos en parte, de las importaciones de cereales del Mar Negro; ya Heródoto nos informa de la existencia de naves cargadas de trigo que cruzan el Helesponto con destino a distintos punto de Grecia hacia 480 (Hdt., 7.147) y es bien sabido cómo en época clásica el Ponto será uno de los principales graneros de Grecia. No cabe duda, pues, de que junto con otros recursos uno de los principales objetivos de las ciudades griegas del Ponto era la producción cerealística, en buena medida destinada a las muchas veces necesitadas ciudades griegas, pero sin que se puedan descartar, más bien al contrario, otros recursos de interés, como puede ser la pesca, puesto que hay entornos en el Ponto muy aptos para tal actividad (entre otros, Sínope, Apolonia Pónti- ca, Berezan).



Los años que siguieron a la caída de Jonia en manos persas (hacia mediados del siglo VI) ven la huida masiva de

muchos individuos a ciudades ya existentes, aunque quizá alguna de ellas, cuyas cronologías no siempre son precisas, pudo haber surgido también en estos momentos. De cualquier modo, se atestigua una importante llegada de población, que se traduce en el crecimiento de muchas de esas ciudades y en la ampliación en muchos casos de sus áreas habitadas o del territorio que controlaban. También en el tránsito entre el siglo VI y el V, y como consecuencia del desastroso resultado para los griegos de la Revuelta Jonia, sobre la que volveremos en un capítulo posterior, otra oleada de emigrantes parece haber elegido el Mar Negro como zona de refugio; sería la época de la fundación de Kerkinitis, en la costa noroccidental de Crimea (actual Eupa- toria), cuyos primeros habitantes no parecen haber superado el centenar. El proceso colonial en el Ponto, de cualquier modo, queda cancelado, en líneas generales, a partir de la segunda mitad del siglo VI, como resultado de la pérdida de independencia política de Jonia, sometida a los persas. Habrá que esperar a finales del siglo V (en concreto hacia 422 o 421) para ver surgir una nueva ciudad, Quersoneso, fundada en la costa suroccidental de la península de Crimea, cerca de la actual Sebastopol, por Heraclea Póntica, la colonia megáreo-beocia de la costa norte de Anatolia a la que ya nos hemos referido; no insistiremos aquí en fundaciones posteriores ya de época clásica avanzada o de época helenística.

A pesar del origen milesio de buena parte de las ciudades griegas del Ponto, cada una de ellas desarrolló sus propios rasgos culturales, así como sus relaciones con el entorno indígena. Por lo que se refiere a este último, un hecho que destaca es la gran diversidad de las diferentes culturas que se asomaron al Mar Negro durante la Antigüedad. Grandes grupos, como los tracios, los escitas, los tauros, los colcos, los

paflagonios, los bitinios, los frigios y los misios, por trazar un recorrido *grosso modo* siguiendo las agujas del reloj alrededor de este mar, subdivididos a su vez en infinidad de tribus y pueblos, en muchos casos nómadas o seminómadas, pueden darnos una idea de la complejidad del poblamiento no griego en la región; todo ello, por no mencionar tan siquiera que muchos de estos pueblos se verán empujados y sustituidos, a lo largo del tiempo, por otros que se desplazarán a través de las áreas esteparias del centro y del sur de Rusia y Ucrania, y que también influirán en el desarrollo histórico de esos territorios.

Poco a poco, el creciente número de excavaciones y proyectos arqueológicos en los diferentes estados ribereños del Mar Negro van aportando informaciones cada vez más precisas acerca de las distintas fases cronológicas de buena parte de esas ciudades; del mismo modo, vamos conociendo lo esencial de sus estructuras urbanas, cómo en muchas de ellas las primeras fases de presencia griega se caracterizan por la adaptación a las costumbres locales, lo que implica la existencia de casas semienterradas en el suelo (sobre todo en las regiones septentrionales del Ponto) y cómo a partir del Arcaísmo avanzado y en época clásica se inicia la monumentalización de estos centros, con el surgimiento de un urbanismo de tipo mediterráneo, así como de templos y santuarios de carácter monumental. Todo ello, con el tiempo, permitirá ir matizando con mayor precisión tanto el desarrollo particular de cada centro cuanto los motivos que, en cada caso, pudieron determinar allí el establecimiento de los griegos. Del mismo modo, todo ello podrá repercutir mejor en el conocimiento histórico de la metrópoli principal, Mileto, y de cómo pudo articular durante cerca de un siglo un proyecto colonial único en toda la historia de la colonización griega. Hay además indicios suficientes,

sobre todo de tipo epigráfico, que muestran constantes relaciones y vínculos con el santuario de Apolo en Dídima, uno de los principales lugares de culto de Mileto, que parece haber ejercido un papel importante en la dirección de la empresa colonial milesia y que, a juzgar por esos mismos testimonios, ha seguido velando con sus oráculos y sus consejos por la buena marcha del proceso una vez producidas las fundaciones coloniales.

En otro orden de cosas, ni las fuentes literarias ni el registro arqueológico atestiguan de forma directa conflictos con las poblaciones indígenas, aun cuando hay indicios de que en algunos momentos pudo haber problemas. La visión que nos da Heródoto, contemporánea y retrospectiva, sobre el helenismo póntico es de gran interés y aporta noticias valiosas; por ejemplo, es este autor quien nos habla de Anacarsis, el sabio escita asesinado por sus propios compatriotas por haber adoptado costumbres griegas (Hdt., 4.76-77), y de Esciles, un rey escita cuya madre era griega de Histria pero a quien le gustaba pasar largas temporadas en Borístenes viviendo según las costumbres griegas, lo que le condujo a la muerte (Hdt., 4.78-80). Esta información, junto con otros indicios, ha llevado a algunos autores a sugerir que a partir del primer tercio del siglo V algunas ciudades del Ponto septentrional, sobre todo Olbia, pudieron caer bajo el protectorado de reyes escitas, que exigían tributos a la *pólis* griega pero, al tiempo, garantizaban su seguridad, lo que pudo traducirse en un proceso de consolidación política y económica e, incluso, de expansión territorial. Como en otros ámbitos, también la Atenas de Pericles mostró su interés por el Ponto, tal vez para asegurarse un suministro regular de trigo, lo que se tradujo en una campaña que dirigió el estratego ateniense en 437 (Plu., *Per.*, 20) cuyos objetivos y resultados, salvo por

lo que se refiere a Sinope, que recibió un contingente de colonos de Atenas, no son concluyentes.

Otra interesante innovación política que vemos en el Ponto es el llamado reino del Bósforo, que abarcó pronto la mayor parte de las ciudades que se asomaban a las dos orillas del Bósforo Cimerio. Según asegura Diodoro Sículo (12.31), hacia 480 se habría hecho con el poder la familia de los Arqueanáctidas, que sería sustituida, a partir de 438, por Espartoco que, a su vez, daría lugar a una dinastía que gobernaría allí hasta fines del siglo II. El centro de este Estado estuvo en Panticapeo (actual Kerch), desde donde estos gobernantes que asumieron títulos como rey o arconte llevaron a cabo una serie de actividades de carácter sobre todo defensivo. Éste puede haber sido uno de los motivos de la creación de este Estado, que procuró mantener a sus miembros libres de los movimientos de poblaciones no griegas que afectaban a otras partes del Ponto; al tiempo, también llevaron a cabo una política anexionista contra otras ciudades que, como Ninfeo o Teodosia, no habían formado parte al principio de este Estado. Sus gobernantes aparecen con frecuencia mencionados en las fuentes literarias y epigráficas porque durante bastante tiempo fueron unos de los aliados más sólidos que tuvo Atenas en aquellos territorios, lo que le proporcionó a esta ciudad un suministro estable de trigo, algo necesario sobre todo en épocas de conflicto.

El Ponto Euxino constituye, pues, una región de especial entidad dentro de la cultura helénica, con ciudades de muy diverso tipo, origen y orientación, con interesantes relaciones con los entornos no griegos, apenas conocidas en otras áreas griegas, y con experimentos políticos, como el reino del Bósforo, que en cierto modo es precursor de lo que serán, en mayor escala, los futuros reinos helenísticos.

Bibliografía complementaria

EHRHARDT, N. (1983): *Milet und seine Kolonien*. Fráncfort.

GRAMMENOS, D. V. y PETROPOULOS, E. K. (eds.) (2003): *Ancient Greek colonies in the Black Sea*. Tesalónica.

SOLOVYOV, S. L. (1999): *Ancient Berezan. The Architecture, History and Culture of the First Greek Colony in the Northern Black Sea*. Leiden.

TSETSKHLADZE, G. R. (ed.) (1998): *The Greek Colonisation of the Black Sea Area. Historical Interpretation of Archaeology*. Stuttgart.

Capítulo 12

Esparta

Es un hecho cierto, cuando se estudia la antigua historia de Grecia, que las informaciones que conocemos de las más de mil *póleis* que existieron no son siempre equivalentes en número, cantidad y calidad. Ello se debe a una multiplicidad de factores entre los que se encuentran, sobre todo, razones de índole histórica, a saber, el mayor o menor poder que unas u otras ciudades acumularon en determinados momentos; ello determinó tanto que los autores antiguos dedicaran su atención preferente a ellas como que pudiesen acumular mayor cantidad de recursos, lo que podía traducirse en un mayor esfuerzo constructivo o epigráfico, lo que suele producir una mayor cantidad de

restos arqueológicos o testimonios epigráficos a disposición del historiador. Aunque este último no es el caso de Esparta, sí lo es el primero de ellos. Las ciudades que destacarán en la complicada situación por la que atraviese la Hélade durante el Clasicismo avanzado y, de modo muy especial, Esparta y Atenas, son las que reciben la mayor parte de la atención de nuestras fuentes, por lo que su historia nos es mejor conocida.

A partir de este capítulo y, en los dos sucesivos, daremos un breve panorama de tres de estas importantes ciudades durante el período arcaico. Empezaremos por Esparta y continuaremos por Atenas y Corinto.

Lo primero que llama la atención, si observamos el plano adjunto de la ciudad de Esparta, es la escasa relevancia de los restos materiales que de ella se conservan. En efecto, y como recoge un pasaje de Tucídides, que ha terminado por convertirse en un tópico, "si se despoblara la ciudad de los lacedemonios y quedaran los templos y las plantas de las construcciones, me imagino que andando el tiempo los venideros dudarían mucho de su fuerza comparándola con su fama… [porque] como la ciudad no está construida formando unidad, ni tiene templos ni edificios lujosos… aparecería inferior" (Th., 1.10). Ése será uno de los rasgos característicos de la *pólis* de Esparta durante su historia, su escasa monumentalización, que no se iniciará, e incluso entonces de forma tímida, hasta la época helenística y romana.

La causa principal de la escasa relevancia de Esparta desde el punto de vista de su aspecto urbano viene determinada, sobre todo, por su propia estructura política y organizativa durante el período arcaico, así como por los avatares que condujeron a la formación de la *pólis*. La preocupación extraordinaria de la Esparta arcaica por controlar su gran territorio y por desarrollar unas formas de vida próximas a unos ideales de autarquía campesina les hace, en cierto modo, despreciar lo que otras ciudades veían en ese mismo período como algo deseable: las construcciones públicas que diesen prestigio y lustre a la ciudad y sirviesen como símbolo viviente del auge y desarrollo de la misma. Así pues, cuando muchas ciudades de Grecia empiezan ya a partir del siglo

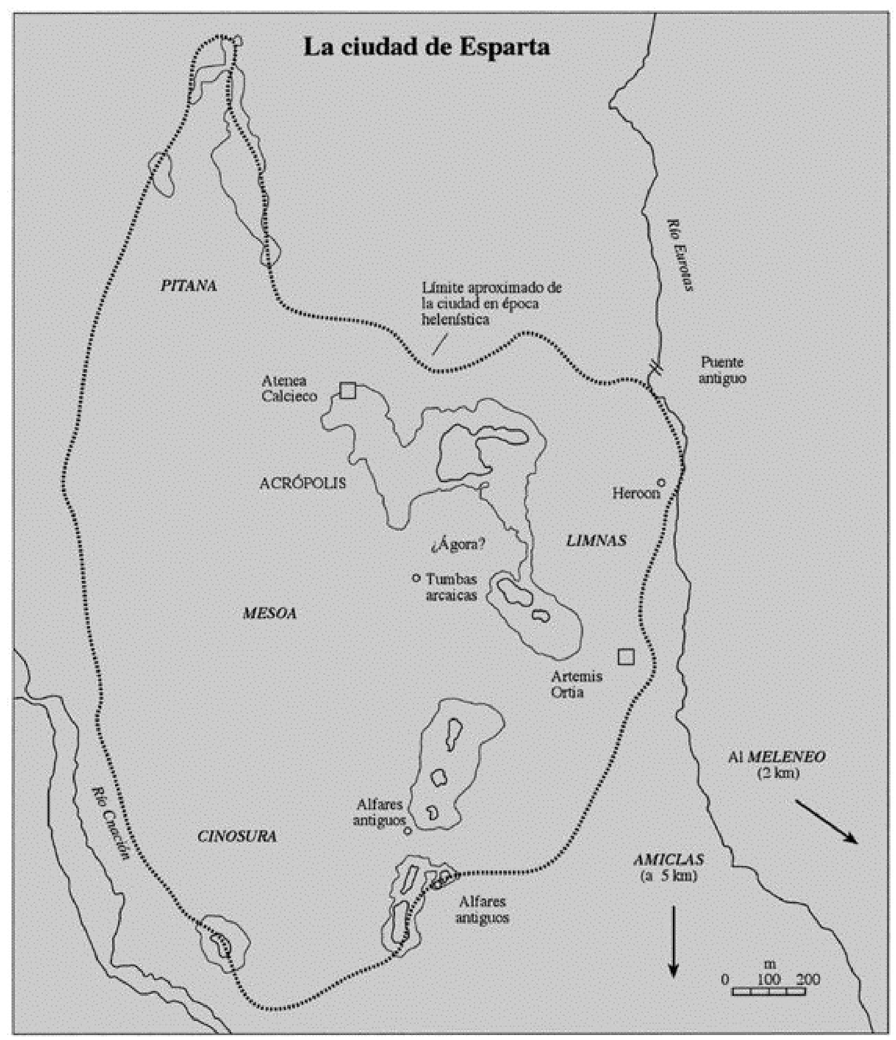
VII y, en especial, en el siglo VI a dotarse de obras públicas, infraestructuras y santuarios monumentales, Esparta no seguirá por ese camino y permanecerá anclada en unas formas de vida, en un orden (*kosmos*) voluntariamente arcaizante.

Eso no quiere decir que en Esparta no hubiese lugares de especial relevancia, sobre todo de tipo religioso pero sin que puedan competir en esplendor y monumentalidad con los que conocemos en otros lugares de Grecia; el plano de la página siguiente muestra cuatro de las cinco aldeas originarias que dieron lugar mediante un proceso conocido como sinecismo a la *pólis* de los lacedemonios. Se trata de Pitana, Mesoa, Limnas y Cinosura (Paus., 3.16.9), que se extendían por una zona delimitada por unas cuantas colinas y por una zona de valle entre la orilla derecha del río Eurotas y la izquierda de uno de sus afluentes, el Cnación. El área se hallaba en el punto en que el río principal, el Euro- tas, entraba en la gran llanura laconia, un extenso territorio de forma triangular, cuyo vértice septentrional lo constitutía la ciudad de Esparta, estando limitada al este por el Par- non y al oeste por el Taigeto. Al sur, eran las costas del golfo de Laconia las que ponían fin a esta gran y fértil extensión de tierra.

Pero la *pólis* de Esparta se componía de una quinta entidad, Amiclas, que se hallaba a unos cinco kilómetros al sur de las otras cuatro aldeas originarias y que fue forzada a integrarse en la nueva ciudad algún tiempo después de que aquéllas se unificasen (Paus., 3.2.6); sus habitantes, miembros de pleno derecho de la entidad política resultante, siguieron viviendo separados de sus conciudadanos y los habitantes de las otras cuatro antiguas aldeas continuaron conservando también sus lugares de residencia sin realizar ningún intento de construir un centro urbano común. Como decíamos antes,

son sobre todo los lugares de culto los que enmarcan lo poco que conocemos de la ciudad de Esparta aun cuando, por noticias de las fuentes literarias, sabemos que había también lugares de significado político (por ejemplo, el sitio en el que se reunía la Asamblea) (Plu., *Lyc.*, 6.1-2), aunque no hayan sido localizados.

En una pequeña elevación próxima al cauce del Eurotas se localizaba la acrópolis de Esparta, en cuya cima se encontraba el santuario de la divinidad protectora de la ciudad, Atenea Poliuco o Calcieco (Paus., 3.17.2), del que apenas se conocen algunos restos. Un centro de culto de gran importancia fue el santuario de Ortia, divinidad que sería con el tiempo identificada con Ártemis, que se hallaba a poca distancia del Eurotas, en el territorio de la aldea de Limnas. Fue excavado desde principios del siglo XX y ello ha permitido conocer algo de su historia. El culto allí se inició con toda probabilidad en el siglo IX si no antes, aunque las primeras construcciones estables datan de finales del siglo VIII; durante el siglo VII el santuario parece haberse convertido en un centro de gran importancia, y abundan las ofrendas realizadas en marfil y, sobre todo, una impresionante colección de figurillas de plomo, muchas de las cuales representan a hoplitas, mientras que otras muestran imágenes de la diosa y de las ofrendas dedicadas a ella. Durante el siglo VI el santuario es ampliado, aunque las ofrendas que en él se hallan parecen ir mostran-do un empobrecimiento paulatino, tal vez como consecuencia de la nueva orientación que Esparta irá adoptando a lo largo de ese siglo. En el lugar que ocupó el recinto sacro se construyó en época romana un teatro. En este santuario se llevaban a cabo ritos cruentos, incluyendo flagelaciones rituales, y parece haber desempeñado un papel importante en la educación de los jóvenes.



Otro santuario importante de Esparta fue el dedicado a Menelao, el mítico rey espartano marido de Helena que combatió en Troya para recuperar a su esposa. Se trata en este caso de un recinto que se encontraba fuera de la ciudad, en la otra orilla del río Eurotas y a cerca de dos kilómetros de distancia de ella. Parece que en época micénica en este entorno se halló un palacio, algunos de cuyos restos han sido identificados; el sitio permaneció desocupado desde fines del período micénico hasta finales del siglo VIII, cuando

vuelven a aparecer señales de ocupación, esta vez de carácter religioso. Es posible que a partir de este momento allí situase la naciente *pólis* espartana las tumbas de Menelao y de Helena, y que desempeñasen también un papel importante en el culto los hermanos de ésta, Cástor y Pólux, también conocidos como los Dióscuros; estas advocaciones quedan atestiguadas sin lugar a duda por la epigrafía y la iconografía. El santuario estuvo en uso durante todo el período arcaico, sufriendo importantes restauraciones a fines del siglo V; en las excavaciones se halló también una gran cantidad de ofrendas votivas.

El último de los grandes símbolos religiosos de Esparta estaba en Amiclas, centro al que ya nos hemos referido. Allí se alzó un santuario dedicado a Apolo, cuya estatua se hallaba circundada por un inmenso trono de decoración muy elaborada, que se dataría a finales del siglo VI (Paus., 3.18.9-16); allí también se veneraba al héroe Jacinto. Las excavaciones arqueológicas han recuperado parte del trazado del templo, pero ni huella del trono ni de la estatua de Apolo o de la tumba de Jacinto.

No son, por supuesto, éstos los únicos puntos de interés que tuvo la Esparta arcaica, pero salvo algún que otro hallazgo esporádico y no demasiado documentado, son los únicos que han dejado huella visible; algunos depósitos de carácter doméstico sugieren una concentración de la población en la parte norte del área urbana. Esparta se caracterizó por un desarrollo histórico bastante peculiar, con relación a otras *póleis* arcaicas. Para empezar, la *pólis* no surgió como puesta en común de los intereses de todas las comunidades y entidades prepolíticas que existían en Lacedemonia, sino que apareció como un acuerdo limitado a cuatro de ellas, que decidieron integrar a una quinta, Amiclas, pero excluyendo a las demás. En este proceso, parte de la

población de Laconia perdió su libertad, junto con sus tierras, a manos del nuevo grupo dirigente (serían los hilotas), mientras que otras comunidades conservarían parte de su autogobierno, pero estarían obligadas a obedecer las órdenes emanadas de la nueva *pólis*, a la que pertenecían, pero de cuyos derechos plenos no participaban. Estas comunidades serían las ciudades periecas; contribuían al mantenimiento económico de la *pólis* lacedemonia, formaban parte de sus fuerzas armadas y tenían cierta capacidad de dirimir asuntos internos pero estaban sujetas a las decisiones tomadas por las autoridades de Esparta, de las cuales no podían formar parte.

Por otro lado, Esparta también iniciará pronto (ya durante la segunda mitad del siglo VIII) una política de invasión del territorio que lindaba por el oeste con el suyo, la Mese- nia; esta opción determinará una preocupación casi permanente por la seguridad ante el peligro de sublevaciones y revueltas, que se materializarán en varias guerras libradas durante los siglos VIII y VII. Además, ligado a los conflictos internos que implican las guerras de Mesenia, Esparta irá desarrollando su propia identidad política. Así, es posible que disputas por la participación de los ciudadanos en los beneficios de la conquista tras la Primera Guerra de Mesenia (tercer cuarto del siglo VIII) estén detrás del proceso de desposesión de derechos que provocará la fundación de la colonia de Tarento hacia 706. Del mismo modo, la legislación que se atribuía a la oscura figura de Licurgo y que, en último término, consagraba un orden político en el que viejas instituciones de cuño aristocrático (la realeza dual, el consejo de ancianos o *gerusia*) coexistían con una asamblea popular que debía reunirse con periodicidad, es el resultado de los desequilibrios sociales producidos por la conquista, pero también de la necesidad

de garantizar la adhesión de los grupos no privilegiados para mantener el *statu quo* alcanzado.

El éxito de esta temprana empresa espartana, unido a la solución, siquiera temporal, de las tensiones sociales, se manifiesta en un período de especial florecimiento en la ciudad; como vimos con anterioridad, la primera monumentalización del santuario de Árte- mis Ortia y la del Meneleo pueden datarse en los años finales del siglo VIII, y muestran con toda probabilidad el agradecimiento que la *pólis* espartana ofrece a sus dioses por el apoyo logrado durante la guerra. Durante el siglo VII Esparta se verá enfrentada de nuevo a los mesenios a lo largo del segundo tercio del siglo; se suele aceptar que fue para hacer frente de forma más eficiente al peligro por lo que Esparta acabó por introducir el sistema hoplítico, de lo que quedan elocuentes huellas en el poeta Tirteo. También los conflictos con Argos serán importantes, aunque Esparta conseguirá hacerse con el control de la Cinuria, territorio que ambas *póleis* se disputaban.

Durante el siglo VII y el siguiente Esparta parece haber prosperado poniendo en práctica los ya mencionados ideales de una ciudadanía, minoritaria dentro del conjunto representado por Lacedemonia y Mesenia, que vivía de los productos que un campesinado dependiente, los hilotas, les proporcionaba, y que podían dedicar buena parte de su tiempo a la instrucción militar. El germen de lo que en época clásica constituirá la rígida *ago- ge* o educación espartana surge ya en estos siglos, si bien no con la severidad que la misma alcanzará con el tiempo. Esta sociedad no parece haber sido ilustrada en demasía, a pesar de que poetas y otros artistas vivieron y surgieron de ella; la forma de vida, cada vez más apegada de manera voluntaria a una simplicidad extraordinaria, donde los valores de la autarquía

económica y la excelencia personal y colectiva en el combate eran los que predominaban no requería de demasiados lujos y comodidades. Ello explica la limitada monumentalización del área urbana e, incluso, la propia indefinición de la misma.

No tenemos demasiados datos de la organización interna espartana durante el siglo VII; hemos de pensar que la constitución ancestral atribuida a Licurgo sigue funcionando sin demasiados problemas, en parte porque las tensiones sobre la ciudadanía no debían de ser numerosas y el sistema político, aunque no dejaba demasiados resquicios a la participación, cumplía los mínimos requisitos formales para satisfacer las aspiraciones del pueblo. La principal magistratura que los ciudadanos podían desempeñar, puesto que la realeza le estaba confiada en exclusiva a los miembros de dos familias, los Agiadas y los Euripóntidas, considerados descendientes de Heracles, y la *gerusia* o consejo de ancianos cooptaba a sus miembros en caso de vacante de entre las mejores familias, era el eforado. Los cinco éforos, cuyo origen en el ordenamiento espartano no es fácil de conocer, parecen ir ganando atribuciones de control de los otros órganos a lo largo del siglo VI, y a partir de la época clásica se convertirán en un elemento imprescindible en el delicado equilibrio de poderes que, en ese momento, afectará a la *pólis* espartana.

El siglo VI es también un período importante; además de un florecimiento de las artes y los oficios (encomendados bien a extranjeros, bien a periecos) y una mayor proyección exterior de la ciudad, Esparta empieza a constituir lo que en época clásica se convertirá en su principal instrumento de poder, la llamada Liga del Peloponeso. Surgida al principio como acuerdos bilaterales entre Esparta y otras ciudades aliadas, le garantizará apoyo en caso de conflicto, pero le

obligará también a prestar ayuda militar a sus aliados, lo que con el tiempo le llevará a asumir compromisos que no encajaban bien con los intereses inmediatos de su población. La tensión que surgirá entre estos compromisos y las formas de vida de los espartanos, que cada vez se apegarán más a los privilegios derivados de su posición dentro de una Lacedemonia que trabajaba para que los mismos pudieran mantenerse, provocará una auténtica esquizofrenia. Ello, unido a la amenaza, real o imaginada, que representaban las poblaciones sometidas (hilotas, mesenios), determinarán que Esparta se convierta en un auténtico fósil viviente, cuyas estructuras políticas e incluso mentales, quedarán anquilosadas en un pasado más imaginado que real, que será descrito con tintes de admiración no sólo por muchos autores antiguos sino por una parte no despreciable de la intelectualidad europea a partir del siglo XVIII.

Bibliografía complementaria

CARTLEDGE, P. (1979): ***Sparta and Lakonia. A Regional History. 1300-362 B.C.*** **Londres.**

CASILLAS, J. M. (1997): ***La antigua Esparta.*** **Madrid.**

FORNIS VAQUERO, C. (2003): ***Esparta. Historia, sociedad y cultura de un mito historio gráfico.*** **Barcelona.**

FORREST, W. G. (1980): A ***History of Sparta 950-192 B.C.*** **Londres.**

Capítulo 13

Atenas en época arcaica

La ciudad de Atenas se encuentra situada a unos pocos kilómetros de la costa occidental de la península del Ática, junto al río Iliso y próxima a su confluencia con el Cefi- so, agrupada en torno a una pequeña elevación del terreno, la acrópolis, y controlando una fertílisima llanura enmarcada por una serie de elevaciones montañosas, de este a oeste, el Himeto, el Pentélico, el Parnes y el Egáleo. Este círculo montañoso aislaba en cierto modo a la ciudad del resto del territorio ático que se volcaba, bien hacia el Golfo Sarónico (Eleusis), bien hacia las aguas del Egeo (de Ramnunte y Maratón hasta Sunio). Durante la época micénica el Ática estuvo ocupada como muestran los diferentes hallazgos realizados en diversas partes del territorio, siendo el lugar principal la acrópolis de Atenas, donde parece haber existido un palacio, conservándose aún algunos restos de fortificación ciclópea de esa época así como un pozo excavado en la roca para alcanzar las capas freáticas y surtir de agua a la misma en caso de peligro. Sin embargo, las grandes obras desarrolladas en ella durante la época arcaica y, sobre todo, durante la clásica, han hecho desaparecer la mayoría de esos restos.

El período que siguió al final del mundo micénico afectó también al Ática, aunque no parece haber habido, como sí ocurrió en otras zonas, discontinuidad en el poblamiento de Atenas, si bien el panorama en el resto del territorio es más problemático. La población de época submicénica parece haber seguido concentrada a los pies de la acrópolis, sobre todo en sus laderas meridional y oriental, como sugiere también un texto de Tucí- dides (2.15), mientras que sus cementerios seguían estando en una gran área ubicada al

noroeste de la acrópolis donde, con el tiempo, surgiría el ágora de época tardoarcaica y clásica, aunque también se amplió el área funeraria para abarcar un territorio situado más al occidente, en lo que luego sería el Cerámico. En cualquier caso, la acrópolis siguió siendo el principal espacio que articulaba el poblamiento de Atenas.

Es muy poco lo que conocemos de las áreas de habitación de la ciudad de Atenas hasta una época bastante posterior, en parte debido a lo ininterrumpido de la ocupación humana en esas zonas, aunque las fuentes literarias nos hablan de la existencia de un ágora, así como de una serie de lugares de culto y santuarios y de la sede de las magistraturas (el Pri- taneo). No obstante, de ninguno de esos lugares tenemos constancia material. A pesar de ello, sí podemos hacernos una idea de la sociedad ateniense arcaica a través sobre todo de las tumbas, que en gran cantidad se han hallado tanto en el Cerámico como en el área de la posterior ágora. Muchas de esas tumbas eran bastante ricas, con diversas joyas de oro y artículos importados desde las costas sirio-palestinas así como unos vasos cerámicos de calidad sobresaliente, lo que muestra que, ya al menos para el siglo IX, existía un grupo social al que podemos considerar aristocrático; esto viene ratificado, además, por el hallazgo de armas en algunas de esas tumbas. Del mismo modo, el incremento del número de tumbas indica que se está produciendo un paulatino aumento de población. Caben pocas dudas de que un factor importante en el surgimiento de estos fenómenos hay que buscarlo en los beneficios obtenidos del cultivo de la rica tierra de la llanura ática.

A partir del siglo VIII, en el cementerio del Cerámico empiezan a aparecer, como señalizadores de tumbas, una serie de vasos cerámicos, ánforas y cráteras, de

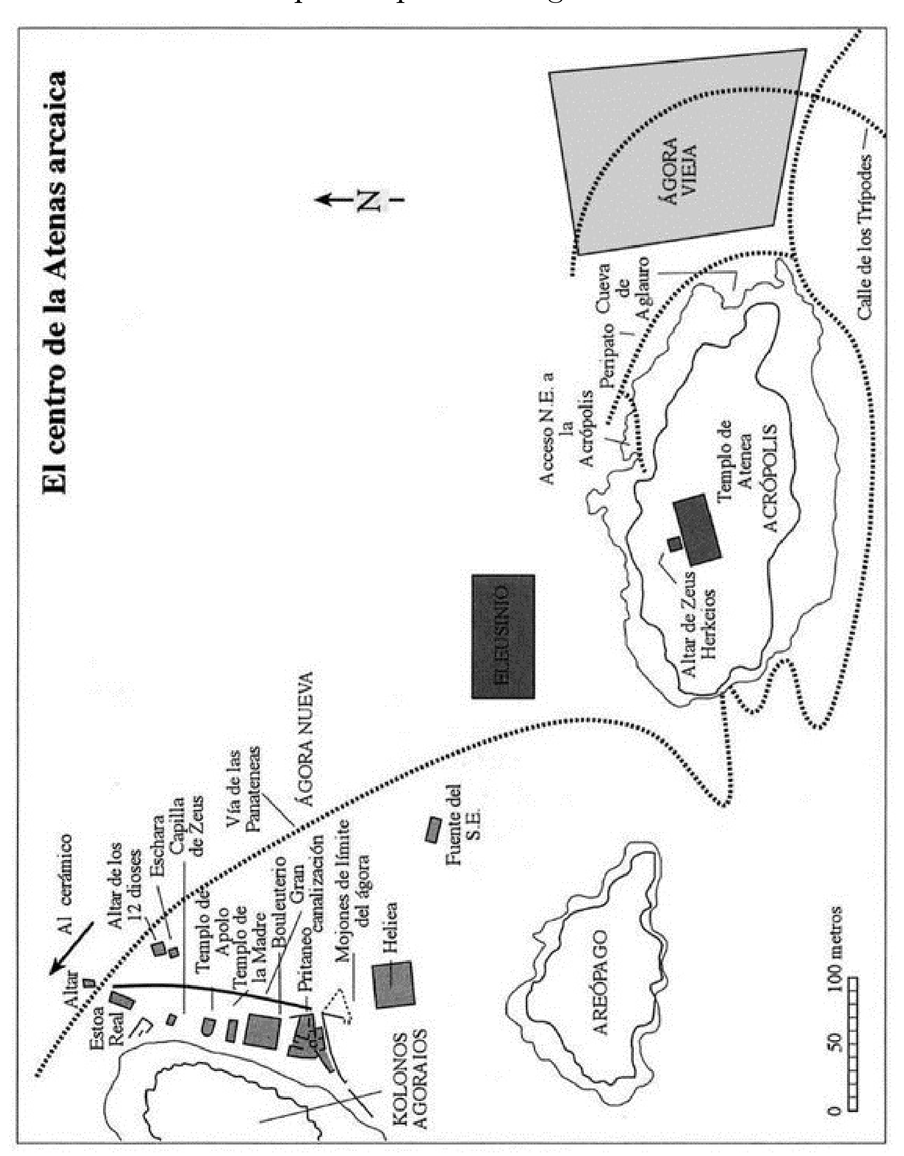
extraordinaria calidad, que presentan las primeras representaciones figuradas del arte ático, en su mayor parte aludiendo a los ritos debidos al difunto, bien a la exposición (*prothesis*), bien al traslado (*ekphora*) hacia la tumba así como escenas de duelo, combate, procesiones de carros u otro tipo. El siglo VIII parece haber sido un momento de esplendor en Atenas, pero también en el resto del Ática. Durante este siglo parece proseguir un proceso iniciado ya durante el siglo anterior de repoblación y reocupación del Ática desde la ciudad de Atenas; ésta no enviará expediciones coloniales en estos momentos, a diferencia de lo que harán muchos de sus vecinos, pero sí parece haber fomentado un proceso de ocupación o reocupación de territorios poco densamente poblados con anterioridad, en parte tal vez porque gentes áticas parecen haber participado, junto con otros griegos, en los procesos migratorios que permitieron la ocupación de la costa jonia.

Otro rasgo interesante del desarrollo histórico ateniense en estos años es que todo el territorio del Ática parece haberse integrado en la naciente *pólis* ateniense, manteniendo no sólo la unidad sino una igualdad de derechos y obligaciones. Las tradiciones atenienses aludían a momentos en los que habían existido entidades políticas independientes, pero todas ellas aludían a épocas antiquísimas para su proceso de integración política o sinecismo, que solían remontarse al mítico rey Teseo, que habría sido responsable de la creación de una *pólis* unificada en lo político, aunque con una gran cantidad de unidades de habitación dispersas por el territorio (Th., 2.15; Plu., *Thes*., 24-25). Aunque toda el Ática estaba jalonada de santuarios, algunos de ellos de gran importancia, como el de Deméter en Eleusis o el de Ártemis en Braurón, el centro cultual de Atenas se situaba en el santuario de Atenea Polias, la divinidad epónima, ubicado

en la acrópolis al menos ya desde la época geométrica. Como ya hemos visto a propósito de los restos de época micénica apenas conocemos nada de este santuario antes de la gran labor de embellecimiento de este espacio que tuvo lugar durante la segunda mitad del siglo VI. Sabemos, sin embargo, que ya había un lugar de culto dedicado a Atenea en la acrópolis hacia el último tercio del siglo VII (Hdt., 5.71; Th., 1.126).

Atenas fue una *pólis* en la que los aristócratas, responsables en último término de la configuración de la misma, exhibieron un gran poder, como ya vimos, durante los siglos IX y **VIII**; sus formas de vida debieron de ser bastante refinadas, a juzgar por las ricas tumbas a las que ya hemos aludido. Ellos se repartían el poder y ejercían los cargos de acuerdo con criterios como la riqueza y el buen nacimiento (Aris., *Ath.* 3). Poco a poco estas magistraturas fueron pasando de ser vitalicias a ser decenales para, al final, convertirse en anuales, tal vez como medio de dar más participación a los miembros de las familias dirigentes, que configuraron el grupo privilegiado de los Eupátridas. La situación de Atenas durante el siglo VII es poco conocida, tanto desde el punto de vista histórico como desde el arqueológico. Lo poco que sabemos es que Atenas se había convertido en un productor importante de aceite de oliva, que era exportado a buena parte del Mediterráneo y, a su vez, en un gran receptor de cerámicas corintias, que en ese momento eran las más difundidas. Da también la impresión de que las familias aristocráticas pasaban buena parte del tiempo en sus propiedades rurales, donde disponían de los servicios de sus esclavos pero, también, de campesinos libres que, poco a poco, se habían ido endeudando y debían aportar una parte sustancial de sus ingresos, además de su fuerza de trabajo, en beneficio de sus acreedores

aristócratas. Estos individuos son llamados hectémoros en nuestras fuentes (Arist., *Ath.*, 2; Plu., *Sol.*, 13); la vida política en la ciudad no debe de haber sido demasiado intensa y quizá fruto de ello sea la escasa consistencia de los restos materiales de esas épocas que han llegado hasta nosotros.



Según nos vamos aproximando al final del siglo VII esta vida política empieza a entrar en un nuevo momento; hacia

632 un miembro relevante de la aristocracia ática, Cilón, que se hallaba emparentado con el tirano Teágenes de la vecina Mégara, da un golpe de Estado, apoderándose de la acrópolis y haciéndose fuerte en ella. Aunque es enseguida desalojado, muchos de sus partidarios encuentran la muerte y este episodio da un giro importante al desarrollo político de la ciudad. No es casual que cerca de diez años después de este intento se le encomiende a Dracón la promulgación de una legislación escrita que debía de regular multitud de aspectos de las relaciones entre la aristocracia dirigente y el resto de la población, aunque la única parte de su legislación que sobrevivió se dedicaba a legislar sobre el homicidio. No cabe duda de que Dracón consolidó aún más el régimen aristocrático introduciendo muchos más supuestos que ataban a los deudores a sus acreedores y consagrando, con mucha probabilidad, la conversión en esclavos de quienes no podían hacer frente al pago de sus deudas.

Los efectos que la sangrienta represión de la revuelta de Cilón y la legislación de Dracón tuvieron en las relaciones de Atenas con sus vecinos megáreos no son fáciles de percibir pero parece que éstos utilizaron la primera como pretexto y aprovecharon la segunda como muestra de debilidad ateniense. De tal modo, parece que tanto Eleusis como la isla de Salamina entraron en disputa entre las dos *póleis* vecinas, sin que Atenas pudiese hacer frente de modo adecuado a la agresiva política megárea. Los problemas de reclutamiento de tropas de infantería pesada para hacer frente a las pretensiones de Mégara eran un síntoma de la debilidad del cuerpo político ateniense, atenazado por su situación de dependencia endémica de los ricos aristócratas que, a su vez, eran incapaces de proteger la frontera occidental del Ática frente al pujante ejército de Mégara. Éste y otros motivos están detrás del inicio de la actividad

política de Solón de Atenas.

Solón, de familia distinguida, pero fuera de los círculos de poder de Atenas, había expresado, mediante poemas de los que él mismo era autor, su descontento y el de muchos otros por la situación a la que estaba llegando Atenas, y cuya prueba más evidente había sido la pérdida de Salamina y, tal vez, de la propia Eleusis. Sus poemas propugnaban un golpe de timón que devolviese la dignidad a los desposeídos, sin que ello implicara tampoco una revolución que acabase con todos los privilegios de los poderosos. El fracaso de la gestión de los aristócratas y la presión de grupos comprometidos con un nuevo orden convergieron para convertir a Solón en arconte, nombre que se aplicaba a la máxima magistratura ateniense, en el año 594. Desde su nuevo cargo Solón puso en marcha un ambicioso plan de reformas, destacando entre ellas, en primer término, la abolición de las deudas y la prohibición en lo sucesivo de tomar préstamos con garantías personales. Por otro lado, modificó la composición de las magistraturas, convirtiéndolas en colegiadas y dando entrada en un viejo consejo nobiliario, el Areópago, a quienes las hubiesen desempeñado. Además, modificó los criterios de acceso a los cargos políticos introduciendo un principio como el económico por encima del nacimiento, lo que podría dar cabida a gentes que, como él mismo, gozaban de una buena posición social y económica pero no pertenecían al círculo de los Eupátridas. A tal efecto, dividió a la población en cuatro grupos atendiendo a sus rentas anuales, a saber, pentacosiomedimnos, caballeros o *hippeis*, zeugitas y *thetes*. Los cargos se repartirían, de mayor a menor, entre esos grupos, si bien a los *thetes* sólo les correspondería formar parte de la asamblea (*ekklesiá*) y de los tribunales de justicia (*heliaiá*). Por fin, abolió la legislación de Dracón, con

excepción de lo relativo a los homicidios, y elaboró una nueva que recogía un gran abanico de disposiciones sobre casi cualquier aspecto de la vida política y económica. Es también en época de Solón cuando la zona al noroeste de la acrópolis parece empezar a adquirir un nuevo papel dentro del urbanismo ateniense, puesto que allí empiezan a trasladarse algunos de los nuevos espacios de poder, incluyendo la nueva ágora de la que se dotará Atenas.

La labor de Solón, que no parece haber satisfecho en su totalidad a casi ningún grupo, fue no obstante respetada durante bastante tiempo, abriendo el paso a la participación política de grupos que con anterioridad habían estado excluidos de la misma. Su labor permitió, asimismo, que un nuevo sentido de identidad política se desarrollara en todo el territorio ático, cuyos habitantes, por primera vez, se sentían partícipes de la marcha de la *pólis*. Parece haber sido este nuevo sentimiento el que empujó a gentes que no vivían en la llanura a reclamar su parte de poder en el Estado, lo que desencadenó un nuevo período de conflictos. Pisístrato, aprovechando los descontentos existentes, acabará por dar un golpe de Estado haciéndose con la tiranía hacia 561; tras dos expulsiones y ulteriores reocupaciones del poder, se mantendrá en el cargo hasta 527, año de su muerte. Le sucederán sus hijos, que acabarán siendo expulsados por los espartanos hacia 510. A los tiranos corresponde el primer proyecto urbano conjunto que experimentará Atenas; la zona de la nueva ágora será objeto de atención preferente para convertirla en el nuevo centro político de la ciudad. A través de ella pasaba la vía de las Panateneas, fiesta que, o bien introdujo Pisístrato, o bien revitalizó, y uno de cuyos actos principales era una procesión desde la entrada a la ciudad por el Cerámico hasta la acrópolis. En el ágora surgirán algunos edificios administrativos, un altar dedicado

a los doce dioses y una fuente pública, con todas sus canalizaciones, que garantizaba el suministro de agua corriente a la ciudad. Por su parte, la acrópolis fue también objeto de atención y conocemos los restos escultóricos de un gran templo dedicado a Atenea así como otra serie de edificios menores decorados, asimismo, con riquísimos relieves escultóricos. También se preocuparon por dotar a la acrópolis de una entrada monumental y, en la ciudad baja, iniciaron la construcción de un gigantesco templo dedicado a Zeus Olímpico.

El final de la tiranía supuso un nuevo período de conflictos políticos que, a la postre, propiciaron el ascenso de Clístenes, miembro de una prestigiosa familia ateniense, los Alcmeónidas. Este personaje introdujo un nuevo orden político en el que, al fin, se lograba la plena integración de todos los territorios del Ática, así como de nuevos individuos en la ciudadanía. Con Clístenes se quiebra de forma definitiva el viejo orden aristocrático, puesto que la participación política de los ciudadanos vendrá garantizada por la residencia en cualquier parte del Ática; los ciudadanos, agrupados en sus pueblos o en sus barrios (*demos*), serán distribuidos en treinta estructuras intermedias (*tritties*), a razón de diez urbanas, diez del interior y diez de la costa. Por fin, creará diez tribus agrupando en cada una, por sorteo, una *trittys* de la ciudad, otra de la costa y otra del interior con el objetivo de que toda la población del Ática quedase representada en el nuevo sistema; potenciará la *ekklesia* y creará un nuevo órgano intermedio, la *Boulé* de los Quinientos, con cincuenta miembros de cada tribu, encargados de preparar y debatir con anterioridad los asuntos que se van a discutir en la asamblea. Del mismo modo, el ejército se reclu- tará sobre esta nueva base tribal, eligiéndose a diez generales, uno de cada tribu. Para evitar

el regreso de la tiranía habría instituido el ostracismo, procedimiento mediante el cual los ciudadanos decidían el exilio, sin ningún otro castigo accesorio, de aquellos individuos sospechosos de connivencia con los tiranos; en el futuro el mecanismo se emplearía para librarse de sujetos considerados peligrosos para el pueblo.

El final del siglo VI es un momento de gran efervescencia constructiva en Atenas; se edifica un nuevo templo a Atenea en la acrópolis y su explanada empieza a llenarse de ofrendas de todo tipo, mientras que el ágora recibe nuevos monumentos: un *bouleuterio,* un altar dedicado a los dioses tutelares de las nuevas tribus y la estoa real, la sede del arconte *basileus*, que entendía de asuntos religiosos y leyes, entre otros. La mayoría de estos y otros monumentos serían arrasados hasta los cimientos como consecuencia de la invasión persa de 480.

Bibliografía complementaria

CAMP, J. M. (2001): *The Archaeology ofAthens*. New Haven.

DOMÍNGUEZ MONEDERO, A. J. (2001): *Solón de Atenas*. Barcelona.

GOETTE, H. R. (2001): *Athens, Attica and the Megarid. An Archaeological Guide*. Londres.

VALDÉS GUÍA, M. (2002): *Política y religión en Atenas arcaica. La reorganización de la pólis en época de Solón*. Oxford.

Capítulo 14

Corinto

El istmo de Corinto fue, a lo largo de toda la historia de Grecia, un punto clave porque unía los territorios de la Grecia central con el Peloponeso; no tenemos más que leer a Tucí- dides cuando asegura que "Corinto, por estar en el istmo, fue siempre plaza comercial, pues antiguamente los griegos… se comunicaban unos con otros más por tierra que por mar, a través del territorio de aquéllos, y eran poderosos por su riqueza" (Th., 1.13.7). Además lo estrecho del mismo (unos seis kilómetros) lo hacía el punto idóneo para cruzar desde el golfo Sarónico al golfo de Corinto sin tener que bordear toda la península del Peloponeso. La ciudad que se estableciera en este punto vital tendría garantizado un futuro esplendoroso. Corinto fue esta ciudad y su importancia a lo largo de diferentes períodos históricos le garantizó los epítetos de Afortunada (*olbiá*) y Opulenta (*aphneia*), que le tributó el poeta Píndaro (*O*., 13.4 y Frag. 122,2 Snell, respectivamente; *cf*. Th., 1.13.5).

La ciudad de Corinto se organiza en torno a su acrópolis, llamada Acrocorinto, una poderosa roca de casi seiscientos metros de altura, que permitía el control visual de casi todo el territorio corintio y en cuya cima se hallaba un santuario de Afrodita de fama extendida por todo el mundo griego. A sus pies, al norte, se desarrollaba la ciudad baja y, algo más allá, estaba el mar y uno de los dos puertos de Corinto, el Lequeo; el otro, Cencreas, miraba al golfo Sarónico, en el lado opuesto del istmo. El territorio de Corinto había estado ocupado durante época micénica e, incluso, en el mismo se conoce parte de un inmenso muro datable entre los años finales del siglo XIII e inicios del XII que se construyó, tal vez por parte de los palacios de la Argólide (Micenas entre

otros) para proteger el Peloponeso de incursiones de gentes del Norte. En todo caso, después del final del mundo micénico, aunque quizá el área donde luego surgiría la ciudad no se despoblase por completo, la densidad de población parece haber sido pequeña. Habrá que esperar al siglo IX, a finales del Protogeométrico, para ver incrementarse poco a poco la población en el área, sobre todo en torno a la fuente Pirene, que proporcionaba agua durante todo el año. Sin embargo, para los momentos más antiguos, y como suele ser frecuente, los testimonios arquitectónicos son bastante escasos y lo que se conoce son, sobre todo, tumbas, aunque tampoco dan un panorama demasiado preciso del asentamiento.

La ruta que conducía al Lequeo parece haber constituido un eje importante de comunicación de la ciudad, en torno al cual pudo agruparse la población y, por supuesto, en torno a la colina de los templos, donde se alzaba el templo de Apolo. El edificio que hoy se conserva corresponde a mediados del siglo VI pero en su lugar había ya un edificio del siglo VII. Hay también restos que corresponden a otros santuarios en esta área central de la ciudad, aunque el momento del auge de algunos monumentos en la zona central de la misma corresponde al período tiránico, sobre el que volveremos más adelante. Las fuentes, Pirene y Glauce, fueron objeto de atención preferente por la utilidad que reportaban a la ciudad. Sin embargo, no hay demasiados indicios sobre el emplazamiento del ágora ni de que fuese objeto de monumentalización antes de un momento bastante tardío. Toda la zona sirvió para emplazar el foro de la ciudad romana el cual, así como el trazado general de la urbe en este momento, han contribuido a hacer apenas reconocible el trazado de la ciudad de época arcaica y clásica.

El territorio de Corinto, que se hallaba limitado al este por

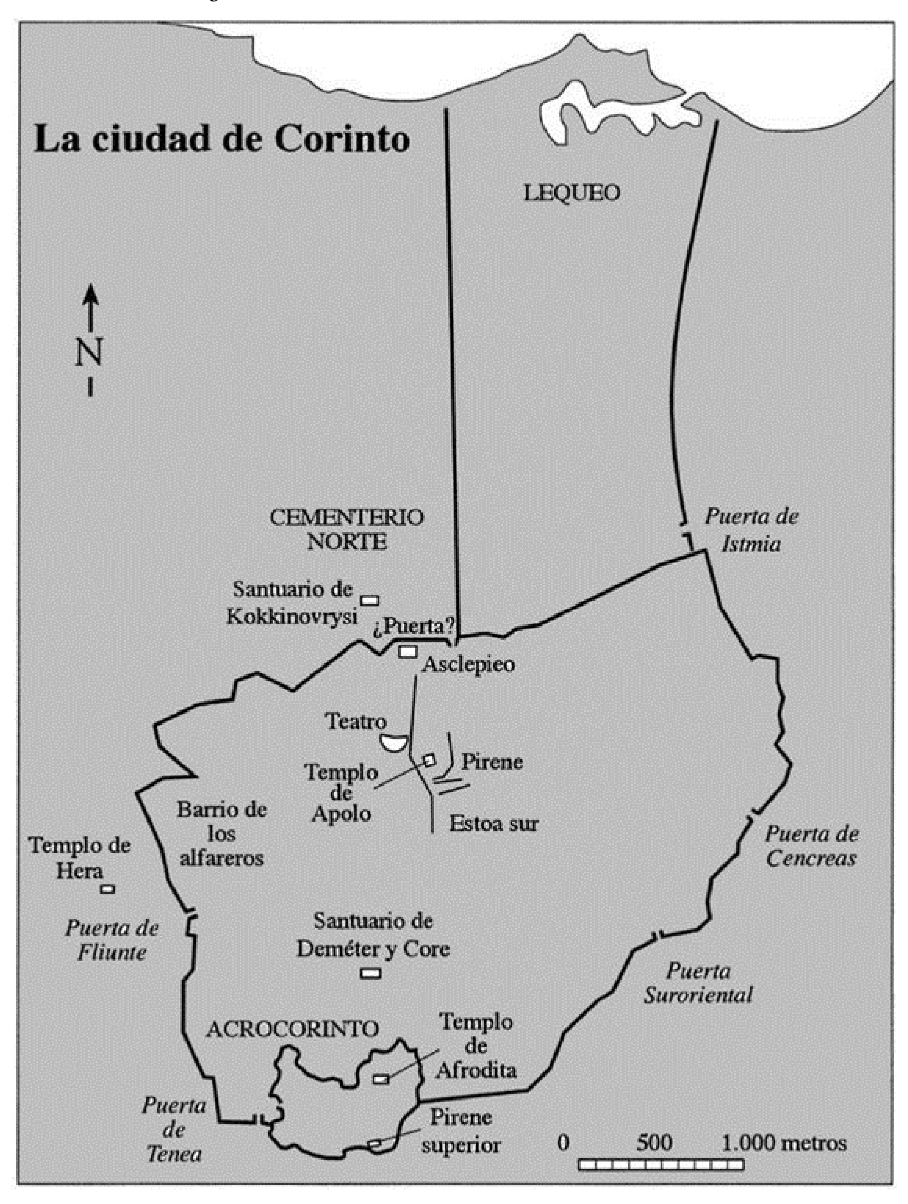
la Megáride y al oeste por la Sicionia, dispuso de dos importantes áreas sacras dentro del mismo. Por un lado, en la península de Perácora, en el extremo oriental de la corintia, se hallaba un santuario de Hera junto al mar que era el punto focal de una riquísima área. Todo este distrito parece haber sido objeto de disputa por Corinto y por Mégara durante la primera mitad del siglo VIII, momento en que las dos *póleis* estaban iniciando la configuración de sus áreas de influencia respectiva. Al final, la zona quedó bajo la soberanía de Corinto y eso se tradujo en un progresivo declive del primer santuario a Hera, bajo la advocación de Aerea, esto es, protectora del promontorio, frente al auge rápido de un nuevo templo que surge a mediados del siglo VIII dedicado a Hera Limenia, es decir, protectora del puerto. El templo de Hera Limenia fue un centro cultual de importancia durante el período arcaico, en relación con las importantes actividades marítimas de la ciudad. Entre las ofrendas más antiguas, tras la asunción por Corinto de su control, hay artículos de importación oriental, que atestiguan los contactos a larga distancia que la ciudad mantenía ya con el Levante mediterráneo en los años finales del siglo VIII. Por tanto, Corinto puede haber llevado a cabo, al tiempo, una unificación de las poblaciones del territorio así como una política de anexión territorial para lograr la posesión de una rica área agrícola y portuaria.

El otro gran santuario extraurbano de los corintios se hallaba cerca de la costa del golfo Sarónico, en la localidad de Istmia, y estaba dedicado a Posidón. Los restos de actividades cultuales en la zona remontan al siglo X o, incluso, algo antes, aunque será a partir del siglo VIII cuando las huellas de sacrificios y festines rituales vayan en aumento. Será a principios del siglo VII cuando se inicie la construcción del primer templo que, con diversas

remodelaciones sucesivas, sobreviviría hacia 470, cuando fue destruido por un incendio. Durante el siglo VI se construyó en el recinto sacro un estadio destinado a la celebración de los Juegos ístmicos que, a partir de 582/581, tenían lugar allí cada dos años, circunstancia que contribuyó de forma notable a incrementar el prestigio de la *pólis* corintia.

Corinto fue gobernada desde el siglo VIII al menos por un clan aristocrático, los Baquíadas, cuyos intereses eran tanto agrícolas como comerciales, siguiendo una pauta bastante extendida entre las aristocracias griegas. Ya de estos momentos data el inicio de los intereses ultramarinos corintios, que además de frecuentar otras rutas marítimas, que llevaban hacia el Oriente, iniciaron la exploración de las aguas y los territorios del mar Jonio. Un excelente marcador de las empresas náuticas de los corintios, pero no sólo de ellos, viene marcado por la extraordinaria difusión de su cerámica. Los alfareros corintios habían desarrollado, ya desde el inicio del Geométrico (principios del siglo IX) una cerámica de alta calidad y motivos decorativos de una gran finura. La estratégica posición de la ciudad del istmo hizo que estos productos fueran adquiridos y comercializados no sólo por los corintios sino por todos aquellos que atravesaban el istmo en sus navegaciones hacia occidente, cada vez más numerosos según iba avanzando el siglo VIII. Es seguro que no era ése el único producto que podían adquirir en la ciudad (habría que mencionar bronces, textiles, perfumes), pero sí es el que ha permanecido en el registro arqueológico a través de los siglos y puede, por ello, ser recuperado y valorado. En este camino que corintios y otros emprenden hacia el Occidente, el santuario de Delfos desempeñará un papel importante; situado a poca distancia de la costa norte del golfo de

Corinto, se convirtió en punto obligado de paso y de consulta para todas aquellas naves que iban a internarse en mares poco conocidos y, al tiempo, cuando esas naves regresaban en santuario en el que agradecer al dios Apolo el éxito en el viaje.



En el camino hacia occidente la isla de ítaca tenía un interesante papel como punto de aprovisionamiento y parece seguro que en la misma existió algún punto de control corintio. Será sobre todo durante la segunda mitad del siglo VIII cuando la aristocracia baquíada, quizá presionada por una ciudadanía que reclamaba tierras, organice dos importantes empresas colonizadoras que acabarían con la fundación de Siracusa (hacia 733) y de Corcira (la actual Corfú) hacia el final del siglo. En ambos casos conocemos el nombre de los fundadores (Arquias y Quersícrates) y los dos pertenecían a esta familia gobernante. Las fundaciones de estirpe corintia se sucederán tanto en Sicilia (Acras, Cas- menas y Camarina) como en las costas del Jonio y los accesos al Adriático (Ambracia, Anactorio, Epidamno) e, incluso, aunque sólo en un caso, en la Calcídica (Potidea). Esta política colonial, propiciada en parte por las colonias ya existentes, pero a la que en muchos casos no fue ajena la propia Corinto, prosiguió tras el derrocamiento de los Baquíadas.

Fue hacia 655 cuando los Baquíadas tuvieron que ceder el poder a Cípselo, que se convirtió así en el primer tirano de Corinto y, quizá, de toda Grecia. La madre de Cípselo pertenecía a la familia Baquíada, pero no el padre, lo que quizá predestinaba a Cípselo a no alcanzar la cima del poder en la ciudad, aunque sí tuvo acceso a magistraturas importantes (Hdt., 5.92). El régimen de los Baquíadas se había ido convirtiendo en impopular en buena medida por su carácter cerrado y exclusivista, que impedía el acceso al poder al resto de los ciudadanos de Corinto; del mismo modo, el control que ejercían sobre la expansión ultramarina y los beneficios de la posición de Corinto revertirían de forma abrumadora sobre el restringido grupo Baquíada, y aunque la ciudad parece haber gozado de

prosperidad en el momento del golpe de Cípselo, no cabe duda de que los Baquíadas eran mucho más prósperos que los demás.

El golpe parece haber sido violento y los Baquíadas que escaparon parecen haberse dispersado por buena parte del Mediterráneo; sus tierras y sus bienes habrían sido redistribuidos por el nuevo tirano. No se conocen con demasiado detalle las medidas de Cípselo más allá de haber establecido una serie de tasas e impuestos, que su sucesor Periandro habría abolido. Éste era el hijo de Cípselo y habría sucedido a su padre hacia 625; ha pasado a la tradición como un tirano cruel y sanguinario aunque los datos sobre él son contradictorios puesto que llegó a incluírsele dentro de ese grupo de hombres virtuosos que la tradición conoce con el nombre de los Siete Sabios. Como decíamos, abolió buena parte de las tasas que impuso su padre y se conformó con recaudar impuestos sobre el ágora y sobre los puertos. Durante su tiranía, Corinto gozó de una grandísima proyección exterior, garantizada por las continuas y numerosas ofrendas que Periandro dedicaba en múltiples santuarios griegos (Arist., *Pol.*, 1313b 22), entre ellos Delfos y Olimpia. Su labor se caracterizó también por el embellecimiento de Corinto; a su época parece corresponder la monumentalización de la fuente Pirene y quizá la construcción de Glauce, así como la erección de varios santuarios entre ellos el de Deméter y Core en las faldas del Acrocorinto, monumentalizando un espacio sacro ya preexistente. También se preocupó por la seguridad de la ciudad y parece haber construido una muralla que circundaba Corinto, quizá siguiendo en eso a su padre.

Del mismo modo, y con toda seguridad como medio para fomentar la orientación comercial de Corinto así como las facilidades para el mismo, Periandro construyó un puerto

artificial en el Lequeo y, tras haber abandonado un proyecto para excavar un canal a través del istmo de Corinto, edificó una calzada de piedra que permitía que los barcos fueran transportados a través del mismo desde el golfo Sarónico hasta el de Corinto, a la que se conoce con el nombre de *diolkos*. Esta costosa inversión debió de ser bastante rentable si tenemos en cuenta que a las tasas que creó sobre el comercio se le sumarían las tarifas por el tránsito a través de este camino, que facilitaba no ya que las mercancías sino los barcos enteros evitasen la peligrosa navegación costera por el Peloponeso. Con estas infraestructuras, Corinto se convierte, durante la primera parte del siglo VI, en uno de los centros más vanguardistas de toda la Hélade. A ello se unió la política colonizadora que, siguiendo la estela iniciada por los Baquíadas, tendía a incrementar la presencia de los intereses corintios más allá de sus propias fronteras; en efecto, da la impresión de que con Periandro Corinto iniciará una tendencia novedosa dentro del proceso colonial griego y que trataba de que las nuevas fundaciones no se convirtiesen en nuevas ciudades desvinculadas de la metrópoli, sino que siguieran conservando vínculos de dependencia con la misma. Aunque sus funciones siguen siendo aún objeto de debate, lo cierto es que todavía en el último tercio del siglo V la ciudad de Potidea, fundada por Corinto en época de Periandro, seguía recibiendo un magistrado corintio anual llamado epide- miurgo (Th., 1.56.2) lo que muestra un grado de dependencia o, al menos, de relación con la metrópoli desacostumbrado en otras colonias griegas.

Signo también del papel que el mar desempeña en la política de los tiranos serían las innovaciones en las técnicas de construcción naval que se les atribuyen; así, parece bastante seguro que fue bajo Cípselo cuando se inventó un

nuevo tipo de barco, el trirreme (Th., 1.13.2) aun cuando todavía las batallas navales seguirían dominadas durante bastante tiempo por el pentecóntero. De cualquier modo, la proyección marítima de la Corinto de Periandro quizá tenga que ver con su nuevo poderío naval y, además de la política colonizadora, facilitada por la existencia de una flota poderosa, Corinto interviene con frecuencia en territorios muy alejados del suyo. Periandro tenía buenas relaciones con las ciudades de Jonia, sobre todo con Mileto, pero quizá también con la rival de ésta, Samos. Eso le abriría al tirano el mercado egipcio y no es casual que su sobrino y futuro sucesor recibiese el nombre egipcio de Psamético.

Éste gobernaría, a la muerte de su tío, tan sólo durante tres años (587-584), tras los cuales fue asesinado. La ciudadanía recuperó el poder, aunque el sistema político adoptado fue una oligarquía moderada de cuyo funcionamiento no conocemos muchos detalles aunque sí sabemos que se mantuvo sin demasiados cambios hasta el siglo IV. Del resto de la historia arcaica de Corinto es poco lo que sabemos; es posible que a mediados del siglo VI se integrase en la alianza con Esparta que conocemos como Liga del Peloponeso; sus intereses navales fueron en aumento como mostraría su participación hacia el año 525 al lado de su nueva aliada, en la fallida campaña ultramarina para deponer al tirano Polícrates de Samos (Hdt., 3.46-56). El período arcaico se cierra para Corinto con la participación de cuatrocientos de sus ciudadanos en la batalla de las Termópilas (Hdt., 7.202) pero sobre todo con su flota, la más grande después de la de Atenas, en Artemisio (Hdt., 8.1), en Salamina (Hdt., 8.43) y en Micale (Hdt., 9.90-105). Por fin, en Platea combatieron 5.000 hoplitas corintios (Hdt., 9.28), que constituyeron el tercer contingente más

numeroso (tras espartanos y atenienses). Estos datos presentan a Corinto, al final del arcaísmo, como una gran potencia en Grecia por el número de infantes que podían aportar en la batalla y por la cantidad de naves que podían armar. Ya para esos momentos se había convertido en una ciudad clave en la historia de Grecia, papel que los siglos siguientes no harían sino confirmar.

Bibliografía complementaria

GRAHAM, A. J. (1983): *Colony and mother city in ancient Greece*. 2.a ed. Chicago.

OSBORNE, R. (1987): *Classical Landscape with figures: the ancient Greek city and its countryside*. Londres.

SALMON, J. B. (1984): *Wealthy Corinth. A History ofthe City to 338 B.C.* Oxford.

WLSEMAN, J. (1978): *The Land of the ancient Corinthians*. Göteborg.

Capítulo 15

Los persas en Asia Menor: de la conquista a la Revuelta Jonia

Como ya vimos en su momento, las costas occidentales de Asia Menor parecen haber recibido poblamiento griego a partir de los años finales del segundo milenio; allí se desarrollaron importantes ciudades griegas, algunas de las cuales alcanzaron durante el período Arcaico importantes logros. En un capítulo previo hemos visto también cómo

alguna de ellas, como Mileto, desarrolló una importante actividad colonizadora en el Mar Negro, mientras que otras, como Samos o Focea, buscaron nuevos recursos en el Mediterráneo Occidental, incluyendo la Península Ibérica. Sin embargo, el siglo VII había sido una época conflictiva para toda la Grecia del Este y, en especial, para Jonia; primero, las incursiones de los cimerios y, más adelante, el dominio lidio, llevado a cabo por la dinastía de los Mérmnadas. A partir del primero de sus reyes, Giges (687-652), los lidios empezaron a dejar sentir su fuerza sobre las ciudades griegas, atacando algunas (Colofón, Esmirna), estableciendo alianzas con otras (Éfeso, Mileto) y sometiendo al pago de tributos al resto. Esta dinámica proseguiría con sus sucesores hasta el último de los reyes de la dinastía, Creso (560-546); las ciudades de la Grecia del Este a lo largo de los más de cien años de relaciones con los lidios habían llegado a un *modus vivendi* con ellos. Es cierto que los reyes lidios velaban por sus intereses, lo que implicaba en ocasiones actuaciones violentas, pero no lo es menos que los lidios habían llegado a conocer bien la cultura griega e, incluso, los propios reyes emparentaban en ocasiones con las familias aristocráticas de las ciudades griegas. Así, por ejemplo, el tirano de Éfeso, ciudad a la que atacó Creso, era sobrino del propio rey lidio (Ael., *VH/*, 3.26) y uno de sus hermanastros era hijo de su mismo padre y de una mujer griega (Hdt., 1.92). Según Heródoto, la política de Creso parece haber sido bastante dura para las ciudades de la Grecia del Este (Hdt., 1.26), tal vez en un intento de incrementar sus ingresos mediante el cobro de tributos así como la aportación de tropas griegas a su ejército, al tiempo que reforzaba su papel de gran soberano.

No obstante, y como sugeríamos antes, las relaciones entre los griegos y los lidios conocieron altibajos pero sin que

aquéllos se planteasen como algo posible el zafarse del control lidio. Esto lo sugiere el comportamiento de la mayoría de las ciudades de la Grecia del Este cuando aparece un nuevo poder en el horizonte, los persas.

Hacia el año 559 Ciro II hereda de su padre el trono de Anshan, al este de la Susia- na, en el corazón del Irán; pocos años después, hacia 550 o algo antes, encabeza una rebe lión de numerosas tribus iranias contra el rey de los medos, Astiages, que cuenta también con complicidades entre éstos; eso convierte a Ciro en dueño de Asia (Hdt., 1.130). Uno de los primeros movimientos del nuevo rey es dirigir a su ejército hacia Lidia, puesto que Creso había sido un firme aliado de Astiages, del que además era cuñado. El rey lidio le sale al paso acompañado de tropas griegas y auxiliado, segúnj parece, por el sabio milesio Tales que realiza labores de ingeniería para el rey; Creso cruza el Halis y se enfrenta a Ciro en Capadocia, aunque sin un resultado concluyente. Los persas habían intentado antes que los griegos abandonasen a los lidios, aunque sin éxito. Ante lo indeciso de la campaña, Creso opta por regresar a su capital Sardes para reunir a sus aliados y volver a la guerra al año siguiente; Ciro, sin embargo, aprovecha esa retirada para en una campaña relámpago presentarse ante Sardes, lo que provocó la sorpresa lidia y su parálisis. Derrotado el ejército lidio ante la propia Sardes, Ciro iniciará un breve asedio de trece días, tras los cuales la ciudad caerá y será saqueada, de lo que quedan numerosos testimonios arqueológicos. El destino de Creso no es del todo seguro, pues algunas tradiciones dicen que fue mandado quemar vivo por Ciro, mientras que otras aseguran que el rey persa le perdonó la vida.

La fulminante conquista de Sardes y la captura de Creso (hacia 546) cayeron como un jarro de agua fría sobre los

jonios, que habían servido a las órdenes de Creso y habían rechazado el acuerdo previo con Ciro; sólo los milesios, que quizá estaban más descontentos con Creso o que habían preferido arriesgarse, habían firmado un acuerdo preferente con los persas que los mantendría al margen de lo que iba a suceder a continuación. Los jonios sabían que su decisión implicaba la guerra contra los nuevos dueños de Asia y para hacer frente a esa situación tomaron varias medidas, que iban a revelarse ineficaces. Reunidos para tomar posturas conjuntas en un santuario común, el Panjonio, en el que rendían culto a Posidón Heliconio y que era la sede de una laxa confederación de doce ciudades, los jonios sólo se ponen de acuerdo en solicitar ayuda a Esparta, la cual rechazará apoyarlos aunque se permitirá amenazar a Ciro en caso de que ataque a las ciudades griegas. Más allá de esta medida, las ciudades griegas no parecen haber planteado ninguna defensa común y decidieron que cada cual se defendiera por sus propios medios, a pesar de que las reuniones en el Panjonio fueron abundantes y en ellas se hablaba más de huir que de resistir.

Así, hacia 540 el general persa Harpago pone sitio a las ciudades griegas, empezando por Focea, y realizando grandes terraplenes las va conquistando una tras otra; aunque las ciudades resistieron, no pudieron oponerse a la maquinaria de guerra persa, por lo que acabaron cayendo. En algunos casos como en Focea o en Teos parte de sus habitantes abandonaron la ciudad para no caer en manos persas y es posible que lo mismo haya ocurrido en otras ciudades; ante el temor persa, por fin, las ciudades de las islas también se rindieron a los persas. Además del tributo y de guarniciones, éstos impusieron a los griegos apoyo militar y poco después de la conquista vemos a tropas griegas combatiendo del lado persa dentro de la política

expansionista del imperio. Grecia del Este quedó integrada en el sistema de gobierno persa, que dividía la zona en grandes territorios, llamados satrapías, que alcanzaron su madurez durante el reinado de Darío (521-486) y que tenían un marcado carácter impositivo. Los griegos quedaron englobados en la satrapía de Lidia, con capital en Sardes, y en la satrapía de Frigia Helespontixna, con capital en Dascilio.El rey Darío prosiguió su política de conquistas, cayendo también Samos en su poder. Lo más destacable de este rey es que dará un paso más con respecto a sus predecesores traspasando los límitesde Asia para pasar a Europa .



Una de sus más interesantes expediciones es la que le lleva a los territorios tracios y escitas, y en la que un papel fundamental lo desempeña la flota que, en su totalidad, estaba compuesta de naves griegas. El Danubio se

convertirá en el límite de la expansión persa en esa región; también aprovecha para hacerse con el control de la Tracia egea y de Macedonia. Todo ello indicaba que los persas intentaban controlar las dos orillas del Egeo, como controlaban ya casi todo el Mediterráneo oriental; los griegos apenas habían opuesto resistencia y, gobernados como estaban por tiranos impuestos por los persas, había pocas posibilidades, en apariencia, de que lo hicieran.

Sin embargo, en 499 y por motivos aparentemente banales se inició un amplio movimiento de resistencia que iba a tener en jaque durante casi cinco años a los persas pero que puede verse, asimismo, como preludio de la primera gran campaña persa contra la Grecia europea. Nos referimos a la Revuelta Jonia.

En el año 499 Aristágoras, tirano de Mileto y en buenas relaciones con los persas, consigue apoyo militar del sátrapa de Sardes, Artafernes, para conquistar la isla de Naxos y otras islas del Egeo, con vistas al dominio del mar y mirando ya al continente griego. El fracaso de la expedición y la obligación de rendir cuentas a los persas fuerza a Aristágoras a modificar la tradicional política de Mileto a favor de Persia y a iniciar una revuelta. Abandonando su tiranía y buscando apoyos entre la aristocracia milesia, consigue también atraerse a su bando a la flota, en su mayoría griega, que los persas habían puesto a su disposición. Haciendo gala de grandes dosis de demagogia, declara abolidas las tiranías en la Grecia del Este al tiempo que consigue revitalizar la Liga Jonia como instrumento político y militar. Acto seguido, parte hacia Esparta para buscar su alianza y su apoyo. Como venía siendo habitual ya desde la época de la conquista de Jonia por los persas, Esparta rehusa intervenir, por lo que Aristágoras parte hacia Atenas. Ahora la situación en esta ciudad es favorable y los

atenienses deciden enviar veinte naves, tal vez transportando tropas, en apoyo de los jonios, a las que se sumarán cinco trirremes eretrias; en esos momentos tanto Atenas como Eretria son potencias emergentes, la primera desde una perspectiva terrestre y la segunda como la dueña de la mayor flota de la Grecia continental.

Quizá ese mismo año o, con más probabilidad, el siguiente (498) los jonios, acompañados de sus aliados continentales, llevan a cabo una expedición por tierra para intentar tomar la capital de la satrapía, Sardes, tal vez como medio para evitar la presión que, por tierra, estaba recibiendo Mileto de los persas. El sátrapa Artafernes se refugia en la ciudadela, y los griegos prenden fuego a la ciudad baja ardiendo también un templo de Cibeles. Como asegura Heródoto, ése fue el pretexto que los persas utilizaron para justificar su política de destrucción de los templos de Grecia durante la Segunda Guerra Médica (Hdt., 5.183). La reacción persa provoca una derrota de los jonios cerca de Éfeso y el final de la participación ateniense, aunque quizá no de la eretria (Plu., *De Her. mal.*, 24). Sin embargo, la arriesgada expedición y su desenlace, convertido en éxito por la propaganda jonia, provoca que la rebelión se extienda por otros lugares como el Helesponto, Caria y Chipre; además, el dominio naval estaba en manos jonias, lo que debió de facilitar las adhesiones a la causa.

La reacción persa se deja sentir, en primer lugar, sobre Chipre, cuyo control por parte de los rebeldes podía poner en aprietos a las naves fenicias, también subditos persas y el otro pilar del dominio que los persas querían establecer sobre el Mediterráneo. Hacia el año 497, en la llanura de Salamina se libró una batalla terrestre entre los griegos de Chipre y los persas, mientras que en el mar las naves griegas se enfrentaban a las fenicias; la victoria en el mar fue de los

jonios pero por tierra, y merced a varias deserciones, se impusieron los persas. Chipre se había perdido para la causa y los jonios regresaron a su tierra. Entre ese mismo año y el siguiente los persas envían varios ejércitos para presionar a los griegos hasta sus ciudades costeras, cortándoles la comunicación con el interior y dificultando sus relaciones terrestres. La táctica persa, apoyada en su indudable superioridad terrestre y en su mayor práctica en asediar y tomar ciudades al asalto, consigue importantes éxitos. Ante la marcha no favorable de la guerra Aristágoras decide abandonar el escenario de la misma y se marcha a Mircino en Tracia, donde poco después morirá en un enfrentamiento con los tracios.

En el año 496, Histieo, que había sido tirano en Mileto antes de haber sido forzado por Darío a residir en Susa, obtiene permiso para regresar a Jonia e intentar parar la revuelta; a pesar de que en el relato de nuestra fuente principal, Heródoto, quedan muchos cabos sueltos, este autor asegura que uno de los instigadores de toda la revuelta había sido el propio Histieo, que desde su exilio en Susa había movido a distancia todos los hilos. Sea como fuere, su llegada a Sardes levanta sospechas en el sátrapa Artafernes, por lo que Histieo decide huir e intenta incorporarse a la revuelta, lo que los milesios no le permiten; Histieo, con unas cuantas naves mitilenias, se refugia en Bizancio desde donde actuará como pirata frente a aquellos jonios que no se pongan de su lado. Los persas, mientras tanto, han ido acabando con la resistencia de una gran mayoría de las ciudades sublevadas y deciden, hacia 495, concentrar sus esfuerzos contra Mileto a cuenta de su papel de instigadora de la rebelión y a tal fin concentran contra ella a todos sus ejércitos terrestres y a la flota compuesta sobre todo por naves fenicias, pero también por chipriotas, cilicios y

egipcios.

La Liga Jonia decide evitar el enfrentamiento por tierra, donde su inferioridad era manifiesta, pero sí forzar el combate naval, por lo que al año siguiente, 494, acuden hasta el islote de Lade, que se hallaba frente a Mileto, griegos de Lesbos, Priene, Miunte, Teos, Quíos, Eritras, Focea y Samos, además de los propios milesios. El total de la flota griega alcanzaba los trescientos cincuenta y tres trirremes, mientras que la flota enemiga ascendía a seiscientas naves, aunque es una cifra quizá algo elevada. Junto a los preparativos militares, los persas tratan de debilitar la solidez de la coalición griega intentando convencer a los combatientes de que se rindan y prometiéndoles que no sufrirán represalias. Al tiempo, el duro adiestramiento a que obliga a los griegos el almirante de la flota, Dionisio de Focea, mina la moral de los marinos jonios lo que facilita la labor de los colaboracionistas con los persas.

Cuando se inician las hostilidades, a principios del verano de 494, una parte de los jonios, encabezados por los samios, ya han decidido desertar, aunque sin que el resto de los aliados lo sospechen todavía. De tal manera, y cuando ya la flota jonia se encontraba frente al enemigo, los samios emprendieron la huida, lo que provocó el pánico en las filas griegas, buena parte de cuyos contingentes se dieron también a la fuga. Permanecieron, no obstante, en el combate los de Quíos con sus cien naves y, por supuesto, los milesios con sus ochenta barcos así como otros aliados; sin embargo, la huida de casi la mitad de la flota les puso las cosas difíciles por lo que, a pesar de su resistencia, poco a poco el mar quedó en poder de los persas. Eso significaba la perdición para los rebeldes y, sobre todo, para Mileto, que privada del control del mar, sólo podía esperar a ser sitiada

y rendida por los persas. En el otoño de 494 los persas, empleando todos los recursos poliorcéticos en los que eran maestros, asaltaron y tomaron Mileto, dieron muerte a la mayor parte de los hombres, esclavizaron a las mujeres y a los niños y a los supervivientes los trasladaron a las orillas del Golfo Pérsico donde los asentaron. Destruyeron además el santuario de Apolo en Dídima que había sido uno de los principales lugares venerados por los milesios y cuyo oráculo había marcado la pauta de buena parte de la política exterior de la ciudad. La conmoción por la brutalidad persa aterró e indignó a todos los griegos.

Al año siguiente (493), los persas acabaron por reconquistar al resto de las ciudades rebeldes, al tiempo que reforzaban su autoridad en los accesos al Mar Negro. La derrota de los jonios significó, además de una nueva oleada migratoria de los que huyeron de la represión persa, el final de la independencia política de la Grecia del Este; aunque los persas tomaron algunas medidas económicas y políticas para evitar en lo futuro otra revuelta similar, la derrota de Lade y el terrible destino de Mileto marcaron el brusco final de una de las regiones que con más brillantez habían destacado durante el período Arcaico. Aún tendrían que esperar las ciudades de Jonia quince años para que los atenienses las liberasen del dominio persa aunque tan sólo para caer dentro de la órbita de influencia de Atenas; sin embargo en ese período los griegos tendrían todavía que enfrentarse a los persas invasores.

Bibliografía complementaria

EMLYN-JONES, C. J. (1980): ***The Ionians and Hellenism. A study ofthe cultural achievement***

***ofthe Early Greek Inhabitants of Asia Minor*. Londres.**

GORMAN, V. B. (2001): *Miletos. The Ornament of lonia. A History ofthe City to 400 B.C.E.* Ann Arbor.

GREAVES, A. M. (2002): *Miletos. A History*. Londres.

SHIPLEY, G. A. (1987): *History of Samos. 800-188 B.C.* Oxford.

TOZZI, P. (1978): *La rivolta Iónica*. Pisa.

Capítulo 16

Maratón y la Primera Guerra Médica

La victoria persa en la batalla de Lade (494) y la pacificación que se llevó a cabo en los años siguientes significaron no sólo la pérdida de la libertad de las ciudades de la Grecia del Este sino, lo que era de mayor importancia desde la perspectiva persa, el cierre de un peligroso frente que ponía en riesgo sus intereses sobre las costas europeas del Mar Egeo; por ende, una vez pacificadas las ciudades griegas de Asia el imperio Aqueméni- da podría disponer de nuevo de sus recursos militares, tanto de fuerzas terrestres como, mucho más importante para Darío, de sus importantes recursos navales. En los años siguientes los persas iniciarán un camino que los conducirá hasta la llanura de Maratón a finales del verano de 490.

Es bastante probable que Darío no estuviese del todo satisfecho de cómo se había llevado a cabo la guerra; la dispersión del mando, algunos fracasos incomprensibles (por ejemplo, la expedición terrestre a Sardis) e, incluso, la

propia resistencia mostrada por la flota jonia a pesar de la intensa campaña llevada a cabo por los persas para conseguir la defección de la mayor cantidad posible de aliados, no eran elementos halagüeños si el rey quería acabar la conquista del Egeo. Eso explica que, una vez lograda la paz, se produzca en 492 un brusco cambio del mando, que implica el cese de todos los generales que estaban actuando en el teatro de operaciones occidental para nombrar a Mardonio (Hdt., 6.43) como general único encargado de la campaña en Europa; eso sería una prueba más de la insatisfacción que existía en la corte de Darío por la gestión que se había dado a la crisis en los años previos.

Este descontento se observa también en la destitución de buena parte de los gobiernos tiránicos existentes en las ciudades jonias, y que habían sido apoyados hasta entonces por los persas, estableciéndose sistemas de tipo más abierto, que Heródoto no duda en calificar de democráticos (Hdt., 6.43). Parece fuera de toda duda que Mardonio, que debió de informarse acerca de los motivos de la revuelta recién sofocada, y deseoso de contar con el apoyo imprescindible de los jonios para atacar a Grecia, juzgó que uno de los motivos de insatisfacción venía de un régimen político que, como la tiranía, resultaba ya especialmente desagradable para los griegos. Por ello, Mardonio acabó con tales regímenes en aquellas ciudades donde podía resultar más insoportable, aunque la tiranía se mantuvo en otras ciudades en las que quizá los tiranos no se habían hecho demasiado odiosos.

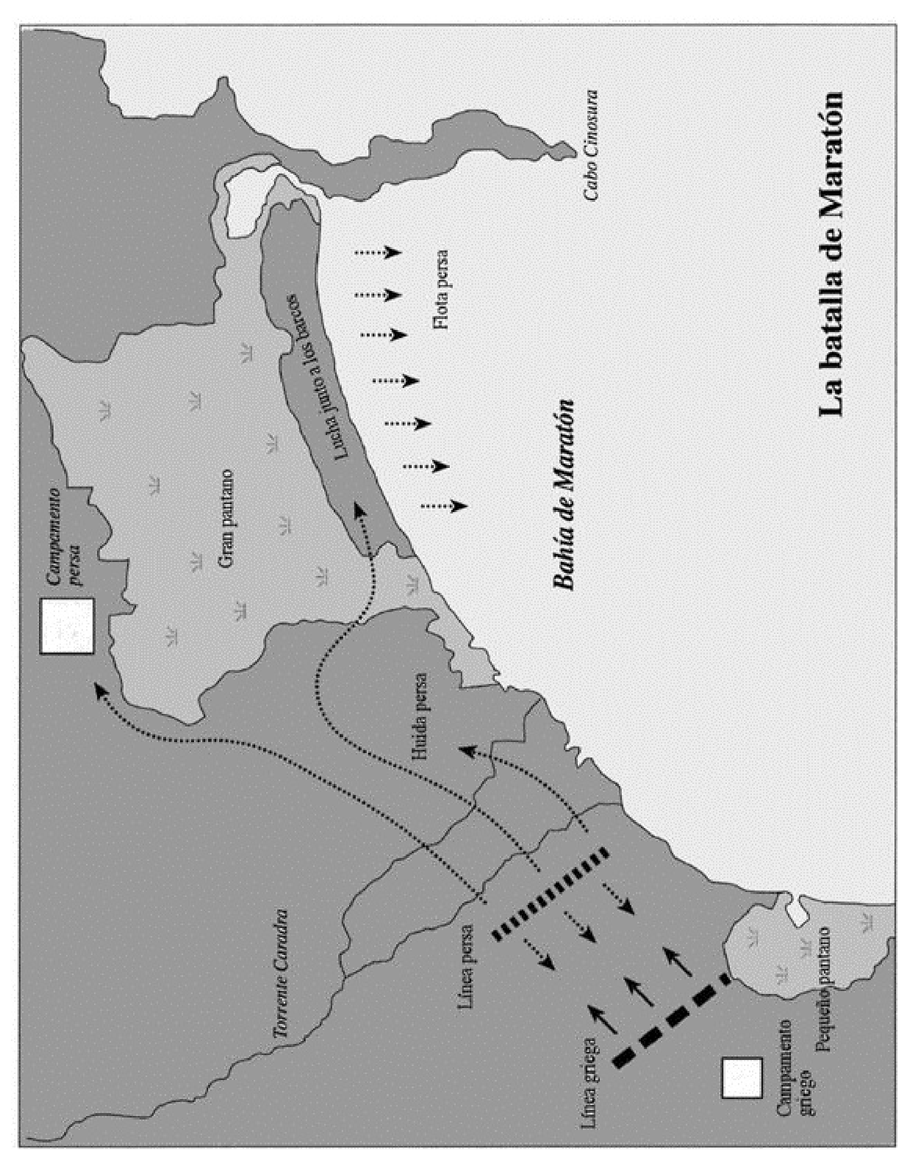
A los persas les había quedado claro tras la revuelta jonia y tras el desenlace no demasiado satisfactorio de la campaña que el propio Darío había emprendido contra los escitas años atrás, que el único medio de realizar conquistas rápidas y de afianzarlas era empleando al tiempo al ejército de tierra

y a la flota; el primero neutralizaría a los combatientes enemigos y, en caso de necesidad, sitiaría las ciudades mientras que la segunda impediría que recibiesen socorros por mar consiguiendo así un aislamiento total de las ciudades que no se rindiesen. El pretexto para la invasión de Grecia, al menos tal y como parte de los griegos lo veían, era la intervención de Atenas y Eretria en la Revuelta Jonia (Hdt., 6.44) aunque es bastante probable que dicho pretexto no engañase a muchos y, al menos, no suele engañar a los historiadores contemporáneos. Ya desde la creación del imperio aqueménida con Ciro, los persas se habían convertido en una potencia imperialista que no hacía sino seguir, a mucha mayor escala, los pasos de otros grandes imperios orientales, empezando por los aca- dios ya en el tercer milenio. Tanto Ciro como su sucesor Cambises habían sido grandes conquistadores; el sucesor de éste, Darío, había llevado los intereses persas hasta Europa, tanto hacia los territorios que bordeaban el Mar Negro como hacia las costas septentrionales del Egeo y, si interpretamos de modo adecuado los acontecimientos que provocaron la Revuelta Jonia, en ese momento los persas, con la ayuda de sus súbditos y aliados jonios, estaban planeando el inicio de la conquista de las Cicladas, empezando por Naxos. Y para llevar a cabo esta política los persas no necesitaban argumentar pretextos de ningún tipo; la dinámica propia del imperio era la conquista territorial como medio de incrementar los beneficios del rey y de su cada vez más numerosa serie de dignatarios cuya satisfacción personal merced a las riquezas conseguidas debía traducirse en una lealtad sin fisuras al monarca. Era esta dinámica la que Darío puso en marcha en el inicio de su reinado y en la que la Revuelta Jonia no supuso más que un breve retraso que, además, sirvió para que los persas reforzaran, y no siempre

por la fuerza, la adhesión de los jonios a la causa imperial.

Sí parece que el nombramiento de Mardonio introdujo algún cambio en la que parece haber sido la estrategia dominante en 499, en vísperas de la revuelta, puesto que en aquel momento parece haberse considerado más interesante utilizar el puente de islas (Naxos, Paros, Andros) para alcanzar al fin Eubea (Hdt., 5.31); ahora, en 492 Mardonio vuelve a una estrategia más "tradicional", que consistía en bordear la costa desde Mace- donia hacia el sur, retomando la campaña en el mismo lugar en el que se había detenido años atrás después del final de la expedición de Darío al Mar Negro (512). La expedición, sin embargo, fracasó en seguida porque la flota persa se hundió, como consecuencia de una tormenta, en las peligrosas aguas del monte Atos perdiéndose, si aceptamos las cifras de Heródoto, trescientas naves y veinte mil hombres (Hdt., 6.44). También por tierra recibió ataques de los indígenas tracios aunque los persas consiguieron rechazarlos y afianzar su dominio. La campaña sin duda no había tenido el éxito previsto, pero al menos había permitido consolidar el dominio persa en el Egeo norte.

Al año siguiente Darío envía emisarios a las ciudades griegas reclamándolas su sumisión, lo que se hacía mediante la fórmula simbólica de entregar al rey tierra y agua; al tiempo, y a las ciudades aliadas y súbditas les enviaba instrucciones para que aceleraran la construcción de naves de guerra y de transporte. El ultimátum persa provocó situaciones diversas en las ciudades griegas y mientras que algunas aceptaron las condiciones persas or ejemplo Egina), otras las rechazaron, como Atenas y Esparta.



El año 490 se concentraron en Cilicia seiscientos trirremes y una cifra indeterminada de naves de transporte para las tropas terrestres y los caballos; destituido Mardonio, Darío colocó al frente de la expedición a Datis y a Artafernes, este último hijo del que había combatido a los jonios durante la revuelta como sátrapa de Sardes. El plan de combate que ahora se emplea es el que Artafernes padre había puesto en

práctica en 499, que consistía en ir de isla en isla, empezando por Naxos, sometiéndolas y esclavizando a sus habitantes. Al desembarcar en Eubea resisten Caristo y Eretria pero ambas son tomadas; Eretria es despoblada, y los habitantes supervivientes son deportados a una región cerca de Babilonia. El siguiente paso de Datis será Atenas, que no había ayudado a la condenada Eretria cuando podía hacerlo. El objetivo persa era, entre otros, restablecer al antiguo tirano Hipias.

La situación en Atenas dista de ser clara en los años previos al enfrentamiento con los persas. El triunfo de Clístenes y su sistema político, que ampliaba de forma considerable la ciudadanía ateniense y, por consiguiente, su potencialidad militar, había provocado temores en Grecia; los propios espartanos, que habían ayudado a expulsar a los tiranos, reconsiderarán su postura hacia 507 y de nuevo al año siguiente (Hdt., 5.76). Del mismo modo, Atenas aún no había definido su posición con respecto a los persas y hacia esa misma época (Hdt., 5.73) parece haber ofrecido la tierra y el agua a Artafernes, el sátrapa de Sardes. Los años siguientes, enfrentada con Calcis, Tebas y Egina, Atenas consigue ir consolidando su oposición; para Esparta, la única posibilidad que se le brinda en su intento de disminuir el poder ateniense es tratar de reponer al tirano Hipias, a quien ella misma había contribuido a derrocar. La oposición de Corinto hará que el tirano se refugie en Sardes, donde Artafernes exigirá su reposición. Es posible que ello haya contribuido al cambio de postura ateniense con respecto a los persas y al envío de ayuda a los jonios poco después. Sin embargo, en Atenas siguió habiendo partidarios del tirano y, por extensión de los persas durante bastante tiempo después.

Tras la caída y destrucción de Eretria, los persas

desembarcan en la llanura de Maratón, guiados por Hipias, por ser la zona más apta para el empleo de la caballería (Hdt., 6.102); sería con bastante probabilidad en la segunda quincena de septiembre de 490. El objetivo parece haber sido forzar, como había ocurrido en otras ciudades, incluida Ere- tria, las disensiones civiles y permitir una conquista más fácil. Los atenienses envían hasta Maratón, situado a unos cuarenta kilómetros de Atenas, en la costa nororiental del Ática a todo su ejército, compuesto de diez mil hoplitas, al que se unió el ejército de Platea que contaba con mil; los efectivos persas duplicaban o triplicaban los griegos. El ejército ateniense que acudió a Maratón era ya el que había quedado diseñado en las reformas de Clístenes, compuesto de diez batallones, uno por cada una de las nuevas tribus atenienses, comandado cada uno por un general o estratego elegido de entre los miembros de cada tribu. La dirección nominal del ejército la tenía el arconte polemarco, una reliquia del viejo sistema político; da la impresión de que aún no estaban definidas por completo las relaciones entre los estrategos y el polemarco. Por su parte, cada estratego ejercía por turno, cada día, el mando de la totalidad del ejército, quizá junto al polemarco; del conjunto de los estrategos nuestras fuentes resaltan sobre todo a Milcíades. Este complejo mecanismo parece haber provocado problemas, que se derivaban también del diferente grado de convicción, entre los generales, sobre la actuación que debían seguir frente a los persas puesto que quizá hubiese entre ellos todavía partidarios de la tiranía y del entendimiento con los persas. La consecuencia fue que se produjo un empate, con cinco estrategos dispuestos a combatir y otros cinco no; el éxito de Milcíades fue convencer al polemarco para que se sumase a su posición a favor de la lucha y rompiese el empate.

Antes incluso de que el ejército ateniense hubiese partido hacia Maratón se envió una petición formal de ayuda a los espartanos; éstos pretextaron motivos religiosos para dilatar el envío de esta ayuda y cuando ésta llegó la batalla ya había concluido. No es que Esparta fuese favorable a los persas, sino que para ellos era muy arriesgado enviar a sus tropas a más de doscientos de kilómetros de su ciudad dejando a la misma indefensa; preferían esperar en el Peloponeso el ataque persa y defenderse allí. Sin duda vemos en esta campaña la misma incapacidad de plantear una defensa común que es lo que había permitido a Ciro, sesenta años atrás, conquistar una tras otra las ciudades jonias. Por consiguiente, Atenas tendría que enfrentarse, sólo apoyada por sus aliados plateos, a los persas o someterse a los mismos.

Según parece, los persas y los atenienses mantuvieron sus posiciones durante varios días; los persas, con su flota protegida por una marisma controlaban la parte septentrional de la llanura de Maratón desde donde realizaban incursiones, apoyados sobre todo por su caballería por la misma. Los atenienses, por su parte, estaban acampados en la parte meridional de la llanura, cerca de las colinas que rodean la misma y junto a un santuario dedicado a Heracles, para compensar su ausencia de caballería. Cada bando esperaba la decisión del contrario porque cada uno esperaba explotar las debilidades del enemigo; los atenienses presentaban una falange de hoplitas cuyos efectos podrían ser mortíferos si alcanzaban a los infantes persas entre los que predominaban tropas heterogéneas y con un armamento muy inferior. Los persas, sin embargo, disponían de gran número de arqueros, que podrían dificultar la aproximación ateniense y, sobre todo, de una numerosa caballería que hostigaría a la falange en

movimiento. Además, los persas esperaban que los agentes de Hipias y sus partidarios hicieran su trabajo y forzasen la rendición de Atenas o, en el peor de los casos, la defección o la deserción de parte del ejército ateniense.

Los detalles exactos de lo que ocurrió esos días no los conocemos bien; espías de uno y otro bando (no hay que olvidar que en el ejército persa había un contingente no precisable pero sin duda importante de griegos del Este) informaban y desinformaban de lo que ocurría en cada ejército. El día que le correspondía el mando a Milcíades los espías informaron de que la caballería persa no estaba ya en Maratón. Las causas son difíciles de saber y, en todo caso, no toda la caballería estaba ausente. Las opciones son, básicamente, dos: o que parte del ejército persa, con buena parte de la caballería, había partido durante la noche para dirigirse a Falero e intentar entrar en Atenas, apoyado en parte de los atenienses disidentes o que la caballería persa se hallaba el día en cuestión ausente bien por estar forrajeando o bien por estar realizando misiones de control o de otro tipo. Sea como fuere, parecía el momento oportuno para ofrecer combate. El ejército persa seguía siendo mucho más numeroso que el griego, por lo que, para evitar que su línea de combate fuera muy superior, se decidió ampliar el frente de la falange griega disminuyendo el grosor del centro, colocando a tres o cuatro hoplitas de fondo, en lugar de los usuales ocho. El centro griego se enfrentaría al centro persa en el que se encontraban las tropas escogidas persas; por el contrario, las alas griegas reforzadas se enfrentarían a las alas persas compuestas de tropas de peor calidad.

Decidido el orden de combate, había que evitar el daño que las flechas podrían causar en la falange en pleno avance; la solución adoptada fue que los griegos cubrieran buena parte de la distancia que les separaba de los persas (unos mil

cuatrocientos metros) a marchas forzadas para iniciar la carga a la carrera a unos ciento cincuenta o doscientos metros, que era la distancia en la que las flechas persas eran letales. Cuando llegaron a las manos, el centro griego se desmoronó y cedió pero, al tiempo, las alas persas se vieron superadas por la fuerza griega; las tropas de las alas persas se dieron a la fuga, lo que permitió a las alas griegas rodear al centro persa, que había superado con creces sus líneas. Neutralizado el centro persa y puestos en fuga los supervivientes, junto con las alas derrotadas, la victoria era de los griegos, que se dedicaron a perseguir a los fugitivos hasta las naves; aunque en condiciones difíciles lograron embarcar, no sin que muchos perecieran ahogados en las marismas que protegían la flota, y partir en dirección a Atenas. En la batalla dejaron la vida unos 6.400 persas y 192 atenienses.

Los persas se dirigieron a Atenas por mar, mientras que los atenienses hicieron el recorrido por tierra de modo tal que cuando los persas llegaron a Falero la fuerza ateniense les estaba aguardando, impidiendo su desembarco. La Primera Guerra Médica se saldó en una sola batalla y los persas tuvieron que retirarse a Asia porque el verano ya tocaba a su fin. Cuando volvieran lo harían retomando la ruta que ya había probado Mardonio y con mayores efectivos y mejor planificación.

Bibliografía complementaria

BURN, A. R. (1984): ***Persia and the Greeks. The defence of the West, c. 546-478.*** **2.a ed. Londres.**

BRIANT, P. (1996): ***Histoire de l'Empire Perse de Cyrus à Alexandre.*** **París.**

DOMÍNGUEZ MONEDERO, A. J. y PASCUAL

GONZÁLEZ, J. (1999): ***Esparta y Atenas en el siglo V a. C.*****Madrid.**

GREEN, P. (1996): ***The Greco-Persian Wars.*** **Berkeley.**

Capítulo 17

La Segunda Guerra Médica

La derrota de Maratón no disuadió a los persas de su intención de obtener el control de una gran parte de Grecia continental, lo que aseguraría su dominio en el Mediterráneo oriental. De hecho, Darío comenzó a preparar una nueva expedición (Hdt., 7.1-2), pero el estallido de revueltas en Egipto (487/6) y Babilonia (486/5) le obligaron a abandonar sus planes. Tras la muerte de Darío (diciembre de 486), su sucesor, Jerjes, logró sofocar estas sublevaciones y, en 484, pudo reemprender los preparativos para una invasión a gran escala, bajo el mando del propio monarca, con el fin de convertir la Grecia que mira al Egeo en una nueva satrapía del Imperio persa (Hdt., 7.8-11).

Jerjes empezó, pues, a reclutar tropas, mandó tender dos puentes sobre el Helespon- to, para que el ejército pudiera pasar a Europa, dispuso depósitos de víveres y pertrechos a lo largo de toda la costa tracia, ponteó el río Estrimón y ordenó excavar un canal en el Atos, la península más septentrional de la Calcídica, al objeto de evitar la peligrosa circunnavegación de este promontorio, batido por violentas tempestades. Al mismo tiempo, la diplomacia persa logró ganar para su causa a Delfos y a varios estados y facciones griegas. Así, después de estos años de metódica preparación, en la primavera de 480, Jerjes concentró en Asia Menor un gran ejército, compuesto por ciento ochenta mil infantes y

entre setenta mil y ochenta mil jinetes y una flota de seiscientas naves de guerra con un número similar de buques de transporte.

La actitud de los griegos, una vez que tuvieron conciencia de la nueva invasión persa (quizá hacia 483), varió enormemente: algunos estados se sometieron, otros se declararon hostiles o neutrales, y otros se mostraron simplemente indiferentes. Finalmente, todos aquellos estados que estaban dispuestos a luchar contra Persia se reunieron en el templo de Posidón, en el istmo de Corinto, en el otoño de 481, donde constituyeron la Liga Helénica, una alianza militar multilateral, ofensiva y defensiva dirigida contra los persas. Ciertamente la nueva Liga comprendía una parte considerable del mundo griego puesto que incluía Atenas, Esparta y los miembros de la Liga del Peloponeso, los aliados de Corinto en el golfo homónimo, algunos isleños, los tesalios, los beocios y otros pueblos de Grecia central pero faltaban también muchos otros: Argos, todos los griegos occidentales, la mayor parte de las islas del Egeo y todos los griegos de Asia Menor. Por esto mismo, las Guerras Médicas no pueden presentarse como la lucha de Oriente con

tra Occidente, ni siquiera de Grecia contra Persia, sino que deben entenderse únicamente como el enfrentamiento de *algunos* estados griegos contra el Imperio persa. Los miembros de la Liga Helénica designaron como hegemón, por tierra y por mar, para la dirección de todas las operaciones militares, a Esparta (no sin la protesta de Atenas que aspiraba al mando naval) y se dotaron asimismo de un Consejo de aliados, en el que todos los estados estaban representados de manera igualitaria, cada uno con un voto independientemente de su importancia, y en cuyo seno se decidiría la estrategia bélica y la política general que se

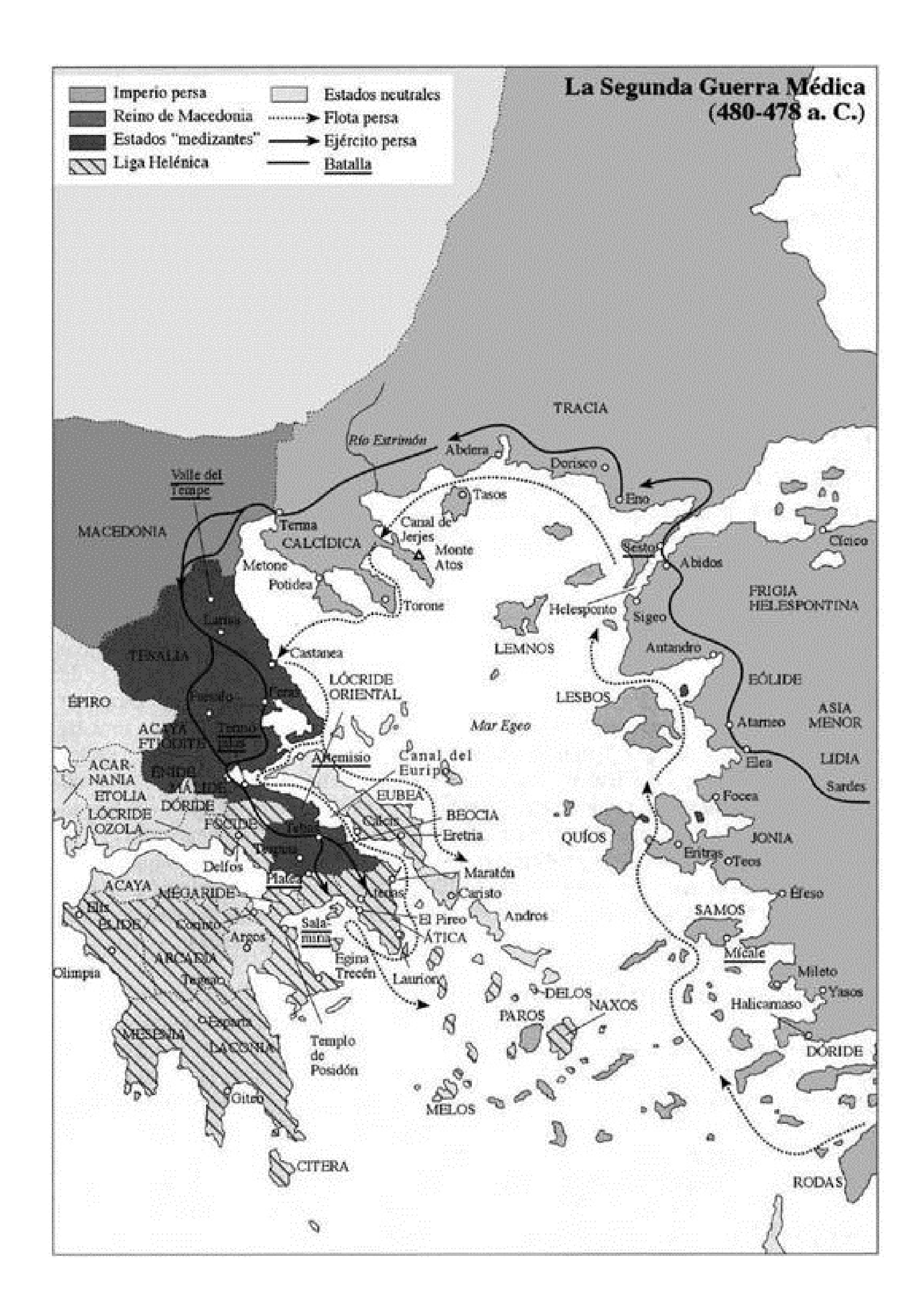
debía seguir. Los aliados acordaron, además, la suspensión de hostilidades interhelénicas mientras se prolongara la amenaza persa y se comprometieron a respetar a quienes se declararan neutrales. Sin embargo, aquellos estados que, formando parte de la alianza, se pasaran a los persas (esto es, *medizaran*) en el curso de la lucha, serían castigados.

En Atenas, tras la victoria de Maratón, prosiguieron los enfrentamientos entre líderes y facciones que habían marcado el período anterior a dicha batalla. Al año siguiente de Maratón (489), Milcíades, el héroe de Maratón, fue juzgado y condenado a pagar una gruesa multa. Murió al poco tiempo, probablemente en 488 (Hdt., 6.136; Nepote, *Milcíades,* 7.1-6). Hiparco, un propersa, fue ostraquizado en 487 e igual destino siguieron, en 486/5, Megacles, un alcmeónida quizá partidario de contemporizar con los persas, y en 485/4, Jan- tipo, el padre de Pericles, que estaba también emparentado con los alcmeónidas. Al mismo tiempo continuó el desarrollo del sistema democrático. Así, desde 487, los arcontes, viejos magistrados aristocráticos, pasaron a sortearse entre los previamente elegidos por los demos y perdieron gran parte de sus poderes (Arist., *Ath.*, 22). A partir de entonces, el Areópago, que se nutría de exarcontes, fue siendo ocupado paulatinamente por personajes de menor relevancia política y la estrategia, para la que cabía la reelección sin límites, se convirtió en la magistratura más influyente.

Estos ostracismos confirmaron el triunfo de los sentimientos antipersas en Atenas y dejaron frente a frente a Temístocles, antiguo arconte en 493/2, y a Arístides, uno de los estrategos de Maratón, y a sus facciones respectivas. Temístocles consiguió convencer al pueblo ateniense (483/2) para que dedicara los beneficios de las minas de plata del Laurio, en la región del Sureste del Ática, y que

debían repartirse entre los ciudadanos, a la construcción de cien nuevos trirremes (Arist., *Ath.,* 22). Después de esto, la flota ateniense, compuesta por doscientas naves, se convirtió en la más poderosa de toda Grecia. Ahora bien, el desarrollo de la armada acrecentaba de manera decisiva el peso político y social de los *thetes*, los atenienses más pobres, que formaban parte de los remeros, frente a los sectores aristocráticos y a los hoplitas. Debido a ello, Arístides se opuso a esta medida pero fue ostraquizado (483/2), lo que significó, en la práctica, la victoria de Temístocles. Con todo, en 480, en el mismo momento de la invasión, los atenienses concedieron a los desterrados la posibilidad de regresar y sumarse a la lucha que se avecinaba.

En la primavera de 480 el ejército persa cruzó los puentes del Helesponto y, flanqueado por la flota, avanzó por las costas de Tracia y Macedonia, territorios que se hallaban bajo el dominio persa desde finales del siglo VI. Por su parte, los griegos desplazaron al estrecho valle del Tempe en Tesalia (Hdt., 7.173; D.S., 11.2.5; Plu., *Them.,* 7) unos diez mil soldados. Junto al valle, en la costa, se dispuso también la escuadra griega. Sin embargo, una vez en el Tempe, los griegos se dieron cuenta de que podían ser fácilmente rodeados por los persas y abandonaron Tesalia (julio de 480), cuyos habitantes se pasaron a los persas (Hdt., 7.174).



Luego del fracaso de la expedición en el Tempe, los griegos se apostaron en el desfiladero de las Termópilas, un angosto paso entre el norte y el centro de Grecia. El contingente

griego estaba compuesto por unos seis mil hombres al mando del rey espartano Leónidas. Cerca de las Termópilas, en el cabo Artemisio, en el norte de la isla de Eubea, ancló la flota griega que contaba con doscientas sesenta naves de guerra. Posiblemente, como había ocurrido en el Tempe, la posición conjunta del ejército y la flota trataba de conciliar las estrategias ateniense y espartana, que eran en realidad contrapuestas. De este modo, en opinión de los atenienses, la infantería contendría a los persas el tiempo suficiente para que la flota griega, batiéndose en un lugar estrecho que compensara el número y la maniobrabilidad de los barcos persas, obtuviera una victoria naval decisiva. Por el contrario, para los espartanos, ambos contingentes retrasarían el avance persa hasta que estuviera construido el muro del istmo que defendía el Peloponeso, donde los espartanos pensaban dar la batalla terrestre decisiva que derrotara a los persas.

Mientras el cuerpo expedicionario griego estaba en las Termópilas, las flotas de ambos bandos se enfrentaron en el Artemisio y, aunque el resultado fue indeciso, los persas obligaron a las naves griegas a retirarse a través del canal del Euripo. Sin embargo, a la altura de Calcis, el paso se estrechaba de tal manera, que una galopada de la caballería persa podía fácilmente desde tierra cortar la retirada de la flota y aniquilarla. Si tal cosa acontecía, aunque no finalizada, la guerra podía darse por perdida: sólo la defensa de las Termópilas podía evitar la destrucción de la flota. Entre tanto el ejército persa llegó a las Termópilas. Tras el segundo día de combates, los persas descubrieron el sendero de Anopea por el que se podía flanquear la posición griega. De esta forma, al amanecer del tercer día los persas atacaron de frente las Termopilas mientras un contingente forzaba el sendero de Anopea. Ante la inminencia del final,

Leónidas ordenó marchar a los pelo- ponesios y quedó en el desfiladero con los trescientos espartiatas de la guardia real y mil cien beocios. Rodeados completamente, Leónidas y la mayor parte de los suyos fueron aniquilados, pero su sacrificio no fue inútil: su resistencia permitió a la escuadra griega atravesar el estrecho de Calcis y salvarse (agosto de 480, Plu., *Them.*, 8-9; Nep., *Them.*, 3.2-4). Después de esto, la mayoría de los pueblos de Grecia central se pasaron a los persas (excepto los focidios y entre los beocios, los plateos y tespieos). El grueso del ejército griego se replegó al Peloponeso y los atenienses hubieron de evacuar Atenas, que fue tomada y destruida por Jerjes.

Mientras el ejército griego continuaba fortificando el Istmo, la flota, que contaba con trescientas ochenta naves, se estacionó entre la isla de Salamina y el Ática. No sin fuertes discusiones entre los generales griegos, Temístocles impuso su estrategia y logró atraer a Jerjes al estrecho de Salamina, donde las naves persas, apiñadas y desorganizadas por su gran número, fueron embestidas y destrozadas por los barcos griegos (septiembre de 480; Esquilo. *Los Persas.* 353-514). Como pensara Temístocles, la victoria de Salamina decidió la suerte de la guerra. Los restos de la armada persa se replegaron a Samos, en la costa de Asia Menor, y Jerjes, ante el temor de que los griegos cortaran los puentes del Helesponto, regresó por tierra a Asia, si bien dejó en Tesalia un ejército de unos ciento treinta mil hombres bajo el mando del persa Mardonio. Durante el invierno, Mardonio ofreció a los atenienses una alianza en condiciones ventajosas que fue rechazada. Como represalia, Mardonio ocupó nuevamente Atenas que fue, una vez más, arrasada.

En 479 los griegos pasaron a la ofensiva, al tiempo que Mardonio se retiraba hacia Beocia, más apropiada para la caballería. En Platea, el ejército griego, bajo el mando del

regente espartano Pausanias, con unos treinta y nueve mil hoplitas y unos setenta mil infantes ligeros, se alineó frente a las tropas de Mardonio. Tras varios días de escaramuzas, los persas lograron cortar prácticamente el abastecimiento griego, lo que obligó a Pausanias a buscar una nueva posición algo más al Sur para asegurar su avituallamiento. En medio del desorden con el que se llevó a cabo la maniobra de repliegue, los lace- demonios, secundados por los tegeatas, se impusieron al núcleo selecto del ejército enemigo formado por los persas, medas y sacas (el propio Mardonio cayó en la lucha) y dieron la victoria los griegos; los atenienses a su vez aniquilaron a los tebanos (agosto de 479; Hdt., 9.19-75). Los supervivientes del ejército persa se retiraron apresuradamente hacia el Norte y lograron pasar a Asia.

Por su parte, la armada griega navegó rumbo a las costas de Asia Menor. En Mícale, un promontorio cercano a Mileto, hacia la misma época en que tenía lugar la batalla de Platea, los griegos destrozaron la flota y el ejército persas que defendían Asia. Inmediatamente después de Mícale, las islas del Egeo y los griegos de Asia Menor se sacudieron el dominio persa. La caída de Sesto, en el otoño o invierno de 479/8, marcó el final de la Segunda Guerra Médica.

En conclusión, las Guerras Médicas mostraron, en primer lugar, las profundas debilidades del ejército persa que se componía de un conjunto enormemente heterogéneo de pueblos, cada uno armado según su propia tradición, con tendencia a desbandarse y que se sentían poco entusiasmados por una posible victoria persa. Los mejores contingentes, persas y medas, constituían únicamente una pequeña minoría. Además, la mayoría de los soldados estaban armados con lanzas más cortas que las griegas, arcos y escudos de mimbre y pocos llevaban coraza. Infantes

y jinetes ligeros a los ojos de los griegos, acostumbrados a luchar desde lejos, no podían resistir a los hoplitas griegos pesadamente armados. Ni su superioridad numérica ni los griegos que figuraron en los ejércitos persas pudieron compensar estas carencias. Por si ello fuera poco, confiando excesivamente en una presunta superioridad militar, despreciando las posibilidades del enemigo, el alto mando persa tuvo casi siempre una incorrecta apreciación del desarrollo de las operaciones y se equivocó en los momentos decisivos.

Los griegos tuvieron que hacer frente también a dificultades enormes. Muchos estados griegos medizaron y se pasaron a los persas y la contraposición entre las estrategias espartana y ateniense obstaculizó gravemente el curso de la guerra. Pese a todo, los hoplitas griegos poseían un armamento homogéneo y superior a sus enemigos, si la falange griega mantenía su formación era prácticamente invulnerable y, si llegaban al cuerpo a cuerpo, la victoria se hacía prácticamente inevitable. Las disensiones internas fueron también aprovechadas por los griegos para confundir el mando persa y sembrar la duda sobre los propios griegos que luchaban en el ejército persa. Finalmente, la estrategia ateniense era acertada y logró imponerse.

La dura prueba de las Guerras Médicas profundizó la separación entre griegos y bárbaros y creó un sentimiento de superioridad de los primeros frente a los segundos; eneste sentido, las Guerras Médicas reforzaron el Panhelenismo, entendido como conciencia de unidad de civilización en los aspectos de cultura, lengua, costumbres, religión y modo de vida, que podían desarrollarse ahora sin la mediatización de los persas. Pero el Panhelenismo no significaba unidad política y, al mismo tiempo, las Guerras Médicas dividieron también a buena parte del mundo griego en dos alianzas

militares antagónicas: la Liga del Peloponeso, vertebrada en torno a Esparta, y la Liga de Delos, cuya potencia principal era Atenas. Tal división traería funestas consecuencias en el futuro.

Bibliografía complementaria

BURN, A. R. (1962): *Persian and the Greeks: The Defence of the West, c. 546-478 B.C.* Londres.

DOMÍNGUEZ MONEDERO, A. J. y PASCUAL GONZÁLEZ, J. (1999): *Esparta y Atenas en el siglo V a. C.* Madrid.

GERSHEVITCH, I. (ed.) (1985): *The Cambridge History of Iran. Vol. II. The Median and AchaemenianPeriods*. Cambridge.

GILLIS, D. (1979): *Greek Collaboration with the Persians*. Wiesbaden.

HIGNETT, C. (1963): *Xerxes' Invasion of Greece*. Oxford.

LAZENBY, J. F. (1993): *The defence of Greece 490-479 B.C.* Warminster.

VVAA (1988): *Cambridge Ancient History*. Vol. IV, Cambridge.

Capítulo 18

La Pentecontecia l. De la constitución de la Liga de Delos (478) a la Paz de los Treinta Años (445)

Denominamos Pentecontecia al período de unos cincuenta años que se extiende aproximadamente entre la batalla de Platea (479) y el comienzo de la Guerra del Peloponeso (431) y que se caracteriza por la rápida transformación de la Liga délica en imperio ateniense, con el consiguiente

crecimiento del poder de Atenas, y por la tensión progresiva entre atenienses y espartanos y sus aliados respectivos.

En la primavera de 478, la flota griega, bajo el mando del espartano Pausanias, navegó primero contra Chipre y luego, arrumbando al Norte, ocupó Bizancio, en el Bosforo. Sin embargo, la actitud despótica de Pausanias y su posible relación secreta con los persas provocaron una grave tensión entre los griegos y, finalmente, sirvieron de pretexto para que los espartanos y sus aliados peloponesios se retiraran de la guerra. En realidad el repliegue de Esparta encuentra la razón principal en su propia estructura política y social, que la obliga a no emprender campañas lejanas por temor a una revuelta de hilotas. Además, en una guerra, que era ya exclusivamente naval, Esparta carecía de los recursos financieros para sostener una flota y, sobre todo, tal política marítima hubiera llevado al protagonismo de los sectores inferiores y dependientes de la sociedad espartana. Puesto que sus aliados peloponesios deseaban también retirarse, la mejor forma de mantenerlos unidos y de preservar la hegemonía espartana en el Peloponeso era precisamente abandonar la lucha. Es posible incluso que varios movimientos antiespartanos comenzaran a gestarse ahora en el ámbito peloponésico y aconsejaran también tomar esta medida. De hecho, pocos años después, Esparta derrotó en Tegea a argivos y tegeatas (c. 471) y, más tarde, venció en Dipea (c. 469) a una segunda coalición formada por todos los arcadios excepto los mantineos.

Tras la retirada espartana, los atenienses y un buen número de estados egeos que deseaban continuar la guerra contra Persia se reunieron hacia el invierno de 478/7 en la isla de Dólos, sede del santuario de Apolo. Aquí fundaron una nueva alianza militar, la Liga de Dólos, destinada a liberar a todos los estados griegos que aún permanecían bajo dominio

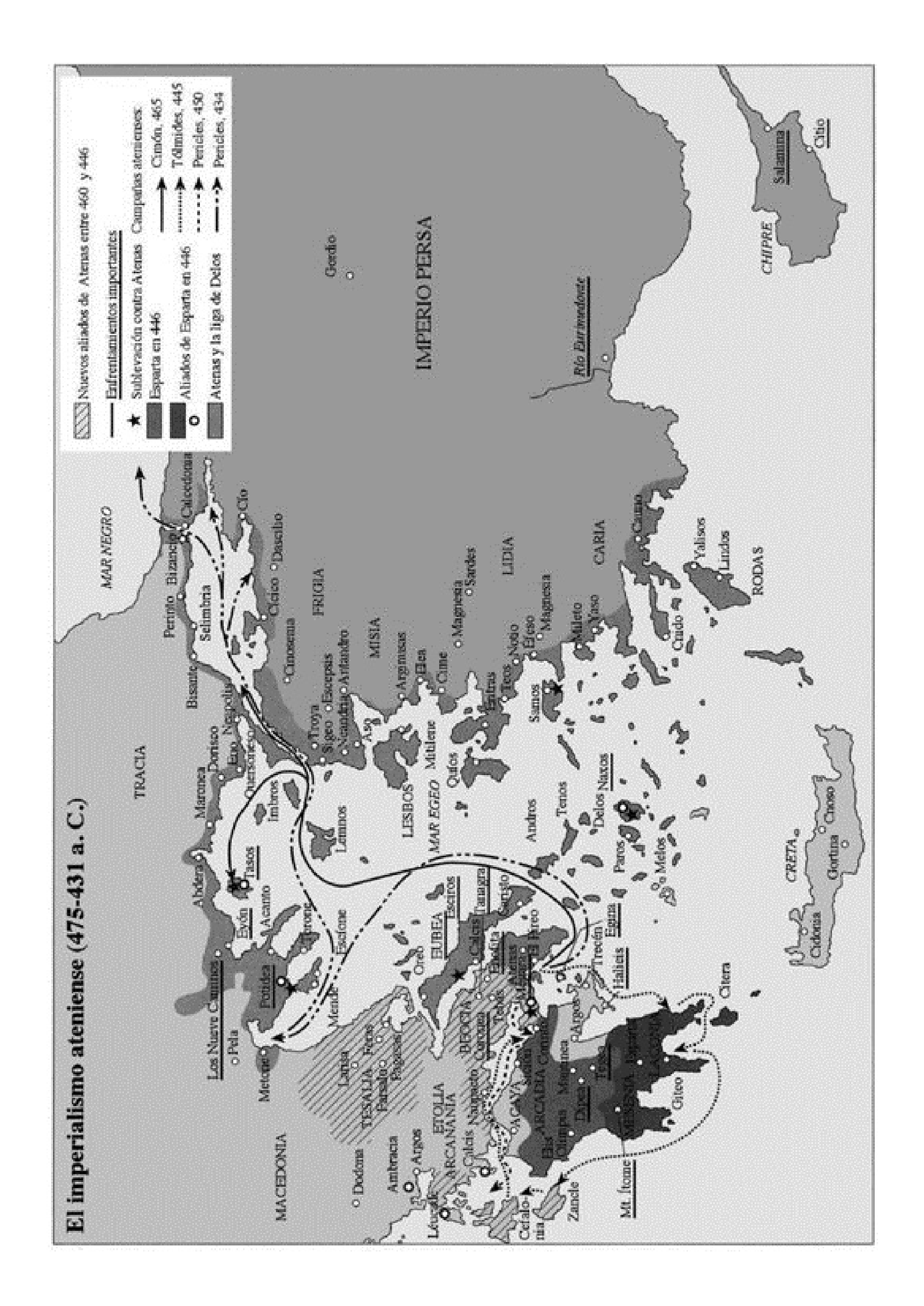
persa y a obligar a Persia a retirarse del Egeo. Los nuevos aliados ofrecieron la hegemonía de la Liga a los atenienses, hegemonía que comportaba principalmente el mando de las operaciones militares y la gestión de los recursos financieros comunes. La Liga contaba también con un consejo general (*koine synodos*) en el que todos los estados miembros estaban representados; quizá Atenas tuviera igualdad de representación en relación a sus aliados, esto es, sumara ella sola la mitad de los votos, o bien cada miembro de la alianza poseyera un voto y Atenas se garantizara la mayoría con el apoyo de los estados pequeños. Algunos aliados, los más importantes, debían aportar hombres y naves (miembros asociados) mientras los demás abonarían una contribución económica (*phoros*) al tesoro de la Liga (miembros tributarios), que se fijó en cuatrocientos sesenta talentos de plata anuales (cada talento equivale a unos veintiséis kilogramos de plata).

Los acontecimientos que median entre la constitución de la Liga y la Primera Guerra del Peloponeso (478-461) ilustran la transformación de la Liga de Dólos, concebida originariamente como alianza igualitaria, libremente consentida por los aliados, en dominación (*arché*) ateniense. De hecho, Atenas comenzó inmediatamente a utilizar la Liga en su propio beneficio, incorporó forzosamente algunos estados, impidió cualquier defección y estableció cleruquías (asentamientos de ciudadanos atenienses fuera del Ática, que no perdían su ciudadanía ateniense ni constituían una *pólis* independiente). En 477 (o 476) la flota de la nueva Liga délica, bajo el mando del estratego ateniense Cimón, conquistó Eyón, en Tracia, el bastión persa más importante en Europa (Hdt., 7.106). Cimón convirtió Eyón en dominio exclusivo de Atenas e instaló en ella clerucos atenienses. Quizá en 475, en todo caso entre

477 y 475, Cimón tomó también la isla de Esci- ros, una guarida de piratas molesta para todos los griegos del Egeo, bien situada además en la ruta del trigo póntico que abastecía Atenas y en relación con el comercio tesalio. Tras la conquista, los antiguos habitantes fueron expulsados y se establecieron clerucos atenienses (Plu., *Cim.*, 8; Nep., *Cim.*, 2.5). Entre 475 y 471, Caristo, la única ciudad de la isla de Eubea que permanecía fuera de la Liga y paso obligado en la ruta naval hacia el Ponto, fue obligada a incorporarse a la alianza. En 471/470 Naxos, posiblemente disconforme con la evolución de la Liga y el creciente poder de Atenas, trató de salirse de la alianza; pero los atenienses y sus aliados sitiaron la isla, que fue obligada a capitular y a volver a la Liga en 468. Posiblemente en 466 (la fecha oscila entre 469 y 466), bajo el mando de Cimón, la flota de la Liga derrotó a los persas de manera decisiva en la desembocadura del río Eurimedonte, en Panfilia. En 465, la isla de Tasos se sublevó a causa de una disputa con los atenienses por la posesión de las minas de oro y plata y los bosques, que los tasios explotaban en la costa tracia. Cimón asedió la isla que se rindió en 462. Los tasios fueron forzados a entregar la flota, derruir sus murallas y pagar tributo y perdieron sus posesiones continentales, que pasaron a manos de Atenas. En 464, los atenienses enviaron mil colonos propios y aliados a poblar Los Nueve Caminos (*Ennea Hodoi*), un lugar de Tracia próximo a las minas y donde confluían las rutas comerciales de la zona. Pero los colonos fueron destrozados por los tracios y el asentamiento hubo de ser abandonado. En este mismo año (464), como consecuencia de un terremoto que causó estragos entre la población espartiata, los hilotas mesenios se sublevaron. Pasado el momento más grave de la revuelta, los espartanos acorralaron a los hilotas en el monte Ítome en Mesenia, donde les sometieron a

asedio. Como el sitio se prolongaba, los espartanos, en virtud de la Liga Helénica, aún vigente, solicitaron ayuda a Atenas y Cimón logró convencer al pueblo de que enviara un cuerpo expedicionario al Peloponeso (463 o 462).

La investigación moderna ha consagrado el nombre de Liga del Peloponeso para la alianza militar creada en torno a Esparta, una denominación que resulta en cierto modo engañosa ya que, si bien es verdad que la mayor parte de sus miembros eran pelopone-sios,la Liga no incluía a todos los estados peloponesios (Argos y la Acaya permanecían fuera), y, por el contrario, varios de sus miembros más importantes son extrapelopone- sios, como era el caso de la Confederación beocia. Su denominación oficial, mucho más exacta, era la de "los lacedemonios y sus aliados".



Parece que los orígenes de la Liga pueden remontarse a la primera mitad del siglo VI, cuando Esparta logra extender su influencia en buena parte del Peloponeso. Este proceso

parece haberse completado o, en todo caso, estar muy avanzado hacia el 550 (Hdt., 1.68.6). La Liga se formó teniendo como base una serie de tratados bilaterales que cada Estado miembro había firmado con Esparta. Laxamente organizada al principio, sería posible, por ejemplo, para cada aliado retirar su contingente, incluso en medio de una campaña, si estaba en desacuerdo con el desarrollo de la misma o con la actitud espartana. Después del fracaso de una expedición en el Ática (506), la Liga estableció un Consejo (*synodos*) en el que todos los estados estaban representados, cada uno disponía un voto y las decisiones se adoptaban por mayoría (Th. 5.30.1). Como potencia hegemónica, Esparta dirigía las operaciones militares y convocaba al Consejo, que se reunía de manera irregular (la primera reunión conocida tuvo lugar en el 504 [Hdt., 5.91.2]). Después de esta reforma fue mucho más difícil negarse a participar en una expedición votada por el Consejo de la Liga.

A los ojos de Esparta la Liga no estaba destinada a imponer un imperio en el Peloponeso, sino a mantener estables las fronteras lacedemonias y a evitar que algún Estado peloponesio llegara a ser lo suficientemente poderoso para alentar las revueltas internas, de hilotas o periecos, independizar Mesenia y amenazar la constitución política y social de Esparta. Debido a ello, Esparta no impuso guarniciones ni exigió un tributo regular en tiempo de paz. Sólo en caso de guerra, y si ésta se prolongaba, los aliados debían aportar una contribución económica que se gastaba únicamente en sufragar los gastos militares.

Inmediatamente después de la Segunda Guerra Médica, Temístocles dominó la vida política ateniense. Este gran estadista, sólo comparable a Pericles, impulsó la reconstrucción de las murallas de Atenas, que habían sido

destruidas durante la guerra, rechazando la especiosa oposición de los espartanos (éstos argumentaban que, si los persas volvían, podrían apoyarse en el recinto fortificado ateniense). En realidad, la nueva muralla constituía la condición indispensable para poder desarrollar una política independiente sin temor a un ataque de los hoplitas peloponesios. Poco después (477), se emprendió la fortificación de El Pireo, destinada a proteger la flota. Las fortificaciones y la Liga de Délos fueron, pues, los dos instrumentos principales en los que Atenas basó su poder. Temístocles era partidario de continuar la guerra contra Persia, su política supuso también un distancia- miento de Esparta y tendió a fortalecer la influencia de los *thetes*. Arístides y Cimón se opusieron a estos dos últimos aspectos de la política temistoclea. Ambos eran ciertamente partidarios de aumentar el poder de Atenas, hasta convertirlo en franco imperialismo en el seno de la Liga de Delos, y de continuar la guerra contra Persia, pero, a diferencia de Temístocles, deseaban conservar las buenas relaciones con Esparta y contener todo avance democrático. En 472/1, la influencia de Arístides, los éxitosn militares de Cimón y, quizá, la presión espartana se conjugaron para lograr el ostracismo de Temístocles. Perseguido por toda Grecia, Temístocles hubo de pedir asilo al propio rey persa, que le concedió un espléndido retiro en la costa de Asia Menor, donde habría de morir algunos años más tarde.

El ostracismo de Temístocles abrió la puerta a una década de predominio de Cimón en la escena política ateniense (471-461), durante la cual se mantuvo la amistad con Esparta y no se registra ninguna reforma en la constitución democrática. Sin embargo, durante este período otros líderes tomaron el testigo de la política de Temístocles; especialmente Efialtes, en cuya facción comenzó su carrera

política el joven Pericles. En 462, aprovechando la ausencia de Cimón, que se encontraba con el cuerpo expedicionario ateniense en el Peloponeso en apoyo de Esparta, Efialtes logró que los poderes principales del Areópago, el último reducto del poder aristocrático, cuales eran el control de los magistrados, la rendición de cuentas y los procesos políticos, fueran transferidos a otras instituciones como el Consejo de los Quinientos, la Asamblea y los tribunales populares. Poco después, el contingente ateniense en Mesenia fue despedido por los lacede- monios, únicamente ellos de entre todos los aliados, pretextando que no los necesitaban (temían en realidad que ayudaran a los mesenios). Semejante humillación supuso un duro golpe para el prestigio de Cimón que, a su regreso, intentó oponerse a las reformas (Plu., *Cimon*, 15.2-3 y *Per*., 2.5) pero fue ostraquizado (461). Efialtes fue asesinado pero nada pudo detener ya el avance democrático: hacia 457 el arcontado fue abierto a los zeugitas, que formaron parte desde entonces del Areópago, reducido ahora a un tribunal competente en algunos casos de homicidio y de Derecho religioso.

El ostracismo de Cimón llevó al primer plano de la vida política ateniense a un grupo de líderes, como Mirónides, Tólmides y Pericles, que eran hostiles a Esparta. En consecuencia, a partir de ahora la Liga Helénica se considera rota, Atenas firmó alianzas con los tesalios y sobre todo con Argos, el enemigo de Esparta, y se inmiscuyó en un conflicto fronterizo entre Mégara y Corinto, dos miembros de la Liga del Peloponeso, a favor de la primera. Los atenienses ocuparon varios puntos en la Megáride y se enfrentaron a los corintios y sus aliados. Tras un primer fracaso en Halieis, los atenienses batieron a la escuadra peloponesia (459/8). Al año siguiente (458/7, la fecha es dudosa) los atenienses volvieron a derrotar a los corintios y

sus aliados en dos encuentros terrestres; en los años 456/5 y 455/4 (las fechas son nuevamente inseguras), Tólmides costeó el Peloponeso y poco después (454/3), Pericles llevó a cabo una expedición en el golfo de Corinto. Asimismo, los atenienses emprendieron el asedio de Egina (459/8), que se había unido a los corintios y que capituló en 457. Este mismo año los espartanos intervinieron en Grecia central previsiblemente para crear una fuerte alianza hostil a Atenas en las mismas fronteras del Ática. En Tanagra, hacia junio, los lacedemonios y sus aliados junto con los beocios derrotaron a los atenienses. Sin embargo, pocos días después, los atenienses vencieron a los beocios en un nuevo encuentro que tuvo lugar en Enofita y obtuvieron el control de Grecia central. A finales de este año se concluyeron los Muros Largos, que unían Atenas con El Pireo y que convertían a la ciudad virtualmente en inexpugnable por tierra. Este período confiictivo se denomina Primera Guerra del Peloponeso (461-445).

Desde 459 Atenas había desplazado un cuerpo expedicionario en Egipto en apoyo de la revuelta que había estallado en el Delta contra el nuevo rey persa Artajerjes (Jerjes había sido asesinado en el 466/5), pero la intervención ateniense en Egipto fracasó (454), lo que provocó, entre los años 454 y 451, algunas sublevaciones en la Liga de Delos. En 451, enfrentada a Persia y amenazada por Esparta, la situación se había vuelto tan preocupante que Atenas, por impulso de Pericles, hizo regresar a Cimón de su exilio. El viejo líder logró un armisticio de cinco años con los lacedemonios y sus aliados. Esta pausa permitió a los atenienses acabar con las sublevaciones en la Liga y combatir más eficazmente a los persas. En 450, los atenienses enviaron una flota a Chipre, bajo el mando de Cimón y, aunque éste murió en el infructuoso asedio a

Citio, la armada aplastó a los persas en Salamina de Chipre. Tras largos años de combates sin avances significativos, a pesar de las numerosas dudas y debates historiográficos que subsisten, Persia se avino a firmar la llamada Paz de Calías (449) que la apartó del Egeo durante los siguientes cuarenta años. En este mismo período Atenas comenzó a extender su influencia en la Sicilia griega y firmó alianzas con Segesta (458/7 o 454/3) y con Leontinos (en algún momento en la década de los cuarenta).

Tras el acuerdo de paz, la Liga de Delos debía disolverse, pero Atenas organizó un Congreso panhelénico (448) con el propósito de asegurar la libertad de los mares, dándose así una nueva misión que le permitiera otorgar continuidad a la Liga y seguir recabando tributos. Aunque el Congreso fracasó, Atenas no sólo mantuvo la Liga sino que, como tendremos ocasión de considerar en el capítulo siguiente, a lo largo de este período turbulento (461-445) reforzó su política imperialista. En la primavera de 446, los exiliados beocios, con ayuda de algunos locrios, derrotaron a los atenienses en Coronea (Beocia) y Atenas se vio obligada a abandonar Grecia central. Inmediatamente después se sublevaron Mégara y Eubea y, una vez concluido el armisticio, los peloponesios invadieron el Ática, pero se retiraron rápidamente al parecer porque Pericles sobornó a Cleán- dridas, consejero del rey espartano Plistoanacte. Si bien los atenienses lograron someter Eubea, ambos contendientes se hallaban agotados y concluyeron la Paz de los Treinta Años (445), llamada así por el tiempo previsto de duración, y que restablecía básicamente la situación de equilibrio anterior a 461, reconocía la existencia de ambas alianzas, la Liga de Delos y la Liga del Peloponeso, e introducía el principio de no intervención de cada potencia en el bloque contrario. Los estados que no pertenecían a

ninguna alianza quedaban libres para adscribirse a cualquiera de ellas.

Bibliografía complementaria

MCGREGOR, M. F. (1987): *The Athenians and their empire*. Vancouver.

MEIGGS, R. (1979): *The Athenian Empire*. Oxford.

POWELL, A. (1988): *Athens and Sparta. Construction Greek political and social history from 478 B.C.*, Londres.

VVAA (1992): *Cambridge Ancient History Vol. V. The Fifth century B.C.*, 2.a ed. Cambridge.

Capítulo 19

La Pentecontecia II. Democracia e imperialismo en la Atenas de Pericles

Entre la Paz de los Treinta Años (445) y el estallido de la Guerra del Peloponeso (431), Atenas culminó una época de apogeo en la que la *pólis* ática gozó de un período de estabilidad política, prosperidad económica, armonía social y espléndido desarrollo cultural. En estos años Pericles, elegido estratego sin interrupción hasta su muerte (429), dominó la vida política ateniense. Nacido hacia 494/3, en el seno de la más ilustre aristocracia ateniense, hijo de Jantipo, un político destacado en las Guerras Médicas, y de la alcmeónida Agariste, Pericles era un orador deslumbrante (Olímpico, como se le llamaba), un hombre incorruptible y, sobre todo, un verdadero estadista capaz de prever y hacer frente a todas las situaciones (Th., 2.65.8-9). Pericles comenzó su carrera política en la facción nítidamente democrática de Efialtes y jamás abandonó sus ideales

democráticos: su vida se consagró por entero al desarrollo de la democracia ateniense y a una visión grandiosa de Atenas y su poder. A través de su pensamiento, en el que se basa el texto que sigue (Th., 2.35-46), podemos acercarnos a los ideales que inspiraban la democracia ateniense.

Ante todo, la democracia se definía por la participación de todos los ciudadanos en la vida de la comunidad en condiciones de igualdad (*isonomía*), independientemente de su riqueza, origen familiar o social. Sólo el prestigio personal (*axioma*), nacido de los méritos individuales contraídos ante el pueblo, determinaba la importancia de cada uno en la *pólis*. Como los pobres (los *thetes*) estaban en peores condiciones que otros sectores sociales para participar en la política, ya que no podían formar parte de los tribunales, ni acudir asiduamente a la asamblea, debido a que necesitaban ganar un jornal para sobrevivir, Pericles introdujo las *mistoforías*, esto es, el pago de una pequeña indemnización (*misthos*) a cada ciudadano el día en que éste participaba en alguna institución política y que garantizaba, durante esa jornada, su subsistencia y la de su familia. Las *mistoforías* se convirtieron en un elemento esencial del sistema democrático ateniense puesto que hicieron posible la *isonomía*, la participación efectiva de los ciudadanos más pobres en las instituciones. Asimismo, la democracia se cimentaba sobre el debate público, entendido como deliberación previa y abierta en la que la decisión última se alcanzaba por el voto mayoritario de los ciudadanos. Esto exigía en general la libertad de expresión (*parresía*) y en particular el derecho de todo ciudadano a hablar librementeen las instituciones (*isegoría*), a promover determinada medida, apoyarla u oponerse. La libertad se extendía también en otros ámbitos como libertad económica y de ocupación y en la vida privada. Por último, la

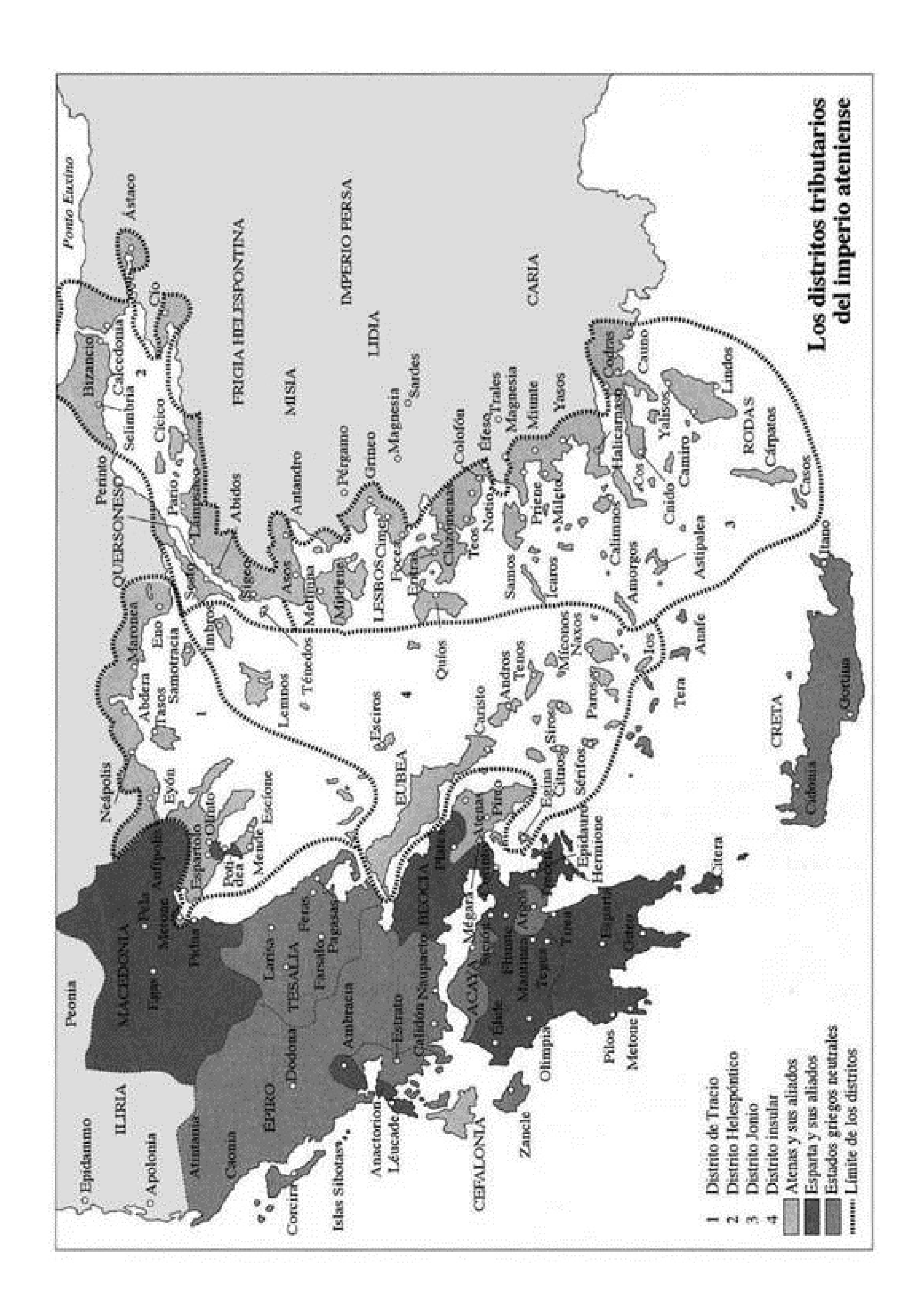
democracia tenía la obligación de proteger a los sectores más pobres y débiles de la sociedad, no sólo desde el punto de vista político o jurídico, sino también económico y, aunque no se procedió al reparto de bienes, Pericles impulsó de una manera decidida la mejora de su situación económica a través de las mis- toforías antedichas, el establecimiento de clerucos atenienses fuera del Ática y la realización de un asombroso programa constructivo, que absorbió grandes cantidades de mano de obra a la vez que contribuyó a dinamizar la vida económica. Naturalmente las libertades democráticas tenían sus límites: el prestigio de cada uno, las restricciones de orden moral y religioso y, sobre todo, las leyes, emanación de la voluntad comunitaria. La democracia se sometía así al imperio de la ley, que organizaba la participación cívica, imponía un turno en el mando y la obediencia, dejaba espacio para que todos, ricos y pobres, aristócratas y gente del común, tomaran parte, y conciliaba la libertad individual con la libertad colectiva.

La democracia comportaba no sólo la participación de todos los ciudadanos sino también las normas que reglaban las diferentes instituciones y que se habían venido promulgando a lo largo del tiempo (no existía el sentido moderno de constitución). En primer lugar las leyes que regulaban el acceso a la ciudadanía. Desde la ley de Pericles de 451/0, únicamente los hombres nacidos de padre y madre atenienses, dentro del matrimonio legítimo, podían acceder a la plena ciudadanía. Ciertamente las mujeres, los niños, los extranjeros y los esclavos estaban excluidos, pero el poder de decisión que los cincuenta mil ciudadanos atenienses retenían en sus manos (y muchos miles más que vivían en un sistema democrático en el resto del mundo griego), no tenía precedente y sigue siendo perturbador en nuestros días. Al cumplir los dieciocho años, el joven

ateniense era inscrito en el demo correspondiente e incluido en una de las tribus y en una de las clases censatarias solonianas. A partir de este momento, teniendo en cuenta su edad y la clase soloniana de pertenencia, el nuevo ciudadano podía participar en el sistema democrático y acceder a sus instituciones.

Los magistrados atenienses (*arehai*) sumaban unos mil cuatrocientos, divididos aproximadamente en dos mitades iguales entre aquellos que ejercían sus funciones en Atenas y el Ática y aquellos que servían en el Egeo. Los magistrados recibían su poder por delegación de los ciudadanos y, aunque algunos magistrados, como los estrategos, se elegían a través del voto, una de las características del período parece haber sido la generalización del sorteo, considerado el modo más democrático de elección. El magistrado recibía una retribución económica y, dependiendo de la magistratura concreta, era posible la reelección. Como era habitual en el resto del mundo griego, las magistraturas atenienses eran anuales y colegiadas, esto es, se dividían en colegios (diez estrategos, nueve arcontes) en los que cada uno de sus miembros tenía igual voto y poder. Los magistrados podían tomar decisiones en el ámbito de sus competencias, pero sus funciones principales eran preparatorias y ejecutivas: tomaban la iniciativa en la presentación de propuestas de resolución, pero la decisión última estaba en manos de otras instituciones rigurosos controles. Antes de entrar en posesión efectiva de su cargo debía pasar(Consejo, Asamblea, tribunales), y se encargaban de ejecutar las decisiones acordadas por otros organismos. Limitado en sus poderes, el magistrado ateniense estaba sometido también a una investigación previa ante el Consejo (*dokimasía*). A lo largo de su mandato era controlado por el Consejo y confirmado cada mes por la Asamblea.

Todo magistrado podía ser destituido durante el ejercicio de su cargo y llevado a juicio. Tras el término de su mandato debía someterse a una rendición de cuentas (*euthyna*) normalmente ante una comisión del Consejo y, en determinados casos graves y especiales, podía comparecer ante la Asamblea o los tribunales.



La Bulé o Consejo estaba formado por quinientos consejeros o buleutas (de ahí su nombre de Consejo de los Quinientos), elegidos a razón de cincuenta por cada una de las diez tribus

atenienses. Para acceder al Consejo era necesario ser ciudadano, contar al menos con treinta años y formar parte de una de las tres primeras clases solonianas (los *thetes* estaban excluidos). Sólo se podía ser consejero dos veces en la vida, siempre y cuando no fuera en dos años consecutivos. Los buleutas percibían una indemnización cada día que había reunión, unas doscientas sesenta veces al año, si acudían efectivamente a ella. La principal función de la Bulé era deliberativa y tenía que ver con la asamblea, esto es, debatía las propuestas recibidas, las redactaba en forma de proyecto de resolución y las remitía a la Asamblea. La Bulé cumplía también otras funciones relacionadas con la administración diaria, por ejemplo, controlaba a los magistrados, cuidaba de los espacios y edificios públicos, de los arsenales y los templos y organizaba determinadas fiestas.

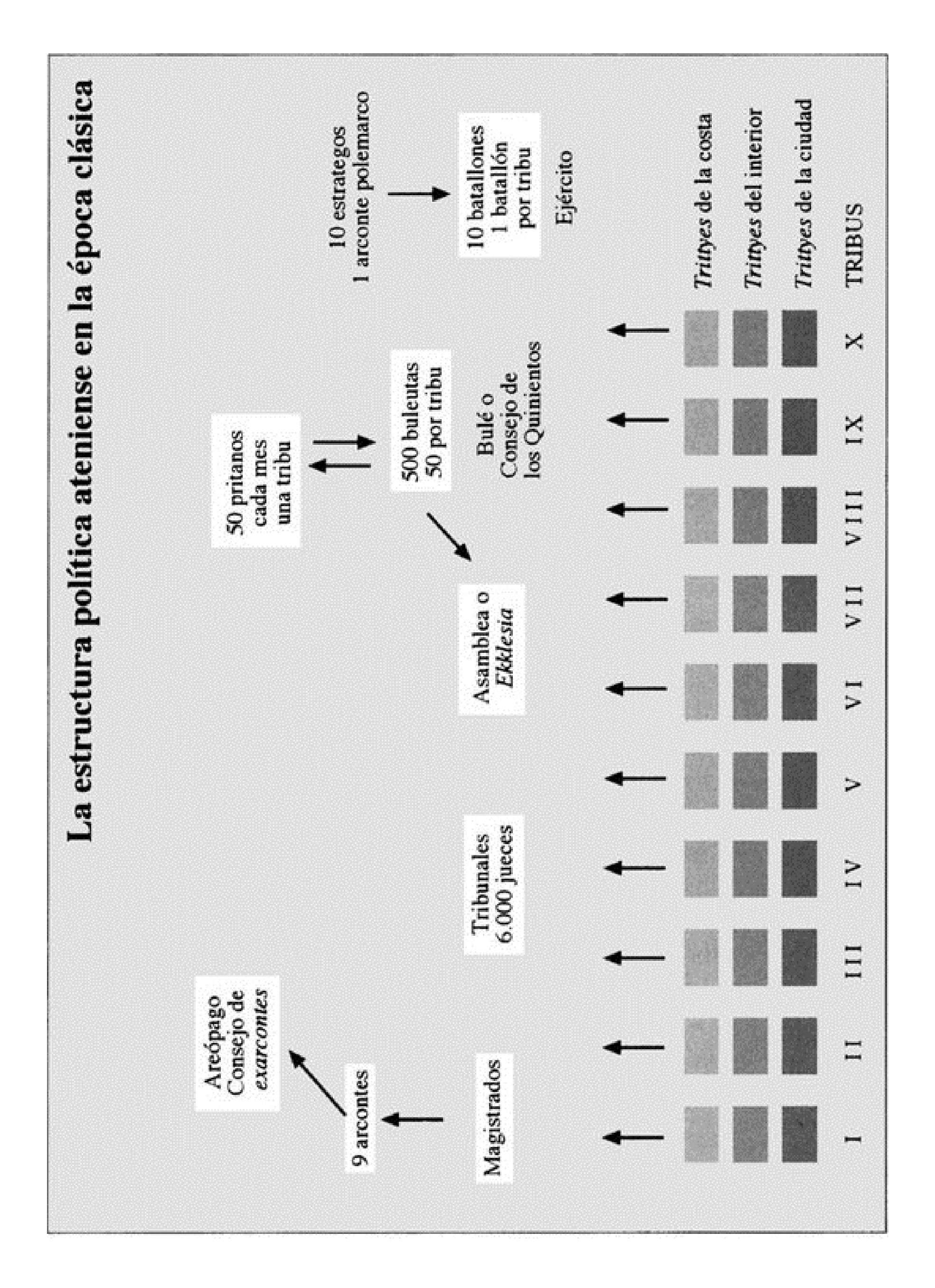
Los cincuenta consejeros de cada tribu desempeñaban durante uno de los diez meses en los que estaba dividido el año civil ático la llamada pritanía (durante treinta y seis o treinta y siete días). Es decir, estos cincuenta pritanos convocaban la Bulé y elaboraban el orden del día de la reunión del Consejo, vigilaban el archivo y el tesoro público y custodiaban el sello del Estado.

Junto con los tribunales, la Asamblea de ciudadanos formaba el núcleo del sistema democrático. La Asamblea se reunía unas cuarenta veces al año, aunque podía convocarse de manera extraordinaria cuantas veces se estimara necesario y estaba abierta a todos los ciudadanos, cada uno de los cuales disponía de un voto (se trataba, pues, de una democracia directa y no representativa) y podía hablar en ella. Salvo las competencias que estaban en manos de los tribunales, la Asamblea tomaba la decisión última sobre cualquier asunto importante ya fuera de tipo legislativo, de

política exterior, financiero, religioso, etc. Desde la última parte del siglo V, todo ciudadano que acudía a la Asamblea tenía derecho a percibir un *misthos*, una indemnización.

Cada año los atenienses elegían por sorteo seis mil jueces para atender a los diferentes tribunales (*dikasteria*) que poseía la ciudad, el más importante de los cuales era el de la Heliea. Estos jueces recibían una paga el día que actuaban. Los tribunales se reunían entre ciento cincuenta y doscientas veces al año. Los arcontes eran los encargados de instruir los casos, fijaban el día para la vista y presidían los tribunales. Los atenienses distinguían entre acusaciones privadas (*dikai*) y públicas (*graphai*, literalmente "escritas"). Cada ciudadano hablaba por sí mismo ante los tribunales, acusaba, se defendía o apoyaba la acusación o defensa de otro (no existían, pues, fiscales ni abogados, aunque sí había profesionales que escribían discursos para otros –los logógrafos– y que luego los clientes se aprendían de memoria). Oídas las partes, los jueces votaban inocente o culpable de manera inapelable, sin deliberación previa entre ellos ni acudir a jurispru-Los ciudadanos atenienses están repartidos en diez tribus cada una de las cuales incluye una ***trittys*** (agrupación de demos o distritos) de la costa **(*paralia*),** una del interior (***mesogeia***) y otra de la ciudad (***asty***). Por tribus se reclutan los diez batallones que forman el ejército ateniense además de un contingente proporcional de caballería, y se eligen los seis mil jueces, los quinientos miembros del Consejo o Bulé (cincuenta de cada tribu) y la mayoría de los magistrados, los más importantes son los diez estrategos y los nueve arcontes; estos últimos, al terminar su mandato, entran a formar parte de manera vitalicia del Areópago. La Bulé convoca la asamblea y le somete los proyectos de resolución. Cada mes los cincuenta consejeros de una de las tribus ejercen la pritanía o presidencia de la

Bulé y la convocan. La asamblea está abierta a todos los atenienses y el voto es por ciudadano.dencia alguna (cosa que hubiera limitado al sistema democrático en la capacidad de un ciudadano para votar libremente). Si el demandado era hallado culpable y la pena no estaba fijada de antemano, acusador y acusado tenían derecho a tomar de nuevo la palabra y a proponer cada uno una pena. Una nueva votación de los jueces zanjaba el asunto.



Los ciudadanos atenienses están repartidos en diez tribus cada una de las cuales incluye una *trittys* (agrupación de demos o distritos) de la costa (*PARALIA*), una del interior

(*mesogeia*) y otra de la ciudad (*asty*). Por tribus se reclutan los diez batallones que forman el ejército ateniense además de un contingente proporcional de caballería, y se eligen los seis mil jueces, los quinientos miembros del Consejo o Bulé (cincuenta de cada tribu) y la mayoría de los magistrados, los más importantes son los diez estrategos y los nueve arcontes; estos últimos, al terminar su mandato, entran a formar parte de manera vitalicia del Areópago. La Bulé convoca la asamblea y le somete los proyectos de resolucion. Cada mes los cincuenta consejeros de una de las tribus ejercen la pritania o presidencia de la Bulé y la convocan. La asamblea está abierta a todos los atenienses y el voto es por ciudadano.

Desde la década de los cincuenta del siglo V Atenas prosiguió y reforzó la política de dominación que estaba ya presente desde el mismo nacimiento de la Liga délica. Ciertamente la aportación de contribuciones económicas no puede ser esgrimida como un síntoma de imperialismo, ya que había sido libremente acordada por los aliados, pero mucho más discutible era la capacidad ateniense para revisarla discrecionalmente de manera periódica cada cuatro años (conocemos trece revisiones entre 454/3 y 410/9) o de forma extraordinaria (como en 443/2). Y, aunque los aliados podían presentar sus reclamaciones, éstas se dirimían ante los tribunales atenienses. Atenas extendió además la tributación a casi todos los estados miembros, que fueron repartidos en cuatro distritos tributarios, e impuso intereses de demora y el tesoro de la Liga se trasladó a Atenas (c. 454), sus administradores, los helenotamías, eran todos atenienses y los fondos fueron usados en el interés de Atenas, por ejemplo, para financiar las costosas obras de la Acrópolis. Atenas llegó a imponer que los ciudadanos más ricos de cada Estado respondieran con sus bienes del

montante del tributo (Antifonte, *frg.* 52). Mientras que los aliados, a causa del tributo, se veían limitados en sus recursos y abandonaban su flota, la armada ateniense aumentó hasta los trescientos trirremes y se convirtió en un instrumento de opresión que hacía imposible cualquier veleidad de salirse de la Liga. Obviamente, una vez que se firmó la paz con Persia (Paz de Calías de 449), cumplidos sus objetivos, la Liga debía disolverse pero Atenas la mantuvo (sobre su existencia se basaba su poder) y, al mismo tiempo, el sínodo de los aliados dejó posiblemente de reunirse. Por otra parte, muchos ciudadanos atenienses adquirieron tierras en los territorios de los aliados en contra del derecho exclusivo de los ciudadanos de estas *póleis* a poseer terrenos y casas. El propio Estado ateniense detrajo territorios de los estados aliados, promoviendo una auténtica colonización que dio lugar, en ocasiones, a la fundación de *póleis* independientes como Turios o Anfípolis en Tracia, y, sobre todo, al establecimiento de cleru- quías, asentamientos de ciudadanos atenienses en los territorios de los aliados que no perdían su derecho de ciudadanía y seguían formando parte del Estado ateniense. Atenas obligó también a aceptar los decretos atenienses a todos los aliados, cargó con condiciones particulares a varios estados y exigió que determinados casos judiciales (que conllevaban pena de muerte o *atimía* –pérdida de derechos de ciudadanía–) fueran remitidos a los tribunales atenienses. Atenas forzó además el uso exclusivo de su moneda y de su sistema de pesas y medidas a todos los aliados (c. 447). Setecientos magistrados atenienses cuidaron de los intereses de Atenas en el Egeo y se inmiscuyeron gravemente en la vida interna de los aliados y, aunque no parece un recurso ampliamente difundido, se instalaron también guarniciones. Después de una rebelión, se impusieron duras condiciones y se introdujo

el régimen democrático. Es cierto que tal política conllevaba algunos beneficios para todos o parte de los aliados, promovía la prosperidad económica, les libraba del servicio militar y las democracias, aunque tuteladas, evitaban las oligarquías, pero la realidad última se dejaba ver con nitidez: Atenas había pasado de ser la potencia hegemónica de una alianza militar con pretensiones igualitarias a imponer unverdadero imperio en buena parte del Egeo. Fruto del descontento, en este período Atenas hubo de hacer frente a nuevas sublevaciones entre los miembros de la Liga como Samos (440-439) y Bizancio (esta última, posiblemente atemorizada, regresó a la alianza sin lucha).

Además del propio desarrollo del imperialismo, dentro del marco establecido por la Paz de los Treinta Años, Atenas desplegó una gran actividad exterior, muestra de la época de esplendor por la que atravesaba la *pólis*. En 444/3 fundó Turios, con la intención de extender sus intereses comerciales y su prestigio cultural entre los griegos de Occidente, y, en 437/6, estableció una colonia en Anfípolis con el fin de garantizarse el acceso al comercio, la madera y las minas de oro tracias. En 437, Pericles comandó una expedición naval al Ponto Euxino en la que se aseguró el control del Quersoneso, concluyó un acuerdo comercial con los reyes del Bósforo, que daba a Atenas derechos preferentes en el comercio de grano, e intervino en varias ciudades griegas del Ponto. En 435, Atenas firmó una alianza con Corcira (Corfú), que aunque defensiva, provocó la hostilidad de Corinto que veía amenazada su ruta de abastecimiento con el Occidente griego. En 432, se sublevó Potidea en la Calcídica, que recibió el apoyo corintio, y, al m Mismo tiempo, los atenienses trataron de bloquear económicamente a Mégara para forzarla a abandonar la Liga del Peloponeso (el control de Mégara impediría las

invasiones del Ática). Finalmente, la tensión acumulada entre la Liga de Delos y la Liga del Peloponeso a lo largo de cincuenta años, especialmente durante el último quinquenio (435-431), llevó al estallido, en la primavera de 431, de la terrible Guerra del Peloponeso que habría de prolongarse hasta 404.

Bibliografía complementaria

BOWRA, C. W. (1988): *La Atenas de Pericles*. Madrid.

DOMÍNGUEZ MONEDERO, A. J. Y PASCUAL GONZÁLEZ, J. (1999): *Esparta y Atenas en el siglo V a. C*. Madrid.

MEIGGS, R. (1979): *The Athenian Empire*, Oxford.

MUSTI, D. (2000): *Demokratía. Los orígenes de una idea*. Madrid.

PLÁCIDO SUÁREZ, D. (1989): *La Pentecontecia,* Madrid.

SANCHO ROCHER, L. (1997): *Un proyecto democrático. La política en la Atenas del siglo V*. Zaragoza.

SINCLAIR, R. K. (1999): *Democracia y participación en Atenas*. Madrid.

Capítulo 20

Atenas y El Pireo

El puerto de El Pireo, los Muros Largos, que unían puerto y ciudad, y la ciudad de Atenas formaron, durante la época clásica, un conjunto urbanístico indisociable.

A principios del siglo V, aunque El Pireo se usaba también como embarcadero, el puerto principal de Atenas era el de Falero, al situado al sureste de la ciudad, debido a la existencia entre Atenas y El Pireo de una zona intermedia de marismas, conocida con el nombre de Halipedo, que dificultaba la comunicación entre ambos. El Pireo comenzó a ser verdaderamente habilitado como puerto a partir de 493/2 por obra de Temístocles. En 477 se inició su fortificación, que se concluyó al año siguiente.

El Pireo contaba con tres radas, una comercial, llamada Cántaro, y dos militares, Cea, la más importante, y Muniquia. El puerto comercial, el más amplio, ocupaba el área noroeste y formaba en realidad un conjunto de tres ensenadas: el puerto exterior de Cromi- daro; el propio Cántaro en el centro y, al Norte, el pequeño puerto llamado Silencioso (*kophos limen*). A lo largo de los muelles del Cántaro se localizaba el ágora comercial con los pórticos o *deigmata,* donde se exponían las mercancías, y las mesas de los cambistas. En los tres puertos (incluido el Cántaro) se construyeron las atarazanas, cobertizos capaces de albergar "en seco" los trirremes de la flota. Asimismo se dispusieron arsenales para guardar parte del equipamiento de las naves y las bocanas de los puertos se estrecharon al objeto de poder cerrarlos con gruesas cadenas. Conocemos, aunque de manera harto deficiente, otras partes del puerto. El Pireo poseía un urbanismo regular ortogonal planificado por Hipodamo, un filósofo milesio, con las calles rectas tiradas "a cordón" que se cruzaban formando una cuadrícula de ángulos rectos. Las calles, con aceras a ambos lados, se pavimentaron con grandes losas. Un ágora se hallaba al otro lado del promontorio de Acté, en las proximidades del puerto de Cea, y era utilizada como mercado local por los habitantes de El Pireo. En la cumbre de la colina más

elevada del puerto, la de Muniquia, se alzaba el templo de la diosa tracia Bendis. Existían además otros santuarios como el del héroe Páralo y también canteras, salinas (X., *HeL,* 1.2.14; 2.4.33) y astilleros.

El Pireo acogía un mundo abigarrado y cosmopolita donde se daban cita gentes procedentes del Mediterráneo entero: atenienses, griegos de todas partes, orientales, etc.; donde se podían encontrar los más diversos oficios y las más variadas mercancías. Centro del comercio mediterráneo, cuartel general de la armada ateniense, El Pireo constituía también el corazón democrático de Atenas.

Desde El Pireo a través de la Puerta de la Ciudad partía el Hamaxito, el camino de carros que llevaba a Atenas (X., *Hel.,* 2.4.10), que distaba unos seis kilómetros del puerto. Con la finalidad de unir la ciudad con su puerto se construyeron, a partir de la década de los setenta del siglo V, los Muros Largos. De este modo, bajo el impulso de Cimón, se elevaron el Muro Norte, que iba desde la colina de las Ninfas en la ciudad hasta el sudeste de El Pireo, y el Muro Sur, que transitaba desde la colina de las Musas en Atenas hasta el puerto de Falero. Ambos estaban ya concluidos en 457. Posteriormente, Pericles erigió un muro intermedio entre los dos, que se finalizó en 445, obra de Calícrates. Entre el Muro Norte y el Muro Intermedio quedaba un espacio de ciento sesenta y siete metros de ancho. El Muro Intermedio acortó sensiblemente el perímetro defensivo y, después de su construcción, el que corría hasta Falero cayó en desuso. Con la fortificación de El Pireo y las murallas de la propia ciudad de Atenas, los Muros Largos formaron un triángulo defensivo inexpugnable por tierra que la flota podía mantener abastecido al tiempo que atacaba a los contrarios.

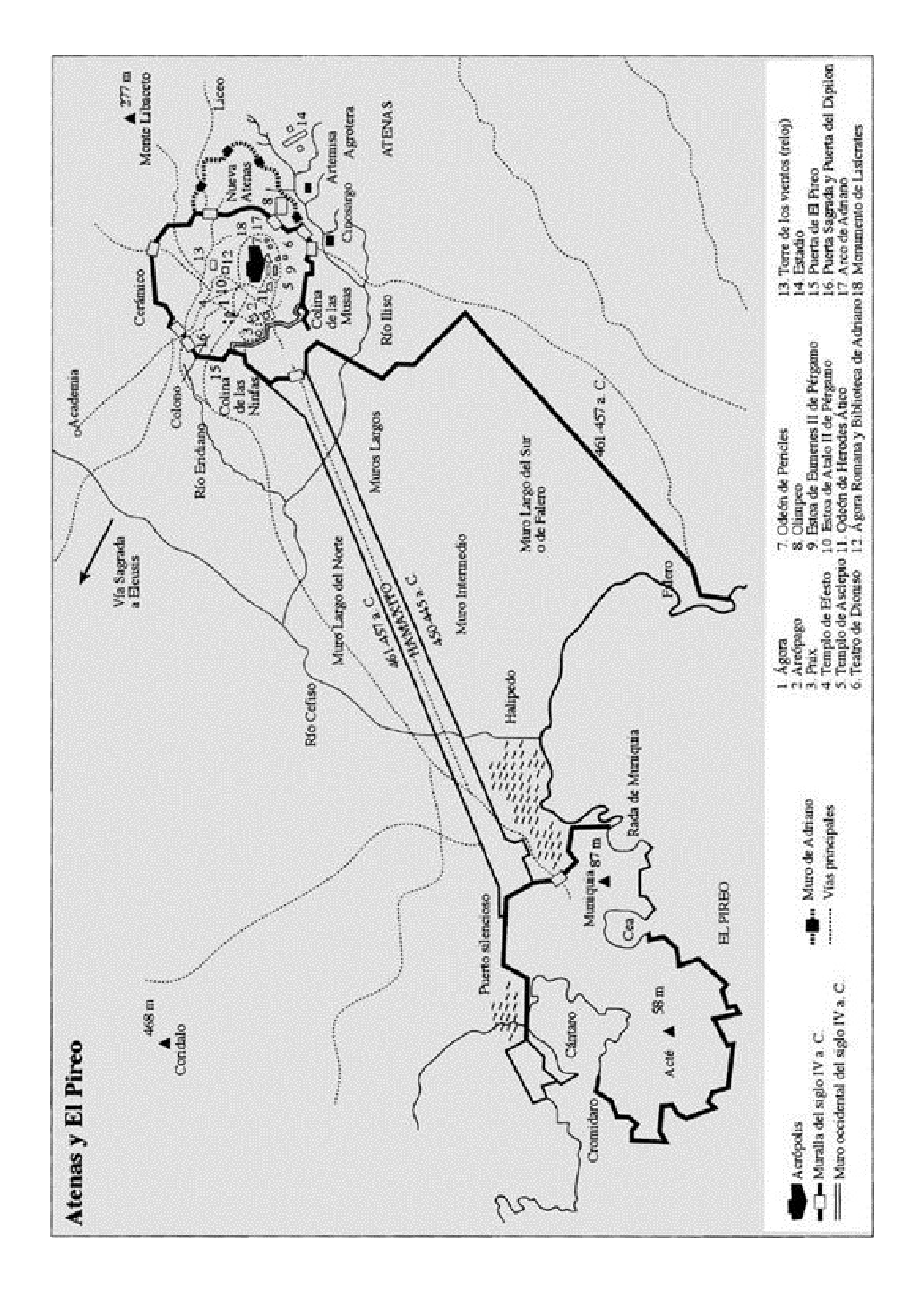
Como la inmensa mayoría de las ciudades griegas, Atenas se dividía en tres partes principales: la acrópolis, la ciudad baja intramuros y los suburbios y necrópolis extramuros.

La acrópolis será tratada en el siguiente capítulo, por lo que se refiere a la ciudad baja, ésta incluía las murallas, el ágora, los barrios residenciales y también un buen número de santuarios. La muralla de la ciudad baja anterior a la Segunda Guerra Médica, de unos 800 metros de perímetro, fue arrasada por los persas y, en 478, Temístocles impulsó la construcción de un nuevo muro de forma aproximadamente circular, que contaba con una longitud perimetral de 1.600 metros. Dicha muralla poseía una anchura de 2,5 metros y se dividía en un zócalo de mampostería de un metro de alto, que sostenía un alzado de ladrillo almenado de unos siete u ocho metros de altura. De la muralla sobresalían también numerosas torres cuadradas de unos cinco metros de lado. Tenemos noticias asimismo de unas dieciséis puertas que se abrían en la muralla. De entre ellas las más importantes eran el Dípilon (la Doble Puerta) y la cercana Puerta Sagrada, por la que salía todos los años la procesión a Eleusis. Entre las dos se localizaba el Pompeo (de *pompe*, procesión), el recinto en el que se preparaban las procesiones de los misterios eleusinos y de las Grandes Panateneas y donde se guardaban los utensilios de ambas.

La ciudad no tuvo una planificación urbanística previa sino que se adaptó a las condiciones naturales del terreno según se expandía el tejido urbano. En consecuencia, Atenas tenía un trazado sumamente irregular de calles estrechas y sinuosas, bastante insalubres. Sólo las plazas concedían algo del espacio que necesitaban las relaciones sociales.

El ágora, la gran plaza de Atenas, se localizaba en una amplia explanada, de forma vagamente triangular, que se

extendía a los pies de la colina del Colono Agoreo, entre el Areópago y el pequeño riachuelo del Eridano. El ágora era el centro de la vida política, social y económica de la ciudad y plasmaba con bastante perfección los principios básicos del urbanismo griego: comodidad, simplicidad y especialización de funciones. Los primeros edificios en piedra del ágora parecen remontarse a comienzos del siglo VI, momento en el que, el ágora se convierte en el centro político de la ciudad. Antes de las Guerras Médicas, tenemos atestiguadas algunas edificaciones como la fuente Eneacru- nos (de los Nueve Caños), de época pisistrátida (c. 530), el Buleuterio, el Pritaneo, el tribunal de la Heliea y el Altar de los Doce Dioses (522/1), el punto a partir del cual se medían todas las distancias del Ática. La totalidad de los edificios del ágora fueron arrasados por el doble saqueo persa (480/479). Después, mínimamente acondicionados, volvieron a su uso habitual. La verdadera reconstrucción del ágora parece haber comenzado hacia 460. A partir de entonces fue dotándose de nuevas edificaciones hasta mediados del siglo II d. C.



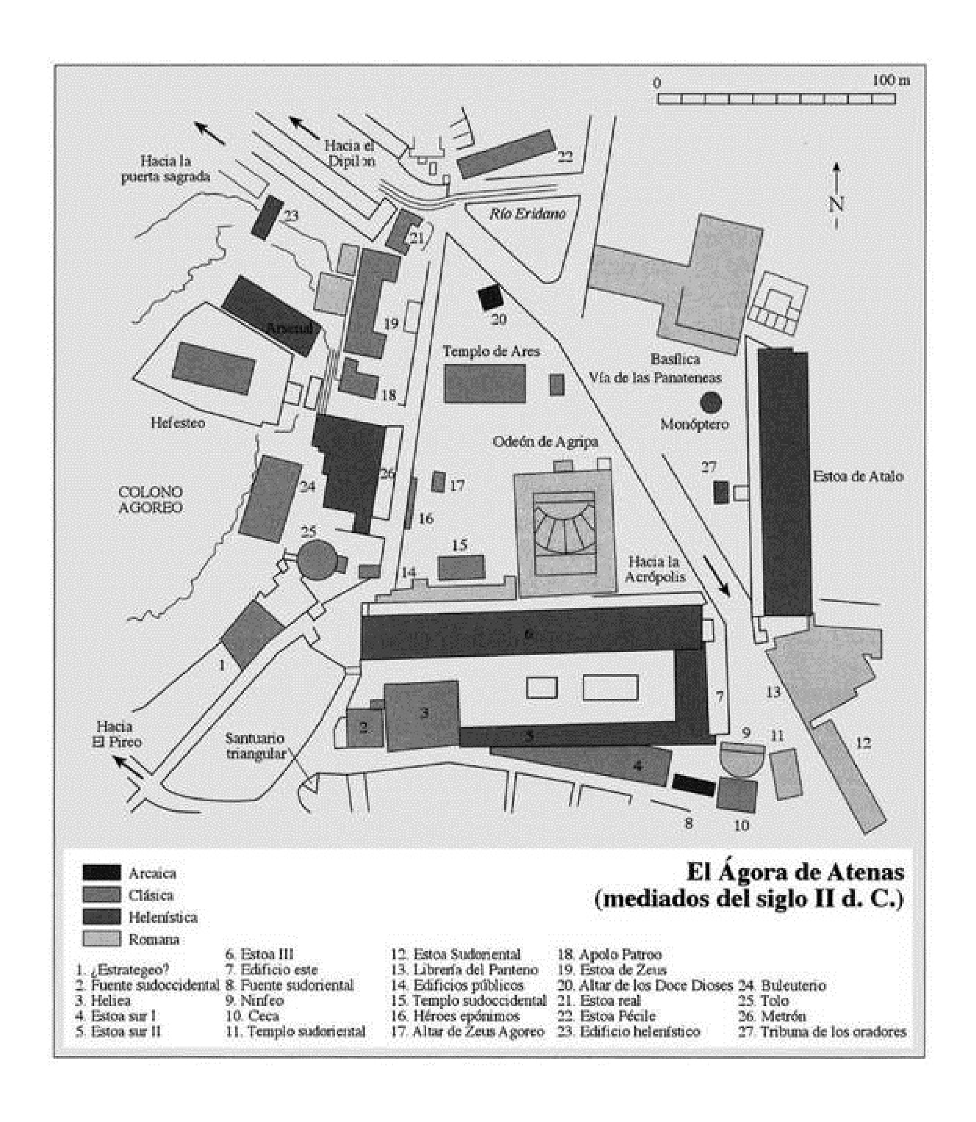
Sobre la cima del Colono Agoreo, en la parte oeste del ágora, se elevaba el templo de Hefesto (449-440), dórico, de 31,7 por 13,71 metros. En el friso se representaban los

combates de Teseo y una Centauromaquia y en las metopas los trabajos de Heracles. En la colina, rodeando al templo de Hefesto, se situaban los talleres de los ceramistas, broncistas y herreros. En la ladera del Colono Agoreo se levantaban los principales edificios administrativos. El antiguo Buleuterio, un edificio cuadrangular de veintitrés metros de lado, era la sede del Consejo de los Quinientos y fue reconstruido hacia 460. Un nuevo Buleuterio se levantó a finales del siglo V y el viejo edificio albergó a partir de entonces los archivos atenienses. Contiguo al Consejo se encontraba el Tolo, de planta circular de unos dieciocho metros de diámetro, que servía de residencia a los pritanos y donde se custodiaban los pesos y medidas oficiales. Al sudoeste del Tolo otro edificio pudo servir de sede al colegio de los diez estrategos (Estrategeo). Frente al Tolo se encontraban las estatuas de los diez héroes epónimos, debajo de los cuales se hacían públicos los avisos para los ciudadanos de cada tribu, la lista de los soldados movilizados y los proyectos de ley que debían ser votados por la Asamblea. La Estoa real, al noroeste del ágora, de forma rectangular, era la residencia del arconte *basileus*. A su lado, se localizaba la Estoa de Zeus Eleuterio, que se comenzó a construir a finales de la década de los treinta del siglo V y se finalizó en 409/408. A diferencia de otros pórticos, estaba rematada por dos alas que sobresalían del frente principal.

En la parte este del ágora se elevaban dos bellos pórticos, la Estoa Pintada (Pécile), erigida por Cimón, y la de Hermes, de la que no se ha hallado vestigio alguno y que debía estar hacia el oeste del Pécile. En la Estoa Pécile se representaban, sobre grandes paneles de madera pintados, la guerra de Troya, una Amazonomaquia y las batallas históricas de Maratón y Enoe (una victoria argiva con ayuda

ateniense contra los espartanos, c. 457/6). En el lado sur, con un edificio cuadrangular, que podemos datar hacia 460 y pudo servir de sede al tribunal de la Heliea. Entre la Heliea y la Fuente del Sudeste o Eneacrunos se extendía la Estoa Sur de finales del siglo V. Al otro lado de la fuente otro edificio, cuya fecha de construcción oscila entre 440 y 420, sirvió posiblemente de taller de acuñación monetaria o ceca.

Durante el siglo IV se erigieron los pequeños templos del Metrón y Apolo Patroo, una nueva estoa en el lado sur (la Estoa II), la Fuente Sudoccidental y un edificio rectangular, junto al Hefesteo, que fue posiblemente un arsenal. En el siglo II se levantaron la Estoa III, justo delante de la Estoa II, y la Estoa de Atalo (159-138) y se reorganizó completamente el espacio del Metrón dotándolo de salas contiguas y de un amplio pórtico jónico. Después de las destrucciones ocasionadas por Sila (86), se levantaron, hacia 15 d. C., el fastuoso Odeón de Agripa en el centro del ágora y, hacia 100 d. C., la Librería de Panteno al lado de la Estoa de Atalo. A mediados del siglo II d. C. se construyeron en la esquina sudorien- tal una pequeña estoa (Estoa sudoriental), un Ninfeo y una fuente ornamental.



Por todo el ágora se disponían también los tenderetes de los vendedores. En el centro del ágora cada verano, durante las Panateneas, se habilitaba un estadio con gradas provisionales para las competiciones atléticas. Además de las canalizaciones que recogían las aguas pluviales vertiéndolas en el río Eridano, existían también jardines, como los que rodeaban el templo de Hefesto, y se plantaron plátanos en toda la plaza.

Fuera propiamente del ágora, a unos sesenta y cinco metros

al sudoeste de la fuente Eneacrunos, se encontraba la prisión, un edificio de cuarenta metros de largo y diecisiete de ancho, dotado de ocho celdas, un patio y una torre de vigilancia.

En las cercanías del ágora, junto al reloj hidráulico, llamado la Torre de los Vientos (segunda mitad del siglo I a. C.), se edificó en torno a 10 d. C., con el apoyo financiero de Augusto, el Ágora romana, frente a la cual Adriano elevó una impresionante biblioteca. Este ultimo emperador concluyó el templo de Zeus Olímpico que había sido comenzado por los Pisistrátidas en el siglo VI y añadió un nuevo barrio a la ciudad al que se accedía por la famosa Puerta de Adriano.

A poca distancia del ángulo sudoeste del ágora se encontraba la Pnix, la colina semicircular donde se reunía la Asamblea ateniense. La Pnix comenzó a usarse probablemente en tiempos de Clístenes a finales del siglo VI (antes la Asamblea se congregaba en el Ágora). Fue reconstruida en 404/3 incluyendo una tribuna y un enorme muro de contención de piedra con dos escaleras de acceso. El recinto fue nuevamente remodelado y ampliado entre 330 y 326.

Por último, extramuros de la ciudad se localizaban los más importantes gimnasios de Atenas, la Academia, el Liceo y el Cinosargo. Los santuarios suburbanos más famosos flanqueaban las orillas del río Iliso: el de Zeus Olímpico y el de Artemisa Agrotera. A ambos lados de las vías que salían de la ciudad, se situaban las necrópolis. La más famosa era la del Cerámico, que se extendía a partir de las puertas del Dípilon, donde se enterraban los hombres más ilustres y los caídos en combate.

Además de Atenas y El Pireo, muchas localidades del Ática

se vieron embellecidas por las construcciones que se emprendieron especialmente durante la Pentecontecia. En Eleusis, Pericles rodeó el santuario de un nuevo muro y construyó una sala de reuniones o Telesterio para los iniciados en los misterios eleusinos, que sustituía a la antigua de Pisístrato, que a su vez había sido reconstruida en el período cimónida. El santuario fue remodelado por Licurgo hacia 330 y se le añadieron nuevas construcciones en los períodos helenístico y romano. En Sunio se reorganizó completamente el santuario de Posidón entre los años 444 y 440. Se construyó un muro que delimitaba todo el recinto sagrado, cuya entrada se dotó de un Propileo y, en el interior del recinto, se alzó una estoa adosada al muro. Elevado sobre un templo arcaico de menor perímetro, el nuevo templo de Sunio era dórico, períptero y hexástilo. Su programa iconográfico incluía una Gigantomaquia, una Centauromaquia y los trabajos de Teseo. En Braurón, también sobre un antiguo santuario arcaico, se alzó el templo de Artemisa en el siglo V y entre 425 y 416 se construyó una estoa en forma de "pi" con nueve salas para albergar a las niñas,que en la fiesta cuadrienal bailaban la danza de Artemisa vestidas como osas. El templo de Ares (c. 440-436) fue elevado probablemente en Acarnas, al pie del Parnés, y se trasladó al ágora en época romana. El templo de Deméter en Tórico, de estilo dórico, que fue llevado también parcialmente al ágora en el período romano, puede fecharse en la década de los treinta del siglo V. Finalmente, conservamos los vestigios del templo de Némesis en Ramnunte (436-432), dórico y períptero de seis por doce columnas, que quedó inconcluso debido posiblemente al estallido de la Guerra del Peloponeso.

Bibliografía complementaria

BOERSMA, J. (1970): *Athenian Building Policy from 561/0 to 405/4 B.C.* Groninga.
CAMP, J. M. (1992): *The Athenian Agora*, Londres.
CAMP, J. M. (2001): *Archaeology of Ancient Athens*. New Haven.
CONNOLLY, P. (1998): *La Ciudad Antigua. La vida en Atenas y Roma clásicas*. Madrid.
FORSÉN, B. y STANTON, G. (eds.) (1996): *The Pnyx in the History of Athens*. Helsinki.
GARLAND, R. (1987): *The Piraeus from the Fifth to the First Century B.C.* Londres.
TRAVLOS, J. (1980): *Pictorical Dictionary of Ancient Athens*. Nueva York.

Capítulo 21

La Acrópolis de Atenas

La Acrópolis era el lugar más sagrado de Atenas y constituía el centro mítico y religioso donde los atenienses encontraban sus señas de identidad. Sus edificios recogían y resumían la historia de la ciudad. Ciertamente la Roca, de 156 metros de altitud, no era la más alta de las colinas atenienses pero sí posee una meseta lo suficientemente amplia, de unos veintisiete mil metros cuadrados (c. 320 por 128 metros), para permitir la habitación y era lo suficientemente pequeña y abrupta para hacer posible una fácil defensa (sólo es accesible por el oeste). Con todo, posiblemente la existencia de dos manantiales, situados respectivamente al sur y al noroeste, debió de ser la razón última del asentamiento

sobre la colina. La Acrópolis sirvió primero como núcleo de población y principal lugar defensivo. La primera ocupación pudo datar del Neolítico Reciente a juzgar por la aparición de fragmentos cerámicos en las cercanías y continuaría durante el Heládico Antiguo (antes del 2000) y el Heládico Medio (2000-1600). El asentamiento aumentó considerablemente durante el Heládico Reciente (1600-1200) y no sin muchas dudas podemos entrever las líneas generales de la Acrópolis en este último período (época micénica). Atenas era entonces la capital de un reino micénico, la población ocupaba la Acrópolis y se extendía por las laderas occidental y meridional de la Roca. La Acrópolis estaba rodeada por un muro ciclópeo de unos tres o cuatro metros de anchura y una puerta fortificada con un bastión avanzado (como en Micenas) se situaba en el lugar que ocuparían mucho tiempo después los Propileos. Otro muro protegía también la ciudad baja. Posiblemente un santuario rupestre se localizaba en el posterior templo de Atenea Niké. En el centro de la colina, en la zona del posterior Erecteo, se pudo alzar un palacio micénico.

Nada sabemos de la Acrópolis en los siglos inmediatamente posteriores al final del mundo micénico. En todo caso, la habitación debió continuar a los pies de la Acrópolis a juzgar por las tumbas submicénicas exhumadas entre ella y el río Eridano. Durante la época arcaica, cesó la habitación en la Roca y la Acrópolis quedó como centro religioso de la ciudad. En torno al último tercio del siglo VII, como ya dijimos, se elevaba en el área ocupada anteriormente por el palacio micénico un santuario dedicado a Atenea Polias, que consistía posiblemente en un edificio absidal porticado. Es posible que este templo sustituyera a otro anterior de época geométrica, que fechamos hacia la segunda mitad del siglo VII (750-700). En época pisistrátida fue reemplazado

por un templo de piedra (c. 43 por 21 metros) al que deben pertenecer los grupos escultóricos del león que mata a un ternero, que debía disponerse en el frontón este, y de la Gorgona, quizá del frontón oeste, que se conservan actualmente en el Museo de la Acrópolis. Finalmente un nuevo templo se alzó en la misma zona hacia 506 (El Viejo Templo, *Archaios Neos*, o Cuarto templo de Atenea), cuyas ruinas pueden verse hoy entre el Erecteo y el Partenón. A uno de los frontones de esta última fase pertenece la Gigantomaquia en la que Atenea ocupa un lugar principal y que se halla igualmente en el Museo de la Acrópolis. En el lado sur de la Acrópolis debían alzarse también un cierto número de pequeños edificios votivos o "tesoros" datados en en el siglo VI. La Acrópolis arcaica contaba además con una entrada monumental del período pisistrátida, unos Propileos flanqueados por el templo arcaico de Atenea Niké. Después de la batalla de Maratón (490) se emprendieron las obras de un nuevo templo (el Prepar- tenón), hexástilo de 23,5 por 67 metros, en el sitio donde se erigiría más tarde el Partenón. El Prepartenón estaba todavía en construcción en el momento en que los persas ocuparon Atenas (480-479) y fue completamente arrasado. Finalmente, desde el siglo VI hasta la ocupación persa se colocaron numerosos exvotos en forma de estatuas como el Moscóforo (c. 570) y las famosas *korai* (doncellas vestidas) y *kouroi* (muchachos desnudos).

Como ocurrió con el resto de la ciudad, todos los edificios de la acrópolis fueron completamente destruidos por los persas. Sólo después de 466, al tiempo que, probablemente, se acondicionó parcialmente el *Archaios Neos* para albergar la estatua de Atenea Polias, comenzaron a elevarse los primeros edificios de una nueva acrópolis restaurada y se amplió el lado sur hasta dejarlo en su estado actual. A finales de la Guerra del Peloponeso, la Acrópolis adquirió su

forma prácticamente definitiva de modo que, en épocas posteriores, sólo podemos anotar unos pocos añadidos.

Ascendiendo por una majestuosa rampa de 80 metros de longitud y 22 metros de altura con una pendiente del 31%, construida al mismo tiempo que los Propileos, la Vía de las Panateneas, que procedía del Ágora, entraba en los Propileos, realizados por Mne- sicles entre 437 y 432, con el fin de sustituir a la antigua entrada arcaica. Los Propileos fueron construidos sobre una planta en forma de T e incluyen dos pórticos de columnas dóricas y jónicas abiertos, respectivamente, hacia el interior y el exterior de la ciudadela y que conforman su cuerpo principal, y dos alas laterales, la Pinacoteca en la parte septentrional, destinada a sala de banquetes oficiales y a la exposición de pinturas, y un simple pórtico en el área meridional, que dejaba espacio suficiente para erigir posteriormente el pequeño templo de Atenea Niké.

En línea recta con los Propileos se alzaba sobre un pedestal la estatua de la Atenea Prómaco, que Fidias había realizado antes del comienzo de las obras del Partenón. La estatua, que no se conserva, era de bronce de una altura colosal (cerca de ocho metros) y representaba a la diosa completamente armada sosteniendo en una mano la victoria.

Sobre el bastión meridional de la acrópolis se situaba el pequeño templo de Atenea Niké. Proyectado por Calícrates entre 450 y 445, el templo, jónico, tetrástilo y anfiprós- tilo, se empezó a construir en 421 y se terminó probablemente en 406. Los bajorrelieves de la balaustrada que recorrían la terraza del bastión representaban las victorias atenienses de la última parte de la Guerra del Peloponeso.

Junto al pórtico norte de los Propileos estaba también el

templo de Artemisa Brau- ronia, protectora de las mujeres embarazadas y de los partos, que disponía de un patio irregular trapezoidal con dos pórticos en las dos alas del santuario. Un poco más adelante, un pequeño Propileo que daba acceso al patio de la Calcoteca, edificado posiblemente en 380-370, para albergar los exvotos de bronce. A partir de este punto, el Parte- nón se mostraba en todo su esplendor.

El Partenón fue proyectado por los arquitectos Ictino y Calícrates, con la colaboración de Mnesicles, bajo la supervisión general de Fidias y se construyó entre 447 y 433/2. Dórico y períptero, el templo mide 69,5 por 30,88 m. Muestra una audacia y una originalidad sin precedentes (y casi sin sucesores). Era, en primer lugar, un templo excepcionalmente alargado con una *cella* que se hallaba dividida por una doble columnata dórica en forma de "pi". Los pórticos del pronao y el opistodomo eran hexástilos (de seis columnas, normalmente este tipo de templo disponía únicamente de cuatro) y los lados cortos del peristilo eran octástilos, de ocho columnas, en lugar de las seis habituales. Los lados largos del peristilo contaban con diecisiete columnas. El Partenón destacaba también por las correcciones ópticas para que pudiera verse sin deformación desde el exterior, de modo que las líneas horizontales son en realidad convexas y las columnas tienen éntasis (un engrosamiento en la parte central del fuste) y se inclinan hacia el interior.

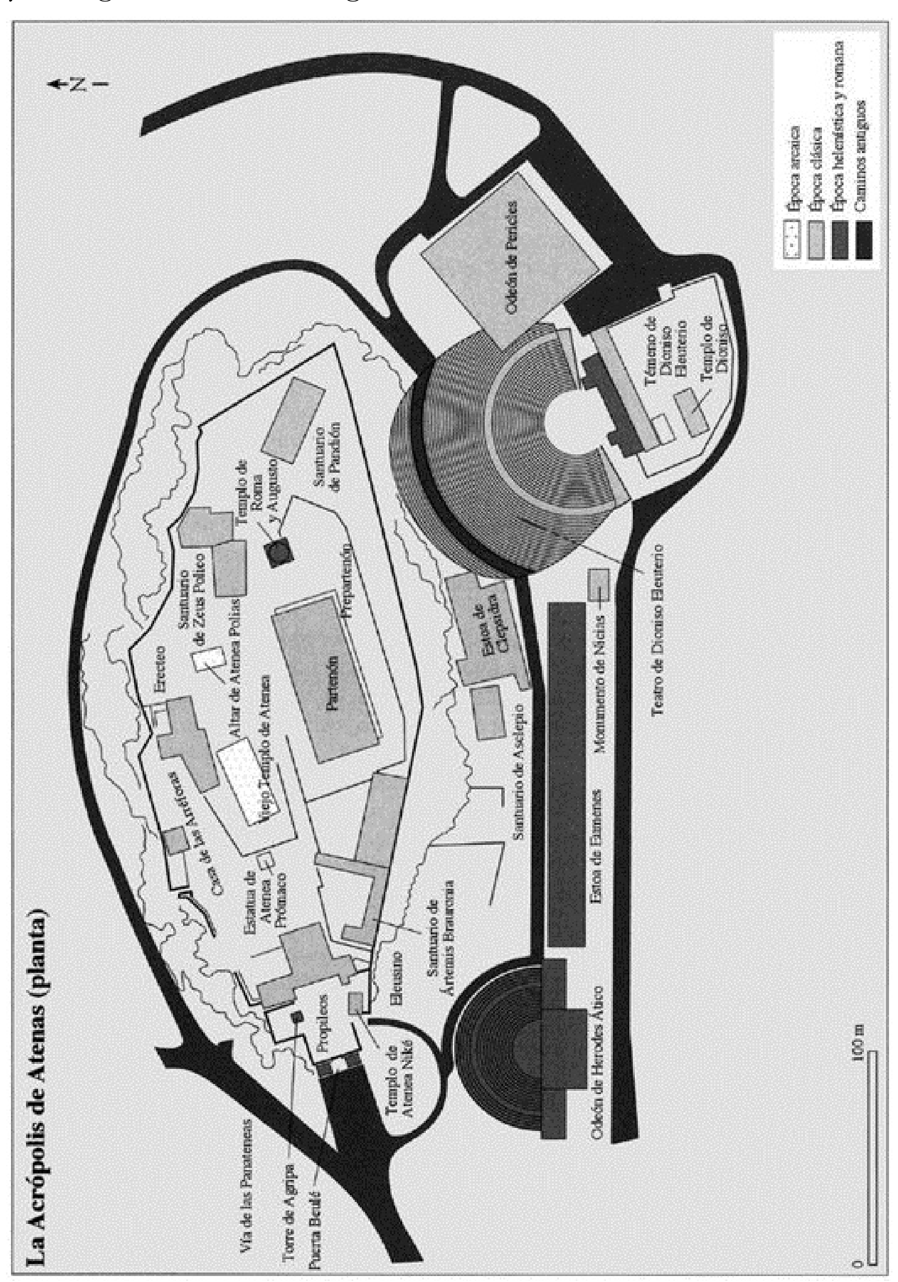
El templo poseía el conjunto escultórico más importante del arte griego: sumaba noventa y dos metopas (catorce en los frentes occidental y oriental y treinta y dos en cada uno de los lados largos), ciento cincuenta y nueve metros de friso esculpido y cincuenta esculturas de bulto redondo en los frontones. El programa iconográfico de las metopas comprendía la Toma de Troya o Iliupersis (norte),

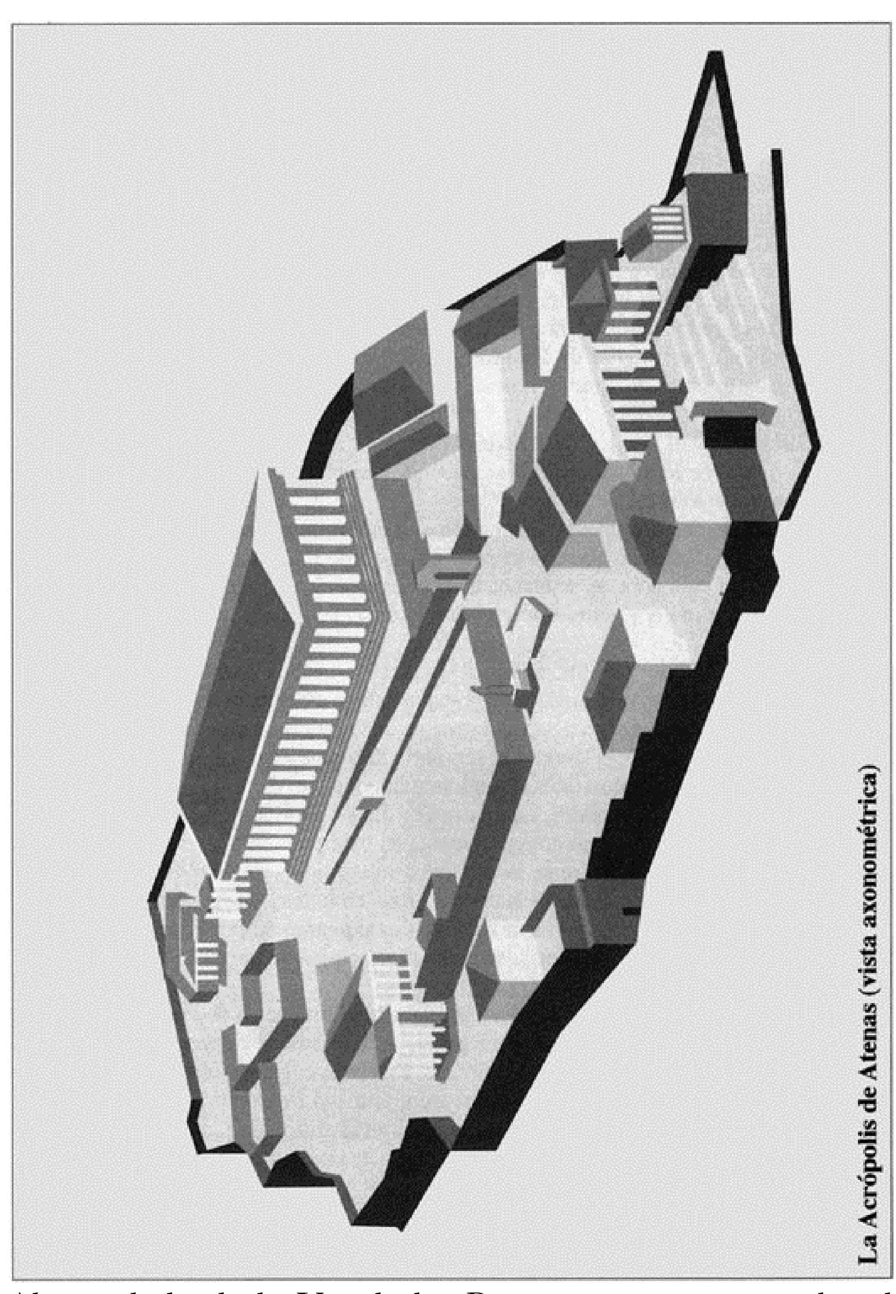
referencia simbólica a la doble destrucción de Atenas por los persas; la Centauromaquia (sur) alusión a la victoria, tras muchas penalidades, de la civilización y de los griegos sobre el caos y los bárbaros; la Amazonomaquia (oeste), triunfo también del helenismo liderado por Atenas frente a la violencia y los bárbaros, y la Gigantomaquia (este), nueva representación del orden y la justicia enfrentado al caos y al salvajismo.

El friso, un elemento jonio incluido en un templo dórico, sintetiza posiblemente (la interpretación es insegura) la procesión de las Grandes Panateneas, que tenía lugar cada cuatro años. Aquí es el propio pueblo ateniense el sujeto de la obra artística, en la alegre plenitud de estos años. En él se atestigua una fe inquebrantable en Atenea y Atenas y se representaba también el triunfo de la democracia, el único régimen político capaz de desplegar la inteligencia y las virtudes que residen en toda persona.

Los frontones (438/7-434/3) unían la diosa con su ciudad. El frontón occidental mostraba la disputa entre Atenea y Posidón por dar su nombre a la ciudad, un mito acontecido en el lugar del Erecteo, que nos acercaba a las mismas bases del poder ateniense: el mar representado por un manantial de agua salada y la fecundidad del Ática simbolizada por el olivo. El frontón oriental representaba el Nacimiento de Atenea en el Olimpo; en él, del mismo modo que la aparición de Atenea movía el asombro de los demás dioses, la emergencia de Atenas provocaba la fascinación entre losmortales. Por último, Fidias esculpió para la *cella* del Partenón la estatua crisoele- fantina de Atenea que contaba con doce metros de altura y 1.140 kg de oro y marfil. Representada completamente armada, Atenea, diosa bienhechora y protectora de la ciudad, era también la divinidad guerrera que otorgaba la victoria a los atenienses

y castigaba a sus enemigos.




La Acrópolis de Atenas (vista axonométrica)

Al otro lado de la Vía de las Panateneas se encontraba el Erecteo, un elegante templo jónico. El templo se adaptaba magníficamente al fuerte desnivel que existía en este lado de la Acrópolis y se elevaba sobre su lugar más sagrado. Obra

de Filocles, se inició en 421 y se terminó entre los años 409 y 406. Como debía acomodar varios cultos locales, el Erecteo formaba un conjunto extraordinariamente complejo compuesto por tres recintos sagrados y dos pórticos. Tras el frente jónico de entrada, el Santuario este estaba dominado por el altar de Posidón y Erecteo. Después de él, el Santuario central albergaba el culto de Atenea Polias, la tumba de Erecteo y el manantial de agua salada con las marcas del tridente de Posidón. A ambos lados se situaban el Pórtico de las Cariátides y el Pórtico de Posidón. Finalmente, en el lado occidental quedaba el recinto del héroe Pandroso, donde se encontraban además la tumba de Cécrope y el olivo sagrado de Atenea.

En el este de la Acrópolis se localizaba el Pandionio, el santuario del héroe y rey mítico de Atenas, Pandión, que constaba de un pequeño Propileo y dos patios murados. Muy cerca, en el lado noreste, se alzaba el santuario de Zeus Polieo, sobre el punto más elevado de la Acrópolis y, entre éste y el Erecteo, quedaba el Gran Altar con escalinata de Atenea Polias.

A lo largo del siglo V en las laderas de la Acrópolis se construyeron nuevos edificios o se reconstruyeron otros más antiguos que habían sido dañados por los persas. La actividad constructiva se centró particularmente en la ladera sur, en la que se encontraban el teatro de Dioniso, el Odeón y el santuario de Asclepio. El teatro de Dioniso era en el siglo V un simple *koilon* (hueco semicircular cóncavo) excavado en la ladera de la montaña con asientos de madera. La piedra se utilizó solamente en las partes delanteras del teatro. Fue reconstruido completamente en piedra en época de Licurgo (c. 340- 330) y modificado extensamente en los períodos helenístico y romano. El Odeón, la sala de las representaciones musicales, estaba

inspirado en la tienda real persa capturada en la batalla de Platea. Era cuadrangular de aproximadamente 62 por 68 metros y poseía numerosas columnas en su interior. Los travesaños de madera que sostenían el techo de lona partían todos de un punto central.

Tras la época clásica, en 178 se elevó la estatua de Eumenes II de Pérgamo sobre una cuádriga de bronce (la actual Torre de Agripa), este mismo rey construyó la Estoa de Eumenes entre el Odeón y el teatro de Dioniso. En época augústea se edificó el pequeño templo circular dedicado a Roma y Augusto, enfrente del frontón oriental del Partenón. Claudio (52 d. C.) reformó la rampa de acceso; en el siglo II, se levantó el Odeón de Herodes Ático, en la ladera sur, y, finalmente, en el siglo III, se construyó la llamada Puerta Beulé.

Bibliografía complementaria

BESCHI, L. (1981): "La Atenas de Pericles" en R. Bianchi Bandinelli, *Historia y Civilización de los griegos,* vol. IV. Barcelona, 103-175.

FERRARI, G. (2002): "The Ancient Temple of the Acropolis at Athens". *AJA,* 106, pp. 11-55.

HURWIT, J. M. (1999): *The Athenian Acropolis. History, Mithology and Archaeology from the Neolithic Era to the Present*. Cambridge, Massachusetts.

SÁNCHEZ FERNÁNDEZ, C. (1997): "El Partenón y el programa constructivo de Pericles" en A. J. Domínguez Monedero, C. Sánchez Fernández (eds.), *Arte y poder en el mundo antiguo*. Madrid, pp.127- 160.

Capítulo 22

Pólis, ethnos, koinon y monarquía

Un Estado se reconoce por la existencia de un conjunto de instituciones diferenciadas dotadas de un personal propio, en el que las decisiones se ejercen desde un centro político y afectan a un territorio delimitado. Se caracterizaría además por la presencia de una sociedad estratificada basada en el estatus jurídico, el nacimiento, el sexo, la edad, la especialización laboral y la riqueza. Dentro de esta definición general el mundo griego conoció una amplia variedad de estados como *póleis*, confederaciones y monarquías.

La *polis* se puede definir como una comunidad política que posee un centro urbano, un cuerpo de ciudadanos e instituciones políticas de carácter primario, representativo o electivo, y un territorio que le es propio y está acotado por una serie de líneas fronterizas. Quienes no participaban en las instituciones políticas de la *pólis*, los niños, las mujeres, los metecos (extranjeros residentes) y esclavos, eran considerados secundarios, vivían en la *pólis* pero no eran miembros de ella. Así, en realidad el componente principal de la *pólis* no era su territorio sino los ciudadanos, que disfrutaban de determinados derechos, algunos de ellos en exclusiva, como, por ejemplo, la propiedad de bienes inmuebles. La pertenencia al cuerpo ciudadano (*politeuma*) estaba reglamentada por la ley y tenía en cuenta, como mínimo, el nacimiento, la residencia, el sexo (únicamente hombres) y la edad (solamente mayores de dieciocho años). La *pólis* conocía también subdivisiones cívicas o

administrativas (*phylai demoi*, fratrías, etc.) que distribuían el cuerpo ciudadano y ordenaban la participación comunitaria. La *politeia* reunía al cuerpo cívico y a las instituciones y leyes fundamentales. Las instituciones solían dividirse en tres grupos: el consejo y la asamblea; las magistraturas y los tribunales. Dependiendo del régimen político el consejo (en la oligarquía) o la asamblea (en la democracia) retenían el poder decisorio principal. Los magistrados (*archai*) recibían un poder delegado (*arché*) de los ciudadanos en quienes estaba depositada la soberanía (*kratos*). Los magistrados solían ser anuales, eran elegidos por votación o sorteo y sus competencias se centraban en buena medida en presentar propuestas y aplicar las decisiones tomadas por las instituciones principales. Los tribunales estaban formados por una fracción del cuerpo ciudadano y eran considerados de igual o superior importancia a la asamblea o el consejo. Frente a nuestra concepción moderna, la división de poderes se organizaba en el mundo griego en torno a la iniciativa y decisión, esto es, se refería a la capacidad de las diferentes instituciones para promover iniciativas o tomar decisiones. De esta manera, por ejemplo, un consejo democrático tenía la iniciativa en la presentación de proyectos pero contaba con limitadas posibilidades de tomar decisiones, mientras que una asamblea democrática apenas podía impulsar iniciativas pero retenía la decisión última en la mayoría de los asuntos importantes. Además, en la medida en que la política se convirtió en decisión mayoritaria que se alcanzaba a través del debate público, la palabra como voluntad racional (*logos*), libremente ejercida, llegó a desempeñar un papel decisivo en la vida comunitaria. Por último, la ley se definía como la emanación de la voluntad colectiva.

Actualmente tendemos a pensar que la autonomía era una

característica esencial de la *pólis*, intrínseca a su propia naturaleza. Una autonomía que en época clásica se refiere más a soberanía e independencia que a autogobierno o autonomía interna y que incluye el derecho a darse sus propias leyes, gravar económicamente con sus propios impuestos, gozar de su propio sistema monetario, de pesos y medidas, fiscalizar y elegir a sus magistrados, controlar su sistema judicial y su propio territorio y poseer plena libertad en política exterior. Sin embargo, se puede afirmar que, mucho antes de la época helenística, buena parte de las *póleis* griegas vieron recortada su autonomía, ya fuera por inclusión en una Liga hegemónica, en un Estado federal, en una alianza bilateral asimétrica o por sometimiento al rey persa. Dichas *póleis* pasaron, pues, de *autonomoi* a *hype- kooi* (sometidas); pero no por ello dejaron de ser *póleis*, entendidas como comunidades de ciudadanos, dotadas de un centro urbano e instituciones políticas. De hecho, ningún autor clásico indica expresamente que la autonomía fuera una característica fundamental de la *pólis*, sin la cual ésta no pudiera existir, deseable sí pero no esencial, y se hace sobre todo hincapié en la *autarkeia* definida como autosuficiencia económica y demográfica. Sencillamente, más o menos interferidas por otro Estado, las *póleis* no perdían su identidad como estados si perdían su autonomía, seguían siendo *póleis*.

Los griegos conocieron una amplia variedad de regímenes políticos. La monarquía y la tiranía constituían formas de poder unipersonal contrapuestas: mientras que, en la filosofía política griega, la monarquía se hallaba sometida a las leyes y poseía poderes y competencias regladas, la tiranía era contraria a toda ley. Las oligarquías eran muy diversas pero todas se basaban en la negación de los derechos políticos a una parte más o menos amplia del cuerpo

ciudadano (oligarquía extrema o moderada), ya fuera en razón del parentesco (oligarquía dinástica), del nivel de renta (oligarquía timocrática o plutocrática) y a veces de la ocupación (los que poseían determinados oficios, como artesanos o mercaderes, podían verse excluidos). Por el contrario, las democracias concedían la plenitud de derechos a todos los ciudadanos independientemente de su riqueza, origen familiar o extracción social. Finalmente, las facciones políticas cumplían un papel esencial en la vida de las *póleis*. Eran pequeñas unidades de la lucha política escasamente estructuradas, reunidas en torno a varios líderes sobre la base de sus conexiones personales, que tenían la intención de influir en el proceso de decisión y de impulsar determinadas ideas en política interior o exterior.

La identidad étnica era un elemento de suma importancia en una parte considerable del mundo griego. En general, la identidad puede ser definida como el sentimiento auto-consciente, autodefinido y subjetivo por parte de un individuo de pertenecer a un grupo social de tamaño diverso con el que comparte determinados rasgos, valores y símbolos variables de una identidad a otra. Dicha identidad solía ser normalmente reconocida como tal y como diferente por otros grupos. Así, por ejemplo, los beocios se sentían beocios y eran reconocidos como tales por atenienses, tesalios o focidios. Aunque el término que se empleaba para nombrarla, *ethnos*, es poco concreto (puede incluir desde estados federales a grandes unidades como dorios o jonios), es posible acotar lo que podríamos denominar comunidad étnica regional, una categoría específica de identidad, intermedia entre la *pólis* u otra entidad similar y la helenidad (el común sentimiento de pertenencia al mundo griego), y que se basaba en la existencia de una comunidad dialectal; la conciencia de un territorio, uno primordial u originario

de la etnia, y otro posterior que se ocupa al menos en el I Milenio; la extensión de unos pocos cultos compartidos por toda la etnia, normalmente un héroe y una divinidad olímpica; la presencia de genealogías étnicas, que articulaban nociones y relaciones de ancestros y descendencia comunes, y la continuidad de tradiciones históricas, culturales y de costumbres diferenciadas. A veces estas comunidades étnicas regionales no llegaban a constituirse en comunidades políticas pero en otras denotaban la presencia, por ejemplo, de un Estado federal.



Estados federales y monarquías griegas

El Estado federal griego se denominaba normalmente en época clásica como *koinon* (unión), al que se añadía el nombre del pueblo que lo formaba ("unión de los beocios" por ejemplo), o mediante el simple nombre étnico (etolios, focidios, etc.). También se puede denominar *sympoliteia*. No existía ciertamente la distinción actual entre confederación, federación o Estado federal, pero sí conciencia de la existencia del federalismo y de las peculiaridades e

implicaciones del Estado federal. Como Estado que era, la Confederación poseía un territorio delimitado por fronteras lineales y un cuerpo de ciudadanos, unas instituciones y un centro político propios. Como hemos dicho, el Estado federal tenía como núcleo, aunque a veces no llegara a incluirla totalmente, una comunidad étnica regional (beocios, tesalios, focidios, etc.) y se fundaba sobre la *sympoliteia*, el derecho de los ciudadanos de todos los estados miembros a participar en las instituciones federales. La *sympoliteia* conllevaba, pues, la presencia de dos ciudadanías, una local y otra federal y, por tanto, la convivencia de dos soberanías, una local y otra federal. Como en nuestros días, el federalismo griego implicaba además una dispersión contractual del poder a través de la cual las instituciones federales no controlaban todas las decisiones. Las Confederaciones reconocían en su seno, así, la existencia de entidades políticas distintas, como *póleis* o subetnias, que poseían competencias diferentes, si bien lógicamente la autoridad federal era dominante. El Estado federal dirigía la política exterior y la defensa (sus funciones principales), se ocupaba además de la conservación del orden interno y del régimen político, de la elección de todos o parte de los magistrados federales y del control de los mismos, de determinadas competencias legislativas y jurisdiccionales, de la tutela de los santuarios federales y, en ocasiones, se reservaba el derecho exclusivo de acuñar moneda. La Confederación arbitraba también los conflictos que surgieran entre sus estados miembros y evitaba así los enfrentamientos armados internos. El Estado federal se cimentaba sobre un criterio de representación en virtud del cual todos los estados miembros participaban y estaban representados en los órganos federales. Dicha representación no era normalmente igualitaria, y podríamos

denominarla geométrica y no aritmética, puesto que era proporcional a la población de cada Estado y, por consiguiente, a su aportación en soldados y recursos financieros al Estado federal. La Confederación solía poseer de manera habitual un esquema institucional calcado de las *póleis* (consejo y asamblea, magistrados y tribunales federales), todos sus miembros usaban las mismas leyes generales (aunque existiera una legislación local que pudiera contener algunas diferencias) y un mismo sistema de pesos y medidas. Por todo ello (estructura estatal, *sympoliteia*, colaboración mutua entre entidades políticas diferentes, representación proporcional, marco institucional independiente y desarrollo legislativo homogéneo), la Confederación trascendía a la *symmachia* multilateral o Liga de guerra y a la Anfictio- nía religiosa. Obviamente también el federalismo encerraba sus peligros, podía encubrir y potenciar la hegemonía de una *pólis* sobre los demás miembros de la Confederación o podía servir al mantenimiento de un determinado régimen político, no sólo en la Confederación sino en los estados que la formaban, fueran éstos oligárquicos o democráticos.

Algunas confederaciones incluían únicamente *póleis* cornos los beocios y los focidios por ejemplo; en otros casos, como los acamamos, *póleis* y subetnias sin centro urbano y, en ocasiones, sólo subetnias, como los etolios antes de la época helenística. En estos casos la población vivía dispersa en casas de campo (*oikia*) o aldeas (*komai*) sin fortificar de similar tamaño y a menudo distantes entre sí, carecía de centros urbanos destacados y monumentales y el lugar de reunión de las instituciones federales era un sitio sagrado y no cívico. Existían asimismo determinados lugares fortificados que servían de refugio y se ocupaban en tiempos de guerra. La comunidad se organizaba en subetnias (mal llamadas tribus)

en las que los grupos de linaje constituían la esencia de la comunidad política; la diferenciación social era menor que en otras partes del mundo griego y muchas veces las actividades económicas más importantes se centraban en la ganadería y la trashumancia.

Un tipo diferente de Estado estaba constituido por las monarquías étnicas del Épi- ro y Macedonia. Sobre Macedonia puede consultarse el capítulo correspondiente. Los epirotas, situados en una región húmeda y montañosa del noroeste griego, comprendían tres grandes subetnias, molosos, tesprotos y caonios, y otras agregaciones menores. Hacia 330 los monarcas de los molosos lograron extender su poder a todo el Épiro. Se trataba de una realeza de semblanza homérica asentada sobre la herencia, la ley y el consentimiento comunitario, una suerte de monarquía contractual en la que el rey juraba respetar las leyes. Además de la monarquía, el Estado epirota conocía otras instituciones que limitaban el poder real: el llamado *próstates* de los molosos, que estaba asistido por un secretario, presidía la asamblea popular y era elegido probablemente por ella; asimismo un colegio que representaba a las subetnias más importantes (conocido por varios nombres: *damiorgoi, synarchontes o hieromnamones)* y quizá un consejo o sinedrio (que está documentado después de que fuera abolida la monarquía, hacia 235). Como tendremos ocasión de considerar, otro tipo de Estado muy distinto comprendía las monarquías dinásticas y multiétnicas del mundo helenístico como el imperio seléu- cida y el reino lágida.

Por último, el mundo griego conoció numerosas instituciones de derecho internacional que regulaban las relaciones entre estados griegos entre sí o entre estados griegos y bárbaros. Se trataba de un orden jurídico rico, variado y complejo, fundado sobre el uso consuetudinario

(la costumbre jurídica) y la práctica pactada y puesta por escrito (derecho legal). Podemos enumerar algunas de estas instituciones de derecho de gentes. La *proxenía*, puesto que no existían los embajadores permanentes, a través de la cual un ciudadano (*proxenos*) asumía oficialmente en su *pólis* la defensa de los intereses de otro Estado; la *koiné eirene*, el intento de establecer una paz general reglamentada internacionalmente; la alianza militar o *symmachia,* comunidad de combate contra otro que puede ser ofensiva o defensiva (en este último caso se denominaba *epimaquia*). Dichas alianzas podían ser bilaterales o multilaterales. Estas últimas pueden denominarse Ligas de guerra que, dominadas o no por una potencia (hegemón), solían contar con instituciones permanentes con una sede, un consejo (sínodo o sinedrio) y una caja de guerra comunes. Finalmente, la Anfictionía era una liga religiosa, esto es, la reunión de un determinado número de comunidades para la administración en común de un santuario y carecía, por tanto, de autoridades centrales de carácter político y militar.

Bibliografía complementaria

BECK, H. (1997): *Polis und Koinon. Untersuchungen zur Geschichte und Struktur der griechischen Bundesstaaten im 4. Jahrhundert v. Chr*. Stuttgart.

CABANES, P. (1987): "Cité et ethnos dans la Gréce ancienne", en *Melanges P. Levêque, 2*. París y Besancon, pp. 63-82.

HANSEN, M. H. (1993): *The Polis as an Urban Centre and as a Political Community*. Copenague.

LARSEN, J. A. O. (1968): *Greek Federal States*.

***Their Institutions and History*. Oxford.**

Capítulo 23

Siracusa

Junto a las grandes ciudades de Grecia, cuyas historias jalonan la época arcaica y la clásica, habría que destacar como de gran importancia algunas de las que se fundaron fuera del ámbito geográfico egeo; de todas ellas, no cabe duda, la más significativa fue Siracusa, que ya a partir del final del Arcaísmo conoció un crecimiento sustancial y que durante toda la época arcaica y buena parte de la helenística marcó una dinámica histórica propia en todo el Occidente griego. Todavía Cicerón, en el siglo I, consideraba a Siracusa "la mayor de las ciudades griegas y la más bella de todas" (Cic., *Verr.*, 2.4.52).

La ciudad de Siracusa fue fundada en la península de Ortigia hacia 733 por colonos procedentes de Corinto, dirigidos por Arquias, un miembro de la familia de los Baquía- das, que a la sazón ejercía el poder allí. En aquella época, y frente a lo que se pensaba hasta no hace demasiado tiempo, Ortigia no era una isla, sino una península unida a la costa por un estrecho istmo, a cuyos lados se abrían sendas bahías, aptas para ser utilizadas como puerto: al este el puerto pequeño o Laquio y al oeste el Gran Puerto; una serie de marismas y zonas inundadas daban a ese territorio un aspecto muy diferente del actual. En la península había abundancia de agua porque allí fluía un manantial, la fuente Aretusa, que fue pronto divinizada por los griegos. En Ortigia se han hallado restos de unas cabañas que estaban ocupadas por los indígenas y que fueron desmanteladas a

fines del siglo VIII, algunas coincidiendo con el establecimiento griego pero otras más adelante.

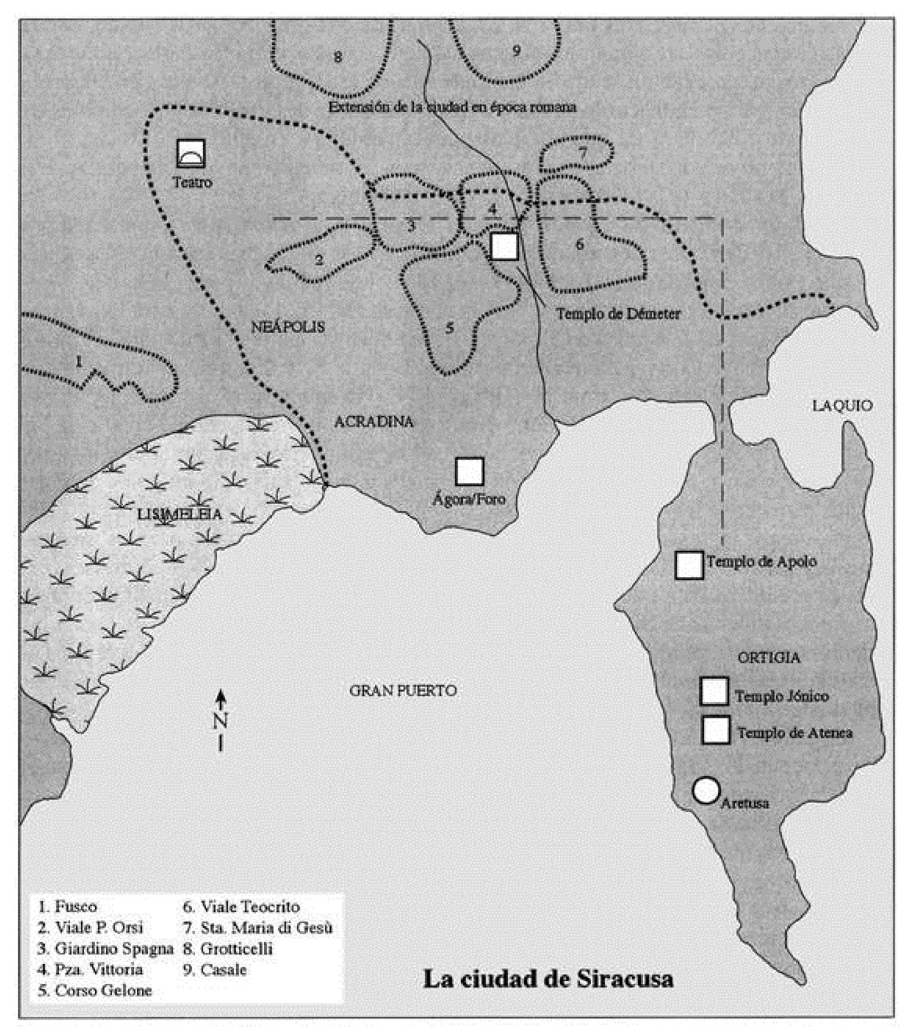
Los colonos corintios establecieron un trazado urbano regular consistente en una serie de largas calles rectilíneas que seguían más o menos un trazado norte-sur acomodándose a la topografía de Ortigia; estas calles eran atravesadas por otras que se cruzaban en ángulo recto definiendo una trama urbana bastante densa; la calle principal que atravesaba Ortigia de norte a sur se prolongaba en tierra firme, siendo el principal eje viario de la ciudad hasta época romana. Dentro de las manzanas delimitadas se alzaban las viviendas que, durante las primeras generaciones, eran poco más que pequeñas casas cuadrangulares de entre 16 y 20 m2; es posible que ya en esa primera delimitación urbana se reservase espacio para los santuarios y lugares deculto de la ciudad. Todavía algunas áreas de Ortigia, preservan, a pesar del tiempo transcurrido, trazados urbanos que corresponden al momento fundacional de la ciudad. En la tierra firme que se hallaba al noroeste de Ortigia los colonos situaron sus necrópolis, algunas de las cuales han sido excavadas y han mostrado, junto con tumbas de menor empeño, otras con ricas ofrendas así como con cerámicas valiosas que denotan la existencia de gentes de extracción aristocrática ya durante las primeras generaciones de la ciudad; los temas que aparecen en algunas de esas cerámicas, los caballos, así como algunas figurillas de bronce representando a estos animales, abundan también en la extracción aristocrática de sus propietarios. Fuentes de época posterior nos confirman que los aristócratas siracusanos, que basaban su riqueza, sobre todo, en la posesión de las ricas tierras regadas por el río Anapo, recibían el nombre de *gamoroi* (literalmente, “los que se reparten la tierra”) y que para ellos trabajaban unos

individuos, de estatus no precisado pero en todo caso dependiente, que eran llamados *kyllirioi* (Hdt., 7.155); la existencia de algún conflicto político a mediados del siglo VII viene sugerida por la participación de un grupo de exiliados siracusanos, los llamados Milétidas en la fundación de Hímera, junto con otro contingente de Zancle (Th., 6.5.1).

La pujanza de Siracusa fue bastante rápida, como muestra el que ya a partir de fines del siglo VIII se produzca una primera expansión de la ciudad en dos sentidos. Por un lado, se empieza a ocupar la zona de tierra firme adyacente a la península, que recibirá el nombre de Acradina, pero también se establece el primer puesto avanzado de Siracusa en la localidad de Heloro, en la fértil desembocadura del río Tellaro y a unos treinta kilómetros al sur. Ése será el inicio auténtico de un amplio proceso colonizador que producirá las fundaciones de Acras (663) y Casmenas (643) en las tierras altas del interior y de Camarina (598) en la costa meridional de la isla. Esta expansión le permitió a la ciudad anexionarse un importante y rico territorio, bastante poblado por comunidades indígenas que poco a poco fueron cayendo en la órbita de la dependencia de Siracusa. Aunque no conocemos con detalle los modos de relación de la ciudad griega con esas poblaciones indígenas, los mismos parecen haber ido desde la sumisión política sin demasiada resistencia a una firme oposición a ese dominio. De cualquier modo, sabemos que hacia 552 Siracusa tuvo que hacer frente a la rebelión de su colonia Camarina, que contaba en su ayuda con la participación de tropas indígenas tan descontentas con la metrópoli como lo estaban sus colonos.

El siglo VI es, a pesar de ello, uno de los primeros momentos en los que tenemos algún dato sobre la suerte de

Siracusa; la información procede sobre todo del registro material que atestigua que en ese momento la ciudad inicia una política de monumentalización de espacios sagrados. Al siglo VI corresponde el templo de Apolo en Ortigia, uno de los ejemplos más antiguos del orden dórico en Sicilia; la advocación del templo no plantea dudas, porque en uno de los escalones aparece un epígrafe que lo certifica, así como el nombre del arquitecto responsable de la obra, Cleómenes, hijo de Cnidieidas. La piedra que emplean los siracusanos procede de las canteras (llamadas "latomías") que bordeaban y delimitaban la ciudad; fuera de la misma, a unos tres kilómetros al sur y cerca de la desembocadura del Anapo se levantó también en la primera mitad del siglo VI otro templo dedicado a Zeus Olímpico. A fines del siglo VI se inició otro templo, en este caso de orden jónico, el único de toda Sicilia y, por tanto, una auténtica rareza en la isla. Al siglo V, sin embargo, corresponde el templo de Atenea, de orden dórico, que se halla embutido en la actual catedral, y enfrente del templo jónico recién mencionado. Es muy posible que la zona de Ortigia en la que se levantaron estos dos templos, el tercio meri- dional de la isla, se configurase como la acrópolis de la ciudad, en la que se concentrarían los principales santuarios.



La ciudad prosperó durante la época Arcaica regida por su gobierno oligárquico; conoció una expansión que la hizo controlar toda la esquina suroriental de la isla; mantuvo relaciones comerciales importantes, además de con otras zonas de Sicilia, con la propia Grecia como atestiguan los objetos hallados en sus necrópolis; desarrolló un brillante artesanado, ejemplificado en las ricas decoraciones arquitectónicas en terracota que servían para embellecer los templos; la agricultura se desarrollaba bastante bien en las cerca de 100.000 ha de que podía disponer la ciudad y en

ellas se cultivaba trigo, vid, tal vez olivo y pastaba el ganado, incluyendo los caballos de los aristócratas. Sin embargo, la suerte de la ciudad estaba a punto de cambiar.

En algún momento de los años noventa del siglo V, Siracusa se ve amenazada por las campañas de Hipócrates, tirano de la ciudad de Gela en la costa meridional de Sicilia, que estaba empeñado en hacerse con el control de la mayor parte de la isla. Siracusa fue derrotada por Gela en una batalla cerca de Heloro, lo que muestra lo avanzado de los planes de conquista de Hipócrates; sin embargo, tanto su metrópolis, Corinto, como su hermana Corcira interceden por Siracusa ante el tirano, que se conforma con la entrega de la plaza de Camarina (Hdt., 7.154). No sabemos si el siguiente suceso está o no relacionado con el anterior, pero no resulta improbable, habida cuenta de los resultados del mismo. En efecto, hacia 486, el *demos* de Siracusa, junto con los grupos dependientes, los *kyllirioi*, a los que nos hemos referido antes, dio un golpe de Estado que provocó la huida de los oligarcas, los cuales se refugiaron en su colonia de Cas- menas; de allí regresarían a Siracusa al año siguiente, pero no por sus propios medios, sino "ayudados" por Gelón, que en ese momento era tirano de la ciudad de Gela, al haber sucedido a Hipócrates. Quizá ambos tiranos gelenses se habían dado cuenta de las potencialidades de Siracusa, en una posición mucho más estratégica de cara a las relaciones con la península italiana y con Grecia, con unos puertos muy superiores al de Gela y con un amplísimo y riquísimo territorio a sus espaldas. De ahí el interés por conquistar Siracusa.

La política de Gelón, sin embargo, no se limitó a someter a la ciudad, sino que lo que este personaje hizo fue algo muy diferente: convertir a Siracusa en la ciudad más grande, poblada y rica de toda la isla. Para ello, él mismo trasladó el

centro de su poder desde su ciudad natal hasta Siracusa llevándose consigo a más de la mitad de los ciudadanos de Gela, a todos los de Camarina y a la aristocracia de Megara Hiblea que fue también arrasada, así como la ciudad de Eubea en Sicilia (Hdt., 7.156). También concedió la ciudadanía siracusana a diez mil de sus mercenarios (Diod., 11.72.3) y parece haber fomentado la inmigración de otros griegos, en especial procedentes del Peloponeso. Para dar cabida a tal gran cantidad de población nueva se construyen nuevos barrios en la ciudad, como Neápolis y quizá Tyche, que crecerá en época helenística, y caben pocas dudas de que la presión sobre el territorio, cada vez mayor, debió de provocar descontentos y resentimientos entre las comunidades indígenas, que iban perdiendo su margen de maniobra e, incluso, parte de sus tierras ancestrales. Desde el punto de vista urbano, la expansión de la ciudad hizo que antiguas necrópolis que ocupaban esos terrenos se clausuraran, lo que nos permite seguir con cierto detalle el proceso de crecimiento de la ciudad.

La gran potencia siracusana se enfrentó, hacia la misma época en la que en Grecia se desarrollaba la Segunda Guerra Médica, con los cartagineses en la batalla de Hímera, en la que una coalición siracusana-gelense-agrigentina combatió contra un gran ejército enviado por Cartago y apoyado por los tiranos de Hímera y de Regio (480); la victoria griega y el gran botín conseguido permitió que Gelón embelleciese su nueva capital, construyendo el templo de Atenea al que hemos aludido antes y otro dedicado a Demé- ter y Core, así como una nueva ágora monumental en el barrio de Acradina de la que apenas se conservan restos, reparando también los templos más antiguos como el de Apolo y construyendo arsenales. Su hermano y sucesor Hierón convirtió a Siracusa en uno de

los focos culturales más impresionantes de toda la Hélade, pues a su corte acudían a cantar los poetas más renombrados del momento, como los líricos Píndaro, Simónides y Baquílides o el trágico Esquilo y es posible que fuese este tirano el que construyese el primer teatro permanente de Siracusa, en la esquina noroccidental de la ciudad. Por si fuera poco, su flota aplastó a la etrusca en aguas de Cumas en 474, mostrando cómo los nuevos intereses de Siracusa no se limitaban a Sicilia, sino que se proyectaban más allá; prueba de ello también es que estos tiranos y su entorno participaron en los grandes festivales panhelénicos (Olimpia, Delfos, Nemea, Istmia) alzándose con la victoria en diferentes competiciones, sobre todo hípicas, en cerca de veinte ocasiones y dedicando en los santuarios correspondientes ricos monumentos conmemorativos. Nadie en Grecia podía superar el poder y la fama de los dos hermanos.

La muerte de Hierón en 467 y la de su otro hermano y sucesor, Trasibulo, al año siguiente, hizo que los siracusanos decidieran cambiar de régimen y adoptar un sistema democrático modelado en buena medida sobre las bases del ateniense; los años siguientes fueron bastante confusos en Siracusa porque la nueva democracia revisó la generosa política de concesión de ciudadanía de los tiranos y buena parte de los mercenarios fueron privados de sus derechos, lo que abrió un período de luchas civiles. Pero también los indígenas se rebelaron, y dirigidos por un notable sículo, Ducetio, llevaron a cabo una guerra durante unos diez años (460-450) que, a pesar de varias derrotas, consiguieron vencer los siracusanos aliados con otros griegos, sobre todo con los agrigentinos. El final de los conflictos internos y la pacificación de los indígenas de la esquina suroriental de Sicilia, que quedaron en la práctica sometidos a la autoridad

siracusana, provocó en la joven democracia unas nuevas ansias expansionistas no demasiado distintas de las que habían puesto en práctica los tiranos.

La presión siracusana se dirige ahora a sus vecinas griegas del Norte, las ciudades de Naxos, Leontinos y Catania, que ven cómo la gran *pólis* del Sur les priva de sus recursos y también les enajena la amistad de los indígenas de la zona, que habían logrado un *statu quo* aceptable con los griegos. Estas ciudades, de estirpe eubea, acabarán recurriendo a Atenas que, dentro ya del enfrentamiento que mantienen en Grecia con Esparta y sus aliados (la Guerra del Peloponeso) mandan una expedición a Sicilia en 427. En Siracusa empiezan a surgir líderes populares que adquieren gran poder y que, a la postre, volverán a llevar la tiranía a la ciudad; en estos momentos el hombre fuerte es Hermócrates, que consigue convencer a las propias ciudades enemigas de que es mejor que sean los propios sicilianos los que resuelvan entre sí sus asuntos sin necesidad de que intervengan las potencias de la Grecia propia. De este modo, en 424 los atenienses son invitados a abandonar Sicilia, y los siracusanos proseguirán su política de acoso contra las ciudades eubeas lo cual, con el tiempo, propiciará una nueva intervención de Atenas sobre la que volveremos en el capítulo dedicado a la Guerra del Peloponeso.

Aunque de forma precipitada y violenta, Siracusa se había convertido en el siglo V en la ciudad más poderosa de toda la Hélade; si hemos de creer a Heródoto, Gelón hubiera sido capaz de poner en pie de guerra, para ayudar a los griegos contra los persas, a un ejército descomunal: doscientos trirremes (lo que implica entre treinta y seis mil y cuarenta mil hombres), veinte mil hoplitas (Atenas disponía de unos diez mil y Esparta de unos nueve mil), dos mil jinetes (en los ejércitos griegos apenas había caballería), dos

mil arqueros, dos mil honderos y dos mil jinetes ligeros, así como el suministro en trigo a todas las tropas griegas mientras durase la guerra (Hdt., 7.158). Estas cifras, que no parecen exageradas habida cuenta de la política de concentración de población llevada a cabo por Gelón convirtió a Siracusa, a partir de ese momento, en una superpo- tencia, al menos para los cánones de la época. Aunque a la caída de la tiranía se produjeron, como dijimos, expulsiones de ciudadanos, Siracusa se garantizó tras la victoria sobre Ducetio el apoyo militar de buena parte de la población indígena, lo que pudo compensar las pérdidas, por lo que su posición como árbitro indiscutible de la situación siciliana se mantuvo.

Será a esta Siracusa, poderosa y bajo un liderazgo consolidado, a la que volverá a atacar Atenas a partir de 415, introduciendo de nuevo a Sicilia en la corriente histórica principal del momento. La tenaz resistencia siracusana y los errores fatales en el mando ateniense darán una victoria sobresaliente a los sicilianos y herirán de muerte a la potencia ateniense. La victoria de Siracusa frente a Atenas y, aunque con más dificultades, frente a los cartagineses que reanudarán las hostilidades contra los griegos a partir de 409 la convertirán también en una *pólis* que se debe tener en cuenta durante el conflictivo siglo IV y, en la visión del filósofo Platón, en el baluarte del helenismo frente a los bárbaros en esa parte del mundo (Pl., *Ep.*, 8.355 d).

Bibliografía complementaria

BERGER, S. (1992): *Revolution and Society in Greek Sicily and Southern Italy*. Stuttgart.

DOMÍNGUEZ MONEDERO, A. J. (1989): ***La colonización griega en Sicilia. Griegos, indígenas y púnicos en la Sicilia Arcaica: Interacción y aculturación*. Oxford.**

GABBA, E. y VALLET, G. (eds.) (1980): ***La Sicilia Antica, 1, II*. Nápoles.**

SJÖQVIST, E. (1973): ***Sicily and the Greeks. Studies in the Interrelationship between the Indigenous Populations and the Greek Colonists*. Ann Arbor.**

Capítulo 24

Delfos y los centros oraculares

El deseo de conocer lo que el Destino o los Dioses deparan a los seres humanos es algo que, casi con seguridad absoluta, ha preocupado a casi todas las culturas; enfrentarse a un futuro oscuro con ciertas garantías era, pues, un objetivo que no podía desdeñarse. Para los griegos, el medio principal para conocer lo que aún no había sucedido era recurrir a sus dioses e interrogarles; éstos responderán a los humanos una vez que se hayan llevado a cabo los ritos pertinentes, incluyendo purificaciones, sacrificios y ofrendas y lo harán, por lo general, a través de personas que recibirán la inspiración divina y se convertirán en los intermediarios entre los dioses y el resto de los mortales. Pero las palabras de los dioses no siempre son directas, por lo que el receptor de las mismas deberá tener la suficiente inteligencia o sagacidad como para desentrañarlas; los dioses no mienten, pero sus palabras van envueltas siempre en enigmas que hay que saber interpretar. Además, los dioses declinarán toda responsabilidad por el mal uso o la mala interpretación

dadas a sus palabras.

En el mundo griego existieron diversos lugares consagrados a los dioses donde éstos emitían sus oráculos, en buena parte encomendados a dioses, pero en ocasión también a héroes. Podemos hacernos una idea bastante fiable de cuáles eran los oráculos más importantes a mediados del siglo VI a partir de una noticia de Heródoto (1.46) que relata cómo Creso de Lidia, ante la amenaza persa, decide enviar emisarios a los más destacables oráculos para preguntar qué debía hacer. Los que aparecen mencionados son el de Apolo en Delfos, el de Apolo en Abas de Fócide, el de Zeus en Dodona, el de Apolo Didi- meo en Mileto, el de Zeus-Amón en Libia y los de los héroes Anfiarao en Oropo y Tro- fonio en Lebadea. Además de ellos, el santuario de Apolo en Claros parece haber tenido también función oracular y en ocasiones la Ártemis de Éfeso hacía llegar sus designios a los mortales a través de sueños. Del mismo modo, el santuario de Asclepio en Epidau- ro utilizaba el sueño inducido en el fiel como medio de que el héroe diese la solución a la enfermedad que padecía aquél. En Epiro había también un peculiar santuario oracular, dedicado a los dioses infernales Hades y Perséfone, ubicado en la desembocadura de los ríos Aqueronte y Cócito, junto a la laguna Aquerusia, lugares en los que los griegos situaban la entrada al mundo infernal y donde también se realizaban consultas oraculares; del mismo modo, en el cabo Ténaro, en Heraclea Póntica y en el lago Averno, en Italia, había también centros oraculares de este tipo. Frente a lo que a veces se afirma, en Délos no hay constancia de la existencia de ningún oráculo y, de haber existido, habría sido sólo durante épocas muy remotas; lo mismo ocurre con Olimpia, donde tampoco existió oráculo alguno. Por último, otra faceta de estos oráculos es la que aportan las Sibilas, mujeres consagradas

que emiten profecías en versos hexámetros; se vinculan a la Grecia del este y, en el Occidente, a la ciudad de Cumas.

De todos los santuarios oraculares, que resolvían las dudas de sus fieles, ya fuesen particulares, ya estados, el que más importancia tuvo fue, sin lugar a dudas, el de Apolo en Delfos. Si retomamos el caso del rey Creso que mencionábamos líneas atrás, después de haber enviado emisarios que hicieran consultas en los oráculos más importantes de Grecia, el rey llegó a la conclusión de que era éste el más verdadero de todos (Hdt., 1.48) y, en consecuencia, fue en el que dedicó una mayor cantidad de ofrendas (Hdt., 1.50-51).

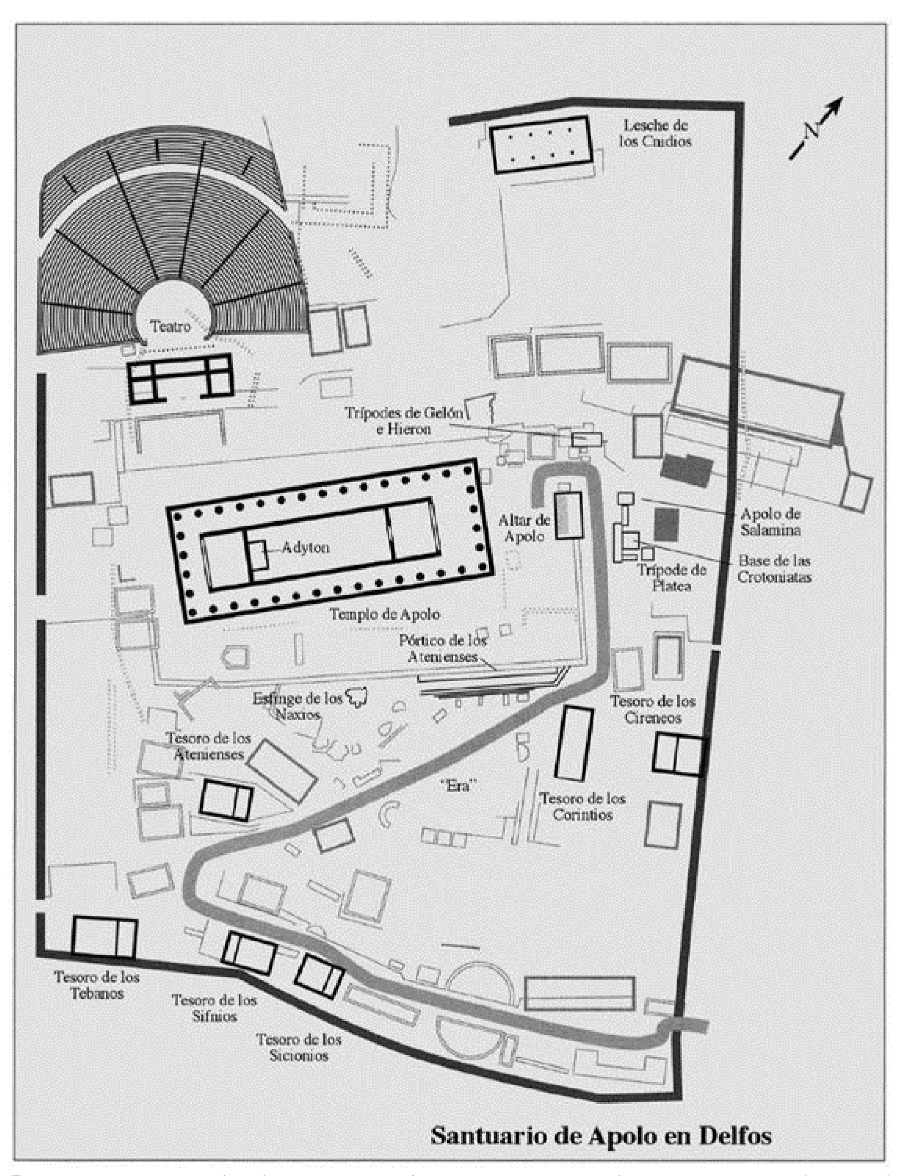
El santuario de Delfos se encuentra en las estribaciones meridionales del monte Parnaso, sobre el valle del río Pleistos que a su vez desagua en el golfo de Itea. Se trata de una región que experimentó frecuentes terremotos, donde la roca abría paso con frecuencia a cuevas (como el Antro Coricio) y también rica en manantiales (como la Fuente Castalia). El sitio en el que surgiría el santuario estuvo ocupado durante época micé- nica, si bien nada indica que hubiese alcanzado ya el carácter religioso que con el tiempo lograría; se trataría de un asentamiento, al que corresponden algunos restos de actividades rituales (en forma sobre todo de terracotas) pero sin que parezca que esa actividad haya sido exclusiva. El final del mundo micénico supone la destrucción del asentamiento y el inicio de un período al que apenas corresponden restos, lo que sugeriría el abandono, total o parcial, del entorno. A partir de mediados del siglo IX empiezan a aumentar de nuevo las huellas de ocupación humana, sobre todo viviendas, si bien la existencia de algún área con una sacralidad especial, aún no identificada, viene demostrada a partir de finales de dicho siglo por el hallazgo de trípodes de bronce que son,

sin duda ninguna, ofrendas a una divinidad.

El entorno de Delfos alberga dos áreas de culto principales, el propio santuario de Apolo, que se recuesta sobre la pendiente de la montaña y el área de Atenea Pronea, conocida como Marmaria, que se ubica unos cientos de metros al este de la anterior, sobre una pequeña planicie. Además de estas divinidades, las tradiciones griegas situaban en el entorno délfico otros cultos, a los que se atribuía en ocasiones una antigüedad mayor que al del propio Apolo. Se trataría de Posidón, de Themis y de su madre, la propia Gea (la Tierra); en relación con esta última estaría la serpiente Pitón, que habría recibido la muerte por las flechas de Apolo antes de que el dios se hiciese con el control del santuario. Sin duda estas tradiciones reflejan la multiplicidad de figuras divinas que los griegos habían ido situando en esos abruptos paisajes y dentro de este contexto el "triunfo" de Apolo habría marcado la "civilización" del entorno y el inicio de las profecías que servían para ayudar a los humanos.

El auge de Delfos parece estar vinculado al inicio de las navegaciones, sobre todo corintias, por las aguas del golfo de Corinto, en dirección a destinos en el Mediterráneo central; la existencia de un santuario asequible que protegiese a los marinos en sus travesías resultaba de gran interés. Del mismo modo, el santuario se convirtió en un foco de atracción para las poblaciones del entorno de tal modo que el mismo alcanzó también importancia regional. El inicio de las construcciones en el área sacra se produce a partir de mediados del siglo VII, momento en el que quizá se empiecen a pronunciar los primeros oráculos, que parecen haber respondido a cuestiones de diversa índole, pero entre las que un papel importante pueden haberlo desempañdo las relativas a los lugares y los modos de las fundaciones

coloniales, aunque sin desdeñar asuntos de guerras, plagas y escasez de cosechas (Plu., *Def. orac.*, 46). El primer templo parece haberse construido durante la segunda mitad del siglo VII y se habría incendiado hacia 548; y este hecho puede haber atraído a gentes de orígenes más diversos y, a juzgar por los materiales arqueológicos de la época encontrados en el área podríamos pensar en Acaya, Tesalia, Eubea, Ática, Argos y Beocia e, incluso, Creta, además de Corinto. Quizá también en esta época surjan competiciones atléticas, no demasiado bien conocidas, que serían las predecesoras de los posteriores Juegos Píticos.



Santuario de Apolo en Delfos

Buena parte de los peregrinos que acudían a consultar al oráculo o a rendir culto a Apolo llegaban por vía marítima y desembarcaban en Cirra (cerca de la actual Itea), y tenían que pasar por Crisa; da la impresión de que eran sometidos a diferentes exacciones en el trayecto y en el propio lugar de culto, lo que ponía en peligro la apertura que debía tener un santuario cada vez más importante. Eso provocó que

distintas ciudades y territorios se unieran para acabar con el monopolio de la población local, los focidios, sobre el santuario, lo que se consiguió tras la llamada Primera Guerra Sagrada (600-590) que concluyó con la destrucción de Crisa y la entrega de la administración del santuario a la Anfictionía que ya existía en torno al santuario de Deméter en Antela (cerca de las Termópilas y de la costa del golfo Malíaco). En la Anfictionía estaban representados con voz y voto los miembros de los antiguos pueblos griegos que habitaban en la Grecia central. Bajo el control de la Anfictionía Delfos asume ya de forma definitiva un papel pan- helénico, reforzado con la reorganización de los Juegos Píricos hacia 582, que incluirán ahora pruebas gimnásticas y carreras de carros. Es el momento también en el que empiezan a aparecer los primeros "tesoros" o espacios consagrados por diferentes ciudades para guardar en ellos las ofrendas que cada una de ellas dedicaba al dios.

El incendio del primer templo, al que aludíamos antes, provocó que muchos estados, pero también particulares, ofrecieran fondos para su reconstrucción; al final, se hicieron cargo de la misma los Alcmeónidas, una de las familias más importantes de Atenas. La segunda mitad del siglo VI es un gran momento constructivo en el área sacra y las riquezas que acumula en esa época el santuario son proverbiales, destacando entre ellas las ya mencionadas de Creso, pero el santuario también recibe ofrendas de ciudades griegas, entre las que sobresalen las situadas en Sicilia y la Magna Grecia que, en buena medida, considerarán al Apolo de Delfos protector en cuanto que contribuyó a sus respectivas fundaciones. A la época clásica corresponden, en su mayoría, los vestigios que hoy pueden contemplarse y que se reflejan en el plano adjunto, entre ellos el teatro, sede de las competiciones musicales que

habían sido las primeras en celebrarse en el santuario y el estadio, sede de las competiciones gimnásticas. Hacia 373 el templo construido por los alcmeónidas se derrumbó quizá por un terremoto y la Anfictionía inició en seguida su reconstrucción recaudando fondos entre sus miembros y entre quienes quisieran participar en la obra; son sus ruinas las que, en no muy buen estado, pueden verse en la actualidad y las cuentas de las obras se conservan en parte de los numerosos textos epigráfi- cos procedentes del santuario. Las obras, incluyendo la decoración exterior, parecen haber finalizado hacia 327. Parece haber seguido en funcionamiento, con mayor o menor intensidad según las épocas, hasta algún momento de los siglos III o IV d. C., época en la que fue incendiado por los cristianos y, aunque fue someramente restaurado, poco a poco toda el área sacra fue abandonada, cayendo en el olvido.

Considerado el centro del mundo, lugar en el que se hallaba su ombligo (*omphalos*), el santuario de Apolo era, como ya se ha dicho, la sede del oráculo (*manteiori*) más famoso e importante de toda la Hélade. Según algunos autores antiguos (Str., 9.3.5; Plu., *Def. orac.*, 50) era el soplo (*pneuma*) que salía de la roca, y que tenía un olor dulzón que provocaba un éxtasis en quien lo inspiraba, que le permitía adivinar el futuro. Estos datos fueron considerados parte de la leyenda hasta que, en los últimos años, ha podido demostrarse que, justo en el lugar en el que se hallaba el *adyton* del templo, que era donde se sentaba la profetisa, llamada Pitia, sobre un trípode para recibir la inspiración divina, hay una fractura en el suelo producida por el cruce de dos fallas casi perpendiculares; la actividad sísmica de la zona, que en la Antigüedad se manifestó en varias ocasiones, calentaría las rocas, entre las que hay calcáreas bituminosas, lo que produciría vapores que contendrían hidrocarburos y

que serían expulsados a través de las grietas del terreno, entre ellos etileno, que suele tener un olor dulzón. Todo ello confirmaría que eran trances inducidos por emanaciones de gases los que provocaban el éxtasis oracular.

La consulta se realizaba en las primeras épocas sólo durante un día al año, el aniversario del nacimiento de Apolo, aunque con el tiempo se fue ampliando hasta llegar a una vez al mes. Los sacerdotes, que eran nombrados por la ciudad de Delfos, se encargaban de que los que iban a realizar consultas hiciesen las purificaciones pertinentes, los sacrificios correspondientes y los pagos apropiados; una vez hecho todo ello a satisfacción, eran llevados hasta el templo. Allí, en una sala semisubterránea, el *adyton*, y oculta por unas cortinas, estaba la Pitia. Ésta era una doncella natural de Delfos, que era consagrada de por vida a tal menester y debía mantenerse pura durante todo ese tiempo; situada sobre un trípode, recibía el soplo divino y allí emitía los oráculos, en ocasiones con voz entrecortada. Los sacerdotes o "profetas" eran los encargados de interpretar el sentido de las palabras pronunciadas por la Pitia y de ponerlas por escrito, con frecuencia en verso. Las fuentes literarias han transmitido gran número de estos oráculos pero da la impresión de que la gran mayoría han sufrido procesos de reelaboración con el paso del tiempo; el propio oráculo délfico podría explicar o aclarar, si se le requería, el sentido de sus palabras y, cuando los hechos se habían producido de acuerdo con una determinada interpretación de las mismas, no cabe duda de que el santuario aprovechaba tal éxito para, emitiendo un nuevo oráculo complementario, demostrar la exactitud de su primera predicción. Las ciudades recordarían durante toda su existencia aquellos oráculos, a los que irían añadiendo otros complementarios, y los autores antiguos se hicieron eco de ellos; sin embargo, conocemos muy pocos oráculos originales que reflejen las condiciones de la época en la que se emitieron.

Uno de los mayores honores que podía concederse a un individuo o a un Estado era el de la *promanteia*, lo que

significaba que tenía preferencia para consultar el oráculo antes que los demás que esperaban su turno. Por lo general, quienes recibían tal honor solían mostrar su agradecimiento al dios construyendo monumentos en el santuario o

haciendo costosas ofrendas; también los que habían actuado de acuerdo con lo que el oráculo les había indicado y habían obtenido el éxito en las empresas que habían emprendido.

Todo ello provocó una acumulación tremenda de riquezas en el santuario, de la que los objetos que las excavaciones han sacado a la luz no son sino un palidísimo reflejo. Parte de las riquezas consagradas en el santuario aparecen también mencionadas en los autores antiguos y se han hecho en ocasiones estimaciones de conjunto; un momento importante para la evaluación de tales riquezas lo proporciona la Tercera Guerra Sagrada (356-346) en la que los focidios, privados del control del santuario délfico desde inicios del siglo VI, deciden hacerse de nuevo con él y, para conseguir fondos para su guerra, convienen echar mano a las ofrendas en él reunidas. Se estima su valor en torno a los diez mil talentos de plata (más de doscientos cincuenta mil kilogramos) (Diod., 16.56.6), lo que es una cantidad nada despreciable; al acabar la guerra con la derrota de los focidios, éstos fueron castigados con el pago de una multa por esa misma cantidad que, no obstante, no llegaron a liquidar en su totalidad.

El santuario délfico, junto con otros centros oraculares de Grecia constituyó, pues, uno de los focos culturales griegos; el oráculo, los festivales, su riqueza, pero también unas primeras elaboraciones éticas que surgieron en el mismo, lo convierten en una institución de gran interés para estudiar las relaciones interestatales griegas durante

Bibliografía complementaría

FONTENROSE, J. (1978): ***The Delphic Oracle. Its responses and operations with a catalogue of responses*. Berkeley.**

LEFEVRE, F. (1998): ***L'Amphictionie pyléo-delphique: Histoire et Institutions*. París.**

MORGAN, C. (1990): ***Athletes and Oracles. The Transformation of Olympia and Delphi in the Eighth century B.C.* Cambridge.**

SANCHEZ, P. (2001): ***L'Amphictionie des Pyles et de Delphes. Recherches sur son rôle historique des origines au lie siécle de notre ère*. Stuttgart.**

Capítulo 25

La economía griega

Como acontece en la práctica totalidad de las sociedades preindustriales, la economía griega era abrumadoramente agrícola, esto es, se basaba sobre la tierra de cuya explotación dependía gran parte, quizá un 80% como mínimo, de la población total. Debido a la pobreza del suelo griego, a la escasa pluviosidad anual, al bajo nivel tecnológico, a las limitaciones de la mano de obra y al desigual reparto de la propiedad, la inmensa mayoría de los campesinos griegos vivían bordeando el nivel de subsistencia, sometidos al continuo temor de que una mala cosecha provocara una grave penuria o diera lugar a la aparición de la hambruna.

En el mundo griego era normal que sólo los ciudadanos

varones adultos, mayores de dieciocho años, poseyeran bienes inmuebles, casas o terrenos. Existía, pues, un estrecho vínculo entre ciudadanía y propiedad de la tierra; de hecho, la agricultura se consideraba la actividad por antonomasia del ciudadano y del hombre honrado, mientras que la artesanía, el comercio y el trabajo asalariado eran vistos con desdén. Ciertamente la herencia, con la división de la propiedad entre los herederos, constituía una preocupación fundamental de la familia campesina, pero la fragmentación por razones de herencia se hallaba, no obstante, limitada por la cortedad de las familias griegas, los enlaces matrimoniales que tendían a proteger y a aumentar las propiedades y por la propia legislación, que se preocupaba por el mantenimiento estable del número de lotes campesinos. En contra de algunas afirmaciones modernas parece haber existido una considerable estabilidad en la propiedad de la tierra. De las escasas y dispersas noticias que conservamos parece desprenderse que predominaba la pequeña y mediana propiedad, entre cuatro y diez hectáreas, que puede considerarse una extensión capaz de sostener a la familia de un hoplita. Era posible hablar de una gran propiedad a partir de la veintena de hectáreas; sin embargo, estas grandes propiedades no constituían normalmente latifundios continuos sino que se refieren más bien a la suma de los lotes dispersos que pertenecían a un único propietario (Lys., 17.5; Aesch., *Timarco,* 97-98). La propiedad colectiva, sea del Estado, de santuarios o de asociaciones privadas era también muy notable, y quizá supusiera en torno al 10% del total.

En buena parte de Grecia las explotaciones agrícolas tendían a ser rectangulares y estaban cercadas por setos, árboles o muros. Existía cierta homogeneidad en cuanto a los cultivos y las técnicas, y las diferencias sustanciales

dependían del tipo de suelo y de la mayor o menor proximidad al lugar de residencia del cultivador; unos cinco kilómetros, el equivalente a una hora de camino, se juzgaba como la distancia máxima. La familia constituía la unidad primaria de producción y consumo y el cultivo tenía como finalidad principal la autosuficiencia de la familia del propietario y no el mercado. De este modo, la práctica totalidad de la producción se consumía dentro del propio ámbito de la familia campesina; el excedente restante, si es que existía, se almacenaba en su mayor parte y era poco lo que se trasladaba al mercado. Con el fin de garantizar dicha autarquía, se cultivaban varios productos simultáneamente, lo que permitía la entrada de diversos alimentos y la reducción de los posibles riesgos provocados por una mala cosecha en un determinado cultivo. Así, la explotación agrícola estaba dedicada al grano, que constituía el 70-75% de la dieta cotidiana, fundamentalmente cebada, más resistente a la sequedad y menos exigente desde el punto de vista edafológico, y, además, se cultivaban legumbres, algunas hortalizas, vides, olivos, higueras y almendros. Junto a la explotación podía existir alguna instalación como una casa con una torre (*pyrgos*), con el fin esta última de almacenar y proteger los productos de humedades y salteadores, y un patio (*aulê*) para facilitar las labores agrícolas. Las granjas estaban acondicionadas para residir todo el año, aunque el propietario y su familia preferían vivir en un lugar agrupado, fuera ciudad, pueblo o simplemente aldea. El rendimiento de los cultivos cerealícolas solía ser bastante mediocre, cuatro granos por cada uno sembrado (*ratio* 4:1) podía juzgarse una buena cosecha. El agricultor trabajaba la tierra por sí mismo con ayuda de la unidad familiar y de uno o dos esclavos, y en algunos momentos de concentración del trabajo agrícola

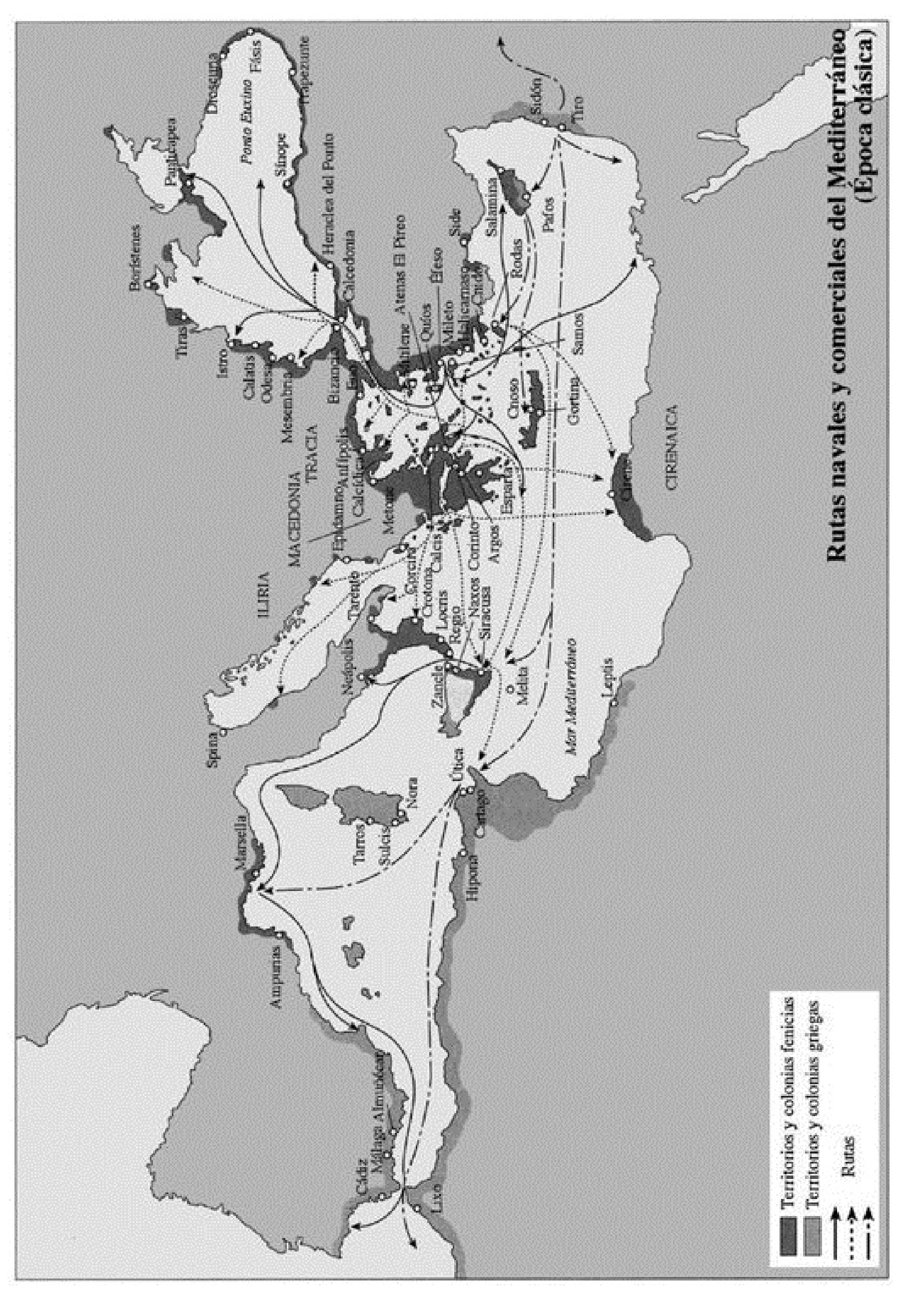
contrataba jornaleros entre los ciudadanos y los metecos.

Todas las casas campesinas contaban con un pequeño número de cabezas de ganado doméstico. Puesto que el ganado rivalizaba con el hombre en la alimentación y en el aprovechamiento de los campos de cultivo, nunca fue la ocupación fundamental, de hecho, los griegos consumían poca carne, unos dos kilogramos por persona y año, buena parte procedente de la caza, de modo que el ganado se criaba para complementar la autarquía familiar principalmente con sus lácteos, lanas, pieles y huesos. En realidad, era el pescado y no la carne el alimento principal que introducía proteínas animales en la dieta. El agricultor recogía leña, combustible imprescindible, y recolectaba también varias plantas silvestres como hinojo, cardos, bayas de enebro u ortigas. Finalmente, la confección de determinados alimentos como el pan, el vino, el vinagre y el mosto o los higos secos, la elaboración textil, la producción de carbón vegetal y la manufacturación de diversos utensilios, trabajos todos ellos realizados en el seno del núcleo familiar, complementaban eficazmente la autosuficiencia de la casa campesina.

El modelo descrito no puede ser aplicado íntegramente a la totalidad del mundo griego; en algunas zonas, como, por ejemplo, en Grecia central, se dio un cierto grado de simbiosis entre agricultura y ganadería, con cultivos agrícolas y una trashumancia diaria de corta distancia; en otras áreas, como en el Norte y Noroeste o la Alta Macedonia, predominó, en cambio, una ganadería de trashumancia a menudo estacional.

En el ámbito de la artesanía apenas tenemos datos que nos devuelvan el estatus jurídico de los propietarios de talleres y su nivel de renta, la situación de la mano de obra, la

productividad y la organización interna e importancia de la artesanía en el conjunto dela economía griega. Además de los talleres dedicados en exclusiva a la producción artesanal, suponemos, como hemos dicho, que una parte sustancial de la producción (alimentos, tejidos, herramientas y diversos utensilios) se circunscribía al ámbito de la artesanía doméstica, realizada en el interior de la casa y que empleaba sobre todo a las mujeres y se dirigía a satisfacer las necesidades autárquicas de la unidad familiar. En ocasiones, el campesino podía también complementar sus ingresos con algún producto artesanal y quizá esta artesanía a tiempo parcial pudo constituir un porcentaje importante de la producción. Otros talleres se hallaban incluidos en las explotaciones agrícolas y subordinados completamente a ellas como, por ejemplo, la producción de ánforas olearias, vinarias o cerealícolas.



La mayor parte de los talleres artesanales griegos eran de dimensiones muy modestas y contaban usualmente con el propietario, asistido a veces por su propia familia y por uno o dos esclavos, y sus producciones en raras ocasiones

traspasaban el ámbito local. Unos pocos talleres, donde el dueño trabajaba en compañía de una decena de esclavos, eran considerados ya de tamaño mediano. A partir de la veintena o treintena de trabajadores podemos hablar de grandes talleres en los que un rico artesano absentista confiaba la dirección a un esclavo que hacía de encargado. El taller más grande que conocemos ocupaba, en 404/3 en Atenas, a ciento veinte esclavos. Todo parece indicar que los oficios artesanales eran muy diversos y estaban sumamente especializados y, así, podemos encontrar perfumistas, escultores, ceramistas, fabricantes de escudos o de espadas, etc.

Los propietarios de talleres eran metecos o ciudadanos y quizá el porcentaje de estos últimos pudo ser mayor de lo que pensamos. Entre los trabajadores, sin duda en los grandes y medianos talleres, predominaba la mano de obra esclava, pero en los pequeños el trabajo del dueño y de su familia seguía siendo esencial. En momentos de aumento de producción se acudía a la contratación de asalariados libres. Conocemos muy poco de la organización interna del taller, más allá de una rudimentaria división entre el encargado, los trabajadores y aprendices y algunas especializaciones, por ejemplo, en los talleres cerámicos existían ceramistas y pintores. Dado el escaso nivel técnico, la productividad era baja y cada producto consumía una buena cantidad de horas de trabajo. El tipo habitual era el taller-tienda abierto hacia la calle, anejo a la vivienda del propietario; en algunos casos, los talleres dedicados a una misma producción tendían a concentrarse en determinadas calles, y muchos de ellos se situaban en las plazas o ágoras, en otras ocasiones, como los ceramistas o tallistas, podían localizarse extramuros.

Como sucede con otros aspectos de la vida económica y

social, la situación jurídica de cuantos participaban en la actividad comercial y la organización y el volumen de los intercambios en gran medida se nos escapan. Buena parte de los mercaderes eran metecos pero la mayoría, especialmente a pequeña escala, debía estar compuesta por ciudadanos. Asimismo el comercio empleaba esclavos y asalariados libres. Entre los tipos de mercaderes que conocieron los griegos destacaban el propio productor que vendía directamente sus excedentes (*autopoles*); el mercader al detalle (*kapelos*) y el comerciante al mayor que compraba o vendía en el exterior (*emporos*). En el tráfico comercial eran además importantes el nauclero, el dueño de un barco, que era también a veces propietario de mercancías, y los prestamistas que aportaban parte del capital necesario para la adqui

sición de los productos. Los préstamos marítimos se contrataban a un elevado interés (20-30%), debido a los riesgos que se asumían (tempestades, piratería, etc.), pero los beneficios podían ser también muy elevados (en torno al 100%).

Como Grecia nunca tuvo buenos caminos que fueran transitables para carros, el transporte terrestre en recuas de caballerías era terriblemente lento y costoso. Se prefería agotar hasta donde fuera posible el transporte marítimo. Precisamente en el tráfico ultramarino, esencialmente de gran volumen y de materias primas, se encontraba el negocio. Los barcos mercantes eran, por lo general, redondos, pesados y panzudos con una relación entre la eslora y la manga de 4:1 (7:1 era el caso de un barco de guerra) y, si bien algunos iban propulsados por remeros, se trataba normalmente de naves a vela que contaban con una sola arboladura y un único lienzo cuadrado. Aunque algunos navíos mercantes alcanzaban las cuatrocientas

toneladas, la media solía situarse entre las treinta y las setenta. La tripulación de un mercante incluía unos veinte marineros, la mayoría probablemente esclavos, unos pocos oficiales y el nauclero o propietario del barco. La temporada de navegación se extendía desde finales de marzo a finales de octubre o los primeros días de noviembre, y eran pocos los que se aventuraban a navegar en invierno; la navegación era casi siempre de cabotaje y se transportaba principalmente carga y no pasajeros.

Durante el siglo V El Pireo se convirtió en el principal puerto del Mediterráneo oriental. Además de las importantes rutas navales que unían Corinto con Occidente, conocemos varias principales que enlazaban buena parte del Mediterráneo con El Pireo. Por ejemplo, la ruta del trigo póntico que unía El Pireo con el Ponto Euxino; la de la madera y los metales de Tracia y Macedonia, que iba desde el puerto ateniense hacia la Cal- cídica, Tasos y Anfípolis; la ruta que atravesaba las Cícladas en dirección a Samos y el litoral de Asia Menor y de aquí a Rodas, Chipre, la costa fenicia o el delta del Nilo, y la que vinculaba El Pireo con Corinto por medio del *diolkos*, el camino de piedra en el Istmo entre el golfo de Corinto y el Sarónico.

Al llegar a puerto y desembarcar las mercancías era normal pagar unos derechos de aduanas del 2%. Después, la carga se trasladaba a los almacenes comerciales donde era depositada, custodiada y expuesta a los posibles compradores.

Otro aspecto importante de la economía griega durante la época clásica fue el nacimiento y desarrollo de la banca, que estaba fundamentalmente en manos de metecos. Establecimientos destinados en origen al cambio de moneda, los bancos aceptaban también depósitos en objetos

y dinero, realizaban pagos o cobros por cuenta del cliente y concedían préstamos al consumo o para financiar el tráfico marítimo. Pero conviene no exagerar el auge bancario: a pesar de todo, la importancia de la banca fue limitada y los bancos continuaron siendo instituciones de cambio más que de crédito. Además, como los metecos no podían aceptar como aval propiedades inmuebles, que constituían la base fundamental de la riqueza, lo que llamaríamos préstamos inmobiliarios se siguieron concertando entre ciudadanos particulares.

El período helenístico introdujo nuevos elementos en la vida económica. Así, el desarrollo de la urbanización con la fundación de más de trescientas *póleis* dinamizó la vida económica. La economía monetaria consiguió extenderse y la banca, pública o privada, cobró un nuevo impulso. Los monarcas exigían el empleo de grandes medios para reali zar sus proyectos, su corte, el ejército y la flota, los gastos suntuarios y el mecenazgo. Ello llevó a un proceso de concentración económica, al desarrollo del sistema impositivo con la multiplicación de impuestos directos o indirectos, muchos de los cuales se arrendaban a particulares, normalmente griegos, y a la aparición de ciertas tendencias diri- gistas y monopolistas. Otro elemento esencial de la época fue el auge comercial. Las rutas a larga distancia que unían el Mediterráneo con la India, Arabia o Nubia se encontraban ahora en gran parte en manos de los griegos. Aumentó, en consecuencia, el número y el volumen de los intercambios y surgieron nuevos centros comerciales como Seleucia del Tigris en Mesopotamia, Alejandría en Egipto, Antioquía en Siria y Rodas y Delos, esta última a partir de 167, en el Mediterráneo (véase mapa del capítulo 39). No obstante, todas estas novedades no parecen haber modificado sustancialmente las condiciones de vida

anteriores y se puede afirmar que las diferencias en relación con la época clásica fueron en realidad de escala y no de naturaleza.

Bibliografía complementaria

BURFORD, A. (1993): *Land and Labour in Greek World*. Baltimore.

GALLANT, T. W. (1991): *Risk and Survival in Ancient Greece. Reconstructing the Rural Domestic Eco- nomy*. Oxford.

HOPPER, R. J. (1979): *Trade and Industry in Classical Greece*. Londres.

WELLS, B. (ed.) (1992): *Agriculture in Ancient Greece*. Estocolmo.

Capítulo 26

Población y sociedad

De las propias fuentes griegas y de la extrapolación de algunos datos que proceden del mundo romano y de otras sociedades preindustriales europeas se puede afirmar, siempre con la debida reserva, que el mundo griego poseía una elevada tasa de nacimientos, próxima al máximo biológico de cuarenta por mil, tasa que se hallaba limitada, a su vez, por una fuerte tasa de mortalidad cercana al treinta y seis por mil. En consecuencia, el crecimiento vegetativo, incluso en épocas de aumento demográfico, era modesto y giraba en torno al 0,25% anual. Asimismo, la mortalidad infantil era muy alta, probablemente la mitad de

los nacidos vivos no llegaba a alcanzar los cinco años, y existía también una elevada mortalidad posparto de la madre. La esperanza media de vida se situaba en torno a los treinta y cinco años. Como consecuencia de ello, era normal que uno o ambos progenitores no llegaran a ver a sus hijos alcanzar la edad adulta. Ciertamente las familias griegas parecen haber sido numéricamente escasas, formadas por dos o tres hijos e hijas, lo que se relacionaba también con el deseo de limitar la fragmentación de la propiedad por la herencia, pero hay que tener en cuenta que, para que dos o tres niños alcanzaran la adolescencia, era necesaria quizá una media de cinco o seis partos. Como ciclo demográfico antiguo, la pirámide de edades era de base muy ancha; de manera hipotética y en general, se puede considerar que los menores de dieciocho años suponían más del 40% de la población total y eran pocos los que llegaban a vivir por encima de los sesenta años (c. 8%).

El lugar que ocupaba una persona en las diferentes sociedades griegas venía determinado no sólo por su riqueza individual sino por la reunión de una serie de condicionantes y criterios clasificatorios que tenían trascendencia social. Así, además del nivel de renta, es necesario incluir el estatus o categoría jurídica de una persona, es decir, la posesión o no de determinados derechos o privilegios; el nacimiento y el origen familiar, que separaba a los ciudadanos de otros sectores o a los aristócratas del común; el sexo, puesto que sólo a los hombres les era posible acceder a la plena ciudadanía (las mujeres carecían de buena parte de los derechos); la edad, puesto que los ciudadanos van adquiriendo derechos en relación con ella, en el caso de los hombres normalmente a los dieciocho años, y la residencia, pues sólo era ciudadano aquel que permanecía en su comunidad de origen.

En cada Estado griego sólo los ciudadanos, una parte minoritaria del conjunto de la población, gozaban de una plenitud de derechos definidos jurídicamente, varios de los cuales se disfrutaban de manera exclusiva: derechos políticos como la capacidad de ser elector y elegible, de presentar propuestas, debatir y decidir sobre ellas, de tomar parte de las magistraturas y de las diversas instituciones políticas y de ejercer un control sobre los magistrados; derechos judiciales y civiles como la posibilidad de participar directamente en la vida judicial, ya sea como jurado, acusador o acusado, o de contraer matrimonio con una ciudadana; y derechos económicos como la posesión de propiedades inmuebles (terrenos o casas), la capacidad de comprar y vender dichos bienes y de establecer préstamos que tuvieran como aval los mismos o de acceder a los repartos en dinero o en especie realizados por el Estado. Niños, adolescentes y mujeres se consideran parte de la comunidad ciudadana, pero en un sentido vago, ya que se encontraban sometidos a la tutela de un ciudadano adulto y tenían, por tanto, limitados sus derechos y su capacidad de actuación.

La práctica totalidad de los estados griegos distribuían a sus ciudadanos según su nivel de renta en una serie de clases censales, que tenían como finalidades básicas la milicia y la contribución fiscal. Así, según la capacidad de los ciudadanos para armarse, se repartían al menos en jinetes, hoplitas y aquellos que no tenían el nivel de renta suficiente para dotarse de una panoplia hoplítica y figuraban en las filas de la infantería ligera o entre los remeros de la flota. Como contribuyentes, los ricos aportaban la mayor parte de los impuestos regulares o extraordinarios (los pobres estaban exentos) y todas las liturgias, esto es, la financiación de determinados gastos públicos como el mantenimiento de un trirreme (trierarquía) o una representación teatral (coreguía).

En Atenas, desde los días de Solón (594), los ciudadanos se distribuían en cuatro clases censatarias: pentacosiomedimnos, *hippeis*, zeugitas y *thetes* (véase el capítulo correspondiente). En 431, los ciudadanos ricos (pentacosiomedimnos e *hippeis*) podían sumar el 4% de la población masculina ciudadana por encima de los dieciocho años; el sector medio de los zeugitas podía representar en torno al 40% y los más pobres, los *thetes,* se situarían en torno al 50%. Porcentajes similares debían de ser la norma en la mayor parte del mundo griego. Algunos ricos eran hombres nuevos que debían su fortuna a la artesanía y el comercio pero, incluso en Atenas, su número era pequeño en comparación con los grandes propietarios que constituían la aristocracia griega. El estrato medio estaba formado por aquellos que disponían de armamento hoplítico. Ciertamente había entre ellos mercaderes y artesanos, pero la inmensa mayoría eran medianos propietarios bastante homogéneos. Los más pobres normalmente poseían un pequeño terreno que no era capaz de sostenerles y se empleaban como braceros agrícolas o desempeñaban las más diversas ocupaciones en el campo o en la ciudad.

La clasificación censal condicionaba los derechos políticos de un ciudadano. Incluso las democracias reservaban algunas magistraturas e instituciones a los ricos. Las oligarquías establecían un límite de renta para acceder a la participación política, que coincidía muchas veces con la capacidad para dotarse de una panoplia hoplítica. Por consiguiente, en los estados oligárquicos existía una categoría de ciudadanos desprivilegiados, los más pobres, que habían perdido sus derechos políticos, mientras que conservaban todos o parte de sus derechos civiles: propiedad inmueble, matrimonio y acceso a los tribunales, etc. En estos

estados el cuerpo cívico era siempre más amplio que el cuerpo político.

Reconstrucción hipotética de los ciudadanos atenienses mayores de 18 años residentes en Atenas y el Ática en 431 (Th., 2.13.6-8; Ar. *V.*, 707-711; Arist., *AthPol.*, 24.3).

CLASE SOLONIANA	NÚMERO	TOTAL	PORCENTAJE
Pentacosiomedimnos	500	1.900	4%
Hippeis	1.000		
Inválidos y mayores de 60 años	400		
Zeugitas		20.400	42%
20-49 años	13.000		
18-19 y 50-59 años	3.400		
Inválidos y mayores de 60 años	4.000		
Hoplitas de guarnición en los fuertes del Ática	n.º desconocido		
Thetes	20.000	25.000	50%
Inválidos y mayores de 60 años	5.000		
Magistrados	2.000	2.000	4%
TOTAL	1.900 + 20.400 + 25.000 + 2.000	49.300 + los hoplitas de los fuertes (c. 50.000)	100%

En las sociedades patriarcales griegas, de acendrado predominio masculino, las mujeres ocupaban un lugar postergado en la comunidad, inferior legalmente, que podemos asimilar a una categoría social dependiente. De esta manera, a lo largo de toda su vida la mujer estaba sometida a un tutor (*kyrios*) que ejercía sobre ella una autoridad que cabe calificar de soberana. Exentas del servicio militar en una sociedad que vinculaba estrechamente la participación en la milicia con los derechos, las mujeres recibían una educación elemental, reducida prácticamente a saber leer, escribir, hacer cuentas

y al conocimiento de sus obligaciones domésticas, carecían de derechos políticos y tenían limitadas sus capacidades económicas y civiles.

La mujer se integraba en la vida comunitaria mediante el matrimonio, que concertaban los hombres, y la religión, ámbito en el que se la considera ciudadana con plenos derechos. En el matrimonio imperaba una doble moral sexual, de modo que a las mujeres no les estaba permitido el adulterio mientras que los hombres podían tener relaciones extraconyugales con ambos sexos (siempre y cuando no fuera con una ciudadana casada). No debemos imaginarnos a las mujeres griegas recluidas completamente en el gineceo. Sus salidas, por varios motivos, visita a una vecina o pariente, determinadas fiestas o un funeral, parecen frecuentes. Las mujeres nobles no vivían desde luego encerradas y muchas de clase baja compraban y vendían en el ágora y desempeñaban los más variados oficios como taberneras, panaderas, vendedoras de frutas y hortalizas, etc. En relación con la propiedad la situación de la mujer era muy variada. En Atenas las mujeres no podían ser propietarias de bienes inmuebles ni de talleres artesanales con esclavos; por el contrario en Beocia, al menos en época helenística, y en Esparta accedieron a la plena propiedad.

Los metecos eran los extranjeros residentes en un Estado griego, fueran ellos mismos griegos o no. Podían ser también esclavos manumitidos. Como estaban sometidos a obligaciones militares y fiscales, el Estado les censaba. Los metecos gozaban de libertad pero carecían de derechos políticos, de la posibilidad de adquirir bienes inmuebles y de casarse con una ciudadana. Además ante los tribunales debían ser representados por un ciudadano (*próstates*) y estaban obligados a pagar un pequeño impuesto directo anual (*metoikion*) que tenía como finalidad esencial marcar su

estatus inferior.

En un buen número de estados griegos, como en Lacedemonia, Élide, Creta o Tesalia, era posible hallar comunidades periecas. A pesar de la variedad de sus estatutos, los periecos eran siempre inferiores a los ciudadanos pero, con todo, no pueden ser equiparados a metecos ni a esclavos u otros sectores dependientes. Los periecos disfrutaban, en el seno de sus comunidades, de autonomía interna y poseían plenitud de derechos, pero carecían de una política exterior independiente y de derechos políticos dentro del Estado en el que estaban incluidos, al cual estaban subordinados y debían aportar contingentes militares y pagar un tributo.

La esclavitud era una situación ampliamente extendida en el mundo griego. En algunos casos los esclavos procedían de guerras o de la piratería pero normalmente se adquirían por compra. Obviamente su precio variaba mucho en función de su edad, vigor y competencia. La mayoría eran bárbaros que procedían de las costas del Mar Negro (Tracia y Escitia) o del Asia Menor interior (Caria, Licia, Paflagonia, Frigia, etc.). Desgraciadamente, es ilusorio acercarse al número de esclavos que existía en cada estado griego y a su importancia. Los esclavos no servían en el ejército ni contribuían económicamente, por tanto, el Estado no sintió la necesidad de censarlos y ningún griego supo nunca cuántos había en su comunidad, aunque consideraban, ciertamente, que su número era superior al de ciudadanos y metecos.

Los esclavos eran propiedad de su amo como cualquier otro bien y eran tratados como propiedades: podían ser vendidos, donados, alquilados, etc. El esclavo estaba desposeído de la práctica totalidad de los derechos y carecía

de libertad de movimientos. La unión entre esclavos no tenía ningún valor legal y los hijos pertenecían a su amo (eran los "nacidos en la casa" u *oikogeneis*). Con todo, disponían de algunas posibilidades y protecciones. Podían acumular algún capital al objeto de comprar su libertad. El esclavo liberado se convertía en meteco. Ante los malos tratos infligidos por su amo, el esclavo podía acogerse a algún santuario que tuviera reconocido el derecho de asilo en el que el sacerdote decidía si lo volvía a entregar a su amo o lo vendía a uno nuevo. Tampoco se les podía dar muerte impunemente. En Atenas el asesinato de un esclavo se penaba con el exilio, castigo igual a la muerte involuntaria de un ciudadano. Los esclavos tomaban parte en todas las actividades económicas pero también en bastantes de ellas concurrían ciudadanos y metecos. Desconocemos, pues, la importancia del trabajo esclavo en relación con el total de la mano de obra pero resulta muy azaroso y posiblemente erróneo afirmar que la economía griega se basaba en la explotación de la mano de obra esclava. Un griego medio (del estrato hoplítico) podía poseer uno o dos esclavos pero era difícil ir más allá: eran caros de adquirir y costosos de mantener. Finalmente, debido a su variada procedencia y a la enorme diversidad de ocupaciones y situaciones, los esclavos nunca se unieron ni tuvieron conciencia de pertenecer a una misma clase con intereses comunes, no plantearon conjuntamente reivindicaciones ni se rebelaron.

En buena parte del mundo griego existía un sector de población diferente a los esclavos propiamente dichos que llamamos dependientes: aquellos que en mayor o menor medida tenían limitadas su libertad de elección y actuación (literalmente, según los griegos, estaban "entre la esclavitud y la libertad"). Normalmente se trataba de campesinos

adscritos hereditariamente a la tierra de un propietario, que no podían ser desvinculados de ella ni vendidos en el extranjero (hilotas de Esparta, penestas tesalios, clarotas de Creta, los mariandinos de Heraclea del Ponto y los cilirios de Siracusa). Como poseían un mismo origen y estatus e idéntico trabajo, conservaron una cierta conciencia de solidaridad y, a diferencia de los esclavos, lucharon por alcanzar su independencia y convertirse en ciudadanos.

Las condiciones particulares del período helenístico dieron lugar al nacimiento o la consolidación de determinados sectores privilegiados formados en su mayor parte por grecomacedonios. En primer lugar la familia real y su círculo de consejeros y amigos, además de los funcionarios de la administración, el clero indígena, que servía de apoyo esencial a la monarquía, los emigrantes helenos y los soldados, ya fueran mercenarios o ligados a la tierra por un cleruco, y también los griegos latifundistas, los poseedores de grandes talleres, mercaderes o banqueros. Con todo, se mantuvieron en gran medida las estructuras sociales anteriores caracterizadas en general por el predominio de situaciones de dependencia con labradores vinculados de alguna manera a la tierra.

Asimismo, las relaciones entre griegos e indígenas en el período helenístico fueron de una complejidad infinita y variaron según el lugar y la época y, de este modo, encontramos asimilaciones más o menos completas y también fuertes resistencias. No hubo una política consciente ni de fusión ni de segregación pero en todas partes los griegos tendieron a mantener su originalidad y quizá predominara, con un agudo sentimiento de superioridad por su parte, una coexistencia pacífica unida al deseo de mantener las distancias.

Bibliografía complementaria

COHEN, D. (1991): *Law, Sexuality and Society*. Cambridge.

DAVIES, J. K. (1971): *Athenian Propertied Families, 600-300 BC*. Oxford.

FERNÁNDEZ NIETO, F. J. y ALONSO TRONCOSO, V. (1989): *Las condiciones de la pólis en el siglo IV y su reflejo en los pensadores griegos*. Madrid.

GSCHNITZER, F. (1987): *Historia social de Grecia. Desde el período micénico hasta el final de la época clásica*. Madrid.

HANSEN, M. H. (1986): *Demography and Democracy: The Number of Athenian Citizens in the Fourth Century BC*. Herning.

MACKENDRICK, P. (1969): *The Athenian Aristocracy, 399 to 31 BC*. Cambridge.

MOSSÉ, Cl. (1990): *La mujer en la Grecia clásica*. Madrid.

Capítulo 27

Olimpia y los Juegos

Una de las características más notables del mundo griego residía en la organización de competiciones atléticas, poéticas y musicales. De entre todas ellas destacaban las cuatro que se celebraban, respectivamente, en Olimpia,

Delfos, el istmo de Corinto y Nemea y que, por estar ampliamente difundidas por todo el mundo griego, poseían un carácter panhelénico. Desgraciadamente conocemos poco sobre el origen de estas competiciones y de los primeros siglos de su desarrollo ya que los restos arqueológicos son muy escasos hasta el siglo VI; antes de este período estos lugares debían contar con unos pocos edificios, la mayor parte de los cuales debían de ser endebles construcciones de madera.

El santuario de Zeus en Olimpia, el más famoso de toda Grecia, se encontraba en el noroeste del Peloponeso, sobre el anchuroso **y** hermoso valle del río Alfeo, en la confluencia del río Cladeo con el propio Alfeo, a los pies de una boscosa colina de forma cónica llamada Crono (123 metros). El santuario constaba de dos partes, el recinto sagrado en sentido estricto, denominado *Altis* (de *alsos*, bosque sagrado), y los edificios que, fuera del terreno sacro, rodeaban el *Altis*. Ambos estaban separados por un doble muro, uno del siglo IV y otro de la época de Nerón.

Los primeros vestigios de poblamiento en Olimpia se remontan a la Edad del Bronce, sin embargo, no hay trazas de que hubiera un centro cultual en esta época y los restos conservados parecen relacionarse más bien con un lugar de habitación del que han aparecido, asimismo, algunas tumbas. Tras el final de la Edad del Bronce, Olimpia siguió poblada y, hacia 1100, aparecen los primeros indicios de un lugar de culto en forma de figurillas de terracota y algunos bronces femeninos, masculinos y carros con caballos y auriga. Entre 1050 y la primera parte del siglo VIII el santuario tuvo únicamente una trascendencia local limitada a la región de la Élide. De creer a la tradición, el culto fue reorganizado en 776, fecha de los Primeros Juegos Olímpicos. Hacia 700 se amplió y acondicionó todo el

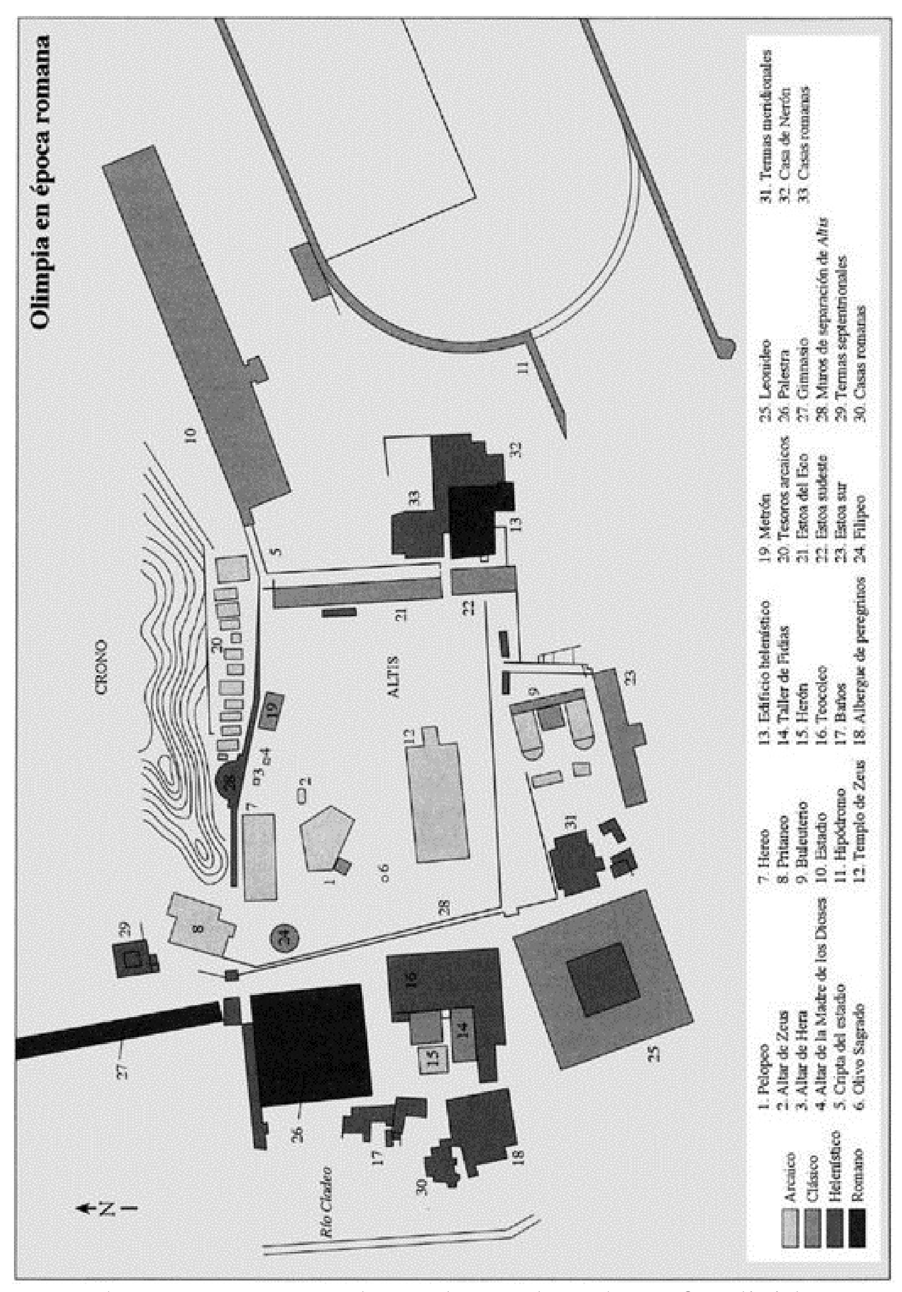
recinto y se construyó el estadio. A partir de entonces el santuario adquirió primero una importancia regional y finalmente una categoría panhelénica. A mediados del siglo VII, con la construcción del Hereo, comenzó el período de esplendor de Olimpia. Durante el siglo VI Olimpia cayó bajo el control de la ciudad de Elis (c. 580) y se construyeron los principales tesoros y santuarios en piedra en la ladera del Crono; en el siglo V se erigió el magnífico templo de Zeus (472-465), para el que Fidias hizo la espléndida estatua criselefantina de Zeus sedente de 12,4 metros de altura, y en el IV se elevaron el Tolo del Filipeo, el Leonídeo (la gran hostería), la Estoa (o pórtico) Sur, la Estoa Sudeste (quizá el santuario de Hestia) y el Teocoleo, residencia de los sacerdotes. Un estadio de la primera mitad del siglo VI existía en la parte oriental del *Altis* (posiblemente hubiera uno más antiguo, una simple hendidura delimitada en el centro del *Altis*). El estadio se reformó en el ecuador del siglo VI y, a mediados del IV, fue desplazado fuera del *Altis* al lugar en que puede verse hoy día. Tenía cabida para unos cuarenta mil espectadores (sobre gradas de madera salvo la tribuna principal), medía unos 212 metros y, desde la línea de salida (*afesis*) a la llegada (*termo*), 197,27 metros, exactamente la longitud de un estadio olímpico. Poseía además una cripta o galería abovedada (de finales del m o principios del n), que servía para el acceso de los atletas y los jueces de las competiciones.

Olimpia empezó a declinar a partir del siglo III. Con todo, aún se edifica el gimnasio, que contaba con dos estadios, uno cubierto (*xystos*) y otro descubierto (*paradromos*), y una Palestra cuadrangular. En época romana, el santuario fue saqueado por Sila (86). Nerón realizó algunas obras como su mansión y, hacia 160, Herodes Ático levantó el Ninfeo. La decadencia de Olimpia sufrió un dramático agravamiento

con la destrucción del santuario por parte de los hérulos hacia 270 d. C. Después, durante poco más de un siglo, el santuario, semiarruinado y reducido, continuó existiendo hasta la 291.a Olimpiada del 393 d. C., la última, tras la cual Teodosio I ordenó su supresión. En 426 los edificios de Olimpia fueron desmontados. Una basílica funcionaba aún en los siglos V y VI pero Olimpia sufrió dos violentos terremotos en los años 522 y 551, lo que llevó al abandono del lugar.

Los Juegos Olímpicos se celebraban cada cuatro años en la segunda luna llena tras el solsticio de verano, esto es, entre el 26 de julio y el 27 de agosto y duraban cinco o seis días. Inaugurados como juegos funerarios en honor de Pélope, que obtuvo la mano de Hipodamia, hija del rey Enomao, en una mítica carrera de cuádrigas y cuyo túmulo, el Pelópeo, se encontraba en el recinto del *Altis*, partir de 648 (33.a Olimpiada) encontramos ya todas las competiciones (o *agones*) importantes. Sólo podían competir los griegos (los romanos fueron admitidos más tarde), y los bárbaros podían acudir como espectadores, lo cual estaba vedado a las mujeres y los esclavos. En el año en que se celebraban los Juegos, los ciudadanos de Elis elegían la Bulé o Consejo Olímpico, que se encargaba del control de los magistrados y de los ingresos y que tenía su sede en el Pritaneo de Olimpia, y a los cargos olímpicos, entre los que se encontraban los agonotetas, organizadores de los Juegos, los helenódicas o jueces, al principio dos y más tarde diez, los tres teocolos o altos sacerdotes y los tres espodónforos, encargados de viajar por toda la Héla- de proclamando la fecha del festival y la tregua sagrada (*ekecheiria*). Diez meses antes de los Juegos los distintos estados participantes inscribían a los atletas que habrían de competir. Un mes antes los atletas debían residir ya en Olimpia. El día anterior

al inicio de los Juegos tenía lugar el desfile de los atletas y se tomaba el juramento olímpico. El primer día se dedicaba a la trompeta para heraldos, en el segundo comenzaban las competiciones para jóvenes menores de dieciocho años, en el tercero tenían lugar los concursos hípicos y los sacrificios a Pélope y Aquiles, en el cuarto las disciplinas de lucha y la hecatombe consagrada a Zeus, en el quinto las competiciones principales y en el quinto o sexto el reparto de coronas a los vencedores. Después de cada prueba el heraldo proclamaba el nombre del vencedor, que recibía la palma de la victoria, y en el último día se concedía a los olimpiónicos una corona cortada del olivo sagrado (*kótinos*), que se alzaba junto al ángulo sudoccidental del templo de Zeus.y la hecatombe consagrada a Zeus, en el quinto las competiciones principales y en el quinto o sexto el reparto de coronas a los vencedores. Después de cada prueba el heraldo proclamaba el nombre del vencedor, que recibía la palma de la victoria, y en el último día se concedía a los olimpiónicos una corona cortada del olivo sagrado (*kótinos*), que se alzaba junto al ángulo sudoccidental del templo de Zeus.



Los atletas competían desnudos y descalzos. Se dividían en tres categorías: juveniles, adolescentes o imberbes (*agenoioi*) y adultos. No había ni segundo ni tercer premio. Buena parte de los atletas eran jóvenes ricos y, aunque los había también

de extracción humilde, la aristocracia griega estaba representada muy por encima de su importancia numérica en el conjunto de la sociedad griega. En época helenística y romana existieron también atletas profesionales que, asociados en gremios, viajaban de *agón* en *agónt* de competición en competición para ganarse la vida, pero conviene no exagerar la profesionalización y comercialización que se achaca al deporte griego a partir del período helenístico.

Entre las disciplinas de lucha se contaban propiamente la lucha (*palê*), en la que los contrincantes se dividían de acuerdo con la edad y no el peso y que consistía en hacer caer al adversario tres veces de modo que tocara el suelo con la espalda o los hombros en un máximo de cinco asaltos sin descanso entre ellos; el pancracio, que combinaba la lucha y el boxeo, y donde el combate proseguía hasta el abandono del contrario, y el boxeo, que tampoco conocía asaltos y finalizaba igualmente cuando el adversario abandonaba o caía inconsciente. En las disciplinas de lanzamiento se incluían el salto de longitud, la disco- bolia y la jabalina. En el salto de longitud (*halma*) se lanzaba el cuerpo humano y no un objeto. Se trataba de un salto múltiple (las marcas conocidas de más de dieciséis metros excluyen un único salto), o bien un salto triple con carrera o, más probablemente, uno quíntuple sin carrera ni pausas, más fácil de realizar con pesas en las manos (*halteras*) con las que se alcanzaba hasta un metro más. El salto sólo era válido si la huella de la arena mostraba los dos pies en paralelo. En el lanzamiento de disco (discobolia) se arrojaba una placa metálica redonda (*solos*) desde la *balbis*, una zona delimitada por una barrera por delante y los lados y abierta por detrás, en un movimiento similar al actual y las marcas más importantes giraban en torno a los treinta metros. En el

lanzamiento de jabalina (*akontismos*) los atletas, en una carrera muy parecida a la actual, se servían para el lanzamiento de una correa de cuero (*ankile*) de unos cuarenta centímetros, enrollada en el centro del asta y terminada en un lazo por la que se introducían dos dedos de la mano. En las carreras era desconocida la salida en posición agachada y el atleta disponía de unos soportes de piedra en el suelo con muescas para apoyar los dedos del pie y servirse de ayuda en la arrancada. Las salidas falsas podían castigarse con unos azotes. Entre las distintas especialidades de velocidad podemos enumerar el estadio o *dromos;* el *diaulos*, la carrera de ida y vuelta con postes (*kampteres*) en un extremo de la pista en torno a los cuales se daba la vuelta; el *hipio*, la carrera de cuatro estadios; el *dolichos* o carrera de fondo o medio fondo, que variaba de siete a veinticuatro estadios (1.400 a 4.400 metros), y el *hoplitódromos* que se corría con casco, escudo y grebas –estas últimas se eliminaron más adelante–. Finalmente, quedaba el pentatlón que incluía en eliminatorias el lanzamiento de disco y jabalina, el salto de longitud, la carrera y el pugilato. La carrera de relevos o lampadromía (carrera de antorchas) que se celebraba en varias ciudades, no formaba parte de los Juegos.

Los concursos hípicos fueron introducidos oficialmente en Olimpia en 680 (25.a Olimpiada) y comprendían la carrera de cuádrigas para caballos (la prueba reina) y potros; las de caballos y potros con jinetes y las de bigas para caballos y potros. Sólo los ricos propietarios, fueran hombres o mujeres, podían presentarse a estas competiciones y no era necesario que condujeran o montaran personalmente. Las pruebas ecuestres se celebraban en el hipódromo, muy mal conocido, que parece contar con una longitud de dos estadios (unos 380 metros) con hitos en los dos extremos

para girar. La línea de meta era la misma de salida y había que dar seis vueltas con doce giros a los hitos. Por último, en Olimpia se celebraban también los Juegos Hereos dedicados a las mujeres, que se componían de una carrera femenina (Arist., *Pol.,* 1339a 1-4) en la que el estadio se reducía en una sexta parte (160,2 metros) y en el que las competidoras se repartían en tres categorías de edad.

El honor, la fama y la gloria esperaban al vencedor en los Juegos. Tras la solemne proclamación del último día, su nombre era inscrito en las listas oficiales y el ganador del estadio daba nombre a la Olimpiada. Podía también hacerse erigir una estatua en el *Altis* siempre y cuando no excediese el tamaño real. Al llegar a las puertas de su ciudad natal, recibía oficialmente la enhorabuena de manos de los magistrados, subía en un carro de cuatro caballos y recorría las calles acompañado por un cortejo siendo vitoreado por la multitud. En algunos sitios se le concedía una recompensa en metálico, una estatua, manutención vitalicia, un asiento preferente en el teatro e incluso la exención de impuestos (*ateleia*:). Muchas veces lo proclamaban ciudadano de honor y en numerosas ocasiones sus parientes y amigos se ocupaban de que se compusiese una canción de homenaje, un epinicio, a cargo de los mejores (y más caros) poetas como Píndaro, Simónides o Baquílides.

Inicialmente los Juegos Píticos eran competiciones musicales que conmemoraban la lucha del dios Apolo contra la serpiente Pitón. Fueron reorganizados en 582 y, desde entonces, se celebraron cada cuatro años en el tercer año de cada Olimpiada, hacia el mes de septiembre. Los concursos incluían un himno a Apolo con cítara o flauta, coros, tragedia y comedia. En 568 se introdujeron las competiciones atléticas e hípicas al modo olímpico. No obstante, los certámenes musicales mantuvieron su

importancia.

Seis meses antes del comienzo de los Juegos Píticos se enviaban teoros por todo el mundo griego para anunciar los juegos mientras que los epimeletas se encargaban de la dirección de los mismos. Las competiciones se prolongaban algo más que las de Olimpia. El primer día se efectuaban los sacrificios propiciatorios y se representaba el "drama sagrado", que recordaba la victoria de Apolo sobre la serpiente Pitón. En el segundo día tenía lugar la procesión solemne hasta el altar de Apolo para ofrecerle una hecatombe; el tercer día se organizaba un banquete y, al día siguiente, se celebraban las competiciones musicales en el teatro, en el quinto día las gimnásticas y en el sexto (y a veces el séptimo) las hípicas. Los vencedores recibían una corona de laurel.

Los Juegos Ístmicos empezaron en 582, organizados por Corinto en honor de Meli- certes-Palemón, un joven mortal que se convirtió en un dios marino benévolo. Tenían lugar cada dos años en primavera (abril) en el santuario de Posidón en el Istmo; duraban varios días y comprendían un programa idéntico a los Juegos Olímpicos, si bien se hacía un especial hincapié en las competiciones hípicas. En el siglo V se inauguraron los concursos musicales e incluso se introdujo uno de pintura.

Los Juegos Nemeos comenzaronLos esclavos eran propiedad de su amo como cualquier a disputarse en 573, regulados por la ciudad de Cleonas, aunque Argos se los disputó, en el santuario de Zeus en Nemea y rememoraban la muerte del pequeño Ofeltes por una serpiente (la creencia de que los juegos se relacionaban con la muerte del león a manos de Heracles se impuso en época romana). Los Juegos se celebraban cada dos años, hacia julio o agosto, en el

segundo y cuarto año de cada Olimpiada.

Se denominaban periodónicos a los atletas que habían obtenido al menos una victoria en cada uno de los cuatro Juegos panhelénicos como Milón de Crotona, el más famoso de todos, que, desde la 60.a Olimpiada de 540 fue seis veces *periodionikes* en lucha. La cumbre de la gloria se alcanzaba cuando se vencía en los cuatro Juegos en el período de una sola Olimpiada como Hermes de Antioquía en 16 a. C. (191.a Olimpiada).

Los grandes juegos constituían también la ocasión para la exhibición del prestigio de determinadas personas como Temístocles (476) o Filipo y eran lugar de contactos tendentes, por ejemplo, a la creación de alianzas como la Liga Helénica (481), o de proclamaciones como la de la libertad de los griegos por Tito Quinctio Flaminino en 196.

Además de estos cuatro grandes juegos, cada *pólis* griega, por pequeña que fuera, organizaba sus propias competiciones –se han podido contabilizar unas trescientas en época romana– y las grandes ciudades podían tener varias (destacaban las Panateneas atenienses), muchas de las cuales atraían a atletas de todas partes y cuyos premios constituían un aliciente nada despreciable. Por último, los Juegos estimularon el arte y el estudio de la anatomía y del cuerpo humano desnudo; no en vano los motivos atléticos gozaron de amplia aceptación en todo el mundo griego.

Bibliografía complementaria

MILLER, S. G. (1991): *Arete: Greek sports from the Ancient Sources*. Berkeley, Los Ángeles.

RASCHKE, W. J. (ed.) (1988): *The Archaeology of the Olympics*. Madison.

VVAA (1992): *El deporte en la Grecia antigua. La génesis del olimpismo*. Barcelona.
Capítulo 28

El teatro griego

El teatro, esto es, la representación y recitación por parte de actores de actos y palabras que se le atribuyen a un personaje, real o mitológico, tiene en Grecia claras connotaciones religiosas. Aunque celebraciones más o menos dramatizadas pudieran formar parte de los ritos de diversas divinidades, en Atenas, que parece haber desempeñado un papel importante en el surgimiento del teatro, era el dios Dioniso quien era objeto principal de celebraciones que incluían danzas y coros en varias ocasiones, en las Dionisias Rurales, en las Antesterias, en las Leneas y en las Grandes Dionisias. Estas últimas se celebraban, a partir sobre todo de la época de Pisístrato, en el recinto de Dioniso Eleuterio, que el propio tirano habría mandado construir al pie de la esquina suroriental de la Acrópolis para celebrar el inicio de la primavera y solían consistir en la actuación de coros que cantaban y bailaban, un tipo de ritual muy frecuente en toda una serie de cultos agrarios griegos. Será sobre todo en este marco en el que surgirá el teatro, aunque también otros festivales de Dioniso incluirán representaciones.

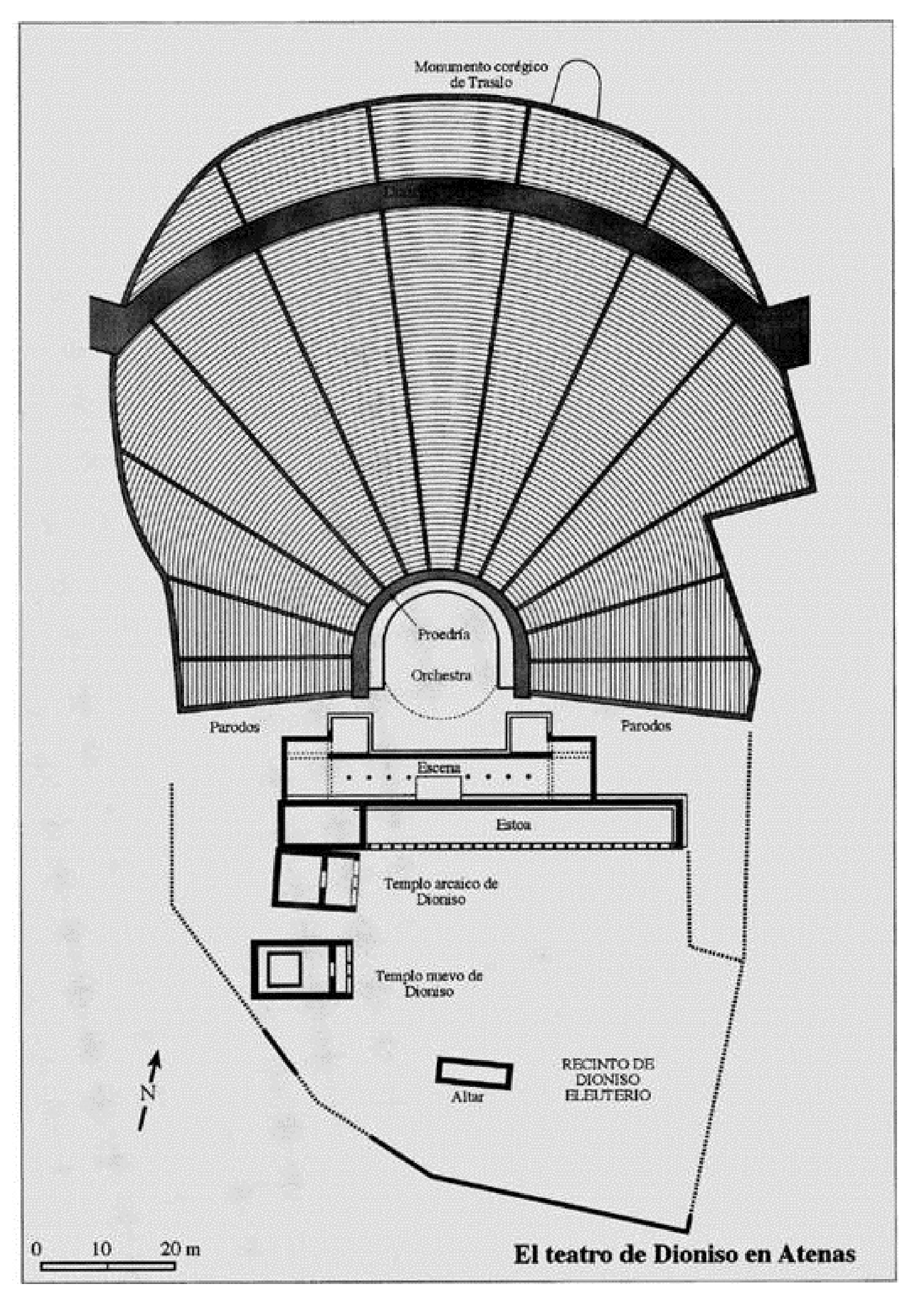
Se le atribuye al ateniense Tespis la representación de la primera tragedia hacia 534; en ella, un actor dialogaba con el coro y, caracterizado con máscaras y ropajes, incorporaba diferentes personajes. Poco a poco se fue aumentando el número de actores hasta llegar a tres y fue regulándose la

sucesión de piezas; hacia finales del siglo VI ya se representaban tres tragedias seguidas y una obra satírica, llamada así porque los miembros del coro iban disfrazados de sátiros. Hacia 486, las comedias con su propio coro y actores pasaron a formar parte del programa de las Grandes Dionisias. La celebración de los festivales estaba encomendada al arconte, que era quien seleccionaba las obras que se iban a representar, pero quienes sufragaban las representaciones eran ciudadanos particulares que, de su propio dinero, pagaban toda la producción del espectáculo, desde el autor hasta el vestuario y el salario de los actores y del coro. Estos individuos, llamados coregos, eran seleccionados por el arconte de entre toda una serie de aspirantes; como el poder sufragar una obra teatral no estaba al alcance de cualquiera, era éste un medio más para que los más ricos de Atenas pudiesen darse a conocer entre sus conciudadanos y, como también importaba la calidad de la representación, jurados nombrados por el arconte decidían cuál de las obras presentadas cada año merecía un premio. Los coregos victoriosos solían erigir monumentos con trípodes en la parte vieja de la ciudad de Atenas, precisa mente en la llamada "Calle de los Trípodes"; de ellos se conserva, aún *in situ*, la llamada "Linterna de Lisícrates", de hacia 334 y, en lo más alto del teatro de Dioniso, el monumento de Trasilo de hacia 320, así como restos de otras construcciones de este tipo. Del mismo modo, se solían realizar epígrafes que daban cuenta de las diferentes celebraciones teatrales que se realizaban en la ciudad, indicando los nombres tanto de los coregos como de los correspondientes vencedores en cada uno de los certámenes, lo que indica que las actividades teatrales tenían un fuerte sentido cívico. Durante el auge de Atenas como potencia imperial, en el siglo V, a las Dionisias acudían también

representantes de todos los estados aliados o sometidos a Atenas, por lo que las representaciones teatrales eran un medio muy importante para difundir el mensaje que la ciudad (no se olvide que era el arconte quien seleccionaba las obras que se iban a representar) quería transmitir a aquellos estados sobre los que ejercía su autoridad.

Aunque entre las primeras tragedias podían representarse temas tanto míticos como reales, con el tiempo fueron los primeros los que acabaron dominando. No obstante, sabemos que hacia 493 fue tal la conmoción que provocó una tragedia de Frínico titulada *La caída de Mileto*, que describía el cruel destino de la ciudad tras su derrota en la revuelta jonia, que las autoridades impusieron a su autor una elevadísima multa junto con la prohibición de volver a representarla (Hdt., 6.21). La primera tragedia conservada íntegra, *Los Persas* de Esquilo, representada por vez primera en 472, describía la derrota persa en la batalla de Salamina y parece haber sido la última que trataba de acontecimientos reales. A partir de entonces el mito se convertirá en un filón casi sin límite para, por transposición, reflexionar sobre los males que aquejaban a la *pólis* e inducir a la emoción e, incluso, a la purificación (*katharsis*) de los ciudadanos ante la contemplación de las penalidades que héroes del pasado experimentaban; no perdamos de vista que, para los griegos, la distinción entre mito e historia no existía. Los mitos les hablaban de su más remoto pasado, lo que explica el interés que para ellos tenían puesto que remitían a sus más antiguos ancestros. Sin duda, los espectadores se sumergían en la trama, sufrían con los protagonistas, aprendían los mensajes que se les hacía llegar pero, al final, liberados por el hecho de que lo que les apenaba era ficción, podían tratar de evitar que su ciudad se viese arrastrada a los profundos conflictos que los poetas

trágicos habían desplegado ante ellos. Los grandes trágicos atenienses del siglo V son Esquilo (525-456), Sófocles (496-406) y Eurípides (485-406). Del mismo modo, las comedias, aunque en tono más relajado y haciendo uso de personajes arquetípicos que representan individuos comunes, no dejan de mostrar una serie de críticas hirientes hacia la situación política de Atenas, hacia algunos de sus gobernantes o hacia determinadas costumbres. Será Aristófanes (mediados del siglo V-*ca.* 380) uno de los más grandes comediógrafos antiguos, al menos a juzgar por el hecho de que conocemos varias de sus obras completas; la más antigua, *Los Acarnienses*, data de 424, más de sesenta años después de la introducción de este género en el programa de las Grandes Dionisias. Después de este autor, cuya última comedia conservada data de 388 (*Pluto*), habrá que volver a esperar hasta fines del siglo IV para poder disponer de nuevo de un repertorio importante de obras completas con Menandro. Entre Aristófanes y Menandro sólo conocemos nombres de poetas cómicos y algunos fragmentos de sus obras que apenas nos permiten seguir la evolución de la comedia entre esos dos autores tan representativos del género.



El teatro de Dioniso en Atenas

Todas estas obras siguieron, en mayor o menor medida, representándose mucho tiempo después del momento de su composición, como sabemos por las fuentes literarias, pero también por la iconografía de los vasos cerámicos que, aún

en el siglo IV, muestran con bastante frecuencia escenas correspondientes a las obras de esos grandes dramaturgos áticos del siglo V que seguían rivalizando con obras más recientes que continuaron componiéndose y representándose durante esas épocas. Será sobre todo en las cerámicas fabricadas en Italia y en Sicilia donde encontremos el repertorio más rico de temas vinculados al teatro; esos vasos, con frecuencia de gran tamaño y con decoraciones exuberantes, son una de las principales fuentes visuales de que disponemos para entender cómo se producían las representaciones teatrales y, sobre todo, cómo eran percibidas por los contemporáneos. Al tiempo, nos habla de la popularidad de esas obras en ambientes diversos y alejados del mundo ateniense del siglo V, al que remiten las más importantes de esas producciones. Además, estas iconografías, o la proliferación de terracotas representando actores nos muestran la popularidad creciente del teatro en el siglo IV, momento al que por otro lado corresponden la mayoría de los edificios teatrales que conocemos; sin duda se han ido produciendo cambios, entre ellos la mayor popularidad de la comedia, que a su vez se va convirtiendo en una obra de situación, con personajes cada vez más estereotipados que representan tipos más que individualidades (el amo, el esclavo, la nodriza, el viajero, etc.). Sin embargo, la producción se va complicando, demandando cada vez más recursos escénicos y se van introduciendo poco a poco las complejidades de tramas y argumentos propias de la Comedia Nueva que será la que, en su momento, pasará a Roma de la mano de autores como Plauto o Terencio. Por lo que se refiere a la tragedia, aunque se sigan escribiendo nuevas, da la impresión de que son las escritas en el siglo V por los tres grandes dramaturgos a los que ya hemos aludido las que siguen

siendo representadas (sobre todo las de Eurípides), y no ya sólo en Atenas sino en todo el mundo griego, donde el teatro es apreciado.

El lugar donde se realizaban las representaciones teatrales era el teatro, el cual se convierte, sobre todo a partir de la época clásica, en un edificio casi imprescindible en muchas ciudades griegas, tanto de la Grecia propia como de las colonias; nos referimos, claro está, a un teatro permanente realizado en piedra. La forma canónica del teatro se alcanza en la época clásica avanzada y consta, en líneas generales, de un espacio destinado a acoger al público, con su graderío correspondiente (*koilon*). Esta estructura puede estar construida *ex profeso* o, como suele ser más frecuente, aprovecha alguna ladera natural. En el plano que aquí presentamos, el del teatro de Dioniso en Atenas en su fase del último tercio del siglo IV (época del político Licurgo), es esta última disposición la que se emplea, aunque en su momento pudiesen complementarse las áreas laterales con estructuras construidas. La forma del *koilon*, en los ejemplos de época clásica, es la de un semicírculo, aunque a veces se prolonga el mismo por los lados casi hasta tocar la escena. Antes de esa forma hay indicios de que los teatros podían haber tenido graderíos rectilíneos, con o sin alas laterales, aunque acabará por predominar el aspecto semicircular. Los asientos se realizan de piedra o, cuando se quiere dar al edificio una mayor prestancia, de mármol. Las primeras filas suelen reservarse a magistrados, sacerdotes o a aquellos invitados ilustres a quien la ciudad quiere agasajar; esta zona recibe el nombre de *proedria* y con el tiempo los asientos serán tallados en forma de trono para resaltar la figura de las personas que se sientan en este lugar de privilegio; en el teatro de Dioniso de Atenas, el trono que se ubicaba en la parte central de la *proedria* correspondía, como no podía ser

de otra manera, al sacerdote de Dioniso Eleuterio. Para facilitar la circulación en el interior del graderío suele haber escaleras radiales cada cierto intervalo y, en ocasiones, un pasillo que sigue la dirección del círculo (*diazoma*).

En la parte baja, y adyacente al graderío, se encontraba la *orchestra*, que pasó por diversas formas (rectangular, trapezoidal, semicircular) hasta alcanzar la forma circular que será la habitual a partir del final del período clásico. Éste era el espacio destinado para que el coro realizase sus evoluciones y sus cantos. Cerrando el espacio se hallaba la escena, que por lo general es también una estructura construida en la que se abren tres puertas para que por ellas penetren los actores en los distintos momentos de la acción; suele representar la fachada de un palacio real, que acostumbra a ser el ambiente típico para representar la tragedia. Los sucesos trágicos suelen ocurrir dentro, fuera de la vista de los espectadores, aunque es en el exterior, ante el público, donde se relata lo que allí ha ocurrido. También se fueron introduciendo otros mecanismos, con un aparato giratorio que permitía también ver escenas que ocurrían en el interior (*ekkyklema*), o la grúa (*mechane*), que posibilitaba con mucha frecuencia que los dioses se aparecieran desde lo alto para acabar solucionando los problemas humanos.

Unos edificios, como los teatros, de tanta capacidad (el de Dioniso en Atenas se calcula que podía albergar entre quince y diecisiete mil espectadores) no se empleaban sólo durante las fiestas que implicaban representaciones teatrales, sino que las ciudades les daban usos alternativos. Entre ellos estaba el de servir de sede de las asambleas políticas sobre todo en ciudades que, a diferencia de Atenas, no tenían lugares específicos destinados a tal fin aun cuando sabemos que también en determinadas ocasiones la asamblea ateniense se reunía en el teatro de Dioniso. En otras

ciudades, como Siracusa, hay constancia de que su gran teatro sirvió también para estos fines.

Además de los teatros que existen en las ciudades, también los había vinculados a los grandes santuarios. Sin lugar a duda los más representativos son el del santuario de Asclepio en Epidauro, el de Posidón en Istmia, el de Apolo en Delfos o el de Zeus en Dodona. Su función, más que "teatral" en sentido estricto, era celebrar los festivales propios de las divinidades en cuyo santuario se ubicaban y que no siempre implicaban representaciones teatrales sino otros tipos de celebraciones públicas, por ejemplo, competiciones de música y canto.

El impacto social y cívico que tuvo el teatro en Grecia resulta a veces difícil de percibir en sociedades como las contemporáneas con tantos y tan variados medios de comunicación de masas. En la Grecia antigua la población se reunía en el teatro en ocasiones determinadas, señaladas por un calendario religioso que marcaba los ritmos de la vida de los individuos; allí, igual que en la asamblea, se presentaban ante sus ojos problemas de todo tipo. Mientras que en la asamblea de la Atenas democrática el ciudadano era capaz de afrontar esos problemas y, con su voto, darles una u otra solución, en el teatro no podía poner en práctica su capacidad política directa pero no obstante era capaz de percibir las profundas complejidades y dilemas que se les planteaban a los personajes así como las soluciones que el autor daba a los mismos. Durante unas horas, el ciudadano, el hombre político, dejaba de lado su participación activa en la vida política para recibir unos mensajes determinados, siempre acordes con la doctrina política que Atenas impulsaba. Por fin, y tras la serie de tres tragedias, la comedia le enfrentaba con otro talante a problemas no siempre diferentes, aunque en este caso la solución podía ir

del disparate a la más pura utopía. Pero tanto en la asamblea como en el teatro (celebradas a veces en el mismo espacio físico) participaba de una representación pública, en la que el centro, real y simbólico, que la propia arquitectura del teatro propiciaba, se convertía en el punto principal de su atención. El punto secundario lo constituía la propia concentración de sus conciudadanos que, de forma activa o pasiva, eran ahora actores ahora espectadores de lo que se trataba en el centro del espacio público en el que se reunían.

Pero la tragedia y la comedia áticas tenían una potencialidad aún mayor, ya que contenían valores universales. Eso queda claro cuando observamos que muchas otras ciudades griegas se nutrieron de forma casi exclusiva de funciones concebidas para el público ateniense pero que podían ser entendidas y apreciadas en toda la Hélade y se pone de manifiesto también cuando, año tras año, y en todo el mundo, esas mismas tragedias y comedias siguen atrayendo a un público que no ve en ellas reliquias de un pasado ya periclitado sino un pretexto para seguir reflexionando sobre los mismos o parecidos problemas con los que se enfrentaban los atenienses de la época clásica.

Bibliografía complementaria

ARNOTT, P. D. (1989): *Public and Performance in the Greek Theatre*. Londres.

GREEN, J. R. (1996): *Theatre in Ancient Greek Society*. Londres.

PICKARD-CAMBRIDGE, A. W. (1968): *The Dramatic Festivals of Athens. 2.a ed.* Oxford.

RODRÍGUEZ ADRADOS, F. (1983): *Fiesta, comedia y tragedia. Sobre los orígenes griegos del*

***teatro*. Barcelona.**

Capítulo 29

La religión y los templos

La religión griega, como conjunto de creencias, de normas morales y, sobre todo, de prácticas rituales, cumplía un decisivo papel como factor de cohesión de la comunidad y de integración en ella de cada uno de sus miembros. Desde tiempos muy remotos, al menos desde la época micénica, se fueron configurando una explicación cosmogónica, que incidía en el origen divino del cosmos, y una jerarquización del panteón politeísta con un sistema de dioses mayores. Ambos aspectos se encuentran ya plenamente definidos en el momento en que Hesíodo, en el siglo VII, compuso su *Teogonía*. Así, mucho tiempo antes de la época clásica, los dioses más importantes de la religión griega, posiblemente de origen muy diverso, quedaron limitados a doce (aunque en realidad son trece los que compiten por verse incluidos entre ellos). Son los Dioses Olímpicos, los Inmortales que habitaban las cumbres del monte Olimpo: Zeus, el padre de los dioses y señor del cielo; sus hermanos Posidón, el dios del mar, y Hades, que reinaba en el infierno; Hera, la esposa de Zeus; Ares, dios de la guerra; Vesta, diosa del fuego; Atenea, divinidad de la sabiduría; Hefesto, dios del fuego; Afrodita, la diosa de la belleza y del amor; Apolo, deidad de la luz y las artes; Artemisa, señora de los bosques y de los montes, de la caza y de los animales salvajes; Hermes, el dios del comercio y el mensajero de los dioses, y Deméter, la divinidad de la agricultura y el grano. Aunque no propiamente olímpicas, otras divinidades eran también muy

importantes como Dioniso, un dios agrario que nace y muere cada año, a quien están consagrados también el vino y los espectáculos teatrales, o Asclepio, el dios de la salud. Además, los griegos rendían culto a toda una multitud de divinidades menores como sátiros, ninfas, musas, héroes y semidioses.

Desconocemos el aspecto que tenían los dioses en la Edad del Bronce. Al menos desde la Época Oscura poseían forma humana y gozaban de determinadas cualidades exclusivas: mayor fuerza y estatura que un simple mortal, eterna juventud, perenne alegría e inmortalidad. Pero por lo demás eran prácticamente iguales a los hombres en todo: estaban sujetos a los mismos defectos y a las mismas virtudes, amaban, odiaban, eran pendencieros y apasionados. Carecían, en definitiva, de un comportamiento que podríamos llamar moral. Por esto mismo, una conquista no menor de la Época Arcaica fue precisamente la purificación y moralización de la concepción de la divinidad que es, en realidad, una cierta racionalización de lo religioso. A partir de entonces, los dioses se diferencia

ron de los mortales también por su ética superior y por un sentido de la justicia que contrastaba con las injusticias que tenían lugar en la esfera humana.

Junto a la religión oficial o políada y muchas veces incluidos en ella, existían toda una serie de cultos mistéricos, de conocimiento secreto y exclusivo para una minoría de iniciados, aunque sus fiestas se difundieran a toda la comunidad. Los cultos mistéricos se relacionaban con las divinidades agrarias, especialmente en su carácter de fuerzas que hacían posible el renacimiento de la vida después del invierno. Por analogía, dichos cultos aseguraban a sus iniciados una vida feliz en el más allá. Entre ellos destacaban

el culto dionisíaco e íntimamente relacionado con él, el orfismo, un complejo entramado de conceptos morales y ritos destinados a garantizar al hombre la salvación y la felicidad en el mundo de ultratumba. En Atenas tenían una especial relevancia los Misterios de Eleusis consagrados a Deméter y Core. Deméter, la madre, enseñó a los hombres el cultivo de grano y Core, la hija, identificada con Perséfone, simbolizaba la semilla que renace del regazo de su madre. Además del componente agrario, existía en el mito una preocupación por la resurrección y la vida en el más allá: ambas diosas garantizaban el acceso de las almas al Hades o mundo inferior, de modo que su culto mistérico tenía como finalidad esencial guiar al alma de los iniciados para que, tras la muerte, pudieran gozar de la felicidad en el más allá.

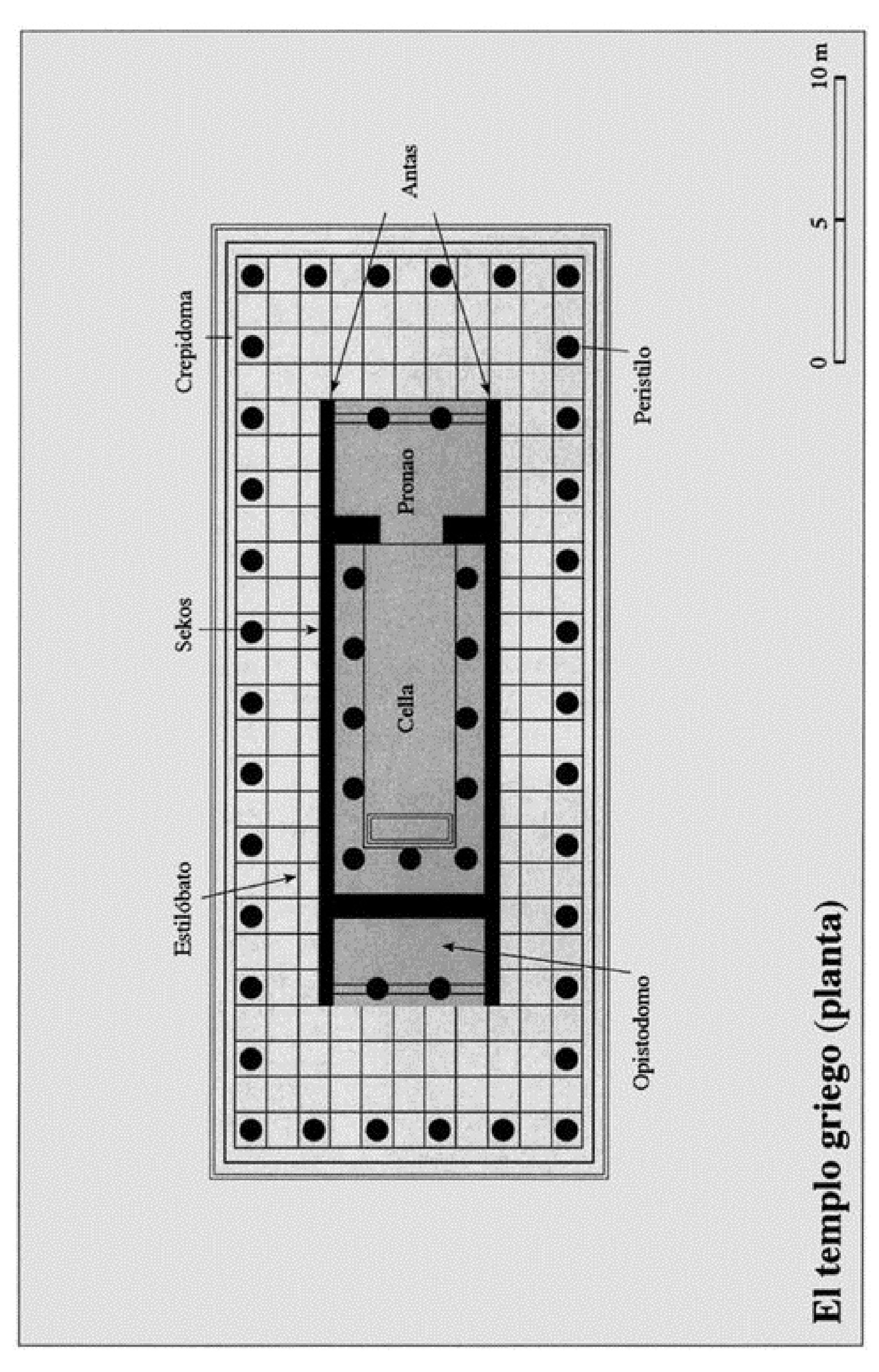
Otros rasgos principales de la religión griega eran, por un lado, el desarrollo de un pujante culto doméstico y privado en torno al hogar familiar, que tenía como finalidad las buenas cosechas, la fecundidad de las mujeres, la salud y la supervivencia de los miembros de la familia, y, por otro, la importancia del culto funerario a los antepasados. En el mundo griego las almas de los muertos no son seres poderosos capaces de vengarse de los hombres, sino tenues espectros que vagan por un mundo infernal, muchas veces frío y triste. Su culto trataba de conferirles un poco de energía vital y de alegría.

En general, la religión griega carecía prácticamente de dogmas establecidos y de nuestro concepto de demonio. Naturalmente la impiedad y el ateísmo, si eran expuestos públicamente, eran castigados en tanto que atentaban contra la religión oficial y contra las bases mismas de la comunidad, pero la religión era sobre todo una cuestión de procedimiento, de observancia del culto. Los dioses, junto al

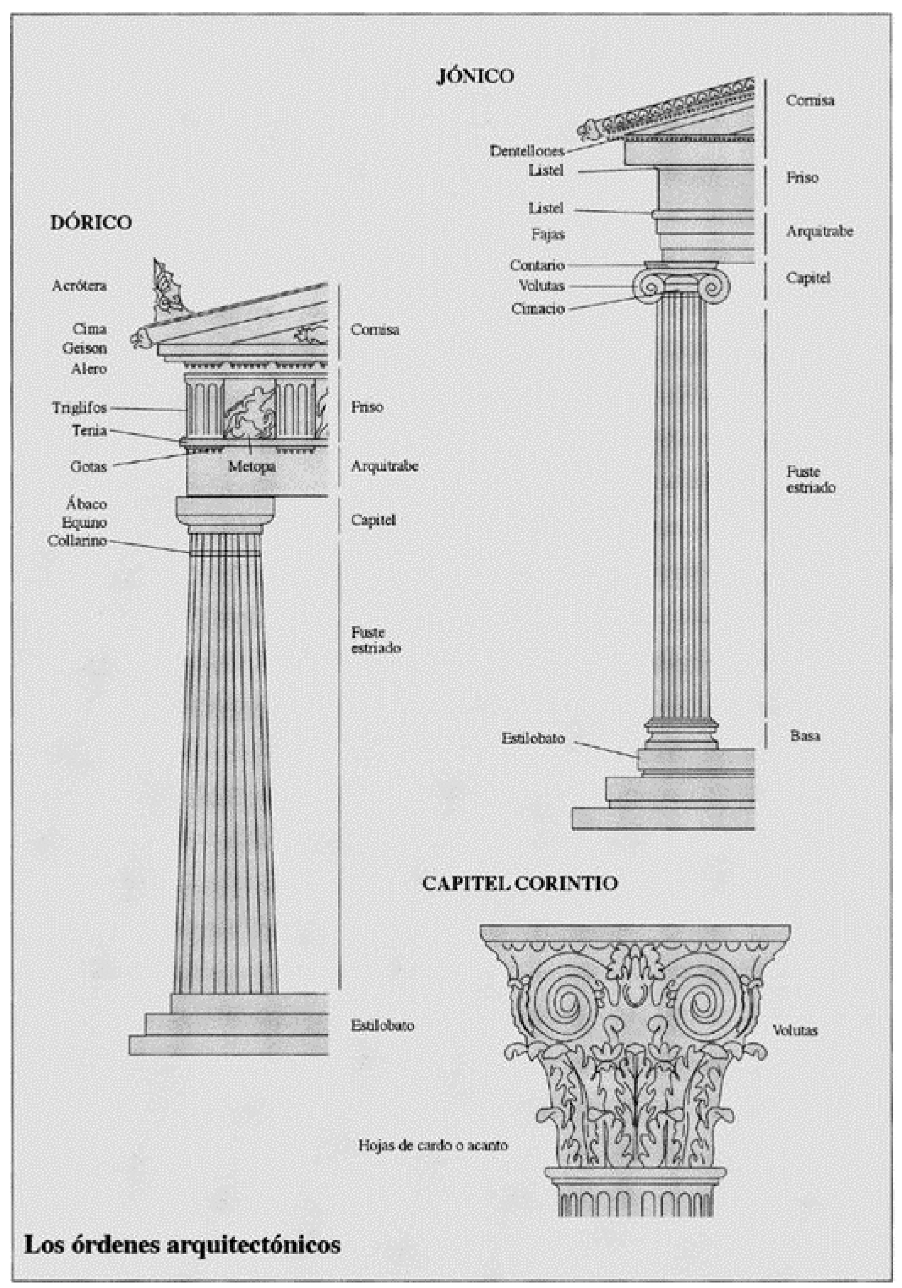
destino de cada uno, gobernaban la vida de los mortales y los hombres necesitaban, por tanto, que los dioses fueran propicios y favorables. A esta finalidad fundamental atendía el culto con sus ritos, ofrendas y plegarias. En consecuencia, una de las características de la religión griega era precisamente lo que podríamos llamar el legalismo, esto es, antes que la fe en una serie de dogmas, se hacía hincapié en el cumplimiento formal de unos determinados códigos de leyes y conductas y en los ritos y cultos que granjeaban la protección divina.

El desarrollo de la *pólis* y la propia evolución de las creencias religiosas contribuyeron a un grado de publicidad y transparencia desconocidas en otras culturas. El templo es, *sensu stricto*, la casa del dios y el culto se realizaba fuera de él, en altares al aire libre y a la vista de todos. En la medida en que la religión se hizo políada, es decir, de toda la comunidad, toda la *pólis* tomaba parte en el culto, controlaba estrechamente los sacerdocios y participaba plenamente en las fiestas y procesiones. De esta manera, salvo excepciones, el sacerdocio griego era muy diferente a los sacerdocios oriental y egipcio y muy distinto también del posterior romano. De hecho, los sacerdotes griegos no estaban organizados en colegios ni contaban con una jerarquía claramente definida. En muchos casos estaban asimilados a las magistraturas de la propia *pólis* (y no de las más importantes) o se movían en una esfera puramente privada. En la religión griega no era necesaria ni la instrucción religiosa ni la existencia de un cuerpo jerarquizado que velara por la correcta conservación e interpretación de la fe y señalara y reprimiera las desviaciones heréticas. Los sacerdotes no formaban, pues, un estamento separado y no poseyeron en cuanto tales influencia y poder en la vida política. En lo básico eran

oficiantes del culto, fuera público o privado, que actuaban en nombre de la comunidad.



El templo griego (planta)



Los órdenes arquitectónicos

A lo largo de la época clásica la religión olímpica y políada alcanzó un punto culminante y no parece que se viera afectada en su esencia por el agnosticismo de algunos filósofos o el desarrollo de cultos místicos u orientales

(Bendis, Sabazio, Adonis). En un panteón politeísta adogmático la introducción de nuevos dioses no atacaba necesariamente las creencias tradicionales. A lo largo de la época helenística la religión tradicional no perdió vigor y junto a los cultos tradicionales se desarrollaron otros nuevos. Así, los dioses egipcios e indígenas fueron protegidos y no perseguidos por los monarcas, especialmente aquellos que eran susceptibles de una cierta asimilación e interpretación griega como Osiris, que tenía ciertas similitudes con Dioniso. Otros dioses cobraron un auge espectacular como Dioniso, Isis y Serapis y los sirios Cibeles, Atis y Adonis. La preocupación por el contacto personal con la divinidad y el deseo de salvación individual se hicieron especialmente patentes e incidieron en la difusión de los cultos mistéricos, en los que los fieles entraban en un estado de trance en su comunicación con la deidad y cuyos ritos aseguraban la felicidad en el más allá. Finalmente, otra de las características más acusadas de la religión helenística fue la extensión de las asociaciones religiosas, consagradas al culto de determinada divinidad y que tenían una organización interna muy similar a las ciudades con sus magistrados, asamblea, estatutos y cajas dinerarias.

Durante la Época Oscura y los comienzos del Arcaísmo los templos griegos eran pequeños edificios de planta preferentemente absidal, con cimientos de piedra, alzado de adobe o de piedras, apenas desbastadas, y cubierta de madera. Solían contar también con un pequeño pórtico sustentado por dos columnas de madera. A partir del siglo VII comenzaron a construirse los primeros templos en piedra, se impuso la planta rectangular y se definieron los más importantes órdenes arquitectónicos. Por último, desde del siglo V se construyeron algunos templos de planta circular, rodeados de columnas, que se denominan tolos.

Los templos griegos eran normalmente rectangulares y se alzaban sobre un basamento (crepidoma), formado normalmente por una triple escalinata que los rodeaba completamente. En planta, el templo solía dividirse en tres habitaciones y contaba usualmente con dos pisos. El pronao es el vestíbulo abierto flanqueado por la prolongación de los muros laterales. Dichos muros laterales se remataban con pilastras (antas) que dejaban entre ellos un espacio para la disposición de dos o más columnas (llamadas entre las antas o *in antis*). A través del pronao se accedía a la *cella* o nao, la estancia principal y el lugar donde se depositaba la estatua de la divinidad. El opistodomo era la habitación posterior situada detrás de la *cella*, normalmente sin acceso a ella y con una disposición similar al pronao. Finalmente, el muro del templo se denominaba *sekos*.

El tipo más sencillo de planta es el templo *in antis* pero normalmente se anteponían una o dos filas de columnas. De este modo, podemos clasificar los templos griegos atendiendo al lado que ocupan dichas columnas y a su número en el frente principal. Si tienen columnas únicamente en la fachada principal son próstilos; si en sus dos fachadas menores, anfipróstilos; si la columnata rodea completamente el templo se denominan perípteros y, si esta columnata es doble, dípteros. Según el número de columnas que se disponían en la fachada principal un templo podía ser también tetrástilo (de cuatro columnas, como el templo de Atenea Niké en la Acrópolis ateniense), hexástilo (el tipo más usual), octástilo (como el Partenón), etc.

El plano de sustentación de las columnas se denominaba estilóbato y sobre él se elevaban los órdenes arquitectónicos, que se refieren a la sucesión de las partes que iban desde el estilóbato a la techumbre. El mundo griego conoció tres tipos fundamentales de órdenes arquitectónicos: dórico,

jónico y corintio.

En el orden dórico, cuyos primeros ejemplos en piedra se remontan a la segunda mitad del siglo VII (el templo de Atenea Pronea en Delfos), el fuste de la columna arranca directamente del estilóbato (esto es, carece de basa) y estaba dividido longitudinalmente en veinte estrías en arista viva. En la parte superior del fuste tres líneas horizontales rehundidas se denomina collarino. El capitel dórico está formado por el equino, la moldura convexa y el ábaco o paralepípedo de base cuadrada que servía de remate. Sobre el capitel se apoyaba la techumbre o entablamento que se dividía a su vez en tres cuerpos: arquitrabe, friso y cornisa. El arquitrabe es liso y se sustenta directamente sobre el ábaco. El friso se compone de los triglifos, las estrías o molduras longitudinales que figuran las antiguas cabezas de las vigas de madera, y de las metopas, el espacio liso que incluye normalmente decoración escultórica. Entre el arquitrabe y el friso se dispone un estrecho filete o listel (tenia) que se dobla debajo de los triglifos. De esta tenia doble penden seis gotas que figuran las cabezas de los clavos de los viejos templos líg- neos. La cornisa comprende el *geison*, o cornisa volada sobre el friso, y la moldura curva que lo remata (cima).

En el orden jónico, que comienza a emplearse entre la segunda mitad del siglo VII (el segundo Hereo de Samos) y principios del VI (la columna de los Naxios en Delfos), el fuste se apoya sobre una basa que le separa del estilóbato. La basa se compone de una losa cuadrada o plinto y de varias circulares, cóncavas (toros) y convexas (escocias). El fuste cuenta asimismo con veinticuatro estrías longitudinales en arista muerta. El capitel comprende el llamado cimacio jónico decorado con ovas y flechas y una almohadilla terminada en volutas, su elemento más característico. El

entablamento consta igualmente de tres partes: un arquitrabe de tres fajas en avance progresivo, coronada la superior por un listel de perlas y ovas; un friso liso rematado por otro listel decorado y, por último, una cornisa tripartita con un cuerpo de dentellones, uno intermedio liso y una cima decorada de sección curva.

El orden corintio, que aparece en la última parte del siglo V (templo de Apolo en Basas), se diferencia del jónico únicamente por su capitel, que está formado por una doble hilera de hojas de acanto o cardo y unos tallos en las esquinas que se doblan hasta formar volutas.

Los templos griegos tenían la cubierta a dos aguas, lo cual dejaba en cada lado menor un espacio triangular o frontón cuyo fondo se denomina tímpano. Los vértices del frontón se remataban con decoraciones figuradas (palmetas, animales, figuras fantásticas) llamadas acróteras. El resto del borde del tejado se finalizaba con las antefijas, ornamentaciones que ocultaban el borde de las tejas. Todo el templo griego era polícromo en colores planos de gran viveza, así los triglifos eran azules, las metopas poseían un fondo rojo, la decoración escultórica estaba igualmente pintada y todo o buena parte del templo podía recibir un barniz dorado.

En época helenística, dentro del barroquismo y colosalismo propios del período, se desarrollaron varios aspectos propios. De esta manera, se aumentó en ocasiones el número de columnas rodeando los templos de un doble peristilo (como el Artemisio de Éfeso), se alargaron las columnas dóricas y jónicas y se introdujo una ingente cantidad de hojas de acanto en los capiteles corintios.

Bibliografía complementaria

BOARDMAN, J. (1997): *El arte griego*. Madrid.
BBREMMER, J. N. (1994): *Greek Religion*. Oxford.
LUCK, G. (ed.) (1985): *Arcana Mundi: Magic and the Occult in the Greek and the Roman Worlds*. Baltimore, Londres.
MARTIN, R. (1977): *La religión griega*. Madrid.
RICTHER, G. M. (1980): *El arte griego, una revisión de las artes visuales de la antigua Grecia*. Madrid.

Capítulo 30

La vida cotidiana y la casa

El nacimiento de un hijo legítimo y futuro ciudadano era uno de los principales acontecimientos familiares y se vivía con una mezcla de alegría y angustia, debido a la alta tasa de mortalidad infantil y al elevado riesgo que corría también la vida de la madre. La mujer daba a luz asistida por las mujeres de la familia y sólo en contadas ocasiones se recurría a una comadrona profesional. Tras el nacimiento, el padre colocaba una rama de olivo en su puerta, si el neonato era niño, o una cinta si era niña. Así notificaba la buena nueva a sus vecinos. Sin embargo, como los métodos anticonceptivos eran prácticamente ineficaces, podía ocurrir que un hijo no deseado comprometiera gravemente la situación económica familiar, o bien éste podía tener apreciables defectos. Por ello, el padre tenía derecho a rechazar al hijo, que era expuesto, dentro de una vasija, en un lugar determinado y conocido por todos. En ocasiones,

quizá a menudo, el neonato era recogido por otra persona que podía adoptarlo o reducirlo a la esclavitud. Ciertamente, la exposición era más frecuente entre las niñas que entre los niños, pero no debía de ser algo muy común; en algunas ciudades, como Tebas, estaba expresamente prohibida, en otras, como Atenas, era mal vista (Platón, *Teeteto*, 160e); de hecho, si únicamente un 10% de los neonatos hubiera sido expuesto, la tasa de crecimiento de los ciudadanos hubiera sido fuertemente negativa.

A la semana del alumbramiento tenía lugar la fiesta de las Anfidromías, durante las cuales se purificaba ritualmente a la madre y a cuantas mujeres hubieran tomado parte en el parto. El padre llevaba entonces en brazos a su hijo dando varias vueltas al altar familiar en símbolo de aceptación. A partir de este momento el recién nacido no podía ser rechazado. Tres días después tenía lugar un banquete de celebración en el que los parientes entregaban diversos regalos y amuletos al niño y el padre daba a conocer el nombre de su retoño.

Durante sus primeros años, la vida del niño transcurría en el gineceo bajo el cuidado de la madre o, si se trataba de una familia medianamente acomodada, de una nodriza, libre o esclava, que libraba a la madre de las más arduas obligaciones de la maternidad y que solía amamantar al neonato. En el gineceo, el infante escuchaba los mitos, los cuentos y las canciones de las mujeres y se recreaba con sus juguetes: pelotas, tabas, aros, figuras de terracota, muñecos articulados, etc. Si era niño, hacia los seis o siete años, daba comienzo su instrucción. Era confiado entonces a un pedagogo, un esclavo que cumplía múltiples funciones: acompañaba al niño, le llevaba a clase y transportaba el material escolar, cuidaba de que asistiera a la escuela, le enseñaba buenos modales, le tomaba la lección e incluso

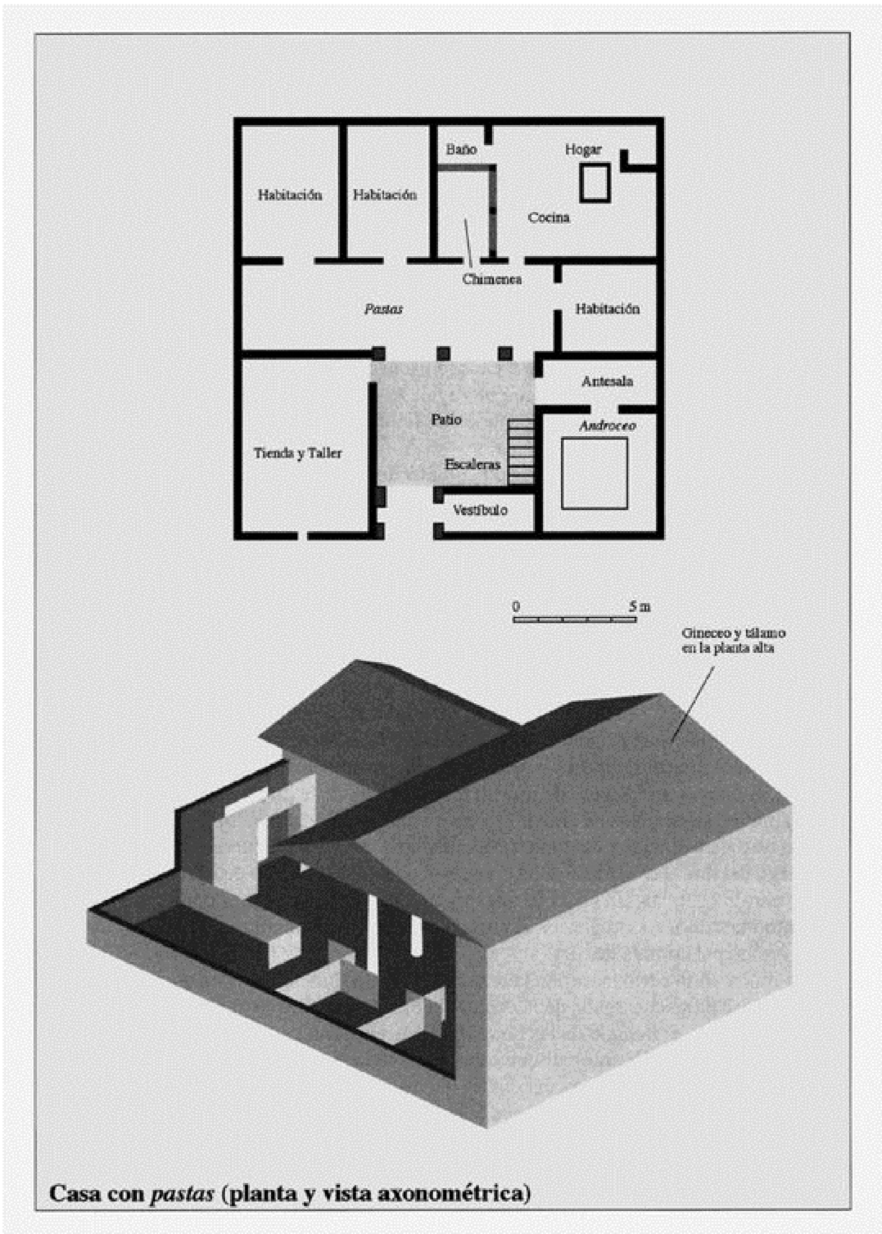
podía castigarle si se portaba mal. Las clases tenían lugar en la vivienda del maestro, comenzaban poco después del amanecer y finalizaban poco antes del anochecer. Con el maestro, el niño aprendía lectura, escritura, poesía, rudimentos matemáticos y algunos conocimientos generales. Dos o tres años después el músico le enseñaba a cantar, bailar y a tocar varios instrumentos musicales como la lira y la flauta. A los catorce años empezaba lo que podríamos llamar la enseñanza secundaria con el gramático, que impartía nociones de Gramática, Retórica, Lógica y Geometría. O bien antes, a los doce años, o bien al mismo tiempo, comenzaba también su educación física, que tenía suma importancia entre los griegos. En el gimnasio, un edificio que constaba de un amplio patio porticado (la palestra) y un estadio, a las órdenes del paidotriba, el joven realizaba múltiples ejercicios como lanzamiento de disco y jabalina, salto de longitud, carreras y lucha. Al cumplir los dieciocho años era considerado ya un ciudadano y comenzaba entonces su instrucción militar, centrada en el manejo de las armas y en las maniobras de la falange. En Atenas, dicho adiestramiento se llamaba efebía y duraba dos años. De este modo, a los veinte años, podemos considerar que el joven griego cumplía su educación. Salvo en familias de muy escasos recursos, esta clase de educación estaba bastante difundida. Una tasa elevada de analfabetismo hubiera sido difícil de conciliar con las necesidades que imponía la participación en la vida de la *pólis* y la publicidad de muchas de sus decisiones. Pasados los veinte años de edad, el ciudadano continuaba educándose a lo largo de toda su vida con su participación en las instituciones políticas y su asistencia al teatro pero, para seguir cultivándose de una manera más profunda, un joven rico podía tomar lecciones de los sofistas, educadores retribuidos

que enseñaban Retórica, Filosofía, Política y un gran número de saberes, o acudir, a partir del siglo IV, a una Escuela de Retórica, como la famosa de Isócrates, o a una de Filosofía, como la Academia de Platón o el Liceo aristotélico. Filosofía y Retórica conformaron desde entonces lo que podríamos denominar enseñanza superior.

Desconocemos prácticamente todo lo relativo a la educación femenina, pero hay indicios suficientes para suponerla bastante diferente a la masculina. La educación griega separaba estrictamente ambos sexos; las niñas podían acudir a la escuela o se educaban en la casa con la ayuda de la madre, una esclava instruida o un pariente incluso. La joven aprendía a leer y escribir, a cantar y a tocar la lira, las obligaciones que habría de tener en el futuro como cocinar, tejer, llevar la casa y a comportarse debidamente (como los hombres querían) con discreción, mesura y gravedad.

Normalmente el joven permanecía en la casa del padre hasta los treinta años, una buena edad, según los griegos, para que un hombre se casara y fundara un nuevo hogar, lo que le libraba de cualquier vínculo que lo sometiera a su padre. Por el contrario, las muchachas alcanzaban la edad núbil mucho antes, hacia los quince años. El matrimonio era un acuerdo concertado entre el suegro y el yerno, no solía tener en cuenta la opinión de la novia y el amor no era la primera consideración. Se trataba en realidad de una meditada unión de riquezas e intereses destinada, además, a la procreación de hijos legítimos. El matrimonio constaba de dos partes, el contrato verbal y la entrega de la novia o celebración propiamente dicha. En primer lugar, el suegro se comprometía verbalmente ante testigos a otorgar a su hija en matrimonio ante el futuro yerno. En este momento se fijaba también la dote y la fecha de celebración de los posteriores esponsales. La boda estaba presidida, en

representación de cada una de las partes, por un padrino (paraninfo) y una madrina (paraninfa) y en ella ocupaban un lugar especial los dioses domésticos. La ceremonia tenía sobre todo la finalidad de asegurar la fecundidad y la prosperidad al nuevo matrimonio y de alejar toda desgracia y mal presagio. La víspera se realizaban sacrificios a los dioses protectores del matrimonio (Zeus, Hera, Artemisa, Leto). Acto seguido las mujeres de familia recogían el agua de una fuente sagrada con la que habría de realizarse el baño de purificación y despedida de la novia. En el día de la boda ambas casas se adornaban con ramas de olivo y laurel y tenía lugar el banquete nupcial en casa de la novia. Al atardecer, un cortejo conducía a la novia a la casa de su futuro esposo, donde el recién casado hacía entrar a la joven esposa en su casa y la conducía directamente al tálamo conyugal. Al día siguiente, los padres de la novia volvían a la casa del yerno, acompañados de flautistas. Es posible que entonces tuviera lugar la entrega de la dote.



Casa con *pastas* (planta y vista axonométrica)

De acuerdo con las leyes el marido cuidaba de forma exclusiva del patrimonio y su actividad transcurría la mayor parte del tiempo fuera de la casa. En líneas generales es posible reconstruir la vida diaria de un ciudadano. Tras levantarse con las primeras luces del alba, el griego tomaba

el *akrátismos*, un desayuno compuesto por una rebanada de pan mojada en vino puro, algunas aceitunas e higos frescos o secos. Después de esta breve colación, el ciudadano se encaminaba usualmente al ágora a hacer la compra diaria, si es que no contaba con un esclavo o esclava para realizarla. A esas horas, hacia las nueve, el ágora se encontraba atestada y era un buen momento para adquirir los alimentos, visitar los talleres o charlar con los amigos bajo un pórtico o en una trastienda. Una vez realizada la compra, si el ciudadano era razonablemente acomodado, encargaba a un muchacho que llevara las viandas a casa y él se dirigía al campo, pues la mayor parte de los ciudadanos eran agricultores y cultivaban ellos mismos sus tierras con ayuda de algún esclavo, si bien en momentos de mucho trabajo siempre se podían contratar jornaleros. Normalmente se desplazaba andando y no en caballería y, por ello, lo mejor era que el terreno estuviera situado como máximo a una hora de caminata (unos cinco kilómetros). A lo largo del día, el ciudadano solía comer poco, algo de vino, un pedazo de pan de cebada, un par de cebollas, un poco de queso y un puñado de aceitunas constituían todo su alimento matutino. Al anochecer, regresaba a casa; era el momento de la cena, el *deip- non*, la principal comida del día.

La mujer solía permanecer en la casa, no recluida sino ocupada en numerosas tareas domésticas. Ella se encargaba de la cocina, la limpieza, el lavado de la ropa, el abastecimiento de agua y el llenado de las lámparas de aceite. Parte importante de su tiempo se consumía en el telar. Era normal que estuviera ayudada por alguna esclava. Sus obligaciones iban más allá de estas ocupaciones, de hecho, sobre ella recaían graves responsabilidades: debía ordenar toda la vida de la casa, vigilar a los sirvientes, cuidar de que todo estuviera en orden, ocuparse de la crianza y las

necesidades de los hijos y, sobre todo, administrar y regular el consumo con mesura y previsión, sin que*mía* (la administración de la casa), sin la cual era imposible el funcionamiento normal de las familias y de la vida griega. Su trabajo dentro de la casa le dejaba poco espacio para el ocio y el aburrimiento. Las horas libres transcurrían en el tocador, en las charlas con las vecinas, en el sosegado ambiente de los patios o en visitas a familiares y amigas. Por último, las fiestas, procesiones y celebraciones religiosas suponían ocasiones muy especiales para apartar momentáneamente sus preocupaciones cotidianas, mostrar su belleza y su posición.

Todo griego esperaba que, al morir, sus familiares le tributaran un funeral digno. En primer lugar, las mujeres de la familia preparaban el cuerpo del difunto ungiéndolo con aceite, cubriéndolo con ropas limpias y envolviéndolo con unas vendas enceradas que sólo dejaban al descubierto la cara. Después, el cadáver era metido en su ataúd y expuesto la víspera del entierro a las puertas de su casa. Al día siguiente, el cortejo fúnebre, encabezado por la esposa o el pariente más próximo, al son de flautas, se dirigía al cementerio donde se le enterraba o se le incineraba y se realizaban las libaciones rituales. Al regreso tenía lugar el banquete funerario y se purificaba la casa puesto que había albergado un cadáver, que los griegos consideraban impuro.

Las excavaciones arqueológicas prueban que la inmensa mayoría de las casas griegas eran en el siglo V de pretensiones modestas y, excepto por su tamaño, nada permitía distinguir las viviendas de los ricos y de los pobres. Normalmente las casas urbanas servían cada una de ellas de residencia a una sola familia y estaban adosadas formando manzanas. Se construían con materiales poco costosos, poseían un zócalo de piedra y un alzado de muros de adobe,

que sustentaba una techumbre de madera cubierta por tejas de terracota. Las ventanas eran pequeñas y se disponían muy altas en la fachada ya que su finalidad no era proporcionar vistas a la calle sino luz y aire fresco al interior de la vivienda. Aunque bastante diferentes en su planta, síntoma claro de que eran diseñadas por cada particular, todas las casas obedecían a supuestos muy similares. Solían contar con dos plantas y se organizaban en torno a un patio central en el que estaba el altar familiar y a menudo el pozo y al que se abrían las principales habitaciones. Junto al patio podía disponerse un pequeño porche que servía de distribuidor de las diferentes habitaciones (casa con *prostas*), o existía un pórtico más alargado al menos en uno de sus lados (casa con *pastas*) o bien, finalmente, todo el patio estaba rodeado por un pórtico colum- nado (casa con peristilo). Usualmente las estancias más importantes se disponían sobre el lado norte, orientadas hacia el sur y abiertas al patio, lo que las hacía frescas y soleadas en verano y calientes en invierno (X., *Mem.*, 8.8.9, *Econ.*; 9.4). La casa contaba con una despensa, muchas veces una pieza con grandes vasijas de cerámica (*pithoi*) enterradas en el suelo, una cocina, donde estaba el hogar, y un baño, próximo a la cocina. Comprendía además otras estancias indispensables: el androceo, la habitación masculina, el gineceo, la estancia de las mujeres y el tálamo conyugal. El androceo era una habitación cuadrangular próxima a la entrada y estaba provista de una plataforma elevada, que corría a lo largo de las paredes, sobre la que se disponían los divanes. Solía poseer también una antesala. El gineceo se encontraba normalmente en el piso de arriba o en la zona más apartada de la calle. Junto a él estaba el tálamo conyugal, la alcoba de ambos esposos, donde se guardaban también los objetos más preciosos como vajillas, muebles y

dinero. Otras habitaciones podían tener un uso flexible.

Los suelos eran de tierra apisonada o mortero y únicamente el patio estaba pavimentado con losas de piedra. Las paredes recibían un simple enlucido o encalado. El mobiliario era muy escaso, podía transportarse de habitación en habitación y comprendía básicamente mesas, sillería, arcones, lámparas, braseros, hornillos y yacijas. Las colgaduras de tela que decoraban las paredes, las telas y cojines de sillas y divanes proporcionaban un ambiente cálido.

Algunas estancias que sólo tenían acceso desde la calle debían ser tiendas o talleres, donde solía trabajar el propietario de la casa. Las casas rurales tenían una disposición similar, aunque con instalaciones específicas (vallados, colmenas de barro, etc.), y muchas de ellas estaban dotadas de una torre que hacía las veces de almacén y defensa.

A finales del siglo V y principios del IV podemos datar la introducción de importantes innovaciones: las casas se hicieron más espaciosas y lujosas (Dem., 23.206-208), el patio se convirtió en un peristilo rodeado de columnas (*cfr.* Platón, *Protágoras*, 314d), en las habitaciones principales comenzaron a emplearse suelos de mosaicos, normalmente de teselas negras y blancas, y apareció la pintura mural y el estuco de viva policromía, imitando maniposteria y sillería isodómica.

Durante la época helenística las casas ricas se construyeron aún más amplias y opulentas y los mosaicos y las pinturas, ambos de profuso colorido, se hicieron más frecuentes. A finales del período helenístico (siglos II-I a. C.) aparecieron las ventanas con vistas a la calle, los mosaicos como decoración parietal y la decoración figurada en

Bibliografía complementaria

CLARKE, M. L. (1971): *Higher education in the ancient world*. Londres.

GOLDEN, M. (1993): *Children and childhood in classical Athens*. Baltimore.

MARROU, H. (1989): *Historia de la educación en la Antigüedad*. Madrid.

MOSSÉ, CI. (1990): *La mujer en la Grecia clásica*. Madrid.

PESANDO, F. (1987): *Oikos e ktesis. La casa greca in età clássica*. Perusa.

VERNANT, J.-P. *et al.* (1995): *El hombre griego*. Madrid.

Capítulo 31

Las naves de guerra

Si bien algunos barcos durante las épocas Oscura y Arcaica se emplearon a un tiempo como naves de guerra y piratería y buques mercantes, los griegos distinguían, de manera general, dos tipos de embarcaciones: los navíos mercantes, anchos y rechonchos, que carecían normalmente de remeros, y los navíos de guerra, largos, estrechos y provistos de remos.

Aunque basados en los diseños de la época micénica, es muy posible que los barcos que se mencionan en los poemas homéricos correspondan a los característicos de finales del

período Oscuro y principios del Arcaísmo. Estos navíos eran muy alargados, esto es, poseían una eslora desproporcionada en relación a su escasa manga (anchura) y carecían de cubierta. La proa se remataba en forma de cuerno en S y dos grandes ojos, pintados a ambos lados de la misma, cumplían la función de proteger a la nave y de aterrorizar al enemigo. La popa, curvada como una cola de escorpión, terminaba en forma de penacho de madera. A popa se situaba también el timón que gobernaba la nave, en realidad dos simples remos largos y anchos que caían cada uno por uno de los costados de la nave. Contaban, además, con un solo mástil, normalmente de madera de abeto, más ligera que el pino, que sostenía una sola y gran vela cuadrada asegurada con un complicado sistema de brioles.

La nave andaba a vela todo lo que le era posible pero en el momento del combate se movía por medio de remeros, que manejaban remos de madera de abeto y se disponían en una única fila por cada costado de la nave. Precisamente su número definía las dos clases de barcos típicos del período: triacónteros y pentecónteros. El triacóntero era un navío de treinta remeros, dispuestos en una única fila de quince por cada borda de la nave. Más extendido estaba el pentecóntero que contaba con cincuenta remeros, veinticinco en una sola hilera por cada lado del buque. Hacia el 800 se introdujo el espolón (*émbolon*), una viga de madera recubierta de bronce y dispuesta en la proa, que se convirtió en el arma principal de los navíos de combate. El espolón cambió de manera radical el combate naval, de modo que se abandonó el antiguo método de abordaje por el nuevo sistema de golpe con el *émbolon*. Así, la victoria pasó a depender, en último término, de la habilidad de los remeros para situarse en posición de ataque y embestir al contrario. Al objeto de proteger a los remeros de las flechas,

se diseñó, posiblemente en torno al 700,la cubierta del buque. Desde entonces los barcos que poseían cubierta se denominaban catafractos o acorazados mientras que los que carecían de ella se llamaban afractos. Hacia el 600 apareció el ancla convencional que estamos acostumbrados a ver.

Con todo, el pentecóntero era una nave demasiado larga y estrecha y, por eso mismo, poco maniobrable e incluso peligrosa. Pero reducir el número de remeros para acortar la eslora hubiera supuesto reducir también considerablemente la velocidad del buque y la fuerza del golpe del espolón. Para solucionar estos problemas, los griegos adoptaron de los fenicios, probablemente a lo largo del siglo VII, el birreme, que era en realidad un pentecóntero de dos bancos horizontales superpuestos. De este modo, los veinticinco remeros de cada costado iban dispuestos en dos filas sobrepuestas, cada remero del banco superior no exactamente encima del inferior, sino intercalado entre dos del último banco, un poco más arriba y un poco más adelante que su inmediato inferior. En consecuencia, la eslora de la nave se redujo en un tercio (y también el blanco que ofrecía al buque enemigo) y sus condiciones marineras mejoraron de forma apreciable sin recortar un ápice la fuerza y la velocidad. No obstante, a pesar de la introducción del birreme, los pentecónteros siguieron empleándose.

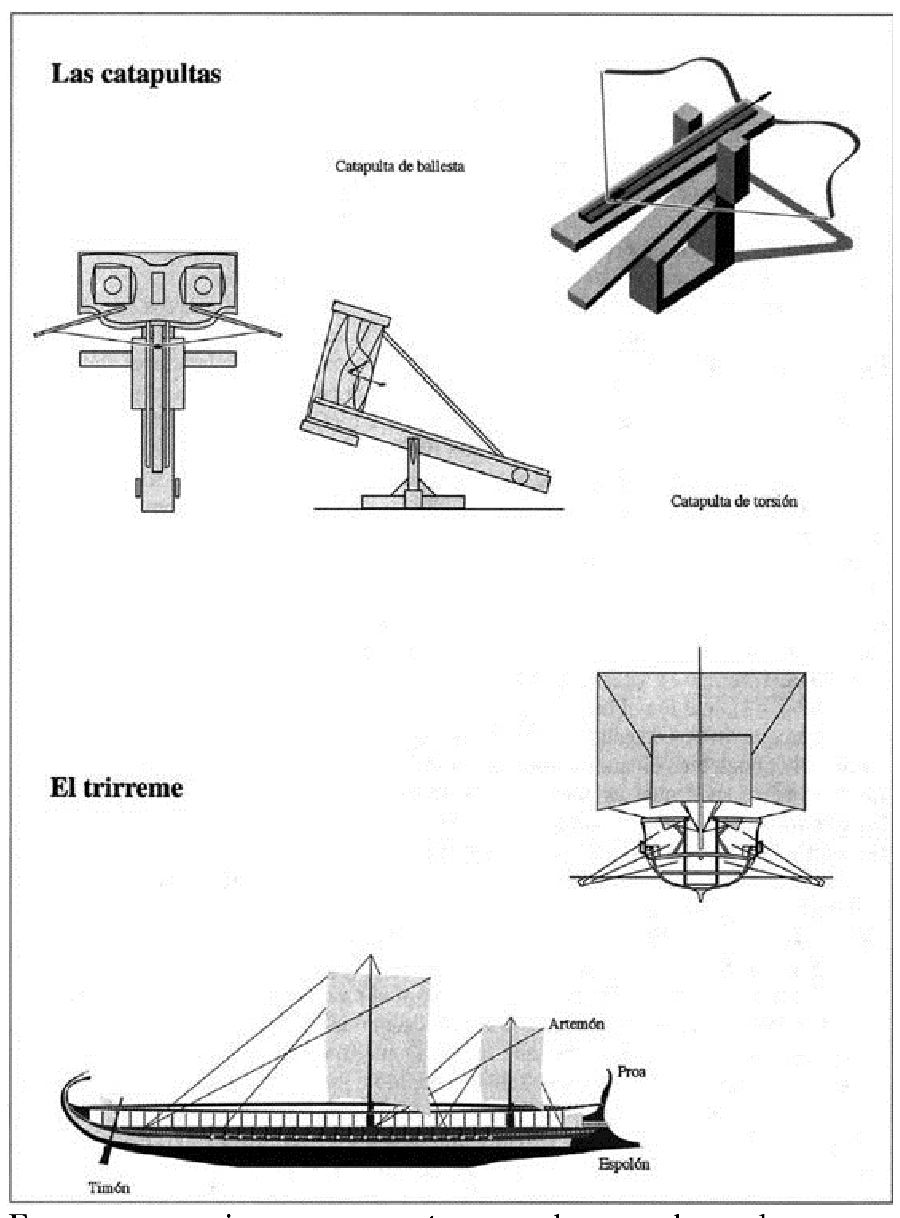
En la última parte del siglo VI los barcos del período Arcaico fueron desplazados por el trirreme (*trieres*), la nave que dominará la época clásica. El trirreme poseía una eslora de 36,8 metros y una manga de 3,7 metros. El puntal desde la quilla a la cubierta superior alcanzaba una altura probable de 3,6 metros y su calado era de unos 90 centímetros. La nave desplazaba unas 45 toneladas, un tercio de cuyo peso estaba constituido por los remeros. La

quilla era de madera dura, probablemente de roble con un refuerzo de metal, para evitar que el buque se dañara al sacarlo a la playa o al dique seco. El resto era de abeto y, si esta madera no estaba disponible, de pino. Asimismo, el trirreme poseía dos mástiles, el mayor, que sostenía una gran vela cuadrada, y el bauprés, que se conocía con el nombre de *artemón*, una vela cuadrada más pequeña en la proa destinada no tanto a aumentar la velocidad sino a facilitar el timoneo.

El buque contaba con una tripulación compuesta por doscientos hombres que incluían al trierarco, que mandaba la nave, otros cuatro oficiales, diez hoplitas, cuatro arqueros, un flautista para llevar el ritmo de la boga, una decena de marineros y ciento setenta remeros dispuestos en tres hileras horizontales superpuestas u órdenes por cada costado de la nave: cincuenta y cuatro en la parte baja (talamitas, veintisiete por cada lado), cincuenta y cuatro en la parte media (zigitas, igualmente veintisiete por cada costado) y sesenta y dos en la parte superior (tranitas, treinta y uno por banda). Para evitar que el tercer banco o superior de remeros hiciera el casco demasiado pesado y profundo, esta última hilera se dispuso en un pescante que sobresalía unos 60 centímetros por la borda del costado de la nave. Los remos medían unos cuatro metros y se aseguraban a los toletes (palo inserto en el borde del portillo) por medio de unas tiras de cuero que impedían que cayeran al agua. El buque poseía una cubierta sin amura o barandilla y en la proa llevaba un espolón de dos o tres puntas. Como era habitual, la proa se remataba en forma de cuerno en S y poseía dos grandes ojos pintados mientras que la popa terminaba en forma de penacho de madera. El trirreme era un buque de línea extraordinariamente rápido y ligero y su andar máximo podía alcanzar los ocho o nueve nudos.

Dicho de una manera sencilla, su habilidad técnica no se superó hasta el siglo XVI.

En pleno predominio del trirreme, a principios del siglo IV, comenzaron a construirse nuevos tipos de barcos, si bien éstos no se generalizaron hasta la última parte de dichacenturia. Se abrió así un período de unos dos siglos que puede considerarse la gran época de la invención y el desarrollo naval de la Antigüedad.



Estos nuevos tipos se conocían con los nombres de cuatro (*tetreres*, cuadrirreme; Pli- nio, *NH.*, 7.56.207), cinco (*penteres*, quinquerreme; Diod.14.41.3, 42.2, 44.7) y seis (*hexe- res*, sexirreme; Eliano, *VH.*6.12). Como no son posibles los barcos de cuatro o más órdenes superpuestos (el barco podría escorarse peligrosamente y los remeros de las filas

superiores realizarían un esfuerzo excesivo), su denominación debe referirse al *número de remeros situados en cada fila vertical* lo que equivale, ciertamente, a afirmar que varios remeros iban sentados en el mismo banco y manejaban el mismo remo. Así, empezando a contar por el orden superior, un cuatro sería un 2/2 (dos hileras superpuestas con dos remeros en cada remo), un cinco sería un 2/2/1 y un seis un 2/2/2.

Los sucesores de Alejandro hicieron un amplio uso de estos nuevos barcos y desarrollaron otros más pesados. De este modo, entre finales del siglo IV y principios del III, bajo el impulso de Demetrio Poliorcetes, se construyeron barcos de las clases siete a dieciséis (excepto los tipos ocho y catorce). Por la misma época, Lisímaco, el rey de Tracia (306-281), botó el gigantesco Leontóforo (Menón, *FGrH*, 434 F8) movido por mil seiscientos remeros. El Leontóforo debía ser un barco de tipo catamarán, esto es, dotado de dos cascos de la clase ocho unidos por una gigantesca cubierta. Se trataría, pues, de un 4/4 con dos hileras superpuestas en cada uno de los cuatro costados de la nave y con cuatro remeros bogando en cada remo. A mediados del siglo III, Antígono II Gónatas, el rey de Macedonia, construyó dieciochos y Tolomeo II veintes y treintas. Como está demostrado que no es posible que más de ocho remeros boguen a la vez en el mismo banco y con el mismo remo, todos los buques a partir de la clase diecisiete debían ser del tipo catamarán. La construcción de estas verdaderas fortalezas navales culminó durante el reinado de Tolomeo IV (221-203) con un gigantesco cuarenta (Ateneo, 5.203 E-204 A; Plu., *Dem.*, 43), que fue el barco más grande de la Antigüedad. El cuarenta medía ciento veintinueve metros de eslora y albergaba cuatro mil remeros, cuatrocientos marineros y dos mil ochocientos cincuenta soldados. Era un

catamarán colosal dotado de tres hileras de remeros superpuestas por cada costado de la nave (un 8/7/5 o un 7/7/6). Es posible que todas estas naves dispusieran de tres palos, artemón, mayor y mesana, lo que supondría otra de las grandes innovaciones de la época helenística.

Como es fácil imaginar, los nuevos barcos eran pesados y lentos y no hubieran podido hacer frente a los espolones de los trirremes de no haber dispuesto sobre cubierta de catapultas. La catapulta fue inventada en Siracusa a principios del siglo IV. Entonces no era más que una enorme ballesta que lanzaba flechas gigantescas. A lo largo del siglo se alcanzó el límite de sus posibilidades de diseño y, al menos en vida de Filipo, el arco fue sustituido por la torsión de fibras, esto es, las catapultas fueron provistas de dos ovillos de fibra o pelo de gran elasticidad que se tensaban retorciéndolos. Disponía también de un larguero por el cual el proyectil salía despedido e iba montada sobre una base regulable para favorecer la corrección del tiro. Hacia 332, en época de Alejandro, se consiguió adaptar la catapulta para el lanzamiento de piedras. En torno a 270 los ingenieros alejandrinos culminaron su desarrollo. Quedaron definidos así los dos modelos característicos del mundo griego: la catapulta lanzadora de flechas (*katapeltes* u *oxybolos*) y la lanzadora de piedras (balista, *lithobolos* o *petrobolos*). Una catapulta podía lanzar dardos de 5,5 metros de longitud o piedras de unos 80 kilogramos, a unos doscientos metros de distancia y con gran poder de penetración. En los últimos años del siglo IV, Demetrio Poliorcetes dispuso catapultas sobre la cubierta de sus naves: había nacido la artillería naval (Diod., 20.83.1) capaz de contrarrestar los ataques con el espolón.

Al mismo tiempo que se construían barcos gigantescos, aparecieron nuevos buques más ligeros que estaban por

debajo de la clase del trirreme. Así, en el siglo IV surcó los mares la hemiolía, el uno y medio, un barco dotado de un solo nivel con uno o dos remeros por remo según fueran dispuestos respectivamente en la proa o en la popa del barco. Hacia el 300 los rodios botaron la trihemiolía, quizá un buque de tres niveles con veinticuatro remeros en el orden inferior, otros veinticuatro en el medio y sólo doce en el superior. La trihemiolía se mostró una nave muy veloz y extraordinariamente eficaz contra la piratería. Mientras que en el trirreme, a la hora de entablar combate, era necesario desprenderse previamente del aparejo y depositarlo en una playa cercana, en las hemiolías y trihemiolías era posible retirar el aparejo al tiempo que se bogaba y almacenarlo en el puente. Esto explica el menor número de remeros del orden superior.

A finales del siglo III y principios del II, los grandes mastodontes desaparecieron de la superficie de los mares dando paso al predominio de navios más pequeños. De hecho, las flotas de este período estaban compuestas por un núcleo de quinquerremes y cuadri- rremes y tenían como navío más pesado, caso de la armada egipcia, la clase diez. Asimismo poseían un gran número de buques menores como trirremes y trihemiolías. Las causas del retroceso de los buques más pesados deben buscarse en su enorme coste, que hizo insostenible tal carrera naval, y en la política de los grandes estados helenísticos que, absorbidos en problemas más acuciantes, se retiraron prácticamente del Mediterráneo. Después de Accio (31 a. C.) el poder de Roma era indiscutible y, por consiguiente, no fueron necesarios navios tan pesados. De esta manera, las dos grandes flotas romanas, que tenían su base en Nápoles y en Rávena, tuvieron respectivamente como buque insignia la primera un seis y la segunda un cinco.

Bibliografía complementaria

CASSON, L. (1967): *Los antiguos marinos. Navegantes y guerreros del mar en el Mediterráneo en la Antigüedad*. Buenos Aires.

COATES, J. F. (1989): "El trirreme navega de nuevo". *Investigación y Ciencia*, 153, pp. 70-78.

FOLEY, V. y SOEDEL, W. (1981): "Naves de guerra a remo en la antigüedad". *Investigación y Ciencia,*57, pp. 104-119.

MORRISON, J. S. y COATES, J. F (1995): *Greek and Roman Oared Ships*. Oxford.

MORRISON, J. S. y COATES, J. F. (2000): *The Athenian Trirreme. The History and Reconstruction of an ancient Greek Warship*. Cambridge.

SOEDEL, W. y FOLEY, V. (1979): "Catapultas antiguas". *Investigación y Ciencia*, 32, pp. 92-101.

Capítulo 32

La Guerra del Peloponeso

La Guerra del Peloponeso, que se desarrolla, *grosso modo*, durante el último tercio del siglo v, fue un fenómeno en el que se vio implicado, de forma directa o indirecta, todo el mundo griego así como muchas de las culturas que en los siglos previos habían entrado en contacto con el mismo. Se trató de un enfrentamiento a gran escala entre los dos grandes bloques en los que se habían ido agrupando los

griegos durante los cincuenta años previos; por un lado, el dirigido por Atenas, en teoría una alianza de ciudades libres (conocida como la Liga de Delos) pero, en la práctica, el imperio político de la ciudad. Por el otro, una alianza, organizada en torno a Esparta, a la que se suele conocer como Liga del Peloponeso pero que, a diferencia de la ateniense, contaba mucho más con la opinión de sus miembros.

Es difícil pronunciarse acerca de las causas de dicha guerra y ni tan siquiera Tucí- dides, el historiador que, a veces como fuente única, nos informa sobre buena parte del desarrollo de la misma, ofrece siempre respuestas satisfactorias. De cualquier modo, hay que considerar que este autor, a pesar de sus proclamas iniciales (Th., 1.1.1) analiza el conflicto ya con una perspectiva de hecho finalizado, lo que le permite hacer una valoración de conjunto y convertirlo en un ciclo histórico en sentido propio. No obstante, ninguno de quienes participaron en las decisiones que condujeron a la guerra podían suponer que el conflicto acabaría durando cerca de treinta años, si bien no con hostilidades permanentes durante los mismos. Ello hace que nuestra búsqueda de las causas de la Guerra no tenga por qué tener en cuenta otros motivos que se irían añadiendo durante su desarrollo.

Hay una serie de hechos que parecen fuera de duda; por una parte, la política expansionista protagonizada por Pericles en Atenas, que trataba de hacerse con nuevos territorios de influencia para su ciudad; la expedición a Egipto (459-454), de dudosos resultados, su intervención en los asuntos itálicos con la fundación de Turios (444) o en Sicilia, con pactos y alianzas con ciudades tales como Segesta (458-457 o 454-453) o Leontinos (años cuarenta del siglo V), su expedición al Mar Negro (437), por no

mencionar la sujeción cada vez mayor de sus aliados-súbditos, que no deja lugar a dudas acerca de la orientación que estaba tomando Atenas. Por otro lado, la política de Esparta no parece haber sido imperialista en exceso, pero no puede decirse lo mismo de alguno de sus aliados; así Corinto, principal rival de Atenas y en cierto modo acosada por ella, reaccionaba haciendo uso de la fuerza o, al menos, amenazando con ello cuando no empujaba a aliados más débiles, como Megara, vecina de ambas, para tratar de debilitarla. No queda del todo clara la actitud de Esparta, no tan interesada en conflictos demasiado alejados de sus fronteras y, en todo caso, nada proclive a enfrentamientos prolongados en el tiempo y nada resolutivos. Sin embargo, los vínculos de alianza con Corinto y con otros aliados, podían forzarla a intervenir en caso de que alguno de ellos fuese atacado.

En los años previos al inicio de la guerra (431) la situación se había ido complicando porque Atenas y Corinto habían tenido algún enfrentamiento violento a cuenta del apoyo ateniense a Corcira, antigua colonia corintia enfrentada a su metrópoli por problemas en una colonia común de ambas (Epidamno) y también a causa de la rebelión de Potidea, colonia corintia pero englobada en la Liga de Delos. A todo ello se unen problemas con Megara que habría intentado crear inestabilidad en Atenas acogiendo a esclavos fugitivos. El victimismo corintio ante el fracaso de sus intentos por superar a Atenas, unido a las propias indecisiones en el interior de la potencia espartana, llevaría a la Liga del Peloponeso a votar a favor de la guerra contra Atenas.

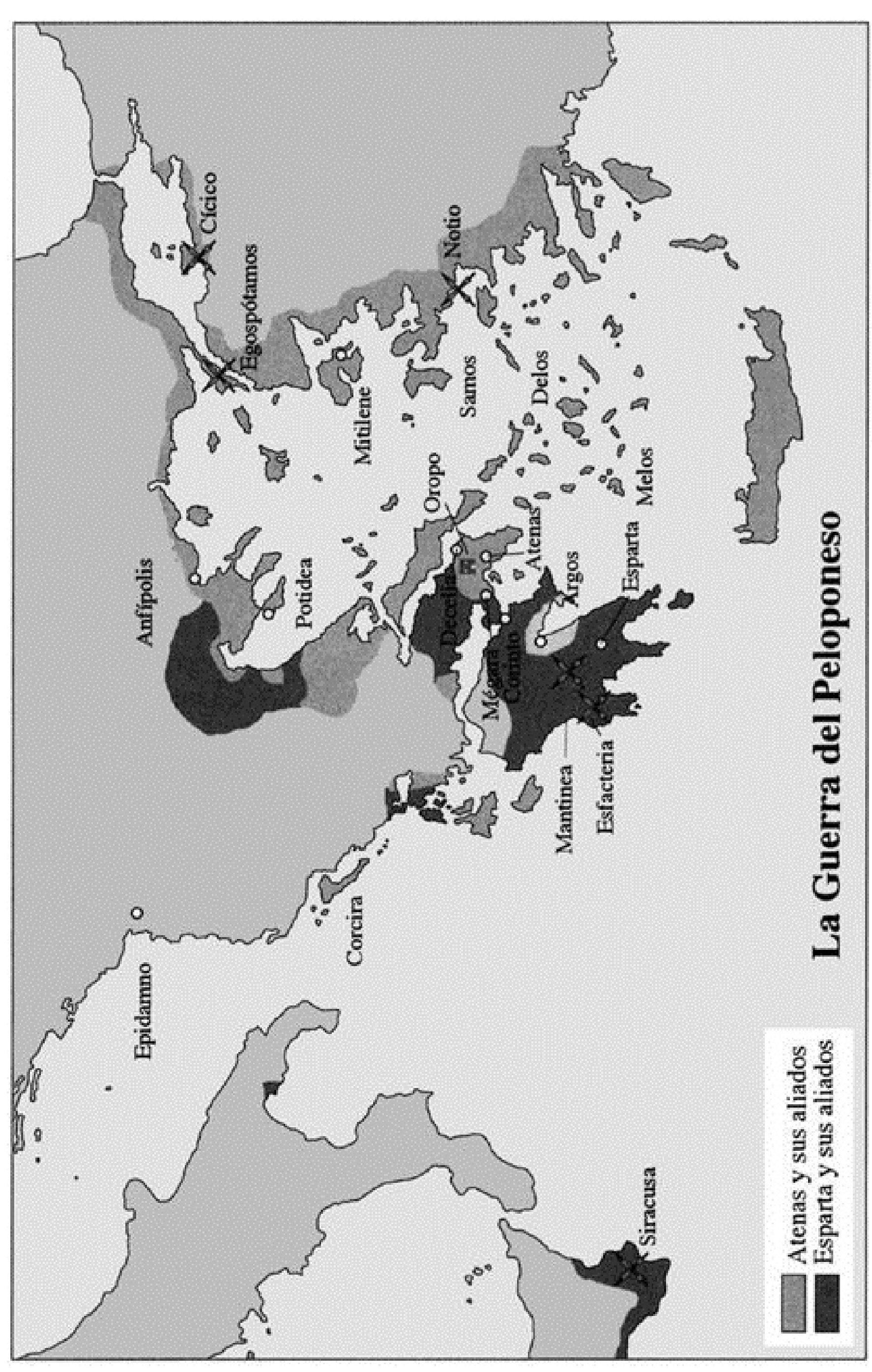
La Guerra del Peloponeso suele dividirse en varias fases, cada una de ellas con una personalidad propia.

El primer período es la llamada Guerra Arquidámica; en

ella, Esparta y sus aliados aprovecharán su clara superioridad terrestre, mientras que Atenas explotará su supremacía naval. Como se vio en el capítulo correspondiente, la fortificación de Atenas, junto con los Muros Largos y el Muro del Pireo hacían a Atenas casi inexpugnable por tierra, mientras que la flota garantizaba, en caso de necesidad, el suministro de la población y la movilidad de las tropas. Arquidamo, el rey espartano, decide invadir el territorio ateniense, mientras que la población se refugia tras las murallas. A pesar de la seguridad de los atenienses, el abandono de su territorio al enemigo, sin lucha, provocará motines y revueltas en la ciudad, que llevarán a la destitución de Pericles, que no obstante volverá a ser repuesto. Sin embargo, la peste que se declaró en Atenas en 430 diezmó a buena parte de la población hacinada en la ciudad, acabando con la vida del propio Pericles. La amenaza de contagio y otras consideraciones que irían introduciéndose con el tiempo (por ejemplo, el asunto de Esfactería sobre el que volveremos), obligó a los espartanos a renunciar a su política de invasiones anuales.

El dominio del mar le permite a Atenas hacerse presente en buena parte del escenario de la guerra, prestando especial interés al golfo de Corinto, a fin de tratar de impedir las actividades marítimas y comerciales de su enemiga aunque sin perder de vista el Egeo, reprimiendo con gran dureza a aquellas ciudades aliadas que intentasen abandonar la Liga como le ocurrió a Mitilene. Al tiempo, Atenas percibe que la isla de Sicilia, de gran riqueza, puede serles de gran ayuda a los peloponesios, por lo que en 427 envían una primera expedición con el pretexto de apoyar a algunas ciudades, como Leontinos, con las que habían suscrito tratados pero, sobre todo, para evitar que Siracusa pueda enviar recursos y

tropas en apoyo de su metrópoli Corinto. Allí permanecerán, con refuerzos sucesivos, hasta el año 424 en que sus propios aliados invitarán a los atenienses a abandonar la isla. En el año 425, la flota que se dirige a Sicilia establece un fuerte en la bahía de Pilo; la presencia ateniense en un punto tan sensible comoMesenia provoca inquietud en Esparta, que teme que los mesenios se subleven apoyados por Atenas. La fuerza enviada para desalojar a los atenienses acaba siendo bloqueada en la isla de Esfactería y terminan siendo capturados. Eso provocará una tremenda conmoción en Esparta, en parte compensada por la captura, en el año 424, de la estratégica ciudad de Anfípolis, en el Egeo norte, que controlaba el paso de las naves cargadas de trigo procedentes del Ponto y destinadas a Atenas.



La situación de tablas a que se está llegando, con clara desventaja para Esparta, y la muerte, tanto en Anfípolis

como en Atenas, de aquellos personajes más favorables a la guerra (Brásidas y Cleón, respectivamente), hace que poco a poco vayan ganando terreno los partidarios de la paz, entre ellos Nicias en Atenas. De tal modo, en el año 421 se firma la paz que lleva su nombre que, aunque no acaba por restaurar el *statu quo* previo a la guerra, supone una victoria de hecho para Atenas. Esparta, por su parte, antepone sus intereses a los de sus aliados, en especial Corinto, la más perjudicada por el cese de hostilidades, puesto que ninguno de sus objetivos se habían visto satisfechos y había sufrido graves perjuicios durante la guerra.

La paz de Nicias se estableció para cincuenta años, aunque en la práctica no duraría ni siete. Las tensiones y los recelos entre enemigos, pero también entre aliados, florecen por doquier. Atenas no duda en inmiscuirse en la política peloponesia, aprovechándose de la posición de Argos, que hasta entonces había sido neutral, como medio para soliviantar a Esparta y, en todo el proceso, empieza a adquirir relevancia Alcibíades, joven de buena familia, y que se había criado en la casa de Pericles, pariente suyo. A pesar de las reticencias de argivos y espartanos por enfrentarse, el combate tendrá lugar en la llanura de Mantinea en 418 y la derrota de Argos le permitirá a Esparta recuperar su maltrecho prestigio, mientras que Atenas habrá de replantearse su política exterior.

Dentro de la propia Atenas se habían delineado con claridad las posturas de Nicias, artífice de la paz y partidario de su mantenimiento, y Alcibíades, que ya había mostrado sus deseos de reanudar la guerra con Esparta. En torno a ellos, otros personajes con oscuros intereses evolucionan en un terreno político cada vez más plagado de intrigas en el que las facciones de cada uno de los rivales mueven a la manipulable ciudadanía en la asamblea. Alejados de la

escena política alguno de estos sujetos, como Hipérbolo, quedarán frente a frente Nicias y Alcibíades, cuyas posturas eran antagónicas pero contaban con amplios apoyos, lo que les obligaba, a veces, a secundar las propuestas del contrario. Eso pudo verse en 416 cuando Atenas decide anexionarse la isla de Melos, dentro de esta escalada antiespartana tan querida por Alcibíades, pero a la que Nicias no pudo (o no le interesó) oponerse.

En el año 415 Alcibíades presenta su nuevo y ambicioso plan: invadir Sicilia. Ya años atrás Atenas había enviado una expedición, despedida de la isla en 424, pero los problemas que enfrentaban a las ciudades de la isla seguían vivos. Aprovechando de nuevo la petición de ayuda de sus aliados, Alcibíades plantea una expedición aún mayor para apoyarlos pero, en último término, para intentar la conquista de la isla. Como en el caso de Melos, Nicias po puede oponerse de forma frontal pero sí lo hace de modo indirecto aunque la asamblea ateniense malinterpreta el discurso de Nicias, quizá instigada por los partidarios de Alcibíades, por lo que no sólo se aprueba la propuesta sino que se nombra jefes de la expedición a ambos, junto con un tercer general, Lámaco. Una gran flota y un numeroso ejército parten para Sicilia en el verano de 415, mientras que en Atenas los enemigos de Alcibíades van a conseguir, en el transcurso de pocas semanas, que la asamblea le destituya y le ordene regresar a Atenas para someterse a juicio. La profanación de unos monumentos religiosos, los Hermes, que se hallaban por doquier en toda la ciudad va a ser el motivo, al que se añadirá otra serie de acusaciones de comportamiento inmoral.

Alcibíades, una vez abandonada la dirección del ejército expedicionario ateniense, no regresa a Atenas, sino que se refugia en Esparta, donde dará puntual cuenta a los

espartanos de todos los planes atenienses, presentes y futuros, así como de los puntos débiles de la política de su ciudad natal. La campaña de Sicilia conoce un primer momento de éxito ateniense, que dirige sus armas sobre todo contra Siracusa; sin embargo, Esparta reacciona y, a petición de Corinto, decide intervenir en Sicilia. La acción del general espartano Gilipo acaba por inmovilizar al ejército ateniense ante Siracusa y ni tan siquiera la llegada de refuerzos desde Atenas resolverá la situación. Atenas perderá su flota y, en su abandono del sitio y en su huida se producirá el desastre. El ejército ateniense será derrotado y miles de prisioneros, entre ellos el propio Nicias, que será ejecutado, marcan el fracaso de la expedición (413).

En Grecia, la guerra toma también un nuevo rumbo; por indicación de Alcibíades, los espartanos fortifican Decelía, un punto clave del territorio ateniense, que se convertirá durante el resto de la guerra en una amenaza permanente a la seguridad de Atenas, puesto que desde tal localidad se controlaban las comunicaciones con Beocia y con Oropo y la presencia allí de fuerzas hostiles creaban inseguridad en los campos atenienses, impidiendo su cultivo. A este grave inconveniente se le unió la noticia del desastre siciliano, lo cual provocará también que la estabilidad política ateniense empiece a tambalearse. Por si fuera poco, Esparta se alía con los persas, lo que permitirá que su oro fluya en abundancia para sufragar los gastos de la guerra, en especial, el mantenimiento de una flota cada vez más poderosa y que, al rivalizar con la ateniense, hará decantarse la guerra al final hacia el bando peloponesio.

El descontento de la población ateniense con la marcha de la guerra, la ausencia de la flota y de sus tripulantes, partidarios clarísimos de la democracia y las ansias oligárquicas por reconducir la situación hacen que en 411 se

produzca un golpe de Estado que sitúa al frente de Atenas a los Cuatrocientos, miembros de los grupos más ricos y reaccionarios de la ciudad. El fracaso de su gestión y, sobre todo, el rechazo de la flota destacada en Samos, impedirán que se mantengan largo tiempo dando paso al régimen de los Cinco Mil, también efímero, que reconocería plenos derechos políticos a quienes pudiesen costearse el equipo hoplítico, lo que excluiría también a la mayor parte de los tripulantes de la flota. En el terreno militar, la situación es bastante confusa; ni la flota espartana saca provecho de su fuerza ni los atenienses consiguen éxitos fulgurantes, hasta que en 410 derrotan en una acción combinada terrestre y naval a los espartanos en Cícico. Este éxito acaba con el régimen de los Cinco Mil, se vuelve a la democracia plena y Alcibíades es rehabilitado. No obstante, la situación en las aguas jonias es cada vez más complicada para Atenas, que ya ha perdido a la mayoría de sus aliados en esa zona.

La irrupción de Lisandro (407) como navarco espartano provocará la derrota de Alcibíades en Notio y de nuevo su destitución. Atenas está ya exhausta, mientras que el dine ro persa permite que los peloponesios se recuperen de sus pérdidas. Una tras otra van cayendo las plazas atenienses y Lisandro permite que los derrotados regresen a una Atenas cada vez más saturada, empobrecida e inestable. En la primavera de 404, la última flota ateniense es derrotada en Egospótamos y Atenas se ve obligada a rendirse, a destruir los Muros Largos, a entregar lo que le quedaba de la flota, menos doce barcos y a admitir a los exiliados, esto es, a los oligarcas. Además, Atenas debía aceptar la hegemonía espartana, lo que implicaba privarla de una política exterior propia y autónoma. Con el apoyo de Esparta, los oligarcas dan un nuevo golpe de Estado que abole la democracia, instaurándose un efímero sistema conocido como el de los

Treinta Tiranos, que limita la ciudadanía a una porción muy pequeña de la población, y que instaura un régimen de terror para poder mantenerse en el poder. Su actitud provocó una guerra civil que ponía en serio riesgo la viabilidad de Atenas; Esparta tuvo que modificar su actitud y permitir que, en 403, se restaurase el sistema democrático, aunque garantizó una amplia amnistía de la que sólo quedaron excluidos los propios Treinta y algunos de sus colaboradores más directos.

Tras cerca de veintisiete años de guerra, Atenas había pasado de ser una de las *póleis* más poderosas de Grecia a ser humillada y derrotada; no obstante, conservaba su sistema político, a pesar de las duras pruebas sufridas. Por su lado, Esparta, que había iniciado la guerra a desgana y cuya fuerza radicaba en su ejército hoplítico, se había convertido en una potencia naval, ansiosa por ejercer su recién estrenada hegemonía. La guerra lo había trastocado todo y, como suele ocurrir, ninguno de los que la iniciaron pudo prever las consecuencias de la misma.

Bibliografía complementaria

ALONSO TRONCOSO, V. (1987): *Neutralidad y neutralismo en la Guerra del Peloponeso (431-404 a.C.)*. Madrid.

DOMÍNGUEZ MONEDERO, A. J. Y PASCUAL GONZÁLEZ, J. (1999): *Esparta y Atenas en el siglo V a. C*. Madrid.

KAGAN, D. (2003): *The Peloponnesian War: Athens and Sparta in savage conflict, 431-404 BC*. Londres.

PLÁCIDO, D. (1997): *La sociedad ateniense. La evolución social en Atenas durante la guerra del*

***Peloponeso*. Barcelona.**

Capítulo 33

El mungo griego en la primera mitad del siglo IV

El final de la Guerra del Peloponeso no inauguró, como se pensó, una época de paz y libertad en la Hélade sino que supuso la imposición de un nuevo imperio, en este caso obra de Esparta, en buena parte de Grecia continental, el Egeo y la costa de Asia Menor. Este nuevo imperialismo espartano se basó en el establecimiento de numerosos tratados bilaterales con los antiguos súbditos de Atenas, mediante los cuales éstos se veían obligados a participar en todas las expediciones militares espartanas; en la introducción de regímenes oligárquicos filolaconios y de guarniciones al mando de un comandante espartano (*harmosta*); en la imposición de un tributo (Diod., 14.10.2; Isoc., 4.132; Arist., *frg.* 544 Rose) y en la movilización de contingentes militares con el fin de mantener o extender la dominación espartana. Así, entre 402 y 400, los espartanos sometieron la Élide, con lo que aseguraron su predominio en el Peloponeso. En 400 intervinieron en el golfo de Corinto afirmando su control en la zona y, en 399, una expedición lacedemonia en Grecia central consolidó su dominio en el área de Heraclea Traquinia. Por otro lado, durante la Guerra del Peloponeso, Esparta había cedido a los persas las ciudades griegas de Asia Menor pero, después de la guerra, conforme a su papel de potencia hegemónica protectora de los griegos, trató de evitar que Persia se hiciera con el control efectivo de las ciudades griegas de Asia. Posiblemente a cambio de estas ciudades, los lacedemo- nios apoyaron de manera indirecta

la expedición de Ciro (401-400), el joven hermano del rey persa, que trató de derrocar a Artajerjes. El fracaso de Ciro obligó a los espartanos a enviar tropas a Asia Menor donde, entre 400 y 394, lograron constituir un extenso imperio costero que se extendía desde Calcedonia en el Norte hasta Cnido en el Sur.

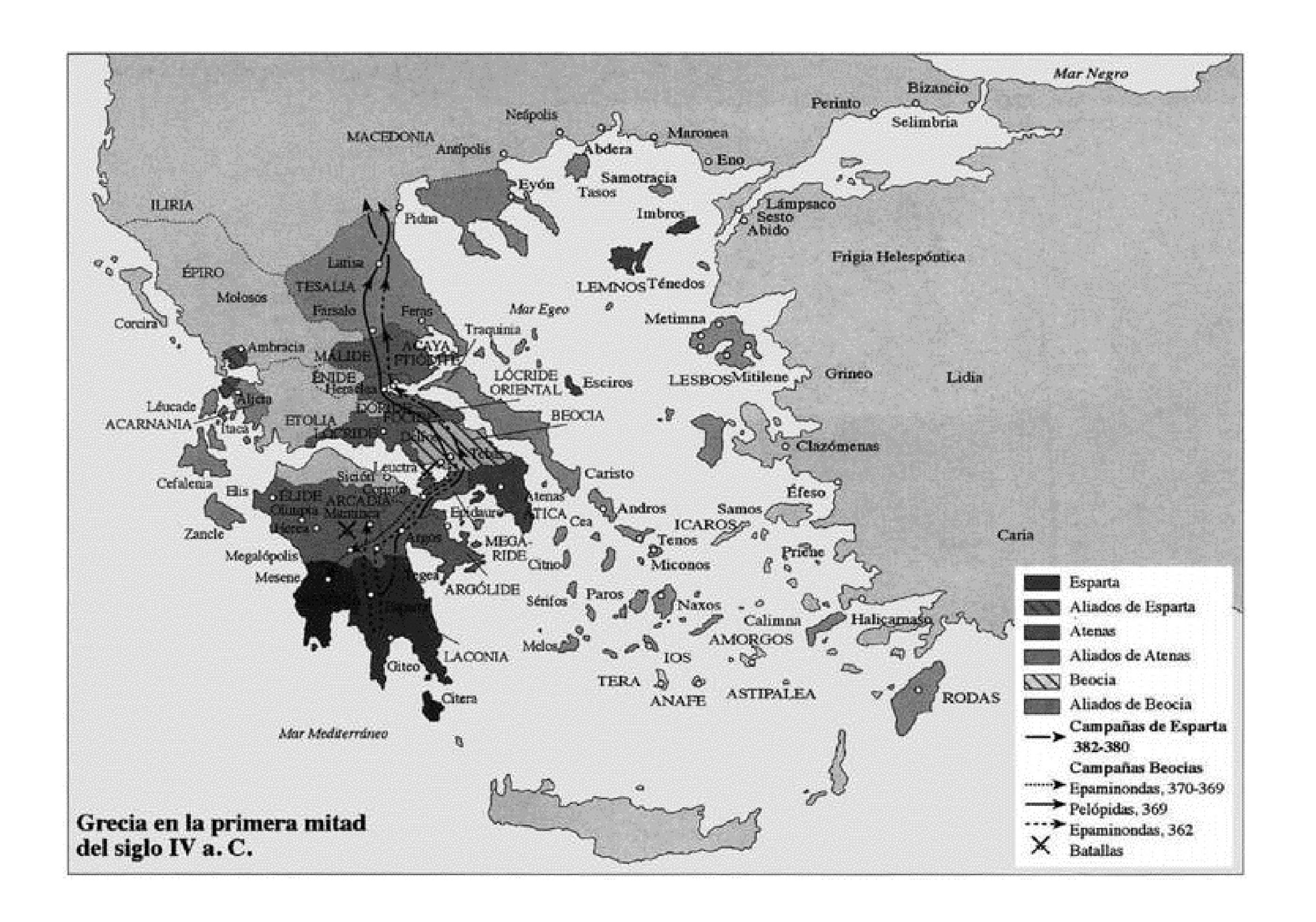
Esta política imperialista llevó a la formación de una amplia coalición contra Esparta de la que tomaron parte, además de otros estados menores, Persia, Corinto, Argos, Atenas y la Confederación beocia. Es la llamada Guerra de Corinto (395-386). Durante los dos primeros años, los beligerantes se enfrentaron en grandes batallas terrestres o navales. Así, en 395, los beocios, apoyados por los atenienses, batieron a los lacedemonios y sus aliados en Haliarto (Beocia); a su vez, en el 394, los lacedemonios derrotaron a sus contrarios en sendas batallas (Nemea, en la frontera corintia, y Coronea, en Beocia), mientras, la flota persa, al mando del ateniense Conón, destruyó la armada espartana en Cnido. Desde 393 las operaciones terrestres se trocaron en una guerra de desgaste y posiciones en torno a Corinto, llevada por contingentes propios y sobre todo por mercenarios. En el frente naval la victoria persa en Cnido significó el final de la hegemonía espartana en Asia Menor y el Egeo y fue aprovechada por Atenas para restablecer su control en el Heles- ponto y en parte de las islas. Pero como ningún bando logró inclinar la lucha a su favor de manera decisiva, el agotamiento de los contendientes propició la firma de la Paz del Rey (o de Antálcidas) en la primavera de 386 (X. *Hel.*, 5.1.25; Diod., 14.110.3). El tratado establecía un estado de paz general multilateral (*koine eirene*) en Grecia. Persia obtuvo Chipre y las ciudades griegas de Asia Menor; Esparta mantuvo su vieja alianza (la Liga del Peloponeso) y se encargó de aplicar en su favor un acuerdo que recogía

una cláusula de libertad y autonomía para todos los estados griegos. A causa de ella, los corintios fueron obligados a dejar salir una guarnición argiva que ocupaba la ciudad y a hacer regresar a los exiliados, que restablecieron inmediatamente una oligarquía proespartana; Argos quedó nuevamente aislada en el contexto del Peloponeso; Atenas tuvo que renunciar a su expansión marítima y los beocios hubieron de disolver su Confederación.

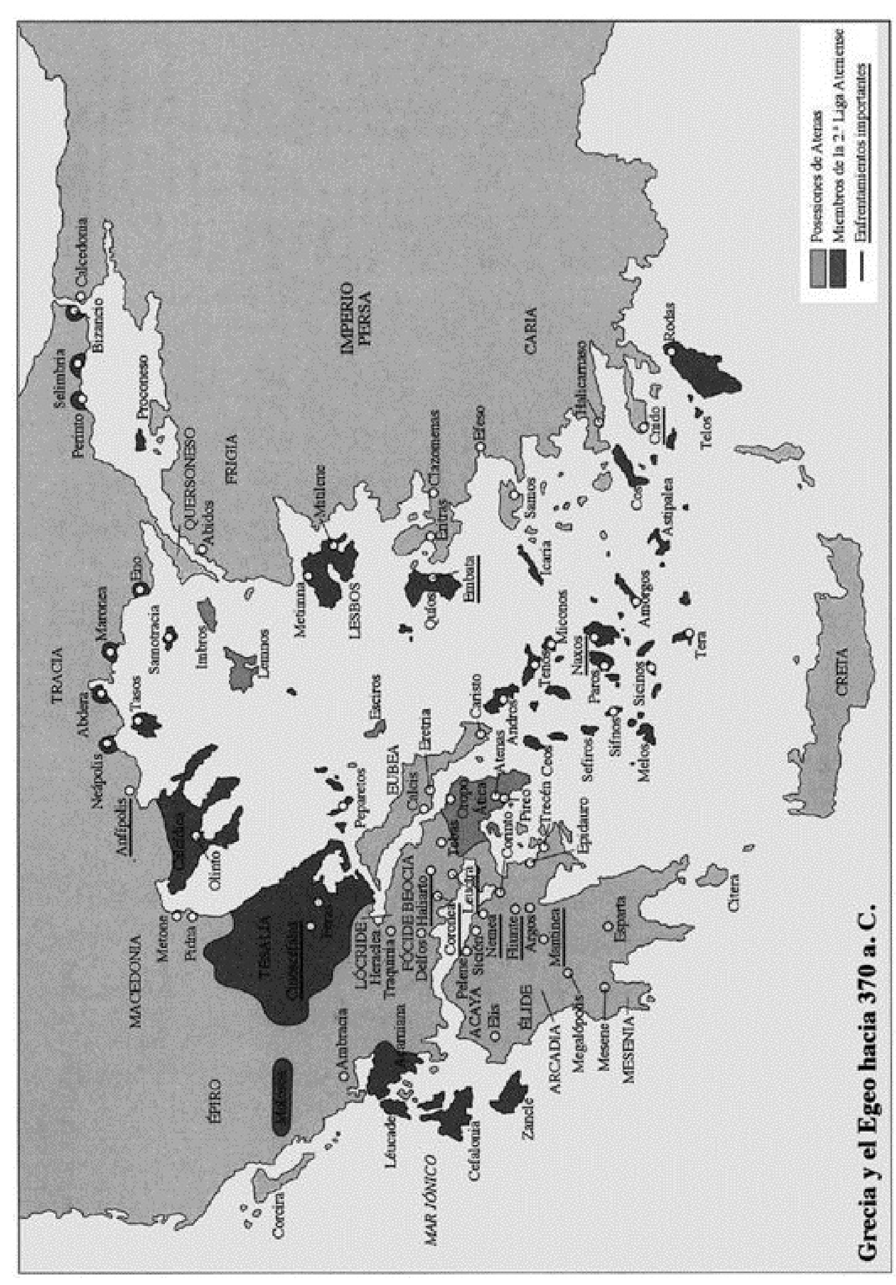
Aunque los lacedemonios abandonaron las ciudades griegas de Asia y la importancia de su flota disminuyó de manera drástica, el imperialismo espartano alcanzó, en las actuaciones posteriores a la Paz del Rey, su apogeo. En 385 los espartanos arrasaron Man- tinea y diseminaron su población; en 382 introdujeron una guarnición en Tebas y establecieron un régimen filolaconio en esta ciudad; entre 382 y 379 intervinieron en el Norte de Grecia, disolvieron la Confederación calcídica y se aseguraron la alianza de Macedonia y de las ciudades griegas de la Calcídica, ahora independientes. Finalmente, en 379, después de un largo asedio, obligaron a Fliunte, en el Peloponeso, a aceptar una oligarquía filolaconia y una guarnición lacedemonia. Sin embargo, en diciembre de 379, los exiliados tebanos, con ayuda de varios conjuradores del interior de la ciudad, lograron derrocar a la facción filolaconia y expulsar a la guarnición espartana. Fue el comienzo del declive espartano.

Inmediatamente después de la Paz del Rey, Atenas no pudo oponerse abiertamente al imperialismo lacedemonio pero, entre 378 y 377, organizó una alianza militar multilateral que conocemos con el nombre de Segunda Liga ateniense y que incluyó a unos sesenta estados. La Liga estaba dirigida contra Esparta y los atenienses se comprometían expresamente a respetar la libertad y autonomía de sus

aliados: éstos podrían darse el régimen político que desearan y no recibirían guarniciones ni magistrados atenienses; asimismo, los atenienses no podrían adquirir bienes inmuebles en el territorio de los aliados ni se establecerían cle-ruquías, asentamientos de ciudadanos atenienses en tierra de los aliados. La Liga se dotó de un consejo de aliados (Sinedrio) en el que Atenas no estaba representada y que emitía una serie de resoluciones (*dogmata*) que debían ser, quizá, convalidadas por la asamblea ateniense. La Liga disponía además de una caja militar y se estableció no un tributo (*phoros*) sino una contribución compensatoria (*syntaxis*) en concepto de disfrute de los beneficios de la Liga sin aportar contingentes militares. Atenas sería la potencia hegemónica, dirigiría las operaciones militares y aportaría el grueso de las fuerzas. A pesar de que hubo ciertamente excesos, la política ateniense en relación a sus aliados parece haberse alejado bastante de las prácticas imperialistas del siglo V. Tras la creación de la Segunda Liga, los atenienses entraron en guerra contra Esparta, derrotaron a los lacedemonios en la batalla naval de Naxos (septiembre de 376) lograron el dominio de gran parte del Egeo. Al año siguiente (375), impusieron su control en Tracia y el Helesponto y extendieron su influencia sobre el Mar Jónico. Por otra parte, en la guerra contra Tebas que continuaba, desde 379, en Grecia central, los lace- demonios establecieron guarniciones en varias ciudades beocias, y efectuaron varias expediciones militares contra el territorio tebano (378-376) con resultados en buena medida infructuosos. La Paz de 375 supuso un retroceso espartano, reconoció la existencia de la Liga ateniense e impuso la retirada de todas las guarniciones lacedemonias.



Grecia en la primera mitad del siglo IV a. C.



Grecia y el Egeo hacia 370 a. C.

Dicha paz fue, sin embargo, efímera, entre 374 y 372, atenienses y espartanos se enfrentaron nuevamente en el Mar Jónico con un resultado favorable a Atenas. Por otro lado, los tebanos aprovecharon la salida de las guarniciones

lacedemonias para incluir a la práctica totalidad de las ciudades beocias, en una nueva Confederación. Los contendientes se reunieron en Esparta en el verano de 371 para llegar a un nuevo acuerdo de paz. Todos los estados firmaron la paz, salvo los tebanos, que se negaron a disolver la Confederación beocia recientemente creada. De este modo, Esparta había conseguido por fin aislar a Tebas y a la Confederación beocia y, desde la Fócide, un ejército, formado por los lacedemonios y sus aliados, penetró en Beocia alcanzando Leuctra.

Contra todo pronóstico, buena parte de los beocios, liderados por los tebanos, derrotaron de manera decisiva a los lacedemonios en la batalla de Leuctra (c. julio de 371). Leuctra marcó el final del predominio espartano en Grecia y abrió un corto período de hegemonía beocia (371-356) conducido por los grandes líderes tebanos, Epaminon- das y Pelópidas. Inmediatamente después de Leuctra, una expedición, Epaminondas (370) sometió toda Beocia y parte de Grecia central (focidios, acarnanios, etc.). A partir de 370 comenzaron también las campañas de Epaminondas en el Peloponeso, que tenían como objetivo impedir la recuperación de Esparta y construir un sistema de alianzas que hiciera posible el predominio beocio en la zona. En su primera expedición, Epaminondas (370) penetró en Laconia, independizó Mesenia, donde se fundó Mesene, y promovió también la fundación de Megalópolis con la finalidad de fortalecer Arcadia contra la amenaza espartana. La segunda expedición (369) se dirigió contra los aliados de Esparta en el Istmo, logró la alianza de Sición y Pelene y saqueó los territorios de Corinto, Epidauro y Trecén. Aunque no se pasaron al lado tebano, Corinto y el resto de aliados lacedemonios en el Istmo tuvieron que firmar una paz separada, que les apartó de su alianza con Esparta. La

tercera expedición (366) sometió la Acaya. Sin embargo, a partir de 366, la posición beocia en el Peloponeso empezó a debilitarse; la Acaya se perdió inmediatamente, una guerra estalló entre Arcadia y Élide, aliadas ambas de los beocios, y las disensiones internas provocaron la división de la Confederación arcadia. Parte de las *póleis* arcadias rompieron entonces su alianza con los beocios y se pasaron a los espartanos. Ante la amenaza del desmoronamiento de la hegemonía beocia en el Peloponeso, Epaminondas dirigió una nueva expedición (362). En Mantinea, beocios, eleos, mesenios y parte de los arcadios se enfrentaron a los lacedemonios, los atenienses y otra parte de los arcadios. Cuando la victoria estaba al alcance de la mano, Epaminondas cayó herido (murió casi inmediatamente) y los beocios no pudieron explotar su triunfo. Un nuevo tratado de paz (362/1) restableció el estatus anterior a la batalla y salvó para los beocios cuanto era posible de su aventura en el Peloponeso.

Si la política peloponesia es obra de Epaminondas, la intervención beocia en la Grecia del Norte se adscribe a Pelópidas. En 369, una primera expedición de Pelópidas estableció una alianza con la Confederación tesalia y arbitró el conflicto que enfrentaba a los tesalios con Alejandro, el tirano de Feras. Al año siguiente (368), Pelópidas encabezó una embajada a Macedonia y firmó una alianza con los macedonios. En el viaje de vuelta fue capturado por Alejandro de Feras. Tras el fracaso de una expedición contra Alejandro (368), una nueva campaña (367), conducida esta vez por Epaminondas, obligó a Alejandro a devolver a Pelópidas y frenó momentáneamente su expansionismo. En este mismo año (367) los beocios firmaron una alianza con Persia que tuvo escasos efectos prácticos. En los años siguientes, Alejandro de Feras

continuó creando problemas en Tesalia y, en 364, Pelópidas dirigió contra él una nueva expedición. Tesalios y beocios vencieron al tirano en Cinoscéfalas, pero Pelópidas murió en el combate y la victoria fue sentida, en realidad, como una derrota. Una nueva expedición en el otoño de 368 logró por fin someter al tirano y restaurar el predominio beocio.

Tras la derrota espartana en Leuctra, Atenas mantuvo la Liga, creada años atrás (377), dirigida ahora contra los beocios. En 370/69, los atenienses firmaron una alianza con Esparta y a partir de entonces enviaron contingentes al Peloponeso al objeto de asistir a los espartanos. Aunque los beocios ocuparon Oropo en 366, lo que supuso una dolorosa pérdida para Atenas, la división de la Confederación arcadia, la batalla de Mantinea (362) y la paz subsiguiente (362/1) estabilizaron la situación en el Peloponeso. A lo largo de la década de los sesenta, los intereses de Atenas se concentraron en el norte del Egeo. Los atenienses intervinieron en Macedonia pero fueron apartados por los beocios y asediaron infructuosamente Anfípolis; sin embargo, conservaron Eubea, contra los beocios lograron el control del Quersoneso tracio y la toma de Samos (365) estableció su hegemonía en el Egeo. Una expedición naval beocia en el Egeo, bajo el mando de Epaminondas, en 364/3, tuvo mínimos resultados en la práctica.

En 357, mientras los atenienses tenían comprometidas sus fuerzas en Eubea, estalló la llamada Guerra Social (o de los aliados). Varios estados aliados (Rodas, Cos, Quíos y Bizancio) se rebelaron. Tras dos años de guerra naval, los antiguos aliados derrotaron de manera decisiva a los atenienses en Embata, en las proximidades de Eritras en Asia Menor, y al año siguiente (355), Atenas se vio obligada a firmar una paz que ratificaba la independencia de sus

antiguos aliados. Aunque la Segunda Liga ateniense no fue disuelta, a partir de la Guerra Social, formada únicamente por pequeños estados, careció prácticamente de importancia.

Desde 362 hasta el comienzo de la Tercera Guerra Sagrada en 356, los beocios, bajo el liderazgo tebano, mantuvieron en lo esencial sus posiciones en el Peloponeso, Grecia central y parte de Tesalia. En 362, los focidios se negaron a sumarse a la última expedición de Epaminondas en el Peloponeso y comenzaron a ofrecer una mayor resistencia al poder beocio. Como respuesta, en 357, los beocios lograron que el Consejo anfictiónico de Delfos impusiera una fuerte multa a los focidios; quizá esperaban que éstos se sometieran a Beocia y pidieran una reducción de la multa. Sin embargo, los focidios ocuparon el santuario de Delfos y utilizaron los fondos délficos para contratar numerosos mercenarios. Así, en el otoño de 356, la mayoría de los miembros del Consejo anfictiónico (tesalios, locrios, beocios y otros pueblos de Grecia central) les declararon la guerra.

Durante diez años (356-346) las hostilidades se prolongaron con suerte alterna, provocando un fuerte desgaste en los contendientes, especialmente en los beocios, que sufrieron cuantiosas pérdidas humanas y vieron parte de su territorio saqueado y ocupado. La guerra finalizó en 346 con la victoria beocia pero, en realidad, el triunfador fue Filipo de Macedonia que, habiendo intervenido en apoyo de los beocios, obtuvo el control de Tesalia y de Grecia central hasta las mismas fronteras de Beocia.

En definitiva, la Hélade había consumido los últimos sesenta años disputando en torno a los principios de hegemonía, libertad y paz y sus límites y posibilidades respectivas. Y el resultado era desalentador: a mediados de los años

cincuenta del siglo IV, las mayores potencias griegas se encontraban debilitadas. Con todo, aún contaban con fuerzas suficientes para evitar, al menos durante los veinte años siguientes, el triunfo final de Filipo.

Bibliografía complementaria

BUCKLER, J. (2003): *Aegean Greece in the Fourth Century B.C.* Leiden y Boston.

CARLIER, P. (1995): *Le IV siècle jusqu 'à la mort d'Alexandre*. París.

FERNÁNDEZ NIETO, J. (1989): *Grecia en la primera mitad del siglo IV*. Madrid.

PASCUAL GONZÁLEZ, J. (1997): *Grecia en el siglo IV a. C. Del imperialismo espartano a la muerte de Filipo de Macedonia*. Madrid.

TRITLE, L. A. (1997): *The Greek World in the Fourth Century: From the Fall of the Athenian Empire to the Successors of Alexander*. Londres.

VV AA (1994): *The Fourth Century. Cambridge Ancient History, vol. VI*. Cambridge.

Capítulo 34

Las Confederaciones beocias en la época clásica

La antigua Beocia, que llegó a ser una de las potencias más importantes del mundo griego, ocupaba, con sus 2.800 km2, buena parte de la Hélade central. Poblada desde muy antiguo (en el Paleolítico, Neolítico, Heládico Antiguo y Medio), en época micénica (Heládi- co Reciente, 1600-1200) la región parece estar repartida entre dos grandes

reinos, Orcómeno y Tebas. El final del mundo micénico supuso una verdadera catástrofe poblacional, de hecho, de los treinta y nueve asentamientos agrupados conocidos hacia 1200 quedan únicamente cinco o seis hacia 900. Esta reducción continuada de población debe relacionarse no sólo con las turbulencias que clausuraron la Edad del Bronce, sino también con la migración beocia (c. 1150-950), el desplazamiento de los beocios desde Tesalia a la región que habrían de ocupar a partir deentonces. Este período conflictivo finalizaría hacia la segunda mitad del siglo x, dando paso a unas condiciones de vida más pacíficas y a una cierta recuperación demográfica. En el último tercio del siglo VIII vemos surgir un buen número de asentamientos agrupados. Es en este momento en el que podemos datar probablemente el nacimiento y la configuración de las *póleis* beocias. El siglo VII, poco conocido, se caracterizaría por la consolidación de las *póleis* beocias, el crecimiento demográfico y una fuerte colonización interna de la región que, a la vez que aumentaba las propiedades de la aristocracia, preservaba los lotes campesinos. A principios del siglo VI, Beocia atravesó un corto período de sometimiento a los tesalios del que se liberó en571. La época posterior se distinguió por la continuidad del crecimiento demográfico y de la colonización interna y, sobre todo, por los enfrentamientos entre las diferentes *póleis*. Fruto de esto último fueron el posible debilitamiento de Orcómeno, que corre paralelo al progresivo fortalecimiento de Tebas y el nacimiento de la Confederación beocia hacia 520.

De este modo, la creación de la Confederación cristalizó el sentimiento étnico beocio, obedeció al deseo de algunas *póleis* de alcanzar un cierto nivel de seguridad y sobre todo a la pretensión tebana de dotarse de un instrumento válido para asentar su hegemonía en Beocia. En el período

anterior a la Segunda Guerra Médica (c. 520-480) la Confederación se fundamentó sobre el establecimiento de un estrecho régimen oligárquico en el que un reducido número de familias aristocráticas monopolizaban el poder. Esta oligarquía dinástica era la norma también en todas las *póleis*. La única institución federal atestiguada con seguridad es el colegio de los beotarcos, cuyo número ignoramos, que constituyen losprincipales magistrados, con poderes para movilizar al ejército federal y dirigir las operaciones militares (Hdt., 7.205.2, 222, 223, 9.15.1; Plu., *Mor.*, 866e-867a). Heródoto (5.79.2) menciona un Consejo (*Halia*) que parece ser una institución tebana y, asimismo, un hipar- co que manda los jinetes tebanos en la batalla de Platea (Hdt., 9.69). Quizá, a través de las instituciones de Tebas, que era la *pólis* hegemónica, podamos inferir que, además de los beotarcos, la Confederación contaba también con un Consejo y un hiparco federales. Finalmente, las *póleis* disponían asimismo de un arconte epónimo, que daba nombre al año civil y que representaba a la comunidad al menos en el ámbito religioso.

A finales del siglo VI la Confederación incluía la práctica totalidad de Beocia salvo Platea, la Parasopia (el resto de la región fronteriza con Atenas) y Oropo. Hacia 509, los beocios atacaron Platea pero los atenienses, aliados de los píateos, intervinieron, derrotaron a los beocios y mantuvieron la independencia de Platea. Los beocios buscaron la revancha en 506, en alianza con Calcis, y en 505, con la ayuda de los eginetas, pero en ambas ocasiones fueron nuevamente batidos por Atenas.

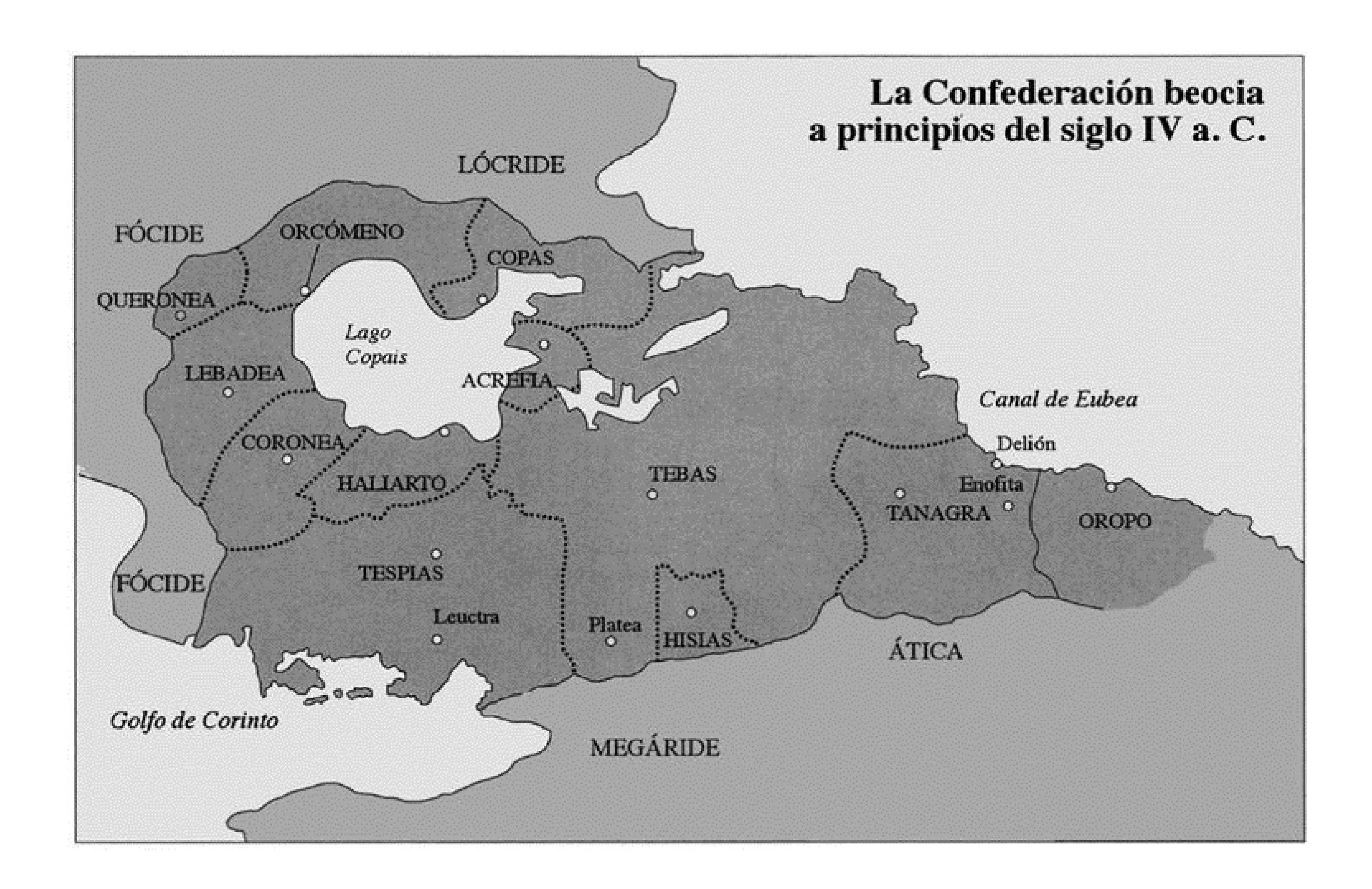
La Segunda Guerra Médica supuso un verdadero desastre para Beocia. En medio de tensiones entre *póleis* y los enfrentamientos entre facciones políticas, los beocios se alinearon primero en el lado griego y luego, excepto

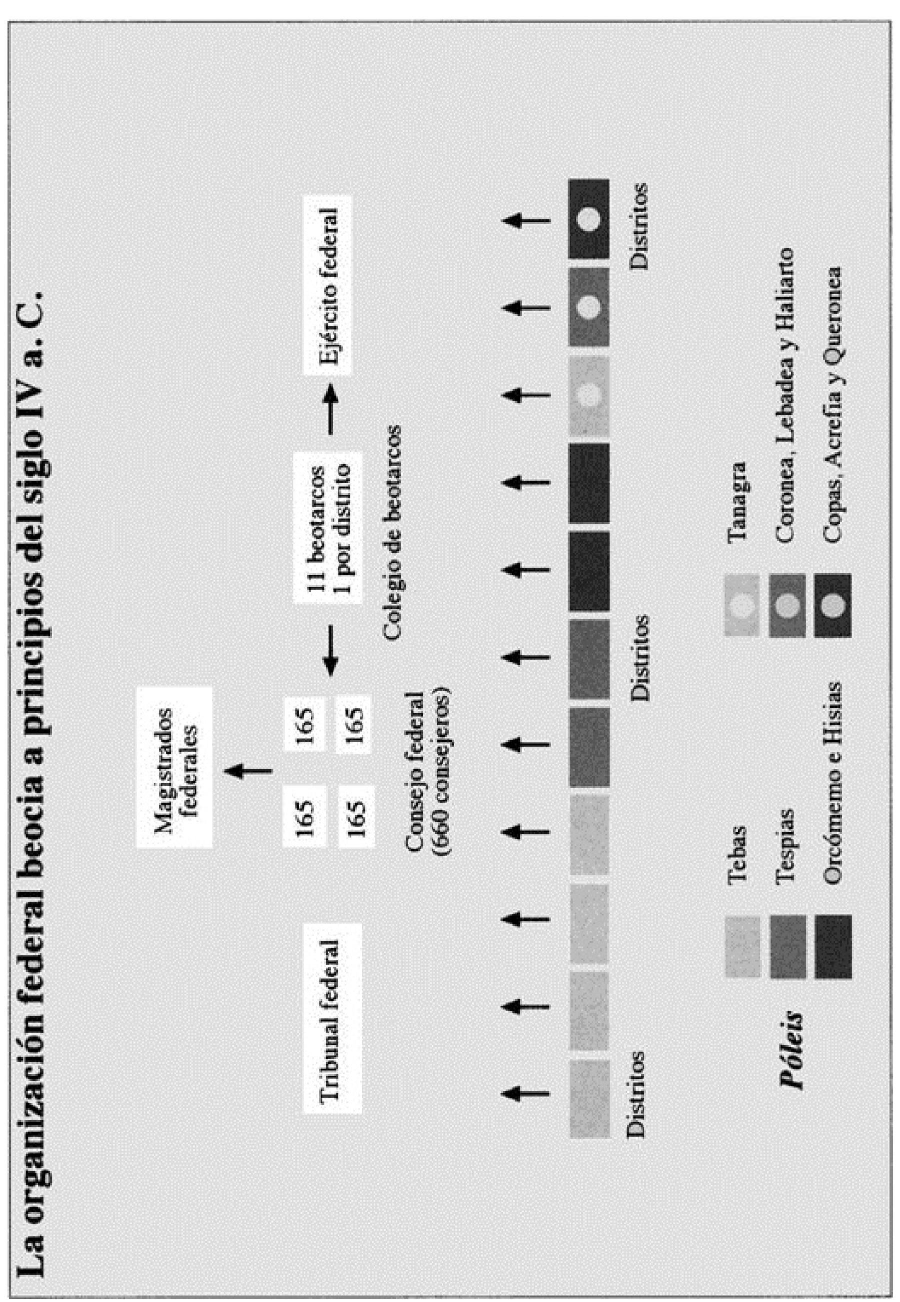
Tespias, se pasaron a los persas por lo que fueron severamente castigados. Es posible que después de la Segunda Guerra Médica la Confederación no fuera disuelta y que se implantara en las *póleis* beocias una oligarquía moderada más amplia que el estrecho régimen aristocrático anterior. Tebas perdió ahora la hegemonía (Diod., 11.81.2; Justino, 3.6.10) que pudo pasar a Tanagra, Platea permaneció fuera de la Confederación y quizá Orcómeno se saliera también de la misma. Este período oscuro y desafortunado de la historia beocia culminó en la batalla de Enofita (457), donde triunfaron los atenienses y sometieron toda la región, imponiendo además la democracia al menos en algunas ciudades como en el caso de Tebas (Arist., *Pol.*, 1302b 29-32). Una vez más, no sabemos si la Confederación persistió tras la victoria ateniense; quizá continuara existiendo colocada ahora bajo la hegemonía de Atenas. Sin embargo, en 446, en la batalla de Coronea, los beocios, liderados por Tebas, se libraron de la dominación ateniense. Después de Coronea, se restableció en toda Beocia una oligarquía moderada y se reorganizó la estructura federal sentando las bases del sistema que habría de perdurar hasta la Paz del Rey (386).

Después de 446, dentro de la alianza lacedemonia, la Confederación tuvo una destacada participación en la Guerra del Peloponeso y contribuyó de manera decisiva a la victoria final sobre los atenienses. La incursión tebana sobre Platea (431) sirvió de detonante de las hostilidades y desde 430 beocios y peloponesios asediaron Platea, que capituló en 427. Su territorio fue unido a Tebas en 426. En 424, los beocios obtuvieron una resonante victoria sobre los atenienses en Delión. Desde 413, se beneficiaron del saqueo del Ática y, en la última parte de la guerra, combatieron en la Jonia llegando a construir una flota de unos cincuenta

trirremes.

Tras el final de la Guerra del Peloponeso, en la primavera de 404, sólo Oropo escapaba al control de la Confederación. Los beocios la sometieron hacia 401, aunque no parece que fuera incluida en la organización federal hasta algún tiempo después (c. 395). Ciertamente, la Confederación beocia y sobre todo Tebas habían salido fortalecidas de la Guerra del Peloponeso pero los beocios se hallaban lejos de sentirse satisfechos conlos frutos de la victoria. No sólo el imperialismo espartano frenó sus aspiraciones de expansión, sino que además las intervenciones lacedemonias en Atenas (404-403) y en Grecia central (399) representaron una seria amenaza para sus intereses vitales. En creciente tensión con Esparta, los beocios se negaron a participar en las expediciones espartanas (Atenas en 403, Élide en 400, Asia en 396) y los filolaconios fueron desplazados del poder en favor de las facciones antiespartanas, que terminaron por llevar la Confederación a la guerra contra Esparta (Guerra de Corinto, 395-386). El conflicto resultó, sin embargo, desastroso y la firma de la Paz del Rey (primavera de 386) trajo consigo la disolución de la Confederación y la vuelta al poder de los oligarcas filolaconios en las distintas *póleis* beocias. En medio de una situación general de debilidad, los espartanos llegaron incluso a establecer una guarnición en Tebas (382-379).


La Confederación beocia
a principios del siglo IV a. C.
LÓCRIDE
FÓCIDE
ORCÓMENO
COPAS
QUERONEA
Lago
Copais
LEBADEA
ACREFIA
Canal de Eubea
CORONEA
Delión
HALIARTO
TEBAS
Enofita
TANAGRA
OROPO
FÓCIDE
TESPIAS
Leuctra
Platea
HISIAS
ÁTICA
Golfo de Corinto
MEGÁRIDE



Los ciudadanos beocios se distribuían en once unidades iguales (distritos), que se repartían asimétricamente entre las *póleis* federadas. Cada distrito elegía un beotarco, sesenta consejeros y un cierto número de jueces para el tribunal

federal y contribuía al ejército y al tesoro federales. Los Once beotarcos, los magistrados más importantes, mandaban el ejército federal y podían presentar propuestas y hablar ante el Consejo federal. Éste, la institución principal, se componía de 660 consejeros que se subdividían a su vez en cuatro pequeños consejos de 165 miembros. Cada trimestre, uno de los pequeños consejos preparaba las decisiones que se tomaban en la sesión conjunta de los cuatro consejos. El Consejo federal podía elegir también algunos magistrados federales.

Conocemos con cierto detalle la estructura federal entre los años 446 a 386. En este período la Confederación beocia se basaba en la implantación de una oligarquía moderada, en la que se requería el nivel mínimo de renta de un hoplita para poder participar en la vida política, y en el desarrollo de un sofisticado sistema institucional. Todo el territorio federal se dividía en once distritos igualitarios con la finalidad de distribuir cargas y derechos. Así, cada distrito (*meros*) servía como unidad de reclutamiento militar, fiscal y electoral y debía aportar mil hoplitas y cien jinetes al ejército federal, una contribución económica (*eisfora*) idéntica al tesoro confederal y un beotarco, sesenta consejeros y un cierto número de jueces a las instituciones federales.

La Confederación incluía once *póleis* pero, como éstas tenían distinto tamaño e importancia, los once distritos se repartían de manera asimétrica entre todas ellas. Así, Tebas contaba con cuatro distritos; Tespias con dos y Tanagra con uno. Orcómeno e Hisias sumaban conjuntamente dos distritos, distribuidos probablemente en un distrito y dos tercios de otro para Orcómeno y un tercio para Hisias. Haliarto, Lebadea y Coronea reunían un único distrito (con un tercio para cada *pólis)* y Copas, Acrefia y Queronea disponían de otro conjunto.

Los órganos federales tenían su sede en Tebas, que ejercía de capital confederal. El consejo federal estaba compuesto por seiscientos sesenta consejeros (sesenta por distrito) y se dividía en cuatro consejos (*synedria*) de ciento sesenta y cinco miembros cada uno. Cada trimestre, por turno rotatorio, uno de los pequeños consejos ejercía la presidencia y preparaba las decisiones que habrían de tomarse en la sesión conjunta de los cuatro consejos. Los Consejos tenían competencias en política exterior y en materia legislativa y supervisaban, en general, el funcionamiento de toda la Confederación. Estamos, pues, ante un verdadero gobierno representativo en el que un cuerpo de seiscientos sesenta consejeros resolvía en nombre de todos los beocios. Con este sistema se eliminaba, además, la necesidad de una asamblea más amplia. El tesoro federal administraba las contribuciones que las *póleis* aportaban según la división en distritos y, como contaba con la única ceca de toda Beocia, acuñaba la moneda federal. El tribunal federal era competente en los procesos contra los magistrados federales, contra quienes desearan subvertir el régimen político y veía los litigios entre las *póleis* o entre particulares de distintas *póleis*.

Las magistraturas federales eran anuales, se elegían a través del voto y al menos en algunas de ellas se contemplaba la reelección sin límite. Los once beotarcos formaban elcolegio de los magistrados más importante de la Confederación. Los beotarcos mandaban el ejército federal, presentaban propuestas a los Consejos federales, manejaban fondos públicos y disponían de poderes de investigación y arresto contra los conspiradores que pretendieran alterar el régimen federal. La Confederación contaba además con un hiparco federal, jefe de la caballería, y un navarco o comandante de la flota.

El ejército federal comprendía 11.000 hoplitas y 1.100 jinetes. La infantería se dividía en compañías (*lochoi*) de unos trescientos hoplitas al mando de un *lochagós*, mientras que la caballería se distribuía en escuadrones (*hilas*) de unos treinta jinetes al mando de un hilarco. Además el ejército contaba con un cuerpo de infantería ligera (*psiloi*), posiblemente de unos 11.000 hombres, reclutados a razón de mil por distrito, y una infantería ligera auxiliar de la caballería (*hamippoi pezoi*) en un número similar a los jinetes (unos mil cien). Finalmente, las *póleis* federales beocias se organizaban internamente de una manera similar a la estructura federal. Poseían, pues, el mismo régimen oligárquico y un Consejo cuatripartito.

En diciembre de 379 los demócratas tebanos eliminaron a los oligarcas filolaconios, expulsaron a la guarnición espartana y proclamaron la reconstrucción de la Confederación beocia. Los espartanos reaccionaron inmediatamente enviando expediciones militares contra Tebas y estableciendo guarniciones en varias *póleis* beocias. Sin embargo, los demócratas, entre los que destacaban Epaminondas y Pelópidas, lideraron con éxito la resistencia. Hicieron frente a tres invasiones espartanas (378-377) y desencadenaron una auténtica guerra de guerrillas contra otras *póleis* beocias y sus guarniciones lacedemonias. La Paz de 375 obligó a la retirada de las guarniciones laconias y abrió la puerta a la expansión tebana y de la propia Confederación de modo que, en 371, sólo Orcómeno y Oropo permanecían fuera de la organización federal, liderada nuevamente por Tebas. En la batalla de Leuctra (verano de 371) los beocios (excepto los orcomenios y los tespieos), dirigidos por Tebas, acabaron con el predominio espartano en Grecia y dieron principio a un corto período de hegemonía (371-356). En este período los beocios

renunciaron al cobro de un tributo regular, aunque aceptaron contribuciones extraordinarias en tiempo de guerra, y basaron su hegemonía en un sistema de alianzas bilaterales y en la introducción de un número limitado de guarniciones en las áreas más expuestas (Tegea, Mesene, Sición). Desde el punto de vista militar crearon el batallón sagrado, un cuerpo selecto de trescientos hoplitas tebanos mantenidos a sueldo por el Estado, en tiempo de guerra o de paz, y que constituía la vanguardia de la falange, revalorizaron el papel de la caballería, dispusieron en el ala izquierda los contingentes mejores (anteriormente éstos se situaban en el ala derecha) y aplicaron el llamado ataque en orden oblicuo, que consistía en adelantar el lado izquierdo de la falange, buscando la ruptura de la línea enemiga, antes de que ésta pudiera entrar en contacto con el ala derecha propia.

El triunfo de los demócratas tebanos en 379 llevó a la organización de una nueva Confederación que tenía como base el sistema democrático y de la que, desgraciadamente, conocemos de manera muy sucinta sus instituciones y funcionamiento. La asamblea (*damos*) de los beocios era el órgano federal principal y estaba abierta a todos los ciudadanos beocios mayores de dieciocho años. El voto personal beneficiaba a Tebas, la ciudad de población más numerosa y lugar de reunión de la asamblea federal. Existía además un tribunal federal democrático cuyos jueces eran posiblemente extraídos por sorteo y, asimismo, aunque no se encuentren expresamente atestiguados, un tesoro federal, que acuña la moneda beocia del período, y un consejo federal que preparaba las reuniones de la asamblea. El colegio de beotarcos, en este período en número de siete (probablemente al menos cuatro eran tebanos), continuaba siendo el cuerpo de magistrados principal. A través del

colegio de beotarcos podemos suponer quizá la pervivencia del antiguo sistema de distritos que se habrían reducido ahora a siete. La Confederación contaba también con un arconte federal epónimo, un hiparco, jefe de la caballería y posiblemente un navarco, almirante de la flota.

Las *póleis* beocias gozaban del mismo sistema democrático que se había implantado en la Confederación con un arconte local epónimo, un colegio de polemarcos, una magistratura local parangonable a los beotarcos federales, un consejo y una asamblea. Esta Confederación democrática perduró desde 379 hasta que fue disuelta por Filipo II de Macedonia en 338.

Bibliografía complementaria

BUCK, R. J. (1979): *A History of Boeotia*. Edmonton.

BUCK, R. J. (1994): *Boiotia and the Boiotian League*. Edmonton.

PASCUAL GONZÁLEZ, J. (1997): *Grecia en el siglo IV a. C. Del imperialismo espartano a la muerte de Filipo de Macedonia*. Madrid.

SALMON, P. (1978): *Étude sur la Confédération béotienne (447/6-386)*. Bruselas.

BUCKLER, J. (1980): *The Theban Hegemony (371-362 B.C.). Cambridge*. Massachusetts.

Capítulo 35

La Grecia de Occidente en el siglo IV

El siglo IV en el Occidente helénico es un período de gran intensidad y rico en acontecimientos y fenómenos históricos

de gran relevancia. Al tiempo, es la época en la que las amenazas que plantean las poblaciones indígenas y los cartagineses acaban por modificar de forma fundamental el aspecto general de la presencia griega en la Magna Grecia y Sicilia. Aunque ambos territorios mantendrán frecuentes interrelaciones durante este período, abordaremos de manera autónoma cada uno de los mismos.

Empezaremos nuestro análisis por Sicilia. El tránsito del siglo V al IV es un período de grandes convulsiones en Sicilia. Pocos años después del fracaso de la invasión ateniense de la isla y la guerra contra Siracusa, Sicilia se ve sacudida por las campañas que Cartago desencadena contra los griegos. Entre los años 409 y 405 los cartagineses destruyen gran número de ciudades griegas, masacrando a sus habitantes y produciendo gran número de refugiados. Selinunte, Hímera, Agrigento, Gela y Camarina son conquistadas y destruidas. Sólo Siracusa se mantiene, pero el precio que tiene que pagar para su supervivencia es, de nuevo, la tiranía. Dionisio I o Dionisio el Viejo retendrá el poder sobre Siracusa entre 405 y 367 y su enérgica política no sólo salvará a la ciudad de caer en manos de Cartago sino que, incluso, le permitirá recobrar parte del territorio perdido y derrotar a los cartagineses, llegando a tomar y destruir la ciudad fenicia más occidental de Sicilia, Motia. Llevará a cabo una política de fortificación de Siracusa, reforzando las murallas que habían resistido a los atenienses e incluyendo dentro del recinto de la ciudad la meseta de las Epípolas con un complejo sistema defensivo que hacía a la ciudad casi inexpugnable.

Dionisio crea un poder de tipo personal, y hereditario, y se rodea de un consejo compuesto por sus amigos más directos, con los que gobierna Siracusa y ejerce su hegemonía sobre buena parte de la Sicilia oriental, aquella que ha quedado

fuera del dominio cartaginés, que se afianza sobre la parte occidental de la isla; la masa de refugiados que huyeron de sus ciudades tras la conquista cartaginesa encontró acomodo en Siracusa, así como concesiones de ciudadanía y donaciones por parte de Dionisio, lo que contribuyó a crear un *demos* dócil, dispuesto a apoyar al tirano en todas sus decisiones.

Pero sus miras no se sitúan sólo en Sicilia, sino que a traves de una estudiada política matrimonial, incluyendo la bigamia, afianza su relación con la Magna Grecia, en especial con Locris Epicefiria, con una de cuyas mujeres de más noble cuna se casa, el mismo día en que también lo hace con otra mujer siracusana. La mujer locria será la madre de su futuro sucesor Dionisio II o el Joven; mantuvo además excelentes relaciones con Esparta, que le auxilió en su lucha contra Cartago. En Italia, Dionisio favoreció a Locris, incrementando su territorio con el de otras ciudades vencidas por él, como Caulonia e Hiponio, mientras que Regio se mantenía hostil, y acabaría siendo tomada por el tirano; del mismo modo, Dionisio parece haber disuelto la Liga italiota, que unía a varias ciudades magnogrecas como medio para debilitar su resistencia. Es destacable, asimismo, la política adriática de Dionisio, cuya finalidad última era garantizar para Siracusa el control de las rutas comerciales y de los puertos principales de esa región, en los que Atenas hacía largo tiempo que había mantenido intereses importantes. En las costas ilíricas, Dionisio lleva a cabo también una política colonial, con la fundación de Liso e Isa en algún momento de los primeros años del siglo IV. En la zona más septentrional del Adriático, en torno a la desembocadura del Po, su política se vio favorecida por la invasión de los galos que acabó con el predominio etrusco en la zona; la presencia siracusana en Ancona y en Adria

muestra su interés por las costas italianas del Adriático así como el deseo de controlar el canal de Otranto (aparentemente sin la oposición de Tarento) y tal vez el deseo de garantizarse una posición sólida de cara al Epiro; habría fundado o propiciado también algunas colonias en las costas ilíricas (como Isa, Faros o Corcira Negra). Por lo que se refiere al Tirreno, también Dionisio muestra una política agresiva, puesto que dispone una importante campaña contra las ciudades etruscas, a las que acusaba de practicar la piratería; así, destruye y saquea el emporio de Pirgi y se dirige asimismo hacia Córcega, donde parece haber instalado una base (quizá en Aleria) y habría atacado también Cerdeña.

Por medio de estas campañas ultramarinas, acompañadas de resurgimientos esporádicos del conflicto con Cartago en Sicilia, Dionisio adquiere una posición sobresaliente no sólo en la Grecia de Occidente, sino también en la propia Grecia, en especial entre los espartanos, a los que prestará y de los que recibirá apoyo militar en diversas ocasiones. Hasta su corte acude el propio filósofo Platón, que viajará en otras ocasiones a la isla, aunque no siempre con éxito, en parte para intentar influir en la educación del hijo y sucesor de Dionisio.



En el año 367 muere el tirano y su hijo hereda el poder, apoyado por el *demos* sira- cusano, así como sus guerras con Cartago, pero también su política expansionista en los mares itálicos. Se refuerzan las relaciones con Tarento, gobernada entonces por el filósofo pitagórico Arquitas; este ambiente favorecerá la llegada de nuevo de Platón a Siracusa, que buscaba poner en práctica sus ideas sobre el Estado ideal, transformando a Dionisio II de tirano en rey. En todo el proceso desempeña un papel importante Dión, hermano de la esposa siracusana de Dionisio el Viejo y

cuñado del propio Dionisio II, que era discípulo de Platón y se mostraba crítico con el tirano. Su alejamiento de Sicilia le hace ganar popularidad en Grecia mientras conspira contra Dionisio. Al final, Dión desembarca en Minoa, en la costa meridional de la isla, y tras una audaz marcha conquista Siracusa en 357 en ausencia del tirano que, incapaz de recuperar el poder, se retira a Locris, donde se asegura que ejerció una tiranía crudelísima. El asesinato de Dión en 354 permite el retorno de Dionisio a Sicilia unos años después (en torno al 346), permanecien-do en el poder hasta su exilio con dirección a Corinto en 343, una vez que rindió Ortigia a Timoleón.

La situación en Sicilia era cada vez peor; distintos tiranos han ido surgiendo, que se enfrentan contra sus oponentes anti-tiránicos y se ve cada vez más probable que Cartago aproveche esa situación para reanudar la guerra contra los griegos. Es en esta coyuntura cuando los siracusanos piden ayuda a su metrópoli, Corinto, que les envía a un general, Timoleón, para acabar con la tiranía y defender a los griegos del inminente ataque de Cartago (344). El corintio tiene éxito en ambos objetivos; en 338 derrotó a un imponente ejército cartaginés en el Crimiso, lo que provocó el final de la amenaza púnica durante un tiempo y su política antitiránica le llevó a acabar con todas ellas, a establecer una nueva constitución democrática en Siracusa que garantizaba también a la ciudad la hegemonía sobre la Sicilia griega. Realizado esto, promovió una política de recolonización de Sicilia con gentes de Grecia, en especial del Peloponeso, que parece haber tenido un gran éxito al acudir miles de nuevos colonos a repoblar la isla.

Los años posteriores a la muerte de Timoléon (336) ven de nuevo el surgimiento de luchas políticas en Siracusa y en Sicilia que, como había ocurrido en otras ocasiones,

favorecerán al final el surgimiento de un nuevo personaje, Agatocles (317- 289), con el que Sicilia entrará de lleno dentro del mundo de las monarquías helenísticas.

La Magna Grecia de fines del siglo V se ve afectada, por un lado, por el inicio de la potencia lucana, pueblos de estirpe osea que comienzan por esos años una serie de movimientos desde las regiones montañosas del interior itálico hacia la costa presionando a las ciudades griegas costeras y a sus territorios y, por otro, por conflictos políticos internos, a los que se añadirá pronto la amenaza procedente de la Sicilia de Dionisio el Viejo. Además, algunas de las ciudades griegas de Italia habían dejado de serlo al ser conquistadas por poblaciones campanas o lucanas; sería el caso de Cumas que cae en 421 o Neápolis, que tiene que acoger también a campanos, o Posidonia, que cae en poder luca- no a fines del siglo V, así como las antiguas colonias sibaritas en el Tirreno (Laos, Escidro, Pisunte). Esos factores provocarán que las ciudades de origen aqueo (Crotona, Caulonia y Síbaris del Traente) formen una Liga Aquea a fines del siglo V, que parece haber sido sobre todo una alianza militar (*symmachiá*) que pronto habría perdido su personalidad. Será hacia 393 y también en función anti-lucana y anti-dionisiana cuando, tomando como centro a Crotona, surgirá la llamada primera Liga Italiota, que duraría hasta el año 378 o poco después, en que Dionisio ataca Crotona. Formarían parte de esta alianza Crotona, Caulonia, Turios, Hiponio, Elea y Regio. Su centro religioso se establece en el santuario de Hera Lacinia, en el territorio crotoniata y Diodoro la define como una *symmachia* (Diod., 14.91.1). Como veíamos antes, la existencia de esta Liga ponía en peligro el expansionismo siracusano en Italia, así como la independencia de Locris, aliada de Dionisio y una de cuyas colonias, Hiponio, era miembro de la Liga. No es por ello

extraño que tras sus éxitos militares el tirano siciliano aboliese dicha Liga, algunos de cuyos miembros, por otra parte, contaban con la alianza cartaginesa para combatir al enemigo común, Dionisio

En el extrema oriental de la Magna Grecia, la ciudad de Tarento habia quedado al margen de la expansion dionisiana porque parece haber mantenido, en general, buenas relaciones con Siracusa, a l0 que no debio de ser ajena la amistad entre esta y Esparta a pesar de que en algún momento pudo haber algún conato de hostilidad entre ambas. La figura de Arquitas, político y filósofo, parece haber sido decisiva en la creación de la llamada segunda Liga Italiota hacia 367, centrada en torno a Tarento e incluyendo a ciudades como su propia colonia Heraclea, tal vez a Turios y sobre todo a Metaponto que, a pesar de su origen aqueo, no había participado en las Ligas promovidas por Crotona; es llamada por las fuentes *koinon ton Italioton* (Suda, *s.v. Archytas*) y sus reuniones tendrían lugar en Heraclea (Str., 6.3.4). Su principal objetivo no era el enfrentamiento con Siracusa (con la que parece haber colaborado) sino sobre todo la protección frente a los Lucanos y otras poblaciones no griegas; la impronta de Arquitas fue considerable pues junto a sus éxitos militares parece haber empleado, frente a las poblaciones itálicas, la diplomacia a veces basada en la penetración del pitagorismo entre las élites lucanas y samnitas. A partir de mediados del siglo IV el final de la tiranía siracusana y la desaparición de Arquitas de la escena política provocan importantes cambios en el panorama. Sobre la importancia que Siracusa tuvo como aglutinante del helenismo italiota (incluso a pesar de ellos), ya hemos hablado; por su parte, y tras el cese de esa presión siracusana sobre las poblaciones no griegas del sur de Italia, Tarento volverá su vista a Grecia en busca de

apoyo militar en una larga serie de conflictos que enfrentarán a la ciudad, bien como centro de la Liga Italiota bien ya como ciudad aislada, a lucanos, mesapios, bru- cios y, por fin, romanos. Figuras como el rey espartano Arquidamo III (342-338), que murió luchando contra lucanos y mesapios en Manduria, o Alejandro el Moloso, tío de Alejandro Magno (334-331), que reconquistó algunas de las antiguas ciudades griegas, pero que murió a manos de los brucios, jalonan el siglo IV espartano en una dinámica que proseguirá aún en el III con el general Cleónimo y con el rey Pirro del Epiro y, entre medias, con el rey siracusano Agatocles.

Tanto en Sicilia como en la Magna Grecia el siglo IV supone el final de las dinámicas en las que habían estado inmersos esos territorios helénicos. Siracusa, que ya en el siglo V había mostrado sus ambiciones imperialistas, manifiesta durante el siglo IV con toda su amplitud esta política. La lucha contra Cartago, los indígenas sicilianos y las ciudades griegas insumisas serán los hitos primeros del dominio de Dionisio pero tras ello, como hemos visto, amplía su radio de acción a muy diversos territorios; la valoración histórica que los dos Dionisios han merecido en las fuentes literarias es bastante negativa aunque no puede dudarse de que sus políticas iban dirigidas a consolidar el helenismo occidental, mucho más amenazado que el de la Grecia propia por enemigos no tanto internos como externos. El problema era que la política de los dos Dionisios implicaba la sumisión de ciudades griegas que habían gozado hasta entonces de independencia política, ya que el esquema de poder diseñado por los dos tiranos no implicaba por lo general alianzas militares en pie de igualdad, ni tan siquiera hegemónicas, sino un dominio completo, aunque a veces revestido de fórmulas

tradicionales. Del mismo modo que las ciudades de la propia Grecia se debaten, hasta la batalla de Queronea, entre su adscripción a alianzas ofensivo-defensivas y el dominio excesivo que a veces ejercen las ciudades hegemónicas, las ciudades del occidente griego tuvieron que conjugar los deseos de seguridad frente a la amenaza de las poblaciones no griegas con la pérdida de su libertad política. La decisión no era fácil y, en muchas ocasiones, fueron los hechos los que determinaron la aceptación de una política impuesta.

Por lo que se refiere a la Magna Grecia, las tradiciones asociativas entre ciudades eran muy débiles aún en el siglo V y sólo el efímero intento de la Liga Aquea merece ser destacado. Sin embargo, y como también hemos visto, la presión indígena, pero también la amenaza que otros griegos, como Dionisio, suponían, forzó a Crotona a organizar una alianza defensiva. No obstante, y aunque no sin dificultades, fue barrida por Dionisio que no tenía las limitaciones políticas y económicas que podían atenazar a las ciudades mag- nogrecas. Igual que los espartanos por los mismos años, Dionisio proclama la autonomía de las ciudades o, lo que es lo mismo, la abolición de cualquier estructura que amplíe el cada vez más restringido marco de la *polis*. Quizá con el beneplácito de Siracusa, Tarento creará el *koinon* de los italiotas que no supondrá riesgo alguno para ella, y aunque durante el mandato de Arquitas Tarento parece haber logrado éxitos importantes, los aliados no tendrán fuerzas suficientes para resistir la cada vez mayor presión indígena.

La segunda mitad del siglo IV ve la intervención directa de individuos llegados de Grecia para resolver los problemas del mundo colonial. Ya sea Timoleón en Sicilia o Arquidamo y Alejandro el Moloso en Italia, el Occidente

griego parece haber perdido la iniciativa, acaso por el agotamiento de unos recursos (humanos y materiales) limitados tras decenios de luchas ininterrumpidas. Eso lo vio bien Timoleón cuando propició una recolonización de Sicilia como medio de repoblar ciudades abandonadas y de ofrecer una sólida resistencia contra el peligro cartaginés. Sin embargo, cuando acaba el siglo IV un nuevo peligro empieza a hacerse ya patente para el helenismo occidental: Roma, que ya en los primeros decenios del siglo III habrá completado su control de la península italiana (272 rendición de Tarento) y se lanzará contra Sicilia, que se convertirá en uno de los principales escenarios de la Primera Guerra Púnica (264- 241). A pesar de algunos intentos por evitar lo inevitable las dos grandes ciudades del helenismo occidental, Siracusa y Tarento, trataron de sacudirse el yugo romano pero fueron conquistadas, saqueadas y arrasadas por Roma casi al tiempo, la primera en 212 y la segunda en 209.

Bibliografía complementaria

CAVEN B. (1990): *Dionysius 1, warlord ofSicily*. Londres.

PASCUAL GONZÁLEZ, J. (1997): *Grecia en el siglo IV a. C. Del imperialismo espartano a la muerte de Filipo de Macedonia*. Madrid.

SANDERS, L. J. (1987): *Dionysius I of Syracuse and Greek Tyranny*. Londres.

SORDI, M. (1961): *Timoleonte*. Palermo.

Capítulo 36

Filipo II y el ascenso de Macedonia

La antigua Macedonia se extendía desde las laderas septentrionales del monte Olimpo en el sur hasta los lagos Licnítide y Prespa y el monte Orbelo en el Norte, y desde la cordillera del Pindó en el Oeste hasta la orilla derecha del río Estrimón en el Este. Sus treinta mil kilómetros cuadrados se dividían en tres grandes regiones: la Baja Macedonia de las ricas llanuras aluviales en la costa y los macizos del Bermión y el Olimpo; la Alta Macedonia, la zona montañosa al Oeste y las tierras situadas al Este del río Axio.

Al menos en el siglo VIII, los macedonios constituían un grupo grecohablante de pastores trashumantes, que se movían desde los pastos de la Alta Macedonia a los pastos estivales de las llanuras litorales. Hacia la última parte del siglo VIII, emprenderían la conquista de toda Macedonia (*cf.* Hdt., 8.138 y Th., 2.99.3-6), en el curso de la cual una parte de los habitantes originarios fueron expulsados o exterminados y otros permanecieron y se asimilaron a los macedonios. Dicha expansión, que pudo concluir a finales del siglo VI, no parece haber afectado a todos los macedonios por igual: parte de ellos se establecieron en las llanuras de la Baja Macedonia, se convirtieron en agricultores sedentarios y ocuparon determinados asentamientos que los autores antiguos denominan *póleis*; por el contrario, en la Alta Macedonia permaneció una sociedad agropastoral, organizada en una serie de comunidades (*ethne*) subdivididas en aldeas.

Todos los macedonios estaban obligados a reconocer el dominio del rey de Macedonia, un miembro de la dinastía de los argéadas o teménidas, pero, en realidad, el soberano

sólo ejercía su poder de manera directa sobre la Baja Macedonia y el este del Axio. Los pueblos de la Alta Macedonia conservaban sus propios reyes (*cf.* Th., 4.83.1), que en teoría se hallaban sometidos al rey argéada, pero que en la práctica se comportaban con bastante independencia. Una vez que Macedonia se liberó del dominio persa en 479, a lo largo de los siglos V y IV, los reyes de Macedonia, en medio de períodos recurrentes de luchas dinásticas y de debilidad, impulsaron la difusión de la cultura griega, trataron de controlar a los dinastas de la Alta Macedonia, de asegurar las fronteras de Macedonia frente a la periódica amenaza de otros pueblos balcánicos (ilirios, tracios, dardanios, epirotas y peonios) y de limitar las apetencias de atenienses y calcidios y las presiones espartanas.

La organización interna de Macedonia, especialmente en la época anterior a Filipo, es bastante mal conocida. El reino tenía la capital en Pela (anteriormente la capitalidadhabía estado en Egas -que permaneció como necrópolis real-) y contaba con una Asamblea, constituida por la reunión de todos los macedonios, que tenía algunas atribuciones como la elección (a veces aclamación) del monarca dentro de la dinastía real y el juicio de los casos de traición. La Asamblea era convocada por el rey de manera irregular y no existía un consejo, que vinculado estrechamente a la Asamblea y no al rey, la convirtiera en un órgano más efectivo.

El rey era el nexo de unión entre la comunidad étnica de los macedonios y los dioses, y, en consecuencia, ofrecía sacrificios en nombre de los macedonios y organizaba y dirigía las principales fiestas religiosas. Además controlaba el reclutamiento y la movilización del ejército, y solía mandarlo y luchar personalmente. Se encargaba de la política exterior, convocaba a la asamblea y ejercía en ella la acusación en los procesos capitales. No existía derecho

escrito y, salvo algunos aspectos consuetudinarios, su palabra era la ley. Finalmente, poseía extensas propiedades, bosques, cotos de caza y todas las minas, percibía impuestos ordinarios y extraordinarios y acuñaba moneda con su nombre.

El rey se rodeaba de una serie de consejeros o amigos (*philoi*), elegidos personalmente por él, que formaban el consejo real, asesoraban al monarca, ocupaban puestos destacados en la administración (como tesoreros) o en el ejército (generales), desempeñaban misiones diplomáticas y servían como guardias reales (*somatophylakes*).

Desde su ascenso al poder en el otoño de 360, Filipo introdujo importantes modificaciones en el panorama político macedonio. En primer lugar, sometió a su control toda la Alta Macedonia y sus dinastas, incluidos ahora entre los amigos y consejeros del rey, quedaron convertidos así en nobleza cortesana. Creó o más bien potenció la Escuela de Pajes, donde jóvenes escogidos se educaban con el príncipe heredero. Los pajes eran los asistentes personales del rey, compartían su mesa, le custodiaban y combatían a su lado. Esta educación reforzaba la fidelidad al rey y creaba el círculo de amigos íntimos y compañeros del futuro soberano. Posiblemente dividió también el reino en distritos administrativos y de leva militar, que habrían de perdurar hasta la época romana.

Filipo aumentó considerablemente el número de la caballería aristocrática de los *hetai- roi,* que pasaron de seiscientos en 358 a dos mil ochocientos en 336. La caballería estaba dividida en escuadrones (*hilas*) de unos ciento cincuenta jinetes cada uno. Uno de los escuadrones de caballería formaba la guardia real (*hila basiliké*). Incrementó asimismo la infantería pesada de los *pezhetairoi*

que sumaba diez mil infantes en 358 y que contaba ya con veintisiete mil en 336 (quizá dentro de ellos se llamaran *asthetairoi* a los infantes procedentes de la Alta Macedonia). Además, transformó el armamento y la disposición de la falange. Los infantes pesados contaron a partir de entonces con una enorme lanza (*sarisa*) de unos seis metros de longitud y de siete kilogramos de peso y que se llevaba con las dos manos y, además, un pequeño escudo redondo, sujeto al antebrazo por la guarda y al cuello por un tirante de cuero, casco, coraza de lino o metal, grebas y espada. Los soldados de la falange se distribuían en batallones (*taxeis*) de mil quinientos infantes y éstos a su vez en compañías (*lochoi*) de cien hombres y se disponían normalmente en dieciséis filas en fondo. Constituyó, asimismo, un cuerpo de infantería escogida, los hipas- pistas, divididos en quiliarquías de mil hombres (quizá había tres quiliarquías) dotados posiblemente del mismo armamento que la falange. Una de las quiliarquías de hipaspis-tas componía la guardia real de infantería (*agema*). Filipo empleó también bastantes tropas auxiliares de los pueblos que fue sometiendo: jinetes tesalios, contingentes tracios, peonios, ilirios; contrató mercenarios griegos y usó tropas especializadas (caballería auxiliar, arqueros, honderos, dardistas) y grupos de artillería (catapultas) y asedio (arietes, torres, tortugas).



Filipo acrecentó de forma considerable los ingresos de la monarquía, sus conquistas ampliaron el patrimonio real, ya de por sí extenso, se hizo también con el control de las minas tracias (sólo las del monte Pangeo le reportaban mil talentos anuales) y su política de fundación de nuevos centros elevó la recaudación de la hacienda real. El rey cobraba impuestos extraordinarios y sobre bienes raíces, percibía derechos de aduanas y gravó con tributos a algunos pueblos balcánicos sometidos. Este fortalecimiento económico aportó a Filipo recursos muy superiores a los que

contaban los estados griegos de la época e hicieron posible financiar sus continuas campañas militares y la propaganda favorable a Macedonia en la Hélade.

Filipo transformó buena parte de las estructuras sociales y demográficas, especialmente de la Alta Macedonia y de otras zonas adyacentes al reino. Creó colonias y fortalezas en las zonas más expuestas o en las áreas más ricas, donde asentó campesinos de la Baja Macedonia y también poblaciones nómadas. Los nuevos asentamientos impulsaron el desarrollo agrícola y comercial y sobre todo, facilitaron el reclutamiento militar y la fusión cultural entre las poblaciones macedonias, quizá los dos objetivos más importantes perseguidos por Filipo. Con el alejamiento de las amenazas externas, el botín de las expediciones militares y la colonización de nuevos territorios, la política de Filipo favoreció al campesinado macedonio y solidificó la unión entre el pueblo y su rey, la verdadera base del Estado.

Cuando Filipo accedió al poder, en el otoño de 360, quizá como regente de su sobrino Amintas IV, Macedonia atravesaba un momento crítico de debilidad interna y de amenazas exteriores. Los ilirios ocupaban gran parte de la Alta Macedonia; los peonios habían invadido el norte del país; los tracios ambicionaban parte del reino; Atenas intentaba recuperar Anfípolis; los calcidios apetecían nuevos territorios en la Macedonia oriental; los dinastas locales se independizaban y por doquier surgían nuevos pretendientes al trono.

En primer lugar, Filipo compró la retirada de los peonios y la alianza de los tracios y se sometió a los ilirios (360), lo que le dio el tiempo suficiente para acabar con todos los pretendientes y reformar el ejército hasta convertirlo en el mejor de la época. A partir de entonces Filipo empleó las

fuerzas de Macedonia en tres teatros de operaciones principales: los pueblos balcánicos que rodeaban a Macedonia; las ciudades griegas del Norte, aliados de Atenas o miembros de la Confederación calcídica bajo la hegemonía de Olinto; y, por último, Tesalia y Grecia central.

En 359, invadió y ocupó la Peonia y, acto seguido, obligó a los ilirios a evacuar la Alta Macedonia, que quedó estrechamente sometida a Filipo. Quizá en 358 Filipo firmó una alianza con el Épiro por la cual se casaba con la princesa Olimpíade, la futura madre de Alejandro. Como dote, Olimpíade aportó la Tinfea, que amplió el sudoeste del reino macedonio (357). En 356, Filipo penetró en Tracia donde fundó Filipópolis, lo que le aseguró el control de las minas de oro del monte Pangeo; después derrotó a lospeonios e ilirios que habían formado una alianza urdida por Atenas. En 351, sometió nuevamente a los ilirios e intervino en el Épiro, que quedó convertido en un Estado dependiente, al que además arrebató la Paravea. Nuevas campañas en Tracia tuvieron lugar en 351 y 346. En los años 345 y 344 Filipo atacó a los ilirios y dardanios y en 343 destronó a Aribas, el rey del Épiro, entronizando a Alejandro (El moloso), que se había educado en la corte de Pela y que era favorable a los intereses macedonios. Finalmente, entre los años 342 y 339, los macedonios emprendieron la conquista de toda Tracia hasta la línea del Danubio y la costa del Mar Negro con la intención de asegurar definitivamente las fronteras orientales del reino. Filipo batió a los escitas en la desembocadura del Danubio pero fue derrotado por los tríbalos que permanecieron independientes.

En 358, Atenas contaba con la alianza de un buen número de *póleis* situadas en las costas de Macedonia y Tracia y llevaba largo tiempo tratando de hacerse con Anfípo- lis, puerta de salida de las mercancías tracias, especialmente metales preciosos y madera. Filipo atacó en el momento en que los atenienses tenían comprometidas el grueso de sus fuerzas en Eubea y en la guerra contra sus aliados. En 357, ocupó Anfípolis, al año siguiente (356) tomó Pidna y dos años más tarde conquistó Metone, Abdera y Maronea expulsando así a los atenienses de las costas macedonias (354). Tiempo después, en 349 y 348, ocupó la Calcídica. Los repetidos éxitos de Filipo obligaron a los atenienses a firmar la llamada Paz de Filócrates (346), por la cual Atenas conservaba únicamente el Quersoneso tracio.

Filipo intervino por primera vez en Tesalia, en 358, con la intención de frenar la amenaza que el expansionismo de los tiranos de Feras podía suponer para la frontera sur de Macedonia. En 353, en el contexto de la Tercera Guerra Sagrada, en la que entró como aliado de los beocios y enemigo de los focidios, penetró en Tesalia pero fue rechazado por los focidios. Regresó al año siguiente, derrotó a los focidios y logró establecer su dominio sobre la totalidad de Tesalia (352). En 346, Filipo atravesó las Termópilas y provocó la rendición de los focidios. Utilizando el Consejo anfictiónico de Delfos, el macedonio forzó la disolución de la Confederación focidia y la destrucción de todas las *póleis* focidias. Los dos votos focidios del Consejo anfictiónico fueron traspasados a Filipo, que selló así su control de Grecia central.

Desde este momento, aunque habían firmado la Paz de Filócrates, los macedonios y los atenienses, galvanizados estos últimos por Demóstenes, se dirigieron hacia el enfren-

tamiento decisivo. Tras varios años de tensión, ambos estados entraron oficialmente en guerra (340). Primero los atenienses y sus aliados del norte del Egeo obligaron a Filipo a levantar los asedios de Perinto y Bizancio (primavera del 339) y luego consiguieron también la alianza de la Confederación beocia. La batalla decisiva tuvo lugar en Quero- nea (Beocia, Grecia central), en el verano de 338, donde Filipo derrotó a atenienses, beocios y sus aliados y aniquiló toda resistencia. Tras la batalla toda Grecia se sometió al macedonio.

En la primavera de 337, todos los estados griegos, salvo los lacedemonios, fueron convocados en Corinto por Filipo para sumarse a un acuerdo de paz general y establecer una alianza militar, la llamada Liga de Corinto, que contaba con un sinedrio de aliados y un hegemón, Macedonia. Filipo fue nombrado *strategos autokrator*la primavera de 336, un cuerpo expedicionario bajo el mando de Parmenio cruzó el Helesponto y estableció una cabeza de puente en Asia Menor. Filipo debía seguirles ese mismo año pero fue asesinado en Pela en el transcurso de las ceremonias nupciales entre su hija Cleopatra y Alejandro el Moloso (octubre de 336). La conquista del imperio persa habría de ser obra de Alejandro.

Bibliografía complementaria

BORZA, E. N. (1990): *In the Shadow of Olympus. The Emergence of Macedón*. Princeton.

CAWKWELL, G. L. (1978): *Philip of Macedón*. Londres.

FERNÁNDEZ NIETO, J. (1989): *El mundo griego y Filipo de Macedonia*. Madrid.

HAMMOND, N. G. L. (1994): *Philip of Macedón*. Londres.
HATZOPOULOS, M. B. (1996): *Macedonian Institutions under the kings*. 2 vols. Atenas.
HATZOPOULOS, M. B. y LOUKOPOULOS, L. D. (1980): *Philip of Macedón*. Atenas.

Capítulo 37

Alejandro Magno

Alejandro III de Macedonia, que la posteridad conocerá con el nombre de Alejandro Magno, nació en el verano de 356 hacia la época en que se celebraba la 106.a Olimpiada. Ya desde sus primeros años destacó por su carácter apasionado propenso a los arrebatos de furia o de afecto y generosidad, por su voluntad de imponerse a los demás y por su valor y sus ansias de gloria. Educado en palacio hasta los catorce años, a partir de entonces (342) se formó en la Escuela de Pajes (véase el capítulo anterior), donde estudió bajo la tutela de Aristóteles y recibió entrenamiento físico e instrucción militar durante cuatro años. En 340 fue nombrado regente mientras su padre estaba en la Propóntide y realizó una campaña contra los medios en el Alto Estrimón; en 339 combatió en el Norte con su padre y en 338 participó en la batalla de Queronea (véase mapa capítulo anterior). Tras el asesinato de Filipo en octubre de 336, Alejandro, que entonces contaba veinte años, se aseguró el trono con el apoyo de sus amigos y de Antípatro y Parme- nio, los viejos generales de Filipo, y consiguió librarse de varios de sus enemigos y de los demás pretendientes a la corona.

Sin embargo, la muerte de Filipo alentó las sublevaciones de algunos pueblos ilirios y de varios estados griegos que podían arruinar la hegemonía macedonia en Grecia (se pensaba que Alejandro sería incapaz de estar a la altura de las circunstancias). Pero el joven rey, moviéndose con gran rapidez, en pleno invierno de 336 y a pesar de las amenazas que se cernían sobre las fronteras septentrionales del reino, entró en Tesalia y se hizo elegir arconte de la Confederación tesalia, luego reunió el Consejo anfictiónico de Delfos y aseguró su dominio en Grecia central y, finalmente, fue nombrado en Corinto estratego con plenos poderes por el Consejo de la Liga de Corinto y, por tanto, comandante de los ejércitos panhelénicos que habrían de luchar en Asia contra el Imperio persa.

De regreso a Macedonia, en la primavera de 335, Alejandro emprendió una expedición contra los pueblos ilirios que se preparaban para invadir Macedonia. Los derrotó obligándoles a aceptar el predominio de Macedonia y a pagar tributos. Con todo, no pudo explotar completamente sus éxitos en el Norte a causa del estallido de una revuelta en Grecia fomentada por Tebas y Atenas y generosamente financiada por el dinero persa. Desde Iliria a marchas forzadas Alejandro se presentó ante Tebas, mientras los atenienses, aterrorizados, se mantuvieron quietos, aunque se habían comprometido a ayudar alos tebanos (obtuvieron luego el perdón de Alejandro). Tebas fue tomada al asalto, los hombres adultos fueron pasados por las armas, las mujeres y niños esclavizados y la ciudad arrasada. Las victorias en el Norte y la destrucción de Tebas acabaron con toda la agitación antimacedonia por lo que, tras dos años de luchas (336-335), la situación era propicia para emprender la campaña contra Persia.

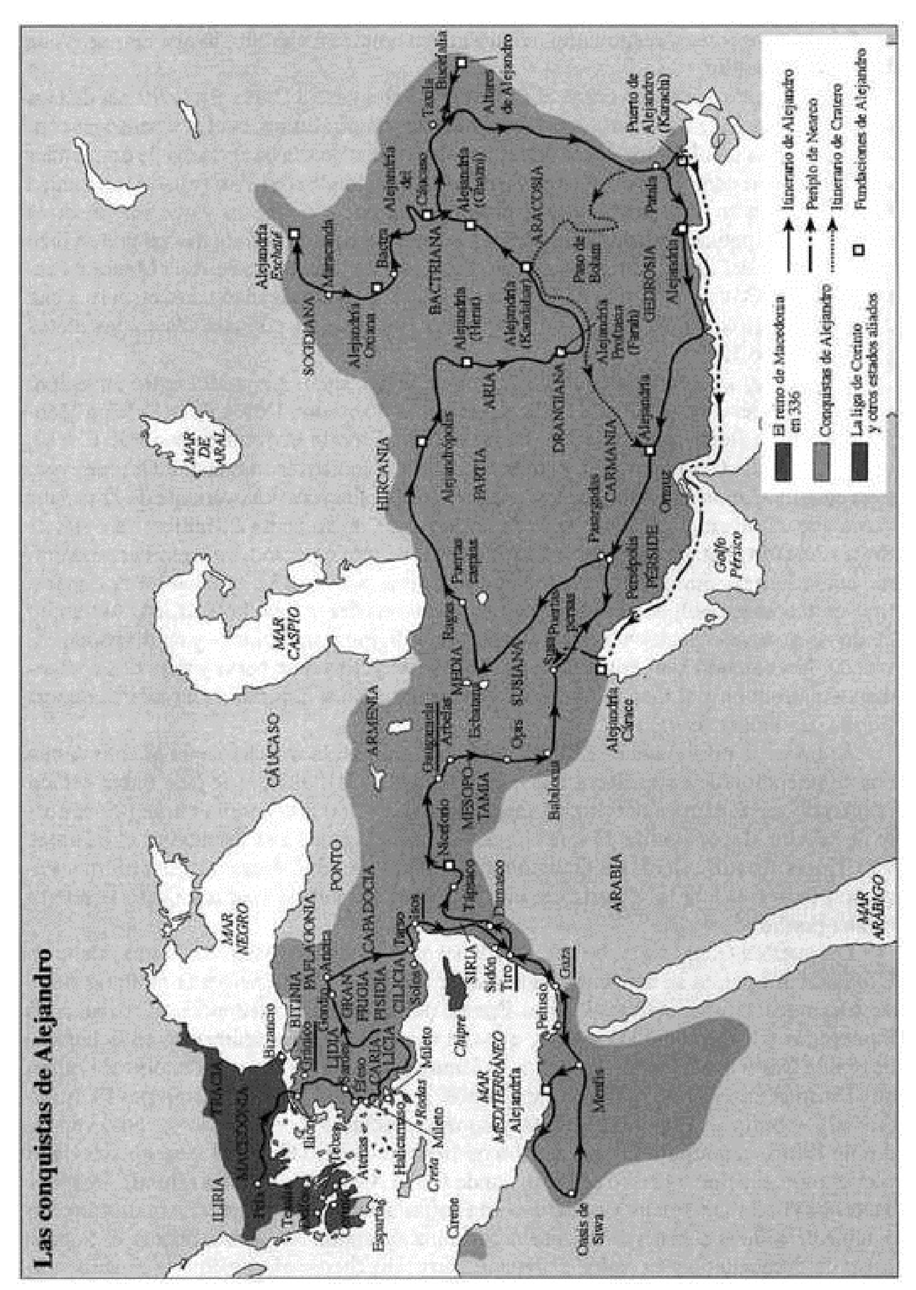
Alejandro desembarcó en Asia en la primavera de 334 al

mando de unos cuarenta mil hombres de los que menos de la mitad eran macedonios. El ejército comprendía doce mil infantes macedonios (con seis regimientos de falangitas –cada uno de los cuales contaba con mil quinientos hombres– y tres mil hipaspistas, batallones de élite, en los que se incluía también la guardia real o *agenta* –véase el capítulo anterior–), mil ochocientos jinetes de los Compañeros (*hetairoi*), además de novecientos infantes ligeros del interior de Macedonia, seis o siete mil de las tribus del Norte (epirotas, ilirios, tríbalos, peonios y tracios); mil ochocientos jinetes tesalios; cinco mil mercenarios griegos, y un contingente relativamente pequeño de la Liga de Corinto, siete mil hoplitas y seiscientos jinetes, lo que muestra probablemente el escaso entusiasmo que despertaba en Grecia la expedición de Alejandro. A todos ellos hay que añadir la flota con ciento setenta trirremes y unos cuarenta mil hombres entre remeros y hoplitas de las naves. A Alejandro se le unieron los ocho mil mercenarios griegos que estaban ya en Asia bajo el mando de Parmenio y que habían conseguido asegurar una cabeza de puente en la orilla asiática del Helespon- to. En Macedonia quedaron doce mil infantes y mil doscientos jinetes bajo el mando de Antípatro, gobernador del reino en ausencia del monarca.

Tras el desembarco, Alejandro llegó a Troya (Ilión) y desde aquí marchó contra el ejército persa que había sido reclutado por los sátrapas de Asia Menor. En el río Gránico (mayo o junio de 334) el rey obtuvo una gran victoria que le abrió Asia Menor. En realidad la infantería y caballería pesadas de los macedonios y la combinación de infantería pesada, caballería e infantería ligera resultaban irresistibles para los ejércitos persas compuestos de tropas ligeramente armadas y de hoplitas griegos mercenarios. Luego de la batalla, Alejandro marchó hacia Sardes y Éfeso, que se

rindieron sin lucha. De las ciudades griegas sólo Mileto y Halicarnaso resistieron pero fueron neutralizadas. Después, Alejandro se dirigió a Caria al tiempo que Parmenio penetraba en la Gran Frigia y ocupaba la altiplanicie de Anatolia. En este invierno (334) fue abortada también una conspiración contra la vida del monarca y se arrestó a Alejandro, un príncipe de la Alta Macedonia.

En la primavera de 333 Alejandro conquistó primero Licia. Ocupó luego Caria y desde aquí marchó al Norte hacia Frigia. Conquistó la Pisidia y se reunió con Parmenio en Gordio (abril-mayo de 333). En julio tomó Ancira, los paflagonios se le sometieron e invadió Capadocia. Finalmente, entró en Tarso, la capital de Cilicia. Tras quince meses de campaña en Asia, aunque aún quedaban zonas sin someter o sin pacificar en Paflagonia, Capadocia y Frigia (no tenía medios ni tiempo para controlar completamente toda Anatolia), Alejandro dominaba la mayor parte de Asia Menor y contaba con suficientes puntos de apoyo que garantizaban sus comunicaciones con Macedonia y su aprovisionamiento. A lo largo de este tiempo, la estrategia del rey persa, Darío III, se había mostrado inconsistente; primero había confiado en la flota, que obtuvo bastantes éxitos, pero después pensó en dar una batalla terrestre decisiva, por lo que debilitó la armada retirándole contingentes y luego tardó demasiado en reunir un ejército, lo que entregó Asia Menor a Alejandro.



Desde Tarso, Alejandro cruzó el Tauro para enfrentarse a Darío. En la batalla de Isos (noviembre de 333) Alejandro logró un resonante triunfo. Entonces el rey pensó en conquistar la costa mediterránea para privar a la flota persa

de sus bases antes de emprender una expedición contra Persia. Ocupó Siria y Fenicia, donde sólo Tiro resistió. La ciudad fue sometida a un duro asedio que se prolongó durante siete meses y que acabó con la masacre de la población tiria (julio de 332). Al mismo tiempo la flota macedonia se hizo con el control del Egeo, Antígono invadió Paflagonia y Capadocia en Asia Menor y Parmenio ocupó Damasco. Luego de la toma de Tiro, Alejandro alcanzó Gaza en la ruta que conducía a Egipto y considerada inexpugnable. Fue sitiada y conquistada en dos meses (noviembre de 332).

Tras Gaza, siguiendo la costa de la península del Sinaí, Alejandro entró en Egipto sin encontrar resistencia, donde fue acogido como libertador. Desde Pelusio fue a Menfls mientras la flota macedonia remontaba el Nilo. En este invierno se sometió Cirene, con lo que Alejandro controlaba ya toda la costa del Mediterráneo oriental. Después visitó el oasis de Amón en Siwa, que los griegos identificaban con una variante de Zeus, una visita que causó en el rey una profunda impresión. Con su visita a Menfis y al oasis de Siwa Alejandro trataba de ganarse a los dioses y al clero egipcio para legimitar su dominio sobre Egipto. Fundó también Alejandría a principios de 331, que habría de convertirse en una metrópoli económica, política y cultural del mundo helenístico. Alejandro cuidó de manera especial a Egipto. Respetó su religión y tradiciones y su división provincial. Encomendó la administración civil a un egipcio y a un persa y dejó dos comandantes macedonios al mando de cuatro mil hombres y un almirante a la cabeza de una flotilla de veinte trirremes.

Al llegar la primavera de 331 Alejandro emprendió la marcha hacia Mesopotamia con la intención de enfrentarse nuevamente a Darío III, que desde Isos había estado

reuniendo un poderoso ejército. El macedonio describió una amplia curva por el norte de la Alta Mesopotamia, lo que engañó a Darío, logrando así franquear el Eufrates y el Tigris sin dificultad. En Gaugamela (octubre de 331) Alejandro triunfó nuevamente. Pero esta vez la victoria era decisiva: para los persas y su rey Darío la guerra estaba perdida.

Después de Gaugamela, Babilonia y Susiana se rindieron. Mientras Darío estaba en Ecbatana, los persas se aprestaban a defender Pérside y Media pero una rápida marcha de Alejandro, atravesando las Puertas Persas, desbarató toda resistencia. El rey alcanzó Pasargadas y luego tomó Persépolis, que fue incendiada. Más tarde entró en Ecbatana, de donde Darío había huido. Tras ello Alejandro franqueó las Puertas Caspias al tiempo que Darío era asesinado por su sátrapa Besos, que tomó el título de Artajerjes IV (julio de 330). A partir de este momento Alejandro se proclamó Rey de reyes y, como vengador de Darío, emprendió la persecución de Besos. Sometió Hicarnia y luego, desviado por una sublevación, penetró en Aria, donde fundó Alejandría de Aria (Herat). Después descendió hacia Drangiana y se detuvo en Proftasia (Farah, en la actual Afganistán). En octubre de 330, en el curso de una nueva conspiración contra Alejandro, Filotas, el comandante de la caballería y su padre, el general Parmenio, fueron ejecutados. También se diomuerte a Alejandro el Lincesta, aquel que protagonizara la conjura del invierno de 334/3. Partiendo de Proftasia el rey ocupó Aracosia, fundando Alejandría en Aracosia (Kanda- har), y después alcanzó Kabul, donde invernó a los pies del Hindú Kush (330/29). En la primavera de 329 ocupó la Bactriana mientras Besos huía en dirección a Sogdiana, la satrapía más septentrional del Imperio persa, donde entró Alejandro.

Los sogdianos le entregaron a Besos, que fue ejecutado. En Sogdiana Alejandro fortificó Maracanda (Samarcanda) y fundó, en el límite septentrional de su expansión, Alejandría *Eschaté* (de los confines, hoy Jondjend). En el otoño de 328 en Samarcanda murió Clito a mano de Alejandro en el transcurso de una violenta discusión en medio de una borrachera. Clito el Negro, que había salvado la vida del rey en el Gránico, había protestado por la política de orientalización de Alejandro. Finalmente, después de tres años de agotadoras campañas todo el Irán quedó pacificado (328/7). En Bactra, en la primavera de 327 tuvo lugar la llamada conspiración de los pajes reales posiblemente promovida por el creciente despotismo del rey plasmado en el intento de introducir la *proskynesis* (postración persa ante el rey). En la represión de la conspiración se detuvo también a Calístenes, el sobrino de Aristóteles e historiador oficial de la expedición. Aunque estaba muy vinculado a los pajes, no parece que estuviera implicado en la conjura, pero sus críticas al comportamiento de Alejandro atrajeron las sospechas.

En esta misma primavera (327) Alejandro emprendió una expedición en la antigua India, que en la Antigüedad coincidía básicamente con la actual Pakistán y que, a diferencia del Imperio persa carecía de un poder centralizado y se encontraba, en cambio, repartida en múltiples pueblos y reinos. Llegó primero a Taxila en Gandara, penetró en el valle del Indo en el actual Punjab, cruzó el río Hidaspes y derrotó al rey Poros. Por fin alcanzó el río Hifasis, el brazo más oriental del Indo y el límite del mundo conocido hasta entonces: había recorrido dieciséis mil kilómetros desde su punto de partida en Macedonia. En este momento el descontento de los macedonios le obligó a regresar. Así volvió al Hidaspes (finales de 326) y se

encaminó hacia el Sur por el valle del Indo hasta Patala venciendo a cuantos pueblos le salieron al paso. Desde aquí el ejército regresó en tres columnas separadas: el grueso, comandado por Cratero atravesó Drangiana y Aracosia; la armada, bajo el mando de Nearco de Creta, costeó el litoral iraní del Golfo Pérsico, flanqueada por vía terrestre por Alejandro. En 324 Alejandro estaba ya en Persépolis y en 323 se había establecido en Babilonia, desde donde había enviado expediciones a Armenia, recababa informes sobre el Mar Caspio y el Golfo Pérsico y pensaba en una expedición a Arabia y quizá en un regreso triunfal a la costa del Mediterráneo en 322.

En la organización de su imperio Alejandro respetó básicamente la estructura persa, su jerarquía y la tributación. En la elección de sus gobernadores la consideración fundamental fue, antes que la etnia de pertenencia, la lealtad; y, así, en ocasiones el sátrapa retenía los poderes civiles o militares y podía ser un macedonio (Antígono en la Gran Frigia) o un persa (Media, Partía o Aria), en otras el sátrapa o un dinasta local tenían la administración civil con un comandante militar macedonio (Caria) y en otras existía un sátrapa civil nativo, un jefe militar macedonio y comandantes de guarnición autónomos (Sardes, Babilonia, Susa), incluso creó cargos específicos para los asuntos fiscales (Sardes, Babilonia). Alejandro fundó también numerosas ciudades. Los nuevos asentamientos, normalmente mixtos de grecomacedonios e indígenas, destinados estos últimos a trabajar los campos aledaños, no tenían la finalidad principal de extender la civilización griega, sino que sirvieron a su estrategia de conquista, a la necesidad de situar guarniciones en puntos fortificados y, a veces, de sedentarizar y fijar a los nativos para controlar mejor determinadas zonas y favorecer la recaudación de

impuestos.

La divinización y la orientalización de Alejandro son dos de los aspectos más controvertidos de una política que se desarrolla especialmente a partir de 330. Ciertamente durante su vida se desplegó un ceremonial y una propaganda que tendieron a situar a Alejandro por encima de la realeza acostumbrada en el mundo griego, pero no se desarrolló un culto divino. Quizá Alejandro pretendiera situarse en un estadio intermedio, como el héroe que se encontraba entre los mortales y los dioses y no llegara a culminar en vida su proceso de divinización. Alejandro se enfrentó también a la tarea de controlar un imperio desmesurado, para lo que necesitaba la colaboración y aceptación de sus nuevos súb- ditos. Como no bastaba con presentarse como rey de Macedonia, pensó en mostrarse como sucesor de los aqueménidas, adoptó la tiara y el ceremonial persas, en particular la *proskynesis*. Dentro de esta línea de actuación comenzó desde 328/7 a reclutar orientales y trató de ganarse a la aristocracia irania, manteniendo a muchos sátrapas en sus cargos y casándose con Roxana, hija de Oxiartes, un noble sogdiano. Llegó a imponer una política de unión entre persas y macedonios que culminó en las Bodas de Susa (324), donde hizo contraer matrimonio a muchas parejas mixtas; él mismo se casó con Estati- ra y Parisites, hijas de Darío III y de Artajerjes III respectivamente. Semejante actuación provocó fuertes resistencias entre los macedonios y griegos y Alejandro se hizo cada vez más inflexible con los que se le oponían.

Alejandro murió en Babilonia en junio de 323 víctima de la tensión y el cansancio acumulado en trece años de incesante batallar, de dramáticas marchas a través de espacios casi infinitos, de pesadas responsabilidades y también del abuso

de la bebida y de una crisis final de paludismo. Su figura ha suscitado juicios encontrados: ha sido presentado alternativamente como el vengador de los griegos, el rey de los macedonios vinculado estrechamente a su pueblo, el conquistador cruel que impone férreamente su voluntad o el constructor de un imperio universal que uniera y permitiera vivir en concordia a todos los pueblos. Apasionado y calculador, generoso y cruel, genial general, político extraordinario, Alejandro representa, quizá llevadas a sus extremos confines, las contradicciones que encierra el alma humana. Por eso mismo su personalidad permanece tan inaprensible como nosotros a nosotros mismos. Si bien es cierto que su figura no ha despertado unánime admiración, la trascendencia de su obra difícilmente puede ser puesta en cuestión. La prodigiosa aventura de Alejandro (y de cuantos con él fueron al Asia) cambió radicalmente el mundo de su tiempo y abrió una nueva etapa histórica que llamamos mundo helenístico.

Bibliografía complementaria

BOSWORTH, A. B. (1997): *Alejandro Magno*. Cambridge.

GUZMÁN GUERRA, A. y GÓMEZ ESPELOSÍN, F. J. (1997): *Alejandro Magno. De la historia al mito*. Madrid.

HAMMOND, N. G. L. (1992): *Alejandro Magno. Rey, general y estadista*. Madrid.

Capítulo 38

El mundo helenístico en el siglo III

La época helenística, que se caracteriza en buena medida por la extensión de la cultura griega, habría de durar, desde el punto de vista político, tres siglos. Alejandro murió sin nombrar sucesor y sin haber establecido una línea de sucesión clara, lo que iba a ser apro vechado por sus compañeros de armas, los Diádocos (o sucesores), para disputarse el dominio de todo o parte de su imperio. La muerte de Alejandro dio paso, pues, a un período turbulento y cambiante de guerras constantes, que se cerrará en 276 cuando la dinastia de los Antigónidas se establezca definitivamente en Macedonia.

Ante la falta de un sucesor directo, la asamblea de los macedonios llegó a una solución de compromiso entre los *pezhetairoi* (infantes), que apoyaban la designación de Filipo III Arrideo, un hijo de Filipo mentalmente incapacitado, y los *hetairoi* (jinetes), que se inclinaban por aguardar al nacimiento del hijo que esperaba Roxana, la esposa de Alejandro. Si Roxana daba a luz un varón, lo que efectivamente sucedió con el nombre de Alejandro IV, ambos reinarían. El acuerdo salvaba teóricamente la unidad del imperio. Crátero fue nombrado regente pero se estableció un sistema de reparto de responsabilidades que hacía imposible en la práctica la regencia. Antípatro conservó Macedonia como estratego de Europa; Perdicas, con el título de quiliarco, quedó asimilado a un gobernador general de toda Asia, encargado de todos los asuntos con autoridad sobre los demás jefes. Los tres fueron nombrados además tutores del rey. Los Diádocos procedieron también a repartirse las satrapías (Diod., 18.3): Tolomeo obtuvo la satrapía de Egipto; Eumenes, Paflagonia y Capadocia; Antígono, Panfilia, Licia y Frigia, y Lisímaco, Tracia. Seleuco quedó como comandante de la caballería real sin ninguna asignación territorial. Persas e iranios fueron

apartados del poder, y conservaron únicamente algunas satrapías en la Alta Asia y en los confines de la India. Se dio así por terminada la política de fusión de Alejandro (Reparto de Babilonia, 323).

Una vez que la muerte de Alejandro fue conocida, los griegos, liderados por Atenas, se alzaron contra Antípatro, le derrotaron y le asediaron en la fortaleza de Lamía, en Grecia Central, de ahí el nombre de Guerra Lamíaca (323-322) con que se conoce al conflicto. Sin embargo, la llegada de refuerzos macedonios invirtió la situación y obligó a los griegos a levantar el sitio de Lamía. Luego, la flota macedonia derrotó a la armada griega en Amorgos, al tiempo que Antípatro vencía por tierra en Cranón, en Tesalia(Diod., 18.9-13, 17-18; Justino, 13.5). Antípatro ocupó Atenas, lo que significó el final de la guerra, donde instauró un régimen oligárquico promacedonio e introdujo una guarnición en El Pireo. Los líderes democráticos fueron perseguidos, Demóstenes se suicidó cuando iba a ser apresado e Hipérides fue detenido y ejecutado. Finalmente, la Liga de Corinto fue disuelta. Poco después, Perdicas se enfrentó a Lisímaco, Tolomeo y Antípatro, que se habían coaligado contra él ante el temor de que el primero se hiciera con la herencia de Alejandro. Perdicas invadió Egipto pero, tras cruzar el Nilo de manera imprudente, provocando la muerte de muchos de sus soldados, fue ejecutado por sus propios hombres.

El final de Perdicas dio lugar a un nuevo reparto entre los Diádocos (Reordenación de Triparadisos, 321) por el que se reconocía nuevamente la unidad del imperio. Antípatro conservaba Europa, recibía la regencia y la custodia de Filipo III y de Alejandro IV y se convertía en el líder principal; Antígono era nombrado estratego del ejército real mientras que Casandro, el hijo de Antípatro, ostentaría la

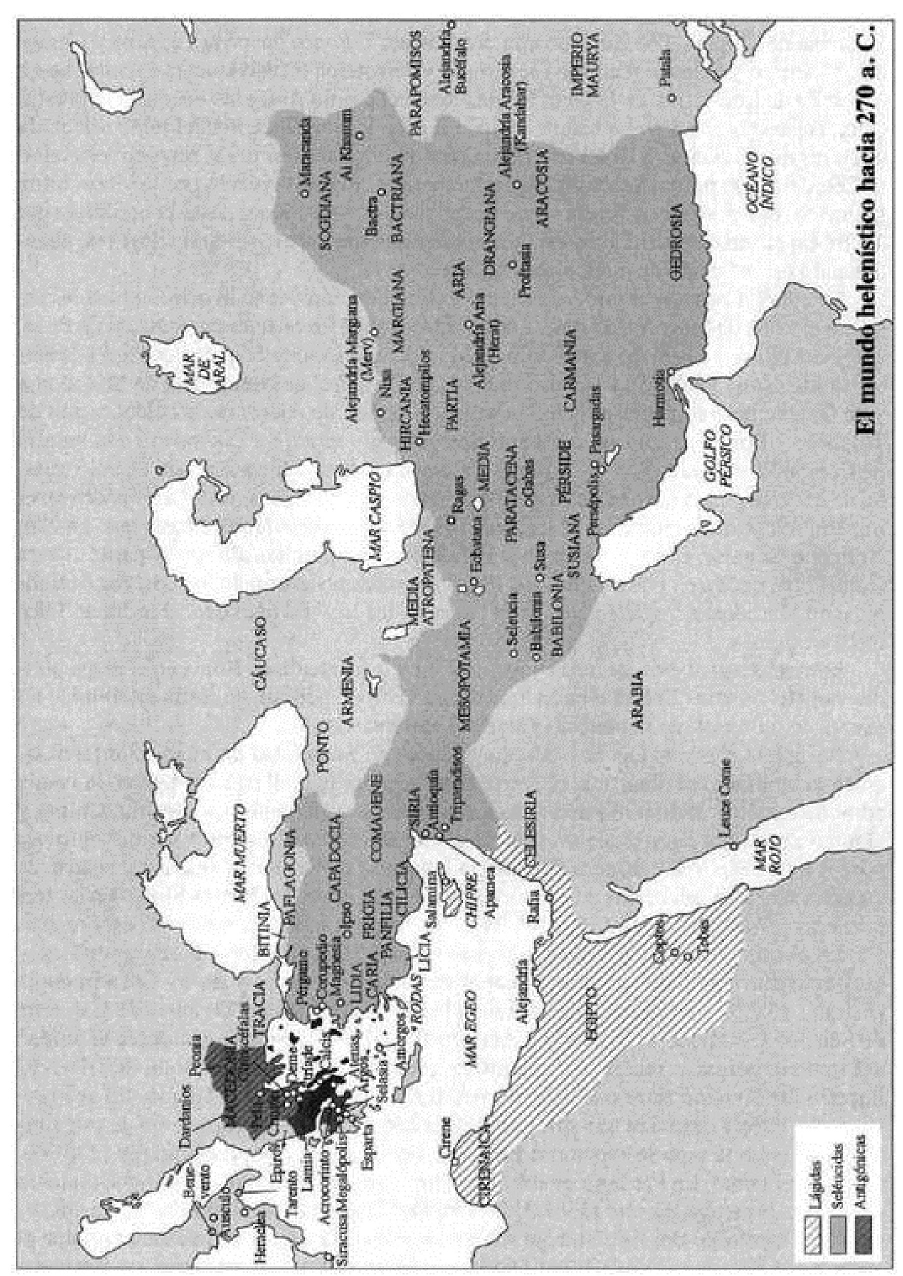
quiliarquía como adjunto de Antígono. Seleuco asumía la satrapía de Babilonia y Tolomeo y Lisímaco retenían respectivamente Egipto y Tracia.

Dos años después del acuerdo de Triparadisos murió Antípatro y los problemas relativos a su sucesión en Macedonia desestabilizaron la situación. Antípatro había designado sucesor a Poliperconte, un viejo general, apartando del poder a su propio hijo Casandro (Diod., 18.48), pero los Diádocos no aceptaron su nombramiento y se aliaron con Casandro contra Poliperconte. Este último extendió su influencia en buena parte de Grecia, buscó la colaboración de Olimpíade, exiliada en el Épiro desde los tiempos de Antípatro, y de Eumenes, que se mantenía en Capadocia y que, como partidario de Perdicas, había sido excluido de los acuerdos de Triparadisos. Olimpíade logró dar muerte a Filipo III y a su esposa Eurídice. Sin embargo, Casandro se impuso rápidamente en Macedonia (317/6), capturó a Olimpíade y la hizo condenar a muerte por el ejército. Luego, conquistó Atenas, donde instauró una tiranía bajo Demetrio de Falero que perduraría hasta el 307 y, al mismo tiempo, ocupó Corinto, Demetríade (en Tesalia) y Calcis (en Eubea), que defendían la estratégica ruta naval que enlazaba Macedonia con el resto de Grecia.

Por su parte, Antígono venció a Eumenes (316) y, secundado por su hijo Demetrio Poliorcetes, pretendió reunir el imperio de Alejandro. Se volvió primero contra Seleuco, al que expulsó de Babilonia y le obligó a refugiarse en Egipto. El resto de los Diádocos, Casandro, Tolomeo y Lisímaco, se aliaron contra Antígono (Diod., 19.57). Tras varios años de enfrentamiento, se llegó a un acuerdo (Paz de 311) que restablecía el *statu quo* anterior a la guerra y concedía a Casandro la regencia de Macedonia y la tutela de Alejandro IV, mientras durara la minoría de edad del

joven monarca. Casi de forma inmediata (310) Casandro dio muerte a Roxana y a Alejandro IV, un acto que no suscitó protesta alguna por parte de los Diádocos, puesto que ninguno de ellos estaba interesado en ver a Alejandro IV reclamando la herencia de su padre.

En realidad la paz no satisfizo a nadie, especialmente a Antígono, que deseaba para sí la unidad del imperio y a quien el acuerdo no le reconocía supremacía alguna. En Grecia, Poliperconte se reconcilió con Casandro (310) y le cedió todos sus poderes. En 307, Demetrio Poliorcetes, el hijo de Antígono, tomó Atenas, organizó una nueva Liga de Corinto dirigida contra Casandro, y venció a Tolomeo en la batalla naval de Salamina de Chipre (306). Sin embargo, finalmente, Tolomeo ocupó la Celesiria y Casandro, Lisímaco y Seleuco reunieron sus tropas y derrotaron decisivamente a Antígono en la batalla de Ipso (301), en la Gran Frigia, donde el propio Antígono encontró la muerte (Plu., *Demetrio*., 28-29). La batalla de Ipso supuso la consolidación del reino seléucida mientras que Casandro y Tolomeo vieron confirmados sus dominios respectivos (salvo la Celesiria, que pasó a Seleuco). Aparentemente el más favorecido por la victoria fue Lisímaco, que reinaba en Tracia y que ocupó todo el Asia Menor hasta la cordillera del Tauro. En el curso de estos años los Diádocos asumieron también el título de reyes, abandonando así la ficción de unidad del imperio.



En 298/7, Casandro murió y Demetrio Poliorcetes aprovechó la ocasión para hacerse con el trono de Macedonia (294). Años después (286), los ataques combinados de Pirro, el rey del Épiro, y Lisímaco

expulsaron de Macedonia a Demetrio, que se entregó a Seleuco (murió cautivo en 283). Lisímaco se hizo con el control de buena parte de Macedonia y de Grecia, pero su poder provocó la reacción de Seleuco que, con la colaboración de Tolomeo y Pirro, invadió Asia Menor, derrotó y dio muerte a Lisímaco en la batalla de Corupedio en Lidia (281). Casi inmediatamente Seleuco fue asesinado cuando trataba de hacerse con la corona de Macedonia. Antíoco I, su hijo, sucedió a su padre en el imperio seléucida, mientras en Macedonia la situación no se estabilizó hasta que, en 276, Antígono Gónatas, el hijo de Demetrio Poliorcetes, fue proclamado rey. A partir de esta fecha (276) quedaron constituidos los tres principales poderes helenísticos: los Antigó- nidas en Macedonia, los Seléucidas en el Oriente y los Lágidas (de Lago, el padre de Tolo- meo) en Egipto.

Entre la desaparición de los Diádocos (276) y la irrupción de Roma en el mapa político del Helenismo (200) el mundo helenístico vivió un período de cierta estabilidad no exento en todo caso de numerosas guerras y enfrentamientos.

Hasta 204 el Reino lágida gozó de una época de estabilidad interna y externa basada en la continuidad dinástica, el fuerte control sobre la población indígena, la buena administración y el dominio de varias áreas exteriores (Cirenaica, Celesiria, Chipre y algunas zonas del Egeo), que servían de *glacis* defensivo al propio valle del Nilo. La posesión de Celesiria, indispensable para la seguridad de Egipto, dio lugar a una serie de guerras contra los seléucidas que conocemos con el nombre de Guerras Sirias. En las tres primeras (274-271, c. 259-253 y 246-241), los Lágidas lograron conservar esta región.

En el imperio seléucida, Seleuco renunció (c. 305) al Alto

Indo, Parapomisos y la Aracosia oriental, que pasaron a manos del imperio maurya y su rey Chandragupta (Estrab., 15.2.9) y se independizó también la Media Atropatena. Después de la muerte de Seleuco I, Antíoco I (281-261) y Antíoco II (261-246) lograron mantener la unidad del imperio pero a la muerte de este último monarca se abrió un período de crisis. El imperio fue dividido entre sus hijos Seleuco II (246-226) y Antíoco Hiérace, lo que provocó una guerra fratricida que sólo acabará en 226-225 con la desaparición de este último. Al mismo tiempo se separaron Pérgamo, donde Atalo I se proclamó rey (240/39), Bitinia y el Ponto. En Partía se establecieron los nómadas parnos (c. 239/8) que tomaron el nombre de partos (Estrab., 11.9.2-3; Justino, 41.4.7). Estos últimos quedaron, sin embargo, hasta mediados del siglo II, bajo soberanía seléucida. Hacia 245 se creó también el reino greco-bactriano, fundado por Diódoto I (Justino.41.4.5), y sometido igualmente a los seléucidas. Tras el asesinato de Seleuco III (226-223), Antíoco III (223-187) protagonizó un período de esplendor. Acabó con dos usurpadores, Molón en Media y Aqueo en Asia Menor, aunque fue derrotado por Tolomeo IV en la batalla de Rafia (217), durante la Cuarta Guerra Siria (219-216). En 212 emprendió su Anábasis (212- 205), una larga expedición en el Oriente del reino, que reafirmó la presencia seléucida en las satrapías superiores (Media, Partia, Bactriana). A su regreso, firmó un pacto con Filipo V de Macedonia (203/2) para repartirse las posesiones lágidas (Plb., 3.2.8,15.20; Livio, 31.14). Luego invadió y ocupó toda la Celesiria (Quinta Guerra Siria, 202/1-200). Sin embargo, la restauración seléucida fue cortada de raíz por Roma, que derrotó a Antíoco III en Magnesia del Sipilo (189) y limitó el reino al otro lado de la línea del Tauro (Paz de Apamea de 188). En suma, a pesar de algunas pérdidas territoriales se

puede afirmar que, hasta la muerte de Antíoco III (187), desde los límites del actual Pakistán hasta la Anatolia central, el imperio seléucida se mantuvo bastante incólume.

En Macedonia (véase mapa capítulo 40), Antígono II Gónatas (276-239) se libró al principio de su reinado de varios pretendientes y de la amenaza de Pirro, muerto en272. Después, sometió la Peonía en el norte del reino y recobró Tesalia, al sur de Macedonia. Luego extendió la influencia macedonia en Grecia estableciendo distintas guarniciones (Demetríade, Calcis, Acrocorinto, Atenas, etc.) y favoreciendo la llegada al poder de varios tiranos promacedonios como Aristodemo en Megalópolis o Aristipo en Argos. La recuperación macedonia suscitó contra Antígono una coalición liderada por Tolomeo II de la que formaron parte Atenas, Esparta y las ciudades cretenses. El conflicto, conocido con el nombre de Guerra de Cremónides (268/7-261), por el nombre del demagogo ateniense proegipcio, acabó con una resonante victoria macedonia. Sin embargo, a partir de esta fecha el poder macedonio en Grecia declinó. En el Peloponeso, Arato de Sición revitalizó la antigua Confederación’aquea y fue conquistando una tras otra las ciudades peloponesias partidarias de Macedonia. En 243, Acrocorinto se entregó a los aqueos. El sucesor de Antígono Gónatas, Demetrio II (239-229) se batió con escaso éxito contra aqueos y etolios y perdió el Épiro. Murió cuando se hallaba en camino para enfrentarse a los dardanios, un pueblo ilirio del Norte, que habían invadido el reino. La asamblea macedonia nombró entonces a Antígono III Dosón (229- 221), un hermanastro de Antígono Gónatas, regente del joven Filipo, hijo de Demetrio II, que contaba entonces con ocho años. Posteriormente accedió al trono adoptando a Filipo. Antígono Dosón expulsó a los dardanios, frenó a los etolios

y firmó una alianza con los aqueos, que se hallaban preocupados por la expansión del rey Cleómenes III de Esparta, que unía, a sus ambiciones políticas, medidas de revolución social. Antígono Dosón conquistó Acrocorinto y las tropas macedonias aplastaron a los espartanos en la batalla de Selasia (222). Tras la muerte de Antígono III Dosón, Filipo V (221- 179) ascendió al trono de Macedonia. Como una guerra entre etolios y aqueos (221-220) acabó desastrosamente para los aqueos y éstos solicitaron la ayuda de Macedonia. Filipo V organizó entonces la Liga Helénica, una alianza militar dirigida contra los etolios, que elevó la influencia macedonia en Grecia a los primeros tiempos de Antígono Gónatas. Pero la guerra contra los etolios (Guerra de los aliados, 220/19-217) resultó bastante infructuosa. Después, Filipo V rechazó un ataque de los dardanios y más tarde reanudó la guerra con los etolios (Segunda Guerra Macedónica, 200-196). Al principio, Filipo V batió a los etolios, pero éstos solicitaron la ayuda de Roma, que derrotó decisivamente a Macedonia (batalla de Cinoscéfalas en 197 y la subsiguiente Paz del Tempe en 196).

En el occidente griego, después de la obra restauradora de Timoleonte (344-337), Siracusa volvió a hundirse en un período de lucha interna en medio de la cual Agatocles se hizo con la tiranía. En 311, Agatocles emprendió una guerra contra los cartagineses y, en 309, llegó a desembarcar en Africa con la intención de tomar Cartago. Habiendo fracasado en Africa, firmó un tratado con los cartagineses por el que conservó buena parte de Sicilia, regresó a Siracusa y se proclamó rey (306/5), imitando así a otros comandantes helenísticos. Más tarde, combatió en la Península Itálica contra brucios y lucanios en ayuda de los griegos de la Magna Grecia. Sin embargo, su obra fue efímera; a su muerte en 289, los cartagineses volvieron a

ocupar la mayor porción de Sicilia.

En la Magna Grecia, Tarento, la ciudad griega más importante, recurrió a Pirro en 281 para hacer frente a la amenaza romana. Pirro se presentó más como conquistador del Oeste al modo de Alejandro que como aliado y derrotó a los romanos en Heraclea del Siris (280) y en Ausculum (Apulia, 276). Habiendo alejado brevemente la amenaza romana, pasó a Sicilia para enfrentarse a los cartagineses. Conquistó la práctica totalidad de la isla (278-276), pero su gobierno despótico le granjeó la enemistad de los griegos de la isla. Regresó a Italia y fue vencido por Roma en Benevento en 275 (Plu., *Pirro*, 22-25). En otoño de este mismo año volvió al Épiro. Su marcha dejó las manos libres a los romanos que sometieron toda la Magna Grecia (Tarento cayó en 272).

En Siracusa, Hierón fue elegido general poco tiempo después de la partida de Pirro y luego se proclamó rey. En 263 Hierón se alió con Roma, alianza que permitió a Siracusa vivir un último período de paz y prosperidad que habría de perdurar hasta215. En este año, murieron Hierón y su hijo Gelón y su nieto Hierónimo pactó con Cartago la entrega de toda Sicilia a Siracusa en el caso de una victoria cartaginesa en la Segunda Guerra Púnica. Una revuelta acabó con la monarquía y llevó al establecimiento de una democracia pero no varió la actitud procartaginesa de Siracusa. En consecuencia, los romanos asediaron Siracusa, que cayó en 211 y, al

Bibliografía complementaria

GREEN, P. (1990): *Alexander to Actium: The Historical Evolution of Hellenistic Age*. Berkeley.

LOZANO VELILLA, A. (1993): ***El mundo helenístico*. Madrid.**

PRÉAUX, Cl. (1984): ***El mundo helenístico, 2 vols*. Barcelona.**

SHIPLEY, G. (2001): ***El mundo griego después de Alejandro, 323-30 a. C*. Barcelona.**

VV AA (1984): ***The Hellenistic monarchies and the rise of Rome, vol. VII, Cambridge Ancient History*. 2.a ed. Cambridge.**

WILL, E. (1979): ***Historie politique du monde hellénistique (323-30 av. J.-C.),* vol. I. Nancy.**

Capítulo 39

El mundo helenístico a partir del siglo II y la intervención de Roma

Desde finales del siglo III el mapa político del Oriente helenístico se transformó radicalmente debido sobre todo a la irrupción de Roma, que en unos cincuenta años logrará someter buena parte del Mediterráneo oriental. Con todo, la política romana en el Oriente en modo alguno puede reducirse a un esquema simple y unitario de desarrollo lineal en el que los romanos pensaran desde el principio, como finalidad última, en imponer su dominio absoluto sobre el mundo helenístico. Ciertamente Roma supo conservar su unidad de acción, mientras se enfrentaban entre sí los diversos Estados helenísticos, pero su política conoció a lo largo de este período momentos de firmeza, de prudencia y también de vacilación. En realidad, las razones de la expansión romana en el Mediterráneo oriental son múltiples

y operan de diferente forma según la situación concreta, así es posible encontrar los temores hipotéticos a la ruptura del inestable equilibrio político helenístico; la tranquilidad y seguridad de Roma que llevaban al aniquilamiento del enemigo; el filhelenismo más o menos sincero; los intereses y la división de la propia *nobilitas* (la oligarquía patricio-plebeya gobernante) o la intención de desviar la atención de los problemas internos; los deseos de poder de los grandes generales y la presión de los grupos mercantiles y financieros –los *equites* (caballeros) que veían la oportunidad de hacer fortuna en la explotación económica del Oriente– y de la plebe, menos beneficiada, pero sensible a las riquezas que traían los soldados. Como fruto de todo ello, es posible establecer una serie de fases en dicha expansión romana en el Oriente: un primer período de hegemonía, entre 200 y 188, sin incorporación de estados, en el que la intervención romana busca una situación de equilibrio debilitante de modo que ningún Estado pudiera despuntar y amenazar los intereses romanos; una segunda etapa, tras 188, en la que Roma multiplicó los estados en el Oriente en un intento de crear lo que podríamos llamar un equilibrio pluriestatal; posteriormente, se puede esbozar una fase intermedia de transición que se desarrolla entre 168 y 146 y en la que se ensaya una atomización política aún más profunda y, finalmente, después de 146, un período de imperialismo ilimitado con anexiones y presencia armada permanente.

Los precedentes inmediatos de la intervención romana en el Mediterráneo oriental se sitúan en las guerras ilirias y en la Primera Guerra Macedónica. Los ilirios ocupaban gran parte de la costa oriental del Adriático y, a lo largo del siglo III, habían logrado consolidar un reino de notable extensión y fuerza, que amparaba las actividades piráticas ili- rias las cuales, desde 235, habían llegado a amenazar el tráfico

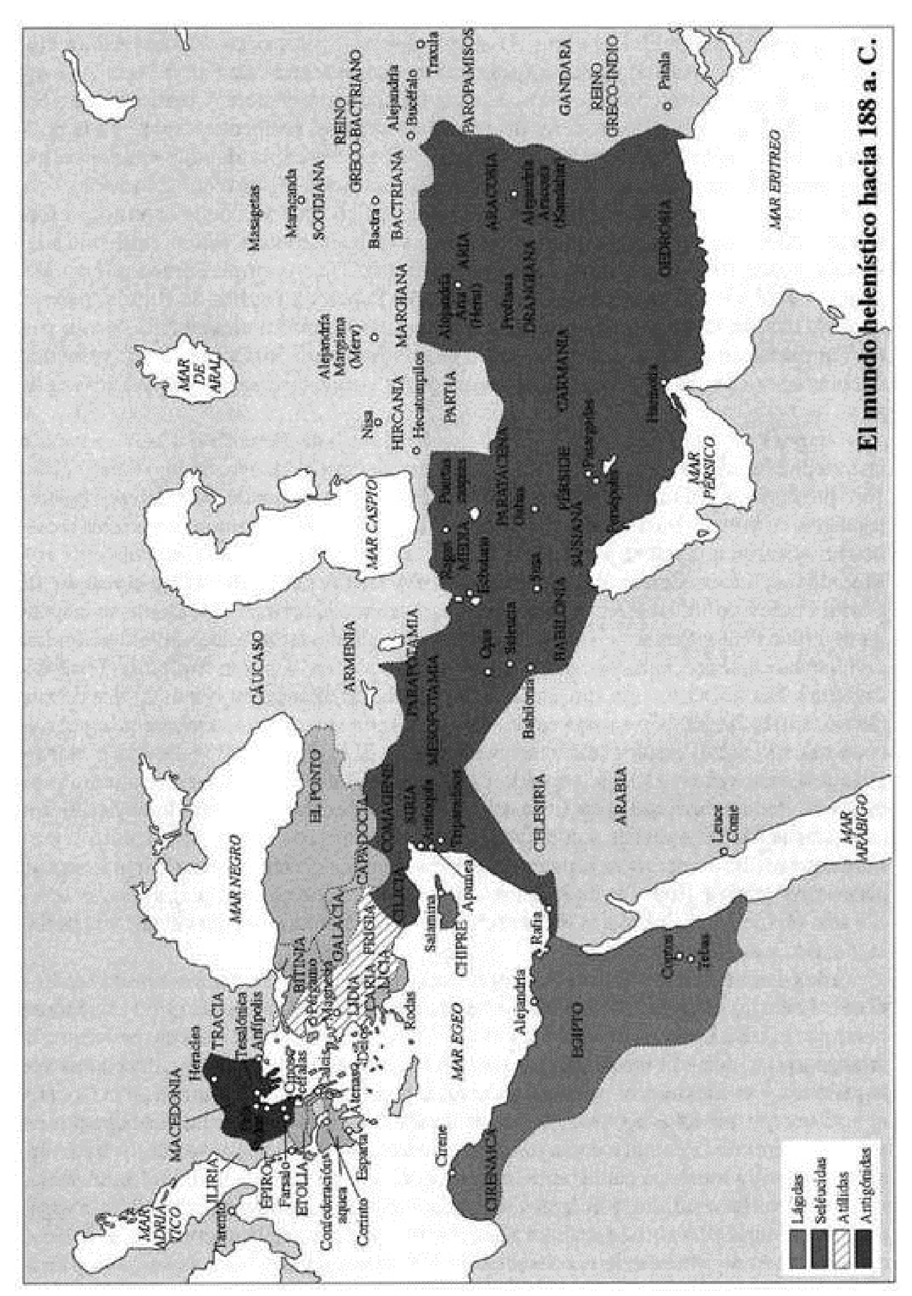
marítimo del Adriático, lesionando los intereses de los comerciantes itálicos. En la Primera Guerra Ilírica (229-228) una fulgurante campaña romana en Iliria redujo drásticamente el poder marítimo ilirio y estableció un protectorado romano sobre la costa ilírica del Adriático (Paz de 228). Años después, fue necesaria otra guerra para expulsar a Demetrio de Faros que se había hecho con el control del reino ilirio y alentaba la piratería (Segunda Guerra Ilírica, 221-219).

En 215, Filipo V de Macedonia estableció una alianza con Aníbal con la intención de suplantar a los romanos en el Adriático, dando comienzo a la Primera Guerra Macedónica (215-205). Roma respondió firmando un tratado con los etolios (212) pero Filipo V forzó a estos últimos a establecer una paz por separado (206). Los romanos acabaron por enviar un cuerpo expedicionario que obligó a Filipo a rubricar la Paz de Fénice (205) que aseguraba el control romano del Adriático. La paz no detuvo sin embargo las ambiciones de Filipo V. El rey de Macedonia extendió su control en el Egeo y estableció un acuerdo con Antíoco III para repartirse las posesiones exteriores egipcias (203/2; Plb., 3.2.8, 15.20; Livio, 31.14), pero Pérgamo y Rodas, inquietas por el expansionismo macedonio, solicitaron la ayuda de Roma, que declaró la guerra a Macedonia (Segunda Guerra Macedónica, 200-197). Las tropas romanas desembarcaron en Grecia y, tras dos años de campañas poco concluyentes, el cónsul Tito Quincio Flaminino se atrajo a la Confederación aquea y al rey Nabis de Esparta y obtuvo una victoria decisiva en la batalla de Cinoscéfalas (junio de 197), donde las legiones aplastaron a la falange macedonia que se mostró demasiado rígida en terreno accidentado en el cual se dislocaba y perdía su capacidad combativa (Plb., 18.18-27; Livio, 33.6-

10; Plu. *Flaminino*, 7-8). Filipo tuvo que firmar la Paz del Tempe (196) por la cual Macedonia quedó reducida a su propio territorio, se comprometió a pagar una fuerte indemnización de guerra y se limitaron sus efectivos militares (Plb., 18.33, 44; Livio, 33.11-13, 24, 30). En los Juegos ístmicos del 196, Flaminino declaró que todos los estados griegos serían libres y autónomos (Plb., 18.46) pero se trataba en realidad de una libertad vigilada, que llevaba, en la práctica, al enfrentamiento entre las diversas *póleis* y a la intervención constante de la potencia garante de esa pretendida libertad: Roma.

En Asia, en 196, Antíoco III (223-187) comenzó a ocupar las posesiones lágidas y macedonias de Asia Menor, Tracia y el Helesponto. En 195, firmó la paz con Tolomeo V por la cual a Egipto sólo le quedaban Chipre y la Cirenaica como pertenencias exteriores. Roma, fiel entonces a una política de equilibrio en el Oriente, exigió al seléucida que renunciara a las ciudades de Asia y que no tratara de cruzar a Europa. La negativa de Antíoco llevó a la guerra (Guerra contra Antíoco III, 192-188). Antíoco, contando con la alianza de los etolios, desembarcó en Grecia, pero los cónsules Acilio Glabrio y Cor- nelio Escipión con la ayuda de Filipo V le derrotaron en las Termopilas(191) y le obligaron a regresar a Asia. Más tarde las legiones romanas cruzaron a Asia y destrozaron al ejército seléucida en la batalla de Magnesia del Sipilo (189, Livio, 37.37-44). Mediante la Paz de Apamea (188; Plb, 21.24, 42-43; Livio, 38.38) Antíoco se retiraba más allá de la línea del Tauro, el reino quedaba desmilitarizado, debía pagar una fuerte indemnización de guerra y entregar rehenes. Pérgamo extendió su reino en Asia Menor y el Heles-ponto y Rodas obtuvo Licia y Caria. Al mismo tiempo, los romanos derrotaron a los etolios y les forzaron a abandonar sus

posesiones en Grecia central. La Paz de Apamea marca, pues, un momento crucial en la historia del mundo helenístico. A partir de entonces ninguno de los tres grandes poderes desempeñará un papel político relevante y a la política romana de equilibrio de potencias e ideal de libertad sucedía ahora la multiplicación de estados de importancia limitada en la que los más fieles serían recompensados.



La Paz de Apamea no inauguró un período pacífico sino que, en lo externo, surgieron nuevos conflictos y, en lo interno, los estados comenzaron a dividirse entre una aristocracia prorromana y una mayoría contraria a Roma.

Tras Apamea, Eumenes II de Pérgamo venció a los gálatas y luego a Farnaces del Ponto y a Prusias de Bitinia, pero se atrajo la desconfianza de Rodas que veía amenazadas sus posiciones en Asia Menor y el tráfico marítimo en los Estrechos. Ante tantos enfrentamientos y presiones, sometida también a sus propias tensiones e intereses, la política romana se tornó cada vez más agresiva.

Después de su derrota en 197, Filipo dedicó el resto de su reinado a la restauración interna de Macedonia respetando escrupulosamente la Paz del Tempe. Su hijo Perseo (179-168) prosiguió la política de fortalecimiento de Macedonia y trató de extender, por medios pacíficos, su influencia en Grecia. Sin embargo, las intrigas de Pérgamo y los recelos romanos provocaron una nueva guerra, que tenía la intención de acabar definitivamente con Macedonia (Tercera Guerra Macedónica, 172-168). Una vez más, ahora bajo el mando del cónsul Paulo Emilio, las legiones romanas destrozaron a la falange macedonia en la batalla de Pidna (168). Perseo se entregó a los romanos, la monarquía fue abolida y el reino dividido en cuatro regiones (*merides*), cuyos centros respectivos eran Anfípolis, Tesalónica, Pela y Heraclea Lincesta, quizá con la posibilidad de reunirse en una asamblea común (Livio, 45.18, 29, 32, véase mapa capítulo 40). En Iliria se suprimió la monarquía y el reino se repartió en tres estados autónomos y tributarios. El Épiro, que había abolido la monarquía de los eácidas en 232, fue arrasado y cincuenta mil de sus habitantes vendidos como esclavos. Roma abandonaba la política de equilibrio pluriestatal de poderes limitados, imperante tras la Paz de Apamea, y ensayaba ahora una atomización y debilidad política profunda que no iba a respetar ni siquiera a los viejos aliados. En efecto, puesto que Roma no necesitaba ya ni de Rodas ni de Pérgamo, las relaciones con el reino

pergameno se deterioraron rápidamente, los rodios fueron privados de sus territorios continentales y la declaración de Delos como puerto franco (167) arruinó su riqueza.

Años después, un aventurero, Andrisco, quiso aprovechar el sentimiento monárquico y el odio hacia los oligarcas prorromanos y se proclamó rey de Macedonia (149) haciéndose pasar por hijo de Perseo. Cecilio Metelo y las legiones romanas nuevamente batieron a la falange macedonia en Pidna (148) y Andrisco fue capturado y ejecutado. Macedonia fue anexionada y se convirtió en provincia romana, la primera que Roma instituía en el Oriente.

Al tiempo que estos acontecimientos se desarrollaban en Macedonia, los aqueos, creyendo contar con la complacencia romana, atacaron con éxito a los espartanos tratando, así, de incluir a todas las ciudades peloponesias en la Confederación, pero Roma declaró libres a varias ciudades y ordenó a los aqueos que les permitieran abandonar la organización federal (Paus., 7.14-16). La negativa aquea condujo a la guerra, que se decidió en la campaña de 146 cuando el cónsul Lucio Mummio aplastó a las tropas aqueas y arrasó hasta los cimientos la capital federal, Corinto. La Confederación aquea fue disuelta, las ciudades que habían combatido a los romanos quedaron sometidas a la supervisión del gobernador de Macedonia y en el resto se introdujeron gobiernos prorromanos.

En el reino seléucida, tras la muerte de Antíoco III (187), Seleuco IV (187-175) fue asesinado. El reinado de su sucesor, Antíoco IV (175-164) supuso un cierto alivio y el nuevo rey revitalizó la colonización griega y llegó a invadir Egipto, pero una comisión senatorial le obligó a retirarse. Su muerte abrió un período confuso y sangriento pleno de

asesinatos y usurpaciones en medio del cual los partos conquistaron el Irán y Meso- potamia. Antíoco VII Sidetes (139-129) trató de frenar a los partos pero su expedición en el Irán, la última gran empresa de la monarquía, acabó en una derrota. A su muerte, el reino, reducido a Siria, se hundió en una última etapa de luchas dinásticas en el curso de la cual Tigranes de Armenia se hizo con la corona (83-69). Por último, tras la derrota de Armenia a manos romanas, Pompeyo convirtió lo que quedaba del viejo reino seléucida en la provincia romana de Siria (64).

En Asia Menor, en 133, el rey Eumenes III de Pérgamo legó su reino a Roma, que tras la revuelta de Aristónico (133-129), quedó anexionado como provincia romana de Asia. Mitrídates VI, que había accedido al trono del Ponto en 112, lideró a partir de entonces la lucha contra Roma y trató de extender su influencia en Asia Menor, el Mar Negro e incluso en parte de Grecia. Sin embargo, el cónsul Sila derrotó a las tropas del Ponto en Grecia central, ocupó Atenas (86) y obligó a Mitrídates a firmar la Paz de Dárdanos (85) por la cual el rey se retiraba de todas sus posesiones exteriores (Primera Guerra Mitridática, 89/8-85). Poco después, estalló una nueva guerra que acabó en una paz bastante precaria (Segunda Guerra Mitridática, c. 83-81). Finalmente, en 74, el Ponto, contando con la ayuda de Armenia, volvió a entrar en guerra contra Roma pero esta vez Pompeyo derrotó decisivamente a Mitrídates (68), ocupó el Ponto y sometió Armenia. Mitrídates VI se refugió en sus posesiones de Ucrania y el sur de Rusia donde la revuelta de su hijo Farnaces le obligó a quitarse la vida (63). Acto seguido, Pompeyo procedió a reorganizar el Oriente: la práctica totalidad de la costa asiática del Mediterráneo quedó repartida en provincias romanas, mientras que en el interior de Anatolia y en Judea se establecían estados

clientes.

En los márgenes orientales del Helenismo, el reino greco-bactriano se extendió a Sogdiana, Aria y Margiana bajo el rey Eutidemo I a principios del siglo **II.** Su sucesor Demetrio I (184-171) sometió Aracosia y Drangiana y quizá también Gedrosia. En 171 usurpó el trono Eucrátides. Con su hijo Heliocles tendrá lugar el hundimiento del reino ante las acometidas de los tocarios. Al sur del Hindu-Kush, en Paropamisos y Gandara, en el valle del Indo, se creó a principios del siglo II el reino greco-indio de Antímaco, que perduró largo tiempo. El reino pudo mantenerse en Gandara hasta 70, en el Alto Kabul hacia 50 y algún reyezuelo griego se conservaba todavía en las faldas del Paropamisos hasta 5 d. C.

En el Extremo Occidente, las buenas relaciones entre Marsella y Roma cristalizaron en la firma de una alianza (228-226) mediante la cual Roma reconocía la hegemonía de Marsella sobre las colonias griegas de la zona y sobre los pueblos de la Galia meridional. En 125, presionados por saluvios y ligures, los masaliotas solicitaron la ayuda de Roma, que creó la provincia de la Galia Narbonense (121), si bien Marsella conservó el

control de la región costera. Esta situación se mantuvo hasta 49 cuando, ante la pretensión de mantenerse neutral, Marsella fue sometida definitivamente por César.

El Oriente helenístico se vio afectado por la lucha entre los primeros y segundos triunviros. En 49 César derrotó en Farsalia (Tesalia) a Pompeyo, repuso a Cleopatra VII como reina única de Egipto y batió a Farnaces, que había invadido El Ponto. Poco tiempo después, Marco Antonio (42-30) trató de crear en Oriente un dominio político propio en el que Egipto constituiría el núcleo principal. Octavio vio

en ello la posibilidad de eliminar a Antonio. En Accio, septiembre de 31, la flota de Octavio obtuvo una victoria definitiva. Al año siguiente, Octavio ocupó Egipto que, tras la muerte de Marco Antonio y Cleopatra, fue anexionado como provincia imperial. Finalmente, entre Augusto y Vespasiano, los últimos reinos clientes que quedaban en el Oriente fueron progresivamente transformados en provincias romanas.

Bibliografía complementaria

ROLDÁN HERVÁS, J. M. (1981): *La república romana*. Madrid.

VVAA (1989): *Rome and the Mediterranean to 133 B.C., vol. VIII. Cambridge Ancient History,* 2.a ed. Cambridge.

VVAA (1994): *The last age of the Roman republic, 146-43 B.C., vol. IX, Cambridge Ancient History*. 2.a ed. Cambridge.

WILL, E. (1982): *Historie politique du monde hellénistique (323-30 av. J.-C.),* vol. II. Nancy.

Capítulo 40

El reino de Macedonia en época antigónida. *Póleis* y confederaciones en el mundo helenístico

Con el ascenso de Antígono Gónatas al trono de Macedonia en 276 se establece definitivamente la dinastía antigónida y el reino goza de un período de estabilidad y de cierta prosperidad, que habría de perdurar hasta la intervención

romana en la primera mitad del siglo II. Como reyes balcánicos, los monarcas de Macedonia debieron hacer frente a los ataques de ilirios, dardanios, epirotas y tracios y, como reyes helenos, más allá de Tesalia, ejercieron una fuerte influencia en Grecia, aunque no trataron de conquistarla ni unieron parte alguna de ella al reino; su política consistía en evitar las incursiones de pueblos balcánicos y que cualquier otro poder (como los lágidas, Pirro o los etolios) pudiera amenazar la seguridad de la propia Macedonia. En Grecia guarnecieron una serie de puntos estratégicos, como Demetríade, Calcis y Acrocorinto, los llamados cerrojos de la Hélade (Plb., 18.11), y algunos otros como Atenas (hasta 281 y entre 261 y 229), que les permitieran controlar la ruta marítima entre Macedonia y el Peloponeso, y establecieron una serie de regímenes promacedonios, muchas veces tiranías, en diferentes ciudades como Sición o Megalópolis. Por último, la flota antigónida trató de mantener el control de algunas zonas del norte del Egeo.

El Estado macedonio estaba compuesto por dos partes: el rey y los macedonios (*koinon tôn Makedonôn*) cada una de ellas dotada de entidad jurídica propia. El rey de Macedonia dirigía la política exterior del reino y era el único competente para firmar tratados. Sin embargo, en cuestiones de guerra y paz debía consultar primero con su consejo (Livio., 42.50) y llevar la decisión ante la asamblea. Como comandante supremo del ejército decretaba la movilización y dirigía, pagaba y equipaba al ejército. Elegía también buena parte de sus colaboradores, convocaba al consejo, decidía el momento y el lugar de llevar a cabo los juicios capitales ante la asamblea y emitía órdenes en forma de cartas y circulares (*diagrammata*). También gozaba del monopolio de minas y bosques, disponía de grandes

propiedades y del derecho de imponer tasas a todos los habitantes del reino. A diferencia de otros monarcas helenísticos, los reyes antigónidas fueron fieles a la tradición real macedónica de sencillez y modestia, nunca recibieron culto real y el reino se mantuvo siempre como patrimonio de todos los macedonios y no del monarca y, por tanto, no podía ser dividido.

En la corte, junto al rey, figuraba el Consejo real o Sinedrio compuesto por los guardias personales (*somatophylakes*) del rey, los parientes, los amigos (*philoi*) y los altos comandantes militares. Presumiblemente los miembros del Sinedrio eran designados de manera vitalicia y gozaban de libertad de expresión (*parresía*) y de igualdad en el debate (*isegoría*) en relación con el rey. Todas las cuestiones importantes debían ser, al parecer sin excepción, examinadas por el consejo que publicaba sus decisiones (*dogmata*) en forma de *diagrammata* reales. El Sinedrio investigaba también los casos capitales, era la primera y última instancia judicial en casos no capitales y poseía poderes probuléuticos (preparaba las decisiones) con relación a la asamblea. La corte contaba también con los pajes reales (*basilikoi paides*) de los que el rey extraía buena parte de sus amigos y colaboradores y los llamados *syntrophoi*, que se educaban con los futuros monarcas. Conocemos algunos altos cargos que dirigían los principales departamentos en los que se encontraba dividida la administración central como el "encargado de los asuntos" (similar a un Primer Ministro) y el secretario que atendía la correspondencia real. Por último, la corte animó también una notable vida cultural, en ella vivieron y trabajaron, por ejemplo, el filósofo estoico Arato de Solos y los historiadores Jerónimo de Cardia y Marsias de Pela.

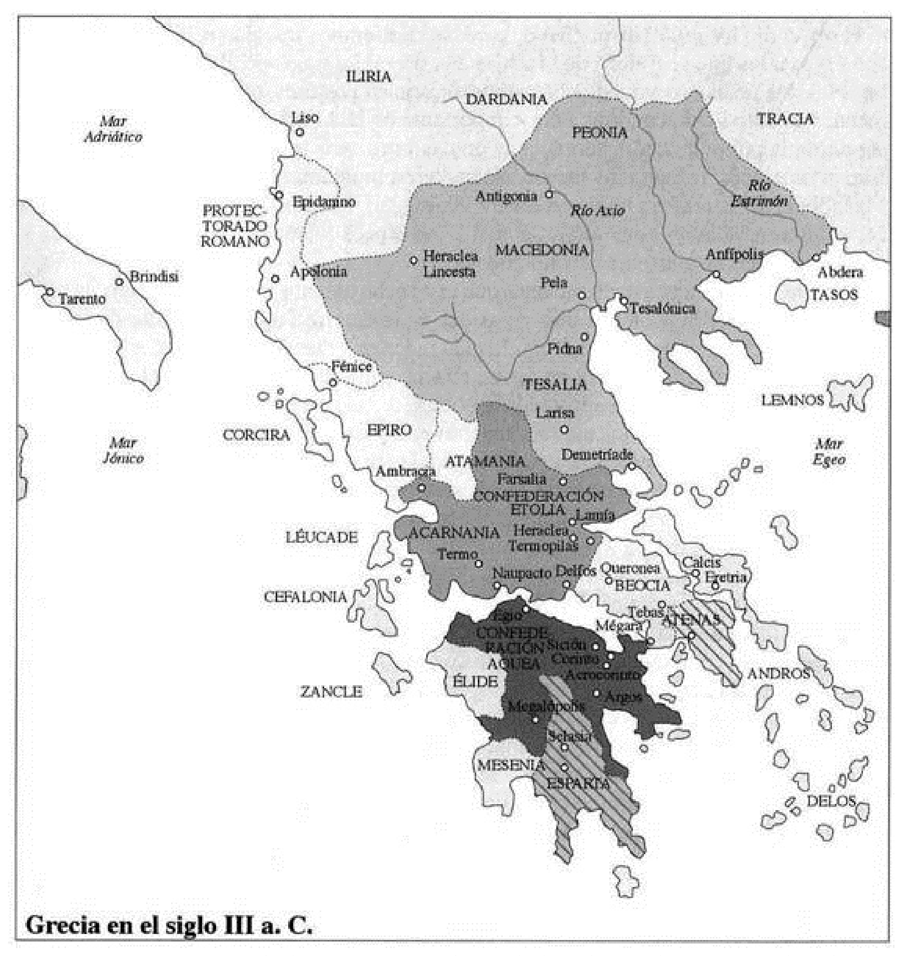
La Asamblea macedonia se reunía regularmente dos veces al año, aunque podía ser convocada de manera

extraordinaria, y estaba formada por todos los ciudadanos macedonios (Plb., 23.10.4: *politikoi andres*). La Asamblea desempeñaba un papel más o menos importante en la sucesión real ya que elegía, deponía o aclamaba a los reyes o regentes. Juzgaba, además, los casos de alta traición (Plb., 5.29.5; Polieno, 4.6.14), tenía sus propias finanzas, acuñaba su propia moneda, votaba honores y enviaba embajadas.

La base de la administración territorial y del control del reino reposaba sobre la división de Macedonia en distritos, posiblemente cuatro, mandados cada uno por un estratego de nombramiento real (quizá en la época de Filipo V fueran elegidos por las ciudades). Los distritos acuñaban moneda y servían también de unidad de reclutamiento. Aunque estaban sometidas al rey, las *póleis* macedonias no eran controladas directamente por el monarca, que no parece haber tenido ningún representante en ellas. Las ciudades poseían su propia ciudadanía, territorio, leyes, finanzas y tasas y entrenaban su propia milicia ciudadana. Disfrutaban de una organización democrática con un cuerpo ciudadano dividido en tribus, y demos y con las instituciones tradicionales del mundo griego: magistrados, consejo, asamblea y tribunales. El magistrado principal de cada *pólis* parece haber sido el epístata, elegido anualmente, que fue sustituido posteriormente por un politarco o por un sacerdote epónimo. Conocemos también un buen número de magistrados locales como dicastas (jueces), nomofilaques (guardianes de las leyes), tamías (tesoreros) o agoranomos (encargados del mercado). Los pueblos sometidos, que no fueron unidos al reino, como peonios, tracios o tesalios mantuvieron sus propias instituciones, aunque pagaban tributo, aportaban contingentes militares y carecían de política exterior.

El ejército comprendía un núcleo permanente formado por

los hipaspistas, por la guardia real de infantería, ambos cuerpos de número desconocido, y por los peltastas, que incluían dos mil hombres de la *agema* de los macedonios y otros tres mil peltastas normales. Los falangitas, un máximo de veinticuatro mil, eran reclutados en cada expedición y su armamento no parece haber evolucionado demasiado desde los días de Filipo. Los falangitas pudieron estar divididos en doce mil *chalcáspides* ("escudos de bronce") y otros tantos *leukáspides* ("escudos blancos"). La caballería comprendía tres mil jinetes repartidos en un escuadrón real (*hila basiliké*) de trescientos hombres y seis escuadrones (*hilas*) de doscientos cincuenta cada uno. Al ejército se añadían también contingentes de los pueblos sometidos y era normal además el empleo de mercenarios.



Grecia en el siglo III a. C.

La estructura social y económica del reino de Macedonia es prácticamente desconocida. El rey poseía las minas, canteras y bosques del reino y exigía algunas tasas pero sus ingresos no podían compararse con los que percibían otros grandes monarcas. Tanto el rey como los *philoi* disponían de extensos latifundios trabajados posiblemente por aparceros a los que se trataba de vincular a la tierra. La base social del reino descansaba sobre los pequeños y medianos campesinos y los pastores, que constituían posiblemente una actividad económica muy importante de la Alta Macedonia. Los reyes prosiguieron la política de transferencia de poblaciones característica del período anterior. Así, poblaciones

macedonias fueron asentadas en la Peonía, mientras que en la misma Macedonia se instalaban tracios e ilirios. Asimismo, los monarcas trataron de establecer amplias relaciones comerciales con el Egeo especialmente a través de Tesalónica y existió también un cierto desarrollo artesanal.

Frente a determinadas afirmaciones que han hecho algunos autores modernos, la batalla de Queronea y la posterior derrota griega en la Guerra Lamíaca no significaron en modo alguno el final de la *pólis* como Estado independiente. De hecho pocas *póleis* fueron totalmente independientes en época clásica y ciertamente, aunque el auge de las monarquías helenísticas comprometió su libertad, las *póleis* independientes siguieron existiendo en el período helenístico, muchas escaparon de la tutela y el control de los reyes y algunas desempeñaron un papel digno de ser tenido en cuenta.

Rodas, nacida en 408 por el sinecismo de las tres *póleis* de la isla, Lindos, Yalisos y Cámi- ros, se convirtió en el período helenístico, por un lado, en punto fundamental del tráfico naval entre el Ponto, Egipto y el Egeo, desplazando así a Atenas y, por otro, en centro financiero, de cambio y bancario principal. La ciudad tenía un trazado hipodámico y contaba con cinco puertos, bien protegidos con arsenales y diques de primer orden (junto a la entrada principal se alzaba la famosa estatua del Coloso, el dios Helios, entre 293 y 227). Rodas disponía de una constitución democrática con una asamblea y un consejo (*bulê*) y tenía como principales magistrados al navarco y a los pritanos, copados todos ellos por la aristocracia mercantil. Los pritanos formaban un colegio de cinco o seis miembros, presidían la asamblea, dirigían los debates y nombraban y enviaban embajadores. El navarco era un magistrado único, elegido anualmente y renovable, desempeñaba el mando militar y

podía firmar tratados sin la necesidad de que éstos fueran ratificados por la asamblea rodia. Durante el siglo III, la ciudad supo defender su independencia y, en la última parte de esta centuria, emergió como gran potencia. En el siglo II, su flota llegó a dominar el Mediterráneo Oriental haciendo frente a la piratería y su alianza con los romanos le permitió extender sus dominios en Asia Menor, en Licia y Caria (la llamada Perea rodia) (véase mapa del capítulo 39). Más tarde, fue castigada por Roma por adoptar una postura equívoca en la Tercera Guerra Macedónica (171-168). De hecho, la declaración romana de la isla de Delos como puerto franco del Mediterráneo (167) inició una decadencia que culminaría en 43, año en que Rodas fue ocupada y devastada por Casio, uno de los asesinos de César.

Aunque lejos de su determinante poder de la época clásica, Atenas aún fue capaz gió la sublevación griega en la Guerra Lamíaca (323-322) pero la derrota llevó a la ocupación lacedemonia y al establecimiento de una oligarquía que se convirtió en tiranía durante los años de predominio de Demetrio de Falero (317-307). En 307 se restableció la democracia y en 281 se liberó de la ocupación macedonia. En alianza con Esparta y Tolomeo II, combatió a los macedonios en la Guerra de Cremónides (268/7-261) pero fue nuevamente batida y ocupada por los macedonios. En 229 compró la retirada de la guarnición macedonia y, posteriormente, como aliada de Roma, sufrió los ataques de Filipo V. A principios del siglo I, abandonó el campo romano y se alió con Mitrídates VI del Ponto pero Sila asedió y ocupó la ciudad (86). Tras la derrota se estableció también un nuevo régimen político. La asamblea (al menos hasta el último tercio del siglo II d. C.) siguió reuniéndose y la Bulé de los Quinientos llegó a publicar decretos en solitario, lo que entrañaba un aumento de sus competencias.

Sin embargo, fue el Areópago la principal institución de la ciudad, dotado ahora de amplias competencias judiciales y de la capacidad de votar decretos. Subsistió el colegio de arcontes, un cargo más bien honorífico, los estrategos se redujeron a uno solo, el de los hoplitas, y el heraldo del Areópago se convirtió en el magistrado más importante.

Al menos desde la última parte del siglo V, Esparta se hallaba aquejada por el grave problema de la oligantropía, esto es, la progresiva disminución del número de ciudadanos de pleno derecho, que, a mediados del siglo III, sumaban únicamente setecientos. Si se quería restaurar el poder espartano, era necesario acometer reformas, pensadas como una restauración de la antigua constitución de Licurgo, que proporcionaran una base social y militar suficiente. El primer intento reformista estuvo protagonizado por el rey Agis IV (245-241) que pretendía la abolición de las deudas y un reparto de tierra que permitiera el acceso a la ciudadanía de miles de espartanos empobrecidos y de periecos. Agis logró el destierro del otro diarca, Leónidas, opuesto a la reforma, y consiguió la abolición de las deudas pero no la redistribución de la tierra, puesto que los propietarios, libres ya de sus deudas, se negaron a compartir la ciudadanía. Finalmente, Leónidas regresó y logró que Agis fuera condenado a muerte y ejecutado. El testigo de la reforma fue recogido por el rey Cleóme- nes III (235-222) que repartió unos cuatro mil lotes de tierra entre periecos y extranjeros y liberó a seis mil hilotas, que se convirtieron también en ciudadanos propietarios, pero la renovación del poder militar espartano suscitó la alianza de macedonios y aqueos cuyos ejércitos destrozaron a los espartanos en Selasia (222). Como consecuencia de ello, las medidas de Cleómenes fueron abolidas. Años después, el rey Nabis (207-192) confiscó las propiedades de los ricos, las repartió

entre espartanos empobrecidos y mercenarios extranjeros y trató de extender la influencia política de Esparta y la reforma social a otras partes del Peloponeso, pero los aqueos y los romanos aplastaron a los espartanos en 192. La derrota supuso el final de la historia de Esparta como Estado independiente. Las reformas fueron abolidas, el hilotismo desapareció gradualmente, las ciudades periecas fueron separadas del Estado espartano y, junto con Esparta, fueron introducidas en la Confederación aquea. Por último, Esparta recibió un sistema de gobierno de corte aqueo.

Durante la época helenística existieron un buen número de confederaciones como las formadas por beocios, aqueos, etolios, etc., de modo que puede decirse que, junto con el auge de las monarquías, el desarrollo del federalismo fue una de las grandes características del Helenismo. Etolios y aqueos además desempeñaron el papel de potencias de primer orden y fueron capaces de desafiar a Macedonia. La Confederación etolia contaba con una Asamblea (Plb., 20.9-10, 21.4-5) a la que podían acudir todos los etolios adultos. Ésta se reunía de forma ordinaria dos veces al año, aunque podía ser convocada de manera extraordinaria, y era la máxima autoridad al menos en materia de relaciones exteriores y en la elección de los magistrados federales. La reunión principal de la asamblea, celebrada en el mes de septiembre, tenía lugar en el santuario federal de Apolo en Termo. Un Sinedrio de quinientos a mil miembros estaba formado por los representantes de las ciudades de manera proporcional a su población (Livio, 45.28.7). El estratego anual y reelegible era el magistrado principal y estaba asistido por un secretario (posteriormente se le añadió otro). Existieron también un hiparco, un colegio de siete tesoreros y un ago- noteta encargado de organizar los festivales federales. La Confederación aquea llegó a incluir, a

principios del siglo II, todo el Peloponeso. Ninguna *pólis* parece haber desempeñado un papel hegemónico y todas ellas aportaban contribuciones económicas al tesoro federal, reconocían la jurisdicción de un tribunal federal y utilizaban el mismo sistema de pesos y medidas. Su organización interna es poco conocida y bastante discutida. Al parecer, antes de 200, la asamblea, de la que formaban parte quizá todos los aqueos, se llamaba Sínodo y se reunía en el templo de Zeus Hamario en Egio. La asamblea extraordinaria se denominaría *synkletoi* (Plb., 29.23.5) y en ella el voto era por ciudades. Después de 200 existió una Bulé federal compuesta por los representantes de las ciudades en relación a la población y el Sínodo parece referirse ahora a la reunión conjunta de la Bulé federal y los magistrados principales (*synarchai*). Conocemos, asimismo, un colegio de diez demiurgos con competencias en materia de política exterior. Entre 280 y 255 la confederación contaba con dos estrategos que se reducen posteriormente a uno. Además del estratego, se elegían también un secretario, un hiparco y un navarco.

Bibliografía complementaria

GRAINGER, J. D. (1999): *The League ofthe Aitolians*. Leiden.

HAMMOND, N. G. L. (1989): *The Macedonian State: Origins, lnstitutions and History*. Oxford.

HAMMOND, N. G. L. y WALBANK, F. W. (1988): *A History of Macedonia*. Vol. 3: *336-167 B.C.* Oxford.

Capítulo 41

El Imperio seléucida. Las *póleis* del Oriente helenístico

El reino seléucida, nacido de la desmembración del imperio de Alejandro y fundado por uno de los Diádocos, Seleuco, subsistió en el Oriente durante unos dos siglos y medio, entre 312-301 y 63. Los seléucidas reunieron la mayor parte del Asia aqueménida y de la herencia de Alejandro en un extenso imperio que se extendía desde las costas del Mediterráneo a la Bactriana en el actual Afganistán. Sin embargo, no se trataba de una agregación de territorios separados e incoherentes: el imperio poseía un núcleo relativamente bien definido, centrado en el amplio arco que iba desde Cilicia, el norte de Siria, Mesopotamia y el oeste del Irán. Por consiguiente, Anatolia y el este del Irán pueden ser consideradas áreas periféricas. En su evolución histórica cabe distinguir varios períodos, una primera etapa de formación (312-281), una época de consolidación y desarrollo (281-189) y un último período de decadencia (188-63). Esta postrera fase puede ser, a su vez, subdividida en otros dos períodos: entre 188 y 164, donde subsiste todavía un Estado sólido dotado de unidad política y económica y una etapa final de desintegración (164-63). Ciertamente, la Paz de Apamea (188) hizo que el reino perdiera todos sus territorios al otro lado del Tauro, pero los seléucidas conservaron, después de ella, un extenso imperio. Fueron la recurrencia de las luchas dinásticas, a partir de 164, y la expansión del reino parto, desde mediados del siglo II, las que provocaron el hundimiento definitivo del reino.

El Estado seléucida era en esencia una monarquía de tipo, militar y multiétnico que se componía, según su propia

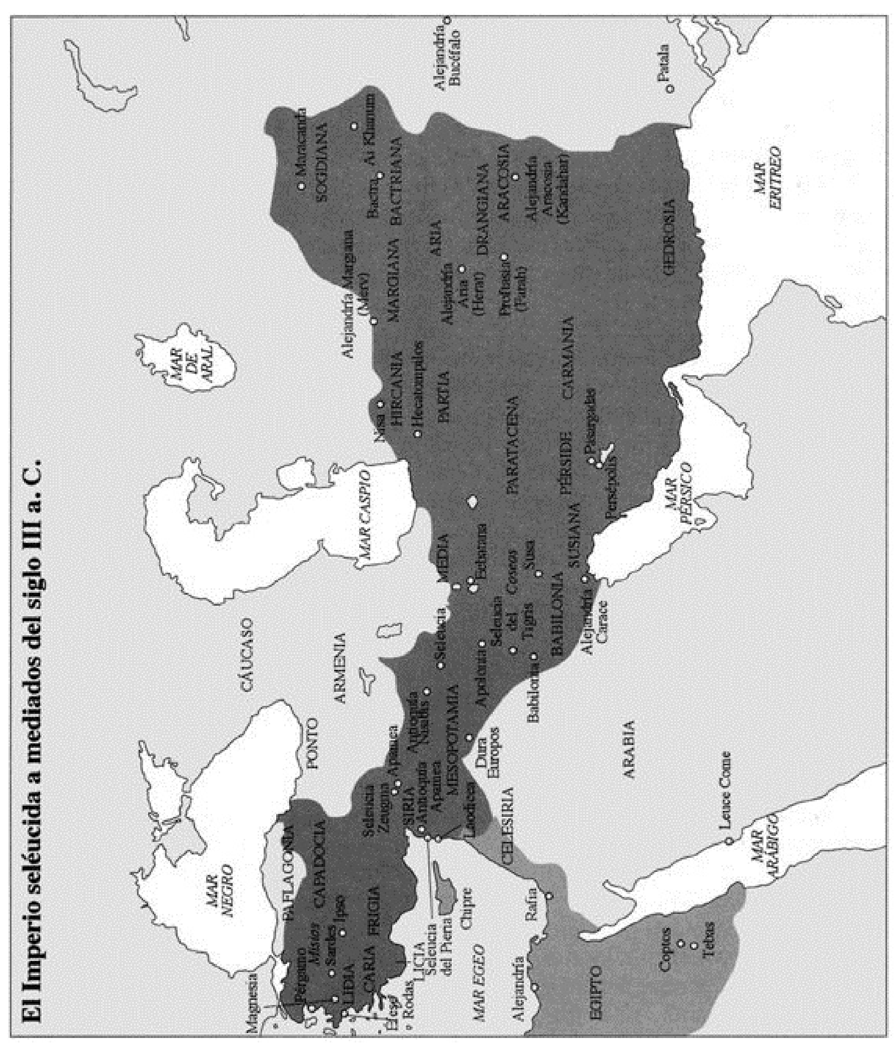
expresión, del rey (*basileus*), los amigos del rey (*philoi*) y las fuerzas armadas del rey (*dinameis*). Aunque incluía elementos aqueménidas, la realeza destacaba por sus componentes macedonios: la dinastía era de origen macedonio, su imperio había surgido de Alejandro, sus modelos eran Alejandro y Antígono Monoftalmo, los macedonios constituían el elemento dominante y muchas de sus instituciones políticas y la organización y el armamento del ejército eran de raíz macedonia. Los reyes seléucidas ejercían sus poderes con pocas limitaciones legales al igual, al menos, que los lágidas. Después de un primer período en el que la capital estaba en Mesopotamia, en Seleucia del Tigris (c. 311-301) y, tras una transferencia momentánea a Seleucia de Pieria, en la costa siria, la capitalidad quedó fijada definitivamente en Antioquía del Orontes, donde tenían su sede las instituciones principales que, en lo poco que conocemos de ellas, parecen asemejarse a las de otras monarquías helenísticas. De esta manera, el Estado seléucida contaba en primer lugar con los parientes (*syngeneis*) y amigos del rey (*philoi*) que formaban el Consejo real o Sinedrio y entre los que el monarca extraía sus altos funcionarios y comandantes militares. Los parientes y amigos componían el círculo áulico (cortesano) de la monarquía y se distribuían en una jerarquía más o menos rígida. Además tenemos atestiguados a los *syntrophoi* (Plb., 5.82.8, 31.21.2), que se habían educado con el rey, a los pajes reales (Plb., 5.82.13, 31.3.17) y a varios comandantes militares, especialmente los de la guardia real. La administración civil estaba dirigida por un primer ministro (literalmente "encargado de los asuntos") y existía también un jefe de la administración financiera (un "encargado de los ingresos") y un canciller o epistológrafo. Un alto secretario de las fuerzas armadas (*archigrammateus ton*

dinameon) parece haber controlado la organización del ejército y de la flota. Los textos conservan noticias muy difusas de la existencia de una asamblea, formada probablemente por los soldados de guarnición en la capital, que elige o aclama a los reyes y a los tutores o guardianes del rey en los casos de minorías (Ap., *Syr,f* 61; Plu., *Demetrio*, 38; Justino, 34.3.6, 36.1.7). Finalmente, la corte albergó una intensa actividad cultural de la que sobreviven pocas referencias: por ejemplo, en Antioquía vivió el filósofo epicúreo Filónides y el poeta Euforión fue director de la biblioteca capitalina.

El ejército tenía como base la organización macedonia en su combinación de infantería pesada, caballería e infantería ligera y en su núcleo formado por la falange de tipo macedónico e incluía grecomacedonios, orientales y mercenarios de todas partes. Los reyes seléucidas contaban con una falange de veinte mil hombres dividida en diez mil argiráspidas ("los de los escudos de plata") y otros diez mil "macedonios", posiblemente descendientes de grecomacedonios o bien, simplemente, soldados armados como falangitas, sin atender a su origen étnico. La caballería comprendía la guardia real de caballería (*agema*) con mil jinetes, la caballería pesada o catafractos, de unos tres mil hombres, y otros contingentes de caballería ligera y arqueros montados. Además de los cuerpos de infantería ligera, tiradores de jabalina, honderos y arqueros, los seléucidas emplearon elefantes y carros. La propia capital y Apamea del Orontes constituían las bases militares más importantes. Una serie de guarniciones se encontraban repartidas por todo el reino y, en período de guerra, se procedía a reclutar más tropas en el interior del reino y a contratar mercenarios en el exterior.

Sabemos muy poco de la organización y la estructura de la

flota seléucida. Existieron tres flotas principales estacionadas respectivamente en el Mediterráneo, con sus bases principales en Seleucia del Pieria y Éfeso, en el Golfo Pérsico y en el Mar Caspio. Quizá hasta la época de Antíoco I no se creara el cargo de navarco como almirante en jefe de la flota, nombre que serviría hasta entonces para designar a los comandantes de escuadrones navales. Con todo, salvo un efímero período (200-188) durante el reinado de Antíoco III, la armada seléucida tuvo escasa importancia. Los lágidas dominaron los puertos fenicios y los bosques libaneses, lo que impidió el desarrollo naval seléucida y enfrentados, además, a formidables amenazas terrestres, los seléucidas dirigieron sus recursos principales hacia el ejército terrestre.



El monarca seléucida gobernaba sobre un territorio que incluía múltiples entidades diferentes como dinastas o príncipes, santuarios, pueblos (<;*ethne*) de laxa estructura y *póleis*. Sobre una parte de su imperio ejercían una soberanía indirecta, caso, por ejemplo, de los reyes de Armenia y de varios de pueblos montañeses de los Zagros (como los coseos, por ejemplo, situados entre la Susiana y la Media) o de Anatolia (misios), que, sometidos al monarca seléucida, debían aportar, al menos, contingentes militares en caso de

guerra, y que no fueron anexionados. Las zonas administradas directamente por los reyes seléucidas se hallaban divididas en provincias o satrapías. La administración provincial reposaba sobre la creación de dos grandes sistemas administrativos, oriental y occidental, que reagrupaban grandes conjuntos. Así, el estratego de las satrapías superiores con sede en Seleucia del Tigris dominaba las regiones iranias y a veces también Mesopotamia, y el estratego de Sardes ejercía su autoridad sobre toda la línea al este del Tauro. Estos mandos especiales eran confiados, con desigual fortuna y fidelidad, a miembros de la dinastía reinante. Por debajo de estas dos grandes divisiones subsistían una veintena de satrapías de origen aqueménida (catorce están atestiguadas en época seléucida), algunas relativamente modestas (como en Asia Menor) y otras inmensas (en el Irán), que fueron progresivamente divididas. En la satrapía varios funcionarios se repartían las atribuciones principales, el estratego era el gobernador provincial y asumía las funciones civiles y administrativas y el mando militar y un dieceta se encargaba de la administración financiera y tributaria y tenía como subordinados a varios ecónomos. Quizá dentro de la satrapía existieran otras subdivisiones como las hiparquías y, por debajo de ellas, las toparquías. El control se articulaba, en la medida de lo posible, a través de ciudades en las que un epístata, un inspector, nombrado por el rey, representaba sus intereses. Existían también jueces reales que podían intervenir en la justicia local.

Al igual que ocurrió en otros ámbitos, como el religioso o administrativo, la política seléucida trató de mantener en lo posible las estructuras sociales y económicas anteriores. Los cambios más importantes en el terreno social se refieren al desplazamiento del anterior sector dominante, sustituido

ahora por los grecomacedonios, y al asentamiento de griegos en el Oriente. En general, puede afirmarse que la esclavitud tuvo un desarrollo limitado y que la mano de obra principal estaba compuesta en gran medida por campesinos en situación de dependencia. En el ámbito económico la tierra real, explotada directamente por la corona, incluía casas, aldeas (unidades primordiales de la estructura social y de la producción), zonas de cultivos, campesinos (*laoi basilikoi*), vinculados a la tierra y esclavos (*oiketai*), quizá algunos de ellos supervisores. Determinados santuarios poseían extensas propiedades (*hiera chora*) que eran cultivadas básicamente por hieródulos, campesinos dependientes. En general, los seléucidas fueron favorables a los templos y les otorgaron algunas concesiones, donaciones e inmunidades, aunque debían aportar un tributo a la monarquía. Existían, asimismo, territorios de dinastas y de otros pueblos sin realeza como los judíos, que gozaron de cierta autonomía. A cambio de ello carecían de política exterior, debían contribuir con contingentes al ejército real y estaban sometidos a tributo y al resto de obligaciones impositivas. La fundación de *póleis* llevó a la constitución de un territorio adscrito a cada ciudad (*politiké chora*), propiedad de sus ciudadanos, trabajados por ellos mismos o por arrendatarios, esclavos o campesinos dependientes. A veces algunas comunidades indígenas cultivaban parte del territorio de una *pólis* y pagaban por ello un tributo a la ciudad. En ocasiones los griegos se establecían también en las llamadas *katoikiai,* colonias militares que no alcanzaban el rango de *pólis* y se asemejaban mucho a las aldeas.

La base del sistema impositivo seléucida descansaba sobre el antiguo tributo de época aqueménida, un impuesto fijo, sustituido quizá en Asia Menor por un diezmo sobre la tierra. Además existían otros muchos impuestos y tasas, que

podían variar en cada satrapía, por ejemplo, sobre las ventas, la sal, el uso de puertos y derechos de aduanas. La capitación (*epikephalaion*) está únicamente atestiguada en Jerusalén y no sabemos si era un recurso extendido con carácter general.

Los reyes seléucidas prosiguieron la política de Alejandro asentando griegos en todo el reino, en Mesopotamia, Irán y Bactriana, y especialmente en el norte de Siria, en la famosa tetrápolis formada por Antioquía en el Orontes, Seleucia de Pieria, Apa- mea del Orontes y Laodicea del Mar. La extensión de la colonización y la heleniza- ción, al menos parcial, de Siria y Asia Menor fueron dos de los logros más asombrosos de los seléucidas.

Las razones de esta colonización seléucida fueron principalmente de orden administrativo y militar: servían para el control del país y las comunicaciones y como reserva militar. Además, se convirtieron en focos de irradiación de helenismo y en grandes centros económicos y comerciales; aseguraron la presencia griega, fomentaron el desarrollo agrícola y la sedentarización de las poblaciones indígenas y garantizaron la percepción de impuestos. En la segunda mitad del siglo II, cuando la emigración griega tendió a agotarse, varias antiguas colonias militares y algunas ciudades indígenas fueron promocionadas al estatuto de *póleis*. La creación (o promoción) de una *pólis* implicaba la existencia de un centro político, construido sobre un trazado ortogonal, la creación de un cuerpo cívico repartido en tribus, de un entramado institucional de corte democrático con asamblea, Bulé o Consejo y magistrados y de un territorio delimitado.

Las ciudades seléucidas eran libres y autónomas, lo que significaba que poseían su propio territorio e instituciones y

se servían de sus propias leyes, pero obviamente no eran independientes. Podían verse libres de determinados elementos de sujeción como el pago de tributo (*phoros*) o el estacionamiento de tropas, pero su libertad y autonomía eran otorgadas por el rey y podían ser revocadas. Además la administración real podía intervenir en los asuntos internos de las *póleis* si lo consideraba necesario. Con todo, ambas estructuras, monarquía y *póleis*, se necesitaban y complementaban: las ciudades mantenían una situación privilegiada y se veían protegidas por el Estado y, a su vez, para la monarquía suponían una decisiva simplificación administrativa y una base indispensable de su gobierno.

Bibliografía complementaria

COHEN, G. M. (1978): *The Seleucid Colonies: Studies in Founding, Administration and Organization*. Wiesbaden.

COHEN, G. M. (1995): *The Hellenistic Settlements in Europe, the Islands and Asia Minor*. Berkeley, Los Ángeles-Londres.

LOZANO VELILLA, A. (1989a): *Asia Menor helenística*. Madrid.

LOZANO VELILLA, A. (1989b): *Las monarquías helenísticas II: los Seléucidas*. Madrid.

SHERWIN-WHITE, S. y KUHRT, A. (1993): *From Samarkand to Sardis: A New Approach to the Seleucid Empire*. Berkeley, Los Ángeles-Londres.

Capítulo 42

Egipto y el reino lágida

Desde que fuera nombrado sátrapa en 323 (Diod., 18.3) y más tarde como rey (a partir de 305), Tolomeo, el hijo de Lago –de aquí el nombre del Estado–, trató de constituir un dominio propio. De hecho, en pocos años, Tolomeo I creó un reino bastante equilibrado, emprendió una obra centralizadora, destinada a reforzar la autoridad y la riqueza de la monarquía y el control burocrático de Egipto, reactivó las estructuras tradicionales del país, introdujo otras nuevas de corte griego y organizó con notable éxito la administración, la economía estatal, el ejército y la flota. Pudo así desplegar una extraordinaria política exterior que llevó a la constitución de un verdadero imperio y a la emergencia del reino lágida como potencia predominante en el Egeo.

Egipto formaba obviamente el centro de las posesiones lágidas y, aunque no fue completamente fiel, sí conformaba un núcleo rico y estable. Además del país del Nilo, el imperio tolemaico se cimentaba sobre un primer anillo territorial, que tenía la función primordial de mantener la seguridad e integridad de Egipto, defendiéndolo por todos sus lados, y del que formaban parte la Cirenaica, Celesiria y Chipre. Más allá de esta zona se extendía el círculo externo del imperio en el que se incluían buen número de islas del Egeo (Tera, Naxos, Lesbos, Quíos, etc.), unidas muchas de ellas, al menos hasta la segunda mitad del siglo III, en la Liga de los Nesiotas, y algunas zonas de Asia Menor (Caria, Licia, Panfilia y Cilicia). La potencia lágida, que habría de perdurar más de un siglo, se basó, pues, en el control de Egipto y en la simbiosis entre su núcleo y las posesiones exteriores. Los tolomeos extendieron también su influencia

más allá de los límites de sus dominios. De este modo, enviaron expediciones a Nubia alcanzando hasta la cuarta catarata, negociaron con los nabateos y fundaron emporios en el Mar Rojo como Filotera o Berenice con el objeto de favorecer el comercio con África, Arabia y la India.

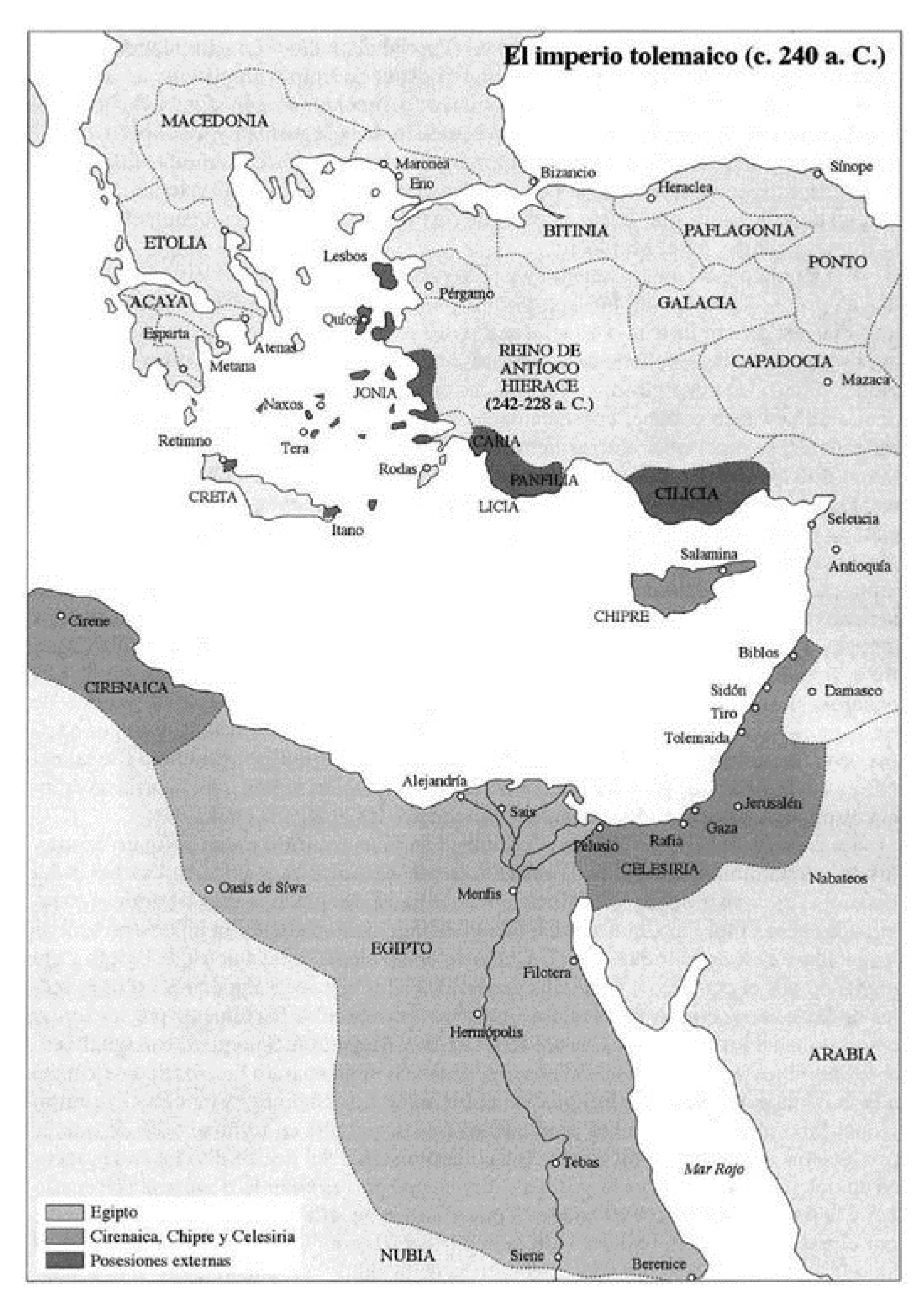
Durante el siglo III los sucesores de Tolomeo I mantuvieron en lo esencial la potencia egipcia y sólo a partir de los primeros años del siglo II podemos hablar de una reducción drástica del poder lágida. A partir de entonces, pasamos de un fuerte imperio a una estructura muy debilitada caracterizada por múltiples problemas. En sus aspectos exteriores se pierden la mayoría de las posesiones extraegipcias, a causa de las presiones seléucida y antigónida, y la alianza con Roma significa dependencia y sometimiento. En 200 los seléucidas ocupan la Celesiria y en 196 los lágidas se retiran de gran parte del Egeo. En 145 se abandona definitivamente el Egeo, salvo Chipre, y en el siglo I Roma se anexiona la Cirenaica en 96 y Chipre en 58. A pesar de ello, el reino aportó todavía importantes recursos a la política de Cleopatra, que intentaba revivir el imperio lágida y convertir a Egipto en la potencia hegemónica que aglutinara el Oriente contra Roma. Su fracaso llevó a la anexión final del reino como provincia romana. En lo interno la re- currencia de las rivalidades dinásticas y de las guerras civiles impidieron toda recuperación, promovieron numerosas agitaciones capitalinas y la corrupción y una cierta desintegración en el aparato burocrático; los ingresos y las exportaciones descendieron, lo que llevó al Estado a aumentar la fiscalidad de unos sectores campesinos ya de por sí abrumados, fuente, a su vez, de revueltas, huidas y bandidaje. Asimismo, desde el último período del siglo III se produce una toma de conciencia por parte de la población egipcia que se resiste con mayor fuerza al predominio de los

grecomacedonios. Como síntoma de esto último, entre 207 y 186, la Tebaida formó un Estado independiente bajo faraones nubios. Incapaces de imponerse, los lágidas trataron de apaciguar a la población favoreciendo al sacerdocio egipcio, solución que no sólo no resolvía los problemas estructurales, sino que además reducía los ingresos de la monarquía y reforzaba a un sector privilegiado de dudosa fidelidad.

Existió ciertamente una imagen egipcia de la monarquía lágida, patente en las representaciones de los soberanos lágidas con los atributos tradicionales de los faraones, dirigida a la población indígena, pero los lágidas se enorgullecían de su pasado macedonio y los títulos, la vestimenta, la lengua, la arquitectura del palacio y sobre todo la legitimidad, que hacía hincapié en el derecho de lanza (o de conquista) y en la tradición de Alejandro, son de raigambre griega y, aunque subsistieron elementos egipcios, la administración civil, el ejército y en general muchos aspectos económicos se vinculan también a un origen griego. La gran mayoría de los cortesanos eran grecomacedonios y no es posible encontrar más que un pequeño número de egipcios en su mayor parte helenizados. El rey se rodeaba de sus amigos y consejeros (*philoi tou basileos*) que se distribuían en una serie de rangos o títulos áulicos que, más allá de los cargos burocráticos que ocuparan, especificaban su cercanía al monarca y su importancia en la corte. Estos amigos del rey formaban el Sinedrio o Consejo real que desempeñaba funciones parangonables a los consejos reales de las monarquías antigónida o seléucida. Conocemos además la presencia de los pajes reales (*basilikoi paides*) y de los *syntrophoi,* quienes se educaban con el futuro rey. Algunos testimonios abren la posibilidad de la existencia de una asamblea de soldados

(Plb., 15.26.1, 25.11; Ateneo, 15.25.3), formada por macedonios y griegos y por los descendientes de ambos, que deben corresponder a la guardia real de Alejandría.

La administración central estaba al cargo del dieceta (quizá hubiera varios en algunos momentos), que realizaba funciones que llamaríamos de primer ministro, y estaba dividida en una rama civil y otra militar (quizá esto fuera la norma en todos los Estados helenísticos). El dieceta se encargaba especialmente de los asuntos económicos, asistido por un contable (*eklogistés*), su subordinado inmediato, y varios hipodiecetas, quizá encargados de grupos de *nomos* o provincias. Un epistológrafo ejercía de secretario real para los asuntos diplomáticos, y un hipomnematógrafo era el canciller real (o secretario jefe). Otros cargos importantes eran el secretario del ejército, los gobernadores militares de Alejandría y de Chipre y el navarco de la flota. Por último, el director del Museo de Alejandría ocupaba un puesto de especial distinción. La administración provincial respetaba en esencia la antiquísima división de Egipto en provincias o *nomos* bajo el mando cada una de ellas de un nomarco. Un ecónomo se encargaba de la administración financiera de la provincia y un estratego de la seguridad y los aspectos militares. Cada provincia se subdividía en toparquías (distritos) y comarquías (aldeas) al cargo respectivamente de un toparco y un comarco. Un rango exclusivo lo tenía el epis- tratego de la Tebaida, que actuaba como un virrey del Alto Egipto con competencias en la frontera nubia y en el Mar Rojo.



El ejército poseía un armamento y una organización de tipo macedónica y comprendía, en primer lugar, los mil hipaspistas que, junto a la llamada *therapeia*, quizá con dos mil infantes, debían formar la guardia real o *agema*; además,

dos mil peltastas de infantería y un cuerpo de caballería de setecientos hombres. Existían también diversas guarniciones repartidas por Egipto o estacionadas en distintas partes del imperio. Como era demasiado costoso sostener continuamente un ejército mercenario y su fidelidad podía ser endeble, se procedió a otorgar tierras a los soldados (los llamados clerucos), lotes de terrenos dispersos por todo Egipto, en usufructo y vinculados a las obligaciones militares, lo que garantizaba una reserva militar permanente y abarataba la paga. Se creó así un ejército regular (*pezoi*), la falange macedonia, reclutada en caso de guerra entre los griegos emigrados y que, por ejemplo, en la batalla de Rafia (217) contaba con veinte mil infantes. Al mismo tipo de soldados asentados en un lote de tierra corresponde también la falange egipcia armada a la macedonia y compuesta por otros veinte mil hombres. En tiempos de guerra se contrataban además mercenarios griegos, gálatas o tracios. El imperio egeo sólo podía ser defendido mediante la construcción y el mantenimiento de una poderosa flota en el Mediterráneo que llegó a contar a mediados del siglo III con más de trescientos barcos, un tercio de los cuales eran gigantescos polirremes, buques por encima de los cuadrirremes. A ella hay que sumar las naves de transporte, la flota fluvial del Nilo y las flotillas que patrullaban el Mar Rojo. Durante los siglos II y **I** la armada egipcia disminuyó pero, con todo, alcanzó normalmente las doscientas unidades.

La política y el Estado lágidas necesitaban amplios recursos y, con el fin de detraerlos de sus dominios, los tolomeos aunaron elementos egipcios y griegos. Las bases del Estado se asentaban sobre la explotación de la tierra, las prestaciones laborales (denominadas ahora liturgias), que servían especialmente para mantener la infraestructura de

irrigación y el sistema impositivo. Un catastro anual medía toda la tierra de Egipto y era realizado por el comarco y el escriba de la aldea bajo la inspección de los escribas reales de los *nomos*. Posteriormente, los resultados eran tasados fiscalmente por los topar- eos, pasaban a los nomarcos y de ahí se remitían a Alejandría. Se registraban igualmente los hombres y los animales. En general, se potenció un aparato burocrático destinado a la máxima explotación de Egipto que, entre impuestos en dinero y en especie, prestaciones laborales y rentas sobre propiedades reales, retiraba en torno al 50% de toda la producción. La tierra, jurídicamente toda ella propiedad del rey, se dividía en la práctica en dos partes (aunque es imposible saber en qué porcentaje): la tierra real (*ge basiliké*) y la tierra otorgada (*ge en aphései*) que era toda aquella no explotada directamente por el Estado. La tierra real era cultivada por los labradores reales (*georgoi basilikoi*) bajo la supervisión del comarco y del escriba de la aldea y el Estado tendía a fijar a los cultivadores a la tierra con arrendamientos a largo plazo. Asimismo, los tolomeos fueron grandes propietarios de pastizales y mantuvieron abundantes rebaños. En las propiedades reales se realizaba una evaluación anual de la producción (*diagraphe tou sporou*), que no era una directriz impuesta desde Alejandría sino una estimación transmitida desde la provincia a los altos funcionarios para el cálculo de la tasa y su información. Las *doreai* eran tierras reales, concedidas en usufructo a altos funcionarios y jefes militares. Se trataba de concesiones revocables que seguían formando parte del patrimonio de la monarquía y que estaban obligadas al pago de impuestos. La tierra sagrada de los templos (*ge hiera*) era trabajada por campesinos dependientes (hieródulos) y era, en parte, propiedad del santuario y, en parte, propiedad de sacerdotes particulares que podían

venderla, arrendarla o legarla. Quizá hubiera en los templos principales un epístata o delegado del rey. En todo caso el Estado sometía la tierra sagrada a vigilancia e impuestos. Sin embargo, tras una primera fase de inspección e intervención estatal, con el deterioro del poder real en el siglo II, el clero recibió privilegios y tierras y los templos fueron escapando paulatinamente al control de la corona. Los lágidas distribuyeron también lotes de tierra, de distinto tamaño según la graduación, llamados cleruquías, a sus soldados como un medio de asentarlos en el país. La propiedad pertenecía al rey, por lo que el cle- ruco no tenía derecho a vender o a hipotecar su lote pero, si mantenía las cargas militares, el terreno se convertía en la práctica en hereditario. En Egipto existía también la propiedad privada de la tierra (*ge idióktetos*), sometida al pago de diversos impuestos. Dentro de esta categoría puede incluirse también la tierra de las *póleis* (*polítike chora*), la mayor parte de la cual era de propiedad privada y que, si bien era ciertamente escasa en Egipto, era importante en el resto del imperio. Los lágidas disfrutaban de diversos monopolios como la caza y la pesca por los que cobraban una tasa al menos del 25%, la banca y las minas, estas últimas trabajadas por esclavos, prisioneros de guerra y criminales, y las canteras explotadas a través de contrato. Quizá también ejercieran un monopolio sobre el comercio de grano comprándolo a los cultivadores a precio fijo. Los talleres eran probablemente concesiones de modo que los productores privados de lino, lana, vino y aceite debían contratar con el Estado, a un precio fijado por el mismo, en torno al 50% de lo que manufacturaban, el resto podía ser comercializado libremente. El sistema se cerraba con numerosos impuestos como los derechos de aduanas, que fluctuaban entre el 22 y el 50% según el producto en cuestión, por entrada en las

ciudades, sobre la sal, sobre la venta de esclavos, etc. Otro de los aspectos más importantes de la economía lágida fue el prodigioso desarrollo comercial de Alejandría, que se convirtió junto a Rodas en el centro del tráfico marítimo del Mediterráneo oriental. Egipto exportaba fundamentalmente grano y también manufacturas como lino, vidrio y papiro, y productos exóticos como especias, piedras preciosas o marfil del interior de Africa y del índico. Gracias a ello, los lágidas obtenían la plata necesaria para cubrir los enormes gastos del Estado, varios recursos imprescindibles (marinos, soldados, técnicos, madera, otros metales) y diversos productos mediterráneos como el vino.

Desde el punto de vista social, los griegos, quizá en torno al 10%, en su abrumadora mayoría llegados con los tolomeos, constituyeron el estrato dominante y el más firme apoyo de la monarquía. Eran altos funcionarios, soldados, griegos de las ciudades o dispersos por Egipto, contratistas, banqueros, mercaderes, campesinos, trabajadores de todo tipo, que disfrutaban de privilegios específicos otorgados por el rey y de sus propias instituciones educativas y asociaciones. Entre los indígenas unos pocos accedieron a altas funciones, la mayor parte de las veces helenizándose. Obviamente los funcionarios, fuera cual fuese su categoría, gozaban de una mejor situación que la inmensa mayoría de la población. Los sacerdotes formaron también un estamento privilegiado que disfrutó de exención de prestación laboral y de cierto grado de autogobierno y algunos de sus miembros se enriquecieron en el entorno del templo y gozaron de una importante influencia política. La mayor parte de la población estaba compuesta por una masa de campesinos, muchos de ellos sometidos a algún tipo de dependencia o vínculo, sobre los que recaían con dureza rentas, impuestos y el sistema de prestación laboral. La monarquía limitó

severamente la esclavitud, no sólo se opuso a la esclavización de los indígenas, sino que gravó con un alto impuesto la importación de esclavos y, en consecuencia, su importancia social fue menor. Por último, los tolomeos no practicaron una política consciente de fusión ni de helenización ni tampoco de segregación: algunos egipcios se helenizaron, otros resistieron y hubo ciertamente influencias mutuas, sobre todo en los siglos II y I, pero, en general, se puede afirmar que egipcios y griegos, convencidos estos últimos de su superioridad cultural, coexistieron sin mezclarse.

Bibliografía complementaria

BOWMAN, A.K. (1990): *Egypt after the Pharaons, 332 BC-AD 642: From Alexander to the Arab Conquest*. Oxford.

HÖLBL, G. (2000): *A History of the Ptolemaic Empire*. Londres-Nueva York.

SAMUEL, A. E. (1989): *The Shifting Sands of History: Interpretations of Ptolemaic Egypt*. Lanham, Nueva York y Londres.

Capítulo 43

Alejandría en Egipto

En el año 334 Alejandro inicia su guerra contra el imperio de Darío III; un par de años después ya se encuentra en posesión de la costa fenicia, tras el largo asedio de la ciudad de Tiro; tras su caída se dirige a Egipto y, tras entrar en

Pelusio, que se le rindió, se dirigió río arriba en dirección a Menfis, la vieja capital de los faraones, para agradecer allí a los dioses egipcios su rápida conquista de Egipto y celebrar festivales en acción de gracias. Esta estancia en Menfis hay que entenderla como restauración de la legitimidad que Alejandro pretende dar a su conquista mediante el expediente de propiciarse a los dioses egipcios, lo que reforzará poco después en su visita al oasis de Siwah, donde el dios Amón le reconocería tal legitimidad. Tras las celebraciones en Menfis, y antes de partir hacia este viaje al interior del desierto, Alejandro decide fundar la ciudad; era el 20 de enero del año 331.

La ciudad habría de levantarse en la llanura litoral que había frente a la isla de Faro, cerca de la desembocadura occidental del Nilo o canóbica, y separada del interior por el gran lago Mareotis. Se pretendía que fuera una ciudad grande, griega y populosa y en todas las fuentes literarias queda claro el deseo personal de Alejandro en la fundación, así como en el nombre que debería llevar la nueva ciudad, que sería el suyo. El propio Alejandro, acompañado de sus ingenieros y arquitectos, en especial Dinócrates de Rodas, habría trazado en el suelo, con harina, los ejes principales de la ciudad, que se cruzaban entre sí en ángulo recto, indicando también dónde irían los principales edificios. Aunque el emplazamiento de la misma no es, en principio, demasiado favorable, está ubicada en una de las pocas áreas de Egipto aptas para establecer ciudades y, sobre todo, está junto al mar; aunque los griegos estaban presentes en Egipto desde había ya bastante tiempo, las autoridades egipcias les habían concedido lugares para comerciar, pero bastante alejados del mar y fuertemente controlados, como era el caso de Náucratis. Por ello, cuando Alejandro se convierte en el primer gobernante extranjero de Egipto, parece poco

dudoso que los griegos pidiesen, y consiguiesen, una ciudad propia a la orilla del mar. El interior de Egipto no era demasiado atractivo para los griegos y tampoco permitía el establecimiento de ciudades de tipo griego. Una ciudad de nueva planta, fundada en un territorio conquistado, debía estar junto al mar; los griegos, por fin dueños de Egipto, no podían conformarse con menos. Alejandro, el conquistador del país, no podía dejar de ser sensible a estas inquietudes. Por tanto, el porqué de la fundación y el porqué del lugar elegido se combinaban en el emplazamiento que Alejandro y sus consejeros determinaron.

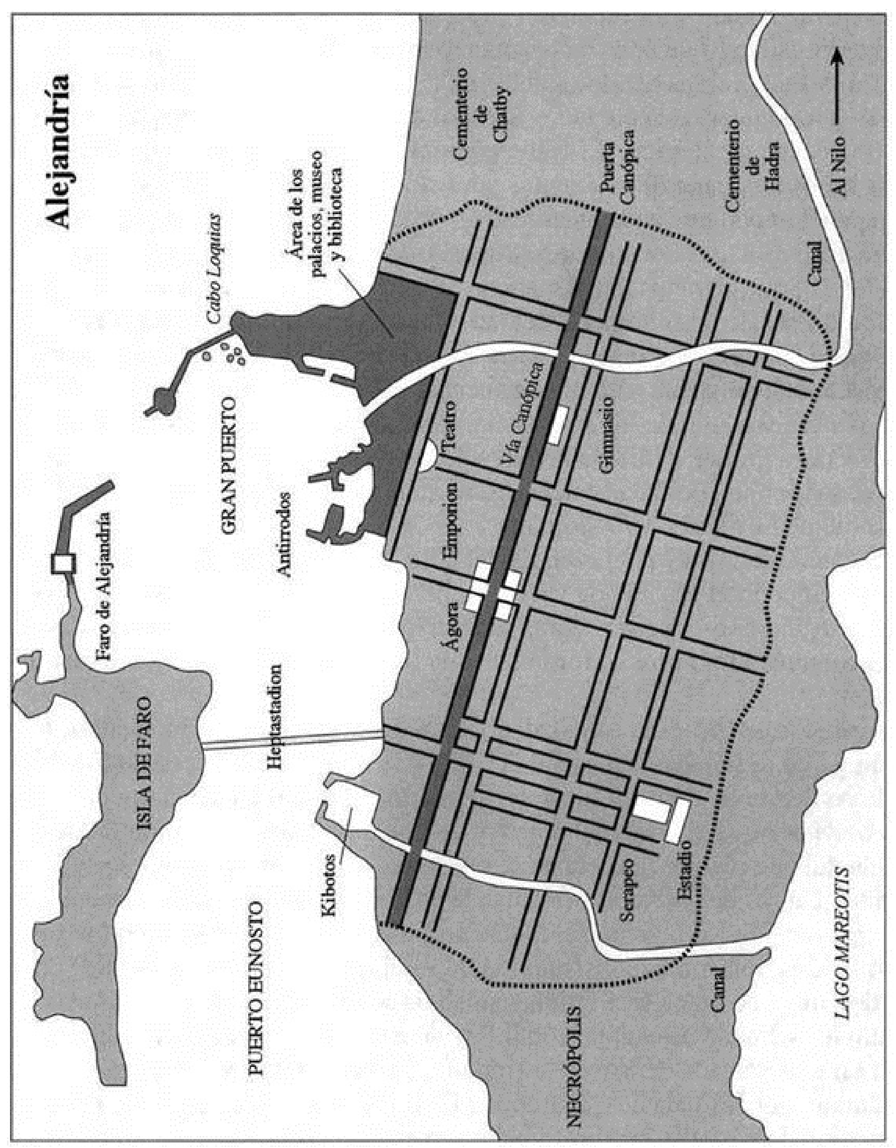
El nuevo centro griego de Alejandría superaba así a Náucratis por su inmediatez al mar, sin estar, por otro lado, aislado de Egipto, ya que la red de canales que unían la ciudad con el Nilo garantizaban una permanente relación con el interior del país y, sobre todo, su aprovisionamiento de alimentos, puesto que el área en la que se asentaba Alejandría no era muy apta para la agricultura. La estrechez de la lengua de tierra que separaba el mar del lago Mareotis, en la que tenía que establecerse la ciudad, dictó en buena parte la forma general de la misma, un rectángulo cuyos lados largos discurrían más o menos paralelos a esta lengua de tierra, en dirección *grosso modo* este-oeste, mientras que los lados cortos se disponían en dirección norte-sur. Por ende, esta disposición permitía que las dos áreas portuarias que podían definirse, al sudeste y sudoeste de la isla de Faros, sirviesen de límite septentrional de la ciudad. Las medidas que dan los autores antiguos muestran ya el tamaño de la ciudad: en dirección este- oeste mediría treinta estadios (algo más de cinco kilómetros) y de norte a sur entre siete y ocho estadios (entre uno y medio y dos kilómetros); su perímetro abarcaría ochenta estadios (cerca de quince kilómetros).

En Alejandría se fue concentrando a lo largo del tiempo una gran población; en el siglo I se contaban trescientos mil hombres libres (Diod., 17.52.5-6), lo que elevaría el total de población (personas no libres, así como mujeres y quizá niños) al menos al doble. Allí vivían, pues, ciudadanos alejandrinos, en su mayoría de origen griego o mace- donio, pero había también gentes de origen egipcio, quizá con derechos restringidos. Del mismo modo, griegos de otras procedencias, pero no ciudadanos y una cantidad importante de individuos que provenían de mezclas entre esas poblaciones tan diversas, junto con emigrantes de otros puntos del Mediterráneo, que no eran griegos. A ello habría que añadir la población esclava. En su mayoría, las gentes del mismo origen solían agruparse en los mismos barrios.

Un símbolo de esa mezcla de población lo representa, en cierto modo, la divinidad tutelar de la ciudad, Serapis, que surgirá durante el reinado de Tolomeo I Soter. Se trata de un dios de nueva creación, en el que se dan rasgos de divinidades egipcias, como Osi- ris y Apis, pero que muestra también elementos procedentes de Zeus, Asclepio y Dioniso. Será venerado más allá de la ciudad en casi todo el Mediterráneo helenístico. Su santuario, uno de los pocos monumentos de la Alejandría tolemaica identificados, se hallaba en la parte suroccidental de la ciudad, en una pequeña elevación del terreno, mucho más pronunciada en la Antigüedad que hoy día. Se construyó en época de Tolomeo I pero los reyes sucesivos siguieron levantando nuevos edificios y mejorando los ya existentes, siendo objeto de reparaciones también en época romana. En él había una biblioteca, menor que la gran biblioteca sobre la que volveremos más adelante, pero que contenía cerca de 43.000 rollos.

El eje principal de la ciudad lo constituía la que se conocería

como Vía Canópica, que atravesaba la ciudad de este a oeste, uniendo sus dos puertas principales, por un recorrido de cuarenta estadios (unos siete kilómetros), siendo su anchura de un pletro (entre veinticinco y treinta metros). En toda su extensión había un gran número de templos y edificios lujosísimos (D.S., 17.52.3). No obstante, y aunque quizá Cleómenes de Náu- cratis, uno de los responsables de la construcción de la ciudad, y futuro sátrapa de Egipto, debió de proseguir la construcción de la ciudad tras la partida de Alejandro, no será hasta la época de Tolomeo I Soter cuando se finalice la construcción de la muralla, así como la consagración de los distintos templos (Tac., *Hist.*, 4.83.1). Estas calles, algunas de ellas de un tamaño y un esplendor sobresalientes, serían el escenario idóneo para las grandes procesiones que con frecuencia recorrerían la ciudad; se agruparían en barrios, cuyos límites y nombres habría establecido también Alejandro. Monumentos y edificios surgirían por doquier en la ciudad, y algunos de ellos han podido ser estudiados desde el punto de vista arqueológico, así como algunas áreas residenciales, aunque no de la época de la fundación, sino de momentos posteriores.



Un papel importante en la planificación de la nueva ciudad lo desempeñaron las obras hidráulicas. De un área construida a propósito en el puerto occidental salía un gran canal (Str., 17.1.10) que comunicaba el mar con el lago Mareotis y, desde allí, con el Nilo. Este canal fue objeto de gran número de atenciones y reparaciones, atestiguadas por la epigrafía, hasta época tardorromana y todavía en época

del emperador Justiniano Procopio lo considera indispensable para la existencia de la ciudad (Procop., *Aed.* 6.1.1-5). En efecto, los canales son uno de los rasgos más destacables de la topografía alejandrina y su importancia es grande debido a la ubicación algo marginal de la ciudad con respecto a Egipto y, sobre todo, por la ausencia casi total de agua en el emplazamiento de la ciudad, lo que obligaba a traerla del Nilo.

Del canal principal, que procedía del Nilo, derivaban canales secundarios, muchos de ellos siguiendo el trazado de las calles de la ciudad, que eran los que abastecían las cisternas. Así ambos tipos de obras hidráulicas, los canales y las cisternas, en buena medida comunicados entre sí, formaban una parte importante de las infraestructuras de la ciudad.

Un rasgo importante de la ciudad, quizá ya desde los primeros momentos, fue la construcción de un dique de siete estadios (de ahí su nombre, el Heptastadion) que unía la ciudad con la isla de Faros, y separaba el puerto oriental o Gran Puerto del occidental o Eunosto. Parece que el principal objetivo de este dique fue interrumpir la fuerte corriente occidental que recorre la costa norte de Egipto y hacer mucho más protegido el puerto oriental. Un par de aberturas permitían la comunicación entre ambos puertos. Sin duda, en su construcción los ingenieros de Alejandro debieron de aprovechar los conocimientos adquiridos durante la construcción de un dique semejante para poder conquistar la isla de Tiro y, como en esta última ciudad, la acumulación de arenas arrastradas por la corriente ha formado un amplio tómbolo que ha acabado uniendo la isla a tierra firme.

Un lugar destacado dentro de la ciudad, y en las

proximidades del gran puerto venía representado por los palacios. Estrabón (17.1.8) puede decir que en su época la extensión que ocupan los palacios constituye la tercera o cuarta parte de la superficie de la ciudad, debido sobre todo a la práctica seguida por los diferentes reyes de ir añadiendo nuevas estancias y nuevos edificios a los ya existentes. Habría sido Alejandro quien habría ordenado construir un primer palacio que sobresaliese por sus dimensiones y la calidad de sus obras, si bien los siguientes reyes continuaron aumentando y enriqueciendo esta parte de la ciudad.

De todo el conjunto de construcciones del barrio palacial destaca el Museo y lo que, sin duda, constituía un anexo o una parte integrante del mismo, la Biblioteca, establecida en el reinado de Tolomeo I Soter. Su fundador y los sucesivos reyes se habrían encargado de reunir todo tipo de obras y se habrían preocupado de hacer traducir al griego textos procedentes de otras culturas. Al frente de la Biblioteca había un director nombrado por el rey y que solía desempeñar también la función adicional de ser el tutor de sus hijos. Entre los directores de la Biblioteca se conoce a Zenódoto de Éfeso (el primero de todos), Calimaco, Eratóstenes de Cirene, Apolonio de Rodas y Aristarco de Samotracia, que fueron también tutores de los hijos del rey y Aristófanes de Bizancio, que desempeñó el puesto de director pero que no está atestiguado como tutor.

La Biblioteca y el Museo se convirtieron en los auténticos motores de la ciencia alejandrina, responsable de una amplia labor de codificación de los conocimientos, pero también de importantes innovaciones en varios campos: matemáticas (Eratóstenes, Eudoxo de Cnido), astronomía (Eratóstenes, Aristarco), geografía (Eratóstenes), geometría (Euclides, Eratóstenes), mecánica (Arquímedes), medicina (Herófilo, Era- sístrato). Durante los últimos Tolomeos el

nivel adquirido durante los siglos III y II fue decayendo y el incendio de 48, durante la Guerra Alejandrina de César, en el que se quemarían cuatrocientos mil rollos, supondría un durísimo golpe para la institución aunque el asunto del incendio de la Biblioteca es otro más de los problemas que plantea la historia y la topografía de Alejandría. En todo caso, y perdido en época romana el papel político que tuvo la ciudad que la albergaba, la historia de la Biblioteca de Alejandría desde ese momento, será la de un lento y constante declive, con algunos breves momentos de nuevo brillo.

Pasemos ahora a la problemática cuestión de la ubicación de la tumba de Alejandro; el testimonio de Estrabón sugiere su relación con el área próxima al Gran Puerto, y dentro del conjunto palaciego. Tolomeo IV Filopátor (221-205) construyó un mausoleo llamado Sema, en el centro de la ciudad, para enterrar a sus antepasados y a Alejandro de Macedonia, momento tras el cual la primitiva tumba de Alejandro habría dejado de tener interés. El cadáver conoció varios traslados previos, pues primero habría sido enterrado en Menfis por orden de Tolomeo I Soter y, más adelante, Tolomeo II Filadelfo le habría trasladado a Alejandría. En todo caso, parece probable que es este Sema, compartido por Alejandro y los Tolomeos, el que menciona Estrabón, y el que visitaría César en 48, Augusto en el año 30 (D. C., 51.16.5; Suet., *Aug*., 18), Septimio Severo hacia 199-200 (D. C., 75.13.2) y Caracalla en 215 (Hdn., 4.8.9).

De gran interés es la topografía portuaria de la ciudad, con los dos puertos ya mencionados, separados por el Heptastadion. El Gran Puerto estaba flanqueado según se entraba a él por el promontorio Loquias a la izquierda y por la isla de Faros a la derecha. En ese mismo lugar se alzaba el faro, al que aludiremos a continuación. Dentro del puerto

había toda una serie de obras, desde el puerto artificial de los Tolomeos, un saliente dedicado a Poseidón, un gran muelle, construido por Marco Antonio, con una residencia real llamada Timonion, otro gran edificio concluido por Octavio, llamado Caesareum, el *emporion* o lugar de descarga de las mercancías, así como un gran número de astilleros y almacenes. También había una pequeña isla dentro del puerto que se llamaba Anti- rrodos y en la que había también un pequeño puerto y un palacio real (Str., 17.1.9).

Por lo que se refiere al puerto de Eunostos, también había astilleros y obras portuarias artificiales, entre ellas el llamado Kibotos (la Caja); de este último salía un canal que comunicaba Alejandría con el lago Mareotis (Str., 17.1.10) y, desde allí, a través de una compleja red de canales, con el río. Parte de las estructuras portuarias se han identificado en recientes investigaciones submarinas.

Ni que decir tiene que el elemento más vistoso y atractivo de todo el conjunto portuario era el Faro, situado en el extremo oriental de la isla homónima, a la entrada del gran puerto. Parece que la iniciativa de su construcción se debió al primero de los Tolomeos, hacia 290, si bien se concluiría bajo el reinado de su hijo Tolomeo II Filadelfo diez o doce años después. El constructor del faro habría sido el arquitecto Sóstrato de Cnido. Su altura total debía de oscilar entre los cien y los ciento veinte metros y permaneció en pie hasta la primera mitad del siglo XIV. Gran cantidad de restos del faro se han localizado en las recientes excavaciones subacuáticas. La luz que emitía podía verse a muchísimos kilómetros mar adentro y era un elemento clave para la orientación de los barcos que se dirigían a Egipto.

Fuera de los límites de la ciudad se hallaban los cementerios; el occidental se llamaba, precisamente, “Necrópolis” y las

excavaciones antiguas y recientes han sacado a la luz gran cantidad de tumbas de muy diversos tipos, y en las que se perciben interesantes elementos de contactos culturales entre gentes griegas, fenicias y de muchos otros orígenes, prueba de la gran mezcla humana que poblaba las abigarradas calles de la ciudad que fue la capital de Egipto durante trescientos años.

Bibliografía complementaria

BERNAND, A. (1995): *Alexandrie des Ptolémées*. París.

ELVIRA, M. A. (1981): *El Alejandrinismo*. Madrid.

EMPEREUR, J. Y. (1998): *Alexandrie rédecouverte*. París.

FRASER, P. M. (1972): *Ptolemaic Alexandria. I.- Text. II.- Notes. III.- Indexes*. Oxford.

Capítulo 44

Pérgamo y otros reinos helenísticos

Mucho tiempo antes de la expedición de Alejandro, la situación general de Asia Menor se caracterizaba por una enorme heterogeneidad y complejidad poblacional, favorecida por una atormentada orografía que dificultaba las tendencias unitarias. En realidad, Asia Menor nunca fue controlada enteramente por Alejandro y, después de él, buena parte de los pueblos del Norte y centro anatolios lograron constituir varios estados independientes que, lamentablemente, son bastante mal conocidos. Salvo

Pérgamo y Gala- cia, estos estados estaban constituidos básicamente por una aristocracia, en algunos casos de origen iranio, que dominaba sobre unas poblaciones nativas sometidas en muchos casos a una situación de dependencia. Durante la época helenística progresó indudablemente la helenización, al menos en los estratos superiores, se crearon *póleis* y se desarrollaron notablemente los contactos comerciales. De hecho, sus reyes, que no eran de origen griego, adoptaron formas de vida e instituciones griegas. Con todo, estos reinos conservaron cada uno de ellos una fuerte conciencia de identidad y algunos, como el Ponto o Armenia, opusieron una fuerte resistencia a Roma.

A lo largo del período aqueménida, Pérgamo no fue más que un lugar bastante oscuro dentro de la satrapía lidia. Su fortuna comenzó a cambiar cuando, durante la época de los Diádocos, Filetero de Teos (283-263) fue establecido al mando de la guarnición que protegía también un notable tesoro de nueve mil talentos de plata. Bajo el dominio teórico de los seléucidas, Filetero adquirió un enorme grado de autonomía que se convirtió en independencia con su sucesor, Eumenes I (263-241), el cual logró derrotar a los seléucidas en las cercanías de Sardes en 261. Atalo I (241-197) hizo frente a los gálatas y a las ambiciones de Antíoco Hierax, el hermano de Seleuco II, que trataba de hacerse con un reino propio en Asia Menor. En medio de la lucha se proclamó rey en 237 y sus victorias le permitieron adquirir nuevas posesiones en la costa. Durante la Primera Guerra Macedónica (215-205) Pérgamo se alió con Roma y, en el reinado de Eumenes II (197-157), la victoria romana sobre los seléucidas (189-188) le permitió alcanzar el límite de Cilicia.

Pérgamo quedó entonces como la principal potencia de Asia Menor, enfrentada a los reinos de Bitinia y el Ponto. Sin

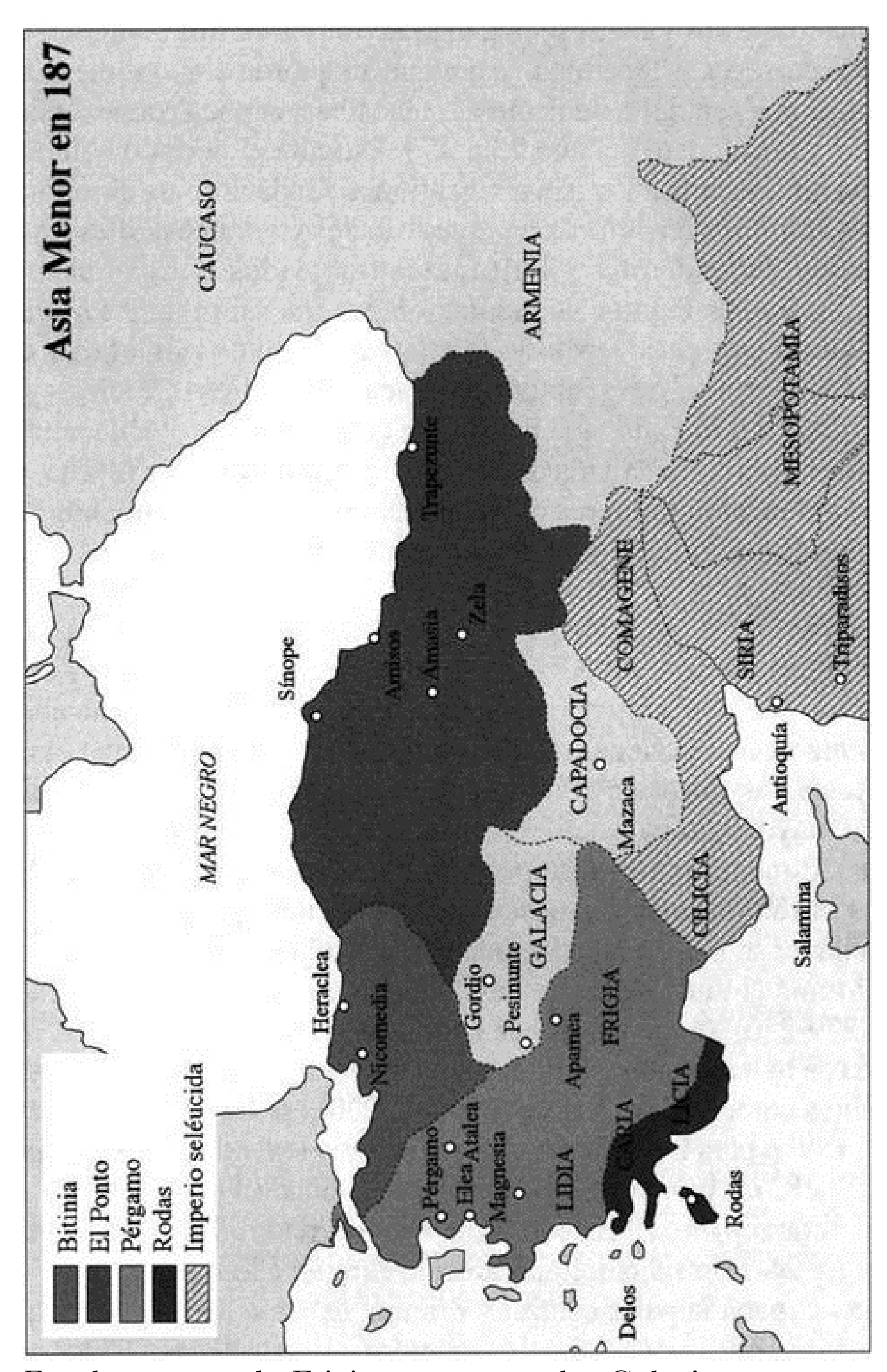
embargo, después de la Paz de Apamea las relaciones entre Pérgamo y Roma se enfriaron notablemente. Desde 168, con el final del reino mace-donio, Pérgamo dejó de ser un aliado vital para Roma. En 133, Atalo III (138-133) legó su reino a Roma que, tras una revuelta protagonizada por Aristónico-Eumenes III, lo transformó en la provincia romana de Asia (129).

Pérgamo constituye en sí mismo un resumen de las características generales de los reinos helenísticos y de las condiciones de vida en Asia Menor. El reino comprendía *grosso modo* la ciudad de Pérgamo, las ciudades griegas y las aldeas y los templos del interior. Sus monarcas, de origen griego, fueron los principales difusores del helenismo y reprodujeron las instituciones políticas fundamentales de los otros reinos. A la cabeza de la administración se encontraba el "encargado de los asuntos". Tenemos atestiguados también a los *syntrophoi* (compañeros educados con el rey), a los *syngeneis* (parientes reales) y a los *philoi* (amigos), títulos honoríficos sin un particular significado administrativo pero de los que los reyes extraían sus principales colaboradores. Otros cargos importantes eran el portador del sello real y los generales (*strategoi*) que mandaban los ejércitos del rey y gobernaban territorios lejanos. Además de las ciudades griegas preexistentes, los monarcas atrajeron también a numerosos habitantes griegos propiciando la fundación de ciudades (Atalea) y de cleru- quías rurales militares (*katoikiai*). De este modo, el reino adquirió una notable densidad de poblamiento griego y, si bien algunos indígenas, especialmente en las montañas, nunca fueron helenizados, el helenismo progresó de manera considerable. Las ciudades gozaban de un régimen democrático aunque fuertemente sujetas al rey. En Pérgamo, la capital, los magistrados principales formaban un colegio de cinco estrategos

nombrados por el rey y en las demás un epístata, designado por el rey, cuidaba de los intereses del monarca. El interior era rico en suelo cultivable y pastos y los campesinos vivían en comunidades de aldeas ancestrales, muchas de ellas propiedad del rey. Además de las propiedades reales, de las *póleis* y de los clerucos, existían también propiedades templarias y privadas. En las montañas, los monarcas explotaron la plata, el cobre y la madera y organizaron producciones artesanales como el pergamino y el brocado aunque no es posible hablar de monopolios. El puerto de Elea conectaba Pérgamo con el comercio egeo y, a través de él, se exportaban lanas, tejidos, alfombras, pergaminos, ovejas y caballos.

La ciudad de Pérgamo, una de las metrópolis fundamentales del Helenismo, era un ejemplo de prodigiosa adaptación de la arquitectura a una topografía bastante tortuosa. Pérgamo se disponía en tres diferentes niveles superpuestos, la ciudad baja, circunvalada por un majestuoso muro construido por Eumenes II, incluía un Asclepeo extramuros, una monumental puerta de entrada (la Puerta Sur) y un ágora de 64 por 34 metros cerrada por pórticos dóricos. La ciudad media, rodeada por una muralla elevada por Atalo I, comprendía tres gimnasios en las diferentes terrazas que separaban esta parte de la ciudad de la acrópolis y un templo dedicado a Deméter obra de Filetero y posteriormente agrandado. La acrópolis o ciudad alta constituía el centro administrativo y religioso del reino. En la ladera quedaba el teatro, en el lado septentrional el palacio real con los arsenales y cuarteles, al lado del teatro se localizaba el santuario de Atenea Nicéfora y la Gran Biblioteca y en la parte meridional se situaban el ágora y el altar de Zeus. La obra cumbre del arte pergameno era el famoso Altar de Pérgamo, elevado por Eumenes II, que

medía 120 metros por 2,28 de altura, estaba consagrado a Atenea, junto con Zeus, la divinidad tutelar de Pérgamo, y representaba una Gigantomaquia que era una alusión a la victoria pergamena sobre los gálatas.



En el noroeste de Frigia, se encontraba Galacia, una zona

interior, bastante pobre y aislada, llamada así porque en ella se asentaron parte de los gálatas (galos) que invadieron Grecia a principios del siglo III y que fueron empujados hacia esta zona por seléucidas y pergamenos. Estos gálatas se hallaban divididos en tres confederaciones tribales (Tolistoagios, Tectosages y Trocmios) y, aunque adoptaron algunos elementos anatolios, permanecieron al margen del helenismo al menos hasta época romana (su organización como provincia romana data del año 25 a. C.). Durante el período helenístico los gálatas conservaron una organización tribal o gentilicia, fundada sobre comunidades de estirpe, con una base también territorial con reyes tribales y tetrarcas (jefes de clanes), comitivas militares de dependientes y latifundios trabajados por campesinos indígenas dependientes. Quizá sus lugares de habitación puedan asimilarse a *oppida* (*phrouria*) fortificados. Ciertamente en su territorio existían importantes santuarios y ciudades como Ancira, Pesinunte –con su gran santuario dedicado a la diosa Cibeles– y Gordio, pero los gálatas no se adaptaron a la vida urbana, se contentaron probablemente con percibir tributos y no interfirieron en la vida de ciudades y santuarios. Por último, el predominio aristocrático, los vínculos militares de dependencia y el acaparamiento de tierras favorecieron también la emigración y su empleo como mercenarios en los diferentes ejércitos helenísticos.

En la costa noroeste de Asia Menor se situaba Bitinia, una región fértil, dotada de extensos pastos, de buena madera y piedra (mármol) y de notables puertos y comunicaciones terrestres. El reino de Bitinia era rico en árboles y en canteras y se había abierto a la navegación y a los mercaderes griegos desde mucho tiempo atrás. Aunque existían ciudades griegas en la costa, las aldeas en el interior, los latifundios reales y de la aristocracia permanecieron, en

mayor medida y a diferencia del reino pergameno, como unidades básicas de producción. Al menos parte de su población era de origen tracio. Los bitinios habían logrado escapar al control persa y tampoco fueron sometidos por Alejandro. Zipoetes I (328- 280) logró mantener su Estado independiente, rechazó primero a Lisímaco y luego a Antíoco I y en 297 tomó el título de rey (en este año comienza la era real bitinia). Su sucesor, Nicomedes I (279-250), fundó una nueva capital, Nicomedia (en la actual Izmit), emprendió una política de helenización y buscó, con su orientación marítima, la apertura del reino a los intercambios comerciales. Zialeas (255/4-c. 230) estableció una alianza con los tolomeos como un medio para frenar la presión seléucida y extendió el reino hacia el Este. Con Prusias I (c. 230-182) el reino alcanzó su apogeo, aunque su política llevó a Bitinia, fatalmente, al lado antirromano. El Estado bitinio sobrevivió todavía una centuria hasta que Nicomedes IV (c. 94-74) rindió definitivamente el reino a los romanos.

Capadocia ocupaba la parte central y oriental de Asia Menor. Se trataba de un país pobre y accidentado que quedó sometido primero a varios de los Diádocos y luego a los seléucidas. Hacia 255, Ariarates III se proclamó rey y mantuvo su Estado independiente, si bien aliado de los seléucidas hasta la Paz de Apamea. Capadocia ocupaba una importante situación estratégica para los seléucidas en las rutas que unían el núcleo de su imperio en Siria con sus posesiones en Asia Menor y éstos se preocuparon por mantener una relación cordial con sus homónimos capadocios. Aunque su capital, Mazaca, daba mues tras de helenismo, el reino contaba con pocas ciudades griegas y se caracterizaba por la fuerte pervivencia de la aristocracia, irania en una gran parte, la existencia de extensos santuarios

y una débil helenización. Con Pompeyo quedó como Estado cliente de Roma y fue transformada en provincia en 18 d. C.

El reino de El Ponto (la antigua Capadocia póntica) se extendía a lo largo de buena parte de la costa norte de Asia Menor en un área fértil y boscosa con ricos recursos metalíferos en las montañas del interior y, especialmente, en las áreas de Sínope y Trapezun- te. El reino contaba además con numerosos rebaños de ovejas y caballos y un apreciable excedente en uvas y aceitunas. Aquí, como en muchas zonas anatolias, una aristocracia de origen iranio dominaba sobre un campesinado dependiente enormemente heterogéneo (se dice que se hablaban no menos de veintidós lenguas diferentes) y existían también poderosos estados templarios prácticamente autónomos. Mitrídates I (301-266) rechazó a Antígono y a los seléucidas y se proclamó rey en 281. Estableció asimismo la capital del reino en Amasia, capitalidad que se trasladaría a Sínope a principios del siglo II. Sus sucesores obtuvieron el reconocimiento del reino en el contexto de los estados helenísticos, lo fortalecieron y trataron de extenderlo a toda la costa del Mar Negro. Mitrídates V (c. 150-120), tras el final del reino de Pérgamo, se convirtió en el monarca más poderoso de Asia Menor. Su sucesor, Mitrídates VI (120-63) protagonizó un largo conflicto con Roma y, aunque fue el Estado helenístico que mayor resistencia opuso, fue derrotado finalmente por Pompeyo en 66, que repartió el reino entre las provincias romanas de Bitinia y El Ponto.

El reino de Armenia situado al este del reino del Ponto y se encontraba, desde antes de la presencia griega, gobernado por una dinastía de origen iranio. Sometida primero a los seléucidas, Artajerjes se proclamó rey en 188. Tras una nueva etapa de dependencia seléucida con Antíoco IV,

Armenia quedó, en 97, bajo la influencia parta. El reino alcanzó notoriedad con Tigranes I, que comenzó a reinar en 95 como cliente de los partos pero que se comportó en la práctica como un rey independiente. En 83 aceptó el reino seléucida que le ofrecían los antioquenos, aunque no sabemos si se proclamó rey o lo convirtió en una simple provincia unida a su reino. Aliado del Ponto, compartió su destino en la lucha contra Roma. Así, tras la derrota de los armenios a manos de Pompeyo en 66 el reino fue desmembrado, algunas partes fueron incluidas en las provincias romanas de Capadocia y Siria y su núcleo quedó convertido en un reino cliente de Roma con la finalidad de servir de defensa contra los partos.

Más allá de Irán, en el éste, la densidad del asentamiento de grecomacedonios fue capaz de dar vida a varios estados en los que los helenos constituyeron un estrato dominante que imperaba sobre una mayoría de origen iranio con una penetración importante del pensamiento budista (véase mapa del capítulo 39). Hacia 240, Diódoto se proclamó rey en la Bactriana si bien aliado y sometido a los seléucidas al menos hasta la Paz de Apamea (188). El reino englobaba Sogdiana, Bactriana, Margiana y Aria y tenía su capital en Bactra (Zaraspia). A principios del siglo II se extendió a la Drangiana, Aracosia y quizá también ocupara la Gedrosia. El Estado se mantuvo hasta el 135, fecha en la que sucumbió a la invasión de los nómadas tocarios y se desintegró en pequeños núcleos sometidos a los tocarios. Otro Estado Griego, el reino grecoindio, se creó al sur del Hindu Kush, en Parapomisos y Gandara, en la India. Menandro, su monarca más importan te, que vivió en la segunda mitad del siglo II, llevó a cabo una serie de campañas en el valle del Ganges que extendieron el reino. A su muerte, el Estado se fragmentó y toda- vía quedaban

reinos grecoindios en los primeros años del siglo I d. C.

Bibliografía complementaria

ALLEN, R. E. (1983): *The Attalid Kingdom. A Constitutional History*. Oxford.

BALLESTEROS, L. (1996): *Mitrídates Eupátor, rey del Ponto*. Granada.

HANSEN, E. V. (1971): *The Attalids of Pergamon*. Ithaca y Londres.

MCGING, B. C. (1986): *The Foreign Policy of Mithradates VI Eupator, King of Pontus*. Leiden.

NARAIN, A. K. (2003): *The Indo-Greek: Revisited and Supplemented*. Delhi *y* Oxford.

SIDSKY, H. (2001): *The Greek Kingdom of Bactria*. Oxford y Nueva York.

TARN, W. W. (1984): *The Greeks in Bactria and India*. Chicago.

VITUCCI, G. (1953): *II regno di Bitinia*. Roma.

Capítulo 45

La Retórica y la Filosofía

La práctica de pronunciar discursos en público era muy antigua en la civilización griega y cobró una especial importancia con la configuración de la *pólis* y la necesidad de argumentar en los consejos, tribunales y asambleas. Esta primera oratoria fue fruto de la espontaneidad y, aunque estuvo sometida a algunas reglas, en ella contaron sobre

todo las dotes naturales del orador y se confió más bien en la intuición y la costumbre.

De acuerdo con la tradición griega, fue Córax de Sicilia, en el siglo V, el primero en desarrollar la Retórica como el arte y la técnica del discurso. Su discípulo Tisias elaboró el primer tratado de retórica donde quedaban ya establecidas las partes esenciales del discurso: *proemio* o introducción, en el que se principiaba tratando de ganarse la voluntad del jurado; *diégesis* o narración, donde se informaba sobre los aspectos de la causa; *pistis* o demostración, con discusión de argumentos favorables y rechazo de los contrarios, y epílogo o síntesis, que concluía nuevamente con una llamada a la buena voluntad del jurado. Definió, asimismo, la finalidad de la Retórica como un arte que buscaba la persuasión y se ocupó del concepto de credibilidad del discurso. Los sofistas introdujeron la Retórica en su programa educativo. De entre todos ellos, el rétor más importante fue Gorgias de Leontinos (c. 483-376), que se preocupó de las figuras retóricas y los lugares comunes, la presentación del mismo asunto desde varios puntos de vista, la anticipación de los argumentos del contrincante, el cuidado de los recursos estilísticos y el ritmo de los períodos. Entre finales del siglo V y principios del IV**,** la Retórica se desgajó de la Sofística y de la Filosofía y se convirtió en un género literario y en una disciplina completamente autónoma, enseñada como un fin en sí misma. A comienzos del siglo IV se abren las primeras escuelas estables. Así, hacia 390, Isócrates inauguró su escuela en Atenas donde mediante el pago de unas mil dracmas, durante unos cuatro o cinco años, el discípulo aprendía la técnica del discurso. Isócrates hacía hincapié no tanto en los manuales cuanto en las dotes naturales y sobre todo en la práctica: se estudiaban y comentaban modelos y se realizaba una exposición sistemática. A partir de

entonces, en todas las escuelas de Retórica se aprendía, primero, teoría con definiciones y clasificaciones, lugares comunes, las partes del discurso, estilo, ritmo; luego, la modulación de la voz y los movimientos y, por último, la práctica con el estudio de modelos y ejercicios de aplicación como el elogio, la descripción, la tesis (de carácter general) y las proposiciones de leyes. La Retórica se convirtió así en un sistema de leyes convencionales pero, una vez conocidas y admitidas, el orador era dueño de un método capaz de expresar sus sentimientos y sus ideas personales.

En el siglo IV la Retórica vivió un gran período de esplendor, especialmente en Atenas. De hecho, en lo que se nos ha conservado, la oratoria es básicamente ática y está formada por oradores del siglo V y sobre todo del IV, que son o bien atenienses (Anti- fonte, Andócides, Isócrates, Demóstenes, Esquines, Licurgo, Hipérides) o bien metecos residentes en Atenas (Iseo, Lisias y Dinarco). Al menos desde Aristóteles quedaron sistematizados los tres géneros de la oratoria clásica: deliberativo o político, para pronunciarse ante la asamblea; forense o judicial, y epidíctico o demostrativo, que sirve para difundir ideas políticas, sociales o filosóficas. La Retórica incluía también subgéneros como los funerales públicos (epitafios) y encomios o alabanzas. Gracias a las escuelas de Retórica y a los oradores del siglo IV, esta disciplina formó la base, antes que la Filosofía, de la educación superior y la cultura griega en su conjunto se transformó en una cultura esencialmente retórica.

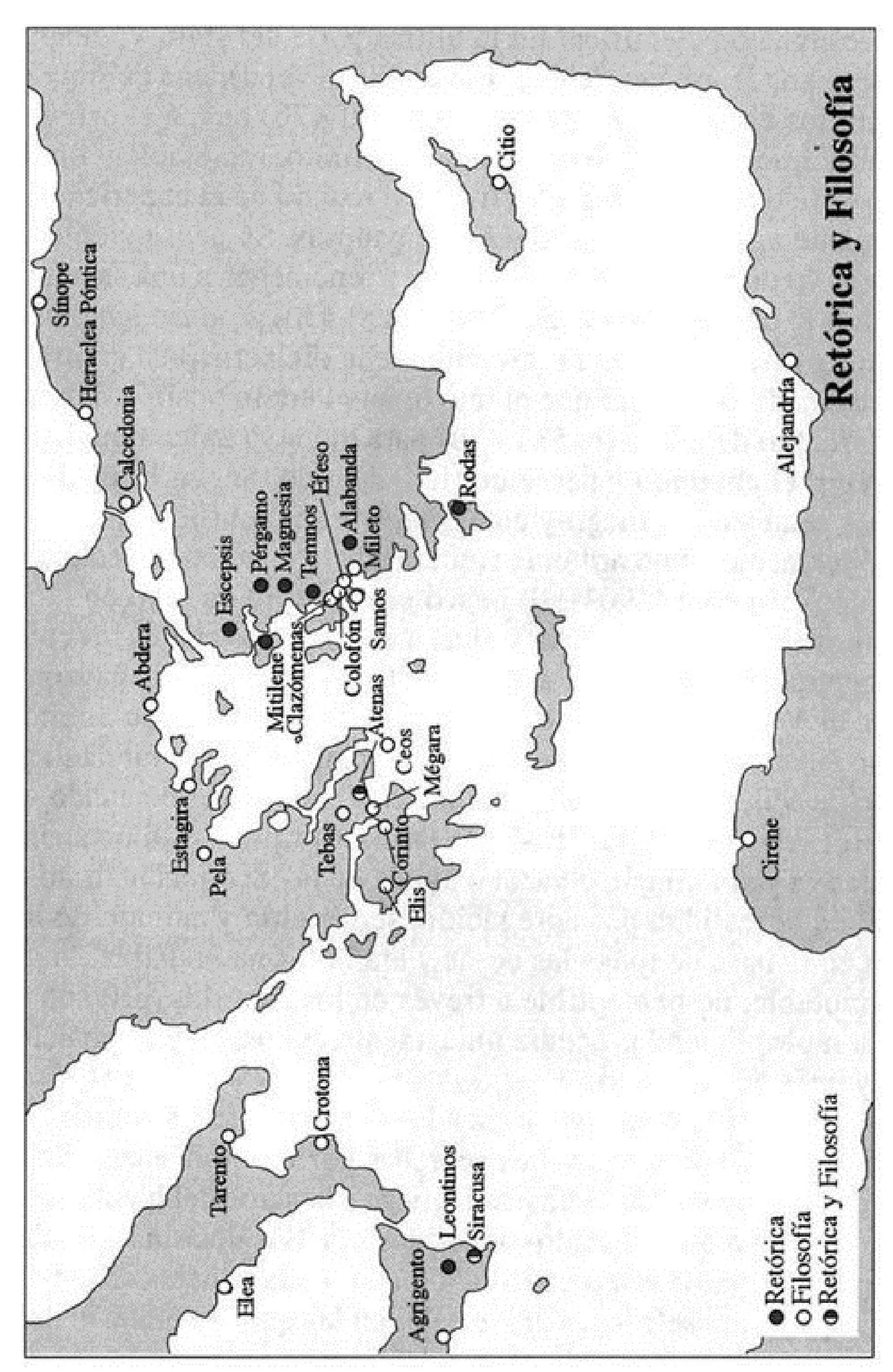
La cultura helenística fue también en lo fundamental retórica, en la que cobraron gran auge las escuelas y el género de la conferencia. Desgraciadamente sabemos muy poco de la Retórica helenística, de la que se nos han conservado apenas los nombres de algunos rétores. En el siglo III destacaron, al menos, Demetrio de Falero y

Hegesias de Magnesia (Lidia) La Retórica se desarrolló con vigor a lo largo del siglo II con Hermágoras de Tem- nos (Eólide), que escribe un manual de Retórica, con la escuela fundada en Alabanda (Caria) por Hierocles y Menecles y con famosos rétores como Diófanes de Mitilene, consejero de Tiberio Graco, y Metrodoro de Escepsis. Los rétores del siglo I, con la fundación de la escuela de Rodas y figuras como Apolonio Molón de Alabanda y Apolodoro de Pérgamo, maestro de Augusto, prepararon el florecimiento de la época imperial, la llamada Segunda Sofística.

La filosofía griega nació en Jonia (más concretamente en Mileto) en época arcaica, fruto de la consolidación de la *pólis*. Hasta entonces, la intervención de la divinidad, expuesta en forma de mitos y renovada a través del rito, explicaba el origen y el orden del universo. Los primeros filósofos desterraron a los dioses como explicación de la armonía del cosmos. A partir de aquí, la naturaleza (*physis*) dejó de ser inteligible a través del mito y se convirtió en objeto principal de la especulación racional –de ahí el nombre de físicos que se da a estos primeros pensadores–. Tras ello, se preguntaron sobre el origen de lo que existe, la esencia del cosmos y la naturaleza del movimiento, tratando de encontrar un principio creador y director de todas las cosas. Tales (620-570) introdujo la idea de un principio (*arché*), el agua, que explicaba la aparente diversidad de la realidad. Para Anaximandro (c. 610-545) el principio de todo reside en *to apeiron* (lo ilimitado), un concepto abstracto e indeterminado, infinito frente a lo limitado de los seres, en el que todas las cosas estaban en potencia. Anaxímenes (c. 585-530) postuló el aire como principio de todas las cosas. Pitágoras de Samos (c. 570-500) concibió el mundo como una unidad armónica gobernada por relaciones numéricas constantes, que vinculaban conceptos abstractos y formas

reales. Defendió asimismo la inmortalidad y la transmigración de las almas y, con él, el pitagorismo adquirió los caracteres de una secta con iniciación, rigurosa jerarquía, preceptos de pureza, abstinencia, meditación y obediencia extrema al maestro, y se extendió en la Magna Grecia y Sicilia. No en vano Filolao de Crotona y Lisis, que se estableció más tarde en Tebas, y Arquitas (430-360), ambos de Tarento, figuran entre sus seguidores principales. A la muerte de Pitágoras, el pitagorismo se escindió en dos tendencias, los acusmáticos, seguidores del ascetismo filosófico, y los matemáticos, que prosiguieron la investigación científica. En la última parte del siglo VI emergió la escuela eleática fundada por Jenófanes de Colofón en Elea (Velia), una colonia griega del sur de Italia. Entre los eleáticos, Parménides (c. 540-470) buscó el origen de todas las cosas en un principio único, el Ser, no creado, infinito, inmutable y fundamento de la verdad, objeto único de conocimiento, frente al mundo de la experiencia sensible que ofrece únicamente apariencias e imágenes engañosas. Su pensamiento se caracteriza por un monismo (reducción de todos los seres y fenómenos a una sustancia única) que le llevó a excluir el devenir. Zenón de Elea (c. 490-430) propuso igualmente sus famosos argumentos o aporías (primera intuición de la dialéctica) en contra de la pluralidad, donde trataba de demostrar que el movimiento era imposible. Frente a los eleáticos se alzó Heráclito de Éfeso (c. 535-470) para quien la única realidad que existe es el eterno devenir, el continuo y perpetuo flujo de todo. Según Heráclito, el origen de todas las cosas estaba en el fuego y en el *pólemos*, el conflicto que engendra lo que existe, paradójicamente como armonía suprema de la relación dialéctica de contrarios. Empédocles de Agrigento (490-430) buscó el principio de todo en la mezcla de los cuatro

elementos (fuego, agua, tierra y éter) a partir de los cuales las cosas nacían por las acciones contradictorias de Amor y Discordia. Anaxágoras de Clazómenas (c. 500- 430) pensó en el *Nous* (intelecto) como el creador de todo que en un movimiento circular había originado el mundo. Finalmente, el atomismo fue fundado probablemente por Leucipo de Mileto (c. 480-420), del que casi nada nos es conocido, y desarrollado por Demócrito de Abdera (Tracia, 460-370). Demócrito, provisto únicamente de su capacidad especulativa y sin ningún control o ayuda de la experiencia, trató de explicar la multiplicidad de la realidad por agregación, separación y cambio de los átomos. El átomo estaba en la base de todas las cosas y era la forma invisible, la materia infinita, eterna, inmutable, no perceptible a través de los sentidos, privada de cualidad o diferencia. La multiplicidad procedía únicamente del orden y la posición de los átomos constituyentes de cada uno.



El movimiento sofístico emerge hacia 440-430. Los sofistas constituyeron un grupo bastante heterogéneo de pensadores

que cobraban por sus enseñanzas. Sometieron a crítica racional todo el conjunto de la tradición griega e hicieron del hombre como ser social, en su vida en la comunidad, el centro de la filosofía. Sus doctrinas partían de la oposición entre *physis* y *nomos*; *nomos*, entendido como una convención humana variable, mientras que la *physis* poseía leyes universales en las que imperaba el derecho del más fuerte. En consecuencia, las leyes humanas debían acomodarse a la *physis* (las leyes de la naturaleza) lo que llevaba al relativismo, el subjetivismo e incluso la violencia y el nihilismo. Protágoras de Abdera (c. 480-410) fue el primero en enseñar cobrando por sus lecciones. Propugnó la perpetua fluidez de la materia en una concepción sensualista del conocimiento: si todo está en flujo permanente, el conocimiento se reduce a manifestaciones que llegan a los sentidos (*phantasiai*) y, así, las afirmaciones de una persona sobre un objeto o situación determinadas serán siempre verdaderas, aunque sean diferentes e incluso contradictorias. Gorgias de Leontinos eliminó igualmente todo criterio objetivo: como no existía ninguna posibilidad de conocimiento científico, lo único que quedaba era la opinión (*doxa*). Pródico de Ceos (c. 465-390) se preocupó por el uso correcto de las palabras (*orthoépeiá*) sentando las bases de la semántica y la gramática y, en el terreno filosófico, evolucionó hacia el ateísmo. Según Trasímaco de Calcedonia (c. 460) el mundo se movía por el interés individual y por la ley natural y ambos confluían en el derecho del más fuerte, que debía gobernar el mundo. Hipias de Elis (c. 440) y Antifon- te de Atenas (c. 470-411) postularon también la contraposición entre *physis* y *nomos* y la superación de las leyes humanas que se oponían a la naturaleza.

Sócrates (469-399) reaccionó contra el pensamiento

sofístico. Se despreocupó por la *physis* y defendió la existencia de verdades absolutas frente a las opiniones personales y las percepciones sensoriales. Lo útil para el hombre es el Bien, que es un valor universal y objetivo y que puede conocerse a través de la razón utilizando como método el diálogo. Sócrates establecía así una ética de valor universal en la que la idea del Bien conducía a la Justicia y a la Felicidad.

Platón (427-347), fundador de la Academia (c. 380), profundizó en el pensamiento socrático. Según la doctrina platónica, las ideas son formas eternas, inmutables, perfectas y constituyen la única realidad de la cual el mundo sensible es sólo una copia imperfecta. El alma eterna e inmortal había conocido ya el Bien a través de su ciclo de reencarnaciones y podía recordarlo; por consiguiente, la vida era el continuo esfuerzo del alma por salir del mundo corruptible y alcanzar el eterno y puro de las Ideas del que provenía.

Fruto también de las enseñanzas socráticas fueron otros importantes pensadores como Aristipo de Cirene (c. 435-360), fundador de la escuela cirenaica, que impulsaba la doctrina del hedonismo en la que la única norma de vida era el placer; Antístenes de Atenas (c. 440-370), precursor del cinismo, que desarrollará Diógenes de Sínope (412-323) y Euclides de Mégara (c. 450-380) que trató de combinar en la escuela megárica el monismo eleático y la ética socrática.

De acuerdo con Aristóteles (384-322) de Estagira en la Calcídica, que fundó el Liceo en Atenas en 335, el Ser no es inmutable sino una síntesis de materia y de forma en perpetuo cambio; en origen la materia bruta es indiferenciada y la forma viene impuesta por el intelecto (*Nous*). En consecuencia el universo es una escala de

perfección que va de las formas más elementales a la divinidad y que puede ser conocido a través de la lógica racional.

En la época helenística, a la vez que la Academia y el Liceo continuaron su actividad, se desarrollaron novedosas y pujantes escuelas filosóficas. Aunque se elaboraron complejas explicaciones cosmológicas, penetradas de metafísica, la finalidad de la filosofía helenística fue el estudio del hombre como ser individual con la intención de proponerle un sistema ético, un conjunto de normas de vida que llevara a una felicidad que era en último término negativa: la no-turbación (*ataraxia*) o el no-sufrimiento (*apatheia*).

El estoicismo nació con Zenón de Citio (300-262). De acuerdo con esta escuela, el mundo se mueve por causalidades naturales en las que cada acontecimiento está determinado por el que le precede. Atrapado en este determinismo, el hombre sólo puede evi tar el sufrimiento si asume plenamente un destino que no se ha elegido. La felicidad reside, pues, en conocer las causalidades naturales, aceptarlas y mantenerse impasible (*apatheia*) ante ellas.

El epicureísmo surge del Jardín fundado por Epicuro en Atenas en 307/6. Según esta corriente de pensamiento, todos los seres huyen del sufrimiento y persiguen el placer. Ahora bien, el verdadero placer consiste en la satisfacción de aquellas necesidades naturales que no engendren dolor, por lo que el epicureísmo se tornó en un hedonismo austero, en la tranquilidad del individuo, la serenidad, el cuerpo en reposo, entendido como ausencia de sufrimiento físico y de conflicto moral (*ataraxia*).

Los escépticos, en una línea de pensamiento iniciada por Pirrón de Elis en la época de Alejandro, pusieron en duda

toda afirmación que estuviera basada ya en la sensación ya en el juicio. Y es que la subjetividad de las sensaciones y los temperamentos, así como las circunstancias momentáneas, impedían conocer la naturaleza objetiva de las cosas. Del mismo modo, no era posible establecer una moral universal ya que cambiaba según los pueblos. Nada había, pues, absoluto y la relatividad de todos los conceptos llevaba finalmente a la suspensión de todo juicio.

Por último, los cínicos reivindicaron la libertad absoluta fuera en necesidades físicas o en obligaciones morales. Rechazaron la existencia de todo Estado y propugnaron el retorno a la naturaleza, en la que la felicidad residía precisamente en la satisfacción de los deseos naturales.

Bibliografía complementaria

CAPELLE, W. (1981): *Historia de la Filosofía griega*. Madrid.

GUTHRIE, W.K.C. (1991-1993): *Historia de la Filosofía griega*, 6 vols. Madrid.

KENNEDY, G. (1990): "La oratoria", en P. E. Easterling y B. M. W. Knox (eds.). *Historia de la literatura clásica, I. Literatura griega*. Madrid, pp. 541-570.

LESKY, A. (1976): *Historia de la literatura griega*. Madrid.

LÓPEZ EIRE, A. (1988): "La oratoria". en A. Costa *et al.*, *Historia de la literatura griega*. Madrid, pp. 737-780.

Capítulo 46

El conocimiento del mundo: viajes, descubrimientos, investigaciones

Una de las principales experiencias que requiere el conocimiento geográfico es el viaje, esto es, el recorrido directo y personal de territorios desconocidos o poco conocidos con el afán de observar, aprender y entender aquello que se ve. En la Grecia antigua esa experiencia del viaje en busca más de conocimientos que de otros bienes más tangibles se atestigua en un momento ya avanzado del desarrollo del mundo griego. Quizá tengamos que esperar al mundo del Arcaísmo tardío para empezar a ver la figura del individuo con pretensiones intelectuales que hace del viaje un medio directo de conocimiento. No obstante, la experiencia del viaje está presente en el mundo griego desde momentos muy remotos, si bien por motivos no siempre vinculados a un deseo de conocimiento puro exento de otras implicaciones. A partir del siglo VIII a las actividades comerciales se le añaden empresas colonizadoras que aumentarán la extensión geográfica del mundo griego. Poco a poco, las costas de Sicilia, del sur de Italia, de Tracia, del Mar Negro o del norte de África serán ocupadas por *póleis* griegas que se convertirán en los nudos de una gran red de ciudades griegas en contacto y comunicadas merced al mar.

La geografía es el resultado de una actividad consciente, lógica diríamos, de reflexión sobre el mundo que nos rodea con el deseo de mostrar sus principales rasgos físicos, formas, distancias, población e, incluso, su historia. Ésa es la principal diferencia entre la geografía, entendida como una actividad racional, y las anteriores manifestaciones que, en distintos planos, les habían servido a los griegos para hacerse

con una determinada imagen del mundo. Así pues, y puesto que la geografía y, su hermana, la cartografía, necesitan de un pensamiento lógico y "científico", no será antes de la aparición de estos conceptos en el mundo griego cuando podamos empezar a ver cómo va surgiendo aquélla.

Anaximandro de Mileto (primera mitad del siglo VI), contemporáneo algo más joven del filósofo Tales, fue el primero en hacer un dibujo del mundo, es decir, el primer mapa. No disponemos de detalles directos de cómo era el dibujo que preparó Anaximandro pero parece visualizar un mundo circular, cuyo centro sería Delfos, que en las concepciones religiosas griegas era el ombligo del mundo. Hecateo de Mileto, que vivió entre finales del siglo VI e inicios del V, se habría propuesto llenar de contenido el mapa de Anaximandro, escribiendo una obra (*Periegesis*) en la que hacía un recorrido de todo el mundo conocido, empezando por las costas ibéricas para, siguiendo la dirección de las agujas del reloj, dar un panorama general del mismo.

En Heródoto (segunda mitad del siglo V) observamos interesantes preocupaciones geográficas que deben mucho a la investigación de sus predecesores jonios. La visión que da Heródoto del mundo es de una gran diversidad y complejidad; la descripción de los rasgos principales del paisaje, seguida de rasgos etnográficos sobre sus habitantes compone un extraordinario mosaico de pueblos y tierras que dan cuenta de la gran diversidad de las culturas humanas. Además, y como había sido frecuente hasta entonces, Heródoto es también un gran viajero y aunque es cierto que no siempre conoce de primera mano los territorios de los que trata, sus viajes en busca de información le llevan a muchos lugares en los que, por otra parte, los griegos no eran unos desconocidos.

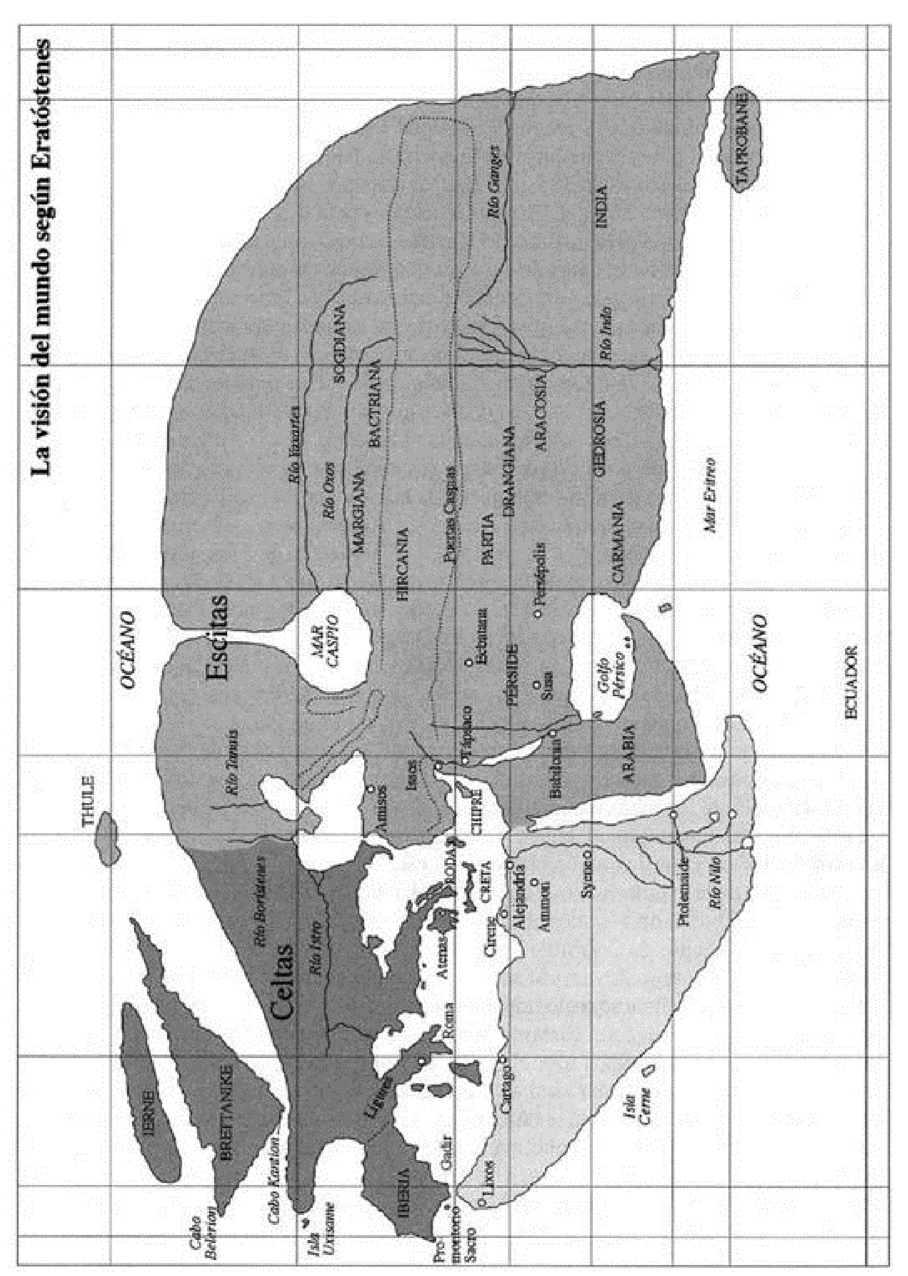
Ya en la primera mitad del siglo IV nos encontramos con Éforo que es, ante todo, un historiador, pero a quien también le interesan los aspectos geográficos; a él le debemos la descripción más precisa de lo que, para él, constituían los límites del mundo habitado (lo que los griegos llamaban *oikoumene*); en su esquema han influido también algunas consideraciones de lo que podríamos llamar geografía matemática, que tendrá gran desarrollo en la época helenística, pero que en la primera mitad del siglo IV tiene como principal exponente a Eudoxo de Cnido y que parece haber sido de los primeros en argumentar el carácter esférico de la tierra. Dentro de ella, la tierra habitada seguía un esquema cuatripartito y simétrico, basado en los conocimientos adquiridos hasta entonces, por medios directos o indirectos.

Entre 334 y 323, Alejandro Magno estuvo dedicado a la empresa de conquistar el Imperio persa. Hasta tal punto debió de percibir el rey lo trascendental que iba a resultar su empeño, hasta entonces inédito, que se hizo acompañar por lo más florido de la intelectualidad griega contemporánea, entre ellos numerosos historiadores que describían las hazañas del rey y, sobre todo, las situaban en el contexto geográfico en el que sucedían, y es en esto último donde la originalidad del trabajo de estos autores es sobresaliente. Frente a los relatos que circulaban sobre esos territorios, vistos por muy pocos griegos antes de Alejandro, ante los historiadores se abrían por primera vez regiones antes apenas entrevistas; nuevos países, nuevos territorios, costumbres desconocidas son descritas, analizadas e interpretadas por estos testigos privilegiados.

Junto a los historiadores, el propio Alejandro toma las medidas oportunas para obtener una visión exacta de su nuevo imperio; los bematistas del rey miden las distancias

entre los distintos puntos del territorio. El rey dispone de gran número de informadores dentro de su ejército, que van notificándole con puntualidad de sus hallazgos en las zonas encomendadas. Esos informes son analizados y luego conservados en la cancillería real y de ellos harán uso autores que, como el general y luego rey Tolomeo, escribirán su propio relato de la conquista. Esa avalancha de informaciones, y las que seguirían en los siglos sucesivos, en los que una parte sustancial de Asia y Egipto estuvieron abiertos a los viajes y al conocimiento griego, contribuirán a dar la forma definitiva a la geografía antigua.

Debemos volver la vista a otro ámbito opuesto, cual es el extremo occidente. Aquí hemos de resaltar las actividades de Píteas de Masalia, personaje del que no conocemos demasiado pero que parece haber emprendido, más o menos en la misma época de Alejandro, una navegación hacia el Atlántico norte consecuencia de la cual fue la redacción de una obra titulada *Sobre el Océano*. Aunque no sabemos todos los detalles concretos de su viaje sí parece cierto que circunnavegó la isla de Britania, percibió la isla de Irlanda, conoció las islas Orcadas y Shetland y acaso llegase hasta algún punto de las costas septentrionales noruegas o, incluso, hasta Islandia. Después descendería por el mar del Norte y se introduciría por el Báltico donde visitaría sus costas llegando, tal vez, hasta la desembocadura del Vístula. La experiencia de Píteas como astrónomo le permitió realizar mediciones, utilizando los astros como puntos de referencia; además transmitió toda una serie de datos de carácter geográfico de regiones del Atlántico norte por las que apenas griego alguno se había internado con anterioridad.



La época helenística es, en la mayor parte de los campos del saber, la auténtica Edad de Oro de la ciencia griega. Ahora, más que nunca, el número de intelectuales que se preocupan por la descripción del mundo, incrementado de

forma notable tras las conquistas de Alejandro, es bastante elevado. Una de las figuras más sobresalientes de toda la geografía antigua fue Eratóstenes de Cirene, cuya vida ocupa buena parte del siglo III. Intelectual extraordinario, desempeñó además cargos relevantes al servicio de los reyes Lágidas de Egipto, lo que le permitió trabajar en la que en ese momento era la gran capital económica y cultural del mundo griego, Alejandría. Allí fue tutor, hacia mediados del siglo III del rey Tolomeo III Evérgetes y llegó a dirigir la Biblioteca de Alejandría. Fue autor de dos obras, una *Sobre las medidas de la tierra* y otra *Geografía*. Una de las principales preocupaciones de este autor era establecer, antes que nada, unas medidas exactas de la tierra como requisito para poder proceder a su descripción. Sus cálculos le llevan a sugerir que mide doscientos cincuenta y dos mil estadios, lo que equivale a unos cuarenta mil kilómetros, una cifra muy próxima a la realidad. Autores posteriores, como Posidonio o Claudio Tolomeo, emplearán otros cálculos y darán cifras erróneas.

Empleando observaciones de sus predecesores, así como los cálculos astronómicos de Píteas, Eratóstenes compuso el primer mapa científico griego, por supuesto con todas las limitaciones de los medios e instrumentos disponibles. Autores posteriores, como los ya mencionados Posidonio o Claudio Tolomeo, introducirán algunas correcciones pero, en otros aspectos, significarán un cierto retroceso.

Ya dentro de la época en la que Roma ha iniciado su expansión mediterránea, puede mencionarse a Polibio de Megalópolis, que desarrolla su actividad a mediados del siglo II integrado en el círculo de la familia de los Escipiones, una de las más sobresalientes de la Roma del momento y muy implicados en el expansionismo romano de esa época. Su obra es histórica pero Polibio tiene

importantes intereses geográficos, en buena parte porque, al ser griego, estudia con bastante motivación aquellos territorios que a los griegos les resultaban poco conocidos (por ejemplo, la propia península italiana) y, sobre todo, las nuevas regiones que Roma estaba conquistando, como ocurre con la Península Ibérica. Parece claro que, sin olvidar otras zonas, la Península Ibérica se convierte en este siglo en una parte que interesa sobremanera a los geógrafos. Los avances de la conquista romana, que ha conseguido la pacificación de la mayor parte del país ya en los años finales del siglo II, así como el inmediato proceso de integración económica y social dentro del universo romano de estos territorios, van a convertir en algo seguro y atractivo el viaje hasta la Península. Muestra de ello es que, en el tránsito entre el siglo II y el II visitan Iberia, al menos, tres escritores con intereses geográficos: Artemidoro de Éfeso, Posidonio de Apamea y Asclepiades de Mirlea. Aunque la calidad y las informaciones que proporcionaron no son equiparables, es significativo que todos ellos se interesaron por visitar la Península con la finalidad de completar los conocimientos ya existentes acerca de ella y de su papel en la *oikoumene* con los nuevos datos que su apertura al mundo científico proporcionaba.

Artemidoro de Éfeso vive en el tránsito entre el siglo II y el I; realizó gran número de viajes recorriendo las costas mediterráneas y llegando, por las atlánticas, hasta el Cabo Sagrado (cabo de San Vicente) e interesándose por los topónimos y la descripción de lugares así como por las costumbres de sus habitantes. Le interesó también el cálculo de las distancias entre diferentes puntos. Posidonio de Apamea es, sin lugar a dudas, uno de los grandes sabios de su época; vive también en el tránsito entre el siglo II y el I y es asimismo un gran viajero que aplica los datos que observa

a su gran proyecto científico. En su obra describe todo el Mediterráneo, pero sus viajes le llevan también hasta Masalia y hasta la Península Ibérica, llegando hasta Gadir, donde estudiará y buscará interpretaciones al fenómeno de las mareas. Además del aspecto descriptivo, Posidonio realizará una nueva medición de la tierra y, aunque llega a unas medidas que, frente a las de Eratóstenes, resultan incorrectas, serán las suyas las que acabarán triunfando. Asclepiades de Mirlea presenta, frente a los anteriores, otra personalidad. Él estaba interesado sobre todo en lo que nosotros llamaríamos crítica literaria y era muy buen conocedor de la obra de Homero, sobre la que escribió algunos comentarios, pero también de otros poetas; asimismo escribió tratados sobre la gramática y los gramáticos y él mismo enseñó esta disciplina en la Turdetania (Str., 3.4.3).

En muchos campos, pero también en el geográfico, era la hora de la síntesis. Esta labor la realiza, como nadie, Estrabón de Amasia (*ca.* 63 a. C.-*ca.* 21 d. C.). A Estrabón le interesa la descripción completa de la *oikoumene*, que viene a coincidir, en su mayor parte, con el territorio controlado por Roma; junto a la parte descriptiva de la obra, Estrabón no pierde ocasión de ir introduciendo en la misma sus propios criterios geográficos sobre climas, exposición de territorios, características de sus habitantes, evolución de la imagen geográfica de esas regiones, etc.

El último gran geógrafo de la Antigüedad fue Claudio Tolomeo, que vivió durante el siglo II d. C.; por una parte, este geógrafo se beneficia de las últimas campañas romanas de expansión, por lo que sus informaciones sobre las regiones más extremas son bastante buenas. Su obra geográfica combina, por una parte, la exhaustividad, puesto que en la misma encontramos los nombres de más de ocho

mil lugares y, por otro lado, el deseo de ubicación objetiva de los mismos según un sistema de coordenadas geográficas, con lo que los mapas serían más fiables.

Para poder definir el sistema de coordenadas y representar la curvatura de la tierra sobre una superficie plana, Tolomeo es consciente de que debe aplicar algún tipo de proyección, al tiempo que definir el primer meridiano y el primer paralelo. Para lo primero, opta por una proyección cónica y, para lo segundo, establece como primer meridiano el que se sitúa al este de las Islas Canarias, mientras que el ecuador constituiría el paralelo de referencia. Todo ello tenía, además, que adecuarse a la proyección empleada, lo que le lleva también a realizar cálculos relativos a la altura de las estrellas, así como medi ciones precisas de la duración de los días en diferentes latitudes. La obra, sin embargo, arrastraba algunos errores, como el relativo al tamaño de la tierra, donde Tolomeo acepta los cálculos de Posidonio, que dan unas dimensiones bastante menores que las reales. Con Tolomeo, pues, asistimos al intento de síntesis de las dos concepciones geográficas que habían ido desarrollándose en el pasado, la descriptiva y la matemática, aunque era esta última la que, a juzgar por esta y otras obras, le preocupaba sobre todo.

Con Tolomeo llegamos al final de la geografía antigua; no volverá a haber una reflexión sobre la tierra habitada que intente comprenderla en su conjunto. Los viejos datos, y los nuevos viajes que, sin duda, no dejan de darse e, incluso, se acrecientan, en especial hacia Oriente, no dan lugar a un análisis objetivo sino, por el contrario, al desarrollo de la fabulación. A ello se añaden otros componentes, como el deseo de conciliar las tradiciones antiguas con el mundo que la Biblia parece describir, lo cual es

Bibliografía complementaria

GÓMEZ ESPELOSÍN, F. J. (2000): *El descubrimiento del mundo. Geografía y viajeros en la Antigua Grecia*. Madrid.

PÉREZ JIMÉNEZ, A. y CRUZ ANDREOTTI, G. (eds.) (1998): *Los límites de la Tierra: el Espacio Geográfico en las Culturas Mediterráneas*. Madrid.

PRONTERA, F. (2003): *Otra forma de mirar el espacio: Geografía e Historia en la Grecia antigua*. Málaga.

TSIOLIS, V. (1997): *La geografía antigua*. Madrid.

Capítulo 47

Ciencia y técnica

Teniendo siempre presentes los precedentes y las influencias orientales y egipcias, cabe decir que el nacimiento de la ciencia griega se remonta al pensamiento y la filosofía jonias. Fueron, en efecto, estos primeros pensadores jonios, que se llamaron a sí mismos físicos, quienes dieron los primeros pasos en la adquisición de un pensamiento científico basado, por un lado, en la capacidad de discriminar los juicios efectivos y controlables de los emotivos y tradicionales y, por otro, en la especulación racional y abstracta, asentada, ciertamente, más en la argumentación, el conocimiento y la elaboración de principios generales y menos sobre la práctica y los problemas técnicos particulares.

El punto de partida residió en la íntima convicción de que el universo era racional y que, por tanto, al haber excluido a los dioses de toda explicación natural, era posible deducir partiendo de lo particular algunos principios universales, que podían ser concebidos mediante la lógica y la demostración (menos a través de la experimentación); con ello, los jonios crearon también un método y un lenguaje científico. En su intento de explicar el origen, evolución y estructura del cosmos los primeros desarrollos científicos tuvieron lugar en los campos de las Matemáticas, la Física y la Astronomía. Tales de Mileto (620-570) introdujo las primeras nociones en aritmética y geometría. Anaximandro (610-545) pretendió medir las distancias de la tierra a las estrellas, la luna y el sol, expresadas en unidades de diámetro terrestre. Empédocles de Agrigento (490-430) demostró que el aire, aunque invisible, era una sustancia material. Por último, Pitágoras de Samos (c. 570-500) argumentó que el número y la Geometría constituían las claves para entender una armonía universal que se basaba precisamente en las relaciones entre números y formas geométricas; asimismo, descubrió los números irracionales y sentó las bases de las matemáticas y la física.

Durante la época clásica a la vez que prosiguieron los avances en los campos antedichos se abrieron otros nuevos: la Música, la Botánica, la Zoología y la Medicina. En primer lugar Leucipo de Mileto (c. 475) y luego Demócrito de Abdera (460-370) formularon la famosa teoría atomista. Tras el descubrimiento de los números irracionales los matemáticos se concentraron sobre el estudio de las líneas y áreas. Teodoro de Cirene (c. 470) investigó el cuadrado y estableció la irracionalidad de las raíces cuadradas de los números impares hasta el diecisiete. Hipócrates de Quíos (c. 450) especuló sobre la cuadratura del círculo y la

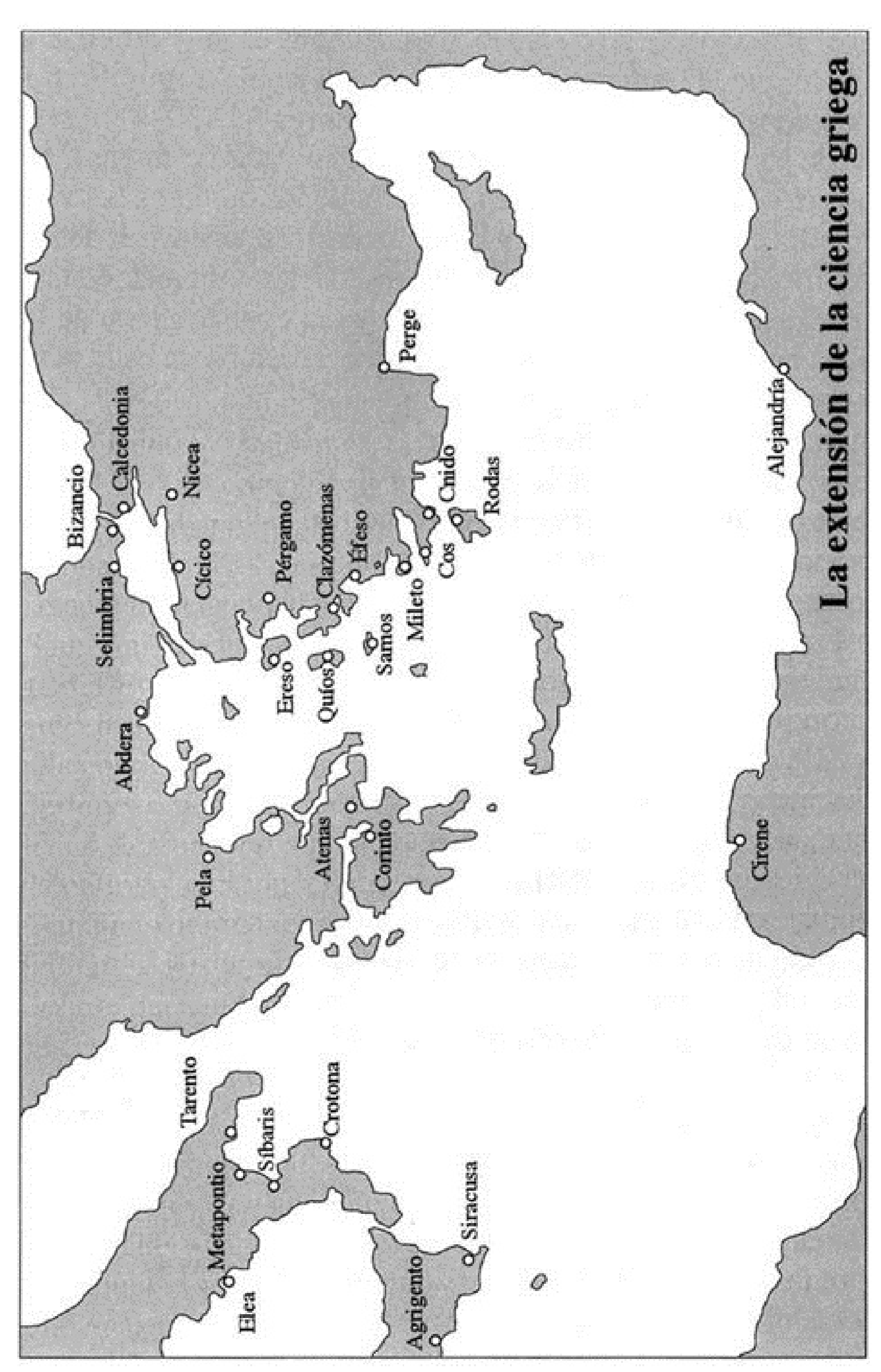
duplicación del cubo y descubrió arcos que podían medirse. Hipaso de Metapontio (520-480) se preocupó de la armonía de los acordes musicales y de la inconmensurabilidad; Arquitas de Tarento (430-360) estudió los armónicos, la esfera y el cilindro. Eudoxo de Cnido (408-355) elaboró la teoría de las esferas concéntricas para explicar el movimiento de los planetas cada uno rotando sobre un eje fijo y descubrió nuevos métodos para medir áreas y sólidos curvilíneos. Filolao de Crotona (c. 470-399) realizó estudios de astronomía, sobre los elementos finitos e infinitos y sobre los números pares e impares. Menéstor de Síbaris avanzó en el campo de la botánica indagando las causas y diferencias en el crecimiento de las plantas. Heráclides Póntico (c. 370) elaboró una teoría del geocentrismo según la cual la tierra, en revolución sobre su eje, constituía el centro del universo y en torno a ella giraban la luna y el sol mientras que los demás planetas giraban en torno al sol y no a la tierra. Platón introdujo la Música, las Matemáticas y la Geometría como disciplinas esenciales de la Academia. Su sucesor, Espeusipo, entre 347 y 338, desarrolló las Matemáticas y elaboró un sistema de clasificaciones que prefiguraba el trabajo aristotélico. Aristóteles, por último, dio un paso decisivo ya que trató de condensar todas las adquisiciones culturales de la civilización griega y transmitirlas a la posteridad, clasificó todas las cosas y seres agrupándolos según su afinidad o disparidad, criterio todavía en uso, trabajó en Zoología y Botánica de acuerdo con la idea de que todo en la naturaleza tiende a su perfección y, así, se podía discriminar la naturaleza en reinos: mineral, vegetal, animal y finalmente el hombre, el ser más perfecto. Por último, estableció la Física como la base para comprender el mundo, afirmando que el conocimiento de la naturaleza de cada cosa, objeto de la investigación científica, llevaba a

entender su comportamiento normal.

Desde siempre existió en el mundo griego una medicina, si merece este nombre, primitiva, basada en prácticas populares, en la magia y en la creencia en la divinidad. Estas prácticas se habían desarrollado de manera especial en los santuarios de divinidades salutíferas, principalmente de Asclepio, donde los sacerdotes contaban con una larga experiencia, que aunaba la aplicación de remedios empíricos y la emoción religiosa de los enfermos. Es precisamente en el ámbito de estos santuarios donde nacieron en el siglo VI las primeras escuelas médicas, que rápidamente se independizaron, separando la fe en la divinidad de una práctica racional y técnica.

La medicina científica griega tuvo su origen en Asia Menor en conexión también con la filosofía física, en un ambiente intelectual que unía la investigación filosófica y las doctrinas fisiológicas y clínicas. Tuvo, luego, un especial desarrollo entre los pitagóricos de la escuela de Crotona, en la Magna Grecia. Entre los médicos crotoniatas destacó Alcmeón (c. 520), que elaboró la doctrina de la isonomía según la cual el hombre se caracterizaba por el equilibrio de contrarios y la enfermedad se debía a la ruptura de este equilibrio en el interior del cuerpo humano que la medicina debía restablecer. Alcmeón defendió también la primacía de la investigación científica y el examen de los síntomas concretos de la enfermedad. De este modo, la Medicina se definía como una manera racional de curar que se basaba en el conocimiento de la *physis* y se separaba de la voluntad de los dioses. En un orden más práctico, Alcmeón fue el primero en asignar al cerebro el papel central que posee y no al corazón, en intuir la función del sistema nervioso y en diseccionar animales. Además de Alcmeón, Eurifonte, en la primera mitad del siglo V, estudió la anatomía del cuerpo

humano y el problema de la fiebre y, sobre la misma época, Heródico de Selimbria defendió una terapia basada en la dieta que incluía alimentación, ejercicios físicos y modo de vida sano.



El método de Alcmeón fue adoptado y desarrollado por

Hipócrates (c. 470-360), que creó una de las más famosas escuelas médicas de la Antigüedad, cuya sede principal se encontraba en el santuario de Asclepio en Cos. Aunque es muy difícil aislar su obra original dentro de lo que la tradición ha compendiado en el *Corpus Hippocraticum*, cincuenta y tres tratados repartidos en setenta y dos libros (c. 430- 300), sí es posible establecer algunas de las direcciones y orientaciones generales de su enseñanza. Parte de la doctrina hipocrática se fundamentaba en la teoría de los humores como equilibrio entre sangre, flema, bilis amarilla y bilis negra que se corresponden con determinadas cualidades: caliente, frío, húmedo y seco. Pero su pensamiento y su método nacían en lo esencial de la investigación de la fisiología humana y del conocimiento de la salud y no de una abstracta enunciación de principios. Así, la constitución de cada persona, su propia naturaleza, es ordenada y regular y puede comprenderse racionalmente sin acudir a explicación sobrenatural alguna. Era necesario en primer lugar el análisis racional y científico de las causas y los síntomas de la enfermedad. Después se pasaba a la *prognosis*: la previsión que se basaba en el recuerdo del pasado de cada individuo (sus costumbres y enfermedades anteriores –*anamnesis*–), la observación del presente y la experiencia y las características de enfermedades similares. Llegaba entonces la *diagnosis*, la identificación correcta de la enfermedad y, finalmente, la terapia curativa que era esencialmente farmacológica. Hipócrates dotó también a la práctica médica de una dignidad y un sentido de la responsabilidad profesional que se plasmó en el famoso Juramento. Con la escuela hipocrática, la Medicina había nacido definitivamente como un saber racional organizado, destinado a conocer las causas de las enfermedades y a procurar su curación, con posibilidad, además, de transmitir

estos conocimientos a otros. Finalmente, junto a la Anatomía y la Fisiología se desarrolló a partir del siglo V la Cirugía, aunque la creencia popular tendía a considerarla una simple técnica operatoria. Este prejuicio llevó a que algunos médicos abandonaran la cirugía en manos de técnicos que poseían una formación esencialmente práctica.

A lo largo de la época helenística, la ciencia persiguió los mismos objetivos que se habían definido ya en el período anterior. Fue, en sus comienzos, una época brillante de racionalismo científico donde se produjeron avances decisivos en Matemáticas, Astronomía, Fisiología y Mecánica y también se realizaron trabajos importantes en química y Agricultura práctica. Euclides (c. 300) en Matemáticas y Geometría asentó definitivamente un sistema orgánico de deducciones axiomáticas y la superioridad de la lógica deductiva sobre la inductiva. Arquímedes de Siracusa (287-212) mejoró el conocimiento del valor del número Đ para encontrar la fórmula de volúmenes y superficies de la esfera, cilindros y otros sólidos, introdujo el cálculo infinitesimal y estableció algunos principios esenciales de la Física en los terrenos de la estática (las condiciones bajo las cuales las fuerzas se equilibran) y la hidrostática, capaz de determinar la densidad de un cuerpo. Asimismo, avanzó en el terreno de la mecánica con las poleas compuestas y el famoso tornillo de Arquímedes para bombear agua. Apolonio de Perge (c. 220) estudió las secciones cónicas como la elipse, la hipérbola y la parábola. Aristarco de Samos (310-220) trató de medir los diámetros del sol y la luna, sus distancias respecto de la tierra y la revolución de la tierra alrededor del sol. A pesar de su prestigio, su teoría heliocéntrica tuvo escasa repercusión. Eratóstenes de Cirene (276-194) fue capaz de medir el meridiano terrestre y la circunferencia terráquea. Sus investigaciones fueron el

origen de la geografía matemática fundada en el establecimiento de coordenadas racionales. Hiparco de Nicea (194-120) investigó los equinoccios, las anomalías en los movimientos de la tierra y otros planetas y los principios de la trigonometría; llevó a cabo el primer catálogo estelar que conocemos e inventó los principales instrumentos (como el astrolabio) que serían usados en los dos milenios siguientes. En neumática, Ctesibio de Alejandría (c. 250) realizó estudios sobre el aire comprimido y el vapor. En Medicina, Herófilo de Calcedonia (c. 300) indagó la trayectoria de las venas y arterias, comprendió la función del sistema nervioso, descubrió buena parte de la estructura del cerebro, la forma del hígado y del intestino delgado y estableció la medición del pulso como una forma de diagnosticar patologías. Erasístrato de Quíos (c. 280) descubrió el cerebelo, comprendió las circunvoluciones del cerebro y estudió el aparato cardiovascular. En el tránsito del siglo III al II, Serapión de Alejandría y Glaucias de Tarento establecieron la escuela empírica según la cual la Medicina debía basarse exclusivamente en la observación de los enfermos y en aquellas experiencias que habían reunido los médicos anteriores, lo que significó también un avance en la Cirugía y en el estudio y la aplicación de fármacos. A partir del siglo I la Medicina griega triunfó en el mundo romano y toda la vasta erudición médica fue finalmente incorporada en la obra de Galeno de Pérgamo (130-200 d. C.), quizá el último gran médico de la Antigüedad.

Sin embargo, hacia finales del siglo II el movimiento científico griego se detuvo. Podemos enumerar varias causas de este estancamiento. La ciencia permaneció demasiado ligada al pensamiento filosófico, que le impuso sus directrices y preocupaciones; los instrumentos de medida con la ausencia de un equipo experimental eran sumamente

imperfectos; además, los pensadores poseían un carácter demasiado polifacético, que los hacía poco especializados y dispersaba sus energías, y tendían a razonar por deducción y no por experimentación, a una observación pasiva y no a la reproducción artificial de los fenómenos en un laboratorio un número infinito de veces con la capacidad de modificarlos y medirlos. A todo ello hay que sumar el avance del escepticismo, que con la suspensión de todo juicio afectó especialmente al campo científico; la primacía y el prestigio social del rétor frente al científico; el relativo desprecio hacia las ciencias y técnicas que requerían manipulación y la convivencia de explicaciones como la astrología, el esoterismo, la magia y la pura superstición, modos de conocimiento inmediato, que trataban de dominar el medio físico y el porvenir humano a través de métodos irracionales.

Bibliografía complementaria

BIANCHI BANDINELLI, R. (1983): *Historia y civilización de los griegos. Tomo IX. La cultura helenística. Filosofía, ciencia, literatura.* Barcelona.

FARRINGTON, B. (1979): *Ciencia griega.* Barcelona.

FARRINGTON, B. (1984): *Ciencia y filosofía en la Antigüedad.* Barcelona.

LAÍN ENTRALGO, P. (ed.) (1972): *Historia Universal de la Medicina. Tomo II. La antigüedad clásica.* Barcelona.

Bibliografía

AUSTIN, M. y VIDAL-NAQUET, P. (1986): *Economía y sociedad en la Antigua Grecia*. Barcelona.

BIANCHI BANDINELLI, R. (dir.) (1982): *Historia y civilización de los griegos*. 10 vols. Barcelona.

BLÁZQUEZ, J. M., LÓPEZ MELERO, R. y SAYAS, J. J. (1989): *Historia de la Grecia Antigua*. Madrid.

CHADWICK, J. (1980): *El mundo micénico*. Madrid.

DICKINSON, O. (2000): *La Edad del Bronce egea*. Madrid.

DOMÍNGUEZ MONEDERO, A. J. (1991): *La Polis y la expansión colonial griega. Siglos VIII-VI*. Madrid.

DOMÍNGUEZ MONEDERO, A. J. y PASCUAL GONZÁLEZ, J. (1999): *Esparta y Atenas en el siglo V a. C.* Madrid.

DOMÍNGUEZ MONEDERO, A. J., PLÁCIDO SUÁREZ, D., GÓMEZ ESPELOSÍN, F. J. y GASCÓ DE LA CALLE, F. (1999): *Historia del mundo clásico a través de sus textos. 1. Grecia*. Madrid.

FINLEY, M. I. (1978): *La economía de la Antigüedad*. México.

FINLEY, M. I. (1984): *El mundo de Odiseo*. México.

FINLEY, M. I. (1986): *El nacimiento de la política*. Barcelona.

FORREST, W. G. (1993): *Los orígenes de la democracia griega (800-500 a. C.)*. Madrid.

GARCÍA GUAL, C. (1999): *Introducción a la mitología griega*. Madrid.

GARCÍA IGLESIAS, L. (1999): *Los orígenes del pueblo griego*. Madrid.

GÓMEZ ESPELOSÍN, F. J. (2001): *Historia de Grecia Antigua*. Madrid.

GÓMEZ ESPELOSÍN, F. J. (2003): *Los griegos. Un legado universal* Madrid.

GSCHNITZER, F. (1987): *Historia social de Grecia. Desde el período micénico hasta el final de la época clásica*. Madrid.

HIDALGO DE LA VEGA, M. J., ROLDÁN HERVÁS, J. M. y SAYAS ABENGOCHEA, J. J. (1999): *Historia de Grecia*. Salamanca.

HORNBLOWER, S. (1985): *El mundo griego 479-323 a. C.* Barcelona.

JENKINS, I. (1998): *La vida cotidiana en Grecia y Roma*. Madrid.

LOZANO VELILLA, A. (1992): *El mundo helenístico*. Madrid.

MOSSÉ, Cl. (1990): *La mujer en la Grecia clásica*. Madrid.

OSBORNE, R. (1998): *La formación de Grecia 1200-479 a. C.* Barcelona.

PASCUAL GONZÁLEZ, J. (1997): *Grecia en el siglo IV a. C. Del imperialismo espartano a la muerte de Filipo de Macedonia*. Madrid.

POMEROY, S. B., BURSTEIN, S. M., DONLAN, W. y ROBERTS, J. T. (2001): *La antigua Grecia. Historia política, social y cultural*. Barcelona.

PRÉAUX, Cl. (1984): *El mundo helenístico. Grecia y Oriente (323-146 a. C.)*. 2 vols. Barcelona.

SÁNCHEZ RUIPÉREZ, M. y MELENA, J. L. (1990): *Los griegos micénicos*. Madrid.

SHIPLEY, G. (2001): *El mundo griego después de Alejandro, 323-30 a. C.* Barcelona.

TREUIL, R. *et al.* (1992): *Las civilizaciones egeas. Del Neolítico a la Edad del bronce*. Barcelona.

VERNANT, J.-P. *et al.* (1995): *El hombre griego*. Madrid.

VVAA (1992): *El mundo micénico. Cinco siglos de la primera civilización europea*. Madrid.

WILL, E. (1997): *El mundo griego y el Oriente. Tomo I. El siglo v (520-403)*. Madrid.

WILL, E., MOSSÉ, Cl. y GOUKOWSKY, P. (1998): *El mundo griego y el Oriente. Tomo II. El siglo IV y la época helenística*. Madrid.